

La ciencia y "La Razón"

La divulgación e información sobre ciencia en un diario de circulación masiva en perspectiva histórica [1917-1930]

Autor:

Peralta, Dante A. J.

Tutor:

Goldman, Noemí

2016

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

DOCTORADO EN HISTORIA – FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

TESIS DE DOCTORADO

La ciencia y «La Razón»
La divulgación e información sobre ciencia en
un diario de circulación masiva en perspectiva
histórica
(1917-1930)

Doctorando: Dante A. J. Peralta
Directora: Dra. Noemí Goldman

2016

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
INTRODUCCIÓN GENERAL	8
I. Tema y propósito.....	9
II. Objetivos.....	11
III. Descripción del estado de la cuestión.....	11
1. Divulgación y periodismo científicos.....	11
2. Algunos abordajes de la divulgación y el periodismo científicos.....	12
3. Trabajos relativos a la historia de la divulgación.....	14
4. La historia sociocultural.....	15
5. Sobre la etapa histórica.....	18
IV. Tesis.....	23
V. Organización del desarrollo del trabajo.....	25
ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS	27
I. Marco teórico.....	28
1. Los conceptos de <i>práctica social discursiva</i> y de <i>campo social</i>	28
2. El concepto de <i>representación social</i>	32
3. Las dimensiones de análisis.....	36
4. Síntesis.....	40
II. Metodología.....	41
PARTE I EL PERIODISMO SEGÚN «LA RAZÓN»	44
Capítulo 1 La representación de <i>periodismo</i>: en torno al <i>amenazado desarrollo de la patria</i>	45
1.1. El campo periodístico y el nacimiento de «La Razón».....	45
1.2. La prensa en la historia patria y la Patria como razón.....	49
1.2.1. El perfeccionamiento de la patria.....	55
1.2.2. La <i>fusión de las razas</i>	57
1.2.3. El desarrollo industrial.....	63
Capítulo 2 El diario como actor social: ética y misión periodística	70
2.1. El diario como único enunciador: sujeto institucional y actor social.....	70
2.2. Una ética para la misión patriótica.....	73
2.3. Funciones sociales del campo periodístico.....	77
2.4. Distribución funcional en las prácticas discursivas.....	83
2.4.1. Las unidades mayores.....	83
2.4.1.1. La sección.....	83
2.4.1.2. El suplemento	84
2.4.1.3. La cobertura	84
2.4.1.4. La campaña	85
2.4.1.5. La encuesta	86
2.4.2. Las unidades menores	86

2.4.2.1. Las prácticas informativas	87
2.4.2.2. Las prácticas directivas	90
2.4.3. Las unidades relativas a temas de ciencia y medicina: divulgación e instrucción	98
2.4.3.1. Las prácticas divulgativas	98
2.4.3.2. Las prácticas instructivas	104
2.5. Fuentes generales y áreas temáticas	107
2.5.1. Las fuentes generales	107
2.5.2. Los temas	110
2.6. Otras prácticas del sujeto institucional	125
2.7. El destinatario	129
PARTE II LAS REPRESENTACIONES DE CIENCIA Y MEDICINA	142
Introducción: Ciencia, medicina y periodismo: tradiciones y horizontes en el Río de Plata	143
Capítulo 1 Exploraciones y exploradores: territorios, fauna, flora y “nuevas razas” ...	157
1.1. Las principales coberturas y notas. Rasgos generales	157
1.2. Exploración y exploradores	164
1.2.1. La figura del explorador	165
1.2.2. La actividad exploratoria	169
1.3. El conocimiento: lejanas geograffas	175
Capítulo 2 Los rastros del pasado remoto: Arqueología, paleontología paleoantropología	185
2.1. Las coberturas	185
2.2. Científicos y excavadores: exploraciones en otras dimensiones	189
2.2.1. Excursus: en torno a la representación de Ameghino	192
2.2.2. Los paleontólogos, después de Ameghino	200
2.3. En busca del pasado: ruinas y tumbas	203
2.4. El conocimiento	213
Capítulo 3 El cielo y el infierno: Astronomía y ramas de la Geología	223
3.1. Las coberturas	223
3.2. Astrónomos, vulcanólogos, sismólogos	226
3.3. Las disciplinas	239
3.4. El conocimiento del universo y de la Tierra	246
Capítulo 4 En los límites: entre ciencia y no-ciencia	267
4.1. Adivinas, espiritistas y teósofos	267
4.2. Los pronósticos sobre el fin del mundo	281
4.3. La hipótesis del continente perdido	284
4.4. La civilización extraterrestre: los habitantes de Marte	294
Capítulo 5 El cuerpo individual y la sociedad como cuerpo: Medicina y salud pública	302
5.1. Enfermedades infectocontagiosas, endémicas o epidémicas	305
5.1.1. La tuberculosis	306
5.1.2. La sífilis	316
5.1.3. La gripe y otras enfermedades infectocontagiosas	323

5.2. La eugenesia como prédica	330
5.2.1. Salud pública y matrimonio	335
5.2.2. Morbi-mortalidad infantil y puericultura	339
5.2.3. Los jóvenes en peligro	346
5.3. El Estado y la salud pública	353
5.3.1. La centralización del control de la salud pública: un límite al principio federal ...	353
5.3.2. El mutualismo como solución	359
5.4. El curanderismo.....	363
5.4.1. El doctor Asuero: la cura por el trigémino	372
CONCLUSIONES	381
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES	402

AGRADECIMIENTOS

Con absoluta falta de originalidad, debo decir que el subgénero destinado a agradecer en este caso resultará, más bien, un compendio de ingraticudes: por un lado, porque será difícil dar cuenta de cuán agradecido estoy con todos aquellos a los que incluyo explícitamente y, por el otro, porque es probable que sea muy extensa la lista virtual de las personas que quedarán fuera de esta enumeración en la que, sin más remedio y por necesaria brevedad, tengo que seleccionar a algunas de ellas. Unos y otros, cada cual a su manera, dispusieron tiempo y aportaron inteligencia y otras virtudes para que este trabajo fuera posible aunque, seguramente, yo no he podido reflejarlas por completo.

En primer lugar, quiero agradecer a mi directora, Noemí Goldman, no sólo por el cumplimiento cabal de ese rol, que incluye las lecturas minuciosas y las indicaciones precisas, sino también por su paciencia infinita, por el respeto de mi tiempo y mi modo particular de elaboración y por los muchos y gratos cafés que compartimos en el proceso.

Desde sus respectivas miradas disciplinares, Roger Chartier, Helena Calsamiglia y Guiomar Ciapuscio me alentaron, me ayudaron a mejorar el proyecto de investigación que dio origen a este trabajo, me anticiparon algunos límites de la propuesta y me señalaron varios posibles problemas con los que me encontraría en el camino, de modo tal que pudiera –espero haberlo logrado– evitar caer en ellos. Guiomar, además, me orientó en varios aspectos específicos de la problemática del discurso científico y de su puesta en circulación social, además de brindarme generosamente muchísimo material sobre la temática. A Diego Armus y Susana Belmartino les debo el aporte –también generoso– de materiales sobre historia de la enfermedad y de la corporación médica.

En distintas circunstancias, Dora Barrancos y Daniel Lvovich fueron los primeros lectores de un texto que luego se transformaría en el capítulo inicial de esta tesis, y a ellos les debo todo lo que haya podido mejorarlo. A Daniel, además, le agradezco su permanente confianza en mí.

La Universidad Nacional de General Sarmiento, ámbito en el que me desempeño, me permitió llevar a cabo distintas investigaciones que luego sirvieron al proyecto que concluye con esta tesis y, fue el marco institucional del Programa Doctorar, puesto en marcha por el Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales, por el que fui beneficiado con una beca por seis meses, puntapié inicial imprescindible para comenzar a redactar y avanzar, en una buena proporción, en el texto.

Pero más allá de los aspectos institucionales, cabe señalar que dentro del ámbito de la UNGS cuento con muchos colegas y amigos que me alentaron y me ayudaron ofreciéndome datos, materiales y muchas veces unos pacientes oídos –de valor inestimable– para escuchar mis desventuras. Entre ellos –y, reitero, no podré nombrar a todos–, Ernesto Bohoslavsky, Karina Forcinito, Patricia Monsalve, Marta Madero, Martina López Casanova, Andreína Adelstein.

Por último quiero destacar que no hubiera podido llevar a cabo el trabajo de archivo para la investigación sin la colaboración inestimable de la profesora Patricia Knorr quien, excediendo largamente las obligaciones asumidas primero como adscripta y luego como becaria en mis proyectos de investigación, se tomó el enorme trabajo de volcar en una base digital –en cuyo diseño, además, participó– los datos de los artículos que relevé del diario «La Razón». La cifra da cuenta de la dimensión de su generosidad: unos 3.400 artículos. Esa base fue la que me permitió seleccionar, con facilidad entre ese inmenso número de textos, los diversos corpórea de

los que doy cuenta en la tesis.

Muchos de los nombrados, como dije antes, me acompañaron, además, desde el rol de amigos personales. Y hay otros amigos, ajenos al ámbito profesional o con los que comparto la vida desde mucho antes de nuestras graduaciones, a los que no voy a nombrar. Ellos saben.

El hombre posee sus mecanismos de conocimiento, pero es cada sociedad la que da lugar y permite definir los problemas, las metodologías, las verdades, la propia noción de verdad, por más teóricos que sean los problemas o por más alejados que estén de la vida práctica. No es imprescindible que todo el mundo comprenda el contenido de la actividad científica y sus formas de conocimiento, basta que ella alcance prestigio. Precisamente, las características y el triunfo de la revolución científica no tuvieron mucho que ver, en lo intelectual, con el sentido común de la gente común. Y es que, por lo general, la gente común, para llevar a cabo sus actividades, no requiere conocer el fundamento de aquellas verdades que en un momento dado se consideran fundamentales. Aunque el público padece los efectos de la ciencia e incluso puede coparticipar de su pensamiento en el nivel de la divulgación [...]. La verdadera participación del público se da a través de lo social, porque es así como se modifican las ideas dominantes e interviene con peso la historia. Es la sociedad la que, en definitiva, afecta hasta las formas más refinadas de conocimiento y da lugar y sentido a las interpretaciones. El pensamiento científico responde a sutiles y variadas presiones internas y externas y contiene enormes cuotas de inconsciencia. A pesar de ello, se ha promovido la idea de que existe un método immaculado, con reglas claras y accesibles, transparente, absolutamente consciente y premeditado, y, por supuesto, infalible. Y sin embargo, la confrontación de teorías no se resuelve en términos exclusivamente lógicos y experimentales [...].

Marcelo Leonardo Levinas
Las imágenes del universo

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. TEMA Y PROPÓSITO

La meta general de esta tesis es analizar en perspectiva histórica los principales aspectos de la relación entre el discurso periodístico y el científico durante la etapa 1916-1930 en «La Razón», un diario comercial y de circulación masiva, en tanto actor social, cultural y político, considerando las características del campo periodístico de la época. Para ello, nos centraremos en las representaciones sociales que orientaban y se expresaban en las prácticas discursivas de este diario, relativas a la ciencia y medicina, durante el período mencionado. Focalizaremos el entramado de prácticas discursivas que tematizan cuestiones científicas y médicas, con especial interés en aquellas que hoy consideraríamos divulgativas, sin perjuicio de abordar eventualmente otras cuando sea heurísticamente necesario.

El interés por una mirada histórica sobre el discurso periodístico en torno a la ciencia y la medicina proviene de algunas consideraciones que resumimos a continuación.

a) El conocimiento es un *bien* simbólico cuya administración, con finalidades distintas, está en manos de determinadas instituciones del sistema sociopolítico. La prensa es una de esas instituciones, y consideramos que es uno de los actores que construye –y se constituye en– lo que para el sistema es la “opinión pública”. En tal sentido, analizar las representaciones de la prensa relativas a la ciencia, la medicina y su divulgación es analizar las representaciones que organizan ese aspecto de la opinión pública, sobre todo si se considera que la circulación social del saber científico y médico es un proceso discursivo complejo articulado desde lugares específicos y nunca una mera “difusión” unidireccional del saber, ni un reparto de “paquetes de información” que se mantiene siempre igual a sí misma más allá de quién sea el receptor.

Si, tal como señala Roger Chartier (1996:29), muchos conflictos sociales se dirimen en el plano de las representaciones, el análisis de sus rasgos regulares y disruptivos contribuye –realizado en una de las voces participantes– a una mejor comprensión de la articulación entre las prácticas discursivas de las instituciones del sistema: la opinión pública, la ciencia, la medicina y los organismos del Estado que establecen políticas científicas y sanitarias, entre otras.

En cuanto a medicina y salud pública, si bien se han estudiado aspectos de los procesos de medicalización (por ejemplo, Armus, 2002 y 2005) y otros relativos a la organización de la profesión médica y a su ejercicio (Belmartino, 2005), no hay trabajos suficientes acerca del modo –antes que del contenido temático– en que las prácticas discursivas de la prensa contribuyeron a esos procesos.

La imagen más difundida sobre la etapa que estudiamos es la de un período signado por el positivismo, incluso en la versión más fuerte, que atribuye a lo biológico la determinación de cuestiones ideológicas y morales; pero también por la crisis de ese paradigma. Probablemente tal imagen derive de los debates desarrollados durante esa etapa en el interior del campo científico e intelectual, pero no se sabe demasiado acerca de los modos en que ese paradigma y su crisis atraviesa el discurso cotidiano de la masa anónima de ciudadanos, con la que la prensa comercial se vincula. La pregunta, en este sentido, es en qué medida el discurso del ciudadano y de la opinión pública más general está orientado por representaciones tan marcadas y definidas ya positivistas, ya espiritualistas, ya de otras expresiones intelectuales de la crisis del modelo, incluso en el campo de la medicina. El análisis de las representaciones que orientaban el discurso de la prensa permitirá aproximarnos a las de su público.

b) Desde otro lugar, cabe señalar que la necesidad de la *alfabetización científica* es un planteo que ha venido adquiriendo relevancia en vinculación con la noción de *sociedad del conocimiento*, y con la pretensión de avanzar en el proceso de *democratización* del saber, en general, y en cuanto a la formulación de las políticas públicas de la ciencia. Y muchas de las prácticas periodísticas de divulgación actuales se apoyan y justifican en esa necesidad, aun cuando desde el campo de estudios de la comunicación pública de la ciencia (CPC) se ha comenzado hace no mucho a delinear los límites de ese planteo, a cuestionar sus supuestos y a conceptualizar desde otros puntos de partida la divulgación de la ciencia en general y el periodismo científico en particular (Jeanneret, 1994; Moledo & Polino, 1998; Polino, 2001; Polino et al., 2003; Wolovelsky et al, 2004; Cortassa, 2012, entre otros).

En la medida en que nos proponemos analizar las representaciones con que la prensa asumió la actividad divulgativa desde los inicios del periodismo moderno, comercial, masivo, creemos que podríamos producir aportes para una mejor comprensión –desde las prácticas mismas– del proceso por el cual nació la especialidad profesional –el periodismo científico–, y de los rasgos que la han caracterizado y que hoy pueden ser cuestionados.

c) Por otra parte, el periodismo en general ha tenido en Argentina, hasta no hace mucho tiempo, relativamente, el carácter de un oficio. Aunque con algunas pocas excepciones previas, recién en las últimas décadas se institucionalizó la enseñanza en universidades y en instituciones terciarias tanto de carácter público como privado. Como es de esperar, las currícula han sido diseñadas con criterio práctico, a partir de los modelos institucionales y de los lenguajes periodísticos actuales, y orientadas por un perfil de egresado con rasgos claramente profesionales. Correlativamente, la actividad periodística ha comenzado a ser también objeto específico de investigación desde diferentes perspectivas. El periodismo científico, en tanto especialidad profesional, suele ser una asignatura de las currícula o, al menos, contenido mínimo específico dentro de otras. Intentar historiar un aspecto de esa especialidad, desde el punto de vista de las prácticas discursivas, contribuiría, por una parte, con aportes conceptuales para abordaje de la enseñanza y al desarrollo de la investigación, y por la otra, para la construcción de una historia del periodismo más centrada en los aspectos discursivos.

d) Por último, consideramos interesante colaborar con la vinculación entre dos áreas disciplinarias, la historia –en el aspecto sociocultural– y el análisis del discurso, vínculo que ha sido fructífero, en la medida en que el aparato conceptual de cada disciplina se ha enriquecido, lo que ha permitido avanzar sobre nuevas problemáticas y delinear nuevos objetos.

La elección del diario «La Razón» y del período se debe al hecho de que se combinan transformaciones que permiten ver continuidades y rupturas en diferentes aspectos, en un periódico de importante circulación: llegó a ser el tercero en el nivel nacional detrás de «La Prensa» y «La Nación», y el primero de los de la tarde, con picos de hasta casi 190.000 ejemplares en 1918. Si bien este diario es –como otros– una fuente habitual para los historiadores, es uno de los menos estudiados en su propio hacer discursivo, aspecto interesante porque se trata de uno de los pioneros en los cambios que, dentro del campo periodístico, comenzaron a cristalizarse en las primeras décadas del siglo XX, un lapso marcado, en general, por importantes transformaciones en la cultura, la sociedad y la política. Uno de los principales cambios en el campo periodístico fue el pasaje de un sistema de gestión y de financiación de los periódicos más dependiente del sistema de partidos políticos a uno de gestión profesional y de financiación comercial (Cf. Saítta, 1998: 48-49; 2000^a: 437-438) que los convertía en emprendimientos empresariales, en sociedades comerciales, aunque habitualmente

pertenecientes, cada uno, a una familia. Entre otros factores, ese proceso se vio favorecido por la existencia de una cultura de masas debida, en parte, al avance de la alfabetización. Desde el punto de vista de la ciencia, como veremos más abajo, se trata de un tramo inicial de la etapa de establecimiento de las bases para el complejo científico-técnico (Vessuri, 1994). En cuanto a medicina y salud pública, el período a estudiar es en el que comienza a plantearse la necesidad de establecer sistemas de mutuales o de seguros, de desarrollar instituciones tendientes a la construcción de viviendas, entre otras inquietudes, para atender la creciente problemática social (ver, por ejemplo, Recalde, 1997). La etapa histórica, pues, resulta particularmente interesante en tanto condensa un significativo conjunto de transformaciones. El diario «La Razón» ofrece además el atractivo de que permitiría observar la manera en que una voz considerada, en general, representativa de la derecha nacionalista y vinculada con la Liga Patriótica Argentina se relaciona con el campo científico en el marco del complejo proceso histórico de los años 20 del siglo pasado. El corte en 1930 responde a un criterio externo a nuestra temática, pero es necesario para acotar la investigación. En el entramado discursivo que nos interesa –y también en otros, según hemos observado– es posible detectar representaciones con clara continuidad en la etapa posterior al golpe aun cuando no fueran las hegemónicas.

II. OBJETIVOS

El objetivo general de este trabajo es contribuir al conocimiento sobre discursos sociales, en particular, a la construcción de una historia centrada en el discurso de los medios de comunicación gráficos masivos entendidos como actores políticos, sociales y culturales, en este caso, en relación con los temas de ciencia y medicina. Para ello, será necesario caracterizar las prácticas discursivas de la prensa diaria en perspectiva histórica, y describir y explicar las representaciones sociales que las orientaron, en especial, las relativas a esa temática.

Específicamente, nos proponemos analizar en perspectiva histórica y caracterizar el conjunto de prácticas discursivas propias del diario «La Razón», así como los principales rasgos de la red de representaciones sociales de índole política, social, económica y cultural, a partir de aquellos que integran la representación social de periodismo, en particular los ligados a las funciones sociales de la actividad, que orientaba aquellas prácticas discursivas. Respecto del eje temático que nos interesa, analizaremos y describiremos las representaciones sociales de ciencia, medicina, divulgación e información científica que se evidencien en los diferentes niveles de las prácticas discursivas, y su articulación con la representación de periodismo.

III. DESCRIPCIÓN DEL ESTADO DE LA CUESTIÓN

1. Divulgación y periodismo científicos

Desde perspectivas centradas en la comunicación y el periodismo, el concepto general, amplio, de “divulgación” incluye todas las prácticas que pretendan –con finalidades específicas diversas– la transmisión del conocimiento científico hacia fuera de las instituciones y/o de cada disciplina científica y –aunque no hay posición clara al respecto– también por fuera de los sistemas educativos formales. Esa concepción, por ejemplo, está implícita en las líneas editoriales de diversas revistas consideradas de divulgación. En algunas ramas de la sociología, desde perspectivas similares, hay posiciones que giran alrededor de la noción de “sociedad de la información” y que se ocupan, entonces, de *medir* los conocimientos científicos del público, independientemente de las vías de adquisición. Así, puede verse, entre otros, Escalas i Tramullas,

M^a Teresa (1996); Miller, J., Pardo, R., Niwa, F. (1998), Polino, C. et al (2003), Eizaguirre, A. (2006), Gartner Isaza, L. (2010). Desde otras perspectivas, algunos investigadores, en cambio, incluyen la transmisión de conocimientos a través de la educación formal como una modalidad de la divulgación (por ejemplo, Marinkovic, 2005).

En cualquier caso, en un cruce entre las modalidades oral, escrita y audiovisual, y siempre en relación con un discurso al que se suele tomar como discurso primero –la compleja articulación de prácticas discursivas propia del campo científico– se suele distinguir:

1. La divulgación *periodística*, en diarios y revistas de circulación general y masiva;
2. la divulgación realizada por especialistas a través de medios relativamente accesibles para un público previamente interesado: revistas de alta divulgación o semi-especializadas –por ejemplo *Ciencia Hoy*–, canales de TV –*Discovery Channel*, entre otros–; o experiencias diversas en radio u otros medios como la de las *Mateadas científicas* que organiza la Universidad Nacional de General Sarmiento¹; y también cabe incluir en esta categoría las actuales prácticas de periodismo científico digital, como las del sitio *El gato y la caja*²;
3. la de carácter ensayístico, fundamentalmente a través de libros –por ejemplo, de la colección *Claves de la ciencia*³–, pero también a través de conferencias de asistencia libre, con mayor o menor grado de formalidad;
4. la realizada en los museos, a través de visitas guiadas o de propuestas interactivas (v.gr. Roux, 1991; Lozano, 2005: 157-169; Castellanos Pineda, 2008), etc.; en nuestro país, como ejemplos se pueden citar el Museo de los Niños (Centro Cultural Recoleta), Museo Abremate (Universidad Nacional de Lanús) y el Museo Imaginario (Universidad Nacional de General Sarmiento), o la experiencia actual de Tecnópolis, entre otros;
5. la realizada desde los centros de prensa de instituciones científicas (universidades, centros de investigación, e incluso laboratorios comerciales que realizan investigación);
6. la realizada a través de la literatura, como ejemplo más evidente, en géneros de ciencia-ficción;
7. la realizada a través del cine, como las películas de ciencia-ficción, y
8. la publicidad, tanto en su modalidad comercial como en campañas de propaganda, por ejemplo, sobre temas de salud.

Presentamos a continuación, primero, algunas de las principales líneas de abordaje de la divulgación y de la modalidad que es foco de nuestro trabajo, el periodismo científico; y luego, desde la perspectiva histórica en particular.

2. Algunos abordajes de la divulgación y el periodismo científicos

La mayor parte de las reflexiones relativas a la problemática de la divulgación –en sentido amplio– provienen especialmente de dos líneas: una de carácter socio-comunicativo, línea que

¹ Son encuentros que se realizan con una frecuencia mensual, y en el que exponen investigadores sobre temas diversos. En este caso, la propuesta alcanza a las ciencias sociales. La UNGS ha comenzado a editar una colección de libros que reúne las exposiciones.

² Ver <http://www.elgatoylacaja.com.ar/>

³ La primera colección es editada por Capital Intelectual. Entre los libros editados se encuentran *Diez teorías que conmovieron al mundo. De Copérnico al Big Bang* (Leonardo Moledo y Esteban Magnani), *Ríos de sangre y otras curiosidades explicadas por la ciencia* (Raúl A. Alzogaray), *Repensar las ciencias de la vida. Una mirada sistémica que revoluciona las biotecnologías* (André-Ives Portnoff y Daniel Thomas), *La Revolución Silenciosa. Biotecnologías y vida cotidiana* (Alberto Díaz), *El último café de los científicos. Sobre virus, extraterrestres y otros debates* (Leonardo Moledo y Javier Vidal).

hoy, desde las posiciones más nuevas, cabría encuadrar en el campo de la *comunicación pública de la ciencia* aun cuando muchos de los autores que nombraremos produjeron sus trabajos antes de la conformación de un campo con esa denominación; la otra línea proviene del ámbito lingüístico-discursivo. En ambas es posible encontrar algún interés por una perspectiva histórica.

En la primera de ellas, se pueden enumerar aquí, a modo de ejemplos extraídos de una lista casi imposible de enumerar exhaustivamente, los trabajos de Canguilhem (1961), Jurdant (1969 y 1975), Roquepló (1974), Jacobi (1984^a), Nelkin (1987), Fourez (1994), Jeanneret (1994), Miller, Pardo & Niwa (1998), Moledo & Polino (1998), Belocopitow (1998), Calvo Hernando (1991), Wolovelsky et al. (2004), Cortassa (2012) y, en términos generales, revistas como *Quark* – editada por el Observatorio de la Comunicación Científica de la UPF–, *Redes* –del Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología, UNQ–, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*, de la Organización de Estados Iberoamericanos, entre otras. Las reflexiones abarcan cuestiones tales como el rol y desempeño del divulgador –a veces con cierto carácter deóntico–, las funciones sociales de la divulgación, la apropiación del saber por la sociedad y modos de medirla, las relaciones entre divulgación y educación, la naturaleza del saber transmitido por la divulgación, los aspectos didácticos de la divulgación, la ideologización del conocimiento, las relaciones entre el mundo científico y el conjunto de la sociedad, los efectos diversos que la divulgación produce en el campo científico mismo –el ensalzamiento de ciertas temáticas y/o de algunos investigadores, por ejemplo– entre otras.

De los autores nombrados, hay dos de especial interés para nosotros. Uno de ellos es Yves Jeanneret, autor que distingue en perspectiva histórica, dentro de la compleja matriz conceptual que globalmente denominamos “divulgación”, líneas reflexivas que la han concebido de diverso modo: como “operación de difusión”, “proceso de traducción”, “educación social”, “sucedáneo de saber” o como “interpretación de la naturaleza”; además, aborda la problemática de la adquisición de los saberes centrándose en la noción de representación social, analiza algunas prácticas divulgativas –no realizadas por diarios masivos– y los recursos para la construcción de ese discurso.

El segundo trabajo que nos interesa especialmente es el de Cortassa (2012) que se instala claramente en el campo de los estudios de la comunicación pública de la ciencia. Esta denominación refiere un concepto que trasciende el término “divulgación” –que evidencia un rasgo propio del Iluminismo que tales estudios, precisamente, cuestionan–, a la vez que deja de lado los eventuales matices peyorativos que el uso que “divulgación” y sus derivados pueden conllevar, e incluye otros aspectos temáticos, habitualmente menos o nada contemplados, como los políticos y democráticos vinculados con la distribución del saber o los relativos a la *epistemología social* –entre otros–. En ese marco, Cortassa da cuenta de los principales ejes del debate dentro del campo y presenta una interesante propuesta teórica que, si bien no involucra la especificidad discursiva de la comunicación⁴, incluye la *Teoría de las representaciones sociales* como herramienta heurística apropiada para el estudio de la problemática. Sobre estos últimos autores volveremos en el marco teórico.

Dentro de la línea lingüístico-discursiva, al igual que en la anterior tampoco es posible enumerar exhaustivamente los trabajos producidos. A modo de ejemplo, podemos incluir algunos trabajos –con distinto grado de relevancia– de Loffler-Laurian (1983 y 1984), Gentilhomme (1984), Jacobi (1984b), Bautier (1994), Berruecos (2005, 2007, 2009), Calsamiglia (1996), Calsamiglia et al. (1998), Ciapuscio (1993, 1999, 2000, 2005^a, 2005b), Gallardo (2005), Harvey (2005),

⁴ Su objeto de estudio se centra en los aspectos epistémicos y culturales de la comprensión pública de la ciencia, y para ello trabaja con técnicas cualitativas propias de la sociología (por ejemplo, *focus group*).

Jeanneret (1992), Ramalho (2008). Las preocupaciones están centradas en distintas aristas de la relación entre el discurso científico y el de divulgación, en los niveles de especialización y en los parámetros lingüísticos para definirlos, en el carácter de las transformaciones operadas en distintos niveles discursivos, en los rasgos estilísticos, en la caracterización de las clases textuales o géneros propios de la divulgación, en la retórica, en la terminología y en la variación conceptual, en los usos ideológicos del saber, entre otras. Las perspectivas más interesantes para nuestro trabajo las retomaremos en el apartado referido a la metodología y marco teórico.

Por último, cabe considerar los trabajos centrados específicamente en el *periodismo científico* como uno de los modos de la divulgación científica y en tanto práctica profesional. En tal sentido importa destacar, entre muchos trabajos, algunos aspectos de los de Polino (2000, 2001), Wolovelsky et al. (2004), Cortassa (2012) –nombrados más arriba– y, vinculado con la docencia relativa a esa temática, el manual clásico de Calvo Hernando (1997).

3. Trabajos relativos a la historia de la divulgación

En general, son muy pocos los trabajos que abordan el discurso de divulgación científica en perspectiva histórica, y menos aún la realizada por diarios masivos. Podemos hacer la siguiente enumeración:

a) Desde perspectivas socio-culturales hay algunos trabajos de los años 80 y 90 que ponen el acento en los actores, proyectos o en la distribución del saber, y que no abordan específicamente la relación entre campo periodístico y científico. La mayor parte de esos trabajos provienen de Francia y se refieren a experiencias divulgativas desarrolladas en ese país, por ejemplo: Béguet (1990); Bensaude-Vincent & Blondel (1988); Raichvarg & Jacques (1991); Niderst (1991) y, en parte, uno de los trabajos ya citado de Jeanneret (1994).

En castellano, la revista *Quark. Ciencia, Medicina, Comunicación y Cultura*, dedicó el número 26 (2002) a los “Divulgadores de la ciencia”. Un artículo de Vladimir de Semir y Gemma Revuelta, “Ciencia y medicina en «La Vanguardia» y «The New York Times»” aborda una cobertura periodística de varios años antes. Se trata de un trabajo sobre aspectos más bien externos, tales como los tópicos abordados y los periodistas que se desempeñaron allí, y no abordan cuestiones específicamente discursivas.

En nuestro país, Dora Barrancos (1996) analiza la experiencia de la “Sociedad Luz”, un intento de “universidad popular”, llevado a cabo en nuestro país desde la concepción de la divulgación científica proveniente del Iluminismo reinterpretada por el Partido Socialista.

Beatriz Sarlo (1997) aborda aspectos de la divulgación periodística de la década de 1920, centrada especial pero no únicamente en la realizada por el diario «Crítica» y en la revista *Ciencia Popular*. Se aboca al análisis de algunas representaciones para describir un “espíritu de época” que explica aspectos de los trabajos literarios de Horacio Quiroga y Roberto Arlt.

En la compilación de Marcelo Montserrat (2000) *La ciencia en la Argentina entre siglos*, varios autores abordan –en general desde la perspectiva de la sociología de la ciencia– los temas y las instituciones. Sólo tres artículos están dedicados a la difusión, pero se refieren a revistas de alta divulgación.

En trabajos relativos a la historia de la ciencia, Miguel de Asúa y Diego Hurtado de Mendoza (2006) incluyen descripciones de las coberturas de los principales diarios de circulación masiva

acerca de la visita de Einstein a la Argentina, pero se interesan más por la representación (“imagen”) de Einstein creada por los diarios; en un trabajo posterior, de Asúa (2010^a) describe aspectos de la presencia de cuestiones de ciencia en los periódicos durante el proceso revolucionario de Mayo de 1810.

En *La imaginación científica. Ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entresiglos (1875-1910)*, tesis doctoral de Soledad Quereilhac (2010), se trata la divulgación en la prensa de las “maravillas” científicas, en línea con el eje del trabajo durante un período previo al que nos dedicamos.

Sandra Gasparini, en *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX* (2012), refiere lateralmente –su interés está centrado en la literatura–, algunas relaciones entre ciencia y prensa, y en un período anterior al que nos ocupa.

Una ponencia de Mariano Di Pasquale (2013) aborda la cuestión de la relación entre saberes médicos, la prensa y la política en *La Abeja Argentina*, en el período 1822-1823.

b) Desde perspectivas lingüísticas y discursivas, se pueden señalar ponencias presentadas en los congresos de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED) que abordan temáticas tales como las herramientas teóricas para el abordaje de la divulgación científica en perspectiva histórica para una etapa temprana (siglos XVII y XVIII) –que no focaliza periódicos–, los reflejos de los cambios sociales –y de las resistencias a tal cambio– que pueden encontrarse en los periódicos venezolanos del siglo XIX, y a un análisis cuantitativo de la red de prácticas sociales de divulgación en prensa⁵ en ese mismo siglo. También hay un trabajo de Vallejos Llobet de 2009, que aborda formas de divulgación también en *La Abeja Argentina*.

Hay otros trabajos en perspectiva histórica pero relativos al lenguaje o al discurso científico y sus géneros, por ejemplo, entre muchos: Gutiérrez Rodilla (1998); Vallejos Llobet (2005, 2009), Vallejos Llobet et al. (2000) y Ciapusio (2006, 2009).

4. La historia sociocultural

Como señalamos, pretendemos situar este proyecto en la línea de la historia sociocultural, en tanto se ocupa de prácticas diversas de los grupos sociales, que constituyen su cultura. Para este punto de vista, además, interesa especialmente el nivel de las *representaciones sociales*. Anticipamos que no hemos encontrado trabajos realizados en torno a nuestra temática. Para justificar mejor esta última afirmación, planteamos a continuación una breve reseña.

Olábarri y Caspistegui (1996:9-10) señalan que, en la década de 1950, “los campos historiográficos más atractivos [...] fueron la historia económica y la historia demográfica”, y que, en las décadas de 1960 y 1970 fue la “historia social”. A partir de esa década, sostienen, paulatinamente “el territorio si no más cultivado, sí más influyente fue la historia cultural”. Esta historia cultural refleja –en los debates y en las prácticas historiográficas– “la recepción entre los historiadores del *giro lingüístico* y del posestructuralismo”.

La etapa previa, a la que Chartier (1996) llama “historia conquistadora”, se sostenía, por un lado, en la aplicación al estudio de las sociedades antiguas o contemporáneas del paradigma estructuralista: se trataba de identificar las estructuras y las relaciones que, “independientemente

⁵ Las ponencias son de Libia Barajas (UAM) y de Francisco Bolet (de la UCV), y fueron presentadas en los congresos de 2007 y 2009.

de las percepciones y de las intenciones de los individuos, se suponía que regían los mecanismos económicos, organizaban las relaciones sociales y engendraban las formas del discurso”. Además, este enfoque suponía una metodología centrada en series estadísticas, en cuantificaciones de fenómenos, para formular las relaciones estructurales que constituirían el objeto de la historia. Chartier rescata que, de esa manera, esta corriente logró alejar a la historia de ser un “simple inventario de hechos singulares” y formular, en consecuencia, “leyes generales” (Cf. p. 20). Esta corriente estuvo bien representada por la escuela de los *Annales*.

Pero esas certezas no pudieron sostenerse con la misma fuerza ante cuestionamientos diferentes, en particular, algunos provenientes de las posiciones mencionadas: el posestructuralismo y el “linguistic turn”.

Esos cuestionamientos se han presentado en diferentes modalidades, “incluso contradictorias”, y pretendían “romper todo nexo entre la historia y las ciencias sociales” (Chartier, 1996:24).

En los Estados Unidos, el “linguistic turn”, siempre según Chartier, considera al lenguaje como un sistema cerrado de signos cuyas relaciones producen por sí mismas el significado. “La construcción del sentido está separada de toda intención o de todo control subjetivos, ya que se encuentra asignada a un funcionamiento lingüístico automático e impersonal. La realidad no se debe pensar como una referencia objetiva, exterior al discurso, puesto que está constituida por y en el lenguaje” (1996:24). De esta manera, las operaciones más habituales del historiador se encontrarían sin objeto, comenzando por las distinciones entre “realidades sociales y expresiones simbólicas, entre discurso y prácticas no discursivas”.

En vinculación con el posestructuralismo, en Francia, “lejos de postular la automaticidad de la producción del sentido, más allá de las voluntades individuales, se ha puesto énfasis, por el contrario, en la libertad del sujeto, en la parte reflexiva de la acción, en las construcciones conceptuales”. Esta posición negaría la pretensión de la historia social de identificar “las determinaciones no conocidas que gobiernan los pensamientos y las conductas”. Se afirma, además, “la primacía de lo político, comprendido como el nivel más englobador y revelador de toda sociedad” (1996:25).

Frente a estas posiciones, Chartier reivindica la pertenencia de la historia a las ciencias sociales sosteniendo:

a) Frente al “giro lingüístico”, la distinción irreductible entre prácticas discursivas y no discursivas (a las que nos referiremos en el apartado Marco Teórico), por un lado. Por el otro, la determinación social en la construcción de los intereses por los discursos. En consecuencia, plantea que el objeto fundamental de una historia “que apunte a reconocer la forma en que los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos [...] reside en la tensión entre las capacidades inventivas de los individuos o de las comunidades y las coacciones, las normas, las convenciones que limitan [...] aquello que les es posible pensar, decir y hacer” (1996:26)⁶.

b) Frente a la fuerte reivindicación de lo subjetivo que acompaña la propuesta de un retorno a lo político, sostiene que la historia en tanto ciencia social tiene en cuenta el hecho de que los individuos “están siempre ligados por dependencias recíprocas, aparentes o invisibles, que estructuran su personalidad y que, de esta manera, [...] definen las formas de la afectividad y de la racionalidad”. En cuanto al “retorno a lo político”, “pensado con autonomía radical”, Chartier

⁶ Por otra parte, habría que considerar la respuesta en el plano epistemológico que da Richard Rorty en *El giro lingüístico* (1967), Barcelona: Paidós, 1990.

plantea que se debería centrar el trabajo histórico en las relaciones complejas y variables que se dan entre “los modos de la organización y del ejercicio del poder en una sociedad dada”, por un lado y, por el otro, “las configuraciones sociales que hacen posible esta forma política y las que son engendradas por ella”.

Al respecto, rescata el trabajo de Norbert Elias⁷ cuyo proyecto era el de articular, dentro de la larga duración, la construcción del Estado moderno, las modalidades de las interdependencias sociales y las figuras de la economía psíquica. Ese trabajo permitiría articular dos significados del término “cultura”: por un lado, el conjunto de obras y prácticas que, en una sociedad, son objeto del juicio estético o intelectual; por el otro, el conjunto de prácticas ordinarias, “*sin cualidades*, que tejen la trama de las relaciones cotidianas y expresan la manera en la que una comunidad, en un tiempo y lugar dados, vive y reflexiona su relación con el mundo y con el pasado”. Las obras no poseen un sentido estable, universal, petrificado, sino que están construidas “en la negociación entre una proposición y una recepción”. La producción “aspira a fijar el sentido y a enunciar la interpretación correcta que debe constreñir a la lectura, pero la recepción inventa, desplaza, distorsiona”. A su vez, sostiene Chartier, “todo gesto creador inscribe en sus formas y en sus temas una relación con las estructuras fundamentales que, en un momento y en un sitio dados, conforman la distribución del poder, la organización de la sociedad o de la economía de la personalidad”.

Pero cualquier creador crea, sin embargo, “bajo coacción” en relación con las reglas “(de patronazgo, de mecenazgo, de mercado, etc.) que definen su condición”. Habría, además otra coacción “en relación con las determinaciones ignoradas que habitan cada obra y que hacen que ésta sea concebible, transmisible, comprensible”. (Cf. 1996:26-28).

En suma, la historia sociocultural se caracteriza, en lo social, por considerar que los individuos son *sujetos sociales*, esto es, dependen recíprocamente unos de otros, y su personalidad y racionalidad están definidas por esas dependencias. Las prácticas –tanto discursivas como no discursivas– se producen en la tensión entre las normas, convenciones y coacciones, de un lado, y las capacidades e inventivas individuales, del otro, muchas de cuyas determinaciones no son conocidas. En lo cultural, se caracteriza por una concepción amplia de cultura que incluye no sólo las obras sometidas al juicio estético o intelectual sino también el conjunto de prácticas que expresan el modo de vida de una sociedad, su relación con el mundo y con el pasado.

“Lo que la historia ha mostrado” es, en el trabajo con el concepto de representación, un conjunto de diferentes “modalidades de hacer-crear y de las formas de la creencia”, en suma, se ha trabajado en una historia de las relaciones de fuerza simbólicas (Cf. Chartier, 1996:28-30).

Es, entonces, en el cruce socio-cultural en el que situamos nuestro trabajo: los campos periodístico y científico se vinculan a través de diversas prácticas sociales –de las que nos interesan las discursivas– cuyo sentido es dado por una cultura que le asigna ciertas funciones y valores. Y nos centramos en las que son realizadas desde el periodismo, campo al que se le asignan (y se asigna a sí mismo) ciertas funciones sociales y cierta clase de poder que a la vez que lo constituyen, determinan el horizonte de posibilidades temáticas y constriñen sus prácticas.

⁷ Remite a varios trabajos relativos a la obra de Norbert Elias, entre los cuales se encuentran: *Materialien zu Norbert Elias Zivilisationstheorie* bajo la dirección de P. Gleichmann, J. Goudsblom y H. Korte, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1977-1984; Stephen Mennell, Norbert Elias, *Civilization and the Human Self-Image*, Oxford, Basil Blackwell, 1989; Chartier, Roger “Formation sociale et économie psychique: la société de cour dans le procès de civilisation”, Prefacio a Norbert Elias, *La société de cour*, Paris, Flammarion, 1985, pp. I-XXVIII, y “Conference de soit et lien social”, Introducción a Norbert Elias, *La Société des individus*, Paris, Fayard, 1991, pp. 7-29.

El trabajo en el nivel de las representaciones permite poner en un lugar central el *discurso* – acerca de las funciones de la ciencia, el saber, las expectativas, las decepciones, las tensiones y demandas– enunciado desde un lugar que se asume como representativo del conjunto de la sociedad. Es en tal sentido que decíamos que no hemos encontrado trabajos.

5. Sobre la etapa histórica

Como anticipáramos párrafos más arriba, nos centraremos en el entramado de prácticas discursivas relativo a la ciencia y medicina, con particular atención en las que hoy llamaríamos divulgativas. Presentamos a continuación, de manera general y en breve síntesis, una descripción del período histórico en el que nos situaremos focalizando algunos de los aspectos de esos ejes temáticos.

Aunque el concepto de “divulgación” se remonta hasta el Iluminismo y, en relación con ello se puede, con Jeanneret (1994:7), concebir la divulgación de la ciencia, en sentido amplio, en términos de “proyecto” de una burguesía que pretendía difundir las “*lucres* portadoras de la modernidad, garantes de la autonomía de pensamiento y del progreso social”⁸, y cuyo desarrollo se sitúa especialmente durante el siglo XIX y que dio lugar a diversas prácticas, incluidas la educación pública, el modo de divulgación que nos interesa, mucho más específico, el periodístico realizado por diarios comerciales y masivos, no habría comenzado sino hasta los primeros decenios del siglo XX (Calvo Hernando, 1997: 13). En nuestro país, el inicio del proceso de transformación del periodismo finisecular en un campo autónomo –esto es, no ligado ni por financiamiento ni por gestión al campo político– se puede situar en 1905, cuando un periodista profesional, Emilio Morales, funda «La Razón», el primer diario de carácter comercial, aunque varias de las condiciones necesarias para la autonomía del campo habían comenzado a crearse antes. Tales condiciones para ese tipo de periodismo –masivo, con funcionamiento empresarial, escrito y dirigido por periodistas profesionales, que pretende representar el interés de las masas de anónimos lectores– terminarán de consolidarse durante la década de 1920 (Saítta, 2000^a: 437-438).

En nuestro país, durante el siglo XIX, y aun antes, los temas científicos relativos a las ciencias naturales –química y biología, especialmente– y a la medicina –en particular, los métodos de variolización y vacunación– estuvieron presentes tempranamente en los periódicos locales, en consonancia con otros tanto americanos como españoles. Así, de Asúa (2010^a: 93-116) describe, por ejemplo, que durante la etapa inicial de la Revolución de Mayo, tanto «El Telégrafo Mercantil» como «El Semanario» y «El Correo de Comercio» fueron espacios en el que se daban a conocer trabajos científicos y en los que, incluso “cuestiones que hoy están en gran medida restringidas al campo de los especialistas, como las causas de una epidemia o la validez de un tratamiento, eran discutidas por la población en general”. De Asúa –que plantea que ese era un rasgo común de la época, que iba más allá del mundo de habla hispana– considera que el fenómeno deriva del todavía escaso nivel de profesionalización del trabajo científico que, a su vez, implicaba poco “vocabulario especializado” (p. 115-6). Es evidente que tampoco se puede considerar la existencia de un periodismo profesional.

Si bien hubo algún tipo de actividad científica durante buena parte de la época colonial y durante el siglo XIX (Babini, 1986; de Asúa, 2010^b), la ciencia comienza a adquirir las condiciones de un campo autónomo bastante más tardíamente, más o menos en consonancia con el resto de occidente, aunque a un ritmo distinto. Vessuri (1994) distingue, considerando América Latina en

⁸ Traducción nuestra. De aquí en adelante, las citas provenientes de textos cuya referencia bibliográfica esté en francés o inglés, son traducciones nuestras salvo indicación en contrario.

general y Argentina en particular, tres grandes períodos del desarrollo científico entre 1916 y 1980. El primero, situado entre 1916 y 1940, es el del “establecimiento de las bases de la ciencia experimental”; el segundo corresponde a las “décadas del desarrollo” y abarca desde 1940 a 1960; el tercero, es el período de “la política científica”, y va desde 1960 a 1980. Nos detendremos aquí en el primero, a una parte del cual se refiere nuestra tesis.

El período de entreguerras, en América Latina, estuvo marcado por un alto grado de conflictividad social y estudiantil (Vessuri, 1994:52, entre otros). Y nuestro país no fue la excepción: la Semana Trágica y los conflictos de la Patagonia son tal vez los casos más recordados de una serie de huelgas y conflictos.

El nuevo régimen político que inaugura Yrigoyen se apoyaba en una relativa estabilidad en el plano económico, marcado por crisis que ponían en evidencia los límites del modelo agroexportador, aunque no fue interpretado así por los actores de la época (Cf. Falcón, 2000:345; Ansaldi, 2000:25). La Primera Guerra Mundial iniciada poco antes abre un período, hasta 1930, de ciclos depresivos y de recuperaciones económicas, pero que dejarían consecuencias a largo plazo para la economía argentina. Si bien se intenta mantener el modelo agroexportador de la etapa anterior, comienzan a desarrollarse elementos propios de lo que sucederá más adelante: “el límite de la expansión horizontal de la agricultura, el gradual incremento de la participación relativa de la industria en el producto bruto nacional, el estancamiento de las inversiones británicas y el aumento exponencial de las norteamericanas, la reorientación del comercio exterior, la creciente importancia del petróleo respecto del carbón y el consecuente desarrollo de los caminos y de los automotores, en detrimento del ferrocarril” (Palacio, 2000:104-105).

En el plano universitario interesa, en particular para este proyecto, la Reforma Universitaria que se produjo en 1918 y que marcó un cambio sustancial no sólo en nuestro país sino en otros países latinoamericanos (Vessuri, 1994:53).

El régimen oligárquico había intentado obstruir el acceso de los sectores ajenos a la élite a la universidad, en tanto institución formadora de la clase dirigente. Una de sus tácticas consistió en ampliar la oferta académica, orientándola hacia las actividades productivas que, sin embargo, no tenían en esa época gran desarrollo, y en crear nuevas instituciones (Cf. Chiroleu, 2000:359-383; Terán, 2000^a: 65-82). Hacia finales de esa etapa, existían en nuestro país tres universidades nacionales: las dos tradicionales, (la de Córdoba –nacida en 1613– y la de Buenos Aires –creada por inspiración de Rivadavia en 1821–), y la de La Plata, creada en 1905. Existía, además, la Universidad Provincial de Santa Fe, creada en 1889, que sería nacionalizada luego de la Reforma. En 1921 se creó la Universidad Nacional de Tucumán. Tanto la de La Plata como la de Santa Fe y Tucumán, fueron creadas con un esquema alternativo en relación con las de Buenos Aires y Córdoba. En particular, la Universidad de La Plata estuvo destinada, desde sus inicios, a ser un establecimiento dedicado a la investigación y a la formación de profesionales ligados a las actividades productivas de la región (Cf. Chiroleu, 2000:365-367). Allí fue también donde se inició tempranamente, en nuestro país, el proceso de cooperación científica internacional que se desarrolla con más fuerza luego de la Primera Guerra.

Se trató, sobre todo, de la cooperación alemana. Ya desde 1904 los alemanes habían colaborado en la planificación del Instituto Nacional del Profesorado Secundario en Buenos Aires y en cuestiones militares. En la Universidad de La Plata colaboraron fuertemente en las áreas de física y de astronomía hasta 1934. Aunque se suele considerar un momento culminante de esa relación la visita, en 1925, de Albert Einstein (Vessuri, 1994:59), tal acontecimiento no fue iniciativa de

esa casa de estudios⁹ (Cf. de Asúa & Hurtado de Mendoza, 2006: 101-104).

La influencia de profesionales extranjeros y la cooperación institucional con los países avanzados, que adquirió un carácter de rivalidad entre los gobiernos de Europa y los Estados Unidos, se expandió en esta etapa de entreguerras. Así, los Estados Unidos, a través de distintas fundaciones e instituciones educativas, se concentraron en distintas áreas en América Latina. En el caso de Argentina –donde ya astrónomos norteamericanos dirigían desde su fundación el Observatorio Nacional de Córdoba, como veremos más adelante–, la Fundación Rockefeller apoyó la investigación fisiológica, como resultado de los trabajos de alta calidad que se realizaban aquí, como, por ejemplo, el de Bernardo Houssay, director del Instituto de Fisiología de la UBA, quien recibiría el Premio Nobel en 1947. La misma Fundación otorgó también becas para que investigadores latinoamericanos trabajaran en laboratorios de Harvard. En esta fase España creó, en 1914, la Institución Cultural Española, como resultado de una iniciativa de la colonia española en nuestro país. Los objetivos eran de intercambio en el campo intelectual y de difusión en Argentina de los estudios científicos y literarios realizados en España. Uno de los modos fue a través de una cátedra a ser ocupada por intelectuales españoles en la Universidad de Buenos Aires (Vessuri, 1994:56-60).

Pero en las universidades tradicionales había (y se planteaban) otros problemas que culminaron en la Reforma de 1918. Para nuestro trabajo importarán algunos datos de ese proceso complejo: El “Memorial de cargos y anhelos del Comité Pro Reforma”, elevado en abril de 1918 al entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, José Salinas, indica dos órdenes de problemas, los referidos a la enseñanza, el profesorado, los planes de estudio y la organización disciplinaria, por un lado, y los referidos al gobierno universitario, por el otro. En el primer caso, se criticaba la ausencia de criterio experimental –los “estamentos” rechazaban cualquier intromisión de cuestiones científicas por fuera del Derecho, la Medicina, las Ciencias Exactas y la Filosofía–, así como la falta de un profesorado competente y actualizado. También se criticaba la formación de carácter netamente profesional, esto es, una formación que no preparaba para la investigación, y la ausencia en los planes de estudio de análisis de la problemática social nacional y aun de temas científicos de enorme peso y actualidad. En cuanto al gobierno universitario, los reclamos se orientaban hacia una ampliación de la participación en los órganos respectivos, que estaban, hasta ese entonces, reservados a los miembros de las denominadas Academias, con cargos vitalicios.

Finalmente, el movimiento estudiantil reformista triunfó, pero no definitivamente. La guerra entre reformistas y antirreformistas tuvo, de ahí en más, marchas y contramarchas. Cabe señalar que los estudiantes reformistas se habían nucleado a nivel nacional en la Federación Universitaria Argentina mientras que los sectores más cerradamente antirreformistas, por su parte, se organizaron en el Comité Pro Defensa de la Universidad y en los Centros Católicos de Estudiantes (Cf. Chiroleu, 2000).

En el plano intelectual, hubo otras transformaciones. La Primera Guerra tuvo consecuencias que, a su vez, se combinaron con factores que venían del período anterior. En efecto, con la guerra se redujo el entusiasmo de buena parte de la intelectualidad por el positivismo que había campeado en la etapa anterior. En general, en toda América Latina, los intelectuales “descubrieron que la progresista Europa estaba sumida en una guerra sangrienta”. Del mismo modo, “la revitalización del pensamiento católico [...] fue visible como fenómeno global en la región” (Vessuri, 1994:52).

⁹ La visita, impulsada en parte por Leopoldo Lugones, fue organizada por la UBA, con la colaboración de la Asociación Hebraica, la Institución Cultural Argentino-Germana y las universidades de Córdoba, La Plata y Tucumán.

En nuestro país, la guerra acentuó la reacción antipositivista –siempre en parte del campo intelectual y científico– que se había iniciado hacia 1910. Aunque con diferencias importantes entre ellos (al igual que el positivismo, el antipositivismo también era un grupo heterogéneo), se destacan tres figuras: Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y Leopoldo Lugones. También cabe considerar la figura de Rubén Darío, ya que una veta importante del modernismo literario se vinculaba con estas nuevas líneas de pensamiento. En general, las características de esta reacción fueron: el espiritualismo, por oposición al materialismo de corte determinista, que veía en lo científico el vehículo para la interpretación de la realidad social; el hispanismo, originado por oposición a la creciente influencia norteamericana pero también como resultado de una búsqueda de las raíces; el provincialismo, como un modo de rescatar lo telúrico y por oposición a una Buenos Aires vista como cosmopolita y materialista; el catolicismo, por oposición al laicismo. Todos estos elementos confluían, en mayor o menor medida, en la conformación de una tendencia política nacionalista y de un incipiente antiimperialismo (entre otros autores, McGee Deutsch, 2003; Lvovich, 2003: 119-131; respecto de América Latina, Funes, 2006: 205-258, McGee Deutsch, 2005).

Habría que considerar dos cuestiones: por una parte, que muchos de estos aspectos habían sido problematizados ya en relación con la nacionalización de los inmigrantes, y cabe señalar que, en los años veinte, el saldo inmigratorio –que se había estancado durante la guerra– había vuelto a ser positivo; por la otra, que la tendencia del nacionalismo también reflejaba tanto la crisis del liberalismo europeo (que alcanzaba a la valoración del sistema democrático) como la influencia –allá y aquí– de la Revolución Rusa (entre otros, respecto de América Latina en general, Funes, 2006: 324-339; Lvovich, 2003: 237-282).

Hay, además, dos aspectos que interesan en particular: uno, el deslizamiento que se produce en relación con la figura del intelectual: del intelectual-científico, figura típica del positivismo, al intelectual-escriptor; el otro, fuertemente relacionado con el anterior, la autonomía relativa que alcanza el campo intelectual, como producto de los mismos factores que permitieron la autonomía del campo periodístico, a los que nos referimos más arriba, y la relativamente fluida relación entre ambos campos (Cf. Terán, 2000b; Falcón, 2000; Bertoni, 2001; Rosa, 2000).

En setiembre de 1930, el golpe de Estado comandado por Uriburu, inaugura en nuestro país otra etapa política. En el golpe confluyen dos proyectos: por una parte, el de los que creían suficiente derrocar a Yrigoyen para resolver la crisis política que se había desatado, reformar algunos aspectos de la Ley Sáenz Peña y restaurar de ese modo el sistema democrático liberal; por la otra, el proyecto de los que, en línea con el desarrollo del nacionalismo, creían necesario un giro institucional tal que reemplazara el sistema demo-liberal por otro basado en instancias corporativas para las cuales el fascismo italiano parecía brindar el modelo. Del primer proyecto participaban los sectores neoconservadores (socialistas independientes y los sectores antipersonalistas del radicalismo). Del segundo, el propio general Uriburu, los sectores del nacionalismo representados por Lugones y otros grupos de la misma tendencia, pero de corte católico. El gobierno de Uriburu fracasó como expresión “de esa equívoca confluencia” (Cf. Falcón 2000:345-354), pero marcó, visto desde hoy, el inicio de otro período, en el que –con transformaciones importantes– esas grandes líneas dirimirían la oposición entre proyectos.

El movimiento estudiantil, a través de declaraciones de la FUBA y de la FUA, colaboró en la gestación y triunfo del golpe. Pero cuando el nuevo gobierno manifestó su objetivo de terminar con la “anarquía universitaria”, las organizaciones estudiantiles lo enfrentaron soportando continuas persecuciones. “Las fuerzas antirreformistas volvían a adueñarse de la universidad” (Chiroleu, 2000:383).

Cabe señalar ahora algunos aspectos generales de la situación de la medicina y la salud pública en la etapa que nos ocupa. Hacía ya bastante tiempo –desde el último tercio del siglo XIX, aproximadamente– que las élites y parte importante de la población habían interiorizado un conjunto de prácticas que integraban lo que se podría denominar cultura de la higiene, quizás, como señala Armus (2005: 26), en parte por algunas iniciativas disciplinarias del Estado, pero también por el consenso generado por las evidentes mejoras en la calidad de vida, fundamentalmente de las élites. Sin embargo, no había motivos para considerar que el grado de consenso alcanzado fuera homogéneo en toda la población, ni que se hubiera alcanzado un nivel alto de una vez y para siempre; la persistencia de prácticas como, por ejemplo, el curanderismo o la resistencia en algunos sectores a la vacuna antivariólica –actitudes ligadas, entre otros factores, a la pobreza, el analfabetismo y a diversas cuestiones culturales, en alguna medida vinculadas a la inmigración– podían ser percibidos como un riesgo para el nivel de salud pública alcanzado. Se hacía necesario, entonces, medicalizar, esto es, sostener y ampliar el consenso, reafirmar las creencias favorables a la atribución de tareas a la *profesión médica* (Freidson, 1978), orientar las conductas relativas al cuidado de la salud en todos sus aspectos, extender los dominios del control médico y la cultura de la higiene, a los sectores que presentaban resistencias. En efecto, desde fines del siglo XIX, los representantes de la corriente conocida como *higienismo*, intentarían extender un “cordón sanitario que salvaguardara al resto de la sociedad de la contaminación física o moral” de aquellas clases más expuestas a las enfermedades (Recalde, 1997: 36).

Ya hacia la segunda década del siglo XX, y con distinto grado de lucidez, muchos de los higienistas, algunos de ellos incluso desde cargos públicos, “advirtieron que las deficientes condiciones de vida de la mayoría era resultado de la apropiación de la mayor proporción de la riqueza por parte de unos pocos”, pero sin embargo no cuestionaron las relaciones sociales vigentes y se limitaron a reclamar la intervención estatal. Sólo algunos médicos que provenían del socialismo y del catolicismo social –aunque con diferencias entre sí– fueron más lejos en las críticas al liberalismo y alentaron reformas legislativas que mejoraran la situación de los pobres (Cf. Recalde, 1997: 35).

Cabe destacar, en relación con el lugar ocupado por la profesión médica, que sus miembros –que gozaban desde fines del siglo XIX de un fuerte prestigio y reconocimiento social–, refuerzan y aumentan la autonomía y se “autoinstituyen como las únicas voces autorizadas para abordar los problemas relativos a la salud, la enfermedad, su prevención, su cura, no sólo en la dirección de los servicios sino también en la definición de los valores sociales superiores involucrados en su desarrollo”. Una de las fuentes para sostener la autonomía es el modo de ejercicio de la profesión que los médicos reivindicaban en nombre de la mayor eficacia terapéutica: “la relación personal y privada con el paciente” (Belmartino, 2005: 45).

En ese marco, distintos sectores sociales ensayaban diferentes acciones. La tradicional beneficencia, por lo general en manos de las mujeres y vinculada con la Iglesia Católica, se volcaba al sector más pobre de la población (ver, por ejemplo, De Paz Trueba, 2011); algunas asociaciones gremiales y de diferentes colectividades comenzaban a desarrollar sistemas de mutuales y de seguros de retiro que resulta en un conjunto bastante heterogéneo en cuanto a los modos de organización y en cuanto a la accesibilidad, que adquiere un carácter estratificado. La presencia del Estado –en sus diferentes niveles–, era pobre y frecuentemente mediada: el hospital público y el aporte financiero, no siempre estable, a instituciones de beneficencia o mutualidades (Cf. Belmartino, 2005: 18; 21-44).

La alfabetización y, más en general, la educación en general y la universitaria en particular, así como los diversos modos de organización de sistemas diversos de mutuales, seguros de retiro, etc., probablemente contribuyeron a los procesos de diferenciación de clases que comienzan a operar desde fines del siglo XIX y que terminarían por conformar una identidad de clase de media (Cf. Adamovsky, 2009: 135-176).

En suma, el período en que el situaremos nuestro trabajo se encuentra cruzado por fuertes tensiones políticas y sociales que involucran a la medicina. En cuanto a educación superior, se trata de un momento claro de cambios sustanciales que culminaron en la Reforma, y en cuanto a ciencia, de una etapa de inicio del desarrollo de algunas ramas disciplinares, como iniciativa de algunas universidades y apoyado, a menudo, por instituciones extranjeras. No es posible ver lineamientos de una política científica por parte del Estado, los que aparecerán con posterioridad a la etapa en estudio. En ese marco de tensiones diversas que cruzaban una sociedad en proceso de transformación y de *clasificación*, nos interesa analizar –como señalamos– las representaciones sociales que orientaron las prácticas discursivas un diario de alcance masivo, relativas a ciencia y medicina, para observar aspectos del discurso más cotidiano de la masa ciudadana con el que interactúa el de la prensa.

IV. TESIS

En nuestro trabajo argumentaremos la siguiente proposición general y las específicas que se enuncian a continuación.

Nuestra hipótesis general es que el proceso de apropiación del discurso científico por parte de los periódicos y, en particular, por «La Razón», está orientado por una articulación de representaciones sociales acerca del campo periodístico mismo, del lugar que el diario ocupaba en ese campo y de su rol como actor social y político; del campo científico –sus respectivas instituciones, prácticas, funciones sociales, políticas, grado de desarrollo, etc.–; del conocimiento científico; de la relación entre ese campo y aspectos de la realidad tales como la educación, la salud pública, la defensa y la economía; de la divulgación científica en general y de la realizada en medios masivos en particular –con sus propias funciones–, así como de las preocupaciones y expectativas de los sectores productores y destinatarios del discurso. El análisis de las prácticas discursivas en perspectiva histórica pone en evidencia el conjunto de rasgos de las representaciones sociales indicadas y sus variaciones diacrónicas.

Esta proposición general puede ser especificada del siguiente modo:

- a) El diario «La Razón» es un actor social y político de relevancia en la etapa a estudiar y los elementos nucleares y periféricos de las representaciones sociales que orientan sus prácticas pueden ser observados no sólo en lo representado en el plano de los contenidos temáticos sino también en el plano enunciativo, en el de la distribución semántico-funcional de los géneros y en diversos aspectos formales.
- b) La representación social más amplia que orienta las prácticas discursivas de «La Razón» es la de *patria*, cuyos rasgos nucleares son los propios del estado-nación que considera nacido en la Revolución de Mayo. Ese núcleo contiene, además, *mandatos* que provienen, para el diario, del proceso de la independencia política y atañen a todos los actores sociales. El principal de esos mandatos es alcanzar el *desarrollo de la nación* en todos sus aspectos: económico, social y cultural. Este desarrollo permitiría alcanzar la

independencia económica y completar así el ciclo independentista iniciado por la Revolución de Mayo. El desarrollo de la nación no estaría garantizado, de allí pues que los rasgos más periféricos de la representación –aquellos más sujetos a la coyuntura y, por tanto, más susceptibles al debate– sean los relativos a la direccionalidad de las acciones y a los mecanismos políticos, sociales y económicos para lograrlo.

- c) La representación de *periodismo* tiene, en su núcleo central, pues, el rasgo de *servicio a la patria*, es decir, para el bien común, cuyas raíces se integran con la historia misma del nacimiento de la patria. Ese servicio público consiste en el cumplimiento de las funciones sociales habitualmente reconocidas como propias del campo periodístico: *informativa*, de *vigilancia* y de *orientación de la opinión pública*. Los aspectos periféricos de esta representación se refieren al *modus operandi* del campo para cumplir con esas funciones, evaluado en relación con dos mandatos: uno, el del *desarrollo* y, el otro, el de trabajar desde una ética cuyo valor más alto es, precisamente, el *patriotismo*.
- d) «La Razón» se autorrepresenta como un *sujeto institucional*, como *una única voz*, que en actitud “pastoral” (Foucault, 1979) guía en un contexto difícil y complejo *a todos y cada uno* de los miembros de los sectores sociales a los que se dirige y de cuya voz e intereses se pretende representante. El diario los postula como integrantes de una *clase media*, aun cuando no necesariamente tales sectores se percibieran a sí mismos como integrantes de ella en la etapa estudiada: «La Razón», a la vez que la modela colabora, a través de variados mecanismos, en los “procesos de diferenciación de clases” (Adamovsky, 2009: 119-217). El discurso del diario tiene, pues, un carácter “estratégico”, en términos de Michel de Certeau (1990: XLIX): es producido por un “sujeto de voluntad” susceptible de aislarse de un “ambiente” y que postula un “lugar” que puede ser circunscripto como propio, base para manejar sus relaciones con una exterioridad distinta, “a partir del cálculo de relaciones de fuerza”.
- e) Las cuestiones de ciencia y medicina, abordadas también en etapas anteriores de la prensa, son tematizadas por «La Razón» de modo diferente para realizar la tarea periodística de información, vigilancia y orientación, en pos de cumplir con los mandatos de la patria referidos en el punto b).
- f) Las representaciones de “ciencia” y de “medicina” son las propias de un discurso masivo y más popular, y se diferencian de las que se suelen describir en el marco de los debates entre intelectuales y/o científicos. Y en tal sentido, las prácticas de «La Razón» no reflejan ningún rastro de la crisis del positivismo devenida tras el fin de la Primera Guerra ni del “proceso de separación de la ciencia de la intuición” (Hobsbawm (1987: 252-254) implicado en la complejidad que el conocimiento científico estaba alcanzando desde el siglo anterior. En cuanto al tipo de conocimiento, las representaciones mantienen, en sus núcleos, un único rasgo fuerte: se distingue de otros por la base empírica y/o experimental, aunque con cierta vacilación en los modos de definir la relación entre base empírica y teoría: una forma de “empirismo ingenuo” (Chalmers, 1984: 11-25).
- g) La representación de divulgación de ciencia y medicina presenta como rasgo propio del núcleo central la finalidad pedagógica: divulgar es *enseñar*, y se diferencia entonces de la *información* sobre temas de esos campos. En la zona periférica, distingue entre la enseñanza de cuestiones teóricas y la de cuestiones relativas al hacer práctico: la primera no sería una función propia del periodismo diario y masivo que, sin embargo, cumple

excepcionalmente; la segunda en cambio, es una herramienta, especialmente en lo que atañe a medicina y salud pública, para modelar la clase social que postula, pues le permite fundamentar la orientación hacia ciertas conductas deseables tanto individuales como colectivas, e instruir procedimientos que satisfagan necesidades prácticas que son presentadas como demandas del público destinatario. En todos los casos, se trata de modalidades del servicio público en tanto rasgo de la representación de periodismo. En ese marco y en relación con la medicina y la salud pública, «La Razón» fue un fuerte y consciente difusor de los principios del higienismo, una perspectiva que le permitía articular posibles soluciones para una variedad de problemas “biopolíticos” (Foucault, 1976: 163-176).

V. ORGANIZACIÓN DEL DESARROLLO DEL TRABAJO

El análisis se despliega en esta tesis, entonces, en dos partes luego del apartado referido a los aspectos teóricos y metodológicos. La primera parte se centra de manera general en el diario «La Razón» en tanto actor político y social, y sujeto de discurso, para evidenciar los rasgos más relevantes de la representación social de *periodismo* que orientaba sus prácticas. Describiremos el relato histórico que conforma ese campo profesional, según esa representación, la inserción del diario en ese campo y el enlace en el devenir representado y las expectativas sobre su futuro, la misión del periodismo en general y la que el diario se asigna a sí mismo, en particular; así también, la ética que enuncia como conjunto de principios regente de sus acciones, ética que, a su vez, predica. Esa representación se evidencia, igualmente, en las características de los diferentes niveles de sus prácticas discursivas, así como en aquellas otras prácticas no discursivas que dan cuenta del esfuerzo por presentarse como un actor que guarda coherencia entre lo que enuncia y lo que hace.

La segunda parte de esta tesis focaliza las prácticas discursivas específicas de los temas que nos convocan: ciencia y medicina. La dividimos en cinco capítulos; los tres primeros de los cuales agrupan ramas de conocimiento que, a veces, el diario identifica claramente según las denominaciones académicas y, otras, presenta con menos precisión. El primero, agrupa aspectos de la geografía –las características de territorios, flora, fauna y “nuevas razas” humanas– que están presentes en prácticas relativas a las exploraciones realizadas en distintas partes de nuestro planeta, que en esa época terminarían de delinear los mapas y definir los límites del mundo. El segundo capítulo aborda los estudios y trabajos relativos a la búsqueda de los rastros del pasado remoto, de los que se intentaban inferir fundamentos de ese presente: la arqueología, la paleontología y lo que hoy denominaríamos paleoantropología. El tercero de los capítulos se centra en los problemas del cielo y el infierno: la astronomía y la geología, en particular, la vulcanología. En relación con esas ramas del saber, el diario también aborda cuestiones que no formaban parte de las disciplinas científicas pero que se referían a objetos cuyo estatuto era dudoso o especulaciones que bien daban –pretendían dar– cuenta de otras realidades: la existencia de la Atlántida o la comunicación con una civilización marciana, por ejemplo. Desde esa perspectiva, abordamos los rasgos de la representación social de ciencia “por la negativa”, en aquella línea –a veces muy borrosa en el discurso del diario– que traza los límites entre formas de conceptualizar lo real. Precisamente, pues, el capítulo cuatro focaliza esos límites entre la ciencia y lo que, de manera general, podemos llamar “no-ciencia”. Luego, focalizamos la biopolítica en sus dos dimensiones más claras: el individuo y la sociedad. Medicina y salud pública son, pues, los ejes temáticos del capítulo cinco. También en este caso incluimos el abordaje de aquellos aspectos que limitan –y por tanto, tensionan– el espacio de la medicina y de la salud pública: el curanderismo y la charlatanería médica.

Ese recorrido por las diferentes ramas del conocimiento y las actividades ligadas a ellas, lo presentamos según tres ejes –que necesariamente se solapan–: los rasgos que delinear las disciplina, los actores y el conocimiento involucrados. En cuanto a la medicina, si bien la descripción se despliega según tipo de problema o de políticas de salud, finalmente recuperamos también los aspectos recién mencionados: disciplina, actores y saberes.

Las distintas ramas del saber no fueron tematizadas por el diario con una atención de igual magnitud y con una frecuencia regular y nuestra descripción pretende, de algún modo, dar cuenta de esas heterogeneidades, que son resultado de las prácticas mismas; los corpóra, pues, no son iguales y la riqueza del material no es la misma en todos los casos y es por eso que, si bien lo intentamos, no es posible mantener una fuerte homogeneidad en cuanto a la extensión de partes y capítulos, aunque creemos que el resultado es, de todas formas, equilibrado. Este problema relativo a la heterogeneidad del corpus está desarrollado en el apartado correspondiente a la descripción de la metodología de trabajo.

ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

I. MARCO TEÓRICO

En el marco del vínculo entre las dos perspectivas disciplinares involucradas –la historia, en la perspectiva que considera las prácticas discursivas como objeto de estudio y el análisis del discurso–, realizamos el trabajo a partir de la articulación central de tres conceptos: *práctica social discursiva*, *representación social* y *campo socioprofesional*.

Consideramos que las representaciones sociales que orientan –y se manifiestan en– las prácticas discursivas de un campo socio-profesional específico, sus diferenciaciones y rupturas, se pueden describir no sólo en el nivel de lo representado, es decir, en el de los contenidos semánticos, sino también en los rasgos de otras dimensiones de las prácticas, por ejemplo, en cuanto a su “forma”: las voces convocadas, los caracteres de los géneros escogidos, la iteratividad, la serialidad, la importancia gráfica acordada, entre otros; es decir, consideramos que las formas son generadoras *per se* de sentidos relevantes en un análisis en perspectiva histórica, sentidos que es preciso analizar de manera interrelacionada con los que se intenta construir en el plano de lo representado en los contenidos.

Los problemas principales para nuestro análisis son dos: la determinación de la unidad y de un modelo que nos permita abordar de manera integrada aspectos, niveles, o dimensiones de esa unidad. Al respecto, cabe destacar que hallamos pocas definiciones precisas del concepto de *práctica social discursiva*, y muchos usos bastante inespecíficos de la denominación que, como señalan Charaudeau & Maingueneau (2008), parecen indicar solamente un posicionamiento teórico (que compartimos): “considerar el discurso como una forma de acción sobre el mundo producida fundamentalmente en las relaciones de fuerza social”; a su vez, los usos del término en artículos que realizan análisis de aspectos puntuales también remiten –casi siempre de manera implícita– tanto a la actividad discursiva en general –sinónimo de “discurso” en sentido amplio– como a una unidad que podría entenderse como “enunciado” o lisa y llanamente como un ejemplar de algún *género discursivo* (por ejemplo una crónica periodística particular), es decir, una unidad empíricamente definida. En muchos casos, aparece vinculada de manera poco clara con la denominación “texto”, que también remite a veces a una unidad empírica –un ejemplar de una “clase textual”, según algunas definiciones de la Lingüística del Texto) y, otras, a un sentido más amplio.

Con el fin de alcanzar una definición operatoria de estos conceptos, realizamos un recorrido por algunas propuestas teóricas en relación con los problemas planteados.

1. Los conceptos de *práctica social discursiva* y de *campo social*

En la denominación “práctica social discursiva” confluyen, en general, tres grandes líneas de conceptualizaciones: la de Foucault; la que proviene, en el ámbito del análisis del discurso, de perspectivas diversas que subrayan, como señalamos en el párrafo anterior, el carácter de acción sobre el mundo, ligado con mayor o menor precisión al concepto marxista de “praxis”, y la sociológica, fundamentalmente, la desarrollada por Bourdieu, que también abreva en Marx. Aunque no coinciden en todos los aspectos, esas grandes líneas tienen en común el hecho de destacar el carácter *histórico* del discurso.

a) Noemí Goldman (1989:23), al describir las etapas en el desarrollo del análisis del discurso como disciplina, señala que es Michel Foucault quien abre la posibilidad –para los trabajos en historia– de un análisis concreto de la “materialidad discursiva” al interesarse por las “condiciones de posibilidad” de los discursos.

En efecto, en Foucault (1969: 198), la denominación “práctica discursiva” parece remitir a una abstracción: es “un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio que han definido en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa”. El acto material de *formular* cumple una *función enunciativa*, en tanto produce un *enunciado*.

Esta última noción es de carácter relacional: el enunciado es una “cosa”, un *objeto* que, aunque tiene una *materialidad*, un *soporte*, no se distingue por tal materialidad sino por el “conjunto de condiciones y de límites: los que le son impuestos por el conjunto de los demás enunciados en medio de los cuales figura, por el dominio en que se le puede utilizar o aplicar, por el papel o las funciones que ha de desempeñar” (p. 173). Finalmente, define como enunciado una “modalidad de existencia propia de un conjunto de signos: modalidad que le permite ser algo más que una serie de trazos, algo más que una sucesión de marcas sobre una sustancia, algo más que un objeto cualquiera fabricado por un ser humano; modalidad que le permite estar en relación con un dominio de objetos, prescribir una posición definida a todo sujeto posible, estar situado entre otras actuaciones verbales, estar dotado en fin de una materialidad repetible” (p.180). Aun cuando esta última definición refiere la *materialidad*, un soporte, la definición de “enunciado” mantiene un carácter abstracto, en tanto tal materialidad parece importar como factor clave para la “repetibilidad” de un enunciado, que habilita a analizar el lugar que ocupa en una trama de enunciados, así como esa misma iteratividad. El “soporte” puede tener la extensión de un libro o de una frase; es decir, no es posible establecer correlación fija alguna con una unidad empírica: un libro o una frase pueden o no ser en cada caso un enunciado o ser soporte de más de uno. Es que para su objeto de estudio no es pertinente detenerse en la determinación ni en el análisis de los “soportes” de los enunciados. Así lo ejemplifican sus trabajos –*Historia de la Sexualidad* (1976), *El nacimiento de la clínica* (1966), por ejemplo–.

Su objeto de estudio es más bien la “formación discursiva”, noción clave también en esta perspectiva. En efecto, Foucault (1969:50-64) plantea que las formaciones discursivas están delimitadas por los “desvíos” de ciertas regularidades (en cuanto a “un orden, correlaciones, posiciones en su funcionamiento, transformaciones”) y se organizan por “reglas de formación”, es decir, las “condiciones a que están sometidos los elementos de esa repartición”: la constitución de los “objetos, modalidad de enunciación, conceptos, elecciones temáticas”, que son las “condiciones de existencia de una repartición discursiva determinada”. Es decir, se trata de un segundo orden de reglas.

En ese marco, distingue entre “prácticas discursivas” y “prácticas no discursivas”, como dos órdenes irreductibles, pues cada una obedece a diferentes reglas de formación, a diferentes “lógicas”. Como señala Chartier (1994: 28) Foucault intenta, entonces, determinar cómo las reglas de formación discursivas pueden estar vinculadas a sistemas no discursivos y busca definir las formas específicas de articulación (Cf. Foucault, 1969: 281).

Pero cabe señalar que los planteos de Foucault apuntan a poner en duda algunos fundamentos de las prácticas historiográficas. En efecto, según Chartier (1994: 29) a partir de la distinción realizada por Foucault no es posible sostener –en perspectiva histórica– que las prácticas no discursivas puedan ser “deducidas” de las discursivas, ni que se pueda “traducir” a una

“ideología explícita la función latente de los funcionamientos sociales”. Para Chartier (p. 35-36), entonces, la distinción entre dos tipos de prácticas con diferentes regularidades y *lógicas* pone en jaque la posibilidad de atribuir identidad entre la conciencia de los actores sociales y el significado de los procesos históricos. Según este autor (p. 32), ambas prácticas son “fragmentos de realidad”.

Chartier (1996: 26) retoma estos conceptos y se sitúa entre “los que consideran ilegítima la reducción de las prácticas constitutivas del mundo social a los principios que gobiernan los discursos. Reconocer que la realidad pasada –sostiene– no es accesible (a menudo) más que a través de textos que intentan organizarla, someterla o representarla no equivale a postular la identidad entre dos lógicas: de una parte, la lógica logocéntrica y hermenéutica que gobierna la producción e interpretación de los discursos; de la otra, la lógica práctica que regula las conductas y acciones”. (También en 1994: 28)

Propone, más bien, centrarse en la articulación entre esas dos lógicas, “constatar que la construcción de los intereses por los discursos está en sí misma socialmente determinada, limitada por los recursos desiguales lingüísticos, conceptuales, materiales, etc., de que disponen aquellos que la producen”. Y agrega que “esta construcción discursiva remite, por tanto, necesariamente a las posiciones y a las propiedades sociales objetivas, exteriores al discurso, que caracterizan a los diferentes grupos, comunidades o clases que constituyen el mundo social”.

b) En relación con las líneas que subrayan el carácter de *acción* atribuido al discurso, en el ámbito del análisis crítico, por ejemplo, Fairclough & Wodak (1997) definen al discurso como una “práctica social que se articula a partir del uso lingüístico contextualizado”, y plantean que tal definición implica “una relación dialéctica entre un evento discursivo particular y la situación, la institución y la estructura social que lo configuran”. Esta definición no incluye ningún concepto de “regla”, como sí ocurre en la de Foucault. La palabra “configuración”, en cambio, sugiere una serie de determinaciones producidas por la situación, la institución o la estructura social, como uno de los movimientos de la relación dialéctica; y a su vez, supone también que el evento discursivo produce –como segundo movimiento dialéctico– algún tipo de efecto o cambio en la situación, institución o estructura social que, precisamente, lo configuran.

El conjunto de factores determinantes propios de la situación, la institución y la estructura social es lo que entienden por “contexto”, y plantean cuatro dimensiones de esa configuración: “lingüística, local, cognitiva y sociocultural”. El discurso es, así, una práctica social compleja y heterogénea que implica la puesta en funcionamiento de la lengua para comunicar y “construir formas de representación del mundo”. Muchos de los trabajos realizados dentro de esta perspectiva asumen implícitamente como unidad el “género”, en el sentido amplio del término, es decir, no estricta ni necesariamente según la definición bajtiniana (Bajtín, 1979) sino como una unidad empíricamente delimitada. Trabajan sobre distintos niveles discursivos –deixis espaciales y temporales, modalizaciones, en particular las evaluativas, etc.– y analizan lo representado en el marco de la “ideología”, cuya definición tiene distintos alcances o grados de precisión según los diversos autores de esta corriente. Más abajo retomaremos este aspecto, según la posición de van Dijk.

Es importante señalar que, para estos autores, los distintos aspectos del contexto quedan inscriptos en los enunciados. Dicho de otra manera: es posible “rastrear” elementos contextuales en el discurso, inferir a partir del producto las determinaciones que afectaron su producción.

c) Desde el punto de vista de la sociología, Bourdieu (1994) plantea la noción más general de

“práctica social” como parte de su teoría de los *campos sociales*. Cada campo es una división social regida por dos factores: la existencia de un capital común, tanto material como simbólico, y la lucha por su apropiación. Cada uno de los diferentes campos (económico, político, artístico, científico, etc.) funciona con una fuerte independencia, esto es, tiene una dinámica propia. Toda práctica social está condicionada por las tensiones, identificaciones, modos de hacer que definen un *campo*, y según un “hábitus”, concepto con el que define un proceso de “interiorización” de lo social en los individuos “a través de costumbres no conscientes” y que obra “a la manera de un conjunto de esquemas o disposiciones socialmente adquiridas” (Portantiero, 2002). Entre las prácticas sociales Bourdieu incluye las discursivas. Distingue, a su vez, en éstas, dos niveles que se condicionan mutuamente: el “material” –que refiere los modos de hacer requeridos, los objetos con los que se hace lo necesario para producir el discurso– y el de las “creencias” compartidas por el grupo que orientan el modo de hacer. Estas nociones, “hábitus” y “creencia” compartida, remiten al concepto de *representación social*, al que nos referiremos un poco más adelante, pues antes y en relación con el concepto de práctica discursiva se plantea otro problema.

¿Quién es el sujeto que realiza las prácticas discursivas? Se trata de una cuestión importante para nosotros en tanto nos ocupamos de un periódico al que, sin embargo, consideramos como *un* actor social y político en relación con el lugar que ocupa en ese campo en la producción de cuyo discurso participan muchos individuos. No siempre resulta claro el modo en que es conceptualizado el sujeto de las prácticas en las corrientes que definen el término. Al igual que en el caso de Fairclough & Wodak visto más arriba, en general se supone o sobreentiende que cada una de las prácticas es realizada materialmente por un *individuo* –considerado empíricamente–, en mayor o menor medida condicionado o determinado por diversos aspectos del contexto en el que la práctica se realiza, y que los enunciados portan marcas o huellas del sujeto que los produjo y del contexto. En el marco del análisis del discurso, diferentes propuestas teóricas han abordado la cuestión de la relación entre esos elementos que se han interesado por tal sujeto empírico o desentendido de él¹⁰. La perspectiva de Van Dijk (1999), sobre quien volveremos en relación con el concepto de representación social, ofrece una conceptualización muy útil para nuestros objetivos.

Entre las dimensiones del contexto a considerar, este autor incluye tres “roles” que asumen los individuos –rol de participante, rol profesional y rol social– y dos tipos de relación entre individuos e institución o grupo social –la afiliación y la pertenencia–. Por rol de participante refiere el rol en el acto comunicativo –hablante, escribiente, oyente, lector, etc.–, y ejemplifica precisamente con el caso de la producción de “noticias” la estructura compleja de roles de participantes que se desarrolla en el caso de las instituciones, cuando el discurso pasa por varios estratos o etapas de “confección”. En tal sentido, importa considerar qué clase de contribución realizan los diversos participantes al “acontecimiento” comunicativo “total: qué derechos y obligaciones tienen y, en consecuencia, quién debe o puede hablar”. Por su parte, un rol profesional “social o legalmente establecido” –por lo general relacionados con organizaciones e instituciones– “puede estar asociado con un conjunto de roles de participante” y con eventos comunicativos de diverso tipo o géneros discursivos. Los roles sociales están presentes en toda acción e interacción: cualquiera sea el rol profesional o el rol de participante, se puede “actuar y hablar como un amigo, un enemigo, un aliado, un defensor o un oponente de otros participantes”, entre otros. Estos roles sociales se evidencian en ciertas características del enunciado: formas de tratamiento, cortesía, estrategias de autopresentación positiva o presentación negativa de otros,

¹⁰ Por ejemplo, entre los más reconocidos, Benveniste (1966) o Ducrot (1986). Calsamiglia y Tusón (1999) realizan en los capítulos 4 (“El contexto discursivo”), 5 (“Las personas del discurso”) y 6 (“Las relaciones interpersonales, la cortesía y la modalización”), un recorrido serio y completo por las diferentes propuestas.

“argumentos (contra los oponentes, o a favor de aliados, etc.)”. Además, plantea que las relaciones entre interlocutores pueden ser *directas* –por ejemplo, cara a cara– o *indirectas* –por ejemplo, oponerse a un hablante para oponerse al grupo al que pertenece–. Por último, van Dijk destaca que los roles sociales “son representaciones contextualmente variables de posiciones, incluyendo las posiciones ideológicas”. Por “afiliación”, entiende la relación entre un participante en un rol profesional y la organización o institución a la que representa desde ese rol; importa tener presente que, en ese marco, el participante puede ser reemplazado por cualquier otro miembro institucional en el mismo rol. Estas relaciones pueden ser estrictas y legalmente descriptas en un extremo o, en el otro, más vagas y abiertas. “Una de las consecuencias de la afiliación institucional u organizativa” es que los representantes “a menudo arrastran las ideologías institucionales” al evento comunicativo. Los representantes de una organización están “habilitados u obligados por hábito, norma o ley, a representar los *intereses* de la organización”. Por último, el concepto de “pertenencia” refiere la relación entre el participante del acto comunicativo con un grupo o categoría social: se puede hablar como hombre, mujer, negro, blanco, joven o viejo. Van Dijk enfatiza que tanto los roles como las relaciones de afiliación y pertenencia no siempre están dadas y que en algunos casos se construyen subjetiva y dinámicamente: así, por ejemplo, un varón puede “disociarse temporariamente de su grupo y hablar en nombre de las mujeres”. Cabe destacar que las personas o grupos referidos en el discurso, aquellos de los que se habla, en principio no son participantes del evento y, por tanto, tal referencia es parte del *significado* del discurso y no del contexto comunicativo. Sin embargo, en ciertas ocasiones es posible observar que se trata de “participantes ausentes” en el evento, a los que los participantes presentes se dirigen indirectamente (pp. 278-283).

También destaca van Dijk que los participantes, especialmente como miembros de grupos, organizaciones o instituciones, tienen no sólo un “modelo” de sí mismos sino también del interlocutor y que, en tal caso, esos modelos suelen ser un caso particular de la *representación social* de los grupos, organizaciones o instituciones a los que pertenecen. El concepto de *representación social* puede aplicarse, entonces, según van Dijk, “no solamente a la dimensión semántica del discurso” –el “contenido temático”– “sino también a la interacción discursiva misma: ¿Quién puede/debe hablar/escribir sobre qué/quién, para quién, de qué modo?” (pp. 283-285).

Retomaremos la definición que van Dijk presenta de *representación social* luego de revisar el recorrido que el concepto tuvo.

2. El concepto de *representación social*

Jeanneret (1994:113,114) plantea, en relación con el problema de cómo se constituye nuestro saber ordinario, que los estudios sobre la divulgación usan sistemáticamente el concepto de *representación*, en los sentidos provenientes de la *corriente de la psicología social*. Remite, pues, a Serge Moscovici¹¹ quien definió “representación social” como “los conocimientos adquiridos socialmente, de los que los individuos hacen uso en su relación con el mundo”, y también a la definición que dan Belisle & Aït el Hadj¹²: “La representación es organización de elementos diversos –ideas, imágenes, opiniones, conceptos, actitudes– en un objeto mental cuyo estatuto es intermediario entre el concepto y lo percibido”.

Según esa definición, dice Jeanneret, la percepción estaría “marcada por la experiencia práctica,

¹¹ Moscovici, Serge (1976) *La psychanalyse, son image et son public*. Presses Universitaires de France.

¹² Belisle, C. & Aït el Hadj, S. (éd) (1985) “Eléments pour une analyse des représentations”, en *Vulgariser: un défi ou un mythe?* Lyon: Chronique sociale.

por el discurso circulante de la *ideología*” –aquí en el sentido de “discurso dominante”–, “por matrices culturales más antiguas cuyas condiciones de producción se han vuelto borrosas pero que permanecen productivas”, y estaría “estructurada por las coacciones lingüísticas de la argumentación”. Las representaciones –así entendidas– socializan al individuo, crean la base cultural común a un grupo, estructuran el “*mundo vivido* de una cultura”.

Desde esa perspectiva, el concepto de *representación social* fue central en algunas corrientes dedicadas, precisamente, al estudio de la cultura. Así, por ejemplo, Jodelet (2000: 10), considera que “las representaciones sociales conciernen al conocimiento del sentido común, que se pone a disposición en la experiencia cotidiana” y que

*son programas de percepción, construcciones con estatus de teoría ingenua, que sirven de guía para la acción e instrumento de lectura de la realidad; sistemas de significaciones que permiten interpretar el curso de los acontecimientos y las relaciones sociales; que expresan la relación que los individuos y los grupos mantienen con el mundo y los otros; que son forjadas en la interacción y el contacto con los discursos que circulan en el espacio público; **que están inscritas en el lenguaje y las prácticas**; y **que funcionan como un lenguaje en razón de su función simbólica y de los marcos que proporcionan para codificar y categorizar lo que compone el universo de la vida**¹³.*

Y más adelante agrega:

*Teniendo en cuenta estas características, es posible considerar que las representaciones hacen parte de esos “instrumentos mentales” que mencionan los historiadores, y pueden ser colocadas en la categoría de las “mediaciones simbólicas” de las que habla Vygotsky. Las cuestiones que se plantean entonces remiten no solamente a las **modalidades de elaboración de las producciones mentales sociales, sino también a la forma en que intervienen en el lenguaje y las prácticas sociales, para generar efectos sociales**¹⁴.*

Resulta claro, a partir de las consideraciones precedentes, que para Jodelet –al igual que para van Dijk– las representaciones sociales tienen estatuto de “interfaz cognitiva” también en la relación entre individuos, grupos y prácticas sociales.

En un sentido similar al que le da Jodelet, la historia, en particular la que se define como socio-cultural, acude al concepto de representación social en la medida en que le permite construir nuevos espacios de investigación (Chartier, 1996:28) “en los que la definición misma de los planteamientos obligue a inscribir los pensamientos [...], las intenciones individuales, las voluntades particulares, en los sistemas de coerción colectivos que, a la vez, los hacen posibles y los refrenan”. En efecto, la noción de representación es productiva para esta línea en la medida en que permite “designar y enlazar tres grandes realidades”:

- a) El modo de incorporación en los individuos de las divisiones del mundo social y la organización de los esquemas de percepción y de apreciación a partir de los cuales las personas clasifican, juzgan y actúan;
- b) Las formas de exhibición del ser social o del poder político, tales como los signos y “actuaciones simbólicas” las dejan ver (por ejemplo, la imagen o el rito);

¹³ Destacado nuestro.

¹⁴ Ídem.

- c) la “presentización” en un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad o de un poder dotado asimismo de continuidad o de estabilidad.

Por su parte, van Dijk en el trabajo ya citado (1999) define las “representaciones sociales” como “conjuntos organizados de creencias socialmente compartidas (conocimientos, actitudes, ideología, etc.) localizados en la memoria social” (p.69). En tanto *creencias*, las representaciones sociales tienen dimensión “mental: representar al mundo [...] involucra la interpretación y la comprensión de ese mundo en términos de categorías conceptuales” (p.43), pero son *sociales* en tanto su adquisición es social y su “uso”, compartido por grupos, comunidades, sociedades (p.69). Eso no significa –dice van Dijk– que “el mundo natural o social no exista independientemente de nuestras creencias, sino tan sólo que las personas lo estructuran, comprenden y experimentan [...] en términos de sus creencias” (p.43). En cuanto al modo en que estas representaciones se organizan en la dimensión mental, van Dijk remite a las nociones de “esquema”, “guión”, “marco”, definidas en relación con su teorización sobre “texto”, aplicadas ahora en el nivel cognitivo (p.76-89).

Desde ese lugar considera que las representaciones sociales *se expresan* en, y *controlan*, el discurso y otras prácticas sociales: “todos los aspectos sociales del evento comunicativo complejo están diversamente controlados por las representaciones sociales de los participantes como miembros de grupos, categorías o instituciones. Y agrega: las representaciones sociales son parte de la interfase cognitiva entre estructura social, pertenencia al grupo y discurso” (p.284).

Estas definiciones de van Dijk nos resultan muy operativas, pues permiten explicar dos aspectos interrelacionados: la representación creada *en* el discurso y, a la vez, el discurso como *producto* de un juego complejo de representaciones que controla el proceso.

¿Qué ocurre con el conocimiento científico? Resulta claro que, según algunas de las reflexiones precedentes, el concepto de representación social parece referir en general el “pensamiento natural”, el conocimiento “ingenuo”, el “sentido común”. En efecto, el concepto de representación social es presentado habitualmente, si no en oposición al de conocimiento científico, al menos diferenciado de éste, aunque no resultan siempre claros los límites. Algunas perspectivas cognitivas, epistemológicas o filosóficas parecen remontar la distinción a la platónica oposición onto y gnoseológica entre *doxa* y *episteme*. Otras, en cambio, como algunas posiciones sustentadas en la corriente de la epistemología social –por ejemplo, Cortassa (2012)– no focalizan las diferencias en cuanto a la naturaleza del tipo de conocimiento y hacen hincapié, precisamente, en el rol que juega el discurso divulgativo, en particular a partir del concepto de “deferencia epistémica” (Cortassa, 2012: 55-62), en el proceso de apropiación del conocimiento científico por parte del público. En una dirección análoga, algunas perspectivas filosóficas de corte husserliano (por ejemplo, Villanueva Barreto, 2006) no consideran que la diferencia entre *doxa* y *episteme* sea de naturaleza ontológica y plantean más bien una continuidad gnoseológica: la “razón” es entendida como “una *episteme* que hunde sus raíces en el mundo intuitivo, subjetivo-relativo y precientífico de la vida (*doxa*)”. Si nos atenemos a la definición de van Dijk recién vista, es posible considerar que varios de los rasgos de las representaciones sociales son conocimientos que, originados en el campo científico, ya han sido apropiados por parte o toda la sociedad. Muchos de esos conocimientos que forman el acervo común suelen ser productos “decantados” tras el paso de los individuos por los diferentes niveles de la educación formal –especialmente primario y medio– y otros por efecto de procesos de divulgación previos, algunos más o menos identificables, otros muy difusos. En la mayor parte de los casos, seguramente se trata de conocimientos ya desligados de los marcos teóricos y de las prácticas científicas en que

se originaron pero, como parte de las representaciones sociales, permitirían el proceso de apropiación del conocimiento nuevo a través del proceso recién aludido de *deferencia epistémica*, es decir, la aceptación –por parte de los legos– de ciertas afirmaciones como “verdaderas” no por la experiencia, observación, experimentación o deducción realizada personalmente sino por la confianza que se deposita en los científicos –y en el campo científico, en general– y en los divulgadores (Cf. Cortassa, 2012: 62-77). Desde el punto de vista del discurso, a nuestro criterio es razonable considerar que las prácticas discursivas del campo científico expresan y son orientadas por *representaciones sociales* propias de ese campo –su organización institucional, su capital simbólico, sus funciones sociales, las condiciones de acceso y permanencia, la importancia relativa de los objetos de estudio, etc. (Bourdieu, 1999)– que, a su vez, delimitan y permiten en las mismas prácticas discursivas elaborar un saber o conocimiento, esto es, un enunciado que postula –con algún grado de verificabilidad según las reglas que el propio campo estipula– una explicación de un fenómeno, la descripción de un objeto –y los parámetros para hacerlo–, etc., ligados al devenir, lo contingente, mediado por la percepción sensible; en suma, un enunciado que propone conceptualizaciones con rasgos específicos. A su vez, desde representaciones sociales propias de otros campos –como el periodístico– se produce un proceso de selección y de apropiación de determinados enunciados que son recibidos como “enunciados de saber”.

En función de nuestros objetivos, consideramos pues pertinente observar no la distinción entre saber científico y representaciones sociales desde un punto de vista epistemológico, “externo” a la práctica discursiva, sino más bien *en qué medida, con qué finalidades, atribuidos a qué área del conocimiento y en relación con qué aspecto de la vida* las prácticas discursivas periodísticas relativas a ciencia y medicina presentan como tales enunciados de saber científico.

Las prácticas discursivas, pues, dan cuenta de los procedimientos de apropiación del conocimiento nuevo a partir del ya conocido en general y, en particular, del conocimiento científico ya divulgado o supuestamente adquirido en algún proceso educativo. Se suelen reconocer dos mecanismos concomitantes: el anclaje y la objetivación. Por “anclaje” se entiende el “proceso por el cual algo o alguien puede ser clasificado y nombrado [...]; evaluado –por referencia a los elementos ya existentes dentro de esa categoría–; y compartido por los sujetos en una interacción comunicativa con un significado común”. Y por “objetivación”, el proceso de sustitución del “objeto de la representación por un ícono, metáfora o tropo próximo a la imaginería del grupo que es inmediatamente evocado cuando se alude al primero”. Este mecanismo está fuertemente condicionado por el contexto histórico, socioeconómico, educativo, etario, etc., que delimita el repertorio de imágenes o tropos para la sustitución (Cf. Cortassa, 2012: 90-91).

En cuanto a la estructura de las representaciones sociales, Cortassa (2012: 94-95) resume muy bien el planteo de Abric (1993, 2001): los contenidos de las representaciones sociales se articulan en dos planos: “un núcleo central estructurante y un sistema periférico. El núcleo está compuesto por unos pocos elementos jerarquizados de manera particular que dotan a la representación de su significado primordial y estable”. Estos elementos nucleares son resistentes al cambio por la “persistencia y extensión grupal de las imágenes producto del anclaje y la objetivación”. El sistema periférico se compone de elementos que constituyen “la interfaz entre el contenido central y la situación concreta en la que se elabora y opera la representación”, razón por la cual, es sensible “a las modificaciones del contexto pues deben permitirle adaptarse a él”. La información nueva es integrada en este sistema periférico, y “aquellos elementos que cuestionan sus fundamentos pueden ser controlados bien relegándolos a esta zona, bien reinterpretándolos en el sentido de la significación central o bien asignándoles carácter de excepción a la regla”. El

sistema periférico, pues, además de tener una función adaptativa, es un sistema de protección de los componentes nucleares de la representación. De allí que los cambios en los núcleos de las representaciones sean muy lentos.

Por último, cabe señalar que, en parte, son aplicables a la noción de representación social muchos de los rasgos sociales y discursivos que en otros marcos se atribuyen a la noción de “estereotipo” (Amossy & Herschberg Pierrot, 2010: 54-56) aunque para nuestro análisis creemos conveniente mantener la distinción entre ambos conceptos y entender por estereotipo “no más que la cristalización de un elemento” que se manifiesta como un “índice, una marca puntual de la representación social” (Maisonneuve, 1989:146 en Amossy et al, 2010: 55).

3. Las dimensiones de análisis

Como señalamos al inicio del párrafo, además de la determinación de la unidad –que sigue pendiente–, también consideramos necesario definir un modelo de análisis que nos permita abordar de manera integrada fenómenos, aspectos, niveles, o dimensiones de la unidad de que se trate, en su materialidad lingüística escrita. A continuación, presentamos reflexiones provenientes de la Lingüística del Texto (LT) que, consideramos, ofrece interesantes herramientas que luego retomaremos.

La LT de orientación comunicativa parte de una unidad, el “texto” y lo entiende como “un tejido rico y ordenado con sentido” que, “como todo producto de la capacidad humana puede estudiarse desde dos perspectivas: la del proceso (la actividad de producir o comprender) y la del producto (el resultado de esas actividades)”. Esta distinción no impide, además, que el texto pueda “interesar desde el punto de vista de la totalidad” (la funcionalidad comunicativa) o desde el punto de vista de la microestructura, es decir, de la articulación de las partes menores que lo constituyen (Ciapuscio, 2003: 20).

Más en particular, resulta interesante el hecho de que el texto es observado desde rasgos procedurales-cognitivos (de Beaugrande & Dressler, 1981; Heinemann & Viehweger, 1991; y Antos, 1997, apud Ciapuscio, 2003; Adamzik, 2004, apud Ciapuscio et al., 2010)¹⁵ y de que, en consecuencia, se sostiene que la comprensión y la producción de textos ponen en juego una serie de operaciones que comprometen diferentes sistemas de conocimiento interrelacionados: lingüístico, enciclopédico, de género o clase textual y pragmático. Desde ese punto de vista, el texto, en tanto producto, puede ser abordado desde diferentes niveles, módulos o dimensiones recíprocamente condicionados, que dan cuenta de los procesos: situacional, funcional, semántico y formal-gramatical. El concepto de “coherencia interdimensional” (Ciapuscio et al., 2010) refiere las relaciones de determinación mutua entre las cuatro dimensiones, todas las cuales remiten a las condiciones socio-cognitivas de producción que, aunque son reconocidas como tales, no son el foco de interés para esta corriente de estudios lingüísticos.

Según el modelo sistematizado y desarrollado por Ciapuscio (2003), que presentamos sucintamente a continuación, las dimensiones más determinantes son la funcional y la situacional. La dimensión funcional es la relativa a los *efectos* posibles de los textos en el marco de la interacción social. Se consideran cinco macrofunciones: expresarse, contactar, informar, dirigir, y producir efectos estéticos (Ciapuscio et al., 2010) denominaciones que refieren haces de

¹⁵ De Beaugrande, R.-A. & U. Dressler (1981) *Introducción a la lingüística del texto*. Barcelona: Ariel, 1997; Heinemann, W. & Viehweger, D. (1991) *Textlinguistik: eine Einführung*. Tübingen: Niemeyer; Antos, G. (1997) “Texte als Konstitutionsformen von Wissen”, *Die Zukunft der Textlinguistik*. Tübingen: Narr; Ciapuscio, op. cit.; Adamzik, K. (2004) *Textlinguistik. Eine einführende Darstellung*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag GMBH.

objetivos comunicativos; a cada uno de los objetivos que componen un haz se los puede considerar separadamente como microfunciones. Cada texto presenta una particular jerarquización y secuencialización funcional –el texto monofuncional es muy raro–, de modo que pueden reconocerse funciones dominantes y de apoyo –subsidiarias y complementarias–¹⁶. Entendemos por “informar” la función que procura que el destinatario aprehenda datos de algún tipo; es difícil que tal función se cumpla empíricamente aislada de alguna de las otras, pero es posible distinguirla analíticamente. Por “dirigir”, se entiende la función cuyo cumplimiento apunta a lograr que el destinatario realice algún tipo de acción, ya mental –cambiar su punto de vista, por ejemplo–, ya práctica; se trata de la función que tiende a “comandar” al destinatario en algún grado. La función “expresiva” es la que se cumple cuando el enunciador se manifiesta en su singularidad; la de “contactar” se cumple a través de acciones que procuran establecer el vínculo comunicativo con el destinatario. La función “estética” es aquella cuyo cumplimiento procura lograr, precisamente, el goce estético de la palabra.¹⁷

La dimensión situacional es la que corresponde a la puesta en juego de los conocimientos relativos a la situación comunicativa. El supuesto es que los productores de los textos han almacenado modelos de situaciones comunicativas que se activan según tareas comunicativas específicas. Los parámetros considerados en este nivel son los relativos a los participantes de la comunicación, los sujetos cuyas voces son evocadas, los tipos de vínculos entre los participantes, la esfera de actividad, el tiempo y el lugar –en diferentes grados de especificidad–; la modalidad comunicativa –oral, escrita, mediata o inmediata, etc.–, entre otros. Desde la perspectiva que desarrollaremos, tales modelos de situaciones comunicativas se corresponderían con una representación social acerca de cuáles son las situaciones comunicativas posibles y los modos de actuar en ellas.

Desde la perspectiva de la dimensión semántica interesa, globalmente, tanto la selección de los contenidos semánticos, como su disposición y organización. Aquí se puede tener en cuenta el parámetro “tema”, es decir, el núcleo conceptual del texto, que habitualmente se puede verbalizar como una proposición de carácter nominal. El tema se puede considerar así una “propiedad textual”, resultado de un “punto de vista o una perspectiva” sobre una “referencia” –elemento ya empírico, ya construido conceptual y discursivamente que el texto presenta como externo a sí mismo y necesariamente previo–. Las *perspectivas* posibles son infinitas, pero remiten a un dominio; en tal sentido, en relación con los textos de los ámbitos de especialidad, Ciapuscio

¹⁶ La jerarquización funcional está determinada por el “principio del éxito” comunicativo, es decir, en el supuesto de que quien enuncia aspira a lograr que se produzca el efecto que procura con su acto discursivo. En cuanto a las funciones de apoyo, se entiende por *subsidiarias* a las que tienen la finalidad de asegurar de manera directa el éxito de la función dominante, por ejemplo, brindar una información que permita comprender un punto de vista; por *complementarias*, a las que apuntan a asegurar el éxito de la dominante, pero de manera indirecta, por ejemplo, a través de enunciados que busquen crear empatía con el destinatario –como los llamados popularmente “guiños” al lector, entre otras formas– (Brandt, M. & Rosengren, I. -1992- *Zur Illokutionstruktur von Texten. Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*, apud Gallardo 2005: 131-135).

¹⁷ Dada que se utiliza la misma denominación, conviene señalar que no se deben confundir la función *social* informativa con la función *textual* informativa, es decir, como efecto de la producción discursiva. Se trata de dos niveles diferentes de análisis. Las funciones *sociales* de informar, vigilar y orientar, a las que ya nos hemos referido antes, son aquellas que se espera que el campo periodístico cumpla a través de diferentes recursos de distinto nivel, tanto lingüísticos como no lingüísticos; y tienen un carácter más general o global, y no se puede establecer siempre relaciones directas con, por ejemplo, las funciones *textuales* informativas y directivas. Así, por ejemplo, *informar* un suceso –como función *textual*– puede ser un acto interpretado como cumplimiento de la función *social* de vigilancia; y otorgar espacio enunciativo a ciertas fuentes y omitir otras puede ser una acción interpretada como un caso de la función de orientar, aunque la función *textual* sea informativa. Distinguiremos con el adjetivo “social” cuando nos refiramos a la función informativa de ese nivel de análisis, y llamaremos “función informativa” a la que corresponde al nivel *textual*.

ejemplifica con las perspectivas disciplinar, teórica, aplicada, divulgativa, pedagógica¹⁸, pero no presenta –no era su objeto– ejemplificación respecto de cuáles podrían ser *perspectivas* posibles en otros ámbitos discursivos, en este caso, el campo periodístico. Sobre esta cuestión volveremos unos párrafos más abajo, una vez terminada la exposición del modelo sistematizado por Ciapuscio.

Respecto de la disposición y organización, según el modelo desarrollado por esta autora, se consideran las “partes textuales” –en los trabajos vistos, que toman como unidad el género, se entiende como tales cada una de las partes estandarizadas en que se despliega el tema; en un artículo académico, por ejemplo, tales partes estandarizadas son la “introducción”, el “desarrollo” y la “conclusión”– y el “tipo de despliegue temático” –es decir, el tipo de secuencias textuales: narrativas, expositivas, argumentativas, entre otras¹⁹–. Otro parámetro considerado es el de la “actitud temática” del sujeto que produce el texto, concepto que refiere, en términos generales, el fenómeno de las modalidades²⁰.

El nivel formal se refiere a la particular selección y combinación de recursos verbales y no verbales. Los parámetros que se consideran son los paratextos verbales y gráficos²¹, las máximas de formulación retórico-estilísticas propias del campo de que se trate, el léxico, recursos sintácticos, entre otros.

Cabe señalar que si bien los análisis dentro de esta corriente suelen asociar la unidad “texto” a aquello que, en desarrollos previos de la LT (Ciapuscio, 1994: 25), se consideraba un ejemplar de

¹⁸ Para van Dijk (1978), el núcleo conceptual del texto se puede verbalizar habitualmente como una *macroproposición*, a través de una operación de globalización; dicho a la inversa, el texto es el desarrollo de una macroproposición. En muchas oportunidades, tales macroproposiciones son presentadas por el texto mismo de manera expresa. La dificultad que ofrece la definición de van Dijk es que, en los textos de carácter argumentativo en los que se sostiene –desde el punto de vista retórico– una *hipótesis*, la macroproposición se confunde con tal hipótesis. Preferimos operativamente distinguir *tema* de *hipótesis*, y de allí que adoptamos la definición de *tema* presentada en el párrafo del texto principal.

¹⁹ No es foco de nuestro trabajo pero conviene señalar que adoptamos la tipología de Werlich (*Typologie der texte*, Heidelberg: Quelle & Mayer, 1975, apud Ciapuscio, 1994: 74-89), que distingue, a partir de las respectivas *bases cognitivas* –esto es, las actividades cognitivas humanas– secuencias *descriptivas* (ocurrencias y cambios en el espacio), *narrativas* (ocurrencias y cambios en el tiempo), *expositivas* (descomposición –análisis– o composición –síntesis– conceptual), *argumentativa* (creación de relaciones conceptuales o afirmación), *directiva* (indicación de acciones –mentales o prácticas–). Interesa no confundir la *secuencia textual* directiva con la *función directiva*. En el primer caso, se trata de una estructura lingüística que cumplirá una función del mismo tipo. Pero la función directiva se puede cumplir también a través de otras estructuras textuales y de modalidades. Por ejemplo, una secuencia textual argumentativa cumple una función directiva mental.

²⁰ Partimos de la distinción ya clásica de Charles Bally (*Linguistique générale et linguistique française*, 1932), entre *modus* y *dictum* que vehiculan la actitud del sujeto en relación con el contenido, y el contenido mismo, respectivamente. De entre los muchos autores que reflexionaron sobre el fenómeno, seguimos luego con algunos matices a André Meunier (1974) cuya clasificación aún sigue vigente en los estudios lingüísticos y discursivos. A partir de su propuesta, consideraremos pues, por una parte, las *modalidades de enunciación* –asertiva o declarativa, interrogativa e imperativa– y, por la otra, las *modalidades de enunciado*; entre estas últimas, reconoce dos grupos: las lógicas y las apreciativas. Entre las modalidades lógicas, se reconocen las epistémicas –es decir vinculadas con el grado de certeza respecto del saber: lo verdadero, lo falso, seguro, aparente, incierto, etc.–, las aléticas –las que indican el grado de necesidad, posibilidad o imposibilidad–, las deónticas –que marcan lo obligatorio, prohibido o permitido– y las bulomayecias –indican el deseo, las preferencias, etc.–. Las modalidades apreciativas incluyen las afectivas y las axiológicas, es decir, respectivamente, las que expresan emociones y evaluaciones vinculadas con la afectividad, y las que expresan una escala de valores, por ejemplo, morales.

²¹ De manera general, por paratexto se entiende al conjunto de elementos tanto verbales –títulos, subtítulos, epígrafes de fotos, etc.– como gráficos –tipografía, disposición en la página, recuadros, mapas, cuadros, dibujos, fotografías, etc.–. Para Alvarado (1994) –sigue a Gerard Genette (*Seuils*, 1987)– se trata de un *aparato de recepción*, es decir, un dispositivo destinado a facilitar u orientar la recepción del texto.

“clase textual” –para diferenciar el concepto del de “tipo textual”²²–, esto es, una unidad empíricamente definida y en tal sentido equivalente a “género” –por ejemplo, una “crónica”, una “nota editorial”–, la definición que referimos párrafos antes autoriza a pensar o definir unidades de diferentes niveles de complejidad: esto es, unidades que se construyen complejamente con otras unidades. En efecto, considerado como proceso, es posible observar que las distintas operaciones contempladas por las cuatro dimensiones recién descritas se ponen juego recursivamente para la producción de objetos de diferente grado de complejidad. Así, es posible observar coherencia interdimensional entre las distintas unidades que componen, por ejemplo, la “cobertura periodística”: hay distribución de subtemas respecto del tema general de la cobertura, distribución funcional, comparten rasgos formales, y claramente se corresponde con una situación comunicativa particular. Respecto de un acontecimiento, pues, es posible una cobertura compuesta, entre otras posibilidades, por una crónica y una entrevista que informan, un comentario que evalúa, una nota color en la que predomina la función expresiva. A su vez, en cada uno de esos componentes es posible distinguir un conjunto de rasgos específicos, que permiten identificarlos como unidades. De ese modo, pues, se puede seleccionar como unidad para el análisis, por ejemplo, ya un artículo periodístico tal como una crónica, ya un ejemplar completo de un periódico –en tanto fuera posible caracterizar el orden y el sentido global de ese ejemplar–, según sean los objetivos de la tarea.

Pocos párrafos más arriba, señalamos que, para Ciapuscio, las *perspectivas* sobre una referencia, en la constitución del *tema*, eran infinitas aunque siempre remitían a un dominio y nos preguntamos acerca de algunos ejemplos de cuáles podrían ser tales perspectivas en el campo periodístico. Se podría denominar ese proceso de constitución de un tema como “tematización”. La denominación proviene de una de las teorías más productivas en los estudios sobre comunicación de masas, la conocida como *agenda-setting* o de los *efectos de agenda*, en la que ese término designa un *procedimiento* análogo al del modelo de Ciapuscio: aquel por el cual se asigna importancia y su significado particular a un acontecimiento cualquiera, se subraya su centralidad y se lo coloca como perteneciente a una serie de acontecimientos en la indicación de un *problema*, serie que está situada en un período y en un espacio determinado (Cf. Wolf, 2004: 184-185). Entendemos que es análogo como mecanismo, pero no idéntico en cuanto a los recursos: en el marco de la teoría de la agenda, el procedimiento se puede realizar a través de distintos recursos, no todos lingüísticos –esto es, evidenciado a través de enunciados– sino también a través de otros que, para nosotros, son paratextuales –por ejemplo, la importancia y la centralidad se pueden asignar a través de la posición en la página del diario o del tamaño de la tipografía–. Pero es por eso mismo que el concepto resulta interesante cuando se piensa el modo en que se constituye el *tema* ya no en un texto entendido como *clase textual* sino como producto material de una *práctica discursiva*. En tal sentido, pues, el proceso de tematización es necesario considerarlo en distintas dimensiones relacionadas. En primer lugar, como perspectiva o punto de vista sobre una referencia en el plano lingüístico, perspectiva que remite a un dominio –en el campo periodístico delineado según los modos de categorizar áreas de lo real, por ejemplo, política, sociedad, economía, deporte, etc.–, pero también a un *problema*; por ejemplo, en el campo del periodismo, el caso de la muerte de unos enfermos que habían acudido a un curandero en lugar de a un médico es presentado como un problema de educación –perduraba la ignorancia– y, a la vez, como evidencia de un problema policial –la institución toleraba esta prácticas probablemente por corrupción–; y ese hecho puntual es puesto en relación con una serie: la persistente actuación de los curanderos. En segundo lugar, se debe considerar el proceso de tematización como el de asignar la importancia relativa y su centralidad en relación con otros

²² El concepto de *tipo textual* tiene un carácter más abstracto: se trata de una “estructura” lingüística que puede estar presente en distintas *clases textuales*; por ejemplo, el tipo textual narrativo está presente en la crónica, en la novela, el cuento, el poema épico (Cf. Ciapuscio, 1994: 23-27).

acontecimientos tematizados de otro modo. Y es esa doble dimensión la que, en el caso de las prácticas discursivas del campo periodístico en general –incluidas las relativas a ciencia y medicina–, vuelve interesante el concepto a efectos de nuestro trabajo.

4. Síntesis

A partir del recorrido expuesto aquí –los trabajos de Foucault y Chartier, de Fairclough & Wodak, van Dijk–, y de otros analistas del discurso, de propuestas de la lingüística del texto sistematizada y desarrollada por Ciapuscio, así como de Bourdieu, y de algunas elaboraciones propias, entenderemos por *práctica social discursiva* una *acción* verbal –eventualmente combinada con acciones llevadas a cabo a través de otros sistemas simbólicos–, articulable con prácticas sociales no discursivas; situada en el tiempo y el espacio, y en el interior de algún campo sociodiscursivo, considerando –en medidas variables– otros campos con los que aquél se vincule; que persigue la producción de *efectos* relativos a alguna clase de intereses; realizada según reglas dependientes de una red compleja de *representaciones sociales* de distinto nivel: en grado mayor o menor, de las potencialidades de los recursos que ofrece el sistema lingüístico y la escritura –en sus diferentes aspectos y niveles (fónico, morfológico, léxico, sintáctico, textual, genérico, normativo)²³–, de las posibilidades y límites del campo comunicativo (del rol, actitudes y responsabilidad del sujeto individual, colectivo o institucional que realiza la práctica, de los interlocutores/destinatarios habilitados y de terceros, del lugar y momento específicos de la acción, de los ámbitos posibles de circulación, de otras prácticas discursivas ya realizadas), de las referencias –o tópicos–²⁴ que pueden ser tematizadas (y de las que no) y de la amplitud de las tematizaciones posibles.

En perspectiva histórica, lo observable son los *productos* de las prácticas, esto es, *textos* escritos con marcas externas (paratextuales o materiales) de que fueron constituidos como unidades –con mayor o menor grado de autonomía semántico-funcional– que los hace identificables, ya se trate de un ejemplar de género –una crónica, un suelto, etc.– o de *conjuntos* de esos ejemplares, articulados de algún modo en una unidad mayor –una *cobertura*, una *sección*, etc.–. En cualquiera de los dos casos es posible rastrear las representaciones que controlaron las prácticas que los produjeron y las posibles articulaciones con otras prácticas tanto discursivas como no discursivas –inferibles en cualquiera de los casos a partir de otros textos–.

Esta definición nos permite, pues, en el campo objeto de nuestro estudio, el análisis de unidades menores –una “nota” clasificable en algún género (crónica, suelto, etc.)– y el modo de su articulación con unidades mayores de distinto tipo, es decir, constituidas según reglas de diverso nivel: por ejemplo –la enumeración a priori es necesariamente incompleta–, la *sección*, el *suplemento*, la *cobertura*, la *campana*, la *encuesta* o, incluso, la edición completa –un ejemplar del diario–. Según cuál sea ese modo y el tipo de unidad mayor, será diferente el efecto, esto es, la funcionalidad. Describiremos las diversas unidades que hallamos en el diario «La Razón» en el capítulo II de la primera parte.

²³ Queremos destacar que la representación social a la que nos referimos es la de las posibilidades que los recursos lingüísticos tienen de cumplir exitosamente algún tipo de función, y no al “conocimiento” de la lengua que, en nuestro marco, es un supuesto.

²⁴ En *La ciencia del texto* (p. 51 y ss.), van Dijk retoma la distinción entre “tópico” y “comento”, distinción que ha generado controversias que no pretendemos saldar aquí, para referir a la presentación de “información” “conocida”, frente a la “información” dada como “nueva”. También hay un concepto más general de “tópico”, derivado de la retórica, para referir “lugar común”. Entenderemos por “referencia” o “tópico” aquello que, en un texto, se presenta como lo dado, lo conocido, o como algo “externo” al discurso que se está produciendo: un objeto (empírico), un concepto, otro texto, etc. Así, es posible decir, para nosotros, que un texto *tematiza un x tópico*.

II. METODOLOGÍA

En la medida en que nos propusimos historiar prácticas discursivas y considerando el marco descripto, parece claro que trabajar exclusivamente con la más habitual y tradicional noción de *corpus* no resulta suficiente.

Según Goldman (1989:29), fue justamente en el plano de la constitución del corpus donde se produjo, en la historia del análisis del discurso, uno de los desplazamientos metodológicos más significativos. Tradicionalmente, dice esta autora citando a Jean Dubois, “el analista efectúa una doble elección: primero selecciona un conjunto de enunciados que se refieren a un autor, a una situación o a un tema en forma más o menos arbitraria [...] y luego de ese conjunto extrae el corpus”, por aplicación de criterios que dependen del objetivo. El corpus tiene, así, carácter homogéneo.

Foucault (1969:221) introduce la noción de “archivo” a la que define como “el sistema general de formación y transformación de los enunciados”, en vinculación con la noción de “formación discursiva” y como un modo de romper con la tradición del trabajo historiador alrededor de los archivos de tipo institucional. Pero, según Goldman (1989:65,66), esta última noción llevó a que se privilegiara “el análisis de la recurrencia de ciertas secuencias” en un corpus de textos. Según esta autora, el grupo que dirigía Pécheux plantea, entonces, que “la constitución del corpus no puede ser anterior al análisis puesto que éste [el discurso] no surge en condiciones de producción estables y homogéneas” y que, “por el contrario, la construcción del corpus debe ser un proceso *co-extensivo* al análisis”. Esta nueva concepción de corpus “*heterogéneo y asimétrico* permite descubrir lo que se repite y lo que emerge como acontecimiento singular en una historia”.

Uno de los desplazamientos metodológicos interesantes en este sentido lo produce, según Goldman (1989:79,80), el historiador J. Guilhaumou que se propone “un procedimiento específicamente discursivo de descubrimiento de nuevas configuraciones históricas” definido por tres nociones: el “*trayecto temático*”, el “*análisis co-textual*” y el “*momento del corpus*”. El trayecto temático busca la “*constitución de un tema hasta sus límites extremos, en el horizonte textual que lo delimita*”. Equivale a una “caracterización de las propiedades discursivas comunes a una serie de enunciados presentes en la dispersión de los dispositivos de, *archivos*”. El análisis co-textual sería “condición necesaria, pero no suficiente para definir las diferentes estrategias discursivas”. Y en este punto interviene la tercera noción, la del *momento del corpus*: “en ciertos momentos de la descripción de un trayecto temático pueden aparecer algunas cuestiones léxicas, el análisis lingüístico interviene entonces a fin de organizar un momento del corpus”.

Considerando nuestros objetivos resulta claro que se trata de analizar prácticas según diferentes unidades que se articulan en grados diversos de complejidad, con características no necesariamente estables en el tiempo, ni sincrónicamente homogéneas: fue necesaria, entonces, una metodología que permitiese describir las prácticas en relación con las representaciones sociales que las orientaron. Además, a partir de las mismas razones, es preciso recordar que, si bien nos centramos en aquellas prácticas relativas a ciencia y medicina, no es posible un análisis que prescindiera por completo de las que tematizan otros aspectos de la realidad con las que aquéllas se vinculan. Por otra parte, al trabajar sobre la producción discursiva de un actor social, un sujeto institucional, como un diario, se dispone de un archivo delimitado, precisamente, por ese criterio: el conjunto de la producción de ese sujeto destinada a un público masivo. Resulta

evidente que se pueden analizar comparativamente las producciones discursivas de distintos actores sociales, esto es, de distintos diarios.

Realizamos, entonces, sucesivas actividades en relación con el archivo del diario «La Razón». En primer lugar, relevamos todos los ejemplares correspondientes al período 1917-1930, disponibles (habitualmente, la 4ª o 5ª edición) en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional y en la del Congreso de la Nación²⁵. Durante el relevamiento, conformamos un *registro* del material siguiendo parámetros tales como la presencia de secciones y páginas de misceláneas, su duración en el período, los cambios en ellas, las variaciones gráficas, áreas temáticas (política, economía, etc.), temas recurrentes y temas raros en general, y en particular lo relativo a ciencia y medicina, según nuestros objetivos. Asimismo, complementariamente, relevamos los «Anuarios de La Razón» publicados en el mismo período: como veremos²⁶, se trata de un “atlas” de nuestro país, en el que se recorren los logros sociales, culturales, educativos, económicos, y los propios del periodismo, entre otros aspectos tematizados, cuya finalidad era publicitar nuestro país para atraer tanto inmigrantes como inversores. Tenían formato de libro, con un número variable de páginas, pero cercano a las trescientas, y eran distribuidos gratuitamente entre anunciantes, suscriptores, embajadas argentinas y diplomáticos extranjeros en nuestro país, y entre otras publicaciones –tanto diarios como revistas–. Sobre todo, interesa en los anuarios el ejercicio de metaperiodismo que el mismo sujeto institucional realiza. El registro de lo relevado en el diario y en los anuarios nos permitió detectar regularidades y rupturas en distintos niveles de las prácticas.

A partir de ello, recopilamos textos representativos de las regularidades detectadas, considerando en general las distintas áreas temáticas y, en particular, las de ciencia y medicina. También procuramos que fueran representativos de las diferentes unidades de análisis señaladas en el marco teórico. La cantidad de material recopilado de «La Razón», considerando las unidades menores, es de aproximadamente 3.500 “notas”. De ellas, 3.350 fueron volcadas en una base de datos²⁷ que nos permitió la ulterior búsqueda según distintos parámetros –fecha, edición, título, género, sección, firmantes–.

Las tareas de registro y recopilación nos brindaron una base empírica que nos permitió postular algunas hipótesis de trabajo. A partir de algunas de ellas, en primer lugar, seleccionamos las áreas temáticas de ciencia y medicina que finalmente abordamos. En efecto, consideramos aquellas áreas que fueron abordadas con algún grado de recurrencia y, a partir de ello, pudimos observar las que no fueron cubiertas. Por ejemplo, no hay notas divulgativas ni otras referidas a ciencias exactas –física y matemática–, con la única excepción de la cobertura de la visita de Einstein a nuestro país –que fue abordada en sus aspectos políticos y sociales, pero no en cuanto a ningún conocimiento derivado de la Teoría de la Relatividad–, como veremos. Así, en relación con las ciencias, definimos que las áreas que recibieron la atención del diario fueron las relativas a las exploraciones geográficas, la arqueología y antropología, la geología y la astronomía; además, pudimos observar que otras formas de conceptualización de la realidad –religiosas y

²⁵ En ambas hemerotecas las colecciones no están completas y en algunos casos, meses completos no estaban accesibles por el estado de deterioro. Poco tiempo antes de finalizar la tarea de relevamiento, se completó la microfilmación de la colección completa en la hemeroteca de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, pero ya no fue posible volver a relevar el material para completar números o períodos faltantes; acudimos, sin embargo, a esa colección a efectos de completar temas puntuales de los que ya contábamos con la información sobre fechas o ediciones.

²⁶ Parte I, cap. II. § 2.6.

²⁷ Para la tarea de construir la base de datos y para volcar la información conté con la inestimable colaboración de la Prof. Patricia Knorr, por entonces becaria de investigación y docencia en la Universidad Nacional de General Sarmiento.

otras que podrían clasificarse como “pseudocientíficas”– “tensionaban” la representación social de ciencia, por lo que consideramos necesario incluirlas en el análisis. Y en cuanto a medicina, pudimos observar las dos grandes dimensiones vinculadas: la salud individual y la salud pública, criterio que orientó nuestro trabajo de selección.

A partir de otras de las hipótesis, en segundo lugar, conformamos diversos corpóra, con un criterio de muestra, esto es, seleccionamos todos los materiales posibles que nos permitieran dar cuenta de los distintos matices de las representaciones involucradas, considerando siempre el conjunto total de materiales al que, eventualmente podíamos volver si era necesario para aumentar el grado de certeza o, al contrario, para desestimar algunas de nuestras primeras interpretaciones. De aquí resulta claro, entonces, que seguimos una metodología heurística, interpretativa, que, si bien consideró los parámetros cuantitativos para un nivel de decisiones, se concentró fundamentalmente en parámetros cualitativos.

Con las herramientas descriptas, abordamos el análisis de los diversos corpóra, procurando contextualizar los datos presentes en las prácticas discursivas a fin de poder establecer la mayor cantidad de relaciones posibles con otras prácticas y con datos y conceptualizaciones aportados por las fuentes secundarias.

Finalmente, seleccionamos algunos temas relevantes de ciencia y de medicina para comparar las prácticas de distintos diarios. A partir de ello, entonces, realizamos una tarea análoga a la descripta hasta aquí, pero acotada a las fechas en las que los distintos diarios abordaron los temas específicos previamente determinados: registramos y recopilamos materiales de los diarios «La Nación», «La Prensa», «Crítica» y «La Época». Fueron aproximadamente 50 las notas recopiladas. Posteriormente, y con las mismas herramientas, realizamos un análisis comparativo de los textos en cuanto los temas seleccionados.

PARTE I

EL PERIODISMO SEGÚN «LA RAZÓN»

CAPÍTULO 1

LA REPRESENTACIÓN DE *PERIODISMO*: EN TORNO AL *AMENAZADO DESARROLLO DE LA PATRIA*

1.1. El campo periodístico y el nacimiento de «La Razón»

Durante las primeras décadas del siglo XX comenzaron a cristalizarse paulatinamente cambios en el campo periodístico argentino, derivados de la crisis del modelo de funcionamiento, evidenciada ya en las últimas décadas del siglo anterior. En efecto, si bien como señala Cibotti (2000: 379-382), ya a comienzos de 1880 se editaban alrededor de 215 publicaciones entre diarios y periódicos con un tiraje floreciente que llamaba la atención de nativos y extranjeros, se trataba, o bien de diarios nacionales estrechamente dependientes del sistema político –el llamado “modelo francés”, por “sus formas de financiación, su personal, su estilo”, ligado todo “a las vicisitudes de las facciones políticas que los publicaban”¹ (Saítta, 2000^a: 437; Cf. Rosa, 2000: 396; Barbier & Bertho Lavenir, 1996: 68-73)–, o bien de un abundante número de periódicos editados en el país por las colectividades extranjeras (italianas, inglesas, españolas, francesas y alemanas, en ese orden) dependientes de las respectivas organizaciones (Cf. Cibotti, 2000:379-382). Paulatinamente se fue produciendo el pasaje a un sistema de gestión profesional y financiación comercial –es decir, independiente desde el punto de vista económico–, capaz de interpelar al público desde un lugar diferente de la política partidaria y sus luchas (Cf. Saítta, 1998: 48-49; 2000: 437-438).

Varios factores habían permitido ese pasaje. Por una parte, el proceso de inmigración, sustentado en una “ideología pro-inmigratoria” cuyos rasgos esenciales habían sido delineados por los hombres de la generación del '37 (Cf. Halperín Donghi, 1987: 196) –plasmados en un breve artículo de la Constitución de 1853²–, y cuyo flujo había aumentado considerablemente, contribuyó a la emergencia de una sociedad de masas. Pero ese crecimiento de la población tuvo otras consecuencias. Entre ellas, había generado en la élite y en el Estado la sensación de una “disolución” de la nacionalidad, en un contexto de amenazas coloniales europeas, en especial italianas (Cf. Bertoni, 2001: 17-36), que ponían en supuesto peligro la integridad territorial del estado-nación trabajosamente construido. Más tarde, la élite liberal identificaría a la inmigración como la fuente de todos los problemas sociales y como amenaza al sistema económico (Cf. McGee Deutsch, 2003, p.19-41; Halperín Donghi, 1987: 211 y ss.), pero esa primera sensación de “disolución” llevó a todos los sectores y a todas las posturas políticas, desde la década de 1890 y hasta entrado el siglo XX, a una multiplicidad de debates sobre la nacionalidad. Los debates abarcaban todas las temáticas: desde el voto de los extranjeros en elecciones municipales hasta la cuestión del idioma o la cultura nacional, la “raza” argentina, las características del ejército, entre otras. Además, nacieron muchas asociaciones que, aunque explicitaban “propósitos diversos –artísticos, literarios, deportivos, sociales o de entretenimiento– asumieron, sin embargo, un carácter cívico patriótico” (Bertoni, 2001: 171). El mayor de los consensos acerca de cómo “nacionalizar” a los extranjeros radicaba en la educación. De allí que una de las respuestas a lo que se veía como un problema fue continuar con el proyecto educativo impulsado por Sarmiento –plasmado luego, en 1884, en la Ley de Educación Común 1420–, pero refuncionalizado: ya no se trataba tanto de “educar al Soberano” como de utilizar la escuela como la vía privilegiada –aunque no la única– para “construir” la nacionalidad. Pero en varios

¹ Los diarios «Tribuna Nacional», «Sud-América» son ejemplos de este sistema (Cf. Alonso, 2004: 203-241).

² La Constitución, desde 1853, establece el deber de fomentar la inmigración, especialmente europea (Art. 25).

otros aspectos se produjeron divergencias importantes³.

Hacia el Centenario, “la euforia y el entusiasmo patriótico” hicieron de los festejos un “momento consagratorio” de cierta concepción cultural esencialista de la nación que iría dejando paulatinamente afuera otra concepción más amplia e integradora (Cf. Bertoni, 2001: 315). Esa preocupación por la nacionalidad cuajó en el también incipiente campo intelectual, rápidamente vinculado con el campo periodístico, en un conjunto de líneas ideológicas denominado “primer nacionalismo” o “nacionalismo cultural” (Cf. Altamirano & Sarlo, 1983).

Por otra parte, en 1912 el Congreso sancionaba la Ley Sáenz Peña, que marcó ya prácticamente el fin –aunque habría contramarchas– del período iniciado en 1880, al que los historiadores coinciden en considerar como una etapa regida, en lo económico, por el denominado modelo agroexportador y, en lo político, por el llamado régimen oligárquico. En efecto, J. L. Romero (1956: 191) sostiene que a partir de 1880, “sin renunciar a sus ideales progresistas, la oligarquía pretendió sustraerse al proceso de renovación social que en el país se operaba. Su propósito fue entonces deslindar lo político de lo económico, acentuando en este último campo el espíritu renovador en tanto que se contenía, en el primero todo intento de evolución”. Este doble juego hizo que, por un lado, la élite oligárquica favoreciera un acelerado proceso de urbanización, en el marco de un fuerte desarrollo económico (Cf. Liernur, 2000). Pero si durante bastante tiempo, en el plano político, la élite trató de sostener su régimen acudiendo al fraude y a la violencia, hacia principios del siglo XX era evidente para algunos sectores dirigentes la necesidad de conseguir una base más amplia de legitimidad y de modernizar el sistema de partidos, posición que, aun cuando no tuviera la intención de satisfacerlas, coincidía con las demandas de la UCR en ese sentido⁴ (Cf. Alonso, 2000; Hora, 2002: 216-219; Persello, 2000; L. A. Romero, 2003: 33-34). La Ley Sáenz Peña vino a ampliar entonces la base democrática permitiendo el acceso a la política de la incipiente sociedad de masas en cuyo seno, por otra parte, operaban distintos mecanismos de diferenciación social que terminarían por conformar una identidad de clase media de la que, en realidad, participaba un conjunto algo heterogéneo de sectores (Cf. Adamovsky, 2009: 119-238). Por ese conjunto de factores, también en ese período nacieron o se adaptaron a las nuevas condiciones electorales otros partidos como el Partido Socialista que disputaría, por un lado, al anarquismo, la dirección de la clase obrera y, por el otro, el voto al radicalismo (Cf. Adelman, 2000; Suriano, 2000).

Estaban dadas, entonces, varias condiciones para el nacimiento de un periodismo moderno: una incipiente sociedad de masas en buena medida alfabetizada –con los consiguientes cambios culturales–, la urbanización, la posibilidad –aunque no sin conflictos– del acceso a la política de amplios sectores que hasta entonces habían estado excluidos, con la consecuente complejización del sistema de partidos, y un cierto auge económico, sobre todo, durante el gobierno de Alvear. Además, si se suma el desarrollo de las posibilidades técnicas –como el telégrafo, los cables submarinos, la proliferación de agencias de prensa internacionales⁵, etc.–, se completa el conjunto de factores que, como señala Saítta (1998: 48-49; 2000: 437-438), permitieron la consolidación de un campo periodístico moderno en los años veinte.

³ Al respecto, pueden verse los exhaustivos análisis de Tulio Halperín Donghi (1987) y Fernando J. Devoto (2002).

⁴ Ya en 1903, Joaquín V. González –ministro del Interior de Roca– había presentado un proyecto de ley electoral que implicaba cambios importantes que tendrían a permitir el acceso al poder Legislativo de nuevas fuerzas sociales. El proyecto contemplaba un nuevo “padrón garantido”, la elección por circunscripción uninominal y el voto secreto. La iniciativa fue aprobada –ley 4161, del 7 de enero de 1903–, pero el Senado eliminó de la propuesta la consagración del voto secreto.

⁵ Sobre estos aspectos, ver en esta parte, capítulo 2, § 2.5.1. Las fuentes generales; y Barbier & Bertho Lavenir (1996: 147-174).

Ese campo estaba regido desde fines del siglo XIX por los matutinos «La Nación» y «La Prensa»⁶, estrechamente ligados a –y dependientes del– sistema político (Cf. Saítta, 2000: 438), aunque mantenían una fuerte preocupación por la calidad de las informaciones. Los vespertinos, en cambio, eran, en general, “órganos de comentario, de contienda política pero con escasa y deficiente” información, “siempre hojas de segundo orden, en cuanto a su significación económica y su influencia, al lado de los colosos matutinos, precisamente porque eran estos los que brindaban una amplia y fidedigna fuente de informaciones”⁷. Pero fue en el periodismo de la tarde donde se evidenciaron las primeras renovaciones: «La Razón», fundado en 1905 por el periodista Emilio Morales; «Última Hora», fundado en 1908 por el periodista Adolfo Rothkoff, fueron los pioneros. Luego, en 1912, se agregó «La Tarde» (también fundado por Emilio Morales tras dejar «La Razón») y, en 1913, «Crítica», fundado por Natalio Botana (Saítta, 1998: 36-38). Cabe señalar que en 1909, en la misma dirección, «La Nación» decidió abandonar la lucha partidaria y convertirse “en expresión y educador de la clase dirigente de la época” (Sidicaro, 1993: 7) y por la misma época, también se convierte en empresa comercial «La Prensa» (Cibotti, 2000: 379-382; Saítta, 2000a: 439).

«La Razón», en particular bajo la dirección de Cortejarena, fue uno de los primeros en renovar el campo periodístico y logró instalarse, junto con los matutinos como uno de los diarios que regían el campo⁸. Según datos relevados en la *Guía Periodística Argentina* de 1913 por Sylvia Saítta (1998), era el tercer diario y el primero entre los de la tarde en tiraje⁹.

Este diario fue fundado el 1° de marzo de 1905, como dijimos, por Emilio R. Morales, un periodista profesional, en sociedad con Nicolás Mihanovich (hijo). Aunque afín a la Unión Cívica Radical, Morales ya había intentado darle al periódico un perfil no partidario. Cuatro años más tarde, se incorporó al equipo de redactores José A. Cortejarena, que se había iniciado como periodista a los 19 años en el diario «El Tiempo» y luego había pasado por «El País», de Carlos Pellegrini, como cronista parlamentario, y por «La Prensa», como “reporter”. Hacia 1909, no sería difícil para Cortejarena darse cuenta tanto de la importancia que adquiriría, para el sistema político, una “opinión pública” no reducida ya a la élite sino ampliada a vastos sectores ciudadanos, como del valor estratégico de la información y de la orientación de esa opinión según principios e intereses también ampliados, más generales que los que sostenían las agrupaciones políticas tradicionales a través de los diarios hasta entonces. Y tampoco le sería difícil percatarse de la potencialidad económica que tal ampliación tenía para el periodismo en general y para los vespertinos, en particular. Así lo cree «La Unión», según se lee en la necrológica por Cortejarena¹⁰:

- (i) *Se ha notado en Norte América y el fenómeno es más visible cada día, que los órganos de publicidad que aparecen en las últimas horas de la tarde desalojan*

⁶ «La Prensa», fundado el 18/10/1869 por José Clemente Paz, nació como diario vespertino. En 1871 se convirtió en matutino (Ulanovsky, 1997: 17).

⁷ Así evalúa esa etapa «La Unión» en la nota necrológica de Cortejarena, el director de «La Razón», fallecido el 26 de julio de 1921.

⁸ Conviene anticipar que las conclusiones acerca de la representación de *periodismo* a las que llegaremos corresponden al diario «La Razón» y no al conjunto del campo –que no hemos estudiado–, si bien es probable que algunas de ellas sean extensibles al conjunto de diarios que lo integraban.

⁹ Saítta consigna 160.000 ejemplares diarios para «La Prensa», 100.000 aproximadamente para «La Nación» y 80.000 para «La Razón». El siguiente es «El Diario», con 60.000 ejemplares. El crecimiento, además, fue importante: hacia 1912, según los datos que hemos relevado en el «Anuario de La Razón» de 1923 (p. 82), se publicaban unos 11.000.000 millones de ejemplares anuales y en 1922, unos 48.000.000. En 1918, según el «Anuario» de 1919 (p.318-319), había “picos” de hasta 189.736 ejemplares, contando todas las ediciones.

¹⁰ Reproducida en «La Razón», 26/7/21, tapa y p. 2.

paulatinamente a los de la mañana; el hecho se explica porque el ánimo está mejor predispuesto para la lectura cuando ya se ha cumplido la tarea cotidiana, y porque, [...], el diario vespertino que tiene bien organizados sus servicios, puede adelantar casi toda la información que publicarán 12 horas más tarde, sus colegas tempraneros. El mismo avisador llega a comprender que es más eficaz hacer llegar a los presuntos compradores el anuncio de una liquidación el día anterior al fijado para realizarla, que en la fecha misma [...]. Cortejarena comprendió antes que nadie la gravitación de todos esos factores concurrentes; por eso su obra es permanente y duradera; [...].

Cabe recordar que Cortejarena había incursionado en la política en las filas del partido Conservador aunque no pertenecía por origen a los sectores vinculados tradicionalmente al poder¹¹. En 1911 renunció a su cargo de legislador por el Partido Conservador en la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, en un acto muy recordado al momento de su muerte, en las necrológicas¹², como una muestra de firmeza de principios, pues se había negado a aceptar el tratamiento en una sola sesión del presupuesto provincial. Probablemente, ya debía haber tenido planeado su cambio de actividad: ese mismo año, se sumó a la sociedad de Morales y Mihanovich al adquirir los bienes físicos del diario, y al siguiente completó la compra de la empresa (Cf. Saítta, 1998: 34-36, Ulanovsky, 1997: 25-26), “ayudado por capitales amigos”, según dice «La Fronda» en su necrológica. En 1912, pues, se hizo cargo definitivamente de «La Razón» y asumió personalmente la dirección. Varios hombres que venían participando activamente en los debates en torno de la nacionalidad fueron amigos de Cortejarena y/o colaboradores del diario, entre ellos, Estanislao Zeballos y Manuel Carlés, fundador de la Liga Patriótica Argentina, la conocida agrupación contrarrevolucionaria de corte nacionalista que, en la década de 1920, realizaría varias acciones netamente fascistas, aunque su caracterización general es más compleja (Cf. McGee Deutsch, 2003, 11-18 y 231-248).

Cortejarena dirigió el diario hasta su muerte, producida el 25 de julio de 1921 en Rosario de la Frontera, provincia de Salta. Tras su fallecimiento, se hicieron cargo de la dirección, por decisión de la familia, según el «Anuario» de 1922, “tres amigos fieles”: Ángel Sojo, Uladislao Padilla y Gaspar Cornille. «El Diario Español», en 1922, en su nota por un nuevo aniversario de «La Razón», se refiere sólo a Sojo como director («La Razón», 2/3/22, 4ª ed., p. 3), al igual que –aunque unos años más tarde– la *Guía Periodística Argentina* de 1928. Hacia fines de la década del 20, les sucedió Guillermo Salazar Altamira, también periodista profesional, hasta que, en 1935, Ricardo Peralta Ramos, casado con una de las hijas de Cortejarena, se hizo cargo del diario y emprendió una tarea de renovación tecnológica tal que, hacia fines de la década del 30, «La Razón» pasó a ser identificado como “el diario de Peralta Ramos”¹³. Pero en las líneas generales,

¹¹ Nació en Buenos Aires el 22 de enero de 1877. Varios diarios coinciden –en las necrológicas– en que se había “hecho solo”: Para «La Unión», era un «*self made man*» por excelencia; «El Telégrafo» sostiene que “empezó solo y sin recursos la lucha” que lo llevó “al prestigio y la fortuna”. Cabe señalar que terminó su carrera de abogado cuando ya era director de «La Razón». (Cf. «La Razón» del 25 y 26 de julio de 1921, tapa y página 2.)

¹² «La Razón» del 25 y 26 de julio de 1921, en tapa y página 2 reproduce las notas necrológicas publicadas por los demás diarios.

¹³ Desde 1937 y hasta 1984, la dirección periodística efectiva estuvo en manos del secretario general de redacción, Félix Hipólito Laño. Tras el fin de la dictadura, se agudizaron los problemas financieros del diario. Patricio Peralta Ramos, por entonces formalmente a cargo de la dirección, contrató a Jacobo Timerman –recién regresado al país tras su exilio– para la subdirección general, con la intención de modernizar el diario y cambiar la línea editorial: el diario había sido voz cantante de la dictadura militar y uno de los tres que habían pasado a controlar la empresa Papel Prensa. Cabe señalar que en sus inicios profesionales, Timerman y otros periodistas que luego se desempeñaron con él en «La Opinión», habían trabajado en «La Razón» en los años 60. El ingreso de Timerman significó el alejamiento –no sin conflicto– de Félix Laño. Timerman convirtió al diario en matutino, convencido de que ya no habría posibilidades de desarrollo para los vespertinos. Inició una serie de cambios –gráficos, estilísticos y en las modalidades del desempeño periodístico– que lo volvieron similar en muchos aspectos a lo que había sido «La

en toda la etapa que estudiamos –hasta 1930–, el diario mantuvo los rasgos impuestos por Cortejarena. Así, por ejemplo, y como veremos entre aquellos más notables, el diario se expresaba como un único enunciador y eran pocas, en general, las notas firmadas, y menos aún las firmadas por periodistas; además, mantenía expresamente su “propaganda” patriótica.

Hacia 1917, la situación se había tornado más compleja. El año anterior, la Ley Sáenz Peña había llevado por primera vez a la UCR al gobierno nacional con Yrigoyen, con el que se iniciaba el período de los gobiernos radicales que llegaría hasta el golpe de 1930.

1.2. La prensa en la historia patria y la Patria como razón

El análisis de las prácticas discursivas del diario pone en evidencia que el principio organizador de la representación de la actividad periodística y de sus funciones sociales ya no era un partido sino la *patria*. Una representación particular de *patria* le permitió integrar la historia de la prensa en la historia nacional y, a partir de esa integración, plantear una deontología y sostener el cumplimiento de las funciones sociales habitualmente asignadas al periodismo: la de *informar* y las relativas a la generación de *opinión pública*. Nos situamos para este análisis en el plano de los contenidos temáticos, puesto que varias notas de distinto género a lo largo del período, en el diario tanto como en el Anuario, explicitaban los principios en los que el diario decía sostenerse y que presentaba como su *propaganda*, es decir, las posiciones –los rasgos ideológicos presentes en la representación de *patria*– desde donde el diario cumpliría las tres funciones señaladas y que son explicitadas en los comentarios, sueltos y editoriales¹⁴.

En un texto argumentativo– con el que introducía la sección “Periodismo” en el «Anuario» de 1918¹⁵–, «La Razón» enraizaba en la “gesta” de la Independencia la historia misma de la prensa: “Su importancia [la de la prensa] es tanta que sería arduo sintetizar [...] toda la **obra civilizadora y de cultura** realizada desde los **albores de la Independencia** hasta nuestros días”. Y por ese motivo, la actividad de la prensa ocupa un lugar en el panteón de esa “gesta”: “Tan vinculada está a los hechos más culminantes de nuestra historia que forma ella misma parte integrante de la **epopeya**”. Esa afirmación, que en la distribución retórica de la nota funciona como hipótesis, recibe varias justificaciones:

- (i) *Los primeros que usaron de la palabra escrita para la difusión de las ideas lo hicieron dentro de las mismas líneas de dignidad, de independencia y de honradez, que fueron el sello inconfundible que aún hoy ostenta en toda la república la prensa argentina, modelo ante propios y extraños, de rectitud, de altura de miras y de nobles propósitos. // Los procedimientos de la prensa fueron inspirados en todo momento por su inmenso deseo de progreso, un inalterable amor a la patria, que inspiran las*

Opinión», y volcó la línea editorial a favor del entonces presidente Raúl Alfonsín. Pero pese a algunos apoyos económicos del gobierno nacional, los problemas financieros continuaron y se agravaron. Fue vendido al empresario José Pirillo, y finalmente Timerman renunció en 1985. El diario sobrevivió un tiempo más con muchas dificultades y cerró en 1990 (Cf. Mochkofsky, 2003: 434-453). El Grupo Clarín, socio de «La Razón» en Papel Prensa, compró los activos y tiempo después relanzó el nombre para un diario vespertino de distribución gratuita en medios de transporte.

¹⁴ El diario se refería explícitamente a sus posiciones como “propaganda”. Así, por ejemplo, en un texto sobre el que volveremos en relación con los rasgos éticos de la representación de periodismo, se lee: “No es posible que el Comité de Defensa Comercial [de los Estados Unidos], por el influjo de las empresas que nuestra propaganda económica hiera o molesta, disponga la interdicción de un diario que hace honor a las tradiciones de honradez, equidad y patriotismo de la prensa argentina” (recuadro “Tres etapas en la vida de «La Razón»”, 1/3/30, 5ª ed., p. ilegible).

¹⁵ Página 227.

*críticas no contra los hombres, que son al fin y al cabo pasajeros en el vaivén de la política, sino contra vicios, costumbres y deficiencias perjudiciales para el bienestar de la nación. // La misión de la prensa se llena entre nosotros [...] con una elevación de pensamiento no superada ni aun en los propios países del viejo continente donde se ha desvirtuado a veces, no por los **periodistas de verdad** sino por los mercenarios de la pluma, el concepto que inspira su existencia. // Así [...] persistiendo sin desmayos en el afán constante de no quedar atrás en el **desenvolvimiento progresivo de la república**, la prensa ha marchado a la vanguardia, sin fatigas, **alerta siempre al sentimiento nacional, interpretando todas sus causas, auscultando la opinión para, de acuerdo con ella, marcar el rumbo** que muchas veces habían equivocado los pilotos de la nave.*

Para explicar los casos en que esta caracterización no se cumple, acude a un argumento sostenido en el topos de que la excepción justifica la regla. Y luego establece explícitamente un vínculo entre esa historia y su presente:

- (ii) *El respeto, la confianza y la fe conquistados [por el periodismo] no son la obra improvisada sino el **resultado de largos años de incesante batallar** a favor de la dignidad profesional, de la **verdad** ansiosamente buscada en cada una de sus más íntimas palpitaciones.*

Y, a modo de conclusión, plantea:

- (iii) *[El conjunto de caracteres descritos] ha sido y sigue siendo a través de un siglo de existencia el **verdadero concepto** que ha mantenido la prensa en el país, y que los errores se deben, y hay que creerlo así, al **exceso de amor a las instituciones** cuya **perfección** ansía el pueblo como una de las mejores conquistas de la **democracia**.*

Ese lugar histórico de la prensa se expresa también, por ejemplo, en notas escritas con motivo de la repatriación desde Lima de los restos de Bernardo de Monteagudo, un prócer del campo periodístico para «La Razón». Probablemente, la propuesta de repatriación estaba en línea con la misma tradición patriótica, independentista y republicana que, desde tiempo atrás, –y en su momento motorizada especialmente por la «Revista Nacional. Historia Americana, Literatura, Jurisprudencia»–, había iniciado el relevamiento exhaustivo de todos los héroes de la patria (Cf. Bertoni, 2001: 260-263). La repatriación fue anunciada por «La Razón» en 1917¹⁶ para un futuro inmediato; era presentada como iniciativa de Carlos A. Aldao y considerada “un gran acto de justicia histórica”. El anuncio da lugar a un comentario en el que presentaba a Monteagudo con apelativos tales como “el primer periodista argentino” y “el gran tribuno”. Hasta la efectiva repatriación de los restos, ocurrida en febrero de 1918, mantuvo el tema presente en tres notas más entre enero y febrero de ese año¹⁷. En todos los casos, insistió en la *vehemencia inusitada* y en las ideas *extremas* de Monteagudo, pero esas características, que consideraba negativas, quedaban en segundo plano pues se rescataba el trabajo de Monteagudo en pro de la libertad americana: un ejemplo del exceso de celo patriótico e independentista referido en el ejemplo (iii).

¹⁶ “El primer periodista argentino”, 12/5/17, 3ª ed., p. 3.

¹⁷ “La trágica muerte de Monteagudo”, 22/1/18, 4ª ed., p. 4; y “Traslado de los restos de Monteagudo”, 15/2/18, 4ª ed., p.3.

De este modo, realizando un borramiento de las diferencias derivadas de las luchas político-partidarias del siglo anterior y colocando las inocultables en un lugar de excepción o describiéndolas como “errores” por “excesivo amor” a las instituciones o a la libertad, intentaba construir una memoria armónica del campo periodístico. Esa armonización refleja también, como se observa en los segmentos segundo y tercero del ejemplo (i), el cambio del objeto de la prensa: no se trata de criticar o atacar personas concretas, sino políticas o *vicios* más bien endémicos; y quien desde el campo periodístico se preste a tareas que dejen de lado el interés general es calificado como “mercenario”. Tras esa armonización de la memoria del campo periodístico, establece una línea de continuidad con su presente, de manera tal que el campo resulta prestigiado por un pasado ilustre –el origen mismo de la patria: la “epopeya de la Independencia”–, de donde provenía para «La Razón», como “resultado de largos años de constante batallar”, lo que puede interpretarse como un conjunto de tres *mandatos* cuyo cumplimiento hace al “verdadero concepto” de periodismo, el que realiza una “obra civilizadora y de cultura”, y que servía de freno a cualquier presión que pudiera desnaturalizar el *verdadero* trabajo de la prensa. Uno era el mandato vinculado a las posiciones o la perspectiva desde donde observar la realidad presente y proyectar el futuro: “inalterable amor a la patria, inmenso deseo de progreso, desenvolvimiento progresivo de la república, perfección que ansía el pueblo como una de las mejores conquistas de la democracia”; el segundo era ético: “rectitud, altura de miras y nobles propósitos”, y el tercero, relativo a las funciones que debía cumplir el periodismo: estar “alerta siempre al sentimiento nacional”, interpretar “todas las causas” nacionales, auscultar “la opinión pública para marcar el rumbo”. Una actitud *patriótica* era, por lo tanto, el cumplimiento de estos mandatos. «La Razón» asumió estos mandatos como propios de modo tal que, en ese sentido, constituían para el diario una *misión*, pero los toma como criterio para evaluar el comportamiento de los demás actores del campo periodístico. En un suelto de 1924, publica una nota con motivo de la edición número 20 mil de «La Prensa»¹⁸, en la que elogia la conducta de ese diario:

- (iv) *A través de su larga existencia, «La Prensa» ha llegado a convertirse en algo tan nuestro que todos, sin excepción, acostumbramos presentarla con orgullo a la admiración de los extranjeros que nos visitan, como el más alto exponente de la cultura argentina. // En «La Prensa» está resumida una buena parte –quizás la más importante– de la vida nacional. [...] recorriendo su colección, tendrá quien lo haga, delante de sí, la historia de la República a partir de 1869. // Historia documentada y comentada, porque juntamente con el suceso del día, el lector encontrará el comentario correspondiente; comentario siempre sereno e ilustrado, que se ha mantenido a través del tiempo y que ha permitido a «La Prensa» orientar a varias generaciones o inspirar a tantos gobiernos, con la única visión de la grandeza de la patria.*

La independencia del campo periodístico, especialmente en relación con los partidos políticos, y la *patria* como criterio organizador de la actividad, como vimos, un rasgo relativamente nuevo del campo periodístico aparecen también valoradas explícitamente en otro suelto, de octubre de 1925, que reproduce “gustoso” la nota publicada en el diario «ABC» de Madrid, del mes de agosto, firmada por un periodista de ese diario, Fernán Cid, que se titula precisamente “La independencia del periodismo argentino”¹⁹:

¹⁸ 12/11/24, 4ª ed., p. 4.

¹⁹ 17/10/25, 4ª ed., p. 15.

- (v) *Muchas veces, casi constantemente, se comenta el fenómeno del periodismo argentino, y con diferentes razones se viene a caer en la conclusión de que él es debido a esta palabra mágica: **independencia**. Todo el progreso material, moral e intelectual de la prensa argentina es debido a eso, a su enorme independencia, que **la pone por encima de toda claudicación**. La independencia de la prensa es total, **pero es sobre todo económica**. Este origen de su decoro y de su libertad es fundamental siempre, y es además condición sin las cuales [sic] se hace imposible que una prensa pueda ser oída y respetada. [...]. El anunciante y el lector proporcionan a los grandes diarios [...] todos sus recursos en mayor o menor escala pero siempre, o casi siempre, suficiente para que el periódico siga su marcha ascendente. [...] // Conviene tener esto muy presente para no confundir la independencia de la prensa argentina con la de la gran prensa de otros países. **En la Argentina, ni los «trusts» ni los grandes propietarios o comerciantes han podido conquistar para sus fines una parte de la prensa. No hay Compañías ni millonarios que dispongan, como en Estados Unidos, en Inglaterra o en Alemania, de cierto número de periódicos que sean sus mejores voces y defensores**, y tras los que se esconden, con apariencia de opinión, los ocultos designios de un grupo o de un hombre poderosos. // Tampoco la política ejerce poder sobre la prensa argentina. Siendo órganos de opinión [...], la mayoría de los grandes periódicos argentinos no pertenecen a partidos políticos ni se deben [a] sus órdenes. [...] Se ha dicho por esto que la prensa argentina es apolítica, y esto no es cierto. **Es política, pero sin partido. Está en esto una gran parte de su fuerza ante la opinión**. Sin necesidad de conocer a fondo el país, se puede notar cómo la prensa juzga a los gobiernos por consideraciones de **orden nacional** y cómo muchas veces la opinión de los periódicos va por un lado y la de los partidos por otro.*

Esta extensa cita permite observar, en síntesis, los nuevos rasgos del campo, valorados como positivos. Entre ellos, el articulista señala que la estructura de propiedad de la prensa era uno de los factores que permitía el comportamiento independiente de los diarios: una prensa que se sostiene en la relación con el anunciante y el lector pero en un medio en el que, a la vez, no hay *trust*, esto es, estructuras empresariales que tienden a monopolizar o dominar el mercado, en este caso, periodístico. Esa independencia –y ese límite– es el que permite a los diarios, según el artículo, asumir la política desde una posición a-partidaria. En el caso de «La Razón», la representación de la patria será el eje vertebrador. Cabe preguntarse ahora, entonces, qué era la *patria* para el diario.

En principio, la representación de *patria* no parece diferente, al menos en su núcleo más estable, de la representación conocida de *estado-nación* propia del liberalismo del siglo XIX: un grupo social que habita un territorio, con una organización política estatal. No había, en esa representación, según señala Hobsbawm (1991: 42-43), vinculaciones explícitas entre *nación* y “etnicidad, lengua e historia común”. En todo caso, al estado-nación le interesaba más la *lealtad* del ciudadano a sus instituciones que la lengua familiar o el origen étnico, pues “los estados necesitaban una religión cívica (el “patriotismo”) tanto más que cada vez requerían algo más que pasividad de sus ciudadanos” (p. 94). La Constitución argentina de 1853-1860 parece plasmar los rasgos típicos del estado-nación liberal, con un sistema republicano, representativo y federal, e incluye, ya desde su Preámbulo, “a todos los hombres de bien que quieran habitar el suelo argentino”. En tal sentido, y como veremos, la representación de *patria* que expresa discursivamente «La Razón» recoge todos los principios sostenidos en la Constitución. De esa manera, puede decirse que el diario se presenta, en un sentido general, como un defensor y difusor de lo que Hobsbawm denomina “patriotismo de estado” (p. 98).

Sin embargo, se observan otros rasgos, menos estables, periféricos, de la representación, que se vinculaban con una evaluación de ese presente, que se delinearía como derivado de una “lectura”, postulada como la única posible, de la historia común, y con el futuro –una desiderata– como producto de la relación entre los rasgos derivados del pasado y los del presente. Pero esa lectura de la historia y las circunstancias del presente tensionaban, acentuaban y, eventualmente, ampliaban algunos rasgos en detrimento de otros. Se trata ya de los rasgos más evidentemente ideológicos de la representación, sometidos a tensiones y controversias más coyunturales.

El período comprendido entre 1880 y 1914 fue “el de las mayores migraciones de masas conocidas hasta entonces, dentro de los estados y de unos estados a otros, del imperialismo y de crecientes rivalidades internacionales que culminarían con la guerra mundial”. Y los estados “usarían la maquinaria, que era cada vez más poderosa, para comunicarse con sus habitantes, sobre todo las escuelas primarias, con el objeto de propagar la imagen y la herencia de la *nación* e inculcar apego a ella y unirlo todo al país y la bandera, a menudo *inventando tradiciones*” (Hobsbawm, 1991: 100), apoyándose en “sentimientos nacionalistas extraoficiales que ya existían” (p. 101). Así, rasgos de esos sentimientos nacionalistas se incluirían en la representación del *patriotismo de estado* típicamente liberal, pero mientras el último era inclusivo de todos los ciudadanos, los rasgos del sentimiento nacionalista implicaban un carácter excluyente. Así, la lengua o supuestas cuestiones “raciales” comenzaban a tener importancia (Cf. p. 102).

En el caso de Argentina, como se señaló en párrafos anteriores, la inmigración masiva, por la que el país incluso había competido y competía aún con otros como Brasil (Cf. Fernández Bravo, 2000: 177), motorizada por diferentes creencias acerca de sus beneficios y fundamentalmente por necesidades de la economía, había generado hacia 1880, como anticipamos, la sensación de “disolución” de la nacionalidad. Al respecto, Bertoni distingue al menos tres posiciones, en los debates de fines del siglo XIX: una, que “colocó el origen de la nación en la Revolución de Mayo y vertebró su armado en la gesta de la Independencia, para culminar en la organización nacional y la Constitución de 1853” y tendería a la creación de un panteón nacional, si no bajo una forma monumental, al menos en términos simbólicos; la segunda, “un movimiento de valoración de las raíces españolas iniciado antes, pero que se desplegó particularmente en los años de 1890, para el que era importante la pertenencia a una tradición cultural que, además de la lengua, remitía a un pasado donde podía encontrarse el origen de las instituciones políticas propias”; la tercera, procuraba “el reconocimiento del aporte de los inmigrantes de otros orígenes” (2001: 259). En los primeros años del siglo XX ya era posible reconocer dos grandes tendencias –dentro de cada una de las cuales convergían líneas con diversos matices–: una, “compatible con el universalismo, el cosmopolitismo, la diversidad cultural o la multietnicidad”; la otra, una concepción “cultural esencialista”, sustentada fundamentalmente en la línea *independentista*. Los festejos del Centenario llevarían a consagrar a la segunda y a desplazar paulatinamente a la primera. (Cf. p. 315), y que cristalizaría en lo que se ha denominado “primer nacionalismo o nacionalismo cultural”.

Tal como se desprende del texto argumentativo expuesto antes, «La Razón» ubicó los orígenes de la nación en la *gesta* de la independencia. En tal sentido, se habría servido, tal como había hecho la segunda tendencia señalada, del “relato fundador” de Mitre (Devoto, 2002: 4 - 13). Pero a su vez reconocía vínculos de “raza” y de “lengua” con España, en particular, y vínculos “intelectuales” con Europa, en general: “la República Argentina, en lo que se refiere a la vida intelectual, no forma sino una continuación del viejo mundo”. Y agregaba: “Unido a éste por los dobles lazos de la raza y el conocimiento, todo cuanto en Europa se ventila, los mismos

problemas sociales que científicos, la afectan capitalmente”²⁰. Este reconocimiento ya no era extraño después del Centenario, pero los *lazos* a que se refiere no significaban –por lo que veremos– que los residentes extranjeros y sus hijos nacidos en el país formaran parte de la patria²¹.

El reconocimiento de lazos con España, en particular, provenía de un complejo de cuestiones. La posición que tendía a reconocer las raíces hispánicas en la cultura nacional se había visto favorecida a fines del siglo XIX por la derrota española frente a Estados Unidos (1898), lo que había llevado a una percepción de este último país como un enemigo común, habida cuenta de las nuevas tendencias expansionistas norteamericanas hacia el sur, que incluían la iniciativa de crear una unión aduanera americana. Por otra parte, “luego de la deposición de Isabel II, el establecimiento de nuevas relaciones entre España y la América hispánica fue una meta de la política exterior de la Restauración”, fundada en el panhispanismo (Cf. Bertoni, 2001: 173-174). Ese conjunto de factores había cristalizado en una serie de rasgos ideológicos, un *hispanismo*, que significaba un “viraje respecto de la tradición liberal decimonónica” y abriría “paso a una nueva visión del pasado, alimentando uno de los mitos de la hora: el mito de la raza”. Ese hispanismo estaba presente en las reflexiones de miembros –Rojas y Gálvez, por ejemplo– de la llamada generación del Centenario (Altamirano & Sarlo, 1983: 164).

Más en general, el reconocimiento de lazos con Europa podía formar parte de una política de confraternidad con los extranjeros que databa de 1890, cuando el peligro de guerra con Chile por cuestiones limítrofes había llevado a buscar el acercamiento de los residentes extranjeros. Pero esa política de confraternidad no había sido interpretada por todos del mismo modo. Algunos la entendían “como la colaboración de grupos fraternos, de huéspedes agradecidos con el país que los había acogido y en el que habían prosperado, es decir, colaboradores muy próximos, hermanos, pero distintos” (Cf. Bertoni, 2001: 313-314). Para «La Razón», la distancia entre los argentinos y sus “hermanos” europeos residentes en el país era prácticamente la misma que había entre los argentinos y los latinoamericanos, según veremos en un próximo párrafo²².

El diario explicitó paulatinamente su adscripción a rasgos del nacionalismo cultural hasta llegar a expresiones más contundentes, en especial durante y a partir de 1920, según el ritmo en que se ampliaban y variaban las tendencias nacionalistas en el mundo –aunque no todas necesariamente antiliberales– después de la Primera Guerra Mundial.

La *nación* ya no sería sólo un grupo social que puebla un territorio con una organización política –el *estado*–. Por un lado, se postulaba una historia común –probablemente el relato fundador de Mitre– como *tradición*, en el sentido de que era considerado el único relato posible; y –como Mitre, según Devoto (2002: 4)– se consideraba que en ese pasado estaba inscrito el futuro de grandeza del país. De esa historia-tradición provenía una organización estatal específica, la *república*, según había sido delineada por la Constitución, que el diario defenderá lo largo de todo el período²³.

²⁰ «Anuario de La Razón», 1921, Sección: “Corresponsales de «La Razón» en Europa”.

²¹ No tomamos en cuenta el lugar que los pueblos originarios podían tener en esta representación, pues no aparecen referidos por el diario sino en muy pocas ocasiones, y por lo general con un tono piadoso o que se compadece de ellos como pueblos vencidos por la “civilización” y casi extinguidos. Por ejemplo, puede verse el suelto “Esos pobres indios”, del 5/10/22, 4ª ed., portada, en el que se refiere a los sufrimientos padecidos por los descendientes del cacique Coliqueo para que la Legislatura de la provincia de Buenos Aires les reconociera la titularidad de unas tierras que ocupaban frente al hostigamiento de cristianos que querían hacerse de ellas.

²² § 1.2.2. *La fusión de las razas*.

²³ En 1930, aun cuando no había sido contrario al gobierno de Yrigoyen, lo culpó por crear las condiciones para su derrocamiento, pero consideró que el golpe era un “retroceso” y que desprestigiaba al país, y alentó la búsqueda de

Por otro lado, en el plano cultural, si bien reconocía las raíces hispánicas, en particular, y europeas en general, no lo hacía desde una perspectiva cosmopolita capaz de aceptar la diversidad, sino más bien desde una perspectiva que integraba esas raíces en un proceso de conformación de la *cultura nacional* como *unidad*, que reclamaba, entre otras condiciones, por ejemplo, *unidad lingüística*. Pues el anclaje en la historia-tradición nacional exigía que ese proceso tuviera una direccionalidad determinada. No se trataba, pues, de incorporar lo extranjero para, de la mezcla, obtener algo completamente nuevo, una cultura “no prevista” por la historia, sino más bien de asimilar armónicamente lo extranjero según los rasgos de la cultura legada por la historia: se trata de una versión del “crisol de razas” –concepto que Ricardo Rojas desarrolla en *Blasón de Plata*, obra de 1910–. Hay, pues, antes que la contemplación de un proceso que sigue un curso propio, una representación del “crisol de razas” como “ingeniería social” que se asienta en un dispositivo más complejo, que incluye la educación y la misma prensa, entre otros componentes. La representación de *Patria* ya no incluiría, entonces, sólo rasgos del patriotismo estatal típico del liberalismo decimonónico: se articularían con otros, los del nacionalismo cultural, en particular aunque no únicamente, los de la línea programática de Ricardo Rojas, que había publicado en 1909 *La restauración nacionalista*²⁴.

El proceso de conformación de la *cultura nacional* –en sentido amplio: política, social, económica, etc.– estaría vinculado con el primero de los “mandatos” de la historia patria que «La Razón» hacía suyo en tanto uno de los representantes del campo periodístico: trabajar desde ese lugar para el “desenvolvimiento progresivo del país”.

1.2.1. El perfeccionamiento de la patria

El cumplimiento del primer mandato remite a una representación cuyo núcleo sería el conjunto de rasgos que definen *progreso*, que la Constitución liberal de 1853 había plasmado claramente al establecer las atribuciones del Congreso de la Nación. En efecto, el artículo 67, inciso 16²⁵, fija como uno de los deberes del Poder Legislativo:

- (i) *Proveer lo conducente a la prosperidad del país, al adelanto y bienestar de todas las provincias, y al progreso de la ilustración, dictando planes de instrucción general y universitaria, y promoviendo la industria, la inmigración, la construcción de ferrocarriles y canales navegables, la colonización de tierras de propiedad nacional, la introducción y establecimiento de nuevas industrias, la importación de capitales extranjeros y la exploración de los ríos interiores, por leyes protectoras de estos fines y por concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulo.*

Los contenidos de esta cláusula, llamada por los juristas constitucionalistas²⁶ precisamente “cláusula del progreso” o “de la prosperidad”, remiten, en perspectiva moral, a los contenidos del principio del *bien común*²⁷. Pero también remite, indirectamente, a una representación “pesimista de la naturaleza humana” –propia del conservadurismo (Cf. McGee Deutsch, 2003: 238)– que

otras soluciones a la crisis, dentro del sistema republicano, en los primeros días de setiembre. Se pueden ver, entre muchas, los sueltos “Expresión del momento” (2/9/30, 6ª ed., p. 1), y “De dónde habrá de venir la solución” (3/9/30, 6ª ed., p. 2).

²⁴ La otra línea programática es la de Leopoldo Lugones. Para una caracterización del nacionalismo de Rojas y para las diferencias –no menores– con el de Lugones pueden verse los análisis de Altamirano & Sarlo (1983), y Devoto (2002).

²⁵ Artículo 75, inciso 18, a partir de la reforma de 1994.

²⁶ Ver, por ejemplo, Sabsay, D. A. & Onaindia, J. M. (1995: 227) y Bidart Campos, G. (1995^b: 186).

²⁷ Cf. Bidart Campos, G. Op. cit. p. 186.

exigía el desarrollo de buenos “hábitos” para conjurar las pasiones. Esta representación proviene del Iluminismo, para el cual el hombre se halla constituido por *pasiones* o *vicios*, pero que podían ser dominadas por *pasiones positivas* o *intereses*, y eran precisamente la industria y el comercio los que permitían desarrollar hábitos de planeamiento ordenado y predecible. “La aceptación de esos intereses como aspectos positivos de la naturaleza humana, así como el gradual reconocimiento de su impacto benéfico en la sociedad permitió construir el sustento teórico del desarrollo del capitalismo moderno” (Cf. Alonso, 2003: 209). En muchas de las prácticas discursivas de «La Razón» se pueden observar las marcas de esa representación pesimista de la naturaleza humana, cuando no aparece explicitada en el plano de los contenidos temáticos²⁸. De allí que, pues, ese conjunto de principios que hacen al *bien común* fuera difundido y defendido por «La Razón» de manera harto recurrente, expresado retóricamente como *desarrollo* o con otras formulaciones tales como “desenvolvimiento progresivo de la república”, “perfeccionamiento del país”, “preocupación de la grandeza y perfeccionamiento de la República” e, incluso, “evolución”.

La representación de *desarrollo* incluía lo económico, lo político, lo social, lo cultural y lo educativo, todas esas áreas a la vez y en todos sus aspectos, de un modo que puede verse como una “expansión” de lo enumerado en la cláusula constitucional. El sentido básico del término *desarrollo* –el más habitual en el diario– es el de “desenvolver” o “desenrollar”, es decir “expandir” o “desplegar” lo que está “envuelto” o “enrollado”. Hacia el siglo XIX el término fue relacionado con “evolución”, con lo que adquirió el sentido de “proceso por el cual se manifiesta lo que está *potencialmente* presente en los primeros elementos” (cursivas nuestras), y comenzó a utilizarse en relación con las sociedades y la economía, con lo que también fue vinculado con “progreso”. Recién a mediados del siglo XX comenzaría a adquirir otros sentidos (Cf. Williams, 1976: 98-99). Interesa remarcar dos aspectos más: por un lado, “evolución” incluye el “medio” o “ambiente” con el que el sujeto del proceso –sea cual fuere– interactúa; por el otro, en tanto “proceso”, ocurre en el tiempo. Y en efecto, el *desarrollo* fue, para «La Razón» un proceso por el cual los caracteres que estaban en potencia en los orígenes de la *patria* se manifestaban en su presente y deberían seguir expandiéndose en el futuro, en relación con diversos factores –internacionales, internos, políticos, económicos, culturales y sociales– que operaban como “ambiente” para la evolución. Pero esa evolución tenía, entonces, una direccionalidad –al menos en algunos aspectos– pautada por la historia-tradición, pero el “ambiente” no garantizaba el desarrollo pleno en el futuro y, más bien, exhibía ciertos riesgos u hostilidad, se mostraba amenazante. Y la representación desde donde defendía y difundía los contenidos incluía rasgos propios de las líneas ideológicas del primer nacionalismo que parecían también ponerle algunos límites a los valores del liberalismo, como veremos enseguida.

De los varios ejes que pueden ser analizados –en el orden de lo político, lo social, lo económico, etc.– veremos, a modo de ejemplo, dos de los principales, en los que se evidencia claramente la representación de *desarrollo* vinculada con la de *patria*: el de la inmigración, que se imbrica con otros aspectos políticos, sociales, culturales y económicos, y el del desarrollo industrial. Del conjunto de notas considerado, presentaremos algunas para evidenciar los rasgos destacables; en notas al pie presentaremos la referencia a otras notas en las que esos rasgos vuelven a aparecer, a efectos de dar cuenta de las continuidades temáticas en el período que estudiamos.

²⁸ Unos pocos entre muchísimos ejemplos: “Una ternera con el corazón en el buche” (13/8/20, 4ª ed., p. 7); “Mundo reseco” (24/6/21, 4ª ed., p. 3); “La química en la guerra – Los países vencidos harán una guerra concentrada” (16/1/22, 4ª ed., portada).

1.2.2. La fusión de las razas

En ocasión de unas elecciones, habían aparecido carteles de propaganda política “dirigidos a los hijos de extranjeros nacidos en el país, ya de italianos, ya de franceses y hasta de turcos y árabes, escritos en el propio idioma de los padres”. Y la cuestión mereció una nota editorial, “Asunto de progeñie”²⁹. Si bien calificaba al hecho como menor, no dejaba de considerarlo una especie de provocación: “Sabemos bien lo que significan estas propagandas y el objetivo que persiguen”, decía el editorialista ante un hecho que, aunque lo presenta como intrascendente, remite a un “asunto de fondo” que tenía “interés de primer orden”.

Sostenía entonces que “el proceso de la fusión de razas y del nacionalismo” tenía “su desenvolvimiento lógico”. Recuerda que la situación generada por la guerra pudo haber sido un motivo para que los residentes extranjeros en el país adoptaran actitudes peligrosas para la nacionalidad argentina y que, si bien no fue así, había otros elementos a tener en cuenta:

- (i) [Los sentimientos movilizados entre los inmigrantes por la guerra] *eran, empero, sentimientos respetables los que experimentaban por su índole íntima y lógica de los cuales tampoco podían desprenderse los hijos que sintieron en las palpitaciones del hogar el amor consagrado a la patria de sus padres. Esos hijos de extranjeros sintieron, también, la **tolerancia** caballeresca de sus **connacionales**, los argentinos, pensando que ese gesto de consideración a su progeñie no interrumpía la adhesión cariñosa a la nacionalidad que tenían el orgullo de ostentar. Y en esa nueva forma de adaptación a la nacionalidad, el mismo extranjero que se nacionaliza, no piensa ya que reniega de su patria de origen, sino que agrega una condición más a sus aptitudes para servir al **país hospitalario que lo alberga y le brinda todas las facilidades para su desenvolvimiento en la vida**. Es que es en el contacto con los ciudadanos, que **arranca desde la escuela, en la historia bien referida**, [...] donde se compenetra el hijo de extranjero de su situación y se incorpora sincero y afectuoso a la patria de su nacimiento. Sabido es que eminencias científicas y hombres distinguidos por sus méritos personales, llegaron a la escuela primaria del Estado sin saber el **idioma nacional**. Por esa razón es que es en la escuela donde se elabora la primera forma, con la levadura nacional, y de ahí la trascendencia del organismo y de la instrucción primaria.*

Y concluye:

- (ii) *Es una **elaboración lenta** la que se opera para llegar en su momento a la **fusión completa**, y a la formación de un **tipo de raza y de nación grande**; pero vamos por buen camino, mientras **guiemos la marcha** con prudencia y decisión, dándonos cuenta **de la obra que la época nos impone** y que seguirá imponiendo a muchas generaciones [...].*

De este editorial se desprende claramente el lugar que simbólicamente les asigna a los inmigrantes y a sus hijos nacidos en el país. Es llamativo el juego que conforma entre la oposición *argentinos—hijos de extranjeros nacidos en el país*, en un plano, y la igualación en el carácter de *connacionales*, en otro plano. Este juego podría estar sustentado en ciertas distinciones: por una parte, el diario parece diferenciar a los argentinos de los hijos de los extranjeros en función de la identidad cultural, en particular, en lo relativo a la lengua, la historia

²⁹ 7/2/20, 4ª ed., p. 5.

y los *sentimientos* vinculados a la patria de los padres. Pero, por la otra, el diario no podía negar que desde el punto de vista jurídico compartían la nacionalidad, es decir, eran *connacionales*. En tal sentido, cabe recordar que por la Constitución imperaba e impera el principio del *ius soli*, esto es, la nacionalidad según el territorio donde se nace³⁰, en contraposición con el principio del *ius sanguinis*, típico de los países europeos para los cuales, por lo tanto, los hijos de sus ciudadanos emigrados son considerados ciudadanos del país de origen. Pero aun así, tanto para los *hijos* –no del todo “argentinos” en lo cultural y potencialmente reconocidos como ciudadanos propios por el país de origen de sus padres– como para los residentes extranjeros, demandaba una actitud –por parte de los argentinos “de estirpe”– de *tolerancia* tal que, en el caso de los hijos, no sólo no pusiera en duda la “parte argentina” de la nacionalidad sino, más bien, la “reforzara” y, en el caso de los residentes, no los hiciera dudar de nacionalizarse, dado que –según «La Razón»– el extranjero debía pensar que no perdía su patria de origen y que nacionalizarse era una *condición* –tanto en el sentido de “aptitud” como en el de “propiedad” o “disposición”– que sumaba a las que ya tenía. En suma, una política de confraternidad *caballesc*a de “hermanos” culturalmente diferentes, con independencia de lo jurídico: argentinos “de estirpe”, argentinos “hijos de extranjeros”, extranjeros. Pero esta política de confraternidad es presentada en el editorial como parte de una estrategia a más largo plazo, una estrategia de “seducción” frente a la renuencia de los extranjeros a nacionalizarse³¹ y a participar de la política, participación a la que los “hijos de extranjeros” ya estaban obligados por la Ley Sáenz Peña.

Como se observa en el texto analizado, esa estrategia incluía la educación: la escuela constituía una de las herramientas para lograr la “fusión de razas”, esto es, la formación de un “tipo de raza y de nación grande”. Esta función “nacionalizante” de la escuela no era original. La cuestión de las escuelas de las colectividades extranjeras en general, y en particular, las italianas, había sido objeto de debates ya desde 1881, cuando Sarmiento publicó una serie de artículos contra la educación italianizante, advirtiendo que “la política educativa del Estado italiano entre sus colectividades de ultramar estaba cada vez menos inspirada en el *liberalismo* y más animada por un nacionalismo desprovisto” de connotaciones de la ideología liberal (Cf. Halperín Donghi, 1987: 216; también, Bertoni, 2001: 64). Si hasta entonces no estaba en duda el supuesto de que la educación era necesaria para el progreso del país, a partir de ese momento la educación *común estatal* era necesaria, además, para la construcción de la nacionalidad (Cf. Bertoni, 2001: 64-74; Devoto, 2002: 18). José Ramos Mejía, a fines de la década de 1910, como presidente del Consejo Nacional de Educación, había impuesto en la escuela primaria “una liturgia cívica de intensidad casi japonesa”, y consideraba “que esas ceremonias de gusto dudoso eran necesarias para contrarrestar las graves influencias desnacionalizadoras”. En el mismo sentido, Ricardo Rojas planteaba en 1909 –en *La restauración nacionalista*– sugerencias para la *renacionalización* de la escuela. Sucedió que el “sentimiento nacional” era necesario para lograr una “cohesión nacional más sólida para afrontar un clima cada vez más marcado por la hostilidad recíproca” que se evidenciaba en las relaciones entre países en un “clima de rivalidades interimperialistas” (Cf. Halperín Donghi, 1987: 226-227; también Altamirano & Sarlo, 1983), que finalmente había llevado a la guerra, ambiente que, aun cuando había sido beneficioso en un sentido para el país, por ejemplo, para impulsar la industria local, comenzaba –tras el fin del conflicto– a amenazar el desarrollo industrial, como se verá enseguida. Ese clima y las consecuencias de la guerra tendrán también incidencia en la mirada sobre las cuestiones económicas que observaremos en los textos sobre desarrollo industrial.

De allí la importancia que el diario le daba a la educación primaria estatal en sus prácticas

³⁰ Artículo 67, inc. 11 en la Constitución de 1853-1860, artículo 75, inc. 12 en la reformada en 1994. Cf. Bidart Campos, G. (1995^a: 214-216, en particular, § 22).

³¹ Para ampliar este aspecto, ver Halperín Donghi, 1987, en especial, § IV.

discursivas. Apuntaba a un doble propósito: progreso –en tanto formaba personas “de bien”, trabajadores– y formación de la nacionalidad. En relación con este último propósito, además de valorar el contacto de los extranjeros e hijos de extranjeros con los *ciudadanos* –esto es, los argentinos–, enfatizaba en el editorial dos aprendizajes necesarios para la nacionalidad: la lengua –a la que no denominaba “castellano” sino “idioma nacional”³²–, porque una nación, en la representación cultural esencialista, se define –principalmente– por la “unidad” del idioma; y la historia “bien referida”, esto es, la historia-tradición que era necesario “inculcar”.

La cuestión del *idioma nacional* también había sido objeto de debates desde fines del siglo XIX, en los que era posible distinguir dos posiciones claramente opuestas, la de Lucien Abeille y la de Ernesto Quesada. Abeille consideraba que el idioma nacional estaba en formación y que se iría definiendo a medida que la mezcla cultural diera lugar a un producto nuevo. Si se quiere, “planteaba la tesis del autonomismo lingüístico” (Oviedo, 2005: 12). Quesada rechazaba esa idea y consideraba al español como lengua nacional, que correspondía a una cultura y una *raza*, y que ofrecía una estructura sólida capaz de resistir la penetración cultural de los imperialismos. (Cf. Bertoni, 2001: 203-207). «La Razón» se mantiene en una posición intermedia. Si bien consideraba que el idioma legado por la historia era el castellano, que mantenía la unidad cultural hispana y permitía sustentar una nacionalidad –entre otras derivadas del tronco hispano a las que consideraba “hermanas”– frente al resto de las lenguas europeas presentes en el país, también consideraba que la “fusión” de “razas dialectales” estaba en proceso, y que ese proceso debía realizarse –como se dijo antes– según la direccionalidad determinada por la historia. Tras una serie de entrevistas con diversos intelectuales y escritores realizadas en el marco de una campaña de dos meses de duración contra lo que el diario consideraba *mala literatura*, sintetiza las opiniones en una nota de 1923³³. En ese texto, el concepto aparece bastante claramente explicitado:

- (iii) *Las razas dialectales se irán fundiendo hasta producir el tipo nacional y con él la literatura propia. [...] Al producirse nuestra raza y nuestra literatura, el editor extranjero perderá su influencia.*

En ese proceso, el periodismo, explícitamente, tenía un rol que cumplir, aunque complementario de la educación formal. La tematización es realizada desde una perspectiva de clara raíz iluminista:

- (iv) *Con periodismo que cuide el idioma y con escuela que la enseñe, no hay mala literatura que resista. Cuando diarios y revistas bien escritos caigan en manos de hombres que salieron de una escuela bien organizada, la pornografía y la cursilería caerán por voluntad de un buen gusto exigente. Enseñar a hablar es enseñar a leer, enseñar a leer es enseñar a pensar.*

En cuanto al uso de la historia con fines educativos patrióticos, también se trataba de una propuesta que provenía desde tiempo atrás y había recobrado vigor con el primer nacionalismo. Rojas aconsejaba otorgar más importancia en la escuela no sólo al castellano sino también a la historia argentina. De hecho, *La restauración nacionalista* era el resultado de un viaje realizado por Rojas a Europa, enviado por el Ministerio de Instrucción Pública para observar la enseñanza

³² Esta denominación era general y no aparece sólo en este editorial. Por ejemplo, en el «Anuario» de 1918, p. 228, sección “Periodismo”, cuando presenta estadísticas acerca de los diarios publicados en el país, una de cuyas categorías es el idioma, la utiliza. Aunque en este caso cabe la posibilidad de que la fuente misma –un organismo oficial– usara esa denominación, evidentemente resultaba cómoda para el diario.

³³ “Resumiendo nuestra encuesta sobre la mala literatura”, 25/6/23, 4ª ed., p. 5.

de la historia en España, Francia, Inglaterra e Italia. También Quesada tuvo una tarea similar pero en las universidades renanas, promovida por la Universidad de La Plata (Cf. Devoto, 2002: 54-77). Y sugería, en 1910, “plasmear el alma nacional por la escuela pública común adaptando a la masa inmigrante a la tradición histórica”. (Devoto, 2002: 27). Como se dijo, la obra de Mitre proveía un relato apto para su uso como pedagogía escolar e, incluso, para los distintos niveles de enseñanza (Cf. Devoto, 2002: 13): era la “historia bien referida” que promovía «La Razón» para nacionalizar si no al inmigrante, a sus hijos.

La noción de *raza grande*, que aparece en el párrafo conclusivo de la nota editorial, es un mito que, sin bien provenía de fines del siglo XIX, había cobrado especial importancia hacia el Centenario. Es sabido que la representación de *raza* integra rasgos de diferente índole –físico-biológica, cultural y lingüística– que incluye valoraciones según parámetros en los que confluyen de manera confusa perspectivas lamarckianas y del darwinismo social (Cf. Williams, 1976: 264-266). Las valoraciones más habituales se inscriben en la escala *superioridad-inferioridad*, y se usaban en relación con todos o algunos de los rasgos señalados³⁴. “La interpretación de la política internacional en clave de una guerra de razas seducía” desde fines del siglo XIX “a buena parte de los grupos dirigentes europeos y americanos”, y el resultado de las conquistas territoriales “corroboraba tanto la idea de una decadencia de las razas latinas como el vigor de las razas germanas y anglosajonas”. En Argentina, esas ideas tuvieron sus seguidores, aunque también generaron una posición optimista sustentada en otro parámetro: la “idealización del futuro de los países jóvenes y fuertes”. En relación con ella, muchos asumieron un “designio americano de la Argentina”. Otros “se abroquelaron en la defensa de la raza latina y extremaron la versión hispanista”. Así, con los mismos supuestos ideológicos y el mismo determinismo racial, estas visiones ganaron popularidad entre los grupos dirigentes de nuestro país (Cf. Bertoni, 2001: 209-210). En «La Razón», “raza grande”, parece remitir a esos rasgos: por un lado, resulta coherente con el *destino* de grandeza inscripto en los orígenes de una Patria joven; por el otro, con la importancia asignada por el diario a España. Sin embargo, se observa cierta “ansiedad” pesimista en el discurso de «La Razón».

Si bien, como veremos³⁵, se observa una constante preocupación por la “salud de la raza” en sus prácticas discursivas sobre salud pública, lo que sería un indicador de la importancia asignada a los rasgos físicos y biológicos de la representación, en el editorial que estamos analizando parece tener más importancia la arista lingüística y cultural. Ese énfasis editorial probablemente se deba al hecho de que la inmigración, según el discurso, era europea, de modo que cuestiones como el color de piel no merecían la atención. Esto era posible sólo en una representación que soslayara el color de piel en tanto ignoraba parte importante de la realidad social: no hemos encontrado en el diario ninguna práctica que tematizara la presencia de pueblos originarios como parte integrante de la sociedad argentina; sólo aparecen –y muy pocas veces– bajo una mirada piadosa de vencedor frente a un vencido débil, separados del conjunto de la sociedad³⁶. En cuanto a la

³⁴ A partir de 1920 comenzaron a aparecer más a menudo en «La Razón» notas en las que el sentido de *raza* en las que se comparan características “raciales”. Esto supone formas de lo que hoy llamaríamos discriminación pasiva. Por ejemplo –entre otros–, una nota de la sección “Crónica Deportiva” del 2/3/22 (4ª ed., p.5), que llevaba como título “¿De qué raza son los mejores boxeadores?”, *naturalizaba* rasgos claramente culturales. También aparecieron notas sobre los *negros* a los que también llamaba “hermanos inferiores”. La “inferioridad” en esos casos está sustentada en el mismo procedimiento de naturalizar rasgos de índole cultural (“En París hay una cuestión negra...”, 2/3/22, 4ª ed., p. 8). En general, la actitud que puede observarse es la de “integrar” *razas* en la búsqueda de una que sea “mejor” y no se observa en el discurso discriminación activa sustentada en la “raza”, sobre todo desde la arista biológica.

³⁵ Parte II, capítulo 5.

³⁶ Por ejemplo, en un suelto titulado “Esos pobres indios...” (5/10/22, 4ª ed., portada), se queja de que las autoridades de la provincia de Buenos Aires no legalizaran la posesión de tierras a favor de los descendientes del

población negra, aparece sólo como parte del pasado. De ese modo, el diario colaboró discursivamente a sostener la representación social de una población argentina exclusivamente blanca, parámetro que operaría en el plano de lo real como “modelo” para el proceso de diferenciación y jerarquización de clases (Cf. Adamovsky, 2009: 93-97).

En la parte conclusiva del editorial, la deixis –en este caso, la primera persona del plural– evidentemente es inclusiva: el pronombre incluye al diario mismo, como locutor, y al alocutario, los argentinos “de estirpe”. Pero lo interesante es que el diario se asume así, como uno de los que debían “guiar la marcha –la obra que la época nos impone–” de ese proceso de *fusión*, y esa obra no podía ser sino cultural, en sentido amplio, lo que se observará en las prácticas discursivas en todos los niveles. A su vez, expresa que se trataba de un proceso necesariamente lento, todavía no acabado y a completar en un futuro que avizora, al menos, no inmediato, no sólo por el tiempo necesario para la *fusión* cultural de los inmigrantes ya instalados en el país, sino porque todavía consideraba necesaria la continuidad de la inmigración misma. En línea con la ideología del primer nacionalismo, no expresaba una posición *antiinmigratoria*. La preocupación de esa corriente, en especial para Rojas, no era la inmigración en sí misma, sino la falta de instrumentos adecuados, en especial educativos, para “nacionalizar” a los hijos de los inmigrantes (Cf. Devoto, 2002: 58; Halperín Donghi, 1987: 227-229). Y en tal sentido, los “argentinos de estirpe” eran los que debían “guiar” el proceso según el mandato de la historia-tradición.

Si no sostenía una posición antiinmigratoria y proponía, en el mismo sentido, una política de confraternidad que apuntaba –según la representación del diario– a la *fusión de razas*, a la vez consideraba que esa *fusión* no podía ser indiscriminada. Como es esperable, apela a la ya conocida distinción –que considera necesaria– entre el inmigrante “bueno”, es decir, el trabajador, el disciplinado, el que demostrara agradecimiento por el país que lo había acogido, y el inmigrante “malo”, esto es, el que hacía política, alborotaba a las masas, producía disturbios y huelgas. Esta distinción venía de fines del siglo XIX, cuando surge un movimiento obrero con dirigentes y militantes en su mayor parte extranjeros. Las leyes de Residencia –1902– y de Defensa Social –1910– fueron las respuestas que tuvo la protesta obrera, sustentadas en el supuesto de que los extranjeros eran los responsables del conflicto social (Cf. Halperín Donghi, 1987: 221-222; también Bertoni, 2001: 172, entre otros). El diario mostró aversión por las huelgas, los disturbios y las manifestaciones públicas, que eran atribuidas al accionar de extranjeros. A partir de 1920, con la agudización del conflicto social operada el año anterior, la percepción de una progresiva mayor dimensión del movimiento obrero y el fantasma de la Revolución Rusa, «La Razón» publicó todos los días las actividades de la Liga Patriótica Argentina –una respuesta de otra índole a la conflictividad–, como una sección más, como si fuera otra de las sociedades –culturales, cívicas, etc.– a las que le dedicaba espacio diariamente. Entre el 10 y el 16 de setiembre de año, una sección cuyo nombre puede confundir, el *Folletín de «La Razón»*³⁷, fue un documento firmado por Manuel Carlés –amigo de Cortejarena³⁸– titulado “Definición de la Liga Patriótica Argentina”, en el que se observan –en la apretada síntesis de un panfleto– los tópicos vistos hasta aquí. Se trata de un enunciado en el que resonaban ya sonoridades estentóreas de la retórica fascista³⁹, y en el que se atacaba –en la figura del

cacique Coliqueo; en el texto, señala que, si bien tuvieron muestras de integración, se mantienen aislados. En cualquier caso, son vistos como una minoría ínfima.

³⁷ Como se verá luego, en un espacio equivalente a más o menos el tercio inferior de la página, aparecía esta sección que albergaba tanto novelas por entregas como “ensayos” de colaboradores o, como en este caso, un panfleto de la LPA. Claramente se trataba de un espacio destinado a voces ajenas al diario.

³⁸ El dato aparece varias veces en el diario, sobre todo, en la extensa necrológica de Cortejarena, los días 25 y 26 de julio de 1921.

³⁹ Creemos necesario enfatizar que nos referimos sólo a la *retórica* y no a la Liga misma que, como organización de derecha, contrarrevolucionaria y con funciones de grupo de “choque”, no presenta sin embargo varios de los rasgos

trabajador inmigrante– a todos los trabajadores:

- (v) *Cuando los huéspedes de la nación amenazaron alterar la Constitución del Estado y difamar la fisonomía social de nuestro pueblo y perturbar el orden público, los argentinos formamos a la vez nuestra asociación para defender los intereses nacionales y la pureza de la moral argentina. Esta asociación se llama «Liga Patriótica Argentina», la institución moral por excelencia, porque se propone exclusivamente el bienestar de todos los habitantes de la República. [...] Combatimos, por consiguiente, contra el anarquismo o escuela del terror; que nada propone y todo lo aniquila; contra el sindicalismo revolucionario que suprime el Estado y entrega la sociedad al albedrío del egoísmo gremial; contra el socialismo maximalista que niega la Constitución y no la reemplaza con algo que defienda a los débiles contra la voracidad de los fuertes; contra los indiferentes, los anormales, los envidiosos y haraganes; contra los inmorales sin patria, los agitadores sin oficio y los energúmenos sin ideas. Contra toda esa runfla humana sin Dios, patria, ni ley, la Liga Patriótica Argentina levanta su lábaro de Patria y Orden para que continuemos los pacíficos disciplinando a los valientes en la tarea de labrar la dicha de la República Argentina.*⁴⁰

La Liga Patriótica Argentina no tardaría mucho tiempo en realizar acciones de choque contra obreros en huelga –de la nacionalidad que fueran–, como grupo parapolicial, en general, con la tolerancia del gobierno de Yrigoyen y el visto bueno de la parte más contrarrevolucionaria de la élite (Cf. Mc Gee Deutsch, 1986, cap. 4). El diario nunca sostuvo explícitamente⁴¹, un discurso tan extremadamente reaccionario, pero, es evidente la afinidad si consideramos la publicación misma del panfleto de Carlés así como la cotidiana publicación de las actividades de la Liga, o la valoración positiva de la deportación de inmigrantes –“rojos”– implementada por Estados Unidos en la misma época⁴².

El tópico “raza” fue tematizado en todo el período, aunque en la medida en que mejoraron algunas condiciones económicas y se redujo el grado de conflictividad obrera, bajó un poco la frecuencia de las notas al respecto. Sin embargo, cabe señalar que, si bien la arista más cultural y lingüística que se observa en la representación de “raza” ya marca cierta tensión devenida de la incertidumbre frente a un futuro no controlado, la arista relativa a lo biológico presenta una tensión no menor, pero no vinculada tanto con el origen étnico de la inmigración: el temor y la ansiedad, por la deriva que puede seguir el *desarrollo de la raza*, el fantasma –que a veces le parece palpable– de la “decadencia” y la “degeneración” articulan esa arista con la representación de “eugenesia” –también propia de la etapa–, que orienta un número importante de notas. Esos temores y fantasmas están detrás de la atención que el diario presta a los problemas de índole *biopolítica* (Foucault, 1976: 163-176), cuestiones de las que nos

con que se caracteriza al fascismo, al menos de manera sostenida en el tiempo y homogénea en todo el país, aunque, claro está, tal caracterización dependerá de la definición de “fascismo”. Según McGee Deutsch (2003: 238), entre otros rasgos importantes que impedirían caracterizarla como fascista, cabe señalar que, esta organización nunca tuvo la intención de constituirse como partido político ni de llegar al poder por otros medios, y que decía defender la Constitución –lo que puede observarse en el texto de Carlés que citamos– y el orden republicano, aunque no entendía *república* como sinónimo de *democracia*; tampoco intentó sistemáticamente movilizar a las masas –más bien “se sentía incómoda en contacto con las masas”– ni Carlés fue “un caudillo ni un “führer”.

⁴⁰ “Definición de la Liga Patriótica Argentina”, “Folletín de «La Razón»”, N° 1, 10/9/20, 4ª ed., p. 9.

⁴¹ El mismo diario utilizaría los servicios de la Liga Patriótica Argentina como fuerza de choque, luego de la muerte de Cortejarena, en un conflicto con los vendedores de diarios que se arrastraba desde 1920, cuando los canillitas se agremiaron (Cf. Saítta, 1998: 57-59; «La Razón», 16/1/20, 4ª ed., portada y 17/1/20, 4ª ed., portada).

⁴² “Deportación de rojos en Estados Unidos”, 12/2/20, 4ª ed., p. 7.

ocuparemos⁴³.

Si, más allá de estas respuestas y prevenciones, la *fusión de razas* era la expresión, en lo atinente a la inmigración, de una estrategia de *desarrollo*, el lado económico de ese *desarrollo* justificaría, en parte, la necesidad de la inmigración misma.

1.2.3. El desarrollo industrial

Para «La Razón», el *desarrollo económico* debía tener su eje vertebrador en la industria, en equilibrio con las otras ramas productivas (agropecuaria, minera, pesquera y, especialmente, en relación con los recursos energéticos y el transporte). Como se dijo más arriba, ya desde el siglo XIX, “desarrollo” había sido vinculado con “evolución” y “progreso”. Este vínculo aparece explicitado en la introducción de un suelto de 1917 titulado “Desarrollo de las industrias nacionales – El país empieza a bastarse a sí mismo”⁴⁴:

- (i) *Todos los países del mundo civilizado, antes de alcanzar el grado de progreso que ostentan, han estado sometidos en su evolución a la influencia de tres situaciones distintas, emanadas de la densidad de su población y de las distintas gradaciones de su cultura científica. Esas situaciones comprenden otros tantos períodos que económicamente han sido clasificados en pastoril, agrícola y manufacturero. Nuestro país pasó ya por el primero de ellos y, sin haber concluido con el perfeccionamiento de la segunda etapa de su evolución, se ha lanzado de lleno a la manufacturera, cuya marcha en estos últimos tiempos ha recibido singular impulso por la guerra europea.*

Y luego afirma:

- (ii) *Nuestros viejos proveedores, imposibilitados de atender las demandas del consumo, han venido a enseñarnos las ventajas de bastarse a sí mismos. Y he aquí que las industrias argentinas, hasta hace poco lánguidas y quebrantadas, han cubierto ampliamente las necesidades de la población, aproximándonos al advenimiento de nuestra total emancipación económica.*

Luego, en la misma nota, señala las dificultades de distinta índole que era necesario enfrentar: el crédito, “que no ha sido equitativa y oportunamente distribuido”; los transportes, “por la escasez de material rodante y la desproporcionada elevación de las tarifas”; los impuestos altos, que requerían “especialísima atención por parte del gobierno, pues” en las tarifas impositivas radicaba “tal vez el secreto del futuro desarrollo industrial”; la “psicología” del pueblo, “reacio siempre al consumo de artículos elaborados en el país”, lo cual había obligado a los industriales, según el diario, a “disfrazar” como importados los productos nacionales. No lo dice explícitamente, pero no es difícil relacionar esa *psicología* del pueblo con el hecho de que una buena parte estaba conformada por inmigrantes e hijos de inmigrantes que preferirían, por *sentimientos*, los productos de los respectivos países de origen. Antes de pasar a dar un panorama de la situación de dos de las industrias, la textil y la metalúrgica, alerta: “Como hemos dicho, esa situación [el repunte industrial de esos años] es transitoria y no tardarán tal vez en venir épocas menos propicias, pues restablecida la paz, los industriales de Europa pugnarán por recuperar sus viejos mercados y lucharán hasta conseguirlo, lo que no les será difícil, fuertes y avezados a esas lides como son, contra los nuestros, que poseen limitados capitales y están tan mal defendidos”.

⁴³ Parte II, capítulo 5.

⁴⁴ 16/5/17, 4ª ed., p. 5.

En la enumeración de las condiciones adversas para la industria, se observa la relación del *desarrollo* industrial con el plano político –la distribución del crédito y las tarifas impositivas y la falta de defensa de los capitales nacionales–, sociocultural –la actitud del pueblo, el grado de *cultura científica*–, y otro aspecto económico relativo a la infraestructura, en este caso, el transporte. Sobre el tema del costo del flete terrestre como factor contrario al desarrollo de la industria nacional en el interior del país, insistió en muchas oportunidades y, en especial, además de plantear la necesidad de expandir el ferrocarril, dedicó una extensa campaña para el desarrollo de los caminos como condición necesaria para abaratar ese costo⁴⁵. En otros textos, también incluyó factores tales como la formación técnica⁴⁶.

En 1921, «La Razón» profundizaría esta línea a favor de la “total emancipación económica” en una nota editorial cuyo título es una frase del suelto recién visto: “Bastarse a sí mismos”⁴⁷, en el que defiende una hipótesis central congruente con la del suelto anterior: “es necesario bastarse a sí mismos” y para ello “es indispensable tomar como Norte la necesidad del fomento industrial”. Pero la argumentación se complejiza.

En la parte introductoria, según la estructura retórica del editorial, plantea:

- (iii) *La más ligera observación del momento universal evidencia que aquella vieja fórmula de ética individual que el espíritu sajón cristalizó en el “self help” o ayuda propia, y que hizo a los sujetos fuertes y emprendedores en la lucha por la vida, quitándole la idea de un **acentuado proteccionismo social**, se ha convertido en programa de política económica de casi todas las naciones de importancia. Un estudio de las cifras que en la estadística mundial compendian las actividades del comercio internacional confirma el hecho de que la mayor parte de los pueblos trata de realizar el problema (sic) de **bastarse a sí mismos y no contar con otras fuerzas que las propias**. Esta **orientación no es del todo nueva** pero necesario es reconocer que el “bouleversement” general que en hechos y doctrinas ha traído la guerra, ha tenido la virtud de acelerar el movimiento en pro de lo que podría justamente calificarse de **economía nacionalista**.*

Y luego argumenta:

- (iv) *La norma inflexible según la cual el progreso del mundo depende actualmente del **desarrollo de los recursos interiores** y no del momento del comercio exterior; ha alcanzado ya los caracteres de un axioma. De ahí que el **desarrollo integral de los recursos de la geografía económica** se imponga en todas partes como una tendencia de alto gobierno. Naciones relativamente pobres en las que la naturaleza se ha mostrado parca en dones y bienes luchan con perseverancia y trabajo en el sentido de*

⁴⁵ Por ejemplo, “Desarrollo económico mediante mejores caminos” (12/5/22, 4ª ed., p. 6); “Por el nacionalismo económico – Los tropiezos de orden interno” (15/5/23, 4ª ed., portada). Hacia 1925 abrió una sección denominada “Carreteras y Turismo”; en enero de ese año, anunciaba la realización de Buenos Aires del Primer Congreso Panamericano de Carreteras (8/1/25, 4ª ed., p. 7), a raíz del cual se instituyó, en ese mismo año, el 5 de octubre como “Día del camino”, una efeméride poco común en el mundo, pero que da cuenta de una preocupación por el tema que excede la “propaganda” de un diario. Durante junio, julio, agosto y setiembre de 1930 el diario realizó la campaña “Caminos, más caminos para el país”.

⁴⁶ Por ejemplo, “Industria química – Su desarrollo en el país – Dificultades con las que tropieza” (24/5/17, 4ª ed., p. 5); “El desarrollo de la industria moderna y la necesidad de conocimientos técnicos – La tendencia de la instrucción en Dinamarca es que el alumno adquiera conocimientos sólidos, tanto en la enseñanza práctica como en la científica” (10/7/26, 4ª ed., p. 23).

⁴⁷ 26/8/21, 4ª ed., p. 4.

*producir siempre más, cada vez más, sin asignar la importancia de otros tiempos a las rutas del intercambio mundial. // Al fin y al cabo, el **industrialismo interno** constituye la forma más alta de **expresión de la civilización contemporánea**. La agricultura y la ganadería no demuestran sino un **estado de transición** del que han salido la mayor parte de los pueblos, gracias a su propio esfuerzo interno orientado hacia una producción **más técnica**.*

Introduce también, como parte de la argumentación, un segmento polémico, en el que reconoce las diferencias con los portavoces de la ortodoxia del modelo agroexportador, a los que se refiere con el apelativo de *pléyades de teóricos*:

- (v) *Empeñarse en el mantenimiento de ciertos principios [los del modelo agroexportador] nada más que porque datan de medio siglo atrás, equivale a **no querer percibir el movimiento que en el mundo entero se opera**. [...] // Convenimos en que nuestra prédica se halla en oposición con las ideas que, a fuerza de una insistente repetición por las pléyades de teóricos que en el país abundan, han llegado a penetrar el espíritu nacional. Para el criterio simplista de los que así piensan y continúan pensando frente a los hechos francamente adversos, el país no debe hacer otra cosa que vender trigo y carnes para adquirir luego fuera de él, con ese dinero, todo lo que necesita, al precio de venta que el mercado extranjero imponga. El fomento industrial que ha hecho poderosamente ricos a Estados Unidos y a Inglaterra, a Bélgica y Alemania y que ha creado todo un nuevo orden de economía en Brasil y en Italia, es cosa baladí que debe dejarse de lado.*

Retoma luego sus argumentos:

- (vi) *Hay que reaccionar y en forma decisiva. Cueste lo que cueste y aun cuando sea con dolor en la primera época, es menester crear industrias, fomentar las existentes y **desarrollar en su máximo todas las posibilidades nacionales y los recursos internos**, explotando el **petróleo** y escudriñando las entrañas de las **minas**, utilizando **todas las materias primas** en que tan pródigo es el país, **atrayendo el capital con halagos** y la **inmigración con perspectivas**, y dando a los **ferrocarriles** –cuya misión civilizadora nadie ignora– participación de primera fila en la obra del engrandecimiento económico nacional.*

Y concluye:

- (vii) *Aplicando así la directriz de una alta política de gobierno, aparecerán las manufacturas nacionales, surgirán las fábricas que darán salario a millones de obreros, **cesará el drenaje de oro al exterior**, que opera a manera de permanente sangría en un organismo que empieza a debilitarse, y la Argentina mantendrá el **puesto de hegemonía que le depara su destino**.*

Si la argumentación del suelto de 1917 resultaba todavía relativamente pragmática, en el sentido de que respondía a una situación de hecho (el crecimiento de la industria argentina por la dificultad de comprar a los proveedores europeos habituales), y estaba más anclada en las condiciones internas del país (las dificultades para ese crecimiento), cuatro años más tarde adquiriría un carácter marcadamente programático y se inscribía en un proceso de mayor duración y en el plano internacional. Las posiciones del primer nacionalismo que el diario defendía, y que ponían en evidencia la necesidad de un fortalecimiento de la identidad nacional en el marco de

los enfrentamientos interimperialistas que llevarían a la Primera Guerra Mundial, encontraban ahora un anclaje en el plano económico, y empalmaban con el avance de los nacionalismos en Europa, como consecuencia de esa contienda y del avance del socialismo que, aunque ya en el año 1914 en algunos países como Alemania y Austria tenían un grado alto de fortaleza, desde la Revolución Rusa parecía incontenible. Ese avance ponía en duda la posibilidad de supervivencia del capitalismo y, en particular, del liberalismo. La llegada de los fascistas al gobierno en Italia en 1922 o la creación de los estados eslavos europeos, que se sostenían en una ideología nacionalista, son algunos ejemplos del rol de los nacionalismos y el fascismo en ese proceso (Cf. Hobsbawm, 1987: 340-343; 1994: 41). De allí, la referencia, en el segundo editorial, al “movimiento que en el mundo entero se opera” y la apelación a las estadísticas y a modelos (Estados Unidos, Alemania, Bélgica, etc.) que planteaba la necesidad, para el diario, de no depender de las condiciones del comercio exterior y fortalecer el mercado interno. Y tal situación era tomada en cuenta en el debate dentro del país: frente a la evidencia de que, precisamente, el modelo agroexportador ya no estaba funcionando como antes (Cf. Palacio, 2000: 104-105), eje del segmento polémico, «La Razón» no parecía considerar que se tratara de una crisis más, superable dentro de las mismas reglas de ese modelo. Incluso antes, en otro editorial, ya había atacado el libre cambio irrestricto en tanto impedía el desarrollo de las industrias nacionales y favorecía la expansión de las extranjeras⁴⁸. Pero ese nacionalismo que, sin embargo, no renegaba completamente del liberalismo y seguía anclado en la *tradición independentista* republicana plasmada en la Constitución, trataba, en cambio, de matizar o limitar algunos de sus aspectos.

En la parte introductoria del editorial valora doblemente uno de los principios liberales: la “fórmula *self help*” que “hizo a los sujetos fuertes y emprendedores” frente a otros individuos y que, a la vez, les “quitó” la idea, no ya lisa y llanamente del “proteccionismo social” sino de uno “acentuado”. Probablemente, este matiz estuviera dando cuenta de, al menos, parte de los debates desarrollados en Europa por los regímenes capitalistas, especialmente en 1919, frente a los avances socialistas, debates en los que ya no estaba en duda la necesidad de socializar la riqueza sino en los que se discutía “respecto del grado en que las economías tenían que ser socializadas, sobre la forma en que debían ser socializadas y sobre lo que había que conceder a los nuevos poderes de los proletariados” (Hobsbawm, 1987: 340). De hecho, el diario abogaba por una serie de leyes sociales pero también protestaba por lo que consideraba proteccionismo extremo⁴⁹ y fustigaría las huelgas de los trabajadores aun en casos en los que reconociera como válidos los motivos que las originaban.

La primera valoración le permite, además, articular sus posiciones nacionalistas con el liberalismo, y justificar, entonces, los límites al segundo. En efecto, establece una analogía entre el plano individual y el nacional: si a nivel individual es valorable la “fórmula”, porque “hizo a los sujetos fuertes y emprendedores” frente a otros individuos, también es valorable si el sujeto ya no es el individuo sino la *nación* frente a las demás naciones. Esta parte de la analogía se refuerza con el argumento al que acude luego, al señalar lo que hicieron “naciones pobres”, y da un sentido –desde este ángulo– al “destino de hegemonía”, que le asigna a la Argentina en la conclusión, derivado de, por una parte, la riqueza en recursos de todo tipo y, por la otra, de la fortaleza y el carácter emprendedor.

La patria, entonces, no sólo no debía depender de las otras naciones sino ocupar un lugar de dirección en un mundo que era visto cada vez más como una competencia que como un conjunto cooperativo de naciones. Cabe señalar, empero, que desde el punto de vista de la política

⁴⁸ Editorial “Revelaciones de la industria”, 1/11/17, 4ª ed., p. 3.

⁴⁹ Por ejemplo, los editoriales “Hace falta una amplia legislación social y económica – El país reclama una intensa e inteligente labor de sus representantes” (17/3/20, 4ª ed., p. 5) y “Jornada de ocho horas” (20/8/20, 4ª ed., p. 4).

exterior, la cuestión del “destino de hegemonía” tiene otros anclajes específicos en el caso de nuestro país. Un ejemplo es la percepción del lugar que Estados Unidos había tomado en el mundo y, en particular, la política del “panamericanismo” que venía ya desde 1890 y que en su oportunidad había merecido reparos serios por parte de la dirigencia argentina, pues era vista –especialmente la propuesta de unión aduanera– como “un gravísimo peligro para América Latina” (Cf. Bertoni, 2001: 174), y a mediados de la década del 20, algunas voces aún se mantenían en esa línea, como por ejemplo, José Ingenieros, según una entrevista de «La Razón» de setiembre de 1925⁵⁰. Los reparos en ese sentido no impedían a «La Razón» rescatar y destacar, como ejemplos a seguir, aspectos diversos de la política económica, industrial, costumbres o emprendimientos norteamericanos relativos a su desarrollo interno, como puede observarse a menudo en una amplia cantidad de textos⁵¹.

Además, la apelación a la creencia en el *destino* realizada en el texto parece, por un lado, remitir a la descripción de *desarrollo* como proceso por el cual se manifiesta lo que está potencialmente presente en el origen y, desde esa perspectiva, el concepto opera a favor de la idea de que nada del ambiente puede torcer la evolución inscripta en el nacimiento mismo de la *patria*, pues el *destino* –con el sentido en que es usado en el texto– no puede ser cambiado ni evitado: es lo contrario del libre albedrío, se opone al azar. Por el otro, sin embargo, parece quedar siempre abierta la posibilidad de verse lisa y llanamente frustrado.

El carácter evolutivo del *desarrollo*, rasgo que aparecía en el suelto de 1917, fue retomado en este editorial en el segundo de los argumentos citados, al presentar a la industria como “la mayor expresión de la civilización contemporánea”. Un factor necesario para la evolución era, según el suelto, la “cultura científica” que permitía, según el editorial, una “producción más técnica”. Además, requería de la explotación de todos los “recursos internos”: las fuentes de energía –el petróleo especialmente–, los minerales, en fin, todas las materias primas “en que es tan pródigo el país”, y transportes, en particular, el ferrocarril –“cuya misión civilizadora nadie ignora”–. Por otra parte, el desarrollo económico de la patria –en la línea independentista y republicana– requería, en particular, mano de obra y, en general, una masa de población todavía no alcanzada, por lo que era necesario todavía atraer “a la inmigración con perspectivas”. El desarrollo industrial permitiría dar “salario a millones de obreros”: una respuesta al conflicto social.

Como la *fusión de razas*, el desarrollo industrial es presentado como una estrategia, en este caso para alcanzar el autoabastecimiento y la “total emancipación económica”, lo que puede pensarse como condición para el “destino de hegemonía”. No es posible avanzar más aquí sobre el concepto de *total emancipación económica* –cuyas reverberaciones llegan hasta el presente–,

⁵⁰ “Según el doctor Ingenieros, Estados Unidos considera a América Latina su zona natural de expansión – México ha entrado, nos dice, en una era reconstructiva bajo el gobierno de Calles” (16/9/25, 4ª ed., p. 4).

⁵¹ A modo de ejemplo –de entre un listado necesariamente incompleto, pues tomamos aquí sólo los que en el título dan cuenta del fenómeno al que nos referimos–, podemos incluir: “Nueva industria en Norte América – Estados Unidos se independiza de la producción alemana de colorantes” (27/7/17, 3ª ed., p. 6); “Los caminos – Ejemplo de Estados Unidos” (15/10/17, 4ª ed., p. 6 y 16/10/17, 4ª ed. p. 5); “Deportación de rojos en Estados Unidos” (12/2/20, 4ª ed., p. 7); “La prensa en Estados Unidos” (23/6/20, 4ª ed., p. 5); “En defensa de la agricultura y ganadería nacionales – Perseverante campaña de «La Razón» - Hay que pensar en la expropiación de los frigoríficos – Están realizando en Sud América la explotación que se les prohíbe y castiga en Estados Unidos – Conveniencia para el productor” (8/4/21, 4ª ed. p. 3); “Declaraciones de Mr. Harding sobre panamericanismo sentimental y económico” (25/4/21, 4ª ed., p. 4); “Diplomacia científica” (7/3/22, 4ª ed., portada); “El problema industrial argentino – Cómo crea y fomenta Estados Unidos su imperio industrial – El ‘dumping’ y el ‘drawbacks’ - Situación y perspectiva de nuestra industria” (1/6/22, 4ª ed., p. 5); “La radiotelefonía en Estados Unidos – Impresiones de un publicista inglés” (12/12/22, 4ª ed., p. 6); “Fiscalización del mercado universal de narcóticos – Suiza da una nota discordantes – Estados Unidos, en cambio, ofrece un saludable ejemplo” (22/5/23, 4ª ed., p. 3).

pero sí inferir dos rasgos. Por un lado, parece remitir a la “soberanía” en el plano económico, es decir, a la posibilidad de tomar decisiones en función de las necesidades nacionales, sin ninguna presión o condicionamiento de factores externos, ya económicos, ya políticos. Y no parece, en cambio, remitir a la idea de una economía “cerrada”, en la medida en que propone, para el desarrollo, atraer *al capital con halagos*, pero –en relación con el rasgo anterior– sujeto a las condiciones que las necesidades –y la fortaleza económica– del país impongan.

En un suelto de 1922⁵², de gran importancia gráfica, además de insistir en los mismos conceptos, explicita dos cuestiones que no estaban claramente expuestas en los textos recién vistos. Por un lado, le otorga al desarrollo industrial un valor vinculado con la *defensa nacional*, en el párrafo introductorio:

- (viii) *La guerra pasada, al interrumpir de pronto las corrientes de abastecimiento internacional, puso de manifiesto que ninguna nación, por fuerte que sea militarmente, puede decir que tiene asegurada la defensa, si no posee una cierta independencia industrial, que comprenda no solamente la posibilidad de manufacturar los artículos necesarios para la vida y la lucha, sino también las materias primas indispensables para alimentar su industria.*

De ese modo, plantea una especie de “integración vertical” entre la producción de materias primas y la industrial. Por otro lado, precisa la relación –la diferencia– entre los conceptos *nacionalismo económico*, que para el caso de la Argentina implicaría el desarrollo de la industria, y *proteccionismo industrial*, al destacar el cambio en los objetivos de cada línea política:

- (ix) [...] *Sobre los mismos términos del antiguo antipático proteccionismo industrial, surgió el nuevo nacionalismo económico, más cerrado, intransigente y severo que aquél, pero que, al cambiar de nombre, ha cambiado igualmente de concepto: ya no se trata de favorecer a una clase, para enriquecerla, considerando que una nación es rica cuando muchos de sus ciudadanos son ricos, sino de asegurar el trabajo y el bienestar del pueblo, dentro de sus propios medios, liberándolo de todo yugo extranjero.*

Es decir, el planteo que «La Razón» defiende implica una relación entre, primero, una política de distribución y, en segundo lugar, pero en relación con ello, la independencia nacional. Dicho de otro modo: no habría independencia del “yugo extranjero” sin asegurar “el trabajo y el bienestar del pueblo”. En el resto de la nota, se ejemplifica con las medidas tomadas por otros países – Estados Unidos, Japón–, entre los que destaca irónicamente a Inglaterra, otrora sostenedora del librecambismo, para por fin insistir en que la Argentina no había tomado ninguna medida capaz de defender la producción nacional frente a prácticas evidentes de “dumping” por parte de los países exportadores.

Es interesante notar que, si todavía no se había alcanzado la independencia económica, la *independencia de la patria* no sólo no sería un proceso acabado y cerrado en la historia sino, más bien, todavía restaba superar varias amenazas externas e internas. La “epopeya” iniciada con la Revolución de Mayo había permitido lograr la autonomía política; la *emancipación económica*, aún no lograda, era parte de una *epopeya* mayor: conseguir la total independencia, el destino de hegemonía que, aunque inscripto en el nacimiento de la patria, se veía condicionado por factores

⁵² “Nuestros problemas económicos – La Argentina se encuentra completamente a merced del extranjero para la colocación de sus productos y no defiende sus propias industrias – Necesidad imperiosa de reaccionar” (14/3/22, 4ª ed., p. 5).

diversos tanto nacionales como internacionales. El diario debía, entonces, trabajar como en el pasado había trabajado la prensa en su conjunto para orientar el camino.

En suma, según hemos visto hasta aquí, la representación de *periodismo* se articula de forma particular con la de *patria*, propia –al inicio del período– del llamado nacionalismo cultural, a la que paulatinamente se añadirían, como iremos viendo, rasgos del nacionalismo económico y, en general –con matices– los propios de la derecha conservadora y autoritaria que propugnaba una inclusión jerarquizada de la clase trabajadora. Pero tales rasgos no pueden ser correlacionados directa y exclusivamente con un partido político; algunos de ellos fueron más bien expresados, aunque parcialmente, por la Liga Patriótica Argentina. A partir de un borramiento de las diferencias y colocando las inocultables en un lugar de excepción o describiéndolas como “errores” por “excesivo amor” a las instituciones o a la libertad, el diario representa una memoria armónica del campo periodístico desde los inicios de la Revolución de Mayo y establece, desde esa *epopeya*, una línea de continuidad con su presente, de modo tal que el campo aparece prestigiado por un pasado ilustre: formó parte del proceso de nacimiento de la patria y acompañó los avatares de su crecimiento. El diario, como integrante del campo, considera que comparte ese prestigio.

De esa historia del nacimiento de la patria –entendida como una tradición indiscutible– y del lugar ocupado por el campo periodístico, provenía para «La Razón» lo que puede interpretarse como un conjunto de tres *mandatos* cuyo cumplimiento hacía al “verdadero concepto” de periodismo. Uno era el mandato de *propagandizar* las posiciones o perspectivas desde donde observar la realidad presente y proyectar el futuro: los rasgos más específicos de la representación de *patria* a la que nos referimos más arriba, es decir, los del nacionalismo; el segundo mandato, era de carácter ético: “rectitud”, “altura de miras”, “nobles propósitos”; y el tercero, relativo a las funciones del periodismo: estar “alerta siempre al sentimiento nacional”, interpretar “todas las causas nacionales, auscultar la opinión pública para marcar el rumbo”. El rasgo más notorio de la representación de periodismo es, pues, el tradicional de constituir el “cuarto poder” que cumple un “servicio público patriótico”, esto es, un servicio al bien común, entendido según los rasgos de *patria*. El diario «La Razón» se propone cumplir las funciones típicas del campo, las de *vigilar, informar y orientar* la opinión pública (Price: 1992) desde esa perspectiva, y para ello se constituye discursivamente como un sujeto institucional, tema que, junto con el análisis de los mandatos respecto de la ética y de las funciones del periodismo, abordaremos a continuación.

CAPÍTULO 2

EL DIARIO COMO ACTOR SOCIAL: ÉTICA Y MISIÓN PERIODÍSTICA

2.1. El diario como único enunciador: sujeto institucional y actor social

A continuación, analizaremos los modos en que el diario «La Razón» se constituye como un único enunciador y apela al lector. Cabe señalar que esos modos probablemente no fueran exclusivos de «La Razón» sino típicos de todo el campo periodístico en la etapa que estudiamos, pero consideramos necesario mostrar los procedimientos.

Un primer análisis de los recursos con que el diario se presenta a sí mismo pone en evidencia la construcción de su voz como la de un sujeto institucional que realiza sus prácticas discursivas considerándose a sí mismo un actor social, y a su vez, da cuenta del carácter *estratégico* de su discurso, en términos de Michel de Certeau (1990: XLIX). En efecto, en el período que estudiamos no hay notas firmadas por periodistas que formaran parte de la planta del periódico que se presentaran como tales, ni por los corresponsales del interior del país; sólo hay algunos casos, muy raros, en los que se refiere enviados especiales –sin indicación del nombre o con sólo la indicación de las iniciales⁵³–. Las hay, en cambio, firmadas por colaboradores externos al diario, cuyo espacio enunciativo parece otorgado por el diario en función de diferentes valoraciones, según veremos más abajo, y cuya existencia es, por otra parte, destacada por ese sujeto institucional.

El modo más habitual en que ese sujeto se expresa es a través de la primera persona del plural. Como es sabido⁵⁴, el pronombre *nosotros* integra al individuo que enuncia en un grupo o colectivo; es pues el recurso por el cual –en el ámbito de la comunicación pública– es posible que ese individuo se exprese en representación de la institución, como señalamos en el marco teórico. Ese pronombre puede tener un valor *exclusivo*, esto es, sólo expresa al colectivo de que se trate y no incluye al destinatario ni a terceras personas; o *inclusivo*, cuando incluye al destinatario o, por último, de *máxima extensión*, cuando no sólo incluye al destinatario sino a terceras personas. En las prácticas discursivas del diario se observa un juego con esas posibilidades de modo que, en una misma nota, a veces el pronombre se refiere exclusivamente al diario, otras incluye al destinatario –como veremos, un sector más o menos definible del conjunto social–, y en otras, al conjunto de los argentinos o, en algunos casos, al conjunto de los habitantes de la ciudad de Buenos Aires. Tomamos algunos ejemplos de diferentes géneros y de distintos años:

- (i) *El telegrama que damos a continuación, de nuestro corresponsal en Posadas, nos anticipa la noticia de que el conflicto obrero fluvial se ha resuelto provisionalmente [...].*⁵⁵
- (ii) *Aparte de la indiscutible importancia universal que tal hecho encierra [la V Conferencia de la Liga de las Naciones], tiene una de índole muy especial para*

⁵³ Uno de los raros ejemplos: “En busca del plesiosauro – Interesantes informaciones de nuestro enviado especial”; al fin del texto, se observan las iniciales “J. C.” (17/4/22, 4ª ed., p. 2).

⁵⁴ Son varios los autores que han estudiado la cuestión de la deixis personal en el discurso, a partir de las bases fijadas por Benveniste (1966: 161-187, y 1991: 82-91), entre ellos, Ducrot (1986) y Kerbrat-Orecchioni (1980).

⁵⁵ “Grave epidemia de Paludismo en Misiones” (telegrama comentado), 1/4/21, 4ª ed., p. 3.

*nosotros. En dicha Conferencia, [...] la Argentina estará representada [...]. Si destacamos el hecho, es en virtud de antecedentes perfectamente conocidos.*⁵⁶

- (iii) *“Evitemos los doctores y hagamos agricultores” // Nuestro corresponsal en Roma, nos hizo saber que con una ceremonia sencilla quedó inaugurado el congreso que ha de estudiar y resolver la mejor difusión de los conocimientos agrícolas mediante las llamadas cátedras ambulantes.*⁵⁷
- (iv) *“No son raros en nuestra ciudad los chauffeurs honrados”.*⁵⁸
- (v) *El congreso [el Primero Panamericano de Carreteras] a celebrarse en mayo próximo [...], contribuirá a que nuestros gobernantes y el pueblo en general piensen en coordinar sus esfuerzos [...]. // Inspirándonos en un ejemplo semejante, es necesario que rompamos el hielo de la inercia que nos aprisiona, y que, al igual que los ciudadanos de Carolina del Norte confiemos en las fuerzas siempre crecientes de nuestra República y en la acción inteligente y fecunda de nuestros gobernantes.*⁵⁹
- (vi) *Nuestro colega «La Prensa» ha informado que el día 1 del corriente mes tiró 289.023 ejemplares [...]. Al felicitar al colega por tal hecho, nos complacemos en destacar el significado auspicioso que él tiene para el año que comienza.*⁶⁰
- (vii) *Y ¿qué decir de nosotros, del resultado de nuestro Parlamento, formado con amplitud de democracia? ¿No era más eficaz, en su acción de gobierno, aquel otro Parlamento que se formaba con menos democracia? [...]. // Esto no quiere decir que propiciemos cambios como los que se han operado en Europa.*⁶¹

Como se puede observar en todos estos ejemplos, la recurrencia del pronombre “nosotros” y sus variantes: los ejemplos (i), tercera frase del (ii), segunda frase del (iii) y (vi) son de carácter exclusivo, es decir refieren al sujeto institucional; los ejemplos restantes son de máxima extensión, es decir, incluyen no sólo al destinatario sino también al conjunto de los ciudadanos del país: de ese modo, cabe señalar, genera el efecto discursivo de presentar a la totalidad de los ciudadanos como destinatarios de las prácticas del diario. Este procedimiento le permite orientar la conceptualización según sus propios puntos de vista, a la vez que, en la reiteración del recurso en el conjunto de las prácticas discursivas, se presenta como una única voz. Si consideramos como una unidad, por ejemplo, una edición puntual, será notorio que ese sujeto institucional es el responsable de todos y de cada uno de los enunciados singulares –sea cual fuere la unidad en que queramos situarnos para el análisis: sección, cobertura, suplemento, etc. o, simplemente, notas de cualquier género–, incluso de aquellos en los que no haya ninguna deixis de persona. Este fenómeno repercute en otro nivel: el diario aparece como un sujeto “en acción”, que establece relaciones, se sitúa en posiciones específicas, delimita a los diversos “otros” posibles; claramente, entonces, la función periodística no aparece como la de un mero “medio” o transmisor de mensajes generados en otro lugar sino como una voz con sus propios puntos de vista sobre la cosa pública que, también a su criterio, forma parte necesaria del interés común.

⁵⁶ “La Argentina en la Liga de las Naciones” (nota editorial), 22/10/23, 4ª ed., p. 3.

⁵⁷ “Evitemos los doctores y hagamos agricultores” (suelto), 12/5/24, 4ª ed., p. 3.

⁵⁸ Título de un suelto, 19/8/24, 4ª ed., portada.

⁵⁹ “Primer Congreso Panamericano de Carreteras” (comentario de la sección “Carreteras y Turismo”), 8/1/25, 4ª ed., p. 7.

⁶⁰ “Un tiraje excepcional en «La Prensa» (breve), 7/1/26, 4ª ed., portada.

⁶¹ “Monteagudo, precursor de Primo de Rivera y Mussolini” (suelto), 23/6/1926, 4ª ed., p. 4.

El efecto de este procedimiento se ve reforzado en otras ocasiones, cuando el sujeto institucional se presenta en tercera persona como “La Razón” o, algo menos frecuentemente como “esta casa” o “este diario”: se trata de los casos en los que se observa con más nitidez la condición de institución –muchas veces, por ejercicio de metaperiodismo, esto es, el diario se refiere a sí mismo o a otros diarios– y de actor social que se atribuye. En algunas oportunidades, este recurso se combina con la primera persona del plural. Veamos ejemplos:

- (viii) *Gracias a la prédica de «La Razón», ha sido intervenida la comisaría de Lanús// Haciéndose eco de las denuncias publicadas por «La Razón» [...], la jefatura de policía de la provincia ha dispuesto que el comisario [...]. // [...] los procedimientos adoptados [...] de los cuales dio cuenta «La Razón» oportunamente [...] no serán, según **nos lo ha expresado** el nombrado comisario inspector, motivo de aclaración alguna.*⁶²
- (ix) *El popular chauffeur Pascual Ferrari tiene un émulo. Pocos serán [...] los que ignorarán su acto de honradez, por el que se hizo acreedor a un obsequio, **por iniciativa de este diario**. // El chauffeur, con quien **conversamos**, no asigna mayor importancia a su acción.*⁶³
- (x) *Por su parte, **el director de «La Razón»**, doctor Sojo, redactó un telegrama dirigido a **nuestro** corresponsal especial en Italia, señor Maffio Maffii.*⁶⁴
- (xi) ***En esta casa**, [Emilio Saporiti⁶⁵] no dejó sino amigos [...]. // Esta vez en «La Razón», donde fue un elemento eficiente y destacado. // La **dirección de «La Razón»** [...] **resolvió** enviar una corona de flores [...]. También **ha resuelto** designar un grupo de redactores para que [...] concorra a velar el cadáver.*⁶⁶
- (xii) *Dentro de varios días terminará el tiraje de **nuestro** Anuario [...]. De acuerdo con una práctica habitual en **esta casa**, la entrega de ejemplares se iniciará... [...]. // Como mejor caracterización de **nuestro** esfuerzo, baste decir que **hemos tratado** de superar las [...] ediciones anteriores.*⁶⁷

En casos raros y extremos, cuando es protagonista del hecho informado, el periodista es presentado en tercera persona como un participante más de la realidad, de modo que el enunciado parece realizado por el diario; en el ejemplo que sigue, la datación en Necochea es prueba de que el enunciador individual y primario es el mismo periodista cuyo nombre aparece como una muy rara excepción:

- (xiii) *Necochea. Febrero 9. – **El enviado especial de «La Razón»**, señor Federico A. Gutiérrez, efectuó ayer un viaje aéreo en compañía del piloto aviador, señor Guillermo Hillcoat, habiendo sido especialmente invitado para ello por el señor J. Pedro Hansen, en nombre del Aero Club Necochea.*⁶⁸

⁶² Breve, 8/2/22, 4ª ed., p. 2.

⁶³ “No son raros en nuestra ciudad los chauffeurs honrados” (suelto), 19/8/24, 4ª ed., portada.

⁶⁴ “Fue inaugurado el cable submarino entre la Argentina e Italia” (crónica), 12/10/25, 4ª ed., portada.

⁶⁵ El conocido periodista Emilio Saporiti –quien junto con su hermano llegó a ser dueño de una agencia de noticias que llevó su apellido–, fue durante varios años secretario general de Redacción del diario.

⁶⁶ “Emilio J. Saporiti falleció repentinamente [en] la madrugada de hoy” (necrológica), 13/1/26, 4ª ed., portada.

⁶⁷ “Anuario 1926 «La Razón»”, 8/2/26, 4ª ed., p. 2.

⁶⁸ “Viaje aéreo del enviado especial de «La Razón»”, 9/2/22, 4ª ed., p. 2.

No hemos encontrado casos –algo más comunes en la actualidad– en los que el individuo que enuncia se refiera a sí mismo con recursos de tercera persona como “este cronista”, “quien esto escribe”, etc., que aparecen más claramente para atemperar los efectos de la primera persona del singular cuando lo que se tematiza no está centrado en él o bien, cuando es partícipe o testigo de un suceso⁶⁹.

Como dijimos, pues, las únicas notas firmadas corresponden en todos los casos a individuos que, aun cuando mantuvieran una relación más o menos estable con el diario, son presentados como externos y buscados por él, en tanto voces exteriores y capaces de ofrecer lecturas de la realidad enriquecedoras –siempre que se encuadraran en los límites de lo que el diario consideraba sensato en el marco de la representación de *patria*–. Las diversas columnas aparecen, así, como espacios enunciativos otorgados por el diario según su propio interés y controlados por él. Se trata pues, de colaboradores argentinos o extranjeros –a veces, ajenos al campo periodístico mismo, y presentados en muchas oportunidades como expertos o especialistas– que escriben columnas fijas o eventuales, relativas a temáticas muy diversas.

Por último, cabe señalar que la única información sobre los integrantes del diario, e incluso fotografías –en general, tomadas a grupos–, pueden hallarse sólo en la sección correspondiente de los anuarios, habitualmente llamada “Periodismo”. En las páginas del diario no hay referencia fija alguna a los integrantes de la redacción ni a las jefaturas; incluso al director es nombrado en muy escasas oportunidades más allá del volumen dedicado a él en ocasión de su repentina muerte.

Los mismos ejemplos vistos más arriba evidencian, además, que el diario articulaba, como anticipamos, un discurso *estratégico*. En el marco de su trabajo sobre las “artes de hacer” en relación con la “invención de lo cotidiano”, Michel de Certeau redefine la clásica distinción entre *estrategia* y *táctica* cuando se pregunta por un método para abordar su objeto de estudio. Define *estrategia* como “el cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un *ambiente*”. Por consiguiente, “la estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como *propio* y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta”. Y señala que la “racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico”. La noción se completa cuando se la pone en relación con su definición de *táctica*: “un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible”. Y agrega que la “táctica no tiene más lugar que el del otro y que no dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias”.

Ese discurso estratégico se sustenta en una deontología y, más ampliamente, una ética, que el diario enuncia de modo insistente, según veremos a continuación.

2.2. Una ética para la misión patriótica

La representación de *periodismo* que orientaba las prácticas discursivas del diario «La Razón» incluía, según vimos en el capítulo anterior, como uno de los rasgos más notorios, el de constituir un *servicio público* a la patria, que implicaba cumplir los mandatos que presentaba como derivados de la historia. Para cumplir el primero de ellos, propagandizar las posiciones o la

⁶⁹ Obviamente, en la actualidad hay excepciones a estas reglas que responden a diferentes razones que no corresponde analizar aquí.

perspectiva desde donde observar la realidad presente y proyectar el futuro –“inalterable amor a la patria”, “inmenso deseo de progreso”, “desenvolvimiento progresivo de la república”, “perfección que ansía el pueblo como una de las mejores conquistas de la democracia”, según las formulaciones habituales–, era necesario el segundo de esos mandatos, el de carácter ético: “rectitud”, “altura de miras” y “nobles propósitos”, y el tercero, relativo a las funciones que debía cumplir el periodismo: estar “alerta siempre al sentimiento nacional”, interpretar “todas las causas” nacionales, auscultar “la opinión pública para marcar el rumbo”. Una actitud *patriótica* era, por lo tanto, el cumplimiento de estos mandatos. El diario delineó, pues, una deontología que rigiera su propia actividad y con la que pudiera evaluar tanto a periodistas individuales como a periódicos.

Las palabras usadas en los textos que dan cuenta de los rasgos éticos remiten a ciertos valores generales, típicos de cualquier discurso moral, jurídico o político: “rectitud”, “imparcialidad” o “ecuanimidad”, “independencia”, “honestidad”, “serenidad” o “prudencia”, “altura de miras”, “nobles propósitos”, “bien común”, “interés público”. Resulta difícil establecer entre estos términos –si es que la había– una jerarquía axiológica a partir de los usos en los textos; más bien, parecen constituir una red de valores interdependientes. Pero lo que resulta claro es que todos están sujetos a una representación de *patria* que –como ocurre generalmente en el discurso político– se instaura como un valor en sí, que rige la ponderación de los demás valores. El *patriotismo* era entonces el valor superior, el que ocupaba el centro de la red axiológica; y el término, en los textos, muchas veces parece englobar –casi como un hiperónimo– a todos los demás, y les da sentido particular a cada uno de ellos. *Patriótico* era el adjetivo que lo refería.

Desde esta perspectiva, evidentemente el *interés público* y el *bien común* a proteger por la acción periodística son los que corresponden, en la representación, a la *patria*, y están por encima de cualquier interés subalterno, ya sea económico, político, o “psicológico” como el deseo de fama o trascendencia pública, individual, sectorial, de clase social o de grupo, incluso –en particular–, por encima de los intereses propios del diario, lo que supone siempre algún grado de “*sacrificio*”. En el campo periodístico, en el nivel de los individuos que lo integran, el “*sacrificio*” podía estar –y es un ejemplo– en el “*anonimato*” de la tarea, lo que podía significar eventualmente no tener “prestigio público” personal sino participar del prestigio del grupo, en este caso, el diario; pero eso no impedía acercar figuras prestigiosas que, aunque enriquecieran al propio del diario, eran presentadas como parte del *servicio público* prestado por éste, considerado un rasgo esencial del periodismo. Así, desde este ángulo se observa uno de los motivos de la construcción de esa voz institucional a la que nos referimos en el párrafo anterior, la voz de esa especie de Leviatán periodístico en el que las voces individuales se esfuman. En el plano material, el *sacrificio* podía radicar en la renuncia a obtener ventajas económicas personales, lo que en general era presentado como propio de la actividad periodística, casi como un “sacerdocio” –tal como solía también reclamar a los docentes–. Para el caso del diario en su conjunto, la *inversión* en mejorar el servicio era un *sacrificio* empresarial en pos del bien común. Esto remite a una vieja discusión moral y, si se quiere, hasta jurídica sobre si el interés del conjunto –llámese *nación*, *patria*, *estado*, *comunidad*, *institución*, etc.– debe estar o no por encima del interés, e incluso de los derechos, de los individuos. El carácter *patriótico* de la ética que plantea «La Razón» no podía sino colocar el interés del conjunto por sobre los individuos, sea ese conjunto la patria o el diario mismo. De esta manera, le pone discursivamente un límite ético al *individualismo*, en tanto marcado rasgo de la ideología liberal.

Este rasgo de la representación de la actividad del periódico como un *servicio público* estuvo fuertemente marcado y era atribuido a la dirección de Cortejarena, según se desprende de un párrafo de la necrológica que le dedica el «Anuario» de 1922:

- (i) *El doctor Cortejarena luchó inflexible e impuso su voluntad en manera de modelar sus redactores, a su ejemplo único, sin dejar que la libertad, ajustada a las normas y conducta de la dirección, fuera menos amplia, ni menos justa, en el servicio público, independiente de todo círculo y subalternos intereses.*⁷⁰

No sólo el carácter de servicio público o el *bien común* sino todos los términos que expresan la ética delineada son altamente recurrentes en las notas. Daremos aquí algunos ejemplos tomados de los segmentos comentativos de notas referidas a algún aspecto del campo periodístico. En relación con el arresto del director del diario «La Acción» de Entre Ríos, Max Consoli, ordenado por la Cámara de Diputados de esa provincia “por supuestos pero no juzgados agravios a la majestad del cuerpo”, «La Razón» plantea:

- (ii) *Más de una vez este diario ha condenado los excesos del periodismo lugareño, que [...] se presenta a la arena enardecido por el despecho o apasionado por causas extrañas al interés público, única bandera, inspiración y fin que deben mover la actividad periodística, destinada a juzgar la acción de los demás.*⁷¹

En un acto en honor de uno de los colaboradores españoles del diario, José Francos Rodríguez – periodista y médico español que llegaría al rango de ministro en su país–, el mismo Cortejarena decía:

- (iii) *Nos corresponde [...] saludar en vos al compañero ilustre que preside la mesa de un núcleo de periodistas modestos, animados de una sana intención, puesta al servicio del interés público, de la grandeza argentina y de cualquier causa de la cultura y bienestar argentinos.*⁷²

Al cumplirse un año de la muerte de Emilio Becher, de «La Nación», el diario comenta:

- (iv) *Su nombre no trascendió al público, ni figura entre los de aquellos escritores familiares al lector, porque eso tiene de ingrato la tarea: muere en el anónimo [sic]. [...] Pudo intentar con éxito la difícil ascensión del camino de la gloria [como escritor⁷³] pero prefirió promiscuar en el anónimo, como si toda otra tarea fuera para él una traición o una infidelidad al periodismo [...].*⁷⁴

En relación con el crimen del director de un diario de la comunidad árabe en nuestro país, «Al Havvis», perpetrado por un “airado reclamante de ciertas publicaciones ofensivas”, «La Razón» presenta el hecho como una “deshonrosa excepción al ambiente sereno en que se desarrollan las relaciones de prensa” y se asombra de que ocurra en una ciudad como Buenos Aires, pues consideraba ese tipo de situaciones como propias de la prensa rural en la que “plumíferos

⁷⁰ «Anuario de La Razón», 1922, sección “La Razón”, pp. 5 y 6.

⁷¹ “Periodista en libertad”, 1/6/17, 3ª ed., portada.

⁷² “En honor del señor José Francos Rodríguez”, 26/1/21, 4ª ed., p. 5.

⁷³ Emilio Becher fue, al decir de Altamirano & Sarlo (1983: 174), un “mito generacional”, una “promesa de los jóvenes del 900” que compartió una semibohemia de jóvenes que se iniciaban en la literatura pero desdeñó su propia producción y desde temprano se desempeñó en revistas y diarios, en la etapa de conformación del campo intelectual, etapa en la que se estaba produciendo una fuerte vinculación entre ese campo y el periodístico. El diario «La Nación» era la meca de un alto número de intelectuales y escritores. El abandono de la producción literaria justifica la frase de «La Razón». Volveremos sobre Becher en el parágrafo relativo a espiritismo (Ver Parte II, Capítulo 4, §4.1).

⁷⁴ “Emilio Becher”, 26/2/21, 4ª ed., p. 9.

decepcionados por la sed nunca saciada de dominación moral y de prestigio” podían, frente a la “ausencia de temas”, inclinarse a la “maledicencia”⁷⁵.

Y se pueden enumerar otros ejemplos. En su necrológica por el fallecimiento de Pedro S. Lamas, colaborador habitual, el diario lo califica como “celoso guardián de los intereses del país, tan celoso como desinteresado”⁷⁶. En la sección “La Razón” de su «Anuario» de 1922, en relación con la muerte de Cortejarena, sus sucesores prometen continuar defendiendo “los bien entendidos intereses del país” cuya “grandeza material, su engrandecimiento intelectual por el desarrollo constante de la instrucción popular”, el “perfeccionamiento de sus instituciones políticas” y “la vida social en sus aspectos más interesantes” tendrían “siempre” en las columnas del diario “voceros ardientes” que sabrían poner “por sobre todo interés y por sobre toda preocupación, el anhelo sincero e inquebrantable del engrandecimiento colectivo”. Y agregan: “No han de torcer nuestra conducta las pasiones de círculos ni las ventajas materiales, ni los halagos del provecho individual”⁷⁷. Y en otra necrológica, en este caso por el fallecimiento de Elíseo Lestrade, de «La Prensa», sostiene que este periodista “supo conquistarse simpatías y reputación de ecuánime y sereno, en la prédica con que encaró el comentario de los acontecimientos que le tocó desentrañar”⁷⁸.

Por otra parte, la universalidad atribuida a los valores, y al *patriotismo* como el de mayor jerarquía, se expresa en una nota referida a un caso especial en el que el mismo diario estaba afectado. En efecto, en diciembre de 1917, «La Razón», «La Vanguardia» y «La Unión» fueron incorporados a una “lista negra” confeccionada por un Comité de Defensa Comercial, una entidad norteamericana avalada por su gobierno, dedicada –supuestamente– a impedir, en el contexto de la guerra, que los recursos económicos estadounidenses y, en general, de los aliados, pudieran servir de cualquier forma a los fines de los alemanes y germanófilos. La incorporación de una empresa en esa “lista” implicaba el boicot de los capitales aliados. Esto significaba, en el caso del diario, la pérdida de publicidad de empresas de capitales norteamericanos o aliados que operaban localmente. El hecho que habría dado motivo a ese boicot, según señala «La Razón» a través de una cita de la que no informa la fuente, fue “fomentar la huelga ferroviaria y atacar el capital americano”. También informa que, apenas conocida la noticia, el embajador estadounidense intervino inmediatamente ante su gobierno para que el Comité revocara la medida, al menos para el caso de «La Razón», lo que efectivamente sucedió más o menos enseguida. Pero el diario, cuando aún esperaba la respuesta, de todos modos, se defendía:

- (v) *No es posible que el Comité de Defensa Comercial, por el influjo de las empresas que nuestra propaganda económica hiere o molesta, disponga la interdicción de un diario que **hace honor a las tradiciones de honradez, equidad y patriotismo de la prensa argentina**. [...] Ni bancos, ni ferrocarriles, ni cerealistas, ni acaparadores de bolsas, podrán objetar la **rectitud** de intenciones y el **desprendimiento de nuestra propaganda**. «La Razón» no se ha apartado jamás de la senda que le prescriben su **honradez, su justicia y su deber**. [...] La tranquilidad que emerge de una conducta honorable y firme nos aconseja esperar unas horas más para exponer, con el método y la altura que este asunto merece, los antecedentes de este episodio, que reflejarán amplio honor sobre la propaganda de este diario y sobre los hombres que lo escriben y lo inspiran, **sin otras pasiones que la del bien público y la grandeza nacional** [...] y sin que en ninguna hora y por ningún concepto, hayan pospuesto, **a nombre de un***

⁷⁵ “Fatalidades de la letra de molde”, 1/3/21, 4ª ed., p. 4.

⁷⁶ “Pedro S. Lamas, su fallecimiento”, 3/1/22, 4ª ed., p. 4.

⁷⁷ «Anuario de La Razón», 1922, p. 5.

⁷⁸ “Sepelio de los restos del periodista Elíseo Lestrade”, 17/4/20, 4ª ed., p. 5.

interés material o personal, los deberes de su honradez periodística, sentida y sincera, patriótica y firme. [...] En lo que atañe a política interior o económica, no hemos tenido otra guía que la que nos señalan el verdadero sentimiento de la democracia y la grandeza o bienestar colectivos. Diremos de paso [...] que «La Razón» no necesita patentizar su acción puramente argentina en todos los juicios que hace y en las informaciones que consigna [...].⁷⁹

La representación de *patria* en tanto *valor* especificaba, entonces, en buena medida, el sentido general que tenían los principios enunciados. Y desde esa perspectiva, no era una deontología sólo para el campo periodístico, sino que alcanzaba a todos los campos, de manera tal que lo político, lo económico, lo social y lo cultural serían evaluados también desde ese *deber ser* que era derivado de la historia. Puede decirse entonces que, a la unidad cultural y lingüística presente en la representación de *patria*, se agregaba la unidad moral en torno a los valores vistos como rasgo esencial.

La explicitación de esta deontología persistió a lo largo de la década de 1920. Así, en marzo de 1930, al conmemorar un nuevo aniversario del diario, evalúa:

- (vi) *Coincide la dirección del doctor Ángel L. Sojo [que sucedió a Cortejarena] con la expansión del diario en todas sus manifestaciones materiales y culturales, con el ensanche de su radio de acción, la mayor gravitación de su juicio en la opinión, el perfeccionamiento de sus sistemas, el mejoramiento de su organización. Mantenido en un todo la línea directiva tradicional –honestidad en el juicio, exactitud en la información, independencia en política, elevación de miras, patriotismo ante todo, la fausta fecha encuentra a nuestro diario con toda la serenidad de su mayor edad [...].⁸⁰*

«La Razón» justificó en esta deontología *patriótica*, enunciada de modo reiterativo y vehemente, su desempeño en el cumplimiento de las funciones sociales del periodismo, el tercer mandato de la historia-tradición. Es preciso recordar que nuestro análisis se restringe al plano de la lógica de las representaciones que rigen las prácticas *discursivas*, es decir, no es objetivo de nuestro trabajo corroborar con otro tipo de fuentes si las mismas representaciones regían las prácticas no discursivas o, más en general, las prácticas del diario en tanto empresa comercial. No pretendemos, en suma, corroborar la expansión del influjo de esta ética enunciada a prácticas que no sean las periodísticas discursivas. Obviamente, habrá prácticas del diario, de otra índole, tematizadas por las periodísticas discursivas –por ejemplo, la apertura de un consultorio médico– pero en ese caso, tales prácticas no discursivas nos interesarán en los límites de esa tematización.

2.3. Funciones sociales del campo periodístico

El tercer “mandato” derivado de la lectura que «La Razón» hacía de la historia de la prensa, enraizada en la de la patria, era cumplir una serie de funciones, como continuación de lo que el campo periodístico había hecho “desde los albores de la Independencia”. En el texto del «Anuario» de 1918 ya referido⁸¹ se lee:

- (i) [La prensa ha buscado] *la verdad ansiosamente y marchado a la vanguardia, sin fatigas, alerta siempre al sentimiento nacional, interpretando todas sus causas,*

⁷⁹ Sección “Actualidad”, nota “La Razón en la lista negra de los norteamericanos”, 8/12/17, 4ª ed., portada.

⁸⁰ “Tres etapas en la vida de «La Razón»” (recuadro), 1/3/30, 5ª ed., p. ilegible.

⁸¹ Ver nota al pie 32.

auscultando la opinión para, de acuerdo con ella, marcar el rumbo que muchas veces habían equivocado los pilotos de la nave.

En el mismo «Anuario», pero en otra sección, las enuncia de manera un poco menos solemne:

- (ii) *Muchos y complejos problemas de importancia han [...] exigido al periodismo el estricto y arduo cumplimiento de las elevadas funciones de orientación y contralor que las colectividades bien organizadas le asignan.*⁸²

En otro suelto, años más tarde, ampliaba el poder de la prensa en el mismo sentido de las funciones de control y orientación:

- (iii) *Según las palabras de un sagaz y activo político francés, la misión de los periodistas es poco menos que idéntica a la de los gobernantes.*⁸³

No identifica al “sagaz y activo político”, ni evoca ninguna razón para no hacerlo, y el tema del discurso del político tampoco explica por sí mismo la necesidad del anonimato, de modo que es posible pensar que es el diario el que en verdad enuncia el comentario y lo atribuye a una voz ajena, a la que califica prestigiosamente para brindarle autoridad. Y luego, aclara –pero no es posible establecer si la aclaración corresponde a la voz del diario o a la del supuesto político francés–:

- (iv) [Los periodistas] *gobiernan en el sentido de que influyen en la opinión, la forman, la conducen, la sugestionan, la disuaden. Esto es lo que psicológicamente se llama gobernar. Lo otro, lo que hacen los gobiernos, es administrar.*

Y precisa inmediatamente:

- (v) *Pero mejor que los periodistas sería bueno decir que gobierna el periodismo. Tomada la prensa en su conjunto, un poco, si se nos permite, como categoría metafísica, un periodista no se diferencia substancialmente de un linotipo. No gobiernan pues, los periodistas. Gobierna el periodismo, la prensa, la categoría metafísica.*

Expresa así, por un lado, el correlato de uno de los criterios éticos al que nos referimos en el párrafo anterior, el que colocaba al colectivo por encima del individuo: la tarea corresponde al conjunto del campo periodístico. El periodista individual queda reducido a la categoría de una “máquina” que actúa en función de un operador –la dirección de cada diario–. Por otra parte, al establecer al periodismo, metafóricamente, como una categoría “metafísica”, a la vez que reconoce que el conjunto de los actores sociales del campo de la prensa –con sus disensos y diferencias– sería el que establece la “agenda” –entendida como conjunción de temas y puntos de vista–, diluye en ese mismo conjunto la responsabilidad por el gobierno.

Ese suelto se cierra entonces, previsiblemente, con una nueva evocación a la tradicional consideración del periodismo como un “cuarto poder” del estado⁸⁴:

⁸² «Anuario de La Razón», 1918, sección “La Razón”, p. 235.

⁸³ “Gobernantes y periodistas” (suelto, sección “Actualidades”), 14/1/25, 4ª ed., p. 4.

⁸⁴ La calificación del periodismo como “cuarto poder” se suele atribuir a Edmund Burke (1729-1797), reivindicado como el padre del conservadurismo británico. Fuente: Encyclopædia Britannica (on line: <http://www.britannica.com/biography/Edmund-Burke-British-philosopher-and-statesman>, consultada el 3/3/2013).

- (vi) *Quizá sea cierto que el periodismo es el cuarto poder del Estado; [...] el cuarto dentro de la teoría clásica, la de Montesquieu. Porque hoy se dice que existen el poder electoral y el poder municipal. Para evitarse variaciones ordinales, siempre enojosas, sería bueno que conviniéramos en decir que el periodismo es **el último poder del Estado. No administra, no legisla, no juzga, no limpia las ciudades, no ejerce el sufragio universal. Gobierna.***

Como se puede observar, el adjetivo “último” –que podría significar que está al final de una escala de valores–, está usado más con el significado de “instancia final”: el periodismo es –y así lo corroboran las dos oraciones que le siguen– aquel poder que da sentido a las atribuciones de los otros poderes.

Ese último poder radica en las funciones de *contralor* y *orientación*. Estos conceptos, que han sido planteados tempranamente desde los primeros estudios sobre las comunicaciones de masas, y que continúan siendo centrales en las diferentes elaboraciones teóricas⁸⁵, más allá de la configuración particular de cada una de las teorías, presentan algunos matices que conviene reconocer. Price (1994: 107-110) distingue entre la función de *vigilancia*, y la de *correlación* o *encuesta*. La primera se correspondería con la que el diario denomina de “contralor”: se trata de alertar al público sobre las acciones de las élites, sus presumibles intenciones y desacuerdos; la segunda, con la que el diario denomina de “orientación”: se trata de orientar la opinión del público de modo tal de ayudar a coordinar sus respuestas al entorno político. Pero Price también indica que estas funciones se cumplen en dos direcciones: por un lado, la función de orientación del público opera como función de vigilancia de frente a las élites, pues las pone en alerta acerca de las reacciones posibles del público, y en tal sentido, a su vez, las orienta en cuanto a las respuestas a brindar. De allí que los actores políticos presten atención a las reacciones que sus actos tienen en la prensa. Aunque no explícitamente, esos matices parecen estar comprendidos en la noción de “gobierno” que el diario presenta definida por lo que no es. Y parece también ser la noción que sustenta la afirmación relativa a la dirección de la “nave” a la que se refería en el texto del Anuario de 1918 recién citado.

Para Cortejarena, ese poder si bien es, en un sentido, ilimitado, en otro, está fuertemente restringido. En efecto, en un discurso dado durante un homenaje⁸⁶ que se le realizó en 1913 y que el diario reproduce en ocasión de su muerte, esboza esa tensión que está en la base del “cuarto poder”, como en cualquier poder democrático:

- (vii) *Dentro de la verdad republicana, un poder supone una restricción. El Judicial tiene una ley que cumplir; el Legislativo, su valla es el código fundamental; el poder administrador está flanqueado por los otros dos. ¿Pero quién rige, quién detiene, quién flanquea **la penetrante y elástica jurisdicción de la prensa?** [...] **El pueblo elige sus diarios como elige sus representantes.** De ahí que aquéllos puedan y deban indagar el acierto de sus funcionarios, vetar leyes y casar sentencias. **Es que a nombre de su mandante ejerce todas las jurisdicciones, sin reconocer límites a su competencia.** Pero esa fuerza discrecional y esta delegación no se adquieren sino a expensas de la propia voluntad, para ser sólo el intérprete de las aspiraciones públicas, presentando con acierto sus predilecciones. [...] Por eso es que hoy este*

⁸⁵ Además de Vincent Price (1992), a quien citaremos enseguida, las conceptualizaciones propias del campo de los estudios de la comunicación, que son ya corrientemente aceptadas en ese campo, las hemos tomado de Mauro Wolf (2004), considerando el conjunto de perspectivas teóricas que este autor describe.

⁸⁶ Discurso de Cortejarena dado en 3/9/1913 en ocasión de un banquete en su homenaje, publicado en 25/7/21, 4ª ed., portada, como parte de la necrológica.

precioso instrumento de combate para nadie resulta más pobre en compensaciones positivas que para aquel periodista que lo maneja con entera honradez; de procurar lo contrario, la misma opinión pública que lo arma caballero de su causa, lo desmonta de su arnés y le descíñe el acero.

Según este planteo, la prensa ejerce el poder sin límites “jurisdiccionales” ni de “competencia”, esto es, siguiendo la metáfora, puede entender cuestiones de cualquier ámbito temático y puede realizar cualquier tipo de actuación, pero cada actor del campo de la prensa ocupa un lugar análogo al de un *representante*: es elegido por *el pueblo* y actúa por delegación. Hay, entonces, un límite que radica en la condición ética básica para hacer uso de esa delegación: la honradez, que se puede desplegar en diferentes sentidos, sea en lo intelectual, en lo económico, etc.

Pero si el *poder* es delegado, el “pensamiento directriz” y la “orientación” son, en cambio, atribuciones propias de los dirigentes que la prensa, según el diario, asume. Así lo expresa un suelto dedicado a la elección, por parte de la convención del Partido Demócrata estadounidense, de James Cox y Franklin Roosevelt como candidatos, a los que presentaba como “periodistas”:

- (viii) *Es que la prensa, bien entendida, continúa siendo, a pesar de sus evoluciones hacia el noticierismo [sic] informativo, conductora de pueblos y de aspiraciones. Detrás del tumulto de la vida diaria, después de la brega y del trajín nervioso, incesante de la información, especie de horno que todo lo reduce a fórmulas concretas y líquidas, flotando por sobre las cosas materiales de la vida de las grandes agrupaciones humanas, están el pensamiento directriz y la orientación científica, social, económica, política, cuyo trascendentalismo llega a la masa en cada instante, en cada minuto, transmitido en la repetición de la idea y del concepto, como un acicate permanente que golpea el cerebro de las multitudes hasta el momento de la perfecta identificación entre el que habla y el que escucha.*⁸⁷

La última parte de la extensa frase, especialmente, ejemplifica bien la creencia que luego se desarrollaría en los estudios de comunicación como *teoría hipodérmica* o *bullet theory* (Wolf, 2004: 22-35), y en tal sentido, permite intuir algunos de los rasgos de la representación de la “sociedad de masas”: un conjunto de individuos a los que se consideraba aislados a raíz del debilitamiento de los vínculos más tradicionales –la familia, la comunidad–; un sociedad en la que la prensa, pues, cumple entre los individuos la función del “tejido conectivo” que en etapas anteriores cumplían otros tipos de instituciones. Esa función sería la de suministrar “todo aquel conocimiento e imagen de la realidad social que rebasa los límites reducidos de la experiencia personal directa e *inmediata*”, tal como actualmente lo afirma el modelo explicativo conocido como *agenda-setting* o “efectos de agenda”, y que también estuvo presente en la *teoría hipodérmica* (Cf. Wolf, 2004: 27). Y, aunque para la fecha del suelto todavía se estaba lejos de los análisis que asignaban una relación directa entre los mensajes de los medios y la reacción de las masas que se plantearían en los años 30, la referencia a la “perfecta identificación entre el que habla y el que escucha” parece anticiparlos.

Si se ponen en relación los dos rasgos recién vistos, esto es, por un lado, la prensa como representante del pueblo y, por el otro, la prensa como dirigente de las masas, se evidencia que la función global que el diario atribuye al campo periodístico es la que presenta al inicio del segundo fragmento –la prensa es “conductora de pueblos y de aspiraciones”– y se encuadra así dentro de la problemática general de la representación política en el sistema de gobierno.

⁸⁷ “El periodismo en la fórmula demócrata norteamericana”, 7/7/20, 4ª ed., p. 3.

También, pues, desde la perspectiva de la función social de la prensa, «La Razón» se sitúa como un actor político y social. Aunque requeriría de un análisis más complejo que nos alejaría de nuestros objetivos, conviene señalar que en este discurso el diario omite referir las diferencias que la analogía a la que apela no llega a cubrir en cuanto a los modos de la representación política: la compra de ejemplares por parte del público –dato que, según sugiere en la parte final del fragmento (vii), sería el indicador de los aciertos o desaciertos de la prensa– no es equiparable al voto. Esta omisión, claro está, apunta a reforzar su propio punto de vista que coloca a la prensa en un podio por encima, si se quiere, de todo el sistema.

Los dos últimos fragmentos citados se refieren, además, a la otra función del campo periodístico, la de informar, aunque aparentemente difieren en la valoración que hacen de ella. Por un lado, como se vio, ninguna *jurisdicción* era ajena a la prensa. En ese sentido, se puede considerar que el desarrollo de la patria y las condiciones ya alcanzadas en ese presente –una sociedad de masas en buena medida alfabetizada, la urbanización, la ampliación de la base democrática– exigían el registro de “todos los acontecimientos que podían tener alguna significación para todas las distintas formas de la actividad nacional”⁸⁸; de allí que la función informativa adquiriera una importancia que no había tenido en el siglo XIX.

Por otro lado, en el segundo texto, se refiere esta función con cierta actitud despectiva marcada en el léxico: “noticierismo informativo”, o “trajín nervioso de la información, especie de horno que todo lo reduce a fórmulas concretas y líquidas”. Este fragmento evidencia, con bastante claridad, la reacción frente al “nuevo periodismo”⁸⁹ norteamericano cuyo rasgo sobresaliente era, según Saítta, el de “la primacía de la noticia sobre la opinión, la independencia y una pretendida objetividad en el criterio editorial” (2000a: 437-438). En este mismo sentido, en un segmento de la nota necrológica de «La Razón» por el fallecimiento de Cortejarena, se lee:

- (ix) *El periodismo que refleja pasivamente los acontecimientos grandes y pequeños de la colectividad no le inspiraban [a Cortejarena] más que un entusiasmo mediocre. Él quería, siguiendo el compás de los hechos confusos y mezclados del ambiente, encontrar en cada caso la lección espiritual, el rayo luminoso que indicase un nuevo camino abierto al perfeccionamiento del país.*⁹⁰

La función informativa –entendida como la reproducción de hechos o acontecimientos– entonces, aunque necesaria e importante, no era suficiente por sí sola para el periodismo que pretendía «La Razón». Es que, si bien la *jurisdicción* de la prensa no reconoce límite alguno en cuanto a las temáticas posibles, la prensa no debe ser pasiva: no se trata de “reflejar” cualquier acontecimiento pues ninguno tiene valor por sí mismo, independiente de la mirada que lo evalúa y lo contextualiza, ni es la realidad la que aporta la jerarquización de tales temas ni la transparencia en cuanto a su valor. Según se desprende del último fragmento, “reflejar pasivamente” los acontecimientos sería pues presentarlos sin análisis alguno, sin evaluación, como mero hecho del cual no se extrae ninguna conclusión que, a modo de moraleja de fábula, permita “aprender” de la realidad lo necesario para seguir adelante con el perfeccionamiento de la patria. De este modo, el diario refiere la selección de información como uno de las vías a través de las cuales se cumplen las funciones de vigilancia y de orientación de la opinión pública. Dicho de otra manera: la función social informativa no es independiente de las funciones de vigilancia y de orientación que, en rigor, serían las de mayor jerarquía. Se trata, pues, del

⁸⁸ «La Fronda», necrológica de Cortejarena, en «La Razón», 26/7/21, 4ª ed., portada y p. 2.

⁸⁹ La denominación no refiere el movimiento que luego también se denominó *Nuevo Periodismo* cuya creación se atribuye a Tom Wolfe (1977).

⁹⁰ 25/7/21, 4ª ed., portada.

procedimiento de *tematización* al que nos referimos en el marco teórico: seleccionar y describir o narrar un hecho o acontecimiento –discursivo o no discursivo– y contextualizarlo, interpretarlo, evaluarlo, problematizarlo o categorizarlo, asignándole a la vez algún grado de importancia relativa. Obviamente, por contraste, aquellos acontecimientos o hechos no tematizados, aunque informados en el diario, quedarían fuera del foco de importancia; y si se compara con otros diarios, es posible también observar –al menos en parte– aquello que el diario ni siquiera incluye como mera información.

Cabe señalar que esta representación de la actividad del periodismo se opone a lo que fue la representación que más tarde, a lo largo del siglo XX, la prensa –y más en general, los medios– mostró de sí: un “espejo” pasivo de la realidad. Tal como señala Altheide (1976, apud Wolf, 2004: 217):

*Las noticias son lo que los periodistas definen como tales. Esta aserción rara vez es explicitada, porque parte del modus operandi de los periodistas es que los acontecimientos suceden “fuera” y ellos se limitan simplemente a referirlos. Sostener en cambio que hacen o seleccionan arbitrariamente las noticias sería contrario a su posición epistemológica, una implícita teoría del conocimiento construida sobre procedimientos prácticos para resolver exigencias organizativas.*⁹¹

Esta explicitación –como doctrina– de la representación de las funciones del campo periodístico por parte de «La Razón» resulta poco frecuente en buena parte de la prensa durante la etapa foco de este trabajo. En tal sentido, se produce otro efecto interesante: al explicitar de manera insistente, haciendo ejercicio de metaperiodismo, los rasgos de lo que considera buen periodismo, este diario enseña a sus lectores cuáles serían los parámetros para evaluar el desempeño de la prensa en general y el propio, en particular.

En suma, el diario se plantea explícitamente cumplir como mandato patriótico las tres funciones sociales que habitualmente se atribuyen al campo periodístico, con bastante precisión en cuanto al sentido de cada una de ellas y a la jerarquización: vigilar y orientar lo que considera la opinión pública, e informar.

Estos rasgos de la representación, más allá de ser enunciados y ser observables, por tanto, como contenidos temáticos de las notas con que los ejemplificamos, son observables también en el *modus operandi* cotidiano, en el conjunto de las prácticas discursivas –en las distintas unidades de análisis y, por contraste, a través de las prácticas no realizadas– y en los diversos niveles de esas mismas prácticas: en la selección de información –y en lo que se desecha–, en la tematización, en los destinatarios específicos de cada una de esas prácticas, en las voces convocadas y el espacio concedido a esas voces, en la importancia gráfica acordada, en la categorización en secciones, en las campañas y en las coberturas –en su duración, distribución gráfica, constelación de géneros– y, en cada nota, en la extensión y configuración de secuencias directivas, narrativas, etc., entre otros.

A continuación, nos situaremos sucesivamente en dos aspectos vinculados con las funciones descriptas. En primer lugar, en una descripción general de la distribución funcional de las prácticas discursivas. Luego, una vez reconocidas las distintas unidades y, en particular, la funcionalidad de los géneros, nos detendremos en una descripción de las principales temáticas

⁹¹ Esta concepción aparece incluso en el discurso más o menos actual de los diarios. Así, por ejemplo, lo vimos en un análisis nuestro del tratamiento periodístico de prensa de los avatares de la lucha contra la impunidad de los crímenes del terrorismo de Estado (Peralta, 2008).

abordadas, de modo de desplegar un panorama que, luego, permita abordar específicamente las cuestiones de ciencia, tecnología y medicina.

2.4. Distribución funcional en las prácticas discursivas

Como señalamos en el marco teórico, nuestra definición de *práctica discursiva* nos permite trabajar con diferentes unidades y considerar la articulación entre ellas. Describiremos primeros las unidades mayores que consideramos en «La Razón» durante la etapa estudiada.

2.4.1. Las unidades mayores

2.4.1.1. La sección

Una unidad habitual en los diarios es la *sección*. Se trata segmentaciones de la edición del diario que o bien focalizan aspectos de lo real –es decir, siguen un criterio de contenido, por ejemplo, “Automovilismo”–, o bien se organizan según una función –por ejemplo, desde fines de 1922, la sección “Actualidades” se caracterizaba por comentar hechos o datos menores de diversa índole, y veremos otras en que la función es directiva práctica, como una referida a puericultura–. Esa segmentación se visualiza en la gráfica del diario con una denominación más o menos estable en el tiempo –se encontraron variaciones menores, incluso de semana a semana– y adquiere diversos formatos según el espacio que se le destine –por ejemplo, una página o un recuadro–. Distinguiremos entre secciones *fijas*, esto es, aquellas que se editan durante largos períodos con una frecuencia determinada –diaria o semanal, por ejemplo, “La guerra en Europa”–; y *eventuales*, es decir, aquellas que sólo aparecen cuando hay información que corresponda a la categoría temática aludida –por ejemplo, “Noticias de Chile”–; se trata en este último caso, como se puede inferir, sólo de secciones organizadas según un criterio de contenido. La *sección* se constituye pues en un modo de *categorizar* aspectos de lo real, incluso cuando se organizan según la función –en la sección “Actualidades”, por ejemplo, como se dijo, sólo comentaba temas menores y por tanto no es posible encontrar ninguno de relevancia política o económica–⁹².

En general, y no sólo en «La Razón», la distribución de contenidos y/o funciones en mayor o menor número de secciones –hasta el eventual caso de una disgregación completa de la información– constituye un modo de categorizar lo real. La presencia de secciones evidencia especialización y, por ello, permite ofrecer líneas explicativas más o menos estables de los hechos o acontecimientos seleccionados, es decir, *tematizaciones*; brinda o promete cierto grado de continuidad en el tiempo. En cambio, cuanto mayor es el grado de disgregación de contenidos y funciones, mayor es el efecto de un “mundo” en el que hechos de cualquier clase parecen acaecer azarosamente y, por tanto, no son pasibles de ninguna explicación que no sea contingente. También se puede observar, generalmente, cierto grado de correlación entre la distribución en secciones y el aspecto de la gráfica, por ejemplo, una más clara separación entre secciones y entre notas, texto menos abigarrado, títulos en tipografías más visibles y que indican importancia relativa, en fin, una distribución en apariencia más racional del espacio del papel. En el caso de «La Razón», desde el comienzo de la etapa que estudiamos se observa ya la presencia de algunas secciones, pero el número fue creciendo a lo largo de la etapa. De todas formas, siempre perduraron algunas páginas misceláneas. También la gráfica fue mejorando la

⁹² Habitualmente, las empresas de prensa distribuyen a la tarea de su personal de redacción de acuerdo con estas secciones, según cierto grado de especialización, pero el grado de correlación entre esa segmentación del cuerpo de periodistas con las secciones discursivas no es un dato relevante para nuestros objetivos de análisis, sobre todo porque, como se dijo, el diario se presenta como un único enunciador.

presentación de la información. En una misma edición la sección puede contener un número variable de notas que se distribuyen temática y/o funcionalmente; también puede ofrecer sólo una nota que puede ser de diferente género si se considera la sección a lo largo del tiempo.

Aunque desde otro marco teórico y con otros fines, Fontcuberta (Fontcuberta et al., 2006: 39-43) realiza una caracterización de las prácticas periodísticas según criterios que le permiten clasificar dos extremos: el *periodismo mosaico* y el *periodismo sistema*. Lo que aquí denominamos *sección*⁹³ es la piedra angular de lo que podría caracterizarse como periodismo sistema, que es el tipo de periodismo al que apunta «La Razón» según los rasgos recién vistos de la representación de las funciones sociales: un periodismo capaz de seleccionar, conceptualizar, contextualizar, evaluar los acontecimientos, de modo de presentarlos al público bajo un cierto orden explicativo, que depende de los rasgos de la representación de patria.

2.4.1.2. El suplemento

El *suplemento* es una unidad que comparte varios rasgos de los atribuidos a la sección. Es también una segmentación de la edición del diario bajo una denominación que focaliza un aspecto de lo real pero suele ser materialmente separable del cuerpo principal de aquél; y como la sección, es un modo de categorizar lo real. Es posible también encontrar suplementos fijos, esto es, con una frecuencia determinada y sostenida a lo largo del tiempo, y eventuales, es decir, editados en relación con algún tipo de circunstancia que puntualmente lo justifica. En general, el suplemento presenta una mayor complejidad que la sección; es más, puede presentar su contenido organizado en subsecciones propias, fijas y/o eventuales. En otros casos, es posible encontrar que algunas secciones diarias del periódico adquieren la complejidad del suplemento con una frecuencia determinada. Así, por ejemplo, es posible encontrar una sección de deportes cotidianamente y un suplemento los días domingo. Al interior del suplemento o al interior de las secciones que incluye, puede haber un número variable de notas, habitualmente de diversos géneros. Diferenciamos el *suplemento* de la *revista*, que como aquél es separable del cuerpo del diario pero que, como revista, no se vende por separado, y que solía y suele tener frecuencia semanal. La revista es una publicación que aun cuando mantenga con el diario de que se trate, unos cuantos rasgos en común, responde íntegramente a reglas diferentes, es decir, es una práctica por fuera de lo que focalizamos y por esa razón no nos detenemos en ella. «La Nación» y «La Razón» publicaron revistas desde mediados y fines de los años 20, respectivamente, y la práctica continúa en periódicos actuales.

2.4.1.3. La cobertura

La denominación *cobertura* designa una unidad de otro tipo: habitualmente no hay marcas gráficas que la denominen de ese modo⁹⁴ y está determinada por el conjunto de notas, o incluso

⁹³ Lo que aquí denominamos *sección* se corresponde con lo que Fontcuberta llama *área*. Aunque ella misma reconoce que dentro del campo periodístico se usan “área” y “sección” como sinónimos (p. 80), utiliza las dos denominaciones con diferente significado, y considera al *área* como unidad propia de lo que considera “periodismo sistema”, y la *sección* como específica del “periodismo mosaico” (cf. p. 83). Para nosotros resulta más adecuado utilizar la denominación “sección” –porque es la corriente en el campo periodístico de nuestro país– para designar una unidad que Fontcuberta consideraría propia del “periodismo sistema”. Las páginas misceláneas de los diarios son las que para nosotros caracterizan al periodismo “mosaico”. Por otra parte, es necesario distinguir la “sección” tal como la hemos descrito de lo que a veces el diario también llamaba “sección” –por lo general, numerada: “2ª sección”– y que constituía una ampliación circunstancial de la edición, a veces por algún motivo puntual.

⁹⁴ En las últimas dos o tres décadas comenzó a utilizarse, frente a acontecimientos complejos, un paratexto específico para las coberturas: el “cintillo”, esto es, una “etiqueta”, identificable formalmente, que nombra aquello que se presenta como acontecimiento y que permite identificar al conjunto de notas dedicadas a él, o bien, a un tema

sólo una, dedicada a un acontecimiento puntual (más los eventuales acontecimientos explícitamente derivados de él), y no a una *clase* de hechos o acontecimientos, como ocurre en la sección; las coberturas son, pues, ubicables en el tiempo y en el espacio, aunque de duración variable según la extensión temporal de los hechos o acontecimientos que refiere. Si bien puede ser “transversal” a las secciones, es decir, un acontecimiento puede ser periódicamente “cubierto” desde distintas secciones (por ejemplo, se presenta la información en la sección correspondiente, y se opina sobre el acontecimiento en la sección de editoriales), más comúnmente se corresponde con sólo una. Es un tipo de unidad que resulta imprescindible considerar cuando se intenta analizar un acontecimiento puntual –por ejemplo, la visita de Einstein a la Argentina en 1925⁹⁵–, y más aún en el caso de diarios que –como ocurría en la etapa objeto de nuestro análisis– no presentaban sino partes del contenido ordenado en secciones que convivían con páginas de miscelánea en grado variable.

La cantidad de notas, la extensión, la mayor o menor variedad de géneros y la continuidad en el tiempo de la cobertura son indicadores a tener cuenta al momento de analizar el sentido de las prácticas y, sobre todo, si el análisis se realiza comparativamente, pues esos indicadores dan cuenta también del modo en que un diario, en tanto sujeto institucional, se posiciona no sólo frente al acontecimiento “cubierto” sino también frente al conjunto del campo periodístico.

2.4.1.4. La campaña

La *campaña* es una unidad que se define claramente por un tipo de finalidad específica, que se corresponde con una función directiva práctica y también puede ser transversal a las secciones. Se trata de una acción verbal extensiva en el tiempo que se propone explícitamente lograr un cambio en la realidad, cambio que requiere la decisión de algún otro actor social, por lo general, el poder político. Por ejemplo, un suelto de 1923 da cuenta del éxito de una campaña, ya desde su título: “Nuevo triunfo de «La Razón» - Reforma de la Ley de Quiebras; en efecto, en su sección de economía y finanzas había insistido a través de estudios y opiniones de expertos, en que era necesario modificar la ley⁹⁶. La prohibición de alguna actividad, la implementación de determinados controles, la creación de una institución, la implementación de regulaciones, etc., podían ser objeto de una campaña. No necesariamente la denominación “campaña” es explicitada como un paratexto de las notas a través de las cuales tal campaña se realiza: en la época objeto de nuestro trabajo a veces es posible observarla en el contenido de alguna de las notas que la componen, más habitualmente editoriales y sueltos, a veces en segmentos comentativos de crónicas, noticias, etc. No se incluyen dentro de esta categoría aquellas posiciones de carácter doctrinario que el diario podía sostener, más allá de la insistencia con que lo hiciera, en notas editoriales o en sueltos, si no es posible vincular ese punto de vista con una finalidad directiva explicitada de carácter práctico como las recién enumeradas a modo de ejemplo. En general, las campañas en tanto propuesta de acción práctica, se sustentan en algún elemento ideológico que el diario expone, aparte, doctrinariamente.

Tampoco se pueden confundir las campañas con el caso de algunas secciones que pueden también tener como eje organizador una función directiva práctica –por ejemplo, una sección

específico con continuidad temporal (Peralta, 2004: 43), como, en la actualidad, por ejemplo “Inseguridad”. No lo hemos encontrado en la etapa objeto de nuestro análisis.

⁹⁵ Conviene anticipar –nos referiremos a la figura de Einstein en otros momentos de esta tesis– que el diario La Razón cubrió la visita a nuestro país sólo en sus aspectos sociales y, si se quiere, políticos, pero no intentó ningún tipo de divulgación de la Teoría de la Relatividad.

⁹⁶ 29/9/23, 4ª ed., p. 3. Cabe señalar que el éxito era menor: consistía en que la Cámara Sindical de Comercio se había dirigido a la Cámara de Diputados de la Nación para auspiciar la propuesta del diario. Dado el “movimiento de opinión”, descontaba que la ley se aprobara.

dedicada a la puericultura, que se propone explícitamente enseñar a las madres a cuidar a los recién nacidos–, pues el destinatario específico no es un órgano del poder político o alguna institución del sistema. Pero en algunos casos, en la época que estudiamos, es posible encontrar ciertas articulaciones: la inclusión de una nueva sección puede ser un acto que forma parte de una campaña de la que el diario mismo, más allá de enunciar la finalidad, se convierte en herramienta. En el ejemplo de la sección de puericultura: la creación de tal sección es una acción que el diario realiza, como parte del servicio público que presta, para ayudar a los poderes públicos a los que, por otro lado, a través de una campaña, insta a desarrollar programas de educación para las madres. A veces, tal relación puede ser explicitada, por ejemplo, en el anuncio de la publicación de esa nueva sección.

2.4.1.5. La encuesta

Otra unidad relativamente habitual es la *encuesta*. Se trata también de una acción verbal extendida en el tiempo, habitualmente una serie de notas, en las que el diario releva –a veces a través de entrevistas; otras, a través de notas firmadas pedidas por el periódico– el punto de vista de expertos o personalidades de importancia acerca de un tema –por ejemplo, en «La Razón», la realizada sobre la “mala literatura”: denominación que remite a una mirada moral sobre la literatura popular como el folletín y también sobre lo que el diario consideraba “pornográfico”; en «Crítica», una sobre el valor de los avances de la ciencia–. La encuesta suele ser independiente de las secciones, y puede, más habitualmente, formar parte de una campaña.

2.4.2. Las unidades menores

Como anticipamos, en el interior de cualquiera de las unidades mayores, es posible encontrar una variedad de textos cada uno de los cuales es autónomo respecto de los otros que también integren la unidad –cuando no estuviera integrada sólo por uno– así como también los encontramos en una página de miscelánea, y esa autonomía tiene un correlato gráfico, pues se las identifica rápidamente como unidades diferentes: las “notas”. Estos textos son productos de prácticas discursivas realizadas según ciertas reglas cuyas diversas configuraciones, más o menos estables. Si se considera como eje el de las funciones globales, es posible distinguir dos grandes clases de prácticas: las *informativas* y las *directivas*.

En el primer grupo, se incluyen aquellas cuya función global y predominante es la de *informar*. De manera general, se trata de una función cuyo efecto esperado es que el interlocutor se entere de algo que desconoce. En el caso del campo periodístico, podemos considerar que se trata siempre de *noticias*, esto es, *datos*, *hechos*, *acontecimientos* o *avatares* nuevos, es decir, recién ocurridos o recién conocidos por el campo periodístico, o recién dados a conocer públicamente – en cualquier caso, cuestiones que el enunciador considera que el destinatario no conoce–, y que pueden ser materiales –un crimen– o discursivos –una declaración–.

En el segundo grupo, se incluyen aquellas prácticas que tienen como finalidad predominante intentar *regular* la actividad mental del interlocutor y/o su paso a la acción. Es decir, se trata de aquellas prácticas que esperan que el destinatario “acepte un punto de vista nuevo o diferente del propio sobre cuestiones dadas o presentadas como nuevas”, o que “asuma alguna actitud”, o que “realice alguna acción discursiva o no discursiva”. La *directividad*, pues, puede ser tanto *mental* como *práctica*, (Ciapuscio, 2003: 98; Silvestri, 1995: 14)–.

Describiremos a continuación los géneros de prácticas más habituales y significativos para nuestros objetivos: breves, crónicas, columnas de opinión, notas editoriales y el suelto, género

este último en el que nos detendremos más por tratarse de una variedad menos familiar para nuestro presente. Posteriormente, abordaremos las particularidades de las prácticas relativas a ciencia y medicina.

2.4.2.1. Las prácticas informativas

Llamaremos *breve* a un género vigente aún hoy⁹⁷ en el que predomina la función informativa que se ejerce en relación con noticias de cualquier área temática. Tales noticias tienen carácter singular, es decir, están situadas en el tiempo y el espacio, son protagonizadas por personas identificables que actuaron o interactuaron de algún modo, por algún motivo y/o con alguna finalidad. Tales datos que brindan singularidad se distribuyen con el esquema que más modernamente se llama “pirámide invertida” (Peralta, 2004: 49), es decir son presentados de manera global al inicio del texto –por lo general, en un párrafo– y eventualmente son desarrollados luego –en los párrafos siguientes–. Si, como veremos en otro de los géneros, la crónica, ese desarrollo constituye el “cuerpo” de la nota, en el caso del breve, precisamente el desarrollo es muy acotado o inexistente. Desde el punto de vista de las secuencias de tipos textuales, el breve se estructura en torno a una secuencia predominantemente narrativa. La denominación del género alude al rasgo formal sobresaliente: suele no extenderse más allá de 10 o 15 líneas agrupadas generalmente en dos o tres párrafos. Una extensión tan acotada no sólo deriva –en el plano semántico– de la globalización de los datos y de la ausencia de secuencias descriptivas o argumentativas, sino también –en el plano formal– por una fuerte economía en el uso de adjetivos, de reiteraciones, aclaraciones, reformulaciones, etc.; desde el punto de vista de la situación comunicativa, el enunciador no suele convocar a otras voces que no sean las estrictamente necesarias para presentar los datos básicos. Algunos ejemplos:

- (i) **EPIDEMIA DE TIFUS EN RAWSON** // *El gobernador interino del territorio nacional del Chubut, señor Julio Berdera, comunicó al ministerio del Interior que se encuentra en Rawson el doctor Degano, enviado por el Departamento Nacional de Higiene, a raíz de la epidemia de tifus declarada en dicha localidad. // El médico citado ha dado comienzo ya a sus tareas.*⁹⁸

En algunos casos, aun cuando no haya segmentos comentativos, es decir, enunciados de tipo argumentativo, puede haber algunas evaluaciones o valoraciones que suponen un punto de vista –un rasgo ideológico de una representación– y que evidencian una función de tipo directiva, en este caso, persuasiva, subordinada a la función informativa, como ocurre en el siguiente ejemplo:

- (ii) **MÁQUINAS SELECCIONADORAS DE TRIGO** // *Piden los agricultores que se les indique el mejor tipo. // Continúan con entusiasmo, en la región del trigo, los trabajos de selección mecánica de semillas que el ministerio de Agricultura realiza animado de los mejores propósitos. // En las estaciones Jagüeles, Moldes y Levalle (provincia de Córdoba), el agrónomo regional, ingeniero Alfredo Parcel, ha efectuado ensayos demostrativos a los cuales concurren en gran número los agricultores. Sus conferencias, indicaciones e instrucciones prácticas tienden a que el colono, por medios mecánicos, realice la selección de sus semillas antes de entregarla[s] al suelo. // Algunos colonizadores y chacareros se han interesado vivamente en el asunto, y se preocupan de averiguar también qué sistema de máquina puede convenirles adquirir, teniendo en cuenta su*

⁹⁷ En nuestro país se lo suele llamar “noticia”. Preferimos “breve” –más usual en España– para evitar la posible confusión entre la denominación del género y el concepto más abstracto de “noticia”, que refiere a un tipo de contenido. También se lo llama “nota informativa”, nombre que puede resultar algo ambiguo.

⁹⁸ 27/4/22, 4ª ed., portada.

*rendimiento por día y el costo. Por eso desearían que el ministerio, continuando con su programa de fomento, llame a un concurso de maquinaria seleccionadora y fijen los tipos que resulten adecuados a nuestros chacareros.*⁹⁹

Hay casos en los que aparentemente el breve refiere hechos que, con alto grado de certeza, acontecerán en un futuro más o menos inmediato. Pero en verdad hay un hecho discursivo pasado: el que anunció aquello que el diario presenta como acontecimiento futuro y que muchas veces queda implícito:

- (iii) **MAÑANA SE CONMEMORARÁ EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA DE MEDICINA** // *Mañana a las 10, en el salón de grados de la Facultad de Ciencias Médicas, se iniciará la serie de actos conmemorativos del primer centenario de la Academia de Medicina. // El acto será público y hablará el presidente de la Academia, doctor Eliseo V. Cantón, y uno de los premiados en el concurso nacional de medicina, organizado hace dos años, con motivo del centenario que mañana se conmemorará. // Pasado mañana se inaugurará el Instituto del Cáncer, debiendo hablar en este acto el doctor Domingo Cabred.*¹⁰⁰

Una variante específica de la etapa, e importante para el análisis, es el *telegrama*. Se trata, en efecto, de una noticia relevada por un corresponsal o despachada por una agencia noticiosa, enviada mediante el telégrafo, y presentada bajo la denominación *telegrama*. La variación radica en la situación de comunicación específica en que se produce el enunciado: el telegrama supone que no hubo ninguna intervención de la redacción central del diario; el breve, en cambio, se presentaba producido desde la redacción misma a partir de datos obtenidos de diversas fuentes – a veces precisamente un telegrama–, no siempre explicitadas. Obviamente el telegrama era no podía sino ser “breve”, en razón del costo. Esa diferencia en el plano de la situación de comunicación tiene repercusión en el plano formal: más allá de que habitualmente los telegramas aparecen en alguna sección cuya denominación indica ese carácter –“Telegramas de toda la República” o “Servicio Mundial Cablegráfico”, por ejemplo–, aparecen datados en el lugar de emisión; además, en el caso de que sean telegramas de agencia, se indica esa procedencia de la voz, es decir, se trata de una cesión de espacio enunciativo que el diario realiza. El breve, en cambio, no da cuenta de la datación ni de la voz que, evidentemente, es la del diario como sujeto. En relación con la voz, hay otra diferencia en cuanto a cierto efecto de sentido: si se trata de un breve, la responsabilidad primaria o inmediata por el enunciado es el diario; si se trata de un telegrama, la responsabilidad primaria es del corresponsal –aun cuando su firma no aparezca– o, más claramente todavía, de la agencia.

- (iv) **LABORATORIO ANTIRRÁBICO // LA PLATA, Enero 18** – *En el laboratorio antirrábico del Instituto Bacteriológico fueron atendidas durante el mes de Diciembre próximo pasado, 15 personas mordidas por animales cuya rabia fue comprobada y 21 atacadas por animales sospechosos. [...]*¹⁰¹

En el caso de hechos más o menos trascendentes del exterior, el diario puede presentar juntos varios telegramas, habitualmente sólo de agencias, o de agencias y corresponsales o colaboradores especiales. Cada uno de los telegramas puede presentar algún matiz semántico o agregar algún dato, respecto de los otros, más allá de la reiteración de los principales, como ocurre en este ejemplo, sobre el que volveremos luego:

⁹⁹ 4/4/23, 4ª ed., portada.

¹⁰⁰ 17/4/22, 4ª ed., portada.

¹⁰¹ 18/1/23, 4ª ed., p. 2. Sección “Telegramas de toda la República”. En la época era usual que los meses del año se escribieran con mayúscula inicial, como nombre propio.

(v) **DETENCIÓN DE ALBERTO GHIRALDO**

Se le considera persona indeseable a causa de su propaganda comunista. Protesta de la prensa madrileña

MADRID, Setiembre 29 (Associated) – *El escritor argentino, señor Alberto Ghiraldo, ha sido arrestado en esta capital, acusado de haber violado la ley, en un artículo publicado en un diario comunista.*

MADRID, Setiembre 29 (United) – *La detención de Alberto Ghiraldo obedece al acuerdo adoptado sobre su expulsión de España, por considerársele por sus antecedentes y conducta, como “indeseable”.*

MADRID, Setiembre 29 (Havas) – *Por orden del gobierno español, ha sido detenido el conocido dramaturgo argentino, señor Alberto Ghiraldo.*

MADRID, Setiembre 29 (Especial) – *Se han iniciado gestiones ante las autoridades correspondientes, para la pronta libertad del dramaturgo argentino Alberto Ghiraldo, que fue detenido ayer.*

Por su parte, los periódicos de esta capital formulan protestas por este arresto¹⁰².

Cabe destacar que la abundancia de “telegramas” –y en el caso de «La Razón» es notable en las secciones recién nombradas, “Telegramas de toda la República” o “Servicio cablegráfico mundial”, que podía ocupar hasta más de una página– produce un efecto particular de sentido: genera la impresión de que se informa de manera exhaustiva *todo* lo acontecido, y se obtura así la posibilidad de reconocer el proceso de selección de la información. Resulta claro, de todos modos, que en cualquier caso el diario debía seleccionar los telegramas a incluir en la edición como tales, si no por razones relativas al contenido o a posibles efectos sociales o políticos indeseados, al menos por razones de espacio.

Otro de los géneros clásicos del campo es la *crónica*. Comparte con el breve algunas características, una de ellas fundamental: la de presentar la información globalmente en un primer párrafo según el esquema de “pirámide invertida”. La función predominante es la informativa y, desde el punto de vista de los contenidos semánticos, lo que informa son noticias, pero se diferencia del breve pues en la crónica la noticia se desarrolla, esto es, se expande en tanto se precisan, especifican, amplían y agregan datos y detalles del hecho. En cuanto al enunciador específico, como es esperable, en la mayor parte de los casos es el diario como sujeto que se apropia de los datos aportados por las fuentes, aunque por lo general convoca también a un conjunto de voces –fuentes, también– que aparecen referidas. Esas voces referidas aportan, desde el punto de vista del contenido no sólo datos sino también puntos de vista –los cuales a veces el diario claramente comparte y, otras, rechaza o intenta refutar–, o elementos de “color”, esto es, datos secundarios que apuntan a movilizar las emociones de los destinatarios o que simplemente dan “encarnadura” a los protagonistas o singularizan el caso, distinguiéndolo de otros similares. Predomina siempre el tipo textual narrativo, aunque en la etapa que estudiamos es raro el caso en el que la crónica no presente asimismo un segmento –una secuencia textual– de carácter argumentativo, que expresa el punto de vista del diario sobre el contenido y orienta la interpretación y/o contextualización del hecho; el mismo punto de vista se suele expresar también en la selección léxica, en particular, en las denominaciones de los actores intervinientes

¹⁰² 29/9/21, 4ª ed., portada. Sección “Servicio cablegráfico mundial”.

en el hecho y en las calificaciones o evaluaciones. Cumple así, la crónica, subsidiariamente, una función directiva mental.

El acto de dedicar una crónica a un suceso, en lugar de sólo un breve, por ejemplo, da cuenta de la relevancia asignada a tal suceso. Así, en «La Razón» las crónicas eran relativamente menos numerosas que los breves y, en especial, que los sueltos a los que nos referiremos enseguida. A modo de ejemplo, se pueden observar los titulares de una crónica publicada en la portada, en posición central:

- (vi) *EN UNA CASA DE VALPARAÍSO SE PRODUCEN EXTRAÑOS FENÓMENOS // Numerosas personas comprueban la realidad de este suceso asombroso – Desde hace un mes una familia vive en constante zozobra debido a la repetición de hechos inexplicables – Los objetos saltan de su sitio, llueven piedras que producen considerables destrozos, y todo parece obedecer al capricho de seres invisibles – Lo que dicen los moradores y víctimas – Un acto de experimentación y un magro picado de peste.*¹⁰³

De este juego de títulos y subtítulos se puede inferir el carácter narrativo de todo el texto. Sin embargo, hay un párrafo que permite observar la articulación de una secuencia argumentativa menor, subsidiaria. En efecto, luego de presentar datos relativos al suceso, en el tercer párrafo, plantea:

- (vii) *Como no parece sino que viviéramos un período de graves investigaciones psíquicas, puesto que a las labores en que se hallan empeñadas las sociedades que se dedican a tal propósito se suman ahora todos los que quieren darse el tono de vivir en conformidad con los últimos caprichos de la moda, cosa que también impera en las especulaciones intelectuales, bien merece este asunto ser tratado con la misma amplitud con que lo han contemplado los diarios más importantes del vecino país [Chile], con el mismo interés con que los diarios del Brasil se ocupan de las investigaciones psíquicas, y con el mismo buen humor con que los parisienses abandonan el tango para dedicarse al espiritismo.*

El diario justifica con esa secuencia argumentativa el acto de publicar una información de cuyo valor, evidentemente, duda. Y el fundamento radicaría en el campo de la “moda”, entendida aquí en un sentido general: en efecto, desde fines del siglo XIX y hasta los primeros años de la década de 1920, las adivinas y el espiritismo llamaban la atención no solo en sectores populares sino también en sectores medios y altos, al menos como curiosidad¹⁰⁴. De esta manera, «La Razón» parece, por un lado, dar cuenta de que responde a los cambios en los intereses de los lectores pero, por el otro, justificar el evidente alejamiento respecto de su autoproclamada “seriedad” periodística y de sus consecuentes selecciones temáticas habituales.

2.4.2.2. Las prácticas directivas

La *nota editorial* era –y es– otra práctica tradicional de los diarios aunque no de todos: al igual que ocurre hoy, los considerados diarios “populares” no solían publicar notas editoriales, probablemente porque se trata de diarios que pueden ser encuadrados como “periodismo mosaico” –opuesto, como vimos al “periodismo sistema” (Fontcuberta et al., 2006: 39-43)–, en el que los rasgos más ideológicos de las representaciones vinculadas con la actividad del campo periodístico se evidencian a través de otro tipo de recursos. La función predominante en la nota

¹⁰³ 24/2/22, 4ª Ed., portada.

¹⁰⁴ Sobre este tema volveremos en la Parte II, capítulo 4, § 4.1. Adivinas, espiritistas y teósofos.

editorial es la directiva mental, que se cumple a través de una textualidad argumentativa, pues se propone persuadir de la verdad de una afirmación que funciona como hipótesis en la estructura retórica, o volverla aceptable o creíble. Esa secuencia textual argumentativa dominante se distribuye retóricamente en las tres partes canónicas: introducción, cuerpo argumentativo y conclusión. Desde la perspectiva de los contenidos semánticos, no refieren hechos como noticias sino apenas como “disparadores”, es decir, sucesos que se presentan como síntomas o evidencias de *problemas* de distinto tipo –sociales, económicos, educativos, culturales, políticos, etc.–, que viene afectando al conjunto social de la nación, es decir, el editorialista tematiza esos sucesos en una cuestión más compleja. Así se observa en los ejemplos siguientes, tomados de tres notas editoriales, tituladas “Protección de las clases medias”, “Escuelas industriales” y “¡Cianuro!”, que refieren diferentes temáticas y son de distintos años dentro del período estudiado:

- (i) ***Durante el período último han incidido en ella [la clase media] dos hechos que han modificado substancialmente su anterior situación: ha soportado estoicamente la elevación de precios que constituye el fenómeno normal del mundo y no ha participado de los aumentos extraordinarios de los salarios que los obreros han conseguido durante el período de la guerra. No era difícil, en estas circunstancias, que su situación [se] agravase en forma que provocara la conveniencia del remedio.***¹⁰⁵
- (ii) ***Aproximadamente 10.000 niños menores de 16 años se incorporan cada año a las fábricas y talleres de la capital federal, a estar a las estadísticas que el Departamento Nacional del Trabajo publica. Son niños que abandonan la escuela primaria sin llegar al cumplimiento íntegro de la obligación que la ley de educación común les impone.***¹⁰⁶
- (iii) ***Buenos Aires ha vivido casi un mes bajo la impresión causada por el asesinato del doctor Ray. [...] Pero entre todos los detalles [de la investigación publicados], ninguno apasionó tanto al gran público como la polémica sobre el cianuro. Y he aquí que ahora todos los días se suicida alguien con cianuro, llegando a veces hasta cuatro el número de víctimas en un solo día del tóxico terrible. // El hecho es un indicio alarmante de morbosidad colectiva porque denota la preexistencia de una tendencia al suicidio incompatible con el estado normal de una persona, que se exagera de un modo enfermizo por la sugestión del nombre del veneno leído tantas veces.***¹⁰⁷

Desde el punto de vista de la situación comunicativa específica, es el género en el que los diarios, convencionalmente, se presentan como voz institucional. En el caso de «La Razón», esto se manifiesta también en otros rasgos, como el del uso más habitual de la tercera persona para autorreferenciarse, ya sea apelando a su nombre o a la fórmula “este diario”; y menos, en cambio, en el uso de la primera persona del plural que abunda, por ejemplo, en los sueltos. Si consideramos los contenidos tematizados, resulta claro que, en la mayor parte de los casos, el destinatario específico de las notas editoriales está constituido por otras instituciones del poder – el Ejecutivo, ministerios, cámaras legislativas, etc.–, en tanto el ciudadano común quedaría más bien en un lugar de “testigo” de la comunicación entre el diario y los otros poderes u organismos. Es que, en la mayor parte de los casos, el editorialista reclama la solución de los problemas, solución que sólo puede ser dada por esas otras instituciones. De los ejemplos vistos, sólo el

¹⁰⁵ 24/8/21, 4ª ed., p. 3.

¹⁰⁶ 7/1/22, 4ª ed., p. 3.

¹⁰⁷ 6/10/26, 4ª ed., portada.

tercero de los textos –“¡Cianuro!”– presenta un problema encuadrado en lineamientos tales que determinan que la solución no pueda depender de ninguna institución en particular, sino de la sociedad en su máxima extensión –a la que apela, ahí sí, con una primera persona del plural inclusiva– pero se trata de un caso raro.

Dado este destinatario y los temas abordados, no es habitual en las notas editoriales la interpelación abierta; y la directividad práctica –el reclamo al destinatario para que resuelva el problema planteado– no se suele expresar a través del modo imperativo sino a través de diversos recursos, entre ellos, las modalizaciones. En el primero de los siguientes ejemplos, el último párrafo del texto dedicado al problema de las clases medias, por un lado, utiliza el infinitivo para expresar una acción mental que supone que realiza el destinatario y que considera erróneo; por el otro, alude a los legisladores refiriéndose pero no dirigiéndose a ellos. En el segundo, el párrafo de cierre del texto relativo a la ausencia de escuelas industriales en el sistema educativo, la directividad se expresa con el verbo en infinitivo con valor imperativo, como parte de un “programa” de acciones de gobierno, y queda implícito cuáles son los organismos responsables que deben ejecutar las acciones que se reclaman:

- (iv) ***Simplificar el asunto creyendo que** entre los 8.000.000 de habitantes de nuestro suelo no hay sino representantes del capitalismo y del trabajo industrial, **equivale a no querer ver lo que en realidad existe.** Dentro de esa población se halla la meritoria clase media, digna, por más de un concepto, de **interesar con su suerte a los legisladores que representan al pueblo y no exclusivamente a una fracción de él.***
- (v) *He aquí pues, en pocas líneas, un programa de renovación: **suprimir** frondosidades de la enseñanza superior y **desarrollar** –casi diríamos **empezar a crear**– la enseñanza técnica de las artes y de los oficios.*

En el caso del texto relativo a los suicidios con cianuro, en cambio, dado que la solución del problema no depende de ningún poder ni institución, el párrafo final convoca al conjunto de la sociedad, y es una de las pocas oportunidades en que el destinatario es el de mayor jerarquía, el que el diario considera su “mandante”, y ese justifica el uso de la primera persona del plural inclusiva:

- (vi) ***Hay que reaccionar** contra la sugestión enfermiza. En plena primavera de la naturaleza, en pleno florecimiento nacional, todo **nos** grita que es una cobardía no vivir la vida, que sólo un inferior puede sentirse incapaz de edificar una esperanza sobre una desilusión. Con sus triunfos y sus desengaños, con sus alegrías y sus dolores, la vida misma es **nuestro** mayor bien.*

Desde el punto de vista formal, en las notas editoriales es habitual la modalización de tipo epistémico –adverbios o frase adverbiales como “sin duda”, “efectivamente”, “lo cierto es que”, etc., que persiguen aumentar el grado de certeza de las afirmaciones–. Son menos comunes que en otras prácticas, en cambio, las modalidades evaluativas, y las que se pueden encontrar están dentro del rango de la medida. También hay un uso mesurado de recursos retóricos típicos de la polémica: se suelen evitar los más agresivos –la descalificación, por ejemplo– y se acude en cambio a los que se centran en desarticular los argumentos contrarios, el nombre de cuyos responsables se da por sobreentendido, de modo tal que se evitan las confrontaciones directas y de mayor violencia verbal. Más en general, la selección léxica suele producir un tono algo más hierático y solemne que el habitual del periodismo. En cuanto a la gráfica, la nota editorial se caracteriza –aun hoy– por tener un lugar relativamente fijo en la diagramación de los diarios. En

el caso de «La Razón», podía haber uno o dos editoriales en la primera de las columnas o eventualmente en dos de ellas, a la izquierda en la portada de cada edición, a la vez que, en las ediciones 4ª y 5ª repetía los editoriales de la 3ª edición, habitualmente en la página 3 o en la 5, según la cantidad de pliegos agregados a la edición previa. El conjunto de rasgos descriptos le da a la nota editorial un carácter claramente doctrinario.

La *columna de opinión*, como en la actualidad, es un género directivo, de carácter argumentativo que, en general, mantiene los rasgos retóricos que describimos para la nota editorial. Pero en la etapa que estudiamos, se trataba de un texto firmado por colaboradores externos al plantel del diario, locales o europeos, permanentes u ocasionales. En general, a diferencia de la nota editorial, no hay ninguna directividad presentada con modalidad deóntica en la conclusión, aunque podemos ejemplificar alguna excepción. Desde el punto de vista semántico, es difícil dar cuenta de la variedad temática abordada, pero cabe señalar que, en general, la *columna* es la que habilitaba la argumentación más ligada a cuestiones del campo intelectual, artístico y político, y a través de este género «La Razón» cedía espacio enunciativo a posiciones que no necesariamente eran las del diario: es el espacio de la disidencia posible, y sus límites son aquellos que fijaban la “elasticidad” ideológica que la línea editorial podía tolerar. Así, por ejemplo, es posible observar, entre varias notas sobre el fascismo, tres que expresan posiciones, adelantadas por los títulos, una claramente laudatoria, otra con algunas reservas y una tercera de franca oposición, a las que nos referiremos más abajo¹⁰⁸: “Mi impresión sobre Mussolini y sobre el fascismo”, firmada por Aníbal Latino; “Italia y Argentina – La Liga Patriótica Argentina e I Fasci di Combattimento – El noble saludo del doctor Carlés – Medio siglo de historia italiana en la Argentina”, firmada por Diego Cilea, un militante de la LPA; y “Frente al fascismo”, firmada por Henri Barbusse¹⁰⁹.

“*Suelto*” es la denominación que en la época se daba a un género del que ya vimos fragmentos a modo de ejemplo para distintos aspectos. Si bien comparte algunos rasgos de los géneros que hoy se conocen como “comentario” o “análisis” o, incluso, la columna de opinión, tiene ciertos caracteres específicos que impiden homologarlo con estos últimos, especialmente –pero no sólo– en el caso de «La Razón». La denominación tendría al menos dos sentidos. Uno de ellos es que, desde el punto de vista de los contenidos, las tematizaciones podrían no estar vinculadas necesariamente con los rasgos ideológicos nucleares de la doctrina editorial; el otro, menos determinante, es que no estaría vinculado a una sección particular. Sin embargo, creemos que se trataba del género que permitía mejor que ningún otro –según lo enunciado por Cortejarena¹¹⁰– extraer una “lección epiritual” de los hechos cotidianos, mostrar el “rayo luminoso” encontrado en cada uno de ellos. Es decir, no parece tanto que el suelto no respondiera a la línea editorial, sino que abordaba hechos o sucesos puntuales y singulares, que no ameritaban el tratamiento doctrinario propio de la nota editorial, desde posiciones que son las del diario aunque a veces no fueran las nucleares sino las más periféricas; se trata de hechos que, por otra parte, excedían el tratamiento que se le podía dar desde una sección definida temáticamente, por ejemplo, un hecho policial podía ser interpretado desde perspectivas sociológicas o vinculado con distintos aspectos sociales y políticos en un suelto, y no quedar recluso a los márgenes más estrechos de la crónica y la sección de policiales. Justamente, como señalamos más arriba, hubo una sección delimitada no temática sino funcionalmente, llamada “Actualidades”, en la que se agrupaban sueltos sobre diversos temas, lo que no impedía que se publicaran otros en las páginas de miscelánea. Lo caracterizaremos, pues, desde los diferentes niveles, comparándolo con los géneros ya vistos. Ilustraremos esta caracterización con tres sueltos: “Vacunas ineficaces”, “Alberto Ghirardo

¹⁰⁸ En este mismo capítulo, § 2.5.2. Los temas.

¹⁰⁹ 23/7/24, 4ª ed., p. 7; 11/1/26, 4ª ed., p. 3 y 08/10/26, 4ª ed., p. 4, respectivamente.

¹¹⁰ 25/7/21, 4ª ed., portada; ver § 2.3. “Funciones sociales del campo periodístico”, ejemplo (ix).

detenido en España” y “La plaga del curanderismo”¹¹¹.

El primero de los sueltos fue publicado en la portada del diario. Este texto presenta como suceso o noticia el hecho de que el gobernador de la provincia de Entre Ríos había denunciado ante el Ministerio de Agricultura –tras haberlo comprobado en su provincia– que las vacunas que se aplicaban al ganado eran ineficaces, es decir, no tenían el poder inmunizante que se esperaba de ellas, y solicitaba la fiscalización de la Dirección Nacional de Higiene. La marca textual del carácter de novedad es el verbo en la siguiente frase del quinto párrafo:

(vii) *Nos comunican de Paraná que el gobernador [...].*

Pero ese hecho que constituye la noticia es interpretado, por un lado, como producto de una “prédica” del diario mismo –esto es, la propaganda reiterada–, prédica que se sostenía en un punto de vista según el cual la sanidad ganadera y, en general, animal, no debía ser un “negocio inmoral” y debía estar en manos del Estado, tanto en la fabricación de las vacunas como en la fiscalización de la distribución, posición que, a su vez, se enmarcaba en un punto de vista más amplio que, según lo explicita, era también propagandizado por «La Razón»: era necesario fomentar las industrias madre. Cabe señalar que la relación de causalidad entre la “prédica” del diario y la acción del gobernador no es sostenida en el texto por ninguna evidencia. Interesa observar en el despliegue argumentativo que el relato de la noticia –una secuencia narrativa–, a diferencia de lo que ocurre en el breve, aparece recién en el quinto párrafo, y tiene el carácter de argumento a favor del punto de vista que se sostiene. La tematización del hecho en el punto de vista descripto deriva, en la conclusión del texto, en una acción práctica que el diario considera que el gobierno *debe* hacer, tal como lo indica la modalidad deóntica:

(viii) *La idea de «La Razón», de crear un instituto nacional de elaboración de vacunas y sueros [...] y la adopción de medidas energéticas [...], cuyo plan hemos formulado, debe llevarse a la práctica cuanto antes.*

Desde el punto de vista funcional, se trata, pues, de un texto cuya función principal es de carácter directivo, y subsidiariamente informativa. La modalidad deóntica recién vista es una señal de ese carácter directivo, y se apoya a su vez en modalidades epistémicas:

(ix) *La prédica [...] se justifica día tras día, en todos los puntos / Hemos demostrado / el gobierno [...] ha comprobado*

Quien afirma esto es la voz del diario mismo. A diferencia de lo que ocurre en las notas editoriales, es ostensible la presencia de esa primera persona del plural que excluye al destinatario, como se puede observar en estos casos:

(x) *Venimos solicitando [...] / Hemos demostrado [...] / [...] nuestra propaganda [...] / Nos comunican [...] / [...] en la forma en que nos la comunican [...] / [...] cuyo plan hemos formulado [...].*

Ese enunciador cede espacio a la voz de la fuente –a la que no identifica– que, a su vez, refiere narrativizada la voz del gobernador, cuyo nombre también omite¹¹²:

¹¹¹ 16/4/17, XX, portada; 24/9/21, 4ª ed., p. 4 y 22/4/22, 4ª ed., portada, respectivamente.

¹¹² Se trataba del abogado Miguel Laurencena, que había asumido en 1914 que, si bien pertenecía a la Unión Cívica Radical, se oponía al presidente Hipólito Yrigoyen (Luna, 2012).

- (xi) *Nos comunican de Paraná que **el gobernador** de la provincia **se ha dirigido** [...] al ministro de Agricultura **solicitándole** la fiscalización e indicándole [...].*

El hecho de no explicitar el nombre del gobernador ni su filiación partidaria intentaría evitar cualquier lectura de carácter político-partidario, e instalar el problema en un plano puramente institucional. En tal sentido, cabe señalar que, desde el punto de vista formal y en tanto recurso retórico, la denuncia del gobernador es utilizada como argumento de autoridad, pues va en la misma dirección de la “predica” del diario.

El segundo de los textos, “Alberto Ghiraldo y su detención en España”, publicado en la página 4, refiere como hecho una noticia que, como vimos, también había sido publicada como telegrama en la portada de la misma edición, en la sección “Servicio mundial cablegráfico”: el escritor argentino había sido detenido en Madrid acusado de subversión, a raíz de una nota suya publicada en un diario de esa ciudad. Hay marcas textuales que reiteran el carácter de noticia:

- (xii) *Una **noticia** tan inesperada como impresionante [...] / la **ingrata** nueva de su sometimiento [...].*

Un hecho semejante, no podía menos que sorprender –en el contexto de la democracia argentina de la época– porque el supuesto delito que se le atribuía a Ghiraldo sería una opinión vertida en un periódico, lo cual cobraba particular relevancia en tanto iba contra la libertad de expresión. De allí que el hecho fuera tematizado en torno al asombro que, además, se magnificaba por la amenaza de expulsión que pesaba sobre un escritor que tenía muy buena fama en España.

Este tema se despliega también en una secuencia global de carácter argumentativo, que se desarrolla en las tres partes canónicas, una introducción, un cuerpo o desarrollo y una conclusión que no puede sino pedir que todo lo actuado se reduzca a nada; y lo hace a través de una modalización alética, es decir, las que indican lo *necesario*, *posible* o *imposible*:

- (xiii) *Es **posible**, sin embargo, que todo no sea más que un exceso de crítica en la apreciación de cierta ardiente propaganda extremista democrática a que Ghiraldo rindió culto constantemente; y que luego, en lugar de la expulsión [...], **el asunto se reduzca a una simple aventura judicial**, más o menos ruidosa.*

El asombro con que recibe la noticia se manifiesta también a través del contraste entre la abundancia de evaluaciones positivas en relación con Ghiraldo, y las pocas pero contundentes negativas relativas a las consecuencias de lo ocurrido:

- (xiv) ***inesperada** como **impresionante** noticia / **vivos** comentarios / **triunfante** representación / **conocidas** dotes literarias / [las obras teatrales de Ghiraldo] **rayaron a interesante** altura / cuadro [...] **artístico e intenso** / posición **destacada** y **brillante** / expresión **grata** / amistad **fraternal** / **ingrata** nueva / nota **sorprendente** y **dolorosa***

O bien, otras selecciones léxicas que destacan subjetivamente lo sufrido por Ghiraldo, por ejemplo:

- (xv) ***sometimiento** a medidas policiales*

Tantas evaluaciones provienen de una primera persona del plural que, desde el punto de vista situacional, indica al enunciador de manera insistente: se trata, a veces, de deixis exclusiva, es

decir, el sujeto diario, pero otras son inclusivas del destinatario o bien de máxima extensión que alcanza al conjunto de los argentinos, como se puede ver en los ejemplos siguientes:

- (xvi) *en **nuestros** círculos de hombres de letras / acaba de **transmitirnos** el telégrafo / **nos** **hacíamos** eco / **nuestro** compatriota / **llegándonos** con frecuencia la expresión*

Ese enunciador cede el espacio enunciativo a distintas voces, narrativizándolas: las agencias de noticias, la crítica teatral y literaria española, o el mismo Ghiraldo, como puede verse en estos ejemplos:

- (xvii) *acaba de transmitirnos **el telégrafo** / nos **hacíamos** eco de las **manifestaciones** / **llegándonos** con frecuencia **la expresión** grata de los aplausos otorgados sin esfuerzo por **la crítica** / **propaganda** **extremista** democrática a que Ghiraldo rindió culto constantemente / la expulsión del territorio de la península, de lo que también **se habla***

Como se puede inferir, desde el punto de vista funcional, predomina la función directiva y la informativa es subsidiaria.

El tercero de los textos, “La plaga del curanderismo”, fue publicado en la portada, en el centro superior de la página. El hecho referido como noticia es que habían fallecido dos miembros de una familia, enfermos, atendidos por un curandero en la ciudad de Mar del Plata. Las marcas del carácter de novedad se observan en los ejemplos siguientes:

- (xviii) *Uno de estos hechos **acaba de producirse** en Mar del Plata, donde dos miembros de una familia [...] **acaban de fallecer** [...].*

Al igual que en el caso del primero de los textos, el hecho es colocado aquí en un contexto temático más amplio: la problemática del curanderismo. Al respecto, el diario insistía siempre en un punto de vista: el curanderismo es una plaga que debe ser combatida legalmente y con dureza. A veces, realizaba campañas al respecto.

También como en los otros casos, este tema requiere para su desarrollo una secuencia textual global argumentativa que se despliega en las tres partes canónicas –introducción, cuerpo argumentativo y conclusión–. En la parte conclusiva, el diario expresa el reclamo a las autoridades, pero no lo hace directamente sino que lo expresa a través de una modalización bulomayéica –que indica *deseo o preferencia*– y formas de infinitivo con valor imperativo:

- (xix) *El caso ha sido denunciado [...], **esperándose** que ambas autoridades [la justicia del Crimen y la Dirección General de Higiene provincial] **procederán** en forma **ejemplificadora** [...].*

Esa conclusión se apoya en otra modalización, ésta de carácter deóntico –que expresa lo obligatorio–, en el cuerpo de la argumentación:

- (xx) *Y esto **debe hacerse** no sólo por el decoro del país sino [...].*

Desde el punto de vista funcional, se trata también éste, de un texto cuya función dominante es la directiva, y en el que la información ocupa un lugar subsidiario. El carácter directivo se ve reforzado por dos casos de modalidad de enunciación imperativa:

(xxi) *Si las leyes son deficientes, por exceso de benignidad, para reprimir el curanderismo, refórmelas en buena hora, pero evitemos el triste espectáculo [...].*

La diferencia entre la primera forma imperativa, impersonal, y la segunda, en primera persona del plural, es indicadora de dos clases de destinatarios interpelados. La primera forma, está dirigida obviamente a los únicos que pueden reformar las leyes: los poderes públicos. La primera persona del plural, que como marca deíctica reaparece sólo una vez más, en un posesivo referido a “nación civilizada”, evidentemente incluye además a los sectores sociales a la que el diario se dirige y de los que forma parte, que pueden presionar para que los poderes públicos actúen. En este texto, no se observa cesión del espacio enunciativo a otras voces.

En suma: como las notas editoriales, desde el punto de vista de la dimensión funcional, en los sueltos se cumple predominantemente la función directiva, y la función informativa es subsidiaria aun cuando el hecho o suceso sea efectivamente noticia. La función se cumple habitualmente a través de una secuencia de tipo argumentativo que estructura funcionalmente el texto que, al igual que la nota editorial, mantiene la tradicional partición retórica en introducción, desarrollo y conclusión. En muchos casos –de los tres vistos aquí, ocurre en dos, las referidas al curanderismo y a las vacunas–, la información aparece luego de dos o tres párrafos destinados a desplegar la argumentación, de manera que se prioriza el punto de vista que tematiza sobre el hecho tematizado. En cuanto a la dimensión relativa a la situación comunicativa, a diferencia de lo que ocurre en los demás géneros, incluida la nota editorial, el suelto se destaca por una fuerte inscripción del diario como sujeto a través de la tercera persona del plural –el *nosotros*– en cualquiera de sus variantes –exclusiva, inclusiva o de máxima extensión– que se responsabiliza explícitamente por los puntos de vista –los rasgos de diversas representaciones, en especial, los ideológicos– desde donde son tematizados los hechos que se informan.

Los sueltos diseminaban así, copiosamente, posiciones del diario, a veces, las más doctrinarias, pero otras, se trataba de posiciones más contingentes, evaluaciones rápidas, menos elaboradas. Tematizaban desde esas perspectivas diferentes hechos o datos puntuales, que si bien eran noticias, evidentemente tenían para el diario relativamente poca relevancia periodística. En algunos sueltos, incluso, se “borraban” los datos que le daban singularidad, encarnadura, a un suceso particular, es decir, se dejaban las acciones que lo constituían en manos de protagonistas sin nombre, referidos casi como meros “actantes” y con poco o ningún anclaje temporal y espacial: en el suelto sobre los muertos en Mar del Plata no hay nombres de las víctimas, ni del curandero, ni dato preciso de los agentes estatales que habrían intervenido. Más allá de que sea posible dudar acerca de la veracidad del hecho –podría haberse “inventado” el caso sólo con la finalidad de anclar la argumentación–, con el borramiento de los datos, ese suelto se convertía en una especie de “enxiemplo” no literario, más plebeyo, destinado a un público masivo. En ese sentido, es un caso claro de la finalidad de orientar al público, en particular, las conductas prácticas.

Muchos de los sucesos tematizados por los sueltos, por otra parte, podían ser informados a la vez en breves o telegramas, incluso dentro de la misma edición –como en el caso de la detención de Ghirardo– aunque en otras oportunidades, el hecho o dato no era dado a conocer sino sólo a través del suelto, es decir tematizado desde un punto de vista explícito, como en los casos de las vacunas o de los muertos por el curanderismo.

Desde el punto de vista formal, por los rasgos descriptos, el suelto no tiene un lugar fijo en la diagramación gráfica. Estilísticamente, también puede acudir a recursos léxicos, figuras retóricas

y recursos argumentativos y polémicos muy variados.

2.4.3. Las unidades relativas a temas de ciencia y medicina: divulgación e instrucción

La caracterización de los géneros y de las unidades mayores pone en evidencia que «La Razón» ejercía las funciones informativas y directivas de carácter argumentativo, para controlar los contenidos informados, desde variadas prácticas: como se señaló, para el diario no sólo importaba la selección de los datos sino especialmente interpretarlos y valorarlos, conceptualizando lo que se presenta como realidad desde las representaciones relativas a la Patria y a su desarrollo. Estos géneros, que caracterizamos como unidades menores, se articulaban de diverso modo en las unidades mayores descriptas antes.

Ahora bien, en relación con los contenidos temáticos relativos a ciencia y medicina, eje de esta tesis, además de los géneros de prácticas recién vistos, que tematizaban cuestiones relativas a las disciplinas, su institucionalización, su quehacer, sus funciones sociales, etc., hay otros dos géneros importantes: los de carácter *divulgativo* y los de carácter *instructivo*, que presentan configuraciones específicas de los parámetros de los diferentes niveles discursivos, determinadas por actitudes frente al saber o el conocimiento. Tales configuraciones impiden incluirlos sin más dentro del conjunto de prácticas *informativas* o *directivas* que hemos descrito. Al igual que las otras unidades menores, los géneros divulgativo e instructivo pueden integrar unidades mayores.

Conviene destacar, entonces, que las diversas aristas que ofrecen las tematizaciones de cuestiones de ciencia y medicina –desde los aspectos más sociales y políticos que involucran a esos campos, los institucionales hasta los más vinculados con el conocimiento producido– se realizan en una amplia variedad de prácticas discursivas: breves, crónicas, editoriales, notas o columnas de opinión, sueltos, divulgativas e instructivas.

Por tratarse de prácticas de especial relevancia para el eje temático que analizaremos en esta tesis, nos detendremos ahora en la descripción de las dos últimas.

2.4.3.1. Las prácticas divulgativas

Aunque habitualmente la denominación *divulgación científica* puede evocar hoy un conjunto difusamente limitado de prácticas discursivas, con una gama amplia de variedades funcionales, para el diario «La Razón» la denominación *divulgación* o *vulgarización científica* remitía a prácticas con funciones más bien acotadas, ejercidas sobre cierto tipo de contenidos, con una situación comunicativa determinada y con rasgos formales también bastante definidos. Conviene señalar que el diario usaba indistintamente una u otra denominación. El uso de la palabra *vulgarización* probablemente sea un galicismo; pero en relación con el conocimiento científico y médico la palabra no parece tener –no hemos encontrado ningún indicio– el sentido peyorativo que sí tuvo –y tiene– en francés, tal como lo describe Jeanneret (1994: 11-20). Cabe señalar que *divulgación* tampoco parece haber tenido la misma carga negativa que tenía la palabra francesa.

En uno de las variedades de géneros, desde el punto de vista de la situación comunicativa específica, el diario explicita –salvo unas pocas excepciones– el carácter divulgativo de la nota, y cede el espacio enunciativo a otras voces: se trata, o bien de notas firmadas, como las columnas de opinión pero en este caso por enunciadores que se presentan como especialistas –con mayor o menor grado de inscripción en el enunciado y con mayor o menor grado de cesión de espacio enunciativo, a su vez, a otras voces–; o bien de notas no firmadas pero en cuyo texto la voz del

diario sólo se limita a presentar la de un experto, a la que atribuye la responsabilidad de todos los contenidos temáticos. Así, por ejemplo, ocurre en las notas tituladas del siguiente modo:

- (i) *El microbio y sus medios de ataque. Vulgarización científico-popular. Caracteres generales de los microbios*¹¹³
- (ii) *Transmisión de las infecciones. Vulgarización científico-popular*¹¹⁴
- (iii) *Vulgarizando la ciencia. El veneno de la tuberculosis*¹¹⁵
- (iv) *La chispa eléctrica. Vulgarización científica sobre las causas generadoras de su luminosidad y aplicabilidad en la telegrafía sin hilos*¹¹⁶

Las dos primeras aparecen firmadas por un colaborador que firma como “Juan Ramón Beltrán”¹¹⁷. En los textos no hay ninguna marca de que este enunciador cediera, a su vez, espacio enunciativo pues no se encuentra ninguna de las formas típicas del discurso referido, excepto, en la primera de las notas, una forma de discurso indirecto –“la mayoría de los bacteriólogos cree que los venenos microbianos son producto de la excreción o secreción [...]”–, y algunas mínimas remisiones bibliográficas a autores dedicados a estudiar diferentes toxinas. De esta manera, Beltrán asume plenamente la responsabilidad del enunciado de saber y se presenta como especialista en microbiología y/o como médico.

La tercera aparece firmada también por un colaborador, con el pseudónimo “Doctor B. A. Cterio”¹¹⁸. Este enunciador, a diferencia del caso anterior, sí se inscribe en el enunciado, a veces, a través de una primera persona del plural, el “nosotros de autor”, que esfuma las afirmaciones rotundas del “yo” –“Por nuestra parte, estamos convencidos [de] que la divulgación de opiniones más autorizadas...”–; y otras, el de “máxima extensión” –“Tenemos catedráticos, especialistas distinguidísimos para enfermedades de oído, nariz [...] que nos pueden envidiar las naciones más adelantadas del orbe [...]”–. Esta inscripción le confiere, a su vez, la responsabilidad de la cesión del espacio enunciativo a una diversidad de voces: por un lado, en un ejercicio paródico, las supuestas de médicos, pacientes y potenciales enfermos, y las de reglamentos –todas las cuales son presentadas como lugares comunes a los que descalifica, y con las que el enunciador polemiza– y, por el otro, las más clásicas citas de autoridad en las que se respalda. Estas voces aparecen en las diversas formas más habituales del discurso referido. A modo de ejemplo, se pueden observar los siguientes fragmentos:

- (v) *El médico, por su parte, aunque tendría el deber de sospechar siempre [tuberculosis], por lo general espera que se presente el famoso cuadro clásico [...] para sentenciar muy reservadamente a los interesados:
–Ahora sí... Desgraciadamente se ha declarado la enfermedad...! ¿No ve?... Una lástima... Se debe haber infectado en estos últimos días... ¿Usted recuerda, verdad?*

¹¹³ 7/11/17, 4ª ed., p. 3.

¹¹⁴ 4/12/17, 4ª ed., p. 2.

¹¹⁵ La nota se publicó en 4 entregas: 4/2/21, 4ª ed., p. 4; 10/2/21, 4ª ed., p. 5; 17/2/21, 4ª ed., p. 6 y 3/3/21, 4ª ed., p. 6.

¹¹⁶ 24/2/22, 4ª ed., p. 5.

¹¹⁷ No hemos encontrado datos de un colaborador médico o bacteriólogo bajo este nombre. Podría tratarse de un pseudónimo.

¹¹⁸ Sobre este texto volveremos en la segunda parte, capítulo 5, § 5.1.1. La tuberculosis.

***Hicimos un análisis por las dudas y no resultó nada... Completamente negativo...
¡Qué lástima!***

- (vi) *Cualquier ciudadano sabe muy bien que tres carteles nos persiguen en todas partes [...]:*
– *“Sea compasivo con los animales!”*
– *“Es prohibido escupir en la acera”*
– *“Se ruega no escupir en el suelo por razones de higiene”*
[...] Si no fuera por el respeto que debemos a los reglamentos, tengan o no su razón de ser, estaríamos por aconsejar a los que transitan por las calles a escupir [sic] dondequiera, porque, precisamente las expectoraciones abandonadas en la calle son las menos peligrosas, por la sencilla razón de que el sol se encarga del servicio de higiene.
- (vii) *–Es el médico que quiere aprovechar para ganarse unos pesos!... Lo que me haría falta sería un buen tónico del sistema nervioso y nada más! [Supuesta voz de un paciente al que se le diagnosticó tuberculosis]*
- (viii) *El profesor Ferri, convencido de las verdades enunciadas por los que estudian el efecto de las toxinas del bacilo de Koch en el sistema nervioso, fue el primero que aconsejó se aplicaran al derecho penal italiano, y el profesor Tamurini, uno de los más insignes alienistas europeos, escribió el 12 de Junio de 1912 al profesor Mircoli: // “La tendencia a la criminalidad bajo las formas más diversas...”.*

Según se desprende de estos ejemplos, el enunciador se presenta como médico experto, con amplia experiencia clínica, y construye su autoridad, centralmente, a partir de la descalificación implícita en la parodia de la autoridad de algunos médicos –los clínicos no especializados en tuberculosis–, de los reglamentos e incluso de cierto discurso que parecía común a los pacientes que preferían no enterarse de que padecían la enfermedad, y también a partir de la cita de autoridad.

La nota sobre la *chispa eléctrica* –ejemplo (iv)–, en cambio, no aparece firmada pero en ella el diario cede casi completamente el espacio enunciativo, pues transcribe, en estilo directo, una *disertación a los alumnos* dada por un técnico –*Coursey* o *Courrey*¹¹⁹– de una escuela de radiotelegrafía estadounidense –a la que presenta como *la Escuela*, es decir, como si fuera única y ya conocida–. La voz del diario aparece en segundo plano, en frases parentéticas, para presentar y destacar la continuidad de la voz citada. Así en el primer párrafo introduce la voz del técnico:

- (ix) *Seguramente –empieza diciendo el técnico Coursey, [...]– todos hemos admirado y visto alguna vez una chispa eléctrica, bien en una forma u otra de sus manifestaciones.*

Y luego, apela a parentéticas más breves para mantener la continuidad de la voz como, por ejemplo:

- (x) *Si tomamos –agrega Coursey– dos esferas de metal [...].*

¹¹⁹ Aparece nombrado dos veces al inicio de la nota como “Coursey”, y una vez al final, como “Courrey”.

De ese modo, la responsabilidad por el enunciado de saber es asignada a un especialista, en este caso, el técnico. Este especialista citado se inscribe débilmente en el enunciado a través de una primera persona del plural inclusiva de sus destinatarios que no son de manera directa los eventuales lectores del diario sino los alumnos de la clase, en momentos en que describe una experiencia de laboratorio, como se observa también en el último ejemplo. No hay, de su parte, cesión del espacio enunciativo.

En cuanto a los aspectos del nivel de los contenidos, las tematizaciones, en este género que el mismo diario considera explícitamente como “divulgación” o “vulgarización”, no se corresponden con noticias, es decir, hechos nuevos, sino que dan cuenta de un cuerpo de conocimientos sistematizados y articulados, consensuado por el mundo académico o, al menos, como ocurre en el caso de la nota (iii), firmada por “B. A. Cterio”, por una parte de él, con la que polemiza en nombre de un saber actualizado y válido. La distribución de los temas está en todos los casos lejos de la clásica pirámide invertida propia del breve o de la crónica y, por el contrario, indica un desarrollo también sistemático y progresivo de los subtemas que se despliegan en secuencias expositivas y/o argumentativas, típico de los géneros *pedagógicos* tales como un capítulo de manual o una clase –cuya estructura, una vez escrita, tiene fuerte similitudes con las de un capítulo de manual–. Ese rasgo, además, supone la voz autorizada, la del especialista, el único al que evidentemente el diario ve con la autoridad suficiente para transmitir conocimiento científico e incluso, de polemizar con otros especialistas, pues los argumentos que se utilizan se sustentan también en conocimientos científicos. Las diferencias entre las cuatro notas de “vulgarización” parecen, en tanto producidas por especialistas, de *estilo docente*, pero no ponen en duda el carácter didáctico en ninguno de los casos, incluso en aquel en que a la vez se intenta polemizar con el cuerpo médico. Así se puede ver, por ejemplo, como párrafo inicial de la nota (i) una definición:

- (xi) *Los microorganismos son elementos unicelulares, de forma y volumen variables, dotados, en algún momento de su vida (o en toda ella), de movimientos, que tienen una constitución histológica y química variable, y que se colorean por las anilinas, hacia las cuales poseen una afinidad casi igual, pero que varía con las distintas especies microbianas.*

A continuación, en esa nota, sin subtítulo, detalla los modos de supervivencia y alimentación de los microbios y luego presenta tres subtítulos –“Influencia del medio sobre los microbios”; “El microbio sobre el medio” y “Venenos microbianos”– que cubren la caracterización general anunciada en el título.

En la nota (ii), el primer párrafo, muy breve, afirma describiendo un estado de cosas:

- (xii) *Los gérmenes infecciosos llegan al hombre por todo lo que le rodea.*

Y a continuación detalla, sin subtítulo, los focos de infección (aire, suelo, agua, insectos, alimentos, personas infectadas), y luego en tres apartados –con los subtítulos “Autoinfección”, “Causas determinantes de la infección” y “Causas coadyuvantes”– se exponen las razones por las que el hombre se infecta.

Esa estructura de distribución de los contenidos es adecuada, en los dos casos, para el despliegue de los temas: “Caracteres generales de los microbios”, en la primera nota, y “La génesis de las infecciones”, en la segunda. En ambos casos, se trata de contenidos que son presentados como conocimientos aceptados sin polémica en el ámbito científico. Las secuencias textuales que dan

cuenta del despliegue temático son, precisamente, *expositivas*, esto es, expresan lingüísticamente operaciones cognitivas de análisis o descomposición y, eventualmente, de síntesis o recomposición. Se trata pues de una variante específica de la función informativa: la propia de los textos pedagógicos. Algo similar ocurre en la nota (iv). El carácter de *clase* oral de una escuela técnica nos exime de mostrar la distribución típicamente pedagógica de los contenidos.

En el caso de la nota (iii), el hecho abordado –*los estragos de la tuberculosis*– es tematizado desde un punto de vista relativo a las causas: *los estragos de la tuberculosis se deben al poco conocimiento que profanos y no profanos tienen sobre su modo de desarrollarse y a la creencia de que se trata de una enfermedad incurable*. Esta hipótesis requiere un despliegue argumentativo predominante a través del cual descalifica como erróneas las creencias del público y de algunos médicos e, incluso, cuestiona a la Facultad de Medicina por no incluir una asignatura específica sobre tuberculosis en la currícula de la carrera. De ese modo, polemiza con lo que presenta como saberes y actitudes propias de al menos una parte del cuerpo médico y académico, compartido por cierta clase de pacientes, y reemplaza ese saber erróneo y/o interesado por otro que considera válido para evitar los *estragos de la tuberculosis*. El primer párrafo de la primera de las cuatro entregas anuncia ese carácter argumentativo polémico:

(xiii) *En materia de tuberculosis pulmonar pasa un hecho curioso: todo el mundo está empeñado en la conjura del silencio.*

Sin embargo, al reemplazar el saber erróneo por el que considera válido, la distribución de esos contenidos se vuelve expositiva, pedagógica.

Desde el punto de vista formal, en todas las notas encontramos rasgos congruentes con ese carácter pedagógico: abundan los *términos* algunos de los cuales son definidos; otros, en cambio, forman parte de la definición misma. Así, en el ejemplo (xi) encontramos una definición de *microorganismo* que introduce otros términos que no son definidos en la nota, tales como “elementos unicelulares” y “constitución histológica”. En la misma nota, define *esporos* como “segmentación transversal” pero no explica esa segmentación y presenta otros términos no definidos como, por ejemplo, “materias albuminóideas”, “protoplasma”, “toxinas diastásicas”. En la nota (ii), aunque hay una densidad terminológica un poco más baja, utiliza términos tales como “epitelios cutáneos” (del que presenta como sinónimo “mucosas”), “aufractuosidades [sic] de las fosas nasales”, “conjuntiva”, además de las denominaciones de los microbios más habituales o de las enfermedades que provocan pero, en este último caso, sin caracterizarlas. En la nota (iv) también se observan términos no definidos tales como, por ejemplo, “electrones”, “electrones libres”, “frecuencia”, “inductancia”.

Asimismo, en el caso del texto referido a la tuberculosis es posible encontrar algunos términos y definiciones pero, a diferencia de los otros textos, en general son pocos. Por tratarse de una nota argumentativa, abundan expresiones típicas de la retórica de la polémica, tales como el modo de referir paródicamente las “voces” del opositor, además de ironías y ciertos juegos como el del título mismo de la nota, “El veneno de la tuberculosis”, en el que “veneno” refiere tanto la toxina del bacilo de Koch como la “ignorancia” a la que se refiere el tema.

En cuanto a los destinatarios, en general, excepto en el caso de la nota sobre tuberculosis, las demás suponen un destinatario semilego e, incluso en algunas –como la (i) y la (ii)–, con cierto grado de formación específica o, como en la referida a la chispa eléctrica, un lector con las mismas características de los alumnos de la escuela de radiotelegrafía. La referida a la tuberculosis, en principio, presenta rasgos que permiten suponer un destinatario lego –los

enfermos y potenciales pacientes de la tuberculosis– pero claramente prevé también un destinatario específico: los médicos clínicos no especializados o, al menos, no actualizados en tuberculosis, y en alguna medida, funcionarios académicos de la Facultad de Medicina, con cuyos discursos –atribuidos–, polemiza.

En suma, se trata de una práctica cuyos rasgos no se corresponden con los vistos en aquellas que encuadramos como informativas o directivas habituales del diario en relación con otras áreas temáticas. Se trata de una práctica con rasgos pedagógicos. Las diferencias entre las notas de “vulgarización” como las que ejemplificamos aquí parecen, en tanto producidas por especialistas, derivadas del *estilo docente* de cada enunciador, pero no ponen en duda el carácter didáctico en ninguno de los casos, incluso en aquel en que a la vez se intenta polemizar con el cuerpo médico.

La presencia en el título de la frase “vulgarización científico-popular” en la mayor parte de las notas que reúnen las características recién enumeradas no era producto de una decisión más o menos arbitraria del editor, fundada en un único parámetro –por ejemplo, el hecho de ser firmadas por especialistas–, sino que evidencia conciencia de que se trataba de una práctica específica que involucraba otros niveles de responsabilidad enunciativa. En relación con las funciones sociales del campo periodístico, la divulgación –entendida como un discurso de carácter pedagógico– no parece encuadrarse estrictamente dentro de la función de informar ni tampoco dentro de las funciones de vigilar y orientar habituales, en tanto no hay punto de vista sustentado por el diario como actor social a través de acciones discursivas propias. Se trata, pues, de ceder espacio enunciativo para permitir que desde allí se transmitan conocimientos científicos aceptados por el campo de la ciencia o por parte de él, y para dar a conocer polémicas internas del campo científico o médico, sus actores y las razones en que se sustentan las posiciones, todo lo cual podría –según los casos– tener implicancias en la vida práctica de los destinatarios del diario, aunque tales implicancias no sean explicitadas en esta clase de práctica discursiva. Cabe señalar, en ese mismo sentido, por un lado, que no se trataba de prácticas frecuentes y que no hemos encontrado unidades complejas bajo la denominación “vulgarización” o “divulgación”; por el otro, que tampoco encontramos notas con estas características después de 1922, es decir, se trata de una práctica que el diario abandonó. Probablemente, este cambio se deba a que se trataba de una práctica cuyos contenidos el diario no podía controlar adecuadamente, es decir, no podían ser vinculados fácilmente con sus posiciones doctrinarias, y además, lo colocaba en una situación incómoda en tanto ceder el espacio a ciertas voces podía generarle conflictos con otras, sin que mediara un punto de vista propio del diario que, por otra parte, en muchas ocasiones podía ser inexistente pues se trataba de cuestiones demasiado específicas para una publicación no especializada. Este abandono de estas prácticas es también expresión de un rasgo de la representación de periodismo.

Sin embargo, hubo luego otras variantes que hoy consideraríamos divulgativas en un sentido amplio, aunque no lo eran para el diario: se trata habitualmente de fragmentos expositivos, incluidos en notas informativas, destinados a brindar explicaciones sobre el fenómeno o suceso informado –por ejemplo, una breve exposición sobre las características de un animal prehistórico o el lugar que ocupaba en una clasificación, como parte de una nota relativa al hallazgo de restos, en el campo de la paleontología–; también podía ser, con función similar, una nota completa que formaba parte de una cobertura sobre un suceso –las características de un avión usado para la exploración geográfica–. Se trata en todos los casos, de notas no firmadas, en la que la voz que asume la responsabilidad es la del diario. En la mayor parte de los casos, como veremos en la parte II, es un discurso “informado” sobre la cuestión científica, no siempre construido adecuadamente para la perspectiva de un experto.

2.4.3.2. Las prácticas instructivas

En general la instrucción es una variante de la función *directiva* –cuyo efecto es precisamente que el destinatario *haga algo* o que *asuma alguna actitud*, es decir, la directividad puede ser tanto *práctica* como *mental*, (Ciapuscio, 2003: 98; Silvestri, 1995: 14)–. Se trata pues de un tipo de enunciados a través del cual el enunciador intenta *regular* la actividad mental del interlocutor y su tránsito a la acción. Se pueden pues identificar como prácticas discursivas de carácter instructivo o instruccional aquellas cuya función primordial es la de sugerir u orientar conductas o procedimientos a seguir, y enseñar los modos o los pasos para hacerlo, esto es, sugerir u orientar algún tipo de hacer práctico que requiere alguna forma de *instrucción*, en mayor o menor grado. En tal sentido, se diferencian de otras prácticas de carácter directivo que proponen realizar alguna acción no discursiva como corolario de una argumentación, como podría ocurrir en una nota editorial o en un suelto, por ejemplo, en tanto estas últimas prácticas no instruyen acerca del modo de realizar esa acción y tienen un carácter habitualmente deóntico que las instrucciones para hacer habitualmente no tienen. Se pueden observar variaciones dentro de estas prácticas instructivas, vinculadas con la distribución de esas directivas según se trate de destinatarios interpelados como individuos a los que se intenta convencer de la necesidad o el beneficio de adoptar cierta conducta para el bien propio y/o colectivo, o en tanto demandantes – reales o supuestos– de las instrucciones de que se trate, así como de las clases de conductas implicadas y la autoridad evocada. Dentro del conjunto de prácticas discursivas instructivas es posible encontrar –en cualquier ámbito– diversas configuraciones estables y reconocibles como la *receta*, la *instrucción* y el *reglamento*, pero también es posible hallar segmentos directivos de carácter instruccional diseminados en otras prácticas (Cf. Silvestri, 1995).

En relación con las funciones sociales del campo periodístico, en particular, consideramos que la instrucción es una variante de la función de orientar, en este caso, no respecto de cómo comprender los diversos acontecimientos cotidianos sino respecto de cómo “hacer” ciertas cosas o cómo comportarse según patrones que se consideran valiosos para el individuo y/o la sociedad, con independencia de que tales instrucciones formen parte de una sugerencia efectuada por el enunciador o sean efectivamente brindadas a solicitud del destinatario.

Desde esta caracterización, resulta claro que, como ocurre en la actualidad, había prácticas discursivas que se proponía instruir respecto de temáticas que nada tenían que ver con el campo de la ciencia y la medicina, tal como las instrucciones para cocinar determinados platos, para tejer una prenda o para hacer esquejes. Y es en esa tradición de la prensa en la que se pueden anclar las prácticas instructivas que nos interesan y que son las que describiremos y ejemplificaremos.

Entre las notas relativas a conductas individuales hay un subconjunto: las que abordan aquellas conductas que pueden eventualmente afectar lo social. Una nota de 1917, cuyo título anticipa claramente parte del tema, “El arte de adelgazar - Peso normal, régimen, medicinas, etc. [sic]”¹²⁰, supone, pues, algún tipo de procedimiento que será ofrecido como respuesta a lo que es presentado como un problema relativo a la mujer: un gran número de damas tenía la “manía” de la delgadez, condición necesaria para ser esbeltas, pero esa *manía* podía afectar la salud. Se plantea entonces, una hipótesis implícita que puede ser enunciada del siguiente modo: *la esbeltez que buscan las mujeres es un arte que requiere de equilibrios entre la delgadez y la adiposidad extrema, teniendo en cuenta la salud, lo cual requiere seguir ciertos cuidados*. Para sustentar esa

¹²⁰ 3/7/17, 4ª ed. p. 2.

hipótesis es necesaria una secuencia argumentativa dominante, de la que dependen cuatro directivas:

- (i) *Algo más conviene decir de ciertas medicinas y específicos a base de yodo, que pueden llevarlas a enfermedades irreparables. Es un instrumento peligroso **que es necesario manejar** muy prudentemente y bajo una dirección facultativa.*
- (ii) *En definitiva, **el mejor sistema** de adelgazamiento, si es que existiera adiposidad excesiva, es **el abandono o restricción** de los farináceos [...] y líquidos que dilatan el estómago; **en seguida el ejercicio diario**, moderado y amplio, las caminatas, los baños; [...].*
- (iii) *Una buena manera de saber [el peso] es **medirse** la talla; la persona que tenga 1m60 **debe saber** que le corresponde un peso normal de 60 kilogramos [...]. **Se suprime** el metro de la medida que dé la talla y [se] **traduce**[n] a kilogramos los centímetros excedentes.*
- (iv) *El peso no debe variar de un par de kilos [...]. // Si es menor, **debe decretarse** una sobrealimentación; si hay de más, **corresponde someterse** al régimen de ejercicios o abstinencia de ciertos alimentos que hemos señalado, como única y discreta corrección.*

Como se puede observar, estas directivas no se expresan de manera típica (Ciapuscio, 1994: 77-87), es decir, a través del imperativo o el infinitivo con valor imperativo, sino altamente modalizadas (“es necesario”, “debe decretarse”, por ejemplo).

Esta modalización alta se explica porque no se trata de una instrucción pedida por el destinatario sino ofrecida por el diario para solucionar un problema. Cabe destacar que, pese a que tal problema sería –según ¹²¹atribuye el diario– propio de las mujeres, el texto no parece dirigido a ellas –que son las que deberían seguir estas instrucciones– de manera directa sino a los hombres –en el texto, los maridos de esas mujeres–, destinatarios de la práctica, como veremos luego.

La secuencia textual argumentativa cumple una función directiva de carácter mental pues apunta a un cambio de actitud: que los varones enfrenten la preocupación de sus mujeres por alcanzar la delgadez considerando que se trata de un equilibrio en el que interviene también la salud. La función directiva práctica es complementaria: qué hacer para lograr ese equilibrio. Ambas parecen articularse entonces bajo la forma de una doble condición: *si su mujer quiere ser delgada y quiere conservar la salud, que siga las cuatro directivas ofrecidas*. La función informativa es subsidiaria.

En otros casos, el diario pretende satisfacer, con instrucciones que se pretenden esperadas o demandadas por el destinatario, diversos problemas también individuales. Los títulos siguientes de dos notas, dan cuenta de otras configuraciones:

- (v) **¿DUERME USTED MAL? PUES ACOSTÚMBRESE A DORMIR BIEN Y APROVECHE EL SUEÑO. MANERAS DE CONSEGUIRLO**¹²²

¹²¹ Ver § 2.7 de esta parte.

¹²² 24/9/20, 4ª ed. p. 6.

- (vi) **REGULACIÓN Y AJUSTE DEL MAGNETO DE ALTA TENSIÓN. MÉTODO DE DESMONTARLO, INCLUSIVE SU REGULACIÓN**¹²³

Estos títulos sugieren ya enunciadores y destinatarios de diferente tipo, y por tanto, según se puede inferir, las instrucciones aunque pueden ser modalizadas, no establecen la misma distancia que en el caso recién visto. En el ejemplo (vi), se interpela al destinatario desde el título – “¿Duerme usted mal?”– y se ofrece una solución para un problema individual cuya solución no se presenta como “solicitada” al diario. En ese caso, las instrucciones, aunque modalizadas, son más claramente explicitadas como tales, hasta en el formato de “enumeración” que adquiere:

- (vii) [...] *se aconseja el lecho amplio y relativamente recio;*
- (viii) [...] *no debe utilizarse más de una almohada y eliminar los almohadones.*
- (ix) *El cuarto en que se duerme debe ser amplio y regado por la luz del día.*
- (x) *No deben dejarse flores ni animales dentro de la estancia en que se duerme [...] [y] conviene dejar un punto de aereación [sic] para el dormitorio, a fin de que reciba el aire directo.*

El ejemplo (vii) evidencia, en cambio, la instrucción de pasos necesariamente sucesivos típica de los procedimientos técnicos.

- (xi) *Comprendiendo los principales fundamentos antedichos, se facilita **aprender todos los pasos necesarios para la regulación del magneto.** [...] // 1: Comprendiendo los dos sujetadores de resorte, se desprende la placa del distribuidor del magneto, lo que deja visible el engranaje del distribuidor y la escobilla. // 2: Se retira la tapa sobre la cubierta del interruptor, desalojando el resorte que la sujeta. // 3: Se saca el tornillo de cabeza hexagonal que sujeta el interruptor. // 4: Se retiran los imanes fijos, desatornillándolos de su base. [...]*

El procedimiento así expresado adquiere mayor sentido con un gráfico que acompaña el texto.

Algunas instrucciones pretenden orientar comportamientos individuales cuya falta de realización podrían afectar al conjunto de la sociedad. Por esa razón, probablemente, son presentadas con menor grado de modalización y suelen depender de una secuencia argumentativa destinada a convencer al destinatario acerca de la necesidad de actuar. Por lo general no se trata de problemas cuya solución demanda el destinatario, sino de problemas sociales que el diario considera perentorio resolver. Un caso típico es el que presenta la siguiente nota en cuyos título y subtítulo se anticipan los rasgos que describimos:

- (xii) **EL PELIGRO DE LAS MOSCAS. DESINFECCIÓN DE ESTABLOS. HAY QUE MATAR LA MOSCA DE INVIERNO. PROCEDIMIENTOS PRÁCTICOS**¹²⁴

El deber de atacar la plaga se expresa claramente en la modalidad imperativo “hay que”, y luego, el subtítulo “Procedimientos prácticos” anticipa el desarrollo de pasos a seguir para cumplir con el objetivo de matar las moscas, que se presenta como de cumplimiento necesario e ineludible para la salud pública.

¹²³ 20/1/22, 4ª ed., p. 6 (sección “Automovilismo”).

¹²⁴ 14/11/18, 4ª ed. p. 4.

La práctica instruccional presenta pues algunas variaciones según la clase de cuestión que se presenta como objeto de la instrucción y los rasgos de los destinatarios específicos. Cabe señalar que hemos encontrado secciones, esto es, una unidad mayor, de carácter instruccional, como por ejemplo, hacia 1926, una que ya mencionamos por su temática: “Madres y niños – Puericultura – Educación física, moral e intelectual – alimentación – enfermedades”, destinada a instruir a las mujeres sobre las acciones necesarias para el cuidado exitoso del bebé. Como veremos¹²⁵, se trataba de una sección predominantemente instructiva, más allá de que alguna de las notas que la compusieran, pudieran ser sólo informativas. Y también, la sección “Automovilismo” contaba siempre con al menos una nota instructiva de algún procedimiento práctico.

Resulta claro que los temas de las notas con que hemos ejemplificado en estos párrafos las prácticas discursivas divulgativas e instruccionales serán retomados en la segunda parte.

2.5. Fuentes generales y áreas temáticas

Una vez descriptas las principales prácticas discursivas, en este párrafo recorreremos las grandes áreas temáticas del diario a efectos de ilustrar, desde la perspectiva de los contenidos y sus principales fuentes, la representación de *periodismo*. Cabe señalar que, dada esa finalidad, y los objetivos de nuestra tesis, no nos proponemos ser exhaustivos en la descripción de todos los contenidos temáticos del diario, tarea por cierto casi imposible, sino recorrer los ejes más habituales y que indican, precisamente, el carácter de “periodismo-sistema” en el que se pueden incluir las prácticas de «La Razón».

2.5.1. Las fuentes generales

Si bien las funciones sociales de vigilancia y orientación eran las funciones dominantes, no podían ejercerse sino en relación con una masa de datos, hechos, declaraciones cuyos rastreo, consecución y selección demandaban una amplia tarea de monitoreo cotidiano. El cumplimiento de la función social informativa, pues, requería de grandes esfuerzos. «La Razón» fue armando un sistema que le permitiera acceder a la mayor cantidad de información en el menor tiempo posible. La de carácter nacional provenía, hacia 1921, de un número variable –que superaba los cien y que se incrementaba paulatinamente– de redactores fijos que cubrían la Capital Federal y los municipios aledaños, y de un cuerpo de más de quinientos corresponsales distribuidos en las principales ciudades del país, quienes hacían uso, fundamentalmente, de la red telegráfica para transmitir lo recabado. La información internacional no sólo era obtenida de las principales agencias periodísticas europeas y norteamericanas –entre las más importantes, Havas, United Press y Associated Press¹²⁶– sino también de los corresponsales propios y colaboradores especiales distribuidos en varios países europeos. En este sentido, explicitaba su preocupación por obtener más y mejor información interpretada por los colaboradores europeos. El diario, como voz institucional, en un ejercicio bastante habitual de “metaperiodismo” –que se replicaba

¹²⁵ Parte II, capítulo 5, § 5.2.2. Morbi-mortalidad infantil y puericultura.

¹²⁶ La agencia Havas se originó en 1835, cuando Charles-Auguste Havas adquiere una oficina de traducción de diarios extranjeros, fundada en París en 1832 bajo el nombre “Correspondance Garnier”, y amplía los servicios hacia la recolección de noticias, con corresponsales permanentes; en 1865 se fusiona con la Sociedad General de Anuncios, que monopolizaba la publicación de anuncios publicitarios. En 1848, se funda la Associated Press en Estados Unidos, que a partir del 1900 será la agencia más importante del mundo. En 1851 Israël Beer Reuter, de origen alemán, funda en Londres la agencia que lleva su apellido, que se especializaría en la transmisión y la difusión de noticias financieras; la información de otra índole ocupaba en esta agencia un rol más secundario. En 1907, nace en Estados Unidos la United Press (Barbier & Bertho Lavenir, 1996: 186-187; también Thompson, 1993: 265).

en los anuarios— daba cuenta de la búsqueda e incorporación de tales colaboradores, proceso que se intensificó a partir de 1920, cuando comenzó a afianzarse en el campo. Así, por ejemplo, en el «Anuario» de 1921, presenta una sección titulada, específicamente “Corresponsales de «La Razón» en Europa”, en la que, tras explicar que nuestro país “en lo que se refiere a vida intelectual no forma sino una continuación del viejo mundo” y que los mismos problemas que afectaban a Europa afectaban a nuestra sociedad, se puede leer:

- (i) [...es] *de vital interés toda información acerca de los acontecimientos que ultra los mares se desarrollan, interés que se acrecienta cuando aquellos hechos son expuestos y examinados por publicistas cuyos solos nombres importan una garantía de ecuanimidad y suficiencia. // Inspirados en tales ideas hemos procurado siempre que «La Razón» contase entre sus corresponsales en Europa a hombres de reconocidos méritos, no regateando ninguna clase de sacrificio para el logro de nuestros propósitos.*¹²⁷

Y además de presentarlos en cada edición del «Anuario», el diario anunciaba cotidianamente la consecución paulatina de nuevos colaboradores o corresponsales especiales —las denominaciones aparecen como sinónimos en los textos—. El modo repetitivo de titular esos anuncios, con una frase idéntica que anticipaba el contenido —“Nuevo colaborador de «La Razón»”, habitualmente seguida del nombre¹²⁸—, evidencia el interés en destacar no sólo cada incorporación singular sino fundamentalmente la política editorial.

Aunque se ocupó de tener colaboradores en distintos países, resulta claro que privilegió a España. Entre los nombres es posible encontrar algunos conocidos y de prestigio y otros algo más ignotos: Ricardo León, Ramón Gómez de la Serna, Eugenio D’Ors, José Francos Rodríguez, Cristóbal de Castro, José Francés, Luis Bello, Eduardo Gómez de Baquero y Federico García Sanchiz¹²⁹ y M. de Azua¹³⁰. En Italia, contó con Maffio Maffii y con Carlos A. Salustri (alias Trilussa)¹³¹; en Alemania, con el periodista Alfred Zimmermann¹³²; en Austria, con el jurista

¹²⁷ «Anuario de La Razón», 1921, p. 87. “Publicista” remite al significado, actualmente menos usual en nuestra variante de castellano, de “persona que escribe para el público, generalmente de varias materias” (DRAE).

¹²⁸ Por ejemplo: “Nuevo colaborador de «La Razón» - Ricardo León” (29/5/20, 4ª ed., p. 5); “Doctor Arturo Mo - Nuevo colaborador de «La Razón»” (13/1/21, 4ª ed., p. 4); “«La Razón» en España - José Francés, nuestro nuevo colaborador” (26/2/21, 4ª ed., p. 4); “Eugenio D’Ors - Nuevo colaborador de «La Razón» en España” (1/7/21, 4ª ed., p. 4); “Nuevo colaborador de «La Razón» - Ramón Gómez de la Serna” (13/8/21, 4ª ed., p. 3); “Nuevo colaborador de «La Razón» - El doctor Emil von Hoffmansthal” (18/10/22, 4ª ed., p. 3); “Nuevo colaborador de «La Razón» - Mariano de Vedia” (19/9/23, 4ª ed., p. 3); “Un nuevo colaborador de «La Razón» - Trilussa” (12/7/24, 4ª ed., p. 7); “Nuevo colaborador de «La Razón» - El doctor León Schapiera” (21/4/25, 4ª ed., portada).

¹²⁹ Ricardo León (1877-1943), fue novelista y poeta; Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), escritor y periodista; Eugenio D’Ors (1882-1954), escritor, periodista, crítico de arte, filósofo; José Francos Rodríguez (1862-1931), fue un político, periodista y médico —produjo varios libros sobre higiene—, que visitó nuestro país con un cargo diplomático en enero de 1921, actividad que fue ampliamente cubierta por «La Razón». Cristóbal de Castro (1874-1953), fue escritor y político ligado a la izquierda; Eduardo Gómez de Baquero (1866-1929), periodista y crítico literario; José Francés (1883-1964), periodista, crítico de arte y novelista; Luis Bello (1872-1935), escritor, periodista y pedagogo; Federico García Sanchiz (1884-1964), escritor, “charlista” y académico de la RAE.

¹³⁰ El «Anuario» de 1922 (p. 52) lo presenta como “erudito historiador” que había investigado el origen de los apellidos españoles existentes en el Río de la Plata, y considera que su labor era “harto conocida”.

¹³¹ Maffio Maffi (1881-1957) fue periodista; dirigió varios diarios entre ellos «Corriere della Sera» entre 1928-1929, por orden de Mussolini, según la biografía publicada on line por la Biblioteca Digital del Centro Interuniversitario de estudios sobre Viaggio Adriático. Carlo Alberto Salustri (alias Trilussa, anagrama del apellido) (1871-1950) fue poeta aunque se lo reconocía más por sus sátiras político-sociales.

¹³² No hemos encontrado información a partir de los datos que brinda el diario en el «Anuario» de 1921 (p. 88), según el cual se trataría de un “escritor” y periodista alemán; probablemente se haya destacado sólo como periodista.

Emil von Hoffmannsthal¹³³. Además, en otras ocasiones, acudió a servicios temporarios de argentinos que viajaban a Europa, como Arturo Mo, un médico psiquiatra, y José P. Otero –autor de un libro editado en Buenos Aires bajo el título *Nuestro nacionalismo*, y de otros editados en París¹³⁴; de aquellos que emigraban, ya para radicarse –como es el caso de un teniente coronel llamado Julián Falcató– o ya para cumplir con alguna tarea diplomática, como el doctor León Schapiera, que se desempeñaría en el consulado argentino en Berlín.

Este detalle de los colaboradores o corresponsales europeos indica la amplitud de la orientación del interés cultural hacia Europa explicitada por el «Anuario» de 1921, y lo hace más nítidamente aún, si consideramos que no hay prácticamente información de corresponsales o colaboradores en territorio americano. A diferencia de estos colaboradores sobre los que se encuentra información más o menos reiterada en el diario –a medida que los conseguía– y en los anuarios, no hay información sobre otros. Por una nota de febrero de 1921, relativa al aumento de la población mundial, podemos saber que había un corresponsal en Nueva York, que la firma como “T. Pinochet”¹³⁵. En julio del mismo año, anuncia que el poeta peruano Santos Chocano escribiría para el diario. En la nota, reconoce explícitamente la diferencia en la atención prestada a Europa en relación con el resto de América:

- (ii) *El contraste es demasiado evidente para que no sugiera la necesidad que hay de reducir en lo posible, sus proporciones. Y más aun si se piensa que muchas veces la mirada de aquellos hermanos nuestros en civilización y lengua vuélvese a la capital del Sur, buscando la comunión espiritual propiciada por la consanguinidad étnica. A llenar en parte el vacío señalado se aplicará «La Razón» [...]*¹³⁶.

Aunque en la nota promete dedicarse a ampliar el cuerpo de corresponsales propios en América Latina, no hemos encontrado información sobre otras incorporaciones. La prioridad otorgada a Europa resulta clara consecuencia del origen de la mayor parte de la inmigración.

La insistente información sobre la consecución de colaboradores extranjeros puede entenderse como un indicio de, por un lado, su intención de instalarse y afianzarse en el campo periodístico argentino e internacional como un diario “serio”, a la altura de los grandes matutinos, «La Prensa» y «La Nación». Por el otro, como indicador de la finalidad de captar lectores, si no entre los extranjeros residentes en el país –muchos de los cuales eran analfabetos o no eran hablantes de castellano–, entre sus hijos ya alfabetizados y hablantes de español y, de ese modo, llegar a los destinatarios de buena parte de su “propaganda” e incluso competir con los muchos diarios de las diferentes colectividades. Claro está que, en relación con esas metas, también pretendía llegar a los avisadores.

La celeridad del ritmo informativo era también una preocupación constante, acicateada por la competencia, durante la etapa que estudiamos, de un alto y cada vez más amplio número de periódicos, y por los avances de la tecnología para la transmisión de la información¹³⁷. En 1922,

¹³³ Era un jurista vienés nacido en 1874 y fallecido en 1971.

¹³⁴ *L'ideal français et la guerre* y *La revolution argentine 1810-1816*, según informa en el «Anuario» de 1921, p. 88.

¹³⁵ “Aumento de la población universal”, 25/2/21, 4ª ed., p. 5.

¹³⁶ “Santos Chocano escribirá para «La Razón» sobre la vida de los países centro y sudamericanos”, 13/7/21, 4ª ed., p. 5. Santos Chocano tuvo importantes compromisos políticos con el gobierno peruano de Leguía, y recorrió buena parte de América Latina.

¹³⁷ En Argentina, la primera línea telegráfica fue inaugurada en 1857, y hacia principios del siglo XX, la red estaba ya bastante desarrollada. En cuanto al cable submarino, ya se había instalado uno en 1865 que unía Buenos Aires con Montevideo y, de allí, por línea terrestre, llegaba hasta Pernambuco, desde donde continuaba bajo el Atlántico hasta Europa. En 1874 se inició la instalación de otro cable, directo. En 1909, se tendió otro que pasaba por la isla

por un acuerdo con la agencia Havas, el diario comenzó a recibir despachos exclusivos a través de la “receptora del servicio sin alambres” que la agencia había inaugurado ese mismo año en Buenos Aires. En el Anuario correspondiente a ese año, el diario se felicita por tener “el honor de ser el primer diario del mundo que incorpora este progreso ¡para despachos a 13.000 kilómetros de distancia!” Otras informaciones provenían de revistas francesas, alemanas, inglesas o norteamericanas.

2.5.2. Los temas

En cuanto a la información internacional, durante el período de la Primera Guerra, en la portada de todas las ediciones, a dos o más columnas, a la derecha, aparecía uno de los pocos nombres de sección que abarcaban más de una columna en ese momento: “La guerra en Europa”, que consignaba telegramas de agencias internacionales. La función directiva de carácter argumentativo destinada a orientar la interpretación de las vicisitudes del conflicto solía cumplirse en otra sección, “Notas, impresiones y comentarios de la guerra”, que aparecía en lugar variable entre las páginas 3 y 6. En ella aparecían notas de corresponsales argentinos o firmadas por colaboradores europeos. Tras finalizar la contienda y durante varios años la sección de la portada fue reemplazada por “Servicio cablegráfico mundial”. Los hechos noticiosos relevados eran de orden político, social, cultural y científico. Al igual que con las secciones relativas a la guerra, la función directiva de interpretar los hechos –publicados o no como noticias en la sección de tapa– se cumplía en el interior del diario, en notas firmadas por colaboradores, a veces agrupadas en una sección eventual llamada, justamente, “De nuestros colaboradores europeos”. Pero en otros casos, la información internacional era comentada en sueltos. Otras cuestiones internacionales eran abordadas, además, por varias secciones eventuales con el nombre de “Crónicas...” (norteamericanas, de Chile, de México, etc.). La denominación de la sección no alude al género que nosotros llamamos “crónica”; se trataba, más bien, de una puesta al día de datos sobre el país de que se trataba y, en algunas oportunidades, informaba algún acontecimiento menor, con la estructura de un breve. A partir de 1920, apareció una sección –habitualmente en página 4 o 5– llamada “De todo el mundo”, con cables de agencia, especialmente de Associated Press, con una cantidad variable de notas breves sobre temas diversos de evidente menor importancia –desde simples curiosidades hasta datos científicos, desde policiales a deportivas–. Hacia mediados del período que estudiamos desapareció de portada el nombre de la sección referida a información internacional. La tapa comenzó a valorar información con un criterio de relevancia que implicaba, muchas veces, relegar al interior del diario la información del exterior.

El arco temático de la información noticiosa internacional era amplísimo, pero consideramos relevante destacar los temas políticos, económicos, tecnológicos, de infraestructura y de adelantos médicos, que ocupaban la mayor parte del espacio gráfico. En el primer caso, las representaciones de *patria*, *nación* y *república* están presentes en la valoración de los diferentes sucesos de la casi década y media que abordamos. Así, por ejemplo, festejó la Revolución Rusa como un avance democrático frente al zarismo, pero luego comenzaría a criticar el “maximalismo” bolchevique como irracional y como un retroceso. Se mostró a favor de la independencia de Irlanda tanto por el carácter republicano como por acordar con la posición de que se trataba de una unidad de carácter nacional. También apoyó un proyecto de Unión Centroamericana por la misma razón, aunque reconocía que la injerencia de Estados Unidos era

Ascensión. El último fue instalado en 1925 por Italia y España asociadas, y financiado por capitales reunidos por la comunidad italiana de la Argentina. Luego, los cables sufrieron la competencia de las radiocomunicaciones. En cuanto a las agencias, cabe ejemplificar con el caso de la francesa Havas, que comenzó a funcionar en Argentina en 1874. («La Razón», 13/9/21, tapa, 22/9/21, p. 4; Barbier & Bertho Lavenir, op. cit. p. 164).

una limitación importante. Posteriormente, aunque con ciertas tensiones, fue valorando progresivamente de modo positivo al fascismo italiano –siguiendo las líneas generales planteadas por la Liga Patriótica Argentina ya señaladas¹³⁸– La representación de *nación* incluía varios de los rasgos del concepto desarrollados en relación con la construcción de los estados europeos y que luego de la Primera Guerra tenían fuerte incidencia en los tratados de paz. Incluían cuestiones tales como la “viabilidad” de las “naciones”, el llamado “principio del umbral” –a partir del cual una “nación” era posible– y el “principio de nacionalidad” de Wilson (Cf. Hobsbawm, 1991: cap. I, en particular, p. 40 y 41).

La preferencia que el diario daba a España, si por un lado respondía al reconocimiento explícito de las raíces hispanas en la cultura nacional, por el otro parecía formar parte de una respuesta a la política del estado peninsular de acercamiento entre la ya por entonces denominada “madre patria” y sus naciones “hijas” frente a la estrategia norteamericana que incluía proyectos de unión aduanera y que se percibía como intención de dominación. Por los mismos motivos, probablemente, el diario comenzó a dirigir –tímidamente– su mirada a países americanos de habla castellana, aunque reservaba el *destino de hegemonía* para la Argentina –la “mayor de todas las hijas” de España–, como se infiere de la nota citada más arriba en relación con la incorporación de Santos Chocano como colaborador.

El resto de la información se centraba en los países europeos y la selección incluía cuestiones circunstanciales percibidas como de mayor o menor importancia pero que exceden los objetivos de esta tesis: formación de gobiernos, crisis políticas, el funcionamiento de la Liga de las Naciones, el rol de Argentina en esa institución, etc.

Posteriormente, a mediado de los años 20, el diario comenzó a organizar progresivamente una serie de suplementos dedicados a los principales países europeos y de donde provenía el mayor flujo inmigratorio: España, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra. En esos suplementos, abordaba cuestiones culturales, no noticiosas, y ofrecía información de carácter turístico.

En el plano de la información nacional, una mirada a las secciones permite dar cuenta a grandes rasgos de la diversidad y de la jerarquización de la información. Las ediciones incluían secciones eventuales de carácter informativo y de poca importancia gráfica, como “En la Cámara... (de diputados, de senadores)” o bien “En el Congreso”, y “En la Presidencia”. Otras secciones habituales, aunque podían aparecer en distintas páginas eran “Tribunales”, “Municipales”, “Salud Pública”, “En el Consejo Nacional de Educación” y, a partir de 1920, la sección “Liga Patriótica Argentina”, que informaba sobre las actividades de la organización dirigida por Manuel Carlés. Resulta evidente que se trataba de dar cuenta de la actividad oficial en sus distintos estratos. La LPA aparecía, así, en el mismo plano en que aparecían las instituciones oficiales. En todas estas secciones, habitualmente se publicaba sólo una nota, por lo general, un breve, cuando no una gacetilla –es decir, sólo el anuncio de alguna actividad por realizarse ulteriormente–.

Las tapas estaban dominadas por informaciones del exterior, como se dijo, durante una parte importante del período que estudiamos; y entre las locales, primaban las noticias políticas y sociales: conflictos de distinto tipo, huelgas, debates políticos, medidas tomadas por el estado, etc. De todos modos, cabe señalar que eran relativamente escasas las tapas en las que se destacara una noticia central, importante, que ocupara más de un cuarto de la superficie; por el contrario, lo habitual era una portada abigarrada de textos con títulos de tipografía menor y con

¹³⁸ Capítulo 1 de esta parte, § 1.2.2. La *fusión de las razas*; notas al pie 38, 40 y 41.

algunos recuadros de un octavo de la superficie, aproximadamente. Mientras estuvieron en tapa, la tipografía mayor estaba reservada para el nombre de las secciones “La guerra en Europa” y luego “Servicio Cablegráfico Mundial”; ahora bien, en el interior de tales secciones, se reproducía el mismo esquema general de la tapa en su conjunto, es decir, un abigarrado número de textos con títulos en tipografía menor que encabezaban, en la mayor parte de los casos, telegramas de agencia o de corresponsales propios.

Hasta 1922 muy raramente aparecían en portada temas policiales, deportivos, ni del ámbito del espectáculo o eventos privados de la “alta” sociedad¹³⁹, temas que se desarrollaban en el interior del diario, en secciones específicas: “Policía”, “En el mundo del sport” –hasta 1918– y “Crónicas deportivas”, “En el mundo del teatro” o “del cine”, “Sociedad”, denominaciones todas que podían sufrir algunas variaciones. Con excepción de los temas policiales que podían aparecer en la segunda o cuarta página, las secciones deportivas y de espectáculo habitualmente se encontraban a partir de la quinta o sexta. Luego de 1922, tras la muerte de José Cortejarena, comenzaron a aparecer en tapa hechos policiales que se consideraban excepcionales –crímenes impactantes– o temas considerados de interés general –accidentes espectaculares, hechos “extraños” como manifestaciones de fantasmas, a tono con ciertas tendencias de la época, como el espiritismo, y algunos eventos deportivos que despertaban fuerte expectativa popular–. Ya más cerca de 1930 comenzaron a aparecer en tapa temas del deporte más habitualmente.

Esta variación durante el período da cuenta de, por un lado, la fuerte competencia con otros periódicos vespertinos, populares, –«Crítica», por ejemplo–; por el otro, también de la incidencia de diversas representaciones sociales. En general, los deportes comienzan a aparecer en tapa cuando se trataba de competencias en las que argentinos se enfrentaban a extranjeros, pero también cabe señalar que por esa época comienza a masificarse el interés por algunos deportes, como el fútbol que, practicado casi con exclusividad por la colonia inglesa hasta fines del siglo XIX, y de exclusivo interés de la élite, comienza a ser practicado por los jóvenes inmigrantes italianos y españoles, y a popularizarse rápidamente a través de la formación de clubes y ligas no sin conflictos –en el plano de las representaciones– acerca de los modos de jugarlo (Cf. Di Giano, 2004). La exitosa gira de Boca Juniors por Europa realizada en 1925 y los logros internacionales de la selección nacional de fútbol –que culminaría, en nuestra etapa de estudio, con el primer campeonato mundial disputado en Uruguay en 1930, en el que sería subcampeona–, son indicadores de ese proceso. El box vivió un proceso similar, y en 1923, la famosa pelea de Luis Ángel Firpo con Jack Dempsey, acaparó la atención masiva de los argentinos. Sucesos todos cubiertos por la prensa en general y también por «La Razón», que le dedicó tapas.

La paulatina mayor importancia asignada a casos policiales probablemente se deba a que, como sostiene Gayol (2004), aún como un mal, la delincuencia –en su cantidad y en sus modalidades– era percibida como un rasgo de modernidad que colocaba a Buenos Aires a la altura de las grandes ciudades europeas (ver también Caimari, 2009). Cabe señalar que, incluso en momentos álgidos, en los que aumentaba la cantidad de delitos –o la percepción de mayor número de casos–, el diario mantuvo una posición contraria a la instauración de la pena de muerte –por los segmentos polémicos de las notas resulta claro que había sectores que la proponían como solución–, y se asombra de que en Estados Unidos se acudiera a ella¹⁴⁰. Sus quejas apuntaban, en cambio, más hacia el accionar de la policía, que era considerado ineficiente por el diario, en la medida en que estaba dirigido a la represión y no a la prevención del delito. En tal sentido,

¹³⁹ En algunos casos, hay información de eventos privados de sectores más bien medios, pero presentados del mismo modo en que los diarios más tradicionales presentaban los de los sectores de la élite “aristocrática”.

¹⁴⁰ Así, por ejemplo, “In anima vile...”, suelto, 8/1/23, 4ª ed., portada; “¿La pena de muerte?”, suelto, 9/10/26, 4ª ed., portada. Nótese la importancia asignada al tema: los dos sueltos fueron publicados en tapa.

oponía serios reparos a un argumento conocido y evidentemente esgrimido por la policía: la ineficiencia no parecía residir, para «La Razón», en las leyes y en las pocas atribuciones otorgadas a ese cuerpo¹⁴¹. Aun así, hacia 1930, abogará por el dictado de una “Ley de Vagancia”, que permitiera a la policía actuar en el caso de personas sin ocupación, aun cuando no tuvieran antecedentes penales¹⁴². La compleja problemática del delito tiene para el diario otras dos aristas, relativas a las causas del “flagelo”. Por una parte, la vincula con la inmigración; por la otra, con cuestiones relativas a la educación de los jóvenes. Como es posible esperar, atribuye parte del aumento del delito a la inmigración, creencia que entra en conflicto con otra relativa a la necesidad de mantener y aumentar el flujo inmigratorio. Así, por un lado, hacia fines de la década del 20, insiste en que no se deben poner demasiados controles a los inmigrantes en los consulados europeos pues eso espantaría a los candidatos y generaría la creencia entre los europeos de que nuestro país no requería más trabajadores, lo cual, por otra parte, favorecería a los otros países receptores de inmigrantes, como Brasil, Australia o Canadá. En tal sentido, plantea que los controles que se habían impuesto justamente para evitar la llegada de *indeseables* en realidad sólo evitaban que llegara al país la inmigración *buena*, pues aquéllos llegaban de todos modos¹⁴³; insiste, posteriormente, sin embargo en que hay fallas en los controles¹⁴⁴. Esa tensión no aparece resuelta en el discurso del diario. Hay arista relativa a la educación de los jóvenes que veremos luego, pero que no alcanza a resolver del todo las contradicciones. Conviene insistir en que, pese a estos argumentos sostenidos a lo largo del período, el diario parecía renuente a incluir las cuestiones policiales en tapa y a darle tratamiento gráfico importante, salvo en algunos casos percibidos como espectaculares. Cabe señalar que, obviamente, cuando tematiza los hechos delictivos en la sección de policiales, no aparece la problemática social –la pobreza, la marginación, etc.– como causa posible; sin embargo, cuando aborda algunas cuestiones sociales –como veremos¹⁴⁵, por ejemplo, la falta de atención a los niños y adolescentes o la acción de videntes y curanderas– sí plantea la vinculación entre los dos aspectos.

Al igual que con los hechos policiales, los accidentes –automovilísticos, especialmente– también aparecen bajo la doble mirada que propone Gayol respecto del delito: constituyen un rasgo propio del crecimiento urbano, y son un problema; sin embargo, a la vez, son también un rasgo de modernidad de la ciudad, modernidad que enorgullecía.

También en cuanto a espectáculos, hay muy poco en tapa. Paulatinamente irá dando un lugar más destacado a la sección sobre cine y teatro, en el interior del diario, y aumentando –con el avance de las posibilidades técnicas– la cantidad y el tamaño de las fotografías de actrices y actores, a la vez que insistirá, aunque cada vez con menos frecuencia, en sus ataques contra la *noctambulidad* que consideraba perniciosa para la salud y el trabajo. En los inicios del período que estudiamos evidenciaba una mirada moral sobre el mundo del cine, el teatro y otros entretenimientos populares, cuando daban lugar a excesos que perjudicaban la fortaleza de la “raza”¹⁴⁶. Favorecería, en cambio, el cine con valor pedagógico y/o divulgativo; es extensa la lista de notas que tematizan el uso del cinematógrafo para fines no artísticos ni de entretenimiento, entre ellas, por ejemplo, “El cinematógrafo contribuirá al conocimiento de la historia y las ciencias en la Argentina”, “El cinematógrafo en las escuelas” o “El cinematógrafo al servicio de la ciencia”¹⁴⁷.

¹⁴¹ “Crimen, criminales, policías y leyes”, 20/7/30, 6ª ed., p. 13. También en el suelto de 1926 citado en nota al pie anterior.

¹⁴² “Ley de Vagancia”, 1/8/30, 6ª ed., p. 16.

¹⁴³ “En Italia circula la versión de que ya no necesitamos inmigrantes”, editorial, 12/3/26, 4ª ed., portada.

¹⁴⁴ “Crimen, criminales, policías y leyes”, 20/7/30, 6ª ed., p. 13.

¹⁴⁵ Parte II, capítulo 5, § 5.2.3. Los jóvenes en peligro y §5.4. El curanderismo.

¹⁴⁶ Un ejemplo entre muchos: “Problemas pedagógicos de actualidad” (suelto), 24/8/20, 4ª ed., p.5.

¹⁴⁷ 1/1/21, 4ª ed., p. 3; 3/2/22, 4ª ed., p. 5, y 14/4/24, 4ª ed., portada, respectivamente.

En cuanto a lo nacional, las noticias económicas ocupaban un lugar muy importante. Las que no aparecieran en tapa tenían una sección fija: “En los mercados” o “Comercio-Industria-Agricultura-Ganadería-Bolsa-Bancos”, en algunas oportunidades. A partir de 1920, “Agricultura y Ganadería” fue una sección aparte, aunque no quedaría limitada sólo a la perspectiva económica sino que incluiría también algunos consejos prácticos –como épocas de siembra y cómo preparar la tierra, por ejemplo, y los “almanaques”, esto es, una colección de consejos prácticos, recetas, etc. para los habitantes del campo–. También había una sección eventual: “En la Bolsa...” (de Comercio o de Cereales), para cuestiones ligadas al mundo de las finanzas, desde una mirada más política.

Pero el desarrollo industrial, como vimos, formaba parte de la representación central, la de patria, y en tal sentido era un eje tematizador que atravesaba secciones y se replicaba en relación con diversos aspectos, algunos de los cuales atañen a las cuestiones de ciencia, tecnología, medicina, así como a la educación, cuestiones sobre las que volveremos. De manera más general, es posible observar que el diario se interesaba por la utilización de todas las materias primas y el desarrollo de la infraestructura; insistió en la utilización del petróleo argentino y en la consecuente explotación eficiente de los yacimientos, primero, de Comodoro Rivadavia, luego del proveniente de Mendoza y de Neuquén. En una muestra de actitud nacionalista francamente antiimperialista, planteaba que la explotación petrolera debía estar en manos del Estado y rechazaba explícitamente la posibilidad de que se asociara con empresas extranjeras¹⁴⁸; insistió en la necesidad y en la posibilidad cierta de reemplazar la hulla inglesa por carbón nacional; tempranamente, consideraba necesario estimular las investigaciones sobre el uso del alcohol en reemplazo de la nafta para ahorrar recursos¹⁴⁹; o planteaba la necesidad de desarrollar fuentes de energía que hoy llamaríamos renovables ante la expectativa –explicitada– de que en algún momento se iría a terminar el carbón y el petróleo: informaba entonces, por ejemplo, sobre la posibilidad de desarrollar las fuentes hidroeléctricas –la “hulla blanca”–, y se entusiasmaba sobre las posibilidades que, en ese sentido, ofrecía nuestro país¹⁵⁰. También se ocupó tempranamente del cuidado del ambiente y del uso racional de los recursos naturales. Promovía la realización de exposiciones industriales y la protección de las industrias nacionales por parte del Estado, y en ese sentido realizó campañas periodísticas para convencer al “pueblo” de la buena calidad de los productos argentinos, a la vez que se quejaba de que estuviera instalada culturalmente la valoración positiva de todo producto extranjero. Como se dijo más arriba, en relación con este desarrollo fomentó la construcción de caminos y, además, de la ampliación de la red ferroviaria y de la marina mercante. La banca y las finanzas debían estar armónicamente al servicio del desarrollo mediante el crédito. A la vez, fustigaba a los argentinos ricos que dejaban el dinero en los bancos en lugar de volcarlos a la producción. En cuanto a la ganadería y agricultura, durante la Primera Guerra insistía en la necesidad de aumentar la producción mediante la ampliación de las tierras cultivadas y de la distribución de semillas para los pequeños agricultores y denunció la especulación de los “acaparadores”.

¹⁴⁸ Muchas notas van en el mismo sentido, entre ellas, las más notorias son “Combustible líquido – Una fuerte compañía extranjera pretende la explotación de los yacimientos fiscales de petróleo – [...] – El gobierno no necesita socio” (16/11/22, 4ª ed., p. 4), y otra en la que el diario cede el espacio a otra voz: “La rivalidad anglo-norteamericana por el petróleo” (17/1/23, 4ª ed., p. 8), firmada por Pedro Amado Inchausti, quien luego sería autor de un libro titulado *Fundamentos del socialismo: las teorías marxistas y sus rectificaciones novísimas*, publicado en Madrid en 1933 y con impresiones también en México. También: “Gas de leña y petróleo – Datos interesantes” (24/5/17, 4ª ed. p. 5), “Llegada del petróleo mendocino” (13/12/18, 4ª ed., p. 5).

¹⁴⁹ “Alcohol por nafta – Aprovechamiento del producto nacional”, 7/8/17, 4ª ed., p. 3.

¹⁵⁰ “Una fuente de energía que permanece casi inexplorada en todo el mundo – La progresiva utilización de la hulla blanca podrá substituir al carbón y el petróleo”, 21/9/25, 4ª ed., p. 5.

Aunque no proponía una reforma agraria –más bien estaba lejos de hacerlo–, el diario no dejaba de mostrar su malestar con la existencia de al menos cierto tipo de latifundio, a través, especialmente, de notas editoriales¹⁵¹. Pero el concepto de *latifundio* era muy restringido, según define en un suelto de 1923: “Desde luego, no puede considerarse “latifundio” sino aquellas tierras estériles por falta de labor efectiva o abandonadas por sus propietarios”¹⁵². Y explicita aun más: “La concentración [de la tierra] en menos propietarios no perjudica a la colectividad; lo que se debe impedir es el estacionamiento o el abandono de grandes extensiones de campo”. El significado de *abandono* parece ser el más próximo al término jurídico: descuido de los intereses o las obligaciones¹⁵³. Por otra parte, considera que cualquier intento de mejorar la distribución de la tierra no debe tratarse “en ningún caso de algo que se asemeje a un despojo de la propiedad” puesto que “en los países como el nuestro siempre ha sido bien adquirida”. El mero hecho de afirmar que la adquisición ha sido bien realizada pone bajo sospecha el contenido del aserto pero, de todos modos, como se puede ver, el diario no duda en negar de antemano cualquiera de los cuestionamientos respecto del origen de las grandes propiedades que evidentemente eran realizados en algunos círculos políticos. Justificaba la propiedad de grandes extensiones inexploradas en manos de terratenientes sólo en la Patagonia en función de que, a su criterio, se trataba de tierras pobres para la ganadería y la agricultura. En el marco de esa posición, en el suelto de 1923 lista las grandes extensiones de tierra en manos de los pocos propietarios, y cita como fuente un trabajo realizado en la provincia de Buenos Aires. La propuesta que le parece más adecuada para enfrentar el problema no es pues la expropiación lisa y llana sino la aplicación de gravámenes progresivos para las tierras improductivas y llegar a expropiar sólo en los casos extremos. Bregaba, entonces, por una política de colonización que implicaba la distribución, en principio, de las tierras fiscales, y luego, de las que eventualmente se expropiaran –pero no por despojo a propietarios–; tal distribución debería realizarse a través de créditos a largo plazo y bajo interés, entre pequeños agricultores y en especial, entre trabajadores inmigrantes –retomando desde este ángulo de la propiedad de la tierra, la necesidad de atraer la inmigración– de modo tal que, además de aumentar la producción, se distribuyera la población en todo el país en lugar de permitir la concentración urbana en la ciudad de Buenos Aires y se facilitara un desarrollo más armónico. En tal sentido, en el mismo suelto de 1923, al inicio, saluda la intención que adjudica al gobierno recién asumido de Alvear de enviar un proyecto de ley orgánica para la colonización, y en el cierre, reclama que Alvear y el Congreso Nacional actúen en ese sentido. Consideraba que la colonización formaba parte de un “binomio” conceptual con la inmigración y proponía que oficialmente se estimulara la formación de empresas privadas para llevar adelante la tarea de colonizar. Hacia 1930 mostraría el ejemplo, en ese sentido, de una colonia de Balcarce. En la misma dirección, aunque consideraba positivos los avances incluidos en la Ley de Arrendamientos Rurales (11.170) de 1921, bregaba por mejorar las condiciones a favor de los pequeños productores, lo que dejaba al diario próximo a los reclamos de la Federación Agraria Argentina, constituida en 1912, tras el “Grito de Alcorta”. En relación con la producción agrícola y ganadera, también pedía la creación de campos de experimentación. En todos los casos, excepto para el petróleo, consideraba que el poder político debía imponer las normas y defender el capital nacional con políticas proteccionistas, y el sector privado debía realizar los emprendimientos. Como siempre, para el diario se trataba de una cuestión de equilibrios: criticaba los subsidios “excesivos” a ciertas industrias en detrimento de

¹⁵¹ “Nuestra ausencia en Ginebra”, editorial, 10/10/22, 4ª ed., p. 3; “Mucha tierra y ninguna”, editorial, 24/11/22, 4ª ed., portada; “La rémora del latifundio”, editorial, 29/11/22, 4ª ed., p. 3; “Valor del inmigrante”, editorial, 1/12/22, 4ª ed., p. 3; “El factor tierra”, editorial, 22/1/23, 4ª ed., p. 3; la nota ya referida “En Italia circula la versión de que ya no necesitamos inmigrantes”, editorial, 12/3/26, 4ª ed., portada; “Colonización e inmigración organizadas”, suelto, 1/8/30, 6ª ed., p.16.

¹⁵² “Uno de los más importantes problemas que deberá resolver el actual gobierno”, 30/1/23, 4ª ed., p. 3.

¹⁵³ Así también define “abandonar” el DRAE en la 8ª acepción.

otras.

La *cuestión social* no tenía una sección específica. La mayor parte, pues, de los asuntos relativos al movimiento obrero y a los trabajadores en general –huelgas, fundamentalmente– aparecían en sueltos o en crónicas, o en diferentes géneros dentro de una cobertura particular. Es posible observar dos grandes líneas temáticas: lo referido a las clases trabajadoras desde el punto de vista gremial y político, y a las cuestiones de vivienda y de salud pública, aspecto este último al que nos dedicaremos en la parte II, capítulo 5. La primera de las líneas mencionadas ocupaba poco espacio en el diario: salvo los espacios que oportunamente dedicaba a huelgas o conflictos importantes –frente a los cuales, como se dijo antes, el diario tenía una posición en general reaccionaria, más allá de la aceptación eventual de la validez de los reclamos–, que merecían crónicas, sueltos y hasta editoriales, sólo una pequeña sección denominada “Movimiento Obrero”, casi a modo de una gacetilla, daba cuenta de las actividades institucionales normales de los distintos gremios. A veces, sólo se daba cuenta de asambleas, elecciones, etc.; eventualmente, podía consignar un conflicto, aunque evaluado como suficientemente menor como para no merecer más que un breve. Pero la presencia de esta sección es un indicio de que valoraba en alguna medida la institucionalidad y representatividad de los gremios, a los que asignaba un rol importante en el modelo de inclusión jerarquizada de los trabajadores que el diario, al menos discursivamente, propugnaba. En general, pues, «La Razón» consideraba necesario desarrollar una legislación social. Así, por ejemplo, en 1920, en un suelto cuyo núcleo informativo era que el Senado se disponía a sancionar algunas leyes laborales, el diario se quejaba de que el gobierno no tuviera un plan integral que contemplase una ley de asociaciones gremiales, la conciliación en el caso de conflictos y el arbitraje –pues se alarmaba por las huelgas y consideraba que esos dispositivos legales eran herramientas para encausarlas–, el contrato colectivo de trabajo, pero aun así, destacaba que las leyes a tratar, si bien insuficientes, eran necesarias. Asimismo, valora que las leyes a debatir y aprobar, ayudarían equiparar al resto de los trabajadores, al menos los de servicios públicos con los trabajadores ferroviarios, en cuanto a una serie de beneficios –como la Ley de pensiones, de retiro, de vejez e invalidez–¹⁵⁴. Un año más tarde, a través de una nota informativa¹⁵⁵, apoyaría explícitamente, por ejemplo, un petitorio de los Círculos de Obreros¹⁵⁶, cuyo eje argumental era que la falta de equidad entre trabajadores y patrones, entre propietarios de la tierra y arrendatarios atentaba contra la patria en tanto impedía que el obrero se sintiera parte de ella al no ser tratado en igualdad de condiciones:

- (i) *Para que se haga carne en el espíritu de la clase obrera y de los ciudadanos en general este sublime concepto de patria, es imprescindible que, a cambio de la devoción cariñosa, él sea amplio y le brinde satisfacciones equivalentes.*

El petitorio reclamaba una serie de leyes que incluían cuestiones tales como una amnistía para los “infractores a los deberes militares” y una “reglamentación severa de la venta de alcaloides”, la represión de los “trust”, alquileres de vivienda y arrendamientos agropecuarios, jornada de ocho horas, la prohibición del pago del salario en otra cosa que no fuera moneda de curso legal, cuestión esta última que reaparecería en otras notas posteriores en las que el diario bregaba por la ley de “defensa del salario” y que, según el diario, venía siendo discutida desde al menos 20 años

¹⁵⁴ “Se anuncia la sanción de varias nuevas leyes obreras - ¿Satisfacen las necesidades del momento?”, 23/9/20, 4ª ed., p. 6.

¹⁵⁵ “Es imprescindible sancionar diversas leyes que beneficien al pueblo”, 2/8/21, 4ª ed., p. 7.

¹⁵⁶ Se trata de los círculos católicos que había fundado el cura Francisco Grote, el 2/2/1892. Según la página oficial de la Federación de Círculos Católicos de Obreros, por entonces no llevaban la atribución “católicos” en la denominación por decisión del fundador, que quería que los círculos fueran abiertos para atraer trabajadores eventualmente “a ganar para Cristo”. La finalidad era la “armonización de clases y mejoramiento de la vida de los trabajadores y sus familias”. Cf. www.fcco.com.ar/historia/ Consultada el 3/3/2014.

antes¹⁵⁷.

Aunque reclamaba un plan integral de legislación social –que además de lo señalado, incluía los sistemas de seguro de salud o la organización de mutuales, cuya constitución e integración en grandes sistemas alentaba–, de todos modos apoyaba y valoraba positivamente la sanción de leyes puntuales¹⁵⁸ –por ejemplo, la “Ley de la silla”–. En cuanto al sistema de jubilación, insistió en repetidas oportunidades con el reclamo de incluir también a los periodistas¹⁵⁹. Sin embargo, no acordaba con la incipiente legislación que pretendía imponer, en algunas provincias –como en Tucumán, por ejemplo–, el salario mínimo, con argumentos de corte paternalista y proponía en cambio la formación de operarios en escuelas técnicas que estuvieran en condiciones de obtener mejores sueldos¹⁶⁰.

Y, a la vez, se oponía tenazmente a las huelgas. Así, en el caso de la huelga ferroviaria de veintiocho días del año 17, si bien consideraba válido el reclamo y atribuía la responsabilidad a los patrones y el Estado, el diario dio cuenta discursivamente del boicot que organizó para distribuir no sólo los diarios sino también sueldos, correspondencia y trámites bancarios en el interior del país, a través de automóviles propios que hacían los recorridos del tren¹⁶¹. Es que el diario se situaba, como se ha dicho más arriba, en una línea de derecha “moderada” (McGee Deutsch, 2005: 21-22), en tanto expresión de cierto grado de rechazo al liberalismo clásico, lo que no excluía la posibilidad de acudir a la represión violenta –y justificarla– si la consideraba método necesario para mantener el orden establecido que creyera amenazado, aunque lo hiciera a través de eufemismos –reclamaba “firmeza”, habitualmente– y aun cuando se tratara de acciones paraoficiales, como las diversas participaciones de rompeshuelgas de la Liga Patriótica Argentina entre 1919 y 1922: la Semana Trágica y la represión de los peones rurales patagónicos –cuando la LPA colaboró con Varela– (p.125-133, 144); y, aun antes, desde 1918, las acciones de la Asociación Nacional del Trabajo (p. 114). Y el propio diario acudió a rompeshuelgas, presumiblemente de la LPA, durante el conflicto que mantuvo con los canillitas en 1922, conflicto que incluyó el asesinato de un trabajador a manos de aquellos (Saítta, 1998: 57-60). A partir de 1922 y hasta el final de la década, con el descenso de la conflictividad obrera, la LPA se dedicó a actividades organizativas de distinto tipo, tendientes a disciplinar y, si se quiere, argentinizar a la clase obrera (p. 111 y 144), y, como se dijo antes, «La Razón» dio cuenta sostenidamente de esas actividades en una sección tipo gacetilla con la denominación de la organización. Además de informar sobre conferencias, reuniones y asambleas, y otras actividades institucionales, en esa sección presentaba un verdadero monitoreo del estado de los conflictos obreros menores –según versión de la LPA–. En ese aspecto, las dos secciones parecían atender a los mismos sucesos, pero es probable que la ubicación de un conflicto en una u otra sección dependiera de la fuente.

Se trataba, pues, de reconocer derechos hasta cierto punto, pero también de rechazar cualquier intento de acceder materialmente a tales derechos a través de huelgas. Y a los sindicatos se les

¹⁵⁷ “Defensa del salario”, editorial, 26/10/23, 4ª ed., p. 3.

¹⁵⁸ Además de la nota señalada antes, también se puede ver, por ejemplo, “La nueva ley sancionada ayer sobre trabajo de mujeres y menores varía fundamentalmente la situación actual – Los industriales y comerciantes deben tomar nota de las disposiciones que ella establece”, 1/10/24, 4ª ed., portada.

¹⁵⁹ Por ejemplo: cuatro notas con el título “Jubilación de periodistas”, 20/7/20, 4ª ed. p. 5, 25/8/20, 4ª ed. p. 4, 2/1/22, 4ª ed., p.3 y 7/2/22, 4ª ed., p. 3; “Jubilación de periodistas – Un nuevo proyecto presentado por un grupo de diputados”, 27/8/20, 4ª ed., p. 5; “Jubilación de periodistas – Trabajo en las panaderías”, sección “Notas parlamentarias”, 13/7/21, 4ª ed., portada.

¹⁶⁰ “Escuelas industriales”, editorial, 7/1/22, 4ª ed., p. 3.

¹⁶¹ Describe lo actuado de manera general y lo justifica en el «Anuario de La Razón» de 1917 –editado en 1918–, p. 236.

parecía adjudicar, en ese esquema, precisamente un rol de contención o de canalización del descontento obrero por vías de la negociación “razonable”. Cabe señalar que, aun cuando discursivamente asumiera posiciones favorables a las leyes sociales, prácticamente nunca el diario incluyó voces de los trabajadores en su espacio enunciativo: en las prácticas discursivas del diario, el obrero en particular y los trabajadores en general eran referidos pero nunca interpelados y, mucho menos, convocados. Una de las pocas excepciones es una nota de 1926, que se presenta como entrevista clásica a alguien que es presentado como “obrero del riel”, perteneciente a la Unión Ferroviaria, pero sin nombre propio. El motivo es una medida de fuerza –el inicio de trabajo a reglamento– con motivo de un conflicto salarial con varias de las por entonces empresas ferroviarias¹⁶²: en el discurso supuesto del obrero –o del obrero supuesto–, que el diario transcribe sin comentar, obviamente la medida de fuerza –que no es una huelga– aparece justificada.

En la misma línea de las razones en que sustentaba su posición en relación con los trabajadores, hacia el final del período, como se anticipó¹⁶³, no ocultó sus simpatías con varios de los rasgos del fascismo italiano, aunque también dio lugar a opiniones diversas que matizaban tales miradas de simpatía. En general, desde el momento del ascenso de Mussolini al poder, «La Razón» lo aceptó con entusiasmo y justificó la violencia pues, a su criterio, había sido necesaria para restablecer el orden frente a una patria y una producción amenazadas por lo que entendía era “otra violencia” –esto es, las huelgas y manifestaciones obreras, la más importante entre las cuales fue la huelga general de julio de 1922, que la nota no enumera–. Pero considera que luego, cuando ya no fue necesaria porque se había tomado el control de la situación, el fascismo había tomado a su cargo la tarea “difícil y pesada de la reconstrucción”. Lo hizo en varias notas publicadas más o menos inmediatamente a la toma del poder por Mussolini, el 30 de octubre de 1922¹⁶⁴, tras la Marcha sobre Roma. En 1924, publica una nota, firmada por Aníbal Latino¹⁶⁵, en la que este periodista –con bastante prestigio en la época– valora aspectos que considera positivos –en suma, haber sacado a Italia del “abismo”– pero los sopesa en relación con otras conductas de Mussolini que considera autoritarias y difíciles de aceptar para una perspectiva democrática. Unos años después, en 1926, una nota firmada por el militante de la Liga Patriótica Argentina Diego Cilea, vuelve a elogiar el régimen fascista y explicita la analogía entre la violencia desatada por el fascismo italiano y la empleada por la LPA en nuestro país, y justifica ambas en la necesidad imperiosa de doblegar al comunismo que, en su visión, se había apoderado de la clase obrera. Esa violencia era para el firmante, “una válvula de seguridad en la vida de la República”. Y señala que, una vez controlada la situación, la LPA se dedicó “a obras

¹⁶² “Un obrero del riel nos habla cuatro minutos del conflicto ferroviario”, 26/4/26, 4ª ed., portada. Solía hacer referencia en el título al tiempo acordado a la entrevista (por ejemplo: “A los pocos días de cumplirse el cuarto mes del nuevo gobierno - Veinte minutos de conversación con el doctor Marcelo T. de Alvear”, 8/2/23, 4ª ed., portada). El tiempo de duración de la entrevista referido en el título parece indicar el grado de importancia asignado.

¹⁶³ Cuando nos referimos a las prácticas de tipo directivo en este mismo capítulo (§2.4.2.2).

¹⁶⁴ La nota más claramente doctrinaria, es un recuadro importante, sin firma, titulado “Esencia, programa y método del fascismo italiano”, del 10/11/22, 4ª ed., p. 4, de la que provienen las citas textuales. Pero hubo otras por esos mismos días, todas laudatorias: “Fascistas”, suelto, 31/10/22, 4ª ed., portada; “Primer discurso de Mussolini: claro, concreto, patriótico”, suelto, 17/11/22, 4ª ed., portada; “Impresiones de un argentino en Italia – El advenimiento del fascismo y la situación peninsular”, una entrevista glosada a un “doctor Ángel Tagliabue”, presentado como argentino que hacía turismo en Italia. Sólo habrá una nota crítica respecto del fascismo en esta etapa inmediata al ascenso de Mussolini al poder, pero relativa a un tema de propio interés: se trata de un suelto titulado “Malos vientos para el periodismo” (14/11/22, 4ª ed., portada), en el que condena la violencia ejercida por el fascismo contra una imprenta de diarios en Italia, aunque la minimiza frente a otra ocurrida por la misma época en Turquía.

¹⁶⁵ “Mi impresión sobre Mussolini y sobre el fascismo”, 23/7/24, 4ª ed., p. 7. “Aníbal Latino” era el pseudónimo del periodista italiano José Ceppi, radicado en nuestro país, que escribía para el diario «La Nación» y que fue el primer director de la Biblioteca del Congreso de la Nación entre 1906 y 1911 (Mayochi, 2003).

magníficas de paz, de humanidad y de cultura”¹⁶⁶. Se trata, pues, de la representación propia de una derecha más o menos moderada que, sin embargo, no dudaba en acudir a la violencia cuando lo consideraba necesario en, aquellas situaciones en que veía amenazado su control político, social y/o económico (Cf. McGee Deutsch, 2005: 144). El mismo año, unos meses después, sin embargo, la columna de opinión “Frente al fascismo”, bajo la firma de Henri Barbusse¹⁶⁷ –a la que nos referimos más arriba¹⁶⁸–, que expresa sin ambages su posición pacifista, pro-comunista y, obviamente, de condena al fascismo. Sin embargo, una posición tan taxativa de rechazo al fascismo aparece casi como una solitaria excepción, probablemente basada en el hecho de que Barbusse era en la época un escritor conocido, con premios, y colaborador más o menos habitual del diario. Probablemente fue ese prestigio el que permitió que «La Razón» le concediera la palabra, en un ejercicio de “libertad de expresión” individual que extremaba los límites de lo que podía aceptar publicar. Cabe señalar en ese sentido que no hay notas sin firma –esto es, que expresen la posición del diario– contraria al fascismo; sí las hay, como se vio, con miradas de simpatía¹⁶⁹.

La mayor parte de los acontecimientos del interior del país aparecían en la sección “Telegramas de toda la República”, que ocupaba habitualmente la segunda página, y eventualmente la tercera. Internamente, los telegramas se agrupaban por provincia. Se incluían aspectos políticos, sociales, municipales, sanitarios, administrativos, entre otros, es decir, desde el punto de vista de los hechos o datos informados, era una miscelánea. En la mayor parte de los casos, estas noticias quedaban en la sección y no merecían mayor tratamiento. En otros casos, los menos, las noticias publicadas en esta sección en la primera edición, aquellas a las que el diario otorgaba alguna significación, eran tematizadas luego en sueltos. Cabe señalar que los problemas más complejos y relevantes habitualmente no aparecían en esta sección sino que, desde que la noticia llegaba a la redacción, ya era tratada más ampliamente en la edición más temprana.

En el plano cultural, el diario se interesa por las asociaciones civiles y sociedades culturales, el campo periodístico mismo, la educación y la ciencia. En efecto, por un lado, se observan secciones fijas, menores en extensión y con poca importancia gráfica asignada, dedicadas a “Sociedades culturales”, “Conferencias”, “Bibliografía”, “Universitarias” (a veces “Mundo Estudiantil”) y “Periodismo”, y por el otro, sueltos y coberturas específicas. Las secciones nombradas aparecían a partir de la quinta o sexta página. “Sociedades culturales” tenía el carácter de una gacetilla con información de las actividades. Algunas sociedades o instituciones tenían un lugar propio hasta mediados de los años 20, como la Universidad Popular de la Boca. Cabe señalar que, al inicio del período en estudio, el diario publicaba sueltos acerca de las actividades de diferentes sociedades, en los que alentaba a la constitución de diferentes tipos de instituciones culturales y de acción social –lo que hoy podría entenderse como “asociaciones intermedias”–. Los argumentos, por un lado, remiten a la creencia típicamente liberal de que no se debe reclamar todo al Estado, sino que los ciudadanos deben organizarse para solucionar problemas diversos –una variante, si se quiere en otra escala, del “self help”, aplicado al conjunto de la sociedad–; pero, por el otro, también presenta a las asociaciones como un modo,

¹⁶⁶ “Italia y Argentina – La Liga Patriótica Argentina e i Fasci di Combattimento – El noble saludo del doctor Carlés a Italia – Medio siglo de historia italiana en la Argentina”, columna firmada, 11/1/26, 4ª ed., p.3. Diego Cilea aparece también como firmante de notas en la revista «Fray Mocho» (la referencia imprecisa aparece en la revista «Caras y Caretas», V. 29.

¹⁶⁷ 08/10/26, 4ª ed., p. 4.

¹⁶⁸ Ver § 2.4.2.2. Las prácticas directivas.

¹⁶⁹ También se podría considerar que el diario estaría intentando cubrir las aproximadamente tres posiciones que expresarían distintos sectores de la comunidad de inmigrantes italianos en nuestro país. Sin embargo, la distancia temporal entre las notas que expresan posiciones diferentes nos llevan a considerar como poco probable esa motivación.

precisamente, de establecer lazos sociales entre los integrantes de una masa que incluía miles de extranjeros, un modo de “acelerar” el “crisol de razas”. Como veremos luego¹⁷⁰, el *fervor asociativo* que el diario alimenta, también era una herramienta de jerarquización social (Adamovsky, 2009: 107).

En ocasiones, el tipo de datos ofrecidos en la sección “Sociedades culturales” se superponía con el de “Conferencias”: una gacetilla acerca de las que se darían en días subsiguientes en distintas instituciones. Cabe señalar que, durante la mayor parte del período estudiado, las conferencias eran un modo habitual de difusión de ideas y conocimientos de todo tipo y género, y probablemente, el espacio donde se brindaban operaba como un espacio de sociabilidad, lo cual agregaba valor a la actividad. El Instituto Popular de Conferencias, organizado por el diario «La Prensa»¹⁷¹, de cuyas actividades el diario que estudiamos daba cuenta, testimonia esa tradición. Hacia finales del período, la sección comenzaría a presentar de manera resumida los contenidos de conferencias dictadas, entre ellas, algunas de carácter científico o técnico.

En “Bibliografía” se consignaban libros recién editados, alguno de los cuales merecía algún comentario, en una suerte de reseña crítica breve; también se consignaba la aparición de números de revistas académicas. Más sistemáticamente, la crítica o reseña de libros comenzó en el diario hacia 1920 en una sección específica, “Lo que se escribe”, que se mantuvo por algunos años. Entre abril y junio de 1923, por fuera de las secciones fijas, «La Razón» publicó casi diariamente una “Encuesta sobre la mala literatura”. El tema aparece inicialmente en un suelto del 23 de abril titulado “Literatura barata”, en el que critica a las empresas editoriales que, por dinero, publican novelas de “mala calidad”, cuyo consumo produce efectos “tan perniciosos como el uso de alcaloides”. La encuesta en sí misma es presentada el 26 del mismo mes, en otro suelto, titulado “Literatura pornográfica, ñoña o cursi – Nuestra encuesta para averiguar por qué el público, los autores y las casas editoriales facilitan el aumento”¹⁷². Esta encuesta estaba constituida por serie de entrevistas con escritores e intelectuales en la que el supuesto de que se trataba de literatura barata no estaba sometido a discusión, tal como lo sugiere el título de la nota del 26 de abril; y era la acción central de una campaña de tipo moralizador una poco más vasta, que incluía también comentarios de diverso tipo en sueltos y en notas de la sección espectáculo: el propósito era “luchar a favor de todo lo que [significara] ennoblecimiento y depuración de nuestro medio”. Oponía, obviamente, un tipo de literatura “edificante” y “pedagógica” como valor positivo frente a la literatura “barata”; la dicotomía implícitamente parece mostrar un criterio que permite impugnar toda la literatura que no tuviera tales rasgos positivos, se tratara o no de folletín o de novelas populares, excepto que el sentido del adjetivo “edificante” fuera demasiado amplio. Entre otros, los autores consultados se encuentran José Ingenieros, Manuel Gálvez, Alfredo Bianchi y Atilio Chiappori¹⁷³.

En algunas ocasiones, también en la sección “Bibliografía” se presentaban revistas que a la vez se consignaban en la sección “Periodismo”, reiteración que evidencia que los criterios de clasificación de las publicaciones –académicas, sobre todo– no eran claros. En la última de las secciones nombradas, habitualmente se listaban los periódicos y revistas puestos en circulación.

¹⁷⁰ Ver en esta misma parte, § 2. 7. El destinatario; en la segunda parte, capítulo 5, § 5.5.2. El mutualismo como solución.

¹⁷¹ Según la *Guía Periodística Argentina* de 1928, editada por F. A. Le Rose, el IPC había sido fundado por iniciativa de Ezequiel Paz –director de «La Prensa»– en 1914. Esta *Guía...* presenta las actividades del Instituto como parte de los “servicios gratuitos” del diario de su fundador.

¹⁷² 4ª ed., portada, y p. 3, respectivamente.

¹⁷³ Bajo el título “Nuestra encuesta sobre la mala literatura”, se publicaron varias entrevistas, entre las cuales revisamos 28/5/23, 4ª ed., p. 5; 2/6/23, 4ª ed., p. 4; 9/6/23, 4ª ed., p. 5; 12/6/23, 4ª ed., p.6; 16/6/23, 4ª ed., p. 6. El cierre fue un texto titulado “Resumiendo nuestra encuesta sobre la mala literatura”, publicado el 25/6/23, 4ª ed., p. 5.

En algunas oportunidades se dedicaba alguna nota a homenajes o aniversarios de periodistas, tipo de hechos que en otras ocasiones merecía un suelto. En “Universitarias”, se consignaban informaciones vinculadas con las actividades de los centros de estudiantes, reuniones del Consejo Superior de la UBA, la agenda de mesas de exámenes, etc. Por fuera de esa sección y hasta mediados de los años 20, los actos de colación de grado habitualmente merecían recuadros en los que se publicaba la lista de los nuevos graduados y una foto del conjunto de la promoción, una práctica sobreviviente de una etapa previa a la sociedad de masas, que también era habitual en otros diarios.

Una sección eventual poco llamativa desde el punto de vista gráfico, pero interesante desde una mirada actual era “Films metropolitanos”: estaba dedicada a descripciones costumbristas con cierto tono entre irónico y paródico –que la emparentaban con la tradición del costumbrismo y con lo que luego serían las aguafuertes–, sin firma. Esta sección desapareció como tal hacia 1918, aunque algunos de sus temas siguieron apareciendo esporádicamente como sueltos.

El “Folletín de «La Razón»” era una sección también eventual aunque, como lo indica su nombre, cuando se iniciaba, se mantenía por períodos más o menos extensos de manera diaria. Pero, a diferencia de lo que puede sugerir más habitualmente en nuestro tiempo, la denominación tenía como significado la actual primera acepción del diccionario y durante la etapa que estudiamos, la única: “escrito, insertado a veces en la parte inferior de las planas de los periódicos, que trata de materias ajenas a la actualidad; como ensayos, novelas, etc.”. Se trataba de una práctica de larga tradición en, al menos, el periodismo francés¹⁷⁴. Y, en efecto, esta sección ocupaba en «La Razón» siempre el tercio inferior de una página, a lo ancho de las siete columnas, y aparecía recuadrada y no sólo presentaba novelas de folletín. A veces publicaba ensayos más o menos extensos sobre temas diversos: economía, ciencia, derecho –fallos que consideraba ejemplares, sobre todo–, etc. En 1917, en plena guerra y cuando los submarinos constituían la tecnología bélica más novedosa, que parecía volver real la ciencia ficción de Julio Verne, publicó un texto típico de la literatura folletinesca –sin consignar el autor–, “El secreto del submarino”, un refrío de textos policiales populares que también era publicado en diarios españoles, y que formaba parte del repertorio de Enrique Rambal, director de teatro policial popular valenciano¹⁷⁵. Dado su éxito, el texto fue vendido luego como separata e, incluso, teatralizado también en nuestro país. Posteriormente se publicaron otros como, por ejemplo, “La justicia del virrey”, una novela histórica, de Alejandro Rómulo Cánepa¹⁷⁶.

Interesa también considerar las representaciones sociales evidenciadas en las tematizaciones de la mujer. Estas representaciones fueron plasmadas tempranamente por el diario en una sección, “Mundo Femenino”. Se incluían, en los primeros años, lecturas (cuentos, poesías, “nouvelles”) e indicaciones para labores como el bordado. Posteriormente, se fue dedicando más a la moda y al maquillaje, y variando, consecuentemente, la denominación de la sección: hacia el año 30, “La página de Bijou”. La cuestión del voto femenino fue abordada en varios sueltos durante el período estudiado, fuera de las sucesivas secciones dedicadas a la mujer. El análisis de tales prácticas evidencia que el destinatario de los comentarios acerca del voto era, claro está, el segmento social de los varones. El diario varió su posición inicial de rechazo al voto femenino a

¹⁷⁴ Por ejemplo, ya en el primer número del diario «La Presse» –1/7/1836–, en la portada aparece, en el tercio inferior, el “Feuilleton”, y en ese texto –que oficia de presentación–, firmado por “Frédéric Soulié”, se da cuenta de la popularidad y la larga trayectoria de esa especie de sección tradicional en la prensa. Desde el punto de vista gráfico, tiene la misma disposición que observamos en «La Razón». Ver la página de la Bibliothèque National de France: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k426720s>, consultada el 15/8/2012.

¹⁷⁵ Sobre Enrique Rambal, ver Ferrer Gimeno, 2008.

¹⁷⁶ 1865-1929. Fue un comediógrafo y escritor español que vivió en nuestro país varios años.

una más neutra, probablemente en relación con el *desarrollo* de la democracia y fundada quizás en la experiencia de inclusión de las mujeres en actividades desarrolladas por la Liga Patriótica Argentina, a partir de 1919. Si bien tales actividades situaban a la mujer en el campo tradicional del hogar y la familia, tenían de hecho un sentido político que la LPA explícitamente negaba (Cf. McGee Deutsch, 2003: 94-99) pero que probablemente resultara evidente para cualquier observador contemporáneo interesado. El tema del sufragio femenino tuvo un momento importante de atención y debate durante el período que estudiamos habida cuenta de los distintos proyectos –con matices y límites diferentes– presentados en la Cámara de Diputados de la Nación por representantes de varias fracciones políticas, en particular, del oficialismo¹⁷⁷. «La Razón» se mantuvo en una posición conservadora: no hemos encontrado que explicitara un punto de vista favorable al voto de la mujer. Es más, durante el período realizó acciones discursivas destinadas a reforzar los rasgos más conservadores sobre el rol social de la mujer. En efecto, temas como la maternidad y la puericultura fueron paulatinamente ocupando la agenda del diario. Hacia mediados del período hubo intentos de organizar una sección de divulgación relativa a esta temática, cuestión sobre la que nos detendremos más adelante, en la parte II, capítulo 5. La salud de la mujer también fue objeto de preocupación en tanto la consideraba garante de la continuidad de la “raza”. Los niños también fueron objeto de la misma preocupación, en consonancia con la atención más general, propia de la época, que merecieron desde una perspectiva multidisciplinaria; pero si bien el diario da cuenta entusiastamente de congresos nacionales e internacionales sobre la infancia que involucraban a la vez aspectos sociales, educativos, médicos y psicológicos, prestó una atención esporádica a los chicos como destinatarios. En los primeros años, el diario publicaba cuentos “para leer antes de dormir”; luego, a partir de 1920, incluyó juegos y entretenimientos, pero las secciones creadas no se mantenían durante períodos significativos. Entre esos intentos, incluyó indicaciones para realizar experimentos caseros, y brindó explicaciones didácticas de algunos fenómenos, lo cual se puede vincular directamente con la “propaganda” a favor de una “educación práctica”, como veremos más adelante. Con todo, la inestabilidad de las secciones da cuenta de que, más allá de que pudieran ser ensayos para aumentar indirectamente el caudal de ventas del diario, había cierta dificultad en elaborar un discurso dirigido a los niños desde el periódico. Hacia el final de la etapa que estudiamos, el diario realizó prácticas no discursivas consistentes en habilitar visitas escolares a las instalaciones del diario y en la realización de actividades de escritura periodística por parte de los niños en el marco de tales visitas. En relación con esas prácticas, daba cuenta discursivamente de la necesidad de formar tempranamente a los chicos a través de la adquisición de habilidades de lectura y escritura periodísticas¹⁷⁸, y cabe recordar, en ese sentido, que el diario asignaba al periodismo un rol importante en el “cuidado del idioma”.

Dejamos para el final de este recorrido por el arco temático del diario un tópico que nos interesa por la interrelación con las prácticas referidas a ciencia y medicina: la educación. Aunque no hubo una sección específica, se trata de un eje temático fundamental para el diario, que se explicitaba en abundantes editoriales, sueltos y segmentos comentativos de crónicas, y en algunas campañas. La importancia asignada es consecuencia directa de la representación de patria y de desarrollo, pues, como hemos visto, se trataba de una de las herramientas fundamentales para, entre otros fines, nacionalizar a los inmigrantes y, especialmente, a sus hijos. Pero el diario monitoreaba diversos aspectos de la educación en sus diferentes niveles: desde la infraestructura edilicia hasta la metodología de la enseñanza o la orientación de los planes.

¹⁷⁷ Los proyectos fueron presentados por los radicales Rogelio Araya, en 1919, José Frugoni, en 1922, Leopoldo Bard, en 1925, y Belisario Albarracín, en 1929; una comisión de conservadores, presidida por José M. Bustillo, en 1929, y por el socialista Mario Bravo, en el mismo año. Sobre el tema, ver Barrancos, 2004, y Palermo, 2012: 10-18, entre otros.

¹⁷⁸ “Fueron premiados los colaboradores más activos e inteligentes”, 7/7/30, 6ª ed., p. 11.

Algunas de las posiciones del diario al respecto se pueden inferir de otros tópicos ya vistos en este párrafo. Pero nos interesa destacar algunos de los aspectos: la insistencia en la enseñanza *práctica* y, en relación con ello, algunos problemas pedagógicos; y también, articulada con aquella insistencia, la posición contraria a la formación masiva de doctores –lo que llamaría “doctorismo”– en tanto tal formación iba en detrimento de la de los profesionales necesarios para el desarrollo económico.

Como es sabido –y anticipamos¹⁷⁹– el régimen oligárquico había intentado obstruir el acceso a la universidad de los sectores ajenos a la élite, en tanto institución formadora de la clase dirigente. Una de las tácticas consistió en ampliar la oferta académica, orientándola hacia las actividades productivas que, sin embargo, no tenían en esa época gran desarrollo, y en crear nuevas instituciones (Cf. Chiroleu, 2000: 359-383; Terán, 2000^a: 65-82). En ese sentido, «La Razón» fue un claro vocero y defensor de esa estrategia, sostenido en un conjunto de argumentos reiterados y diseminados en prácticas diversas durante todo el período, organizados en torno al concepto de *enseñanza práctica*. De diferente modo, esa noción está en la base de la evaluación de los niveles educativos –articulada de diferente manera, según los fines específicos de cada uno de ellos– y, por tanto, es el punto de partida para realizar las respectivas demandas. De manera general, la noción de *enseñanza práctica* tiene dos vertientes, una relativa a las finalidades de la educación, y la otra, referida a la metodología pedagógica. En cuanto a las finalidades, el término refiere un tipo de educación que forme para la “lucha por la vida”, frase estereotipada que remite a un rasgo claramente positivista –desde este ángulo, y sin perjuicio de otros– de la representación¹⁸⁰, y también para “bastarse a sí mismo”, esto es, en escala individual, lo que planteaba como objetivo del *desarrollo de la patria*¹⁸¹. Ese rasgo se opone, pues, a formas que si bien no hemos encontrado claramente definidas, son sugeridas a veces y aludidas, otras: por un lado, se opone a una educación primaria y media que transmita conocimientos de tipo más bien especulativo, propios de ciertos enfoques de las disciplinas humanísticas; en otros casos, la enseñanza *práctica* se opone a la formación *teórica*, entendida como aquella que no presenta anclajes inmediatos en cuestiones empíricas: no rechaza lo teórico per se sino su enseñanza en los niveles primarios y medio. Si, por un lado, las fábricas no son lugares para aprender sino para trabajar, mal pueden preparar a los que ingresan a ellas como aprendices, sostiene. En ese caso, se trata más bien de explotación del trabajo infantil, alimentada por las carencias de los “hogares obreros”. Por otra parte, considera que la industria requiere de obreros técnicamente bien formados y que, por su parte, una mejor explotación rural requiere de formación específica en agricultura. A partir de esta posición, plantea la necesidad de vehiculizar la enseñanza práctica a través de escuelas de artes y oficios, y de educación técnica, por cuya creación masiva aboga¹⁸², a la vez que reclama

¹⁷⁹ Introducción, § 5. Sobre la etapa histórica.

¹⁸⁰ La frase estereotipada aparece, por ejemplo, entre otros artículos, en “Visita a la Universidad Popular de la Boca – Enseñanza práctica – Sus resultados” (20/1/20, 4^a ed., p. 3), “Técnicos argentinos” (19/1/22, 4^a ed., p. 3) e “Ilustraciones escolares – Problema pedagógico que requiere inmediata solución” (1/2/22, 4^a ed., p. 3). En el mismo sentido, aunque no reproduzcan la frase, se pueden ver, entre otros: “Orientación práctica de nuestra enseñanza” (24/8/20, 4^a ed., p. 5), “La orientación práctica” (10/8/21, 4^a ed., p. 3) y “Balance educacional” (3/1/23, 4^a ed., p. 3).

¹⁸¹ Explicita que la meta general de la educación es lograr ciudadanos capaces de *bastarse a sí mismos*, en el suelto “Semianalfabetismo” (24/2/26, 4^a ed., p. 2).

¹⁸² Así, entre otras notas y editoriales, en “Visita a la Universidad Popular de la Boca” (ibídem), “Universidad de la Capital” (27/7/17, 3^a ed., portada), “Escuelas prácticas” (11/8/17, 4^a ed., portada), “Aprendizaje técnico de la agricultura” (1/4/20, 4^a ed., p. 4), “Escuelas industriales” (7/1/22, 4^a ed., p. 3), “Técnicos para la industria” (23/11/22, 4^a ed., p. 3), “La enseñanza industrial – Necesidad de formar al obrero técnico por medio de escuelas especiales” (4/2/26, 4^a ed., p. 7), “Los productos del país deber ser industrializados en mayor escala – Para esto ha de acordarse mayor atención a la enseñanza en los institutos técnicos” (LR, 14/5/26, 4^a ed., p. 22, sección Economía), “Estamos en inferioridad” (13/7/26, 4^a ed., p. 2) y “La orientación segura para la reforma educativa – Interesante nota presentada al Consejo Nacional de Educación por el diputado Carlos J. Rodríguez” (22/7/30, 6^a ed., p. 9).

se cierren algunos de los colegios nacionales, esto es, plantea rediseñar el mapa de la oferta de educación media, para desalentar el bachillerato –que goza “del favor de nuestra población”– para restringir el acceso a la universidad. En esa dirección, los colegios nacionales son mostrados como precisamente el modelo de educación no deseada en dos sentidos: por el tipo de contenido *enciclopédico* e inútil para la vida práctica, y por el tipo de socialización que propician, capaz de convertir a los niños en jóvenes vagos, dados a “vicios” tales como el cigarrillo y el juego¹⁸³. Esta posición explícita es reforzada por otras acciones, como la de dedicar, durante casi todo el período –aunque con más énfasis en los primeros cinco años– una sección eventual de gacetillas referidas a cursos y actividades diversas desarrolladas en la Universidad Popular de la Boca¹⁸⁴. Hacia fines del período que estudiamos, el diario se alborozaba por la propuesta de creación de las llamadas “Escuelas de Nuevo Tipo”, a iniciativa de Antonio Rodríguez Jáuregui, presidente del Consejo Nacional de Educación, que suponía una institución destinada a la enseñanza práctica¹⁸⁵.

En el nivel universitario, mantiene la misma perspectiva, pero con algunos matices: se opone a la “manía del doctorado” que, a su criterio, se sustenta en el deseo de adquirir un equivalente a un “título nobiliario” por parte de los sectores que aspiran a ascender en el entramado social¹⁸⁶. Tal “manía”, sin embargo, estaba referida a dos carreras profesionales, abogacía y medicina, que convocaban a la mayor parte del estudiantado superior, y terminaba por producir un “proletariado intelectual”, esto es, egresados universitarios que no podían ejercer su profesión por la escasa demanda frente a tanta oferta¹⁸⁷; no extraña, entonces, que apoyara, por ejemplo, la propuesta de limitar el ingreso que el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina de la UBA hiciera en 1926¹⁸⁸.

¹⁸³ Por ejemplo, los editoriales “Escuelas prácticas” (ibidem), y “Colegios nacionales” (11/10/22, 4ª ed., portada).

¹⁸⁴ Por ejemplo, “Universidad Popular de la Boca – El lunes comenzará sus clases” (1/6/17, 3ª ed., portada), “En la Universidad Popular de la Boca – El periodismo entre los romanos” (14/6&17, 4ª ed., p. 4), “Universidad Popular de la Boca – Nuevo directorio” (31/10/17, 4ª ed., portada), “Universidad Popular de la Boca – Mejoramiento de la alimentación de los lactantes” (7/10/22, 4ª ed., portada). La Universidad Popular de la Boca fue fundada el 2 de junio de 1917 por Tomás Le Bretón –Ministro de Agricultura y embajador en Inglaterra durante la presidencia de M. T. de Alvear–. Fue la primera institución de estas características en América del Sur. En su época de mayor auge contaba con más de cinco mil alumnos. Se formaban oficiales torneros, mecánicos navales, mecánicos del automotor, carpinteros; se instruía para la producción de granja, la avi y apicultura; se formaban taquígrafos, etc.; en fin, se trataba de cursos cortos con salida laboral. Sobre todo en los primeros tiempos, muchas empresas solían apadrinar los cursos de modo que resultaban totalmente gratuitos. Las universidades populares reconocen como origen la fundada por Georges Deherme (1870? - 1937), un obrero tipógrafo francés en 1898-99, socialista –aunque según otros sería anarquista–. Apenas 20 años después se fundaba la de la Boca. (Fuentes: Palacios Morini, 1908; Bueno, 2002; *Dictionnaire de militants anarchistes* –<http://militants-anarchistes.info/spip.php?article1117>, consultada el 20/4/2013–; “Dossier: Universidad Popular de la Boca”, revista «Pymes al día», Fundación Banco Credicoop, N° 10, 2004, disponible en http://www.e-pol.com.ar/newsmatic/index.php?pub_id=7&sid=9&aid=1783&eid=10&NombreSeccion=Portada&Accion=VerArticulo, consultada el 20/4/2013).

¹⁸⁵ “La orientación segura para la reforma educativa – Interesante nota presentada al Consejo Nacional de Educación por el diputado Carlos J. Rodríguez” (ibidem). Sobre la propuesta de Rodríguez Jáuregui, se puede ver el documento “Hacia la reforma de la escuela argentina”, firmado por Segundo L. Moreno, un subinspector de Escuelas Nacionales de la Provincia en mayo de 1929, disponible en la página del Ministerio de Educación http://repositorio.educacion.gov.ar/dspace/bitstream/handle/123456789/108615/Monitor_9170.pdf?sequence=1 (consultada el 20/4/2013).

¹⁸⁶ Así, en “Universidad de la capital” (ibidem).

¹⁸⁷ “Universidad de la capital” (ibidem), “Hacia el doctorado” (20/6/21, 4ª ed., p. 3), “Observaciones amables – *M’hijo el doctor*” (18/10/22, 4ª ed., portada), “Los nuevos doctores” (30/1/23, 4ª ed., portada), “Evitemos los doctores y hagamos agricultores” (12/5/24, 4ª ed., p. 3) y “Hay que ofrecer nuevos horizontes a la juventud – Es imperdonable aceptar pasivamente que cada día aumente más el proletariado intelectual” (3/7/26, 4ª ed., p. 2), entre muchas.

¹⁸⁸ “Ingreso a los estudios médicos” (8/10/26, 4ª ed., p. 2).

En cuanto a la vertiente pedagógica del concepto de *enseñanza práctica*, el planteo es bastante claro: se trata de evitar la enseñanza desligada de la experiencia directa. En tal sentido, insiste en la necesidad de que en los colegios primarios y secundarios se disponga de los materiales didácticos necesarios desde mapas, ilustraciones, etc. hasta laboratorios donde realizar experimentos, y también destaca la utilidad de realizar viajes y excursiones para realizar observaciones, para el aprendizaje de las ciencias, en particular, de las ciencias naturales. Incluso, respecto de la formación *moral* de los adolescentes, se opone a la enseñanza *abstracta* y propone, en cambio, el dictado de educación sexual, apoyándose en los planteos de la pedagoga Raquel Camaña. Se trata, claro está, de una educación sexual según la perspectiva del higienismo, es decir, como *procreación consciente*, y en tal sentido, como *profilaxis social*, y además, como prevención para la salud pública¹⁸⁹. En cuanto al nivel universitario, mantiene una postura análoga. Precisamente, valora la Reforma Universitaria en tanto permitía modernizar el sistema y mejorar el trabajo científico al exigir el desarrollo experimental en muchas ramas del conocimiento, a la vez que desconfía de las características que iba asumiendo el gobierno universitario nacido tras ese proceso¹⁹⁰.

De manera más general, resta señalar que monitoreaba también el nivel de avance de la alfabetización, que defendía el principio de la enseñanza laica frente a la religiosa, y criticaba los intentos de miembros de la Iglesia Católica por incidir, por ejemplo, en la designación de directores de escuela; consideraba, sin embargo, que el laicismo no significaba que los docentes fueran ateos, condición que para el diario era la “semilla” misma del desorden¹⁹¹.

2.6. Otras prácticas del sujeto institucional

Interesa focalizar aquí prácticas diversas, discursivas y no discursivas, que el diario en tanto actor social realizó, por fuera y en torno de las discursivas periodísticas que cumplen las funciones sociales de informar, vigilar y orientar, propias del campo. Consideramos necesario presentar algunas de ellas sucintamente, pues de ese modo se completa la descripción de la representación de *periodismo*.

Probablemente las acciones no discursivas¹⁹² de «La Razón» se inscriban en una tendencia propia del conjunto del campo periodístico que respondería, como Saítta plantea para «Crítica», a la voluntad de revertir la tendencia al distanciamiento y despersonalización de la relación con el público, propia del periodismo de masas, comercial (1998: 125-152). En efecto, era habitual que las empresas de prensa organizaran distintos servicios y tuvieran instituciones anexas. En el «Anuario» de 1918, entre otros cuadros estadísticos referidos a la prensa, el recuadro que

¹⁸⁹ “Problemas pedagógicos de actualidad” (24/8/20, 4ª ed., p. 5), “Enseñanza de las ciencias en los colegios nacionales” (27/8/20, 4ª ed., p. 5), “Sobre enseñanza objetiva” (13/1/22, 4ª ed., p. 4) e “Ilustraciones escolares – Problemas pedagógicos que requieren inmediata atención” (1/2/22, 4ª ed., p. 3), entre otros. En el primero de estos textos refiere a Raquel Camaña, una pedagoga argentina (1883-1915), que adheriría al socialismo, formada durante el auge del normalismo, en la Escuela Normal 1 de La Plata con Mary O. Graham, una de las maestras norteamericanas convocadas por Sarmiento, y luego en el Lenguas Vivas. Su libro *Pedagogía Social* fue publicado póstumamente, en 1916 (Fuente: Southwell, 2011: 23 y 36).

¹⁹⁰ Editorial “Volviendo al buen camino” (5/1/23, 4ª ed., p. 3).

¹⁹¹ Por ejemplo, “Causas de la deserción escolar” (17/1/23, 4ª ed., p. 4), “Semianalfabetismo” (24/2/26, 4ª ed., p. 2), “La guerra al analfabetismo” (8/3/26, 4ª ed., p. 5), “Dos asuntos de indiscutible interés – Conceptos de la doctora [Elvira Rawson de] Dellepiane sobre la eficacia de la enseñanza escolar y la educación laica frente a la religiosa” (9/4/26, 4ª ed., portada).

¹⁹² Necesariamente, muchas de las prácticas no discursivas se articulan con otras de tipo discursivo; lo que nos interesa es observar sobre todo aquellas que no se articulan con las prácticas discursivas *periodísticas*.

transcribimos¹⁹³ a continuación sintetiza –algo desordenadamente– esos servicios e instituciones, de muy distinta índole por cierto:

Servicios e instituciones anexos	
	N° de periódicos
Consultorios jurídicos	36
Informaciones generales	26
Bibliotecas	15
Consultorios médicos y jurídicos	13
Escuelas	11
Informaciones comerciales	8
Consultorios médicos	4
Exposiciones	3
Consultorios jurídicos y comerciales	3
Consultorio químico	1
Total	123

Aunque no lo consigna específicamente, habría que incluir el Instituto Popular de Conferencias, creado por «La Prensa», entre este tipo de servicios. No resulta difícil inferir el interés económico implícito en esa estrategia.

Pero no todos los diarios justificaron estas acciones estratégicas con los mismos argumentos, aun cuando todos apelaran al carácter de *servicio público*, rasgo nuclear de la representación de *periodismo*. En el caso de «La Razón», se reiteran los rasgos ya descriptos, de modo que las acciones se realizan en la medida en que se cree que redundan en un bien para el desarrollo de la patria o porque se apuesta a ello. En todos los casos, el diario daba cuenta de estas otras prácticas en sus propias páginas.

La práctica más importante, por su impacto y duración en el tiempo, fue una de tipo discursivo: el «Anuario de La Razón», al que nos ya nos hemos referido, al indicarlo como objeto de nuestro relevamiento del archivo del diario. Aquí describiremos sus características generales. Se trataba de la edición anual de un libro de entre 360 y 400 páginas, con tapas alegóricas dibujadas por diferentes artistas plásticos –Carlos Ripamonte, Dante Ortolani¹⁹⁴, entre otros–. La edición se realizaba en los primeros meses de cada año y recopilaba información del anterior. La serie se inició en 1917 y se mantuvo al menos durante toda la etapa que estudiamos. La dirección estuvo a cargo, sucesivamente, de Carlos R. Etcheverry e Ismael Bucich Escobar, durante la etapa de Cortejarena; y de Leandro Saint-Laurent durante la de Sojo.

No se trataba de recopilar los acontecimientos más relevantes del año anterior, como solían hacer los principales periódicos para la edición del primero de enero de cada año, a modo de *balance*, aunque es en esa tradición en la que «La Razón» fija el origen de los anuarios, según destaca en una nota del diario¹⁹⁵.

¹⁹³ «Anuario de La Razón», 1918, p. 228.

¹⁹⁴ «Anuario La Razón», 2/1/22, 4ª ed., p. 1 y «La Razón», 28/1/25, 4ª ed., p. 4. Carlos Alberto Ripamonte es un pintor argentino, nacido en 1874 y fallecido en 1968; Dante Ortolani, es un pintor, arquitecto y escenógrafo nacido en Italia en 1884 que emigró en 1913 a nuestro país y se nacionalizó; falleció en 1968.

¹⁹⁵ «El «Anuario de La Razón»», en el diario del 13/7/25, 4ª ed., p. 16.

- (i) *La creación del «Anuario de La Razón», iniciativa de nuestro ex director, el doctor Cortejarena, ha respondido a esa tradición periodística argentina pero mejorándola, pues se han perfeccionado sus características e introducido nuevos elementos que, de tal modo, eliminaron los defectos principales de esos “balances” de que hemos hablado*¹⁹⁶.

En efecto, el «Anuario» era un verdadero atlas de la Argentina, una “obra de consulta”¹⁹⁷, con un fuerte componente de cifras estadísticas “de fuente oficial escrupulosamente revisadas”¹⁹⁸, presentados en tablas, cuadros, diagramas y mapas, con textos ampliatorios y comentativos, y con abundantes ilustraciones. Repasaba el estado de situación por áreas temáticas –educación; publicaciones periodísticas y literarias; economía en sus diversas facetas, tales como la producción agropecuaria, industrial, bancos, etc.; población; detalles por provincias; turismo, entre las principales– destacando los datos para evidenciar el desarrollo en todos sus aspectos y propagandizarlo, no solo en el interior del país –era distribuido gratuitamente entre *subscriptores* y *avisadores*¹⁹⁹, y a los demás periódicos de todo el país, según se desprende de los elogios que «La Razón» recibe y publica sistemáticamente–, sino también en el extranjero:

- (ii) [El Anuario] *tiene ya su prestigio consolidado, no sólo en el país, sino muy especialmente en el extranjero, como publicación ilustrativa de lo que es la Argentina en sus múltiples aspectos. [...] Su consulta en los centros del exterior ha sido siempre y es de provechosos resultados para el conocimiento exacto de nuestro país*²⁰⁰.

La importancia que le asigna a esa difusión en el exterior responde a la finalidad de atraer tanto inversiones como inmigrantes propagandizando el desarrollo de nuestro país. De allí que dedicara una amplia nota en el cuerpo del diario a la edición del «Anuario» de 1925, para anunciar que el Ministerio de Relaciones Exteriores había solicitado ejemplares para distribuirlos en “las embajadas, delegaciones, consulados, vice-consulados, agencias argentinas, como la prueba del florecimiento de la República”, pero también por el reconocimiento oficial a la tarea²⁰¹, que el diario presentaba como un *esfuerzo*, pues señala que no tiene “móviles lucrativos”²⁰². Estos *esfuerzos* se corresponden con la deontología que describimos: en este caso, un “sacrificio” en bien de la patria.

Además de la edición del «Anuario», el diario realizó otras actividades menos monumentales y más puntuales, con diversas finalidades específicas, todas las cuales eran presentadas como *esfuerzos* destinados a colaborar con el desarrollo del país de diverso modo: organizó un boicot – durante la huelga ferroviaria de 1917, al cual nos referimos en el párrafo anterior–, concursos y colectas, visitas de chicos al diario para familiarizarlos con la actividad periodística, produjo algunas películas y, como veremos más adelante, abrió un consultorio médico en ocasión de la visita de Fernando Asuero, el médico charlatán que proponía la cura de casi todo a través del nervio trigémino.

Entre los concursos, entre agosto y setiembre de 1922 organizó uno con el fin de seleccionar la ilustración para la carátula del Anuario, pero tenía también una segunda finalidad: “estimular la

¹⁹⁶ *Ibídem.*

¹⁹⁷ *Ibídem.*

¹⁹⁸ “Anuario La Razón”, en el diario del 3/1/21, 4ª ed., p. 2.

¹⁹⁹ *Ibídem.*

²⁰⁰ “Anuario La Razón”, en el diario del 17/1/22, 4ª ed., p. 3.

²⁰¹ “El «Anuario de La Razón»”, en el diario del 13/7/25, 4ª ed., p. 16.

²⁰² “A nuestros suscriptores y avisadores”, «Anuario de La Razón», 1923, prefacio.

labor pictórica y divulgar al propio tiempo meritorios trabajos artísticos”²⁰³. Participaron conocidos artistas e ilustradores de la época, y el jurado estuvo integrado por Ernesto de la Cárcova, el escultor Félix Pardo de Tavera, Carlos Ripamonte²⁰⁴ (que finalmente no ejerció el rol) y Ricardo Gutiérrez (de quien no tenemos antecedentes). Los premiados fueron Gregorio López Naguil²⁰⁵, Francisco Vidal Quera²⁰⁶ y Dante Ortolani²⁰⁷.

Pero tal vez el más importante por la repercusión que tuvo fue el concurso que se llevó adelante a mediados de 1930, dirigido a chicos y maestros, que tenía como objetivo la elección de la “flor nacional”, en el marco de la continua exaltación patriótica. La actividad fue exitosa y unos veinte mil votos determinaron al ceibo como la flor *simbólica* de la patria. La información sobre este concurso fue seguida profusa y cotidianamente durante casi dos meses.

Como es sabido, la cuestión de la elección oficial de la flor nacional llevó un largo tiempo, en el que hubo diferentes propuestas y encuestas populares realizadas por distintas organizaciones sociales²⁰⁸ hasta que finalmente, y recién en 1942, por decreto 138.974/42 del Poder Ejecutivo del 2 de diciembre, se estableció el ceibo como flor nacional. Este decreto se basaba en el trabajo de una comisión en la que participaron representantes del ministerio de Agricultura, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, de la Academia de la Historia, del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, y de otras instituciones del interior. Entre los antecedentes, esta comisión tuvo en cuenta el concurso realizado por «La Razón»²⁰⁹.

Hubo otras acciones más circunstanciales, como colectas, la apertura de la redacción del diario para la visita de chicos y la organización de actividades de escritura –a lo que nos referimos en el párrafo anterior–, la realización, en 1930, de una película que propagandizaba las bondades de nuestro país, o servicios de consultas, entre otras.

La colecta más importante fue la que organizó con motivo del conocido accidente del coche 75 de la línea 105 de la Compañía de Tranvías del Sud que cayó en el Riachuelo el 12 de julio de 1930. El dinero recolectado fue repartido entre las familias de las víctimas, tanto en el país como en Europa²¹⁰. La actividad duró poco más de 15 días y se cerró el 1 de agosto de ese año²¹¹.

La película producida por «La Razón» se titulaba “La Argentina” y fue presentada en París y en Niza. El diario reprodujo comentarios de medios franceses, que a su vez recogían, evidentemente, gacetillas o declaraciones del representante del mismo diario, Hilarión Larguía, que dan cuenta tanto de estereotipos del nacionalismo que circularían largo tiempo, como de las

²⁰³ “Concurso de carátulas para el «Anuario de La Razón»”, en el diario del 30/10/22, 4ª ed., p. 4.

²⁰⁴ Ver nota al pie 194.

²⁰⁵ Gregorio López Naguil fue un artista plástico muy conocido, que posteriormente se desempeñó como director escenógrafo del Teatro Nacional Cervantes, y desde 1950 hasta su muerte, en 1953, del Teatro Colón.

²⁰⁶ Francisco Vidal Quera, fue un ilustrador, poco reconocido, que realizó ilustraciones para publicidades de la Cervecería Quilmes (www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/al_dia/lamunich2_02_11.php?menu_id=20277, consultada el 15/8/2012).

²⁰⁷ Ver nota al pie 194.

²⁰⁸ Según el Arq. Ezio Mazzarantani, secretario de Relaciones del Centro de Protección Natural de Santa Fe (fuente: diario «El Litoral», 22/11/2007; versión online: <http://www.ellitoral.com/index.php/diarios/2007/11/22/opinion/OPIN-03.html>, consultada el 15/8/2012).

²⁰⁹ Ibídem. en «El Carnotaurus», Boletín del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia (Secyt), Año III, N° 12, diciembre de 2002. Versión digital:

<http://www.macn.secyt.gov.ar/descargas/publicaciones/boletin/2002/2002-12-33.pdf>, consultada el 15/8/2012)

²¹⁰ “«La Razón» ha girado a Europa sumas para el sustento de familias de víctimas del Riachuelo”, 29/7/30, 6ª ed., p. 5.

²¹¹ 1/8/30, 6ª ed., p. 2.

finalidades “patrióticas” –desde el punto de vista económico– de la propaganda. Por ejemplo, el semanario «L'Éclairneur» decía, según «La Razón»:

- (iii) *“La Argentina” [es] un viaje a través de los paisajes grandiosos de ese lejano país, que nos inicia en sus costumbres, su fauna, su flora, su vida social, desde los trópicos [sic] hasta las regiones glaciales de la Patagonia.*

Y «La France»:

- (iv) *«La Razón» de Buenos Aires quiere hacer conocer en Francia, a los “franceses”, los lugares donde pueden, con toda confianza y seguridad llevar su aporte de sus conocimientos ancestrales en materia industrial y comercial, pudiendo hallar en el lugar todas las materias primas aptas para permitirles ejercer en forma útil, para sí como en interés de la Argentina (que ignora aun muchos de los procedimientos técnicos europeos) estos conocimientos técnicos²¹².*

Se observa así, un uso político de la técnica cinematográfica, con finalidad análoga –y complementaria, si se quiere– a la del «Anuario»; la realización representa también, un *esfuerzo* que el diario realiza para cumplir con el mandato de servir al desarrollo de la patria.

Además de estas actividades, el diario produjo transmisiones de radio –que propaló desde el edificio que ocupaba en la Avenida de Mayo– de algunos eventos deportivos, al igual que hicieron otros periódicos, por ejemplo, la transmisión de algunos partidos del primer Campeonato Mundial de Fútbol realizado en Montevideo durante julio de 1930. Ese tipo de eventos congregaban multitudes alrededor de los edificios de los diarios. También ofreció servicios de consultas puntuales: por ejemplo, en 1924, con motivo de la ley de jubilaciones para diversos gremios, se propuso evacuar “todas las dudas de obreros y patrones”²¹³.

2.7. El destinatario

Tras la caracterización del diario como enunciador, de sus prácticas discursivas y no discursivas, de los principales temas abordados y de la organización de su contenido global, podemos ahora focalizar el destinatario, sistematizando, en algunos casos, rasgos que hemos anticipado hasta aquí.

Dijimos antes²¹⁴, que el diario articulaba un discurso *estratégico*, es decir, circunscribía un lugar *como propio*, política –en sentido amplio– y éticamente delimitado, desde donde definía “sus relaciones con una exterioridad distinta”. Resulta claro, pues, que ese sujeto institucional que se construía discursivamente como actor social se proponía para *guiar la marcha* del desarrollo de la patria²¹⁵. Adoptaba para ello una actitud *pastoral* (Foucault: 1979): se trataba de guiar, en un contexto difícil y complejo, a todos y a cada uno de los miembros de los sectores sociales a los que considera integrantes de esa *patria* y de los que, a la vez, se postulaba como representante, para alcanzar el *destino de grandeza*, y que constituirían, por tanto, lo que el diario (se) representaba como el conjunto de sus lectores. Intentaremos, entonces, describir la representación –en sus principales características– de aquellos a los que el diario decía

²¹² “El film de *La Razón* despertó gran entusiasmo en Niza”, 15/3/30, 6ª ed., p. 7.

²¹³ “Nuestro diario evacuará todas las consultas que obreros y patrones le formulen con motivo de la ley de jubilaciones de diversos gremios”, 7/4/24, 4ª ed., p. 4.

²¹⁴ En esta parte, capítulo 2, § 2.1. El diario como único enunciador: sujeto institucional y actor social.

²¹⁵ Capítulo 1 de esta parte.

representar y, a la vez, se proponía guiar, lo que lo posicionaba también como actor político.

Probablemente el destinatario que para el diario revestía el centro de atención era el conjunto de individuos de sectores con educación media –o al menos, educación primaria completa– y superior, trabajadores de diversos niveles: empleados administrativos, empleados de comercio, etc., profesionales, docentes, sectores directivos medios y altos del campo empresarial y pequeños comerciantes, artistas, escritores e intelectuales, es decir, en suma, todos aquellos sectores que podrían percibirse a sí mismos como *clase media*, aun cuando tal percepción no estuviera del todo definida, si acordamos con Adamovsky (2009: 19-27). El diario, sin embargo, utiliza la denominación *clase media* para referir, en alguna medida, lo que definía como su público. A su vez, en el interior de esa clase media, impone un criterio de género para delimitar el destinatario: centralmente, se dirigía a un público masculino y sólo secundariamente y acotadamente a las mujeres. No parece que se dirigiera, en cambio, a obreros manuales ni de algunos servicios tales como, por ejemplo, choferes y, por doble razón, mucamas, independientemente de que estuvieran o no alfabetizados.

Comenzaremos por el problema más general: la delimitación y definición de la *clase media*. Adamovsky plantea, en las páginas recién referidas que tanto durante el siglo XIX y hasta al menos 1930, la expresión *clase media* no fue utilizada salvo de manera muy inespecífica y en contadas ocasiones. Por una parte, recorre los documentos y trabajos de reflexión sociológica, económica o política más notables desde poco tiempo después de la Revolución de Mayo, y detalla, sobre todo, los producidos a partir de 1900: *Nuestra América*, de Carlos Octavio Bunge (1903); *La sociología argentina*, de José Ingenieros (1918); *Riqueza y renta en Argentina*, de Alejandro Bunge (1917); y otros posteriores al período que nos interesa, como *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada (1933) y *Una nueva Argentina*, de Alejandro Bunge (1940), entre otros, y también releva debates parlamentarios. Por otra parte, afirma que la expresión tampoco fue “del todo común entre el público masivo hasta, por lo menos bien entrada la década de 1930”, y se apoya para ello en los modos de referirla en los diarios y en el registro de ciertos usos que evidencian incluso significados contrapuestos. Plantea que, como en otros casos, la expresión habría sido tomada de debates y autores europeos que referían una realidad que no era la local, y que las diversas miradas sobre la sociedad argentina más bien establecían una división binaria que adquirió variadas denominaciones según perspectivas diferentes (clase “decente” versus la “plebe” o la “chusma”, etc.). Pero indica también que, más allá del nivel del discurso, “al menos desde la década de 1920 hay síntomas de que había una identidad de *clase media* en formación y que los indicios sugieren que antes de 1940 tal identidad debe haber estado todavía débilmente arraigada en la sociedad argentina”. En las páginas subsiguientes, Adamovsky analiza los diversos sectores que podrían considerarse a sí mismos como “clase media” cuya enumeración, sin embargo, como este autor plantea, evidencia una fuerte heterogeneidad. Naturalmente, uno de los factores primordiales en cuanto a la distinción entre sectores –y a la autopercepción como perteneciente a una clase– era el acceso diferenciado a los bienes materiales, pero no era el único: también incidieron de manera general, otros aspectos, como la pertenencia a determinadas “razas” o grupos étnicos (p. 114). Adamovsky llama “régimen de clasificación” al modo concreto en el que se construyen las jerarquías sociales en cada época y lugar (p. 115), y señala que en nuestro país, entre 1860 y 1930, “se organizó un particular régimen de clasificación que dividió, jerarquizó y ordenó ese magma caótico creado por la inmigración y el cambio social acelerado”, apoyado en diversos parámetros: además del económico, considera el color de piel, la región del país, la educación. Pero destaca que en el caso argentino, la sociedad era “notablemente móvil” y que existía la posibilidad del ascenso social siempre que fuera a través de canales “legítimos”: el trabajo, el ahorro, la educación formal y otros rasgos culturales vinculados con el comportamiento, entre los más importantes. Y

concluye en que esos mismos rasgos serían lo que terminarían por conformar los rasgos de una *identidad* de clase media, pero no en ese período, sino mucho más adelante. Distintos procedimientos de clasificación social se pusieron en marcha, justamente, para ordenar y definir ese régimen (p. 116). En suma, la identidad de clase media, más allá de la heterogeneidad de los sectores que se autopercebirían como integrantes, no habría estado definida en el período que estudiamos.

Nuestra revisión del diario «La Razón» parecerá confirmar esos rasgos y, es más, resulta claro que las prácticas del diario colaboraron con esas operaciones de clasificación, es decir, fueron “enseñando” –en un doble sentido, como educación o entrenamiento, y como muestra–, los parámetros generales de pertenencia a la clase media –como la educación, por ejemplo–, sino también la jerarquización de los distintos sectores que la compondrían, acción congruente con la posición que planteaba una inclusión jerarquizada de todos los sectores trabajadores en el marco de la patria y que el diario expresa en el plano de los contenidos. Por ejemplo –no es el único–, como observamos más arriba²¹⁶, el diario dedicaba secciones breves a través de las cuales parecía incentivar lo que Adamovsky califica como “fervor asociativo”. Si bien muchas de las diversas asociaciones –culturales, sindicatos, etc.– “promovían valores de solidaridad y cooperación”, y fortalecían los lazos sociales también había otras que “reforzaban la jerarquización, funcionaban como *vitrinas* del progreso individual y producían una competencia *reglada* entre las personas” (p. 107), competencia que se derivaría del principio del “self help” que el diario explícitamente defendía, según vimos.

Ahora bien, además, observamos que el diario utiliza la expresión en varias oportunidades –si bien no asidua o cotidianamente–, con toda naturalidad, y tempranamente la define abarcando su heterogeneidad, más allá de que sea claro que toma la denominación de las experiencias europeas. Y en la definición misma parece estar incluyendo a los sectores que constituyen el destinatario.

En efecto, en una nota editorial de 1921, titulada precisamente “Protección de las clases medias”²¹⁷, reclama atención del gobierno nacional a la situación económica de esa clase social, a la que considera rezagada en cuanto a los beneficios que, en cambio, según su punto de vista, habría adquirido la clase obrera. Y presenta como modelo lo ocurrido en Europa y Estados Unidos. En efecto, Adamovsky recuerda que en Francia, en 1908 fue creada la Asociación de Defensa de las Clases Medias, que agrupaba diversas sociedades sindicales cuyos miembros se consideraban pertenecientes a esa clase. Esa Asociación inició una “larga serie de experiencias gremiales que incluyó hacia 1938 la conformación de una Confederación General de sindicatos y asociaciones de “clase media”, en la que participaron [...] desde granjeros y comerciantes minoristas, hasta empleados y profesionales” (p. 133)²¹⁸. Pero no parece que «La Razón» se limite a extrapolar un concepto construido en relación con la realidad europea o norteamericana a la nuestra. En el texto de la nota editorial, el diario introduce el tema y define a la clase media por lo que no es, aunque sosteniendo el rol de clase *trabajadora*:

- (i) *La característica de los tiempos aparece representada por la honda preocupación que a los gobiernos provoca la situación de la clase media, especialmente en Europa y en Estados Unidos. Cumplido o próximo a cumplirse el ciclo de las leyes que tienen*

²¹⁶ En este mismo capítulo § 2.5.2. Los temas.

²¹⁷ 24/8/21, 4ª ed., p. 3.

²¹⁸ Adamovsky informa que también en Perú los empleados de comercio “desarrollaron desde 1910 una identidad de clase media [...] que lograron imprimir luego al partido APRA, cuyo líder, Haya de la Torre, se comprometió desde 1927 en su defensa” (p. 133), pero este hecho no es un antecedente retomado por «La Razón».

como sujeto al trabajador de la fábrica, la mirada empieza a dirigirse a esa otra población tan numerosa que no obtiene de un oficio manual ni de un jornal sus escasos medios de subsistencia.

Luego de indicar las vicisitudes que ha debido soportar –aumento de precios sin recomposición de sus ingresos como, en cambio, habrían obtenido los obreros–, destaca la importancia de la clase media:

- (ii) *La importancia de la clase media, numérica y socialmente considerada, aparece fuera de duda. Columna de la sociedad, su bienestar se vincula al de los países en que vive. Si la historia demuestra que tuvo siempre a su cargo funciones de importancia extraordinaria, al extremo de que pudiera decirse que más de una nación pereció porque no supo formarla, la observación diaria evidencia que es la que sufre, con perjuicio siempre, y rara vez con beneficios, las consecuencias económicas de todos los conflictos y choques sociales que en tan larga medida abundan.*

Para un diario preocupado por el desarrollo, asignar esa importancia a la clase media sin alarmarse por el eventual riesgo que estaría corriendo la nación de “perecer”, es un indicador de que en la representación social del diario acerca de, justamente, la sociedad, existía esa clase, aun cuando los que la integraran no se identificaran con ese lugar de pertenencia social. Por otra parte, es claro que se trata de una clase de composición muy heterogénea:

- (iii) *En la lucha que últimamente ha sostenido el capital y el trabajo, alguien ha habido que ha cargado con el lote más pesado: la clase media que, **desunida por la variedad múltiple de sus componentes**, no ha tenido hasta ahora la posibilidad de la sindicación, para presentar lo que ha dado en llamarse el frente único para el ataque o para la resistencia.*

Tras volver a distinguirla de los obreros manuales y jornaleros, sector que “ha absorbido toda la atención” de los sectores gobernantes a través de leyes diversas en “el mundo entero”, «La Razón» explicita que los integrantes de la clase media son *trabajadores*, es decir, no usa el término en un sentido vago que pudiera permitir incluir a los sectores del capital:

- (iv) *Los restantes **trabajadores** –y la clase media no es sino una clase de trabajo– han pasado inadvertidos.*

Tampoco es, centralmente, una clase propietaria de bienes tales como la vivienda. En efecto, el diario reclama que la legislación argentina, al igual que la europea y norteamericana, tome en cuenta a la clase media que pasaba en ese momento un “momento de crisis” por la “carestía de la vida y, muy especialmente, la del alquiler”. Y al ejemplificar con las agrupaciones que en Europa aglutinaban a la clase media, pone como ejemplo de esa clase a los médicos que, en Francia, se habían sindicalizado en defensa de sus intereses. Y reafirma, así, el rasgo de trabajadora que le asigna. Además, diferencia a la clase media de un sector recién surgido, del que sugiere una caracterización que, si bien tendría base económica, parece de tipo cultural o, si se quiere, más específicamente, actitudinal:

- (v) [Ante la falta de atención legislativa y los problemas económicos, la clase media argentina] *constituye así la clase de los “**nuevos pobres**”, como **antítesis** de esa otra que ha surgido y que, bautizada con la denominación de “**nouveaux riches**”, forma un nuevo ejemplar curioso de la vida económica y social.*

Evidentemente, desprecia a ese sector recién surgido, aunque no dice nada más. Pero parece bastante sencillo completar el sentido sugerido: una clase inauténtica, que imita comportamientos que no les son propios, que tiende –y tal vez eso sea lo central– a no trabajar, es decir, a dejar de ser justamente una clase trabajadora, y que tampoco se preocuparía por el ahorro o el estudio, rasgos a los que habría que agregar otros relativos a la pérdida del “buen gusto” propio de las clases altas, aristocráticas, imitadas por los “nouveaux riches”. Y como cierre, explicita y descalifica la posición que niega la existencia de la clase media:

- (vi) *Simplificar el asunto creyendo que entre los 8.000.000 millones de habitantes de nuestro suelo no hay sino representantes del capitalismo y del trabajo industrial equivale a no querer ver lo que en realidad existe. Dentro de esa población se halla la meritoria clase media, digna, por más de un concepto de interesar con su suerte a los legisladores [...].*

Parece claro, entonces, que aun cuando no existiera objetivamente como clase, ni hubiera grupos diversos que se autopercibieran ya como parte de la clase media, existía una representación que, en el caso del diario, tenía límites bastante precisos por “arriba”, y por “abajo”, ni “nuevos ricos” –y por lo tanto, menos aún, alta burguesía–, ni obreros manuales ni jornaleros, pero sí trabajadores. Por lo tanto, profesionales de diversas ramas, empleados y jefes del sector público y del comercio, bancarios, comerciantes, docentes de todos los niveles, también los pequeños rentistas urbanos y pequeños productores agropecuarios, entre los más evidentes, eran los sectores que para el diario conformaban la clase media, más allá de las diferencias que pudiera haber entre ellos en cuanto al consumo o el acceso a determinados bienes materiales. Esa clase media, o mejor, el conjunto de sectores sociales que el diario incluía como integrantes de la clase media parecía el sector social destinatario de sus prácticas. Ahora bien, es cierto que no abundaban en el diario las referencias explícitas a esa clase, y que, en tal sentido, la nota editorial que hemos presentado es rara. Sin embargo, el análisis de las prácticas discursivas en las que se tematizan cuestiones diversas evidencia a través de otros indicios que se dirigía, habitualmente, a esos sectores. Veremos en este párrafo algunos textos a modo de ejemplo. Se trata de textos que exhiben con mucha claridad rasgos presentes en casi todas las prácticas discursivas, y que iremos mostrando a medida que avancemos en el análisis de las prácticas relativas a ciencia y medicina.

Uno de los textos vistos más arriba para ejemplificar las prácticas instruccionales brinda algunos indicios respecto de que se dirige a un público masculino en primer lugar, y de cierto un nivel socioeconómico importante. Se trata del texto titulado “El arte de adelgazar”²¹⁹, en el que se indicaba qué hacer frente a la *manía de la delgadez* que afectaba a las mujeres. Como anticipamos, desde el punto de vista de la situación comunicativa, el enunciador se presenta con una primera persona del plural inclusiva que podría confundirse con la que refiere habitualmente la voz del diario, pero que, sin embargo, reúne rasgos propios de un especialista –en este caso médico–, pues se hace cargo de la responsabilidad de los enunciados de saber; también se presenta como varón que, si bien al inicio de la nota parece dirigirse a ambos géneros, después resulta claro que se dirige a otros varones, según se desprende de varios indicios. Esa primera persona del plural inclusiva del destinatario manifiesta entonces no ya la voz del diario sino un “nosotros” de autor. La marca más notoria es el posesivo “nuestras”, inclusivo, aplicado a las mujeres:

²¹⁹ 3/7/17, 4ª ed., p. 2. Ver en este capítulo § 2.4.3.2. Las prácticas instructivas.

- (vii) *Una de las causas que más contribuyen al engrosamiento excesivo es el apoltronamiento de **nuestras** mujeres.*

Para evitar ese apoltronamiento, el enunciador acude a un ejemplo que, sin duda, deben imitar los varones casados: se refiere a “un marido” que, para lograr “lo que su mujer no conseguía con medicinas ni regímenes, suprimió **una** persona del servicio” doméstico e “impuso a su mujer la tarea de reemplazarla”; con la tarea hogareña la mujer adelgazó y el marido ahorró dinero. Además de evidenciar que el destinatario es un varón, el ejemplo es indicio del nivel socioeconómico de la clase social que, al menos, se toma como modelo: aquella que puede contar con un servicio doméstico compuesto por más de una persona.

El hecho de que se dirija al varón cuando las acciones para bajar de peso las deberá realizar la mujer responde al menos a dos razones, y probablemente también a una tercera. Una es que el “problema” de la manía de las mujeres por la delgadez, lo sufren los hombres, según el planteo del diario, y son ellos los que deberían “encauzar” esa manía; la segunda, es que sería tarea de los hombres el cuidar que las mujeres mantengan la salud cuando realicen dietas –según el ejemplo (i) del párrafo relativo a las prácticas instruccionales, el enunciador recomendaba prudencia y la dirección médica de cualquier régimen para adelgazar–. Por otra parte, y podría ser la tercera de las razones, podemos inferir que, dado que las instrucciones brindadas afectan al cuerpo de la mujer que, en una concepción patriarcal como la de la burguesía, “pertenece” a un hombre –ya padre, ya marido–, acceder a ese cuerpo, aunque sea simbólicamente, requiere de la autorización de ese hombre, sobre todo, porque el enunciador se presenta también como hombre. En este caso, se trata, por el conjunto de indicios, especialmente, el ejemplo del marido que quitó una persona del servicio doméstico, de las mujeres casadas, es decir, se trata de la vida matrimonial, de la familia. La intromisión del diario en ese ámbito se explica porque la *manía* de las mujeres por la delgadez podía afectar su salud, y por tanto, el rol de reproductora²²⁰.

En otro de los textos vistos en el mismo párrafo referido a las prácticas instruccionales, también es posible ver que el destinatario pertenece a un sector con acceso a ciertos bienes materiales. En efecto, en el texto relativo al buen dormir, las indicaciones a seguir suponen una serie de comodidades propia de los hogares medios a altos: “lecho amplio, cuarto amplio y regado por la luz del día”; además, indicaba como erróneas costumbres propias de esos sectores sociales: usar más de una almohada, usar almohadones, etc.²²¹.

Hubo secciones específicas que tuvieron a la mujer como destinataria, según vimos en la descripción de los temas abordados, tales como las relativas a modas y maquillajes, y luego, la sección relativa a puericultura, que indica una representación tradicional del lugar social que ocupaba y debían ocupar. Si se considera que el diario no estaba de acuerdo con el voto femenino, se evidencia, por defecto, además, que todo lo referido a política y economía no preveía destinatario de género femenino. Algunas pocas mujeres aparecerán destacadas por desempeñar roles tradicionalmente asignados al varón, por ejemplo, el de científicas –el caso de Marie Curie es paradigmático–, pero a efectos de reforzar la representación tradicional, el diario las exalta como excepcionales²²².

Los sectores de los obreros manuales y jornaleros, en fin, los trabajadores con menor calificación

²²⁰ Sobre este tema volveremos en la segunda parte, capítulo 5, § 5.2.1. Salud pública y matrimonio, y § 5.2.2. Morbi-mortalidad infantil y puericultura.

²²¹ 24/9/20, 4ª ed., p. 6. Ver en este mismo capítulo, § 2.4.3.2. Las prácticas instructivas, ejemplos (v) y (vii) a (x).

²²² Sería interesante avanzar en el análisis de los rasgos de la representación de los géneros –en el sentido de “gender”–, pero excede los objetivos de este trabajo.

y con la consecuente menor o mínima posibilidad de acceso a los bienes materiales y simbólicos, nunca fueron destinatarios de las prácticas del diario. Han sido objeto del discurso, es decir, han sido tematizados en las prácticas de diversa manera, pero nunca se les dirigió la palabra de manera directa. Veremos un texto breve a modo de ejemplo, sin perjuicio de que luego volvamos sobre la descripción del destinatario, al abordar temas de ciencia o medicina.

Se trata de un breve titulado “Cuerpeándole a la gripe. El mejor tratamiento preventivo”, publicada en la sección “Noticias de Policía”²²³. Con tono satírico, se informa un incidente menor entre marido y mujer en un conventillo. Lo importante es la reconstrucción, probablemente ficcional –pero por eso indicadora de una representación–, del diálogo entre ellos. Un tal Pascual Rodríguez, que vivía “en una pieza del conventillo calle Garibaldi 2189”, siguiendo consejos de su amigo Isidoro, que trabajaba “de portero en la Asistencia Pública”, regresa a la noche a la habitación que comparte con su mujer, Leonor, con bastante bebida alcohólica para la cena. La justificación que supuestamente da Pascual Rodríguez por haber comprado tanto alcohol es llamativa:

- (viii) *Los microbios son unos animales más chicos que las pulgas y que tienen un odio bárbaro al alcohol y al agua caliente. Como uno no se la va a combatir [a la gripe] con agua, se chupa cognac o wisky pa' no quemarse las tripas... [...] Cuando uno se despacha una copa de alcohol, los microbios se asoman a cualquier ventanita del cuerpo y parece que preguntaran, tapándose la nariz: ¿Se puede saber quién no nos deja vivir tranquilos?... Entonces uno les sacude con otra copa y no tienen más remedio que poner los ojos en blanco, sacudir la cola y estirar las patitas...*

Luego de esta explicación, de una cena de “chinchulines” preparados por la mujer y tras beber grapa, el matrimonio pelea: Leonor llama “borracho” a Pascual, él le pega, y es tal el alboroto que “hizo acudir en columna cerrada a todos los inquilinos” a observar lo que ocurría. Interviene un comisario que pasaba por la puerta del conventillo, amonestando al marido por su conducta y la cuestión queda resuelta.

Más allá del intento de reproducir un lenguaje que considera propio de sectores con bajo nivel educativo y cultural, el fragmento también informa sobre el bajo –y, en la sátira, interesado– nivel de comprensión por parte de esas personas de la información médica, así como la “autoridad” a la que pueden obedecer, en este caso, un *portero* de la Asistencia Pública. La deliciosa comparación de los microbios con “animales” y la descripción del modo en que reaccionan frente al alcohol, así lo evidencia. Por otra parte, se puede notar la ironía respecto de la elección, por parte de Pascual Rodríguez, del método para prevenir la gripe: no con agua caliente sino con alcohol, lo que, en algún punto –el agua caliente no sería para beber sino para bañarse–, indica reticencia a la higiene. Nada se dice sobre las ocupaciones de Pascual Rodríguez ni las de su mujer, pero la referencia al amigo, Isidoro, presentado como *portero* de la Asistencia Pública, indica –al menos– un ámbito en el que estos personajes circulan.

No sólo los habitantes de los conventillos están fuera de los sectores sociales destinatarios de las prácticas: más en general, los habitantes de los arrabales. Así, por ejemplo, en una crónica policial, separa explícitamente al lector de esos sectores que el discurso del diario margina, efecto reforzado por la decisión estilística de presentar la información como una parodia²²⁴:

²²³ 28/10/18, 4ª ed., p. 5.

²²⁴ “Por lugares tenebrosos” (crónica, sección “Noticias de Policía”), 14/6/26, 4ª ed., p. 4.

- (ix) *Allí vamos a llevarte, lector amigo, y no temas. No temas porque el “golpe de furca” y la “mala puñalada” no son más el “detalle” característico de nuestro arrabal.// Cuanto mucho, veremos tipos pintorescos [...]. // Vendrás lector al suburbio a contemplar una vida pintoresca que va cediendo frente al progreso.*

Ese lector es presentado como ajeno al mundo del arrabal, temeroso por las creencias difundidas históricamente, pero por eso mismo, no es el habitante de esos barrios.

Cabe señalar, de manera general, que a través de estos procedimientos –la parodia, por ejemplo– el diario no solo delinea al destinatario sino que, a la vez, exhibe un modelo social y cultural al que considera aceptable, el cual puede operar como mecanismo diferenciador de clases.

Por último, interesa señalar que, desde el punto de vista formal, habitualmente, además de a través del pronombre de primera persona del plural con valor inclusivo, el destinatario es referido en tercera persona, como “nuestros lectores” o “el lector”, etc. Cabe señalar que, en general, no eran comunes las interpelaciones directas a los lectores en segunda persona. El último ejemplo es raro y tardío para el período que estudiamos –es de 1926– y la interpelación parece justificada por el carácter paródico.

En suma, pues, el diario se dirige a los sectores que integrarían lo que el diario postula como clase media, aunque en términos objetivos y tal vez, en las representaciones sociales más extendidas, tal clase estuviera en formación. En primer lugar, se dirige a los varones y sólo secundariamente –o en secciones específicas–, a las mujeres. Excluye a los obreros manuales, y más en general a los habitantes de los suburbios pobres.

En esta parte hemos corroborado algunas de las proposiciones de nuestra tesis. El análisis de las prácticas discursivas, no sólo en el plano de lo representado como contenido sino también en otros, como el enunciativo, el de la distribución semántico-funcional de los géneros, y el de lo formal, nos permitió observar los principales rasgos que caracterizan la representación social de *periodismo*, en particular, los relativos al rol que el diario «La Razón» adjudica a la prensa en general y a sí mismo, es decir, como sujeto institucional que actúa social, política y culturalmente, y que reflexiona sobre su propio *modus operandi*, durante el período que estudiamos.

Focalizadas las prácticas discursivas relativas al campo periodístico y al diario mismo, observamos que la representación social más amplia o de mayor jerarquía que las orientaba es la de *patria*: el núcleo se corresponde con los rasgos propios del *estado-nación* que le atribuye a la Revolución de Mayo y organizado por la Constitución de 1853/1860. Entre los rasgos nucleares, hay unos mandatos provenientes, justamente, del proceso de la independencia política y de la propia Carta Magna. El primero, y tal vez el principal, es el de garantizar el *desarrollo de la nación* en todos sus aspectos, armónicamente –económico, social, político y cultural–. El segundo es de orden ético, es decir, prescribe orientar todas las acciones de acuerdo con valores típicos de orden republicano, todos englobados dentro del *patriotismo*, que constituye el de mayor jerarquía. Y el tercero de los mandatos es el de cumplir cabalmente las funciones sociales propias del campo periodístico, esto es, *vigilar, orientar e informar*, aunque resulta evidente que privilegia las funciones de vigilancia y orientación. Cumplirlas de manera cabal significa no sólo que la profesión debe ser ejercida honestamente y a conciencia sino también de acuerdo con los otros dos mandatos, es decir, en pro del desarrollo de la nación y con el valor *patriotismo* como

guía.

Ahora bien, el desarrollo de la nación no estaba garantizado, más bien, era un objetivo cuya realización estaba fuertemente amenazada por factores diversos, externos e internos, tanto políticos, como sociales y económicos. Los rasgos más periféricos de la representación, entonces, son los vinculados con la coyuntura: es en esa zona donde se dirimen las batallas simbólicas –más allá de los efectos prácticos que tales batallas pudieran tener–, y de allí, pues, que se pueda observar una sutil profundización de ciertas posiciones. Al inicio del período que estudiamos, el diario parece situarse bastante claramente dentro de lo que se ha llamado *nacionalismo cultural* o *primer nacionalismo*, aquel que, sin cuestionar las bases del liberalismo económico, apelaba al fortalecimiento de una identidad nacional frente a las tensiones originadas por la inmigración masiva en lo interno, y las eventuales amenazas externas que parecían siempre latentes, al menos –pero no siempre sólo– en el plano económico. Sin plantear explícita y dramáticamente ningún giro en las posturas, según el ritmo de los conflictos originados en los reclamos de obreros y trabajadores en general, casi como “evolución” natural, las posiciones del diario fueron orientándose hacia formas más autoritarias en el plano social, en buena medida, en línea con la dirección de la Liga Patriótica Argentina, y hacia un nacionalismo económico más claramente definido.

Desde esa perspectiva general, el diario desplegó acciones para distintas metas relativas al *perfeccionamiento de la patria*, entre las que se destacan las relativas a la *fusión de razas* y el *desarrollo industrial* en particular, como uno de los modos del desarrollo económico en general. La representación de *raza*, si bien evidencia en algún punto el complejo de rasgos biológicos, culturales y lingüísticos que la caracterizan en general, presenta en «La Razón» algunos de esos rasgos particularmente destacados en detrimento de otros, al menos en las prácticas discursivas. Por ejemplo, no hemos encontrado actitudes de discriminación racista activa sustentada en rasgos étnicos y biológicos; pasivamente, aunque pueda destacar la superioridad de la raza blanca frente a otras, los rasgos biológicos no son utilizados explícitamente como parámetros; se puede inferir en esos casos, sin embargo, que los aspectos biológicos constituirían la base necesaria para aquello que sí sirve de criterio para evaluar: lo que determinaría el “grado de civilización” alcanzado por una nación. De todos modos, esos aspectos biológicos no siempre aparecen marcados como “innatos” sino eventualmente como resultados de procesos de *degeneración* o de *decadencia* cuyas raíces no son siempre claras: si bien podrán tener base en problemas tales como la mala alimentación o la falta de los cuidados prescriptos por el higienismo, en la mayor parte de los casos se los ve en el plano de las *razas* como parte de un proceso análogo al ciclo vital individual. Para evitar esos procesos de decadencia o degeneración, propone la *eugenesia* aunque entendida más como el estudio y la aplicación de ciertos métodos para garantizar una mejor progenie, aunque reconociendo los límites propios de las libertades individuales también garantizadas en la Constitución²²⁵. En el caso de nuestro país, y hacia el interior, colocados los pueblos indígenas en un espacio marginal desde la mirada piadosa del vencedor, y adjudicada la “desaparición” de los negros a diversos factores nunca problematizados, la *fusión de razas* remite al concepto acuñado por Ricardo Rojas: el *crisol*. Sin embargo, frente a los riesgos diversos que amenazan el desarrollo de la nación, el diario no parecía dispuesto a aceptar que el *crisol* siguiera una dinámica propia, fuera de cierto control: se trataba, para el diario, de la necesidad de que la *fusión* fuera dirigida de acuerdo con los mandatos patrióticos. Esa dirección debía seguirse entonces, no tanto en el plano biológico –cuyo valor positivo estaría más o menos garantizado por el origen europeo de la inmigración– sino más bien según dos ejes culturales: la lengua y la historia patria. La educación,

²²⁵ Este aspecto se anticipa aquí y será ampliado en la segunda parte, capítulo 5, § 5.2. La eugenesia como prédica.

especialmente la pública, adquiere entonces una importancia central para *nacionalizar* a los inmigrantes trascendiendo el plano meramente jurídico, y con la expectativa fuerte de efectos en el plano social y económico: fundamentalmente, alejar el riesgo de la conflictividad obrera que podía amenazar no sólo la producción desde el punto de vista coyuntural, sino especialmente el desarrollo económico.

Para «La Razón» el eje vertebrador del desarrollo económico era la industria. No sólo no desestimaba las otras ramas de la producción –agropecuaria, minera, pesquera, petrolera y de otros recursos energéticos, entre las principales– sino que consideraba que el desarrollo debía ser armónico, pero no habría demasiadas posibilidades de que la nación alcanzara *su destino de grandeza* sin que, a la vez, y como parte de esa armonía, la industria no recibiera el impulso necesario para comenzar a producir aquello que era comprado en el exterior, esto es, –grosso modo– lo que se conoce como *sustitución de importaciones*²²⁶. Ese desarrollo industrial no era una expectativa respecto exclusivamente de la ganancia económica directa: era un modo de alcanzar un objetivo mayor, el de *bastarse a sí mismo*, garantía de la *independencia económica*, vista como coronación del proceso independentista iniciado en 1810, y como condición para el ejercicio pleno de la soberanía política en un mundo cada vez más competitivo, en el que los sujetos eran cada vez más marcadamente cada uno de los estados-nación. Sólo así, además, podía garantizarse la defensa nacional.

Pero reconoce limitantes y amenazas para ese desarrollo industrial. Por un lado, cuestiones de orden cultural: la predilección del pueblo por los productos extranjeros de cualquier rubro y, correlativamente, la falta de confianza en la calidad de los productos nacionales. Por el otro, la evolución de la situación europea: tras el fin de la Primera Guerra, se temía la recuperación de las industrias del Viejo Continente y la pelea que sus gobiernos darían por recuperar los mercados perdidos, entre ellos, el de nuestro país. Una de las principales limitantes era la inversión extranjera, considerada necesaria y a la que había que “atraer con halagos”, y la actitud de los sectores ricos de nuestro país que rehuían reinvertir para la producción local. En tal sentido, si Estados Unidos, por una parte, constituía un admirado modelo de desarrollo a imitar, también era objeto, por la otra, de recelo por sus crecientes intentos de dominación económica y política que se sumaban a la todavía persistente dependencia respecto de Europa. Puede decirse, entonces, que expresaba una temprana actitud antiimperialista. Frente a ese estado de las cosas, la precariedad del sentimiento nacional de buena parte de la población, según el diario, era una amenaza que debía ser conjurada lo antes posible: de allí pues, lo que podríamos denominar “ansiedad” por la nacionalización, acicateada por la necesaria continuidad del flujo inmigratorio²²⁷.

En tanto actor social, este sujeto institucional asumía plenamente la responsabilidad enunciativa: en general se presenta con la primera persona del plural, deixis que resulta a la vez indicadora de la construcción de un discurso *estratégico*, es decir, aquel que resulta de delimitar un espacio propio a partir del cual identifica una exterioridad. Los relativamente escasos textos firmados – muy excepcionalmente por periodistas– y los límites de las tematizaciones realizadas en torno a los tópicos abordados en ellos evidencian claramente que se trataba de una controlada concesión del espacio enunciativo: invitaciones a cantar en un coro en el que las distintas voces podían

²²⁶ En nuestro registro de los ejemplares del diario no encontramos el uso de este término, pero el sentido de los textos es, de manera general, el que el término recoge como significado.

²²⁷ Aunque no constituye nuestro objeto, creemos interesante señalar que nuestro análisis de los rasgos del discurso del diario relativos al desarrollo económico y la *fusión de razas* evidencia fuertes coincidencias con el que desarrollaría posteriormente el peronismo, más allá de algunas innegables diferencias. Estas constataciones van en el mismo sentido que las que se derivan del análisis de Sandra McGee Deutsch (2003: 231-248).

mostrar variaciones siempre que no produjeran ninguna ruptura de la isotopía ideológica entre los rasgos nucleares y periféricos que el diario sostenía y fundamentaba. Se trataba de voces que, según la intención explicitada, eran seleccionadas para prestigiar al diario, para completar la tarea de darle inteligibilidad a los acontecimientos mundiales que informaban “en crudo” los telegramas de las agencias de noticias. La casi absoluta ausencia de firmas de periodistas de la planta del diario es producto de la centralidad de la voz de la dirección y es justificada en el carácter de apostolado que le asigna a la tarea periodística, un *sacrificio* –el anonimato– para el bien del colectivo, que es presentado como uno de los valores de la deontología propia del campo.

Las representaciones sociales que orientan el discurso de esa voz y el de las invitadas exhiben sus rasgos en diferentes niveles de un conjunto de prácticas discursivas que clasificamos en dos grandes tipos de unidades de análisis, clasificación que no desconoce las posibles articulaciones entre ellas sino que, por el contrario, se apoya en parámetros diversos que permiten precisamente estudiar tales entrelazamientos. Entre las unidades mayores, describimos la *sección*, el *suplemento*, la *cobertura*, la *campana* y la *encuesta*; entre las menores, distinguimos, a su vez, aquellas que cumplen centralmente la función que, desde el punto de vista lingüístico-discursivo llamamos *informativa* de las que cumplen la función que denominamos *directiva*, y señalamos que tal distinción según funciones es de grado. Así, describimos la noticia breve, el telegrama, la crónica entre las informativas; y las clásicas nota editorial y columna de opinión, así como el suelto, un género característico de la etapa y del diario, entre las directivas. En particular, y en relación con nuestros objetivos, focalizamos las prácticas divulgativas e instructivas. Como rasgo sobresaliente de las primeras, destacamos el componente didáctico: una intención de transmitir conocimiento, esto es, “contenido” de alguna disciplina o los debates al interior de las disciplinas en torno a ese conocimiento; y en tal sentido las distinguimos de aquellas prácticas cuya función es la de informar sobre temas del campo científico de la misma manera que abordaba cualquier otro campo. Las prácticas divulgativas, que tienen pues ese marcado estilo propio de los ámbitos escolares, fueron más bien raras durante el periodo estudiado, más allá de algunos segmentos de carácter divulgativo que, con una función subsidiaria –por ejemplo, para explicar características de algún acontecimiento o fenómeno que constituye el foco de la información–, están presentes en las prácticas informativas. Las prácticas directivas de carácter instruccional relativas a cuestiones de ciencia o medicina, en cambio, son abundantes. Presentan niveles de modalización diferentes según destinatarios específicos y tópicos abordados, pero en cualquier caso tienden a modelar diversas conductas, o al menos, a destacar aquellas que resultan deseables para el conjunto social –según el criterio del diario–. Son particularmente interesantes las prácticas instructivas relativas a cuestiones médicas y de salud pública pues, como veremos en la parte II, intentan profundizar el proceso de medicalización según los planteos del higienismo, tanto en su faz de salud individual como en cuanto a las condiciones sociales vinculadas, y colaboran desde este ángulo, a la distinción de clases sociales a la que nos hemos referido.

En sus prácticas, y por fuera de las que son foco de esta tesis, el diario abordó tópicos de toda clase y de toda esfera reconocible de la realidad. En el caso de las áreas relevadas, que consideramos las principales, se observa que los tópicos han sido siempre tematizados desde el conjunto de representaciones que referimos más arriba en torno al desarrollo amenazado de la patria. En tal sentido, la diversidad de prácticas da cuenta de una recurrencia constante de los rasgos más ideológicos que, en áreas como la de la economía, se fueron profundizando paulatinamente, aunque siempre dentro de los límites propios del capitalismo. Observados en los textos, en tanto productos de las prácticas, tal conjunto de rasgos constituye una doctrina explicativa y comprensiva de lo real representado en el discurso. Otro tipo de prácticas, no periodísticas, también están orientadas en el mismo sentido.

Para cubrir ese amplio arco temático, el diario contó con fuentes diversas, y no parecía economizar recursos para acceder a ellas: desde las distintas agencias internacionales de noticias más importantes y una selección de colaboradores europeos –muchos de ellos con cierto prestigio–, así como corresponsales argentinos en el Viejo Continente y en Estados Unidos, hasta un cuerpo importante de corresponsales en un alto porcentaje de ciudades del país. Además, contaba con un importante cuerpo de redactores en la sede central del diario. Luego incorporaría las transmisiones de radio.

Además, el diario realizó otras prácticas, tanto discursivas como no discursivas, por fuera y en torno de las discursivas periodísticas. Probablemente las acciones no discursivas²²⁸ de «La Razón» se inscriban en una tendencia propia del conjunto del campo periodístico que respondería, como Saítta plantea para «Crítica», a la necesidad de revertir la tendencia al distanciamiento y despersonalización de la relación con el público, propia del periodismo de masas, comercial (1998: 125-152). En efecto, era habitual que las empresas de prensa organizaran distintos servicios y tuvieran instituciones anexas. Pero no todos los diarios justificaron estas acciones estratégicas con los mismos argumentos, aun cuando todos apelaran al carácter de *servicio público*, rasgo nuclear de la representación de *periodismo*. En el caso de «La Razón», se reiteran los rasgos ya descritos, de modo que las acciones se realizan en la medida en que se cree que redundan, más específicamente, en un bien para el desarrollo de la patria o porque se apuesta a ello. En todos los casos, el diario daba cuenta de estas otras prácticas en sus propias páginas. La más importante, por su impacto y duración en el tiempo, fue una de tipo discursivo: el «Anuario de La Razón», que se publicó regularmente y que constituía un atlas del país, destinado a propagandizar para propios y extraños, las bondades de la patria y el desarrollo alcanzado. Entre otras prácticas no discursivas, las más importantes fueron algunos concursos – como el destinado a la elección de la flor nacional –, colectas para víctimas de algún desastre, y la apertura de un consultorio médico.

¿Qué sectores constituían el destinatario de las prácticas? Nuestro análisis sugiere que el destinatario principal era el conjunto de individuos pertenecientes a sectores con educación media –o al menos, educación primaria completa²²⁹– y superior, trabajadores de diversos niveles: empleados administrativos del Estado, los de comercio, profesionales, docentes, sectores directivos medios y altos del campo empresarial, pequeños comerciantes, artistas, escritores e intelectuales, es decir, en suma, todos aquellos sectores que podrían percibirse a sí mismos como *clase media*, aun cuando ese rasgo no formara parte todavía de la representación que tales sectores de la sociedad en su conjunto tendrían y de su lugar en ella, y aunque la denominación misma no fuera utilizada ni siquiera en el discurso de la intelectualidad. El diario, sin embargo, utiliza la denominación *clase media* para referir, en alguna medida, lo que definía como su público. A ese conjunto de sectores diferenciados por el tipo de actividad productiva y su nivel educativo se suma el resultado de un criterio de otra naturaleza: centralmente, se dirigía a un público masculino y sólo secundariamente y acotadamente a las mujeres.

Más allá, pues, de la autorepresentación o de si la denominación era producto de la apropiación acrítica de un concepto que en realidad era aplicable en los países desarrollados, lo cierto es que,

²²⁸ Necesariamente, muchas de las prácticas no discursivas se articulan con otras de tipo discursivo; lo que nos interesa es observar sobre todo aquellas que no se articulan con las prácticas discursivas *periodísticas*.

²²⁹ Dado el desarrollo progresivo del sistema educativo, creemos que para la época, completar la educación primaria era en sí mismo un logro que aportaba una credencial importante desde el punto de vista social y laboral, en general, y para las mujeres, en particular. Este aspecto cae fuera de nuestra atención en este trabajo, pero creemos importante destacarlo.

en cualquier caso, «La Razón» con el uso habitual que hace del término, en los hechos postula la existencia de la clase media: dicho de otro modo, sus prácticas discursivas están orientadas por esa representación de los sectores a los que considera sus destinatarios. Y es desde ese modelo, con toda la heterogeneidad que puede adjudicar a la clase media, el que funciona como referencia para las operaciones de clasificación que el diario mismo realiza: pone en evidencia los parámetros de pertenencia, “educa” —es decir, intenta reemplazar unos modos de actuar, de decir o de pensar, merecedores de cierto grado de desprecio, por otros, considerados aceptables—. De modo claro, no se dirige a obreros manuales, jornaleros, ni a trabajadores de algunos servicios tales como las mucamas, independientemente de que, en el plano de lo real no discursivo, estuvieran o no alfabetizados. Sin embargo, se refiere a ellos —“habla”— de ellos, y en esas prácticas les asigna un lugar en la estructura social que diseña implícitamente. El discurso del diario reproduce la representación que lo orienta; según esa representación la situación social parece un proceso de inclusión de los distintos sectores medios y trabajadores, pero jerarquizadamente, en el conjunto de la sociedad. A su vez, esa reproducción resultaría en algún grado performativa.

«La Razón» asume, entonces, en actitud *pastoral*, la conducción de esos sectores medios a los que se dirige y a los que, a la vez, dice representar —esto es, pues, el rol de un actor político— para cumplir el destino de la grandeza de la patria, inscripto en su historia.

Veremos, en la parte siguiente, los capítulos relativos a las prácticas discursivas que tematizan la ciencia y la medicina, considerando esta representación general de *periodismo*.

PARTE II

LAS REPRESENTACIONES DE CIENCIA Y MEDICINA

INTRODUCCIÓN

CIENCIA, MEDICINA Y PERIODISMO: TRADICIONES Y HORIZONTES EN EL RÍO DE LA PLATA

El objetivo general de esta parte es analizar las representaciones sociales que orientaron las prácticas discursivas del diario relativas a cuestiones de ciencia y medicina y se expresaron en ellas a lo largo del período. En particular, nos proponemos, pues, por un lado, indagar qué eran la *ciencia* y la *medicina* para el diario «La Razón», qué rasgos definían el campo según diferentes disciplinas, es decir, que atribuciones y finalidades le confería en cada caso, qué valores y utilidades les eran adjudicadas como propias, qué rasgos tenían los sujetos encargados de desarrollar la actividad científica, así como qué saber o tipo de conocimiento estaba involucrado y también cuál era el límite entre el conocimiento que consideraba científico y otras formas de conceptualización de lo real.

Ahora bien, no creemos posible analizar tales representaciones sin tener en cuenta la articulación con las que orientaban el propio hacer profesional del diario, que son las que establecen las posibilidades y los límites para las prácticas. ¿Se consideraba el diario a sí mismo un agente de difusión del conocimiento especializado entre científicos, o como agente que, si no equiparable a un medio especializado, puede cumplir al menos algún servicio a los científicos, o de interfaz entre el campo de la ciencia y el lego, esto es, como agente de divulgación –o “vulgarización”, como según vimos¹, el diario llamaba a veces a algunas de sus prácticas–? ¿En el segundo caso, que actitud asumía en relación con el saber científico? ¿Se presentaba como experto o como parte del público, con carencias diversas? ¿Era un propagandizador de los intereses del campo científico y de sus agentes? Las respuestas a las preguntas anteriores ¿serían iguales para todas las disciplinas o habría variación según el caso? Además de los rasgos que podrían delinearse en respuesta a estas preguntas –que no son todas las posibles–, cabe considerar otros rasgos, relativos a la historia del campo y a la relación con el de la ciencia, presentes en la representación de *periodismo*, que probablemente incidieran en las prácticas.

Como hemos visto en la primera parte, en la etapa que estudiamos las prácticas discursivas de «La Razón» están orientadas por una representación de *periodismo* cuyo rasgo más importante es el de constituir –desde los modos de hacer propios del campo profesional– un servicio a la patria, más aún, una actividad al servicio del desarrollo de la patria, un proceso que era un mandato histórico y que no sólo no estaba garantizado sino que se veía amenazado por diversos factores. A su vez, los orígenes del campo periodístico estaban en las raíces mismas de la patria. El diario, de ese modo, se instalaba a sí mismo en una tradición que, en su presente, se articulaba con las nuevas condiciones sociales, políticas, económicas y culturales. Las funciones de informar, vigilar y orientar se cumplirán ahora en relación con un público masivo y con los mandatos de la patria. Y ello supone, pues, prácticas discursivas con tematizaciones diferentes y relativas a un espectro de la realidad mucho más amplio para responder a una mayor diversidad de intereses, y con características formales ajustadas a las nuevas necesidades y condiciones de recepción. Esas nuevas determinaciones que delimitan el hacer del campo periodístico no parecen haber afectado la “naturalidad” con que siempre habían sido abordadas por la prensa las cuestiones de política y economía, aun ampliadas e incluso cuando los respectivos campos habían sufrido

¹ Parte I, capítulo 2, § 2.4.3.1. Las prácticas divulgativas.

transformaciones importantes. También fue “natural” la incorporación o ampliación de otras áreas temáticas como los deportes o los espectáculos. Los modos de abordar las cuestiones de ciencia y medicina, aun cuando, sin embargo, no perdieron del todo la “naturalidad” que habían exhibido antaño, sufrieron algunas transformaciones en el tratamiento, al menos en el caso de «La Razón», en función de las nuevas condiciones. El diario se situaría así, de una manera particular frente a las cuestiones de ciencia y medicina, campos éstos, por otra parte, que habían sufrido, claro está, modificaciones no menos importantes, sobre todo en el período previo inmediato al que estudiamos.

Al respecto y de manera general, Hobsbawm (1987: 252-261) señala algunas cuestiones interesantes a tener en cuenta. Por un lado, plantea que el lapso comprendido aproximadamente entre 1870 y 1914 –el inmediatamente previo al que nosotros estudiamos–, con variaciones según se trate de una u otra disciplina, es el período de las “certidumbres socavadas” de la ciencia decimonónica. Pero no se trataba aún tanto de los prolegómenos de la desilusión respecto de las variantes locales del positivismo que se observaría en un ámbito intelectual más amplio a partir de la primera década del siglo XX y que se acentuaría tras el inicio de la Primera Guerra Mundial (Vessuri, 1994:52), desilusión a la que ya nos hemos referido en la Introducción General. Se trataba, para Hobsbawm, de un proceso más bien interno del campo científico mismo, un cambio ocurrido en un breve período en cuanto “a la forma en que el hombre aprehende y estructura el universo” (p. 252), un “proceso de separación de la ciencia de la intuición” (p. 254) que, aunque no tuvo las mismas características en todas las disciplinas, fue notorio en algunas de ellas. Así, mientras en unas es posible observar un cierto “progreso lineal – como en las ciencias médicas–”, en otras “se estaba experimentando una auténtica revolución – como en la física–”; asimismo, Hobsbawm destaca el nacimiento de algunas especialidades como la genética, la reafirmación del darwinismo tras algunos cuestionamientos, la aparición de teorías que permanecerían por más tiempo en los límites de las disciplinas científicas –“como el psicoanálisis”–, entre otras distinciones en cuanto a las modalidades de ese proceso de distanciamiento del conocimiento científico respecto de la intuición. Estas transformaciones significaron en el interior del campo científico, y como fenómeno bastante acotado, “el fin de una interpretación del universo a la manera de un arquitecto o ingeniero: un edificio todavía inacabado pero cuya finalización no podía retrasarse por mucho tiempo”. En efecto, se derrumbaba el “gigantesco mecanismo estático del universo heredado del siglo XVII” que, sin embargo, “ampliado por la extensión de nuevos campos, producía no sólo permanencia y predictibilidad, sino también transformación; producía evolución”, término que podía “identificarse fácilmente con *progreso* secular”. Además, ese universo, salvo pocas excepciones, era compatible “tanto con la comprensión intuitiva del mundo material –con la *experiencia de los sentidos*– como con los conceptos intuitivos, o al menos seculares, del funcionamiento de la razón humana”. Al decir de Hobsbawm, en este lapso la “*naturaleza* se hizo menos *natural* y más incomprensible” (p. 253-254).

Por otra parte, este autor señala una segunda cuestión de nuestro interés: el bajo grado de difusión de estas rupturas en “el pensamiento de la mayor parte de la gente” (p. 254). Para él, el “sentimiento de crisis” era un fenómeno minoritario: “Entre los que poseían educación científica, sólo lo experimentaban aquellos pocos directamente implicados en el derrumbamiento de la visión decimonónica del mundo y no en todos los casos era un sentimiento agudo” (p. 268); y evalúa que la comunidad científica estaba altamente concentrada en los países europeos más desarrollados en un momento en el que la de Estados Unidos todavía era de una importancia secundaria aunque en rápido desarrollo. Pero si bien no pretende subestimar el impacto de los cambios en el campo científico, señala que sería recién después del fin de la Primera Guerra cuando comenzaría a llegar al gran público, a través de los medios de comunicación –por la

época, centralmente la prensa— una “visión distorsionada” de las grandes transformaciones. “En 1914, el nombre de Einstein apenas era conocido fuera de los círculos de los físicos, pero al terminar la guerra mundial la *relatividad* era ya objeto de chistes en los cabarets centro-europeos”, y pocos años después, “pese a la imposibilidad total de comprender su teoría para la mayor parte de los profanos, se había convertido tal vez en el único científico después de Darwin cuyo nombre e imagen eran reconocidos por la opinión pública culta de todo el mundo” (p. 269-70). Así, a la vez que destaca el rol de la prensa en las actividades de divulgación que llevaron al gran público los cambios, Hobsbawm plantea cuáles serían los límites: no sólo se trataba de una *versión distorsionada* sino también referida a un acotado número de científicos y que sólo caló en la opinión pública culta. Por otra parte, además, indica que, en general, “las universidades, las academias técnicas, la industria y el gobierno no coordinaban en absoluto sus intereses y sus esfuerzos” y que, más allá de que los gobiernos hubieran comenzado a instar o encargar investigaciones no podía decirse de ellos que fueran fuerza impulsora de las fundamentales (p. 260). Y en tal sentido, es necesario destacar que se refiere a los países centrales, de modo que resulta difícil pensar una situación mejor, de manera general, en el caso de los países periféricos. En nuestro país, según Lértora (2004: 384), recién “alrededor de 1920, comienza el proceso de profesionalización y especialización de la investigación científica”. Y conviene subrayar que se trata del *inicio* de ese proceso, y que no se dio al mismo ritmo en las ciencias físico-matemáticas que en las ciencias naturales. Mientras en las primeras, a mediados de esa década comienza a “lograrse una aproximación al avance científico europeo” —Einstein visitó nuestro país en 1925—, las segundas se mantienen más ligadas “a la tradición de sus antecesores”: tanto para la botánica como para la zoología y la mineralogía no hay cambios de teorías básicas y los problemas locales son de otra índole, como por ejemplo, “la falta de coordinación entre el trabajo de campo (el contexto de descubrimiento y análisis) y el trabajo académico de evaluación y transmisión universitaria de resultados”, lo cual —según podemos inferir— perturbaría aún más la circulación del conocimiento más novedoso fuera del campo científico. Incluso en el caso de las ciencias físico-matemáticas, el desarrollo no fue homogéneo en todas las universidades del país. Se destacaba la Universidad Nacional de La Plata en física, por ejemplo, pero no estaban en el mismo nivel las universidades de Córdoba o de Buenos Aires. En el caso de la astronomía, luego de 1920 “comienza a formarse la escuela argentina, cuyos primeros logros se aprecian a partir de la década del 30” (Cf. p. 386-392). En suma, en nuestro país los cambios se producían de manera lenta incluso en el interior del campo científico mismo.

En el mismo sentido, la perspectiva de Hobsbawm permite, pues, suponer que los cambios en las representaciones sociales acerca de la ciencia en la mayor parte de la población se demorarían mucho —de hecho, este autor se pregunta hasta qué punto la “revolución” en el interior de algunas disciplinas en los países centrales se había “incorporado a los procesos comunes de pensamiento de la mayor parte de la gente, incluso en la actualidad” (1987: 254)²—, y no serían muy evidentes en el período que estudiamos, sobre todo porque, además, en el caso de las vigentes, se trataba de representaciones sociales construidas obviamente no por la práctica científica sino en el marco del sistema educativo —muchos de cuyos agentes se habían formado en el fin de siglo y aun antes— y la prensa —ámbito cuya dinámica masiva y moderna era reciente y cuyos agentes también habían sido educados en la etapa anterior—. Esto es congruente con las conclusiones de nuestro análisis, que podemos anticipar de manera muy general: observamos en los textos la supervivencia de muchos rasgos propios de las representaciones de ciencia

² Cabe destacar que el texto de Hobsbawm es de 1987. La cita nos interesa en tanto refuerza nuestro convencimiento de que se trata de procesos generalmente lentos. De 1987 a la actualidad, probablemente se haya acelerado el ritmo en algunos aspectos, pero una década después, en 1998, algunos trabajos sobre la percepción pública de la ciencia indicaban la persistencia de algunos rasgos en las representaciones bastante alejados del hacer científico actual (Por ejemplo, Miller, Pardo & Niwa, 1998).

decimonónicas, y marcas de resistencia a los cambios de varios de tales rasgos, además de las dificultades que el diario evidencia para aproximarse al nuevo conocimiento producido, como ocurre, paradigmáticamente, con la Teoría de la Relatividad³.

Pero la representación de ciencia limita, aun de manera difusa, con otras formas de conceptualización de la realidad. En ese sentido, Hobsbawm se refiere también al rechazo sufrido por el pensamiento científico, y más en general, por la razón, en los últimos años del siglo XIX, de parte de un cierto número de personas que “pertenecían al submundo de la inteligencia” cuyos “nombres han sido olvidados” (1987:271). No se trataría exactamente de la reacción análoga frente al positivismo observable a partir de la Primera Guerra Mundial. Para Hobsbawm es más bien la reacción a una crisis abierta por los cambios en el conocimiento científico mismo y no por el fracaso de la razón que evidenciaría la guerra: es la “moda del ocultismo, la nigromancia, la magia, la parapsicología”, y también de la adhesión a “diferentes versiones del misticismo y la religiosidad oriental, que surgieron en las zonas marginales de la cultura occidental”. Se trate de una reacción antipositivista más general o de un producto de la crisis “intelectual”, como la llama Hobsbawm, derivada de la ampliación de la brecha entre conocimiento científico e intuición o, incluso, de la confluencia de tales razones, en cualquier caso, nos interesa ese retorno –al decir de Hobsbawm– de “lo desconocido e incomprensible” que “volvió a adquirir la popularidad de que gozaba en los inicios del período romántico”. Pero a diferencia de lo que había ocurrido durante el siglo XIX, el interés por esos temas ya no se verificaba en los sectores de la izquierda autodidacta sino que “tendió a desplazarse a la derecha política”. A su vez, este interés tampoco tuvo un impacto notable en el público en general. “La gran masa del sector culto, y sobre todo aquellos que se habían incorporado a él recientemente no ponían en cuestión las viejas verdades intelectuales”. El progreso de la educación y la alfabetización, así como el autodidactismo a fines del siglo XIX y principios del XX, estaban fundados, precisamente, en la racionalidad y en las certidumbres científicas decimonónicas, y eran prueba y garantía del progreso al que muchos sectores aspiraban (Cf. p. 272), fenómeno que en nuestro país estaría claramente representado por la Sociedad Luz, institución ligada al Partido Socialista y dedicada a la difusión de la ciencia a la que nos hemos referido más arriba (ver Barrancos 1996; Admovsky, 2009: 100).

Sin embargo, aunque el progreso y la educación formaban parte de la demanda social, en particular, de la inmigración en nuestro país, la expansión de la cultura letrada –indudable y beneficiosa en términos generales– no fue uniforme; por el contrario, se trató de una distribución

³ «La Razón» no dio cuenta nunca de la Teoría de la Relatividad; a lo sumo, aludió a ella. Informó sobre actividades de Einstein, pero no se refirió a los contenidos de su teoría, a la que valoraba positivamente. De hecho, durante la visita de Einstein a nuestro país en 1925 cubrió sólo los aspectos sociales y políticos del recorrido del ilustre visitante, e informó sobre lugar y fecha de las conferencias que dictaría pero no intentó siquiera dar cuenta del contenido de tales conferencias. Claro está que no sólo este diario tuvo dificultades en ese orden. En el caso del diario «Crítica», tras diversos intentos de explicar con carácter divulgativo, en sucesivas notas, conceptos de la Teoría de la Relatividad para “preparar” al público para la visita de Einstein, una voz periodística termina por reconocer su fracaso y la imposibilidad para hacerlo. Se plantea, entonces, que la tarea periodística al respecto era la de preguntarse el sentido del trabajo de los científicos, en general, y no divulgar conocimiento. «La Nación» intentará dar cuenta del contenido de las conferencias de Einstein en notas divulgativas pedagógicas sin firma –de modo que parece el resultado de un trabajo periodístico de alta divulgación–; por el cuestionamiento de un lector y por la respuesta que se le da en la sección de “Cartas”, fue posible saber que el autor de esas notas era, en realidad, un físico de nuestro país, reconocido internacionalmente y uno de los pocos que comprendían la Teoría de la Relatividad, el doctor Teófilo Isnardi (Fuente: Peralta, 2009). Isnardi fue catedrático de la UBA y la UNLP, presidente de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y futuro integrante, a partir de 1948, del Comité Internacional de Pesas y Medidas (Fuente: página de la Academia Nac. de CEFyN www.ancefn.org.ar/institucional/presidentes/isnardi.htm, consultada el 12 /3/2015). Para un análisis centrado en la figura de Einstein y la recepción en nuestro país por la prensa, ver De Asúa & Hurtado de Mendoza (2006).

que varió según parámetros geográficos, económicos y hasta –para la época– “raciales”⁴, entre otros (Cf. Adamovsky, 2009: 98-110). Cabe preguntarse, entonces, si no habrían permanecido creencias y formas de religiosidad de matriz popular –en buena medida específicamente campesina–, de larga data, algunas nativas y otras traídas por la inmigración, en amplios sectores populares alfabetizados, incluida al menos una parte importante de la *clase media* a la que el diario dice representar y a cuya conformación colabora, si –como sostiene Adamovsky (p. 27)– estaba aun lejos de reconocerse como tal. Ese conjunto heterogéneo de creencias podrían haber confluído con aquella “moda” del ocultismo, al decir de Hobsbawm, originada en otros ámbitos, y resultar así potenciadas.

La relación, pues, entre ciencia y otras formas de conceptualización, presenta límites algo difusos. Y en tal sentido, hay otro aspecto a considerar: la incidencia de la presencia de un conjunto de artefactos tecnológicos que *materializan* un conjunto de conocimientos científicos que, para el lego, constituye la *ciencia*, en abstracto. La función *objetivadora* de las representaciones sociales (Cortassa, 2012: 90-93), según planteamos en el Marco Teórico, es la que permite incorporar lo nuevo a partir de lo conocido, por lo general, a través de un “ícono, metáfora o tropo próximo a la imaginería del grupo”. Pero cabe preguntarse, entonces, qué ocurre, en el caso de la tecnología, en sentido inverso, esto es, qué efecto produce o puede producir un artefacto tecnológico en los rasgos de una representación social, lo nuevo conceptualizado a través de lo conocido, en relación, a su vez, con eso que era conocido. Cabe pensar que no siempre lo nuevo sustituye completamente lo conocido, es decir, no necesariamente lo reemplaza. En tal sentido, resulta muy interesante el abordaje que, en *La imaginación técnica*, Sarlo (1997) realiza de los modos de circulación popular del saber vinculado con la técnica a través de la prensa masiva⁵. Su análisis focaliza la relación entre el saber científico evocado por los objetos tecnológicos y las creencias populares de diverso origen (p. 135-152), entre las que incluye el espiritismo, el hipnotismo y la videncia. Al respecto, sostiene que la aparición de un conjunto muy importante de aplicaciones del conocimiento y de objetos concretos, acaecida en un lapso menor que la duración de una vida, constituye la puesta en escena por parte de la ciencia de “milagros” –así expresado metafóricamente y retóricamente– tales como el de la radio o el del cine. Así, lo *maravilloso moderno*, autorizaba a creer en otro tipo de “milagros”. La técnica enlazaba y comunicaba ámbitos diferentes, sobre todo porque en muchos casos, era cada vez menor el saber indispensable para hacer uso de máquinas o instrumentos. “Para muchos, lo maravilloso técnico despierta el deseo de conocer las leyes nuevas de un progreso que se impone contradiciendo el sentido común y afirmando viejos mitos”, como la posibilidad de “hablar con quien no está con nosotros, escuchar la voz de alguien que ha muerto, ver una imagen en movimiento”, u observar el interior del cuerpo sin herirlo (p. 136). Así, lo “maravilloso ficcionaliza la técnica, el milagro moderno, por una parte; por la otra, permite razonar analógicamente respecto de lo maravilloso arcaico, recolocándolo y, a veces, dándole una respetabilidad nueva” (p. 137-8). Los logros de la ciencia, pues, que en el campo especializado e intelectual era precisamente una muestra del progreso⁶, del avance de una maquinaria capaz de disipar todo oscurantismo, ofrecen en el ámbito popular, no especializado, la posibilidad de reafirmar cierto tipo de creencias o, al menos, de considerar posibles ciertas cuestiones que, en realidad, el positivismo habría dejado fuera del campo científico.

⁴ Adamovsky considera el “color de piel” y el origen –americano, africano o europeo– como uno de los factores que contribuyó a los procesos de diferenciación social, y señala que se trató de un tipo de dato habitualmente eludido en los estudios sociales (Cf. 2009: 93-97).

⁵ En cuanto a diarios, toma especialmente «Crítica» y «El Mundo»; además, considera revistas como «Mecánica Popular».

⁶ Terán cita, como compendio exhaustivo de los logros de la ciencia valorados un fragmento del “Ensayo sobre Bacon” (1837) del historiador y político inglés Thomas Macaulay y una cita de Juan María Gutiérrez de 50 años más tarde que va en el mismo sentido (2000^a: 88 y 90, respectivamente).

En relación con ese planteo, y considerando una publicación del diario «El Mundo» relativa a la visita de Asuero –tema al que volveremos⁷–, Sarlo (1997: 149 y ss.) observa la construcción discursiva de dos oposiciones: una, entre la “ciencia positivista” y una “nueva ciencia sensible a los fenómenos que el positivismo hubiera descartado de su campo de estudio”; la otra, entre una “ciencia viva y desprejuiciada” y “la ciencia de las academias, donde se ha depositado el positivismo decimonónico”. De la primera oposición, Sarlo deriva que, para el periodismo –en general–, “ser moderno, en ciencia”, era “aceptar la naturaleza a veces intangible, a veces extraña, de fenómenos que se producen aunque todavía no pueda explicarse su origen”. Pero, creemos que hay razones para matizar esa afirmación. Por una parte, es necesario reconocer que el positivismo había tenido en nuestro país una fuerte penetración desde el siglo XIX en los sectores intelectuales –sobre todo, en las versiones de Spencer, en general, y de Lamarck, en relación con la biología y disciplinas afines–, y que a principios del XX “seguía gozando de prestigio dominante, incluso asincrónicamente respecto de la producción europea y funcionando como ideología que se apoyaba y al mismo tiempo organizaba el saber de las ciencias” (Cf. Terán, 2000^a: 83-88); además, hay que considerar que la crisis del positivismo en el campo científico e intelectual, no resultaba tan honda ni, como dijimos, se había divulgado lo suficiente fuera del campo específico. Por otra parte, los agentes del campo periodístico, como se señaló más arriba, se habían formado durante el auge del positivismo y no necesariamente en disciplinas que hubieran dado cuenta tempranamente de cuestionamientos al orden cognitivo imperante, como había ocurrido, por ejemplo, en filosofía, con Rodolfo Rivarola, cuyo programa del Curso de Metafísica, de 1904, ya daba cuenta de una convivencia compleja –pero no en oposición– con tendencias espiritualistas (Cf. Terán, 2000^a: 86-87). Rivarola admitía lo “incognoscible, afirmando por ello implícita y explícitamente su existencia”, aun cuando admirara “el emprendimiento científico y totalizador de Spencer” (p. 86). No resulta posible, entonces, aceptar sin más que el discurso periodístico en general y, sobre todo el de carácter popular, ya expresara en la década del 20 una relación de oposición entre una ciencia positivista y otra sensible a los fenómenos excluidos por ella.

Se podría pensar más bien que, fuera del campo especializado o intelectual donde las diferencias podrían ser claras y eventualmente puestas en oposición, el conjunto de creencias populares pudieron haber permanecido en las representaciones como rasgos *yuxtapuestos* con los de la racionalidad y las certidumbres científicas decimonónicas difundidas por la educación formal y la divulgación. Yuxtapuestos pero no opuestos, en todo caso en tensión, insistimos. Aunque tal yuxtaposición no significara, pues, un rechazo liso y llano de la ciencia en su conjunto, las creencias populares al menos podían operar algunas veces como una puesta en duda de la eficiencia, eficacia o alcance de ciertas respuestas científicas –no de todas– ante ciertos problemas prácticos, lo cual será más notorio en el caso de la medicina, como veremos, y vinculado más bien con algunas características del ejercicio profesional por parte de los médicos; otras veces, en cambio, tales creencias brindaban respuestas a cuestiones que excedían a los credos institucionalizados o bien que eran respondidas por estos de una manera evidentemente percibida como insatisfactoria: la vida más allá de la muerte, la comunicación con el *más allá*, los “misterios” del azar y del “destino”, los modos de controlar al otro –ya por la “lectura de pensamiento” ya por los modos de obtener amor o dominar su afectividad– así como las argucias para conjurar miedos o domeñar angustias cotidianas y existenciales. Tal como, según vimos, planteaba Sarlo, se trataba de cuestiones que podrían alguna vez ser explicadas por la ciencia, entrar en el campo de la racionalidad: cabía la *esperanza*, como rasgo de la representación. Probablemente, quizás de manera más o menos diferenciada en ciertos casos, algunas de esas

⁷ Capítulo 5, § 5.4.1. El doctor Asuero: la cura por el trigémino

creencias y formas de religiosidad convergían a su vez con la “moda” del ocultismo –que seguramente reconocía antiquísimas raíces culturales comunes– referida por Hobsbawm. El análisis que realizamos de las prácticas de «La Razón» sugiere, efectivamente, que en la representación había rasgos de distinto origen en yuxtaposición, aunque con matices. Por una parte, algunas creencias populares no sólo no eran aceptadas sino especialmente rechazadas y perseguidas por «La Razón» –y también, según Sarlo, por «El Mundo» o «Crítica»–. Otras creencias, en cambio, eran toleradas o presentadas con alto grado de escepticismo. Y esa es una cuestión a dilucidar en las representaciones del diario: cuáles eran las creencias rechazadas y las, al menos, toleradas, cuál habría sido el criterio que permitía la distinción, y qué efectos podría producir tal actuación discursiva. De manera general, podemos anticipar que la cesura pasaba sobre todo por una distinción de clase social, especial pero no únicamente en el caso de la medicina: rechazaba el curanderismo y promovía la persecución policial de los curanderos en tanto atentaban contra la salud pública y estaban fuera del control de la institución médica; asimismo, realizaba campañas contra las “adivinas” de los barrios populares. En cuanto a las creencias no científicas y a ciertas experimentaciones, el diario no solía pronunciarse con su propia voz, pero daba espacios casi intersticiales a voces diversas que aceptaban ciertas explicaciones no científicas o que avalaban algunas experiencias, especialmente aquellas que estaban, según Hobsbawm, en los límites del conocimiento científico, como el hipnotismo, o bien que eran aceptadas también por una parte, aunque minoritaria, de los sectores medios, como es el caso del espiritismo. Este zigzagueo entre aceptaciones y rechazos, que de algún modo evidencia la yuxtaposición y, a la vez, la inestabilidad de esos rasgos de la representación, probablemente colaboraba de hecho con un proceso de diferenciación de clases –la *organización* de un “régimen de clasificación” iniciado más o menos hacia 1860 y que concluiría en la década del ‘30, al que se refiere Adamovsky (2009: 115)– y con el consecuente fortalecimiento, al menos en el plano simbólico, de sectores sociales que se identificarían a sí mismos como parte de la clase media a la que el diario orientaba acerca de qué creencias eran aceptables y cuáles eran impropias de los sectores que consideraba cultos.

Ahora bien, como ocurre en todos los casos, las prácticas discursivas no sólo se articulan con su presente en distintos niveles sino también con la historia misma de las prácticas en el contexto del campo al que corresponden, en este caso con el periodístico. Es decir, las prácticas discursivas están guiadas no sólo por representaciones relativas al presente en el que son realizadas sino también por rasgos de la representación de la historia misma del campo y de las prácticas. Y en este caso, además, como hemos visto, «La Razón» se inscribía explícitamente en una historia-tradición que enlazaba el nacimiento del campo periodístico local con el de la patria. En tal sentido, hay que recordar que cuestiones dependientes de creencias ajenas a la ciencia y a la religión institucionalizada habían tenido espacio en la prensa desde al menos los primeros periódicos del Río de la Plata, en los inicios del siglo anterior, es decir, desde 1800. En efecto, de Asúa (2010^a: 99) observó la publicación de una sección titulada “Fenómenos” en el «Telégrafo Mercantil», y ejemplifica su contenido con una nota titulada “El terreno de la Villa de Tarija acrecienta los huesos”, de 1802. Este autor interpreta la presencia de estos temas en la prensa como una continuidad de los *portentos* propios del barroco y subraya que “seguían siendo de interés público en la era de la razón”. Se trataría de un registro de lo “inexplicable” que, aunque de Asúa no lo dice, es posible vincular con la revalorización que el Romanticismo hizo de lo misterioso y lo oculto, precisamente como reacción al racionalismo. Tales prácticas convivían con otras habituales relativas a ciencia. Más allá de que haya habido momentos de mayor popularidad, no hay razón para pensar que este tipo de creencias en algún momento hayan desaparecido del todo de las representaciones sociales.

La relación recién planteada entre el pasado del campo periodístico y el presente de «La Razón»

permite observar también otras continuidades del pasado que incidirían en sus prácticas discursivas y que veremos a lo largo de nuestro recorrido analítico: la preferencia temática por el tipo de conocimiento que ofrece o podría ofrecer aplicaciones prácticas más o menos inmediatas, y en relación con ello, por ciertas áreas disciplinares como la geografía, sobre todo en cuanto a las posibilidades de explotación. Y en cuanto a medicina, también es posible observar algunas continuidades: el interés central por la salud sus aspectos más sociales. Aunque, obviamente, hay contenidos temáticos disciplinares propios de los inicios del siglo XX, tales continuidades parecen confirmar la recurrencia en las prácticas de ciertos caracteres determinados por la permanencia de algunos rasgos de las representaciones sociales en cuanto al quehacer periodístico, más allá del cambio de las condiciones del campo. Pero también es posible observar algunas variaciones.

No hemos analizado la prensa anterior al período objeto de nuestro trabajo ni se dispone de abundante material que analice prácticas periodísticas en perspectiva histórica en relación con la ciencia, pero contamos con la descripción y análisis que realiza Miguel de Asúa de la prensa en los inicios del siglo XIX en relación con la ciencia y la medicina, y consideramos que ofrece algunos datos interesantes para observar esas continuidades y rupturas, además de algunas referencias más generales.

De Asúa (2010^a: 93-116) estudia, considerando los modelos y antecedentes de América y España⁸, la experiencia de la prensa en el Río de la Plata entre 1800 y 1820. Revisa «El Telégrafo Mercantil», de Francisco Cabello y Mesa; el «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio», de Hipólito Vieytes, y el «Correo de Comercio»⁹, de Manuel Belgrano y señala que era posible encontrar habitualmente “un gran número de artículos de contenido científico”, algunos de los cuales provenían de “periódicos similares de España e Hispanoamérica, pero otros eran contribuciones de los científicos más distinguidos del Virreinato, como Cerviño o Haenke”. También Babini (1986: 61-63), aunque con menos grado de detalle, da cuenta de este fenómeno.

En su trabajo, De Asúa describe la abundante presencia de artículos relativos a temas de lo que hoy consideraríamos geografía económica, esto es, descripciones de provincias o regiones del Virreinato en función de posibles aprovechamientos de materias primas de índole mineral o botánica. Así, por ejemplo, el «Telégrafo Mercantil» publicó la “Introducción a la Historia Natural de la provincia de Cochabamba y sus circunvecinas”, una “serie de ensayos científicos sobre los productos minerales, animales y vegetales de la región, con vistas a su utilidad y explotación”, de Tadeo Haenke, gran parte de cuya obra “publicada en castellano”, por otra parte, “apareció en los periódicos de Buenos Aires”. También se publicaron artículos relativos a cuestiones prácticas, como la metalurgia –por ejemplo, el “Discurso preliminar a las memorias de mineralogía y razón de formar algunos de la verdadera práctica de este arte y de establecer un laboratorio para las operaciones de metalurgia”, de Gabriel Antonio de Hevia y Pando, en el «Semanario» de Vieytes– y, más en general, algunos procedimientos artesanales para diversas actividades productivas y, algunos dispositivos técnicos innovadores, como el horno o “cocina de Rumford”¹⁰. Pero el «Semanario» fue más allá: publicó entre 1804 y 1806 una “Introducción al

⁸ Somos conscientes de que hay un extenso período en el que se fueron forjando cambios. No es objeto de nuestra tesis el estudio de la prensa en cuanto a los aspectos de ciencia y técnica a lo largo de todo el siglo XIX, trabajo que –cabe señalar– no ha sido hecho aún cabalmente. Creemos que, a efectos de ilustrar algunos aspectos, es elocuente la comparación con los momentos iniciales.

⁹ Publicados entre el 1/4/1801 y el 17/10/1802, el 1/9/1802 y el 11/2/1807 y el 3/3/1810 y el 23/2/1811, respectivamente.

¹⁰ Se refiere al horno cerrado –similar a lo que serían las llamadas “cocinas económicas”–, inventado por Benjamin Thompson, conde de Rumford (1753-1814), un inventor norteamericano que luchó a favor de Inglaterra en las guerras de independencia del país del norte y que fue nombrado conde por George III. Fue también espía a favor de

estudio de los elementos de química”, 25 lecciones que constituían una “razonable síntesis de la química basada en el *Traité de Lavoisier*”, en un intento de “acercar a los artesanos y a los sabios una versión popular de la química”. Y aclara que había un antecedente: en el «Mercurio Peruano» de 1792 se habían editado los *Principios de Química Física para servir de introducción a la Historia Natural del Perú*, el “primer texto sobre la química de Lavoisier publicado en Hispanoamérica”. Con todo, la experiencia de Vieytes, especula de Asúa, no debió ser alentadora, pues el mismo editor evaluaba que no habían sido “del agrado general”.

En cuanto a medicina, plantea que las epidemias fueron tema de interés en los periódicos analizados, en particular, la viruela, en relación con la cual se debatía sobre los procedimientos de variolización¹¹, primero, y vacunación, después. De Asúa llama la atención sobre el hecho de que se publicaban informes médicos en periódicos de circulación general, y ejemplifica con los publicados por el «Telégrafo Mercantil» en relación con el llamado “mal de los siete días”, “una epidemia que afectaba a los recién nacidos” –se trataba de tétanos infantil producido por infección del cordón umbilical–, que motivó cierta controversia a través de una serie de informes relativos al uso del “aceite de palo”, un bálsamo de copaiba, y de otros métodos alternativos, en los últimos meses de 1801.

Del recorrido que realiza, de Asúa desprende dos conclusiones que interesan en relación con nuestro trabajo. La primera es la más obvia: las cuestiones científicas tenían espacio habitual en diarios de circulación general. En la mayor parte de los casos, los temas se referían al conocimiento más bien práctico o que permitía aplicaciones inmediatas, o al que abría las puertas a la explotación y producción económica. La “fría recepción” que tuvo la publicación de la “nueva química” de Lavoisier, que no ofrecía –o que no dejaba ver– las mismas posibilidades prácticas, “muestra también cuáles fueron los límites del interés popular por la ciencia”. Obviamente, no se publicaban cuestiones relativas a ciencias exactas. Considera, pues, que los tres periódicos “contribuyeron a fomentar la cultura científica entre los sectores letrados de Buenos Aires”, con una clara orientación práctica. Las áreas de conocimiento que satisfacían el interés de esos sectores fueron –el orden expositivo no es de prelación– la geografía, la botánica aplicada y mineralogía, química aplicada y medicina.

La segunda conclusión que nos interesa se refiere más específicamente a un aspecto de la medicina. No sin asombro, de Asúa observa que “en los periódicos virreinales no existía frontera entre el discurso profesional, técnico, y la discusión pública”. Evalúa que “el discurso médico era *abierto*, en el sentido de que de las discusiones participaba cualquier miembro de la población, sin necesidad de calificaciones profesionales”. El fenómeno, de todas formas, y así se desprende de los ejemplos que este autor brinda, queda limitado básicamente a la problemática de las

Inglaterra y se desempeñó en el ejército del reino de Baviera, donde se dedicó a investigar métodos para la medición del calor y a diseñar distintos artefactos para la cocina, según las necesidades del ejército, entre otras actividades (fuente: Enciclopedia Británica –www.britannica.com–, consultada el 23/4/2013).

¹¹ La variolización consistía en inocular la viruela en una persona sana a través de material obtenido de una lesión de viruela de una persona enferma, con el fin de generar una forma atenuada de la enfermedad. La práctica fue introducida en Europa a principios del siglo XVIII, “el siglo variolizador”, desde Turquía, por lady Mary Wortley Montagu (1689-1762), por entonces esposa del embajador británico en ese país. Tras algunos debates, la prensa inglesa da cuenta de que en 1722 la propia princesa de Gales había hecho inocular a sus hijas y eso dio empuje a la práctica, más allá de las dudas de parte de los médicos y de la decidida oposición de algunos religiosos. Los orígenes de estas prácticas se suelen datar en China e India en los inicios del siglo XI, desde donde se habrían difundido hacia occidente. El impacto epidemiológico de esta técnica sobre la enfermedad es muy difícil de determinar. Se sabe que, si bien limitaba en algún grado la aparición de las formas más graves, era una práctica peligrosa. No fue, pues, una práctica generalizada y no hubo registros consistentes sobre sus efectos. Quien introdujo esta práctica en España y en el Río de la Plata fue Miguel O’Gorman poco después de su llegada a Buenos Aires en 1777. Fuentes: De Asúa (2010^a: 101), Di Liscia (2002: 30-31) y Tuells (2003: 1-15)

epidemias –la viruela, la rabia, el “mal de los siete días”¹²–. En tal sentido, cabe señalar que, en tanto problema relativo a la salud pública, el de las epidemias reclamaba la atención de todos. El proceso material de vacunación contra la viruela, por ejemplo, según de Asúa, contó de hecho con la participación de diferentes miembros de la comunidad, no profesionales, bajo la supervisión del Protomedicato. Pero en torno a la cuestión del lenguaje, algunas pistas permiten ver que el fenómeno que describe en relación con la discusión pública de la medicina alcanzaba en parte a otras ramas del conocimiento: la publicación de las lecciones de química, o los informes relativos a la geografía y la eventual explotación económica de diversos recursos indican que también en esos campos la distancia, en el plano del discurso, entre el especialista y el lego era pequeña. La distancia inconmensurable era la que existía con el analfabeto, por entonces la mayor parte de la población.

Tras el proceso revolucionario de 1810, según Di Pasquale (2013), los campos de la política y el de la medicina comenzaron a retroalimentarse, y la prensa fue un reflejo de esa relación. En el caso particular que este autor analiza –el de la revista «La Abeja Argentina» (15/4/1822 – 15/7/1823), órgano de difusión del gobierno de Rivadavia– observa que pretendía divulgar saberes científicos –ilustrados y civilizados–, con un tipo de lenguaje popular en pos de construir un consenso en torno a las reformas que se estaban llevando a cabo. Cabe señalar que la retroalimentación entre los dos campos puede ser vista como la variante local de un proceso más global y de largo plazo, aspecto sobre el que volveremos en la parte introductoria del Capítulo 5.

Alrededor de un siglo después de las experiencias de los periódicos analizados por de Asúa, y de «La Abeja Argentina», las continuidades en las prácticas periodísticas relativas a ciencia probablemente formaban parte, en general, de la permanencia en nuestra cultura de algunos efectos de largo plazo de la Ilustración potenciados por la experiencia rivadaviana. También provenían de un conjunto de rasgos de la divulgación de ciencia –en sentido amplio–, que conforma un matiz de la Ilustración y al que Jeanneret llama *industrialista* (1994: 22-30), conjunto que encuadra con naturalidad en el interés del diario «La Razón» por el desarrollo. Este autor ubica el inicio de ese matiz industrialista de la divulgación en la temprana actitud de la comunidad científica inglesa –a la que evalúa “estructurada en sociedad elitista a mediados del siglo XVII”– de asegurar la difusión de la ciencia modificando “en un sentido racional las prácticas agrícolas e industriales”, proyecto que se realizaría con plenitud en la naciente sociedad norteamericana. Se trata del desarrollo de “la ciencia y la industria *populares*”, sostenido por un “frenesí de difusión de conocimientos en beneficio de propósitos pragmáticos” que, en parte –o con otros objetivos–, es lo que observa Sarlo, según vimos. Es, pues, una perspectiva que concibe el saber, independientemente de los rasgos positivistas que éste pudiera tener, como un “producto investigado, supervisado, controlado” y que, por eso mismo, lo entiende también como “un recurso disponible”, que puede circular, que debe ser “invertido” para volverse provechoso. De allí, pues, el valor de la divulgación. No creemos –y no disponemos de datos que así lo corroboren– que esa concepción industrialista hubiera llegado de manera directa desde la cultura inglesa al Río de la Plata colonial, pero sí que llegó entrelazada con otras matrices de la representación de la ciencia y la divulgación, y con intereses diversos, e incidió más en los avatares del desarrollo de nuestro país en la segunda mitad del siglo XIX. La recepción del positivismo en estas tierras pudo aportar otros matices en los contenidos específicos de la divulgación pero el *frenesí* por el conocimiento práctico sustentó en parte la continuidad de los rasgos observados en los diarios de comienzo del siglo XIX en las prácticas de los inicios del siglo XX. No en vano, para «La Razón» –al igual que para Sarmiento antes–, Estados Unidos era un ejemplo a imitar en muchos aspectos, un *espejo* en el que mirarse, aun cuando desde la guerra

¹² El “mal de los siete días” no era una epidemia en el sentido habitual del término, pero según se infiere de la exposición de de Asúa, era un problema conceptualizado como epidémico.

entre ese país y España se había desarrollado cierto antiimperialismo temprano en América Latina que, en el caso de nuestro país, “se identificó en general con una posición defensiva ante lo que se percibía como un peligroso adversario en eventuales disputas interhegemónicas o como un modelo que cuestionaba la tradicional alianza con los intereses británicos y, más en general, con el modelo cultural europeo” (Terán, 2000b: 327-363), pero que igualmente valoraba algunos resultados en cuanto al desarrollo industrial y económico.

Esta concepción “industrialista”, que focaliza la distribución del conocimiento en sus aspectos prácticos y en tanto saber condensado y observable en procedimientos técnicos y en producto de la tecnología –herramientas, artefactos, máquinas o dispositivos– se vinculaba, en el caso de «La Razón» con su propia posición a favor del *desarrollo industrial* de la patria y alcanzaba también a la educación formal: como hemos dicho antes¹³, el diario insistía en la necesidad tanto de orientarla hacia la adquisición de conocimientos prácticos como de que los métodos de enseñanza se apoyasen en la práctica y en la experimentación, doble insistencia que apuntaba – con grado diverso de intensidad– a todos los niveles del sistema educativo. A su vez, con esa doble insistencia era funcional a los deseos de la élite de conservar la universidad para sí, sobre todo pero no sólo, en lo que hace a algunas carreras ligadas al pensamiento y la planificación de un país, deseos que chocaban con la insistente demanda de las clases medias en formación de acceso a los “espacios simbólicamente valorados” como las carreras de Derecho y Medicina (Chiroleu, 2000: 364). La Reforma Universitaria de 1918 –que el diario apoyó– no logró en lo inmediato cambiar sustancialmente esa situación –según el diario planteaba–.

En cuanto a los temas científicos o las disciplinas que «La Razón» cubriría, también es posible observar, pues, algunas continuidades, como la geografía y los descubrimientos de nuevos territorios –y consecuentemente, de nuevas riquezas– que ayudaban al mejor dominio del espacio, y, más en general, de aquellas que permitieran ciertas aplicaciones, pero también habrá intereses más mediatos: se ocupará de temas y disciplinas que aun cuando no impliquen aplicaciones podían brindar respuestas a ciertos interrogantes que incitaban la curiosidad o bien, en un sentido más amplio y no inmediato, favorecían el desarrollo del país, o que podían dar cuenta mejor de la historia. Así, la astronomía, la paleontología y arqueología adquieren fuerte interés. En el primer caso, el de la astronomía, el diario se hará eco del interés de los cultores de la disciplina en mantener la atención del público a fin de, a su vez, obtener o mantener financiamiento. En ese sentido, en relación con esa u otras disciplinas, el diario será un espacio – y hay algunos indicios de que el fenómeno afectaría a la prensa en general– para la solución de conflictos de poder o prestigio internos del campo.

Las discontinuidades más claras se observarán en otros aspectos, productos de varios cambios. Por un lado, y en virtud de su proceso de desarrollo, tanto el campo científico como el de la medicina habían creado sus propios circuitos especializados para la comunicación del conocimiento. Aumentaba la publicación de revistas y boletines de las instituciones científicas y académicas, que se sumaban a las revistas especializadas extranjeras de distintas disciplinas que, aunque a veces con retraso, llegaban al país. De hecho, los campos científico y médico ya no aceptaban que sus integrantes publicaran saberes en diarios masivos, carentes de cualquier control: así, como veremos, un panegirista de Ameghino descalificará a un adversario en una polémica, por precisamente, plantear el debate en un diario masivo¹⁴; y en relación con la medicina, en 1930, una de las descalificaciones más directas del charlatán vasco –el médico Fernando Asuero– era que no había publicado artículo alguno en ninguna revista médica y que

¹³ Ver Parte I, Capítulo 2, § 2.5.2. Los temas (in fine).

¹⁴ Ver Capítulo 2, § 2.2.1. Excursus: en torno a la figura de Ameghino.

todo lo que se conocía de él provenía de diarios y revistas de circulación masiva¹⁵. Ocurría que el discurso de la ciencia –y, en particular, el de la medicina– se había distanciado mucho del discurso “común” –una manera cómoda de denominar el complejo de variaciones del lenguaje que resta al separar el propio del campo científico, relativo a sus objetos y métodos–, correlativo al distanciamiento cognitivo al que se refería Hobsbawm, según vimos. A la vez, progresivamente el campo científico se institucionalizaba a lo largo de todo el siglo XIX, especialmente en la segunda mitad, y en lo que iba del XX, en un proceso que todavía continuaba. Ya no era posible la discusión entre expertos y legos –ni la participación espontánea de estos últimos con un mínimo de autoridad–, en el ámbito público, en torno de una cuestión científica o médica. A lo sumo –y en la parte de medicina veremos un caso–, los lectores podían ser testigos de un debate entre expertos, situación por cierto poco frecuente si atañía centralmente al conocimiento científico. Cualquier otra presencia de temas propios del campo de la ciencia y de la medicina tendrá carácter divulgativo y supone algún tipo de proceso de apropiación y re-enunciación desde algún punto de vista.

El distanciamiento lingüístico-cognitivo probablemente constituyera la base para diferenciaciones sociales de distinto tipo que, unidas a las diferencias manifiestas en el interior mismo del mundo académico –que eclosionaron, en parte, en la Reforma Universitaria–, incidirían complejamente en las representaciones sociales de los campos científico y médico, indiferenciables en la época del académico. Vinculado en parte con esos procesos, es posible entender aquella oposición –la segunda– que Sarlo planteaba, según citamos más arriba, entre una “ciencia viva y desprejuiciada y la ciencia de las academias, donde se ha depositado el positivismo decimonónico”. Según el análisis de nuestros corpórea, es necesario matizar también el carácter de “oposición” entre rasgos. En alguna medida, en efecto, las prácticas discursivas pondrán en tensión lo que se percibía como un “saber de biblioteca”, ajeno a toda evidencia empírica, portado por miembros del ámbito académico –pocos o muchos, pero nunca todos– preocupados por conservar un poder de corte corporativo, y una ciencia que, despreciando ese tipo de saber, volvía a hundir sus raíces en la observación directa, en la experimentación, en la intuición y que, aunque no siempre, solía estar encarnada en personas que no pertenecían a la academia. Pero también hay rasgos valorados positivamente de la representación de la ciencia que se suele describir con la metáfora de una torre, espacio separado del mundo ordinario, en el que los científicos están ensimismados y concentrados en sus estudios, ajenos al devenir cotidiano, sacrificados y altruistas. No observamos, pues, salvo en casos puntuales, una oposición tal que impida reconocer la autoridad del mundo científico y académico: se trata más de una especie de queja, a veces una acusación, por aquello que, desde una perspectiva lega, es percibido como arbitrariedad de ciertos sectores académicos o como interés desmedido por el poder derivado del saber u, otras veces, cierta desatención a las necesidades del lego, cierta ignorancia de la ignorancia. En el caso de la medicina, como veremos en el capítulo 5, la tensión que describimos adquiriría matices particulares, enraizados en ciertas características atribuidas a la práctica profesional: se cuestionaba un desmedido –y subrayamos este adjetivo– afán de lucro que a veces era visto como factor de fuerte incidencia en decisiones académicas; pero nunca se pone en duda, sino como actitud particular de algunos profesionales, el lugar social privilegiado que la ciencia médica ocupa.

Por otro lado, en lo que respecta a la comunicación, como anticipamos¹⁶, se había pasado de la comunidad de la aldea a la sociedad –y cultura– de masas, una de las condiciones que había hecho posible el pasaje al periodismo moderno y comercial; y ese pasaje implicaba, a su vez, una complejización en la relación entre los diarios y un público constituido ya no por lectores más o

¹⁵ Capítulo 5, § 5.4.1. El doctor Asuero: la cura por el trigémino

¹⁶ Ver Parte I, Capítulo 1, § 1.1. El campo periodístico y el nacimiento de «La Razón»

menos reconocibles sino por un conjunto “anónimo y heterogéneo con el que se establecen relaciones impersonales y mediadas por las leyes de mercado” (Saítta, 1998: 125). Por ese mismo motivo, los diarios ya no se podían dirigir –aun cuando fuera el deseo desde el punto de vista comercial– a *toda* la sociedad; y tampoco la parte alfabetizada de la sociedad lo era en el mismo grado. Era necesario entonces, por un lado, segmentar el público y establecer pactos de lectura con los segmentos elegidos, lo que volvía necesaria una mayor variedad de prácticas discursivas para alcanzar a diferentes segmentos con efectos distintos según el caso.

En relación con el campo científico, cuando está involucrado el conocimiento, los diarios en general, y «La Razón» en particular, parecen ocupar un lugar algo incómodo. No parece que se trate de la incomodidad derivada del hecho de ser el mediador entre un campo y otro –en general, un rol propio del periodismo–, ni tampoco de la derivada de la incertidumbre acerca del grado o el modo en que el destinatario se apropiaría del conocimiento que se le transmitiera –como le puede ocurrir a un docente y cabe recordar que las prácticas divulgativas tenían para «La Razón» un carácter pedagógico y que se distinguían en tal sentido de las informativas noticiosas–: se trata de la incomodidad que deviene de realizar una tarea para la que no se tienen destrezas, del hecho de estar casi siempre –en términos de escala de capital cognitivo– en una posición idéntica a la del destinatario, es decir, de tener que *divulgar* un conocimiento del que se carece y para acceder al cual se tienen las mismas dificultades que tendría el público. Pero para poder tematizar cuestiones de ciencia los diarios debieron construir un lugar propio, constituirse como voz autorizada, y recurrieron a distintas estrategias para ello. A veces, y sobre todo en algunas prácticas específicas, como las secciones fijas o suplementos, acudían a especialistas o semiespecialistas de cuyas voces los diarios se apropiaban; otras veces, en cambio, cedían espacio enunciativo explícitamente a los especialistas que aparecían, entonces, como firmantes de los textos. En el caso de «La Razón», también observamos un conjunto de procedimientos que constituían alguna forma de impostura, distintos “disfraces” que permitían a esa voz que se identificaba como el diario aparentar que dominaba un campo de saberes científicos o que podía moverse con soltura en el interior del campo mismo de la ciencia. Tales procedimientos, que en conjunto denominamos *efectos de saber*, podían resultar eficaces seguramente sólo frente a una parte de sus lectores, aquellos con niveles de formación bastante bajos.

Para dar cuenta, entonces, de las prácticas discursivas de «La Razón» y, a partir de ello, de las representaciones que las orientaban, tal como indicamos en la metodología general, analizamos corpórea de textos a partir de la revisión y registro de todos los ejemplares del diario disponibles. Incluimos en cada corpus –según las disciplinas o grupos de disciplinas– todos los textos que registramos, aunque no ejemplificamos con todos sino con aquellos más representativos de los fenómenos que observamos. Por otra parte, es necesario aclarar que no siempre las disciplinas aparecen en el diario diferenciadas con precisión según los límites que se pueden delinear desde nuestro presente, y que tampoco aparecen denominadas explícitamente. Sobre todo en los textos informativos noticiosos, muchas veces son tematizados hechos que involucran o interesan a más de una disciplina. En cada caso, describiremos las notas y coberturas.

En cuanto a la exposición del análisis, como anticipamos en la Introducción General, seguimos tres ejes organizadores que cubren las respectivas dimensiones: los rasgos atribuidos a la figura del científico, según cada disciplina; algunas de las características de las disciplinas mismas, en particular, sus finalidades y sus modos de trabajo, y rasgos relativos al tipo de conocimiento involucrado en cada caso, vinculado necesariamente con el modo de exposición realizado por el diario. Es claro que no resulta posible una separación tajante de esos tres ejes y que, por el contrario, necesariamente se solaparán. Ese recorrido nos permitirá, al finalizar, extraer conclusiones sobre los rasgos no sólo de esas representaciones sino también de aquellas relativas

a la actividad misma del diario como informador y como divulgador, o acerca de las funciones sociales de la divulgación e información sobre ciencia. Consideraremos las dimensiones discursivas descritas en el marco teórico, especialmente parámetros semántico-funcionales y formales.

Realizaremos entonces ese recorrido expositivo.

CAPÍTULO 1

EXPLORACIONES Y EXPLORADORES: TERRITORIOS, FAUNA, FLORA Y “NUEVAS RAZAS”

1.1. Las principales coberturas y notas. Rasgos generales

Durante la etapa que estudiamos, «La Razón» dio cobertura a una buena parte de las exploraciones que se llevaron a cabo o a proyectos de estas expediciones que luego no se realizaron o fueron postergados, y refirió más lateralmente algunas otras, a las que no le asignaba trascendencia; asimismo dio cuenta, en ciertos casos, de cuestiones conexas a las actividades de los exploradores. Para el análisis, realizamos una selección de las coberturas a las que el diario dio más espacio y una muestra de notas de aquellas que consideró menos relevantes, así como de otras de carácter general referidas a las exploraciones.

La temática ocupó un espacio importante de modo más o menos sostenido aunque, claro está, no cotidiano más que por breves períodos. Del conjunto de exploraciones, incluidas las realizadas en nuestro país por extranjeros o en América del Sur, las que acapararon la mayor atención del diario fueron las realizadas a los polos, y en menor grado, a lugares que para la época resultaban exóticos y que el diario mismo presenta como menos conocidos, tales como las islas de Borneo y Nueva Guinea. Si prestamos atención al despliegue de este conjunto de notas, se puede observar que fueron los viajes de Roald Amundsen los que acapararon la mayor atención, y sobre todo el que lo llevó al Polo Norte en 1925, año en el que también se realizaron otras expediciones.

Cubrió los viajes de Donald Mac Millan¹⁷ al Ártico: en mayo de 1917 dio cuenta en una crónica del regreso a las islas Shetland (del norte) de la Expedición Tierra de Crocker, cuyo inicio databa de 1913, y que había sido organizada “bajo los auspicios del Museo Americano de Historia Natural, de la Sociedad Geográfica Americana y de la Universidad de Illinois”¹⁸. En 1920, informa la preparación de una nueva expedición a “Baffin Land” cuyo inicio estaba estimado para el 1 de julio del año siguiente y que se realizaría en la goleta Bowdoin, “nombre de la Universidad en la cual se graduó Mac Millan”, y de la cual era catedrático¹⁹. En 1925, dará cuenta en sucesivas notas de otra expedición, esta vez a Groenlandia. Dos de esas notas, dos breves, fueron publicadas en la misma edición²⁰ del 17 de junio. Casi un mes después, en tapa, un recuadro importante que ocupaba poco más de un cuarto de la página, anunciaba que Mac Millan estaba próximo a Groenlandia²¹, y en notas posteriores presentaría fotografías que daban cuenta de las características de “la vida groenlandesa” con las que se encontraría Mac Millan²², y

¹⁷ Donald Baxter Mac Millan (1874-1970) era un geólogo norteamericano que realizó alrededor de 30 expediciones al Ártico. Su primera participación en una exploración fue en la organizada por Robert Peary, a quien se atribuye la primacía en haber llegado al Polo Norte en 1908. (Fuente: Página de la Universidad Bowdoin – <http://www.bowdoin.edu/arctic-museum/biographies/macmillan.shtml>– Consultada: 21/2/2013)

¹⁸ “La expedición Mac Millan – En busca de la Tierra de Crocker”, 31/5/17, 3ª ed., p. 5, crónica en recuadro.

¹⁹ “Nueva expedición ártica”, 03/4/20, 4ª ed., p. 5, sección “Notas mundiales”.

²⁰ “La expedición polar Mac Millan – Hoy a mediodía partirá a bordo del Peary para cumplir su primera etapa” (17/6/25, 4ª ed., p. 2, suelto); “¿Qué pertrechos lleva Mac Millan al polo?” (17/6/25, 4ª ed., p. 4, breve en recuadro).

²¹ “Mac Millan se acerca a Groenlandia, el campo de sus próximas exploraciones”, 24/7/25, 4ª ed., portada.

²² “Algunos detalles interesantes y no conocidos de la vida groenlandesa – Cosas que verá Mac Millan dentro de pocos días”, 28/7/25, 4ª ed., p. 7.

también de las dificultades del viaje²³. Ese mismo día, el 24 de julio, y también en portada, en un breve datado en Moscú, anunciaba el proyecto de otra expedición al Polo Norte, a realizarse en 1927. La presencia de dos notas relativas a exploraciones en tapa da cuenta, claramente, de la relevancia que la temática tenía para el diario.

Cubrió planes y algunas actividades de Ernest Shackleton²⁴, que incluyen por ejemplo un viaje a Nueva York, el que sirve de excusa al diario para recordar sus expediciones²⁵. Informará luego los planes y el inicio de un nuevo viaje a las regiones polares del sur, en 1921²⁶. También se ocupó del estreno en Buenos Aires de un film sobre su anterior expedición al Polo Sur²⁷, que coincidiría con la llegada del explorador a esta ciudad, en viaje hacia el inicio de la nueva exploración, y finalmente daría cuenta de la muerte repentina de Shackleton en las Georgias del Sur y de la deriva de los restos hasta Montevideo y posterior regreso a esas islas para su sepelio en Grytviken²⁸. En relación con el Polo Sur, en febrero de 1920 el diario también informó sobre un proyecto de John Lachlan Cope²⁹ –ex integrante del equipo de Shackleton– para una nueva expedición a la región³⁰, cuya finalidad era circunnavegar la Antártida. Efectivamente, el viaje se realizó entre ese año y 1922.

Dio cuenta de exploraciones en Asia, como la realizada³¹ por un mayor de nombre C. K. Cochran-Patrick y un hombre llamado Ronald Kemp³², de tipo aerofotográfica sobre el río Irrawaddy, al sur de la por entonces Birmania –actualmente Myanmar–. Asimismo, informó sobre exploraciones en Centro y Sudamérica, como en una nota de 1923³³ referida a la realizada

²³ “Mac Millan ve obstaculizado por el hielo su paso por la bahía de Melville”, 31/7/25, 4ª ed., p. 4.

²⁴ Ernest Shackleton (1874-1922), fue un explorador irlandés, que participó de la Expedición Discovery comandada por Robert Falcon Scott entre 1901 y 1904, lideró la expedición Nimrod en 1907 que en 1909 llegó al punto más lejano hacia el sur, a unos 190 kilómetros del Polo, hecho que le valió el título de Sir, otorgado por Eduardo VII. Entre 1914 y 1917, organizó la Expedición Imperial Transatlántica que tenía por objetivo cruzar la Antártida de punta a punta a través del Polo, pero su nave, la *Endurance*, quedó atrapada por una banquisa de hielo y no pudo cumplirlo, y debió rescatar heroicamente a varios de sus compañeros. En 1921 intentaría la Expedición Shackleton-Rowett, en el barco *Quest*, pero fallece en las Georgias del Sur en 1922. En octubre de 1917 había sido enviado a Buenos Aires para impulsar la propaganda británica en Sudamérica, con el fin de involucrar a nuestro país y a Chile en la Primera Guerra Mundial.

(Fuente: Página web del Scott Polar Research Institute, de la Universidad de Cambridge – <http://www.spri.cam.ac.uk/library/archives/shackleton/authors/shackleton.html#about>– Consultada: 21/2/2013).

²⁵ “Shackleton en Nueva York – Importancia de sus descubrimientos”, 1/6/17, 3ª ed., p. 3, entrevista glosada.

²⁶ “Nueva expedición de Shackleton al Polo Sur” (29/6/21, 4ª ed., p. 3, breve); “Itinerario y programa de la nueva expedición de Shackleton” (5/9/21, 4ª ed., p. 4, suelto).

²⁷ “Próximamente Max Glücksmann estrenará el film – Será precedida de las conferencias de dos colaboradores” (3/9/21, 4ª ed., p. 8) y “*La expedición Shackleton al Polo Sur* – Coincidirá su exhibición con la llegada a Buenos Aires del sabio explorador, en viaje para su segunda expedición polar” (28/9/21, 4ª de., p. 9).

²⁸ “Shackleton ha muerto repentinamente” (LR, 30/1/22, 4ª ed., p. 4, crónica); “Embarco de los restos de Shackleton” (15/2/22, 4ª ed., portada); “En memoria de Shackleton” (3/3/22, 4ª ed., p. 3) y “Primera factoría de ballenas – Allí descansarán los restos de Shackleton” (29/11/22, 4ª ed., p. 6).

²⁹ Fue un médico británico nacido en 1893 y fallecido en 1947, que había actuado como biólogo y cirujano en la Expedición Transantártica Imperial de 1914-1917.

(Fuentes: «La Razón», 10/2/20, 4ª ed., p. 5; página web del Scott Polar Research Institute, de la Universidad de Cambridge –<http://www.spri.cam.ac.uk/resources/expeditions/blax/>– Consultada: 21/2/2013).

³⁰ “Nueva expedición al Polo Sur”, 10/2/20, 4ª ed., p. 5.

³¹ “Exploración aerofotogramétrica del Delta del Irrawaddy”, 11/9/25, 4ª ed., p. 20.

³² La única referencia que hemos encontrado de estos hombres es una nota publicada en la revista “Flight” del 5 de noviembre de 1925, firmada por Cochran-Patrick, p. 734-735, que se refiere al mismo tema. El artículo –y la revista– están accesibles en la página web del Archivo de la organización Flightglobal, dedicada a la aviación (<http://www.flightglobal.com/pdfarchive/view/1925/1925%20-%2000735.html> Consultada: 21/2/2013)

³³ “Descubrimiento de una nueva raza en las selvas centroamericanas por el explorador inglés Mitchel Hedges”, 25/7/23, 4ª ed., p. 6.

por el arqueólogo aficionado de origen inglés Mitchell Hedges³⁴ en una región de Panamá, en la que habría “descubierto” una nueva “raza de indios”; otra nota de 1924, que refiere la expedición llevada a cabo ese mismo año por Alexander Rice³⁵, a las fuentes del Orinoco y el río Amazonas³⁶; el extravío los expedicionarios motivó especulaciones acerca de su suerte³⁷. También informó ampliamente sobre exploraciones realizadas en nuestro país, por extranjeros, como la realizada en 1930 por el capitán alemán Gunther Plüschow en Tierra del Fuego –que visitara la redacción de «La Razón», según el mismo diario³⁸–, o como la humildemente planificada expedición al Iberá, organizada por un tal Telmo Delfino, y a realizarse en julio de 1917, en el “vaporcito” que llevaba su nombre, y de la que el diario se hace eco fundamentalmente para convocar interesados en participar.

Pero, como anticipamos, las que ocuparon en mayor medida la atención del diario y, consecuentemente, más espacio gráfico, en torno a un explorador, fueron las expediciones del explorador noruego Roald Amundsen (1872-1928).

Amundsen había iniciado sus viajes en 1897 por los mares australes, como segundo de la Expedición Antártica Belga, comandada por el teniente Adrien de Gerlache, una de las varias realizadas a partir de las recomendaciones de sucesivos congresos internacionales de geografía. El buque de la expedición, el “Bélgica”, quedó encerrado y a la deriva entre los hielos durante todo el invierno, de modo que resultó –fuera de todo plan– la primera expedición científica que invernó en la Antártida, en los alrededores de la Tierra de Graham, Península Antártica³⁹.

³⁴ Se trata de Frederick A. Mitchell-Hedges (1882-1959), que alcanzó cierta notoriedad en el campo de la arqueología por una famosa falsificación: una calavera de cristal a la que había atribuido origen maya. (Fuente: «Archeology Archives», publicación del Archeological Institute of America, disponible en http://archive.archeology.org/online/features/mitchell_hedges/ Consultada: 21/2/2013).

³⁵ El Dr. Alexander Hamilton Rice (1875-1956) fue geógrafo y explorador egresado de la Universidad de Harvard, en la que dio clases y fundó un Instituto de Exploración Geográfica de esa casa de estudios (1929-1952). (Fuente: Plotkin, 2013).

³⁶ “Audaz exploración al Orinoco y el Amazonas”, 24/4/24, 4ª ed., p. 3.

³⁷ “Exploradores norteamericanos que han desaparecido en el Orinoco – Témesse que se encuentren en poder de los indios o hayan sido muertos por las fieras”, 20/8/24, 4ª ed., p. 6. Cabe señalar que finalmente regresaron a Estados Unidos sanos y salvos, según informó «The New York Times» el 11 de julio de 1925. (Fuente: nota de «The New York Times» reproducida en la página web de la organización The Early Birds of Aviation <http://earlyaviators.com/ehinton3.htm> Consultada: 21/2/2013). No encontramos esa información en «La Razón».

³⁸ “El capitán Pluschow, explorador y aviador alemán, emprenderá la semana próxima su 2ª expedición aérea al lejano sur”, 27/8/30, 6ª ed., p. 16. Gunther Plüschow nació en Munich en 1886 y murió en un accidente con su avión en El Calafate, Pcia. de Santa Cruz, en 1931. Fue el primero en sobrevolar la Tierra del Fuego. Publicó, entre otras cosas, al respecto, un libro –*Sobre la Tierra del Fuego* (reeditado en 2005, en Buenos Aires, por la editorial Simurg)–. Recientemente, Roberto Litvachkes y Fabiana Lizarralde publicaron un libro sobre él, *Plüschow secreto* (2008).

³⁹ A fines del siglo XIX se inician una serie de estudios intensivos sobre la naturaleza de la zona antártica, recomendados por sucesivos congresos internacionales de geografía, cuya culminación exitosa se produce en el año 1957-1958, cuando se llamó Año Geofísico Internacional, que crearía las condiciones para el Tratado Antártico. Para cumplir las recomendaciones del Congreso Internacional de Geografía reunido en Berlín en 1899, se organizaron cuatro expediciones científicas: la Expedición Antártica Alemana (1901-1903), comandada por el profesor Erich Von Drygalsky; la Expedición Antártica Sueca (1901-1904), comandada por el profesor Otto Nordenskjöld; la Expedición Antártica Británica, en la misma fecha comandada por el capitán Robert F. Scott y la Expedición Antártica Nacional Escocesa (1902-1904), comandada William S. Bruce. Nuestro país participó, en ese momento de la expedición de Nordenskjöld, con la integración del alférez de fragata José María Sobral, que realizó trabajos de meteorología, magnetología y geodesia. Esta expedición invernó entre los años 1902 y 1903, y fue rescatada por la corbeta argentina “Uruguay”. (Fuente: Dirección Nacional del Antártico – Instituto Antártico Argentino - <http://www.dna.gov.ar/DIVULGAC/HISTORIA.HTM> Consultada: 21/2/2013).

En 1903, Amundsen realizó otra exploración en el norte, esta vez al mando: según reseña el mismo diario en una nota de 1926⁴⁰, entre ese año y 1906 explora con el buque “Gjoa” la zona del estrecho de Behring, la “Tierra de Guillermo”⁴¹ y la de la desembocadura del río Mackenzie. En este viaje realizó el descubrimiento del “Paso del Noroeste”, es decir la ruta marítima que bordea América del Norte uniendo el estrecho de Davis con el de Behring a través de –en realidad– varios pasos en la zona insular del norte de Canadá. Esa ruta había sido intensamente buscada como alternativa más corta para unir Europa con Asia pero, en esa época –y hasta hace muy poco–, el paso estaba permanentemente helado, lo que volvía la ruta impracticable desde el punto de vista comercial.

Durante la etapa que estudiamos, las coberturas se inician con un suelto⁴² de marzo de 1918 en el que, con motivo del anuncio recientemente hecho de una nueva expedición de Amundsen al Polo Norte –que por diversos factores, no se realizaría, como veremos, sino hasta varios años después–, el diario reseñó el viaje realizado por el explorador noruego entre 1910 y 1911, que culminara con la primera llegada del hombre al Polo Sur.

En efecto, “había salido de Noruega en 1910 –dice «La Razón»–, en el célebre [barco] *Fram* de Nansen⁴³, con el fin de realizar estudios oceanográficos en el Ártico, por el estrecho de Behring. Algunos meses después, desde las Azores, Amundsen anunció, en medio de la estupefacción general, que en lugar de irse al Polo Norte había cambiado de propósito y se iba al Polo Sur”. Tras enterarse de que el norteamericano Robert Peary se le había adelantado, decidió dirigirse al sur, donde en los hechos compitió con la expedición del capitán inglés Robert Scott por alcanzar el Polo. “Su nave [...] estuvo en Buenos Aires –prosigue el diario– para proveerse de víveres frescos y de perros *huskies* para los trineos, perros que le fueron facilitados por la dirección del Jardín Zoológico.” Tras haber alcanzado el Polo Sur el 14 de diciembre de 1911 –y haber vencido a Scott en la competencia–, Amundsen recaló en Buenos Aires a principios de 1912 y permaneció en el país un tiempo.

Más allá de la fascinación que la figura del explorador noruego podía despertar y del interés que por sí misma podía despertar en la prensa, la presencia de Amundsen en nuestro país probablemente explique mejor el particular interés que el diario parece mostrar en sus exploraciones. Además de la información sobre la provisión de perros y víveres que presenta en la nota –un dato importante para el diario–, la expedición había tenido otros apoyos locales: Pedro Christofersen –casado con Carmen de Alvear– y su hermano Guillermo Christofersen, noruegos radicados en nuestro país, exitosos desde el punto de vista económico, habían colaborado –sobre todo el primero– en la financiación de la expedición. En agradecimiento, Amundsen llamó a un glaciar descubierto en la expedición “Pedro Christofersen”, a un brazo del mismo glaciar con el nombre del hermano –“Wilhelm”– y a un territorio, con el de la mujer –

⁴⁰ “Si el Norge vuela sobre Alaska se habría cumplido la magnífica hazaña”, 14/5/26, 4ª ed., p. 11.

⁴¹ Con toda seguridad, se refiere a la isla del Rey Guillermo, en el mar de Beaufort, territorio de Nunavut, en la zona norte de Canadá.

⁴² “Expedición de Amundsen al Polo Norte – Viaje del famoso explorador noruego”, 25/3/18, 4ª ed., p. 7.

⁴³ Fridtjof Nansen, premio Nobel de la Paz de 1922, había realizado entre el 22 de setiembre de 1893 y el 13 de agosto de 1896 una exploración bastante complicada, aunque sin víctimas, por el Ártico, a bordo del barco *Fram*, construido especialmente para soportar la presión de los hielos. Posteriormente, en 1907, regalaría el barco a Amundsen. Cabe señalar que Nansen fue, además, uno de los promotores de la separación de Noruega de su unión con Suecia, hecho que finalmente ocurre en 1905. El Nobel le es dado en virtud de su desempeño en la tarea encomendada por la Liga de las Naciones de repatriar una enorme cantidad de prisioneros de guerra y, por su empeño en colaborar en la crisis humanitaria producida en la Unión Soviética por una hambruna general producida por problemas serios en las cosechas, aunque estaba lejos de simpatizar con las ideas socialistas. (Fuente: www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1922/nansen-bio.html Consultada: 21/2/2013).

“Carmen Land”–, según se puede leer en *The South Pole. An account of the Norwegian antarctic expedition in the “Fram” 1910-1912*⁴⁴, en el que el explorador narra la expedición. También agradece a tres personas el apoyo brindado “cuando fue más necesario”: el Rey –Haakon VII–, el profesor Fridtjof Nansen y a Pedro Christofersen.

En 1922, otras dos notas⁴⁵ dan cuenta de otro intento de Amundsen de realizar una expedición al Polo Norte, esta vez, en aeroplano. En la segunda de las notas recuerda que se trataba del cuarto intento. También informa que el explorador se proponía atravesar el Ártico a través del polo, aunque no informa el objetivo: analizar la posibilidad de establecer una ruta aérea. En diciembre de ese año, el diario publica un suelto en recuadro en el que conmemora el décimo primer aniversario de la llegada del explorador noruego al Polo Sur, en el que reitera buena parte de la reseña que había publicado en 1918 apenas reformulada. Luego el diario informa sobre otros intentos fallidos de iniciar la expedición. En 1923, «La Razón» anuncia tres veces⁴⁶ el inicio de la nueva expedición a realizar en aeroplano, supuestamente un avión Larsen-Junker JL-6, pero no explica en cada oportunidad los motivos del aplazamiento del anuncio anterior y se detiene en las bondades del aparato, aunque en realidad y por el contrario, la principal razón de Amundsen para postergar el viaje habían sido los desastrosos resultados de las pruebas del aparato previas a la expedición finalmente fallida. En la segunda de las notas, incluso, el anuncio presentado en el título –“Amundsen intentará en estos días su hazaña máxima”– no se sostiene en el texto sino en una mera especulación, lo que permite inferir que la publicación, en este caso, sólo trataba de mantener el tema vigente. Y en la tercera, informa que Amundsen realizaría el vuelo con “el primer hombre que ha pagado un pasaje para ir al Polo, el señor Haakon H. Hammer, de Seattle, quien secundará al explorador en la tarea”, elegante modo de presentar a quien, en realidad, financiaba la expedición⁴⁷.

En mayo del año siguiente, un breve⁴⁸ –cuya fuente es un cable de la agencia United datado en Roma– vuelve a anunciar el inicio de la expedición de Amundsen, esta vez, con participación italiana: se trataba de un aparato del aviador Antonio Locatelli⁴⁹. Incluso informa que cuatro mecánicos ya habían “salido para Spitzbergen⁵⁰, para atender cualquier reparación” eventual. Un mes después, publica un suelto de importante dimensiones referido a las “dificultades que han aplazado y hasta puesto en peligro la empresa del audaz explorador noruego”. Pero en el título ya expresaba la cuasicerteza de que no se realizaría la expedición: “Amundsen ve peligrar definitivamente su raid, a pesar del optimismo de Locatelli”⁵¹. El texto presenta las aparentes

⁴⁴ Fue editado en dos volúmenes. El I, en Londres, por John Murray, 1912; el II, es una edición conjunta realizada en Londres, también por Murray, y en Nueva York, por Lee Keedick, 1913. El glaciar Pedro Christofersen aparece nombrado varias veces, por ejemplo, en p. xiii, vol. I; el de Guillermo –como “Wilhelm”– en p. 54, vol. II; Carmen Land, en p. 171, vol. II, y el agradecimiento, en p. 175, vol. II. La información sobre la colaboración económica de los hermanos Christofersen se puede ver en “At Buenos Aires”, vol. II, p. 328-331.

⁴⁵ “Amundsen va al Polo” (LR, 1/6/22, 4ª ed., p. 3) y “Exploradores al polo” (28/6/22, 4ª ed., p. 4).

⁴⁶ “La expedición polar en aeroplano – Nueva tentativa de Amundsen – En vísperas de grandes acontecimientos” (LR, 7/6/23, 4ª ed., p. 4); “Amundsen intentará en estos días su hazaña máxima” (15/6/23, 4ª ed., portada) y “El avión con que Amundsen volará sobre el polo” (3/12/23, 4ª ed., p. 4).

⁴⁷ Se trataría del cónsul noruego. (Fuente: Mulder, Rob; página de Aerolíneas Europeas –Noruega– <http://www.europeanairlines.no/in-the-air-with-roald-amundsen/> Consultada: 21/2/2013)

⁴⁸ “Expedición polar de Amundsen”, 26/5/24, 4ª ed., p. 2.

⁴⁹ Había sido piloto de guerra e integrado la Misión Aeronáutica Italiana en la Argentina; tenía entre sus antecedentes haber cruzado los Andes el 30 de julio de 1919, haciendo el tramo Buenos Aires – Mendoza – Viña del Mar, transportando correspondencia, y regresado el 5 de agosto desde Valparaíso a Buenos Aires (Fuente: Siminic, 2006 y la nota de «La Razón» referida).

⁵⁰ Se trata de la actual localidad Longyearbyen, situada en la isla de Spitsbergen del archipiélago Svalbard situado en el océano Ártico, al este de Groenlandia. Es territorio noruego y en la localidad citada reside el gobernador de las islas.

⁵¹ 30/6/24, 4ª ed., p. 5.

razones que se refieren a cuestiones políticas. En esa misma fecha, hay un texto producto de una práctica de divulgación de ciencia: “Los polos viajeros”⁵², dedicada a explicar el hecho de que tanto los polos terrestres como los polos magnéticos varían de lugar –es decir, no coinciden con el polo geográfico indicado en los mapamundi ni se mantienen fijos en algún punto geográfico–, con diferencias, a su vez, entre ellos. Se trata de una nota cuyo título tematiza la cuestión y la desarrolla progresivamente presentando previamente datos necesarios para la comprensión de lo que sigue, y que presenta dos esquemas y un mapa con función didáctica. La nota no está firmada, es decir, los enunciados de saber quedan así bajo responsabilidad del diario. La única deixis de persona es un “nosotros” de máxima extensión que incluye a la humanidad entera –“nuestro globo”, por ejemplo–.

En 1925, hay otra serie de notas durante mayo y junio, dedicado a la expedición que finalmente se realiza aunque no cumple con su objetivo de llegar el polo en aeroplano. La primera de las notas ocupa las tres columnas centrales de la portada: “Nuevamente el explorador Roald Amundsen con dos hidroaviones intenta volar sobre el Polo Norte – Inició la partida desde Kings Bay en dirección a la isla Daises [sic] y Amsterdam”⁵³. La nota presenta los telegramas de las agencias y la mayor parte de su extensión está dedicada a fotografías, mapas, y una reseña de la historia de la exploración en el Polo Norte, y de otros ensayos de utilizar la aeronavegación. En los días subsiguientes, el diario da cuenta a través de varias notas de una situación de hondo dramatismo: se habían perdido los contactos con la expedición, lo cual generaba “ansiedad y expectativa” que evidentemente las agencias de noticias de las que el diario se hace eco intentan llenar con conjeturas, opiniones de expertos, rumores de organización de salvatajes. La falta de información, sin embargo, no es óbice para que en alguna oportunidad el diario dedique cerca del 70 por ciento de una página a un suelto⁵⁴, en el que vuelve a reseñar viajes anteriores y a explayarse en descripciones y explicaciones de alto nivel de generalidad relativas a la tecnología. Finalmente, el 18 de junio, en portada, el titular principal anuncia que Amundsen y demás integrantes de la expedición estaban a salvo, y agrega dos telegramas –uno, de United, fechado en Oslo y otro, de Associated Press, datado en Nueva York– que poco añaden a lo que informa el título, aunque se explicita lo que hasta ese momento no había sido dicho: que se habían generalizado los “temores de que la expedición hubiera desaparecido para siempre”. Al día siguiente, presenta otro conjunto de telegramas de United y de Associated Press bajo el título general “Interesantes detalles de la expedición Amundsen”, que ocupa cinco columnas centrales de la segunda página. El subtítulo principal da cuenta de la confirmación: “Los exploradores no hallaron tierra alguna, observando solamente una vasta extensión de aguas heladas – Los sondeos efectuados indicaron una gran profundidad”. De ese modo, se definía que no había continente alguno en el Polo Norte. Un recuadro anticipa que Amundsen proyectaba otra expedición. Unos días después, un recuadro focaliza un aspecto puntual: el uso de los aeroplanos para la expedición⁵⁵. “Triunfo del aeroplano en el campo científico-práctico”, evalúa el subtítulo. Sin embargo, en octubre publica una crónica en posición central de la página: “Amundsen

⁵² 20/6/24, 4ª ed., p. 14.

⁵³ 22/5/25, 4ª ed., portada. Kings Bay –Kongsbreen, en noruego– está también en la isla de Spitsbergen. Por errata, dice “Daises” para referirse a la isla de Danes que, junto con la de Amsterdam, integran el archipiélago Svalbard.

⁵⁴ “¿Corre o no peligro en el polo la expedición de Roald Amundsen?”, 28/5/25, 4ª ed., p. 6. Las notas previas a este suelto son: “El vuelo de Amundsen concentra la atención universal – Se supone que los expedicionarios han descendido en el polo” (23/5/25, 4ª ed., portada); “Es probable que el Shenandoah vaya en busca de Amundsen” (El “Shenandoah” era un dirigible, Z. R. 1 de Alemania) (26/5/25, 4ª ed., p. 15), y “Continúa ignorándose el paradero de Amundsen – El primer ministro de Noruega declaró que el gobierno no ha tratado respecto al envío de una expedición de auxilio” (27/5/25, 4ª ed., p. 2).

⁵⁵ 24/6/25, 4ª ed., p. 14.

prepara, lleno de entusiasmo, su próxima expedición a las regiones polares”⁵⁶. Una fotografía ilustra un dato presentado en el texto: planificaba utilizar un dirigible.

Una noticia extraña, ajena a Amundsen, pero vinculada al Polo Norte, aparece en un breve cuya fuente es Associated Press y está datado en Moscú, el 24 de julio de 1925: un capitán de apellido Bruns que pertenecía a la fuerza aérea noruega llegaba a la capital rusa con un proyecto para realizar “una expedición científica aérea al Ártico, en 1927, que sería dirigida por el doctor Nansen”, que se realizaría en dirigible, y cuyo fin sería el de establecer una “comunicación regular aérea a través del Ártico, entre Europa y Norteamérica, por vía de Siberia y Japón”. Más allá de la enrevesada ruta que se describe, resulta difícil considerar que Fridtjof Nansen podría estar interesado hacia 1925 en tal empresa, tras haber recibido el Premio Nobel en 1922 por su trabajo humanitario y encontrarse en ese momento como Alto Comisionado de la Liga de las Naciones para los Refugiados y ocupado en la suerte de los armenios. No hubo ninguna información posterior vinculada con esta noticia, pero la seleccionamos en tanto permite ver el grado de interés en los viajes de exploración polares.

El 14 de mayo de 1926, con una nota breve pero de gran importancia gráfica⁵⁷, celebra el vuelo a través del Polo Norte realizado por Amundsen en el dirigible Norge, de construcción italiana y pilotado por Umberto Nobile. Al momento de la publicación aún no había llegado la información al diario, pero ese día, el 14 de mayo, el Norge había aterrizado en Teller, Alaska. La mayor parte del texto está dedicada, una vez más, a una reseña de las expediciones de Amundsen.

El particular interés que «La Razón» evidencia en cubrir toda la actividad de Amundsen, más allá de la efectiva espectacularidad que para la época tenían sus exploraciones, podría responder también a otro motivo: la vinculación directa de nuestro país con el descubrimiento del Polo Sur.

Entre las notas no vinculadas con una exploración en particular, se destacan una de 1918 y otras dos de 1921⁵⁸. La primera se titula “Exploración del mar Mediterráneo”⁵⁹ y apareció en la sección eventual “Notas Científicas”. Refiere como fuente un artículo aparecido en la revista «Nature and Science» y plantea el problema de la suspensión de las exploraciones en el Mediterráneo como efecto de la guerra, y en razón de ello enumera las distintas instituciones existentes, en particular el Real Comité Talasográfico Italiano, y las actividades llevadas a cabo antes del conflicto. Entre las notas de 1921, una se titula “Son enormes las extensiones geográficas que permanecen todavía desconocidas para el hombre civilizado – Terminada la guerra, los exploradores de nuevas tierras se aprestan a reanudar sus trabajos interrumpidos”. La siguiente, “Expediciones científicas – Entre las que se efectúan y las proyectadas su número se eleva a diez y seis”. Los títulos refieren claramente su contenido, pero cabe señalar que en el caso de la primera, aunque el tema global se refiere a las expediciones en general, se focalizan algunas de las expediciones de Carl Lumholtz⁶⁰.

⁵⁶ 12/10/25, 4ª ed., p. 6.

⁵⁷ “Si el Norge vuela sobre Alaska se habría cumplido la magnífica hazaña”, 14/5/26, 4ª ed., p. 11.

⁵⁸ 13/1/21, 4ª ed., p. 5 y LR, 23/2/21, 4ª ed., p. 5.

⁵⁹ 11/7/18, 4ª ed., p.5.

⁶⁰ Carl Lumholtz Sophus (1851-1922) fue un científico y viajero noruego. Estudió teología en la Universidad de Christiania –o Kristiania, nombre de la ciudad de Oslo entre 1624 y 1925–, pero poco a poco se dedicó a la zoología. Publicó varios trabajos que daban cuenta de sus investigaciones: *Entre caníbales* (*Among cannibals*, Londres, 1889), describe sus viajes por Australia; *México desconocido* (*Unknown Mexico*, Londres, 1912) describe las expediciones realizadas en la zona norte de ese país durante 8 años entre 1890 y 1910, texto que posiblemente esté en la fuente de la nota de «La Razón»; *A través de Borneo Central* (*Through Central Borneo*, Londres, 1920), es el libro más cercano a la publicación de la nota de «La Razón» y probablemente también sea parte de la fuente; el texto

La mayor parte de estas prácticas discursivas relativas a las exploraciones son de carácter informativo: breves y crónicas en las que, de todos modos, hay importantes segmentos argumentativos que, junto con algunos sueltos, cumplen funciones directivas. Como es evidente, son muy pocas las notas que corresponden al género de prácticas que el diario consideraría *de vulgarización* o divulgativas, según lo hemos caracterizado⁶¹. Se trata casi siempre de noticias –y alguna nota se sustenta sólo en una especulación– a raíz de las cuales se amplía información ya geográfica, ya técnica, pero en ningún caso hay pretensión pedagógica referida a conocimientos más bien de carácter teórico.

Las funciones informativa y directiva también se visualizan en la gráfica: en efecto, la mayor parte de las notas sobre esta temática son muy ricas desde esa perspectiva. Mapas, fotografías, esquemas, dibujos, muchos de todos ellos de gran tamaño, ilustran, ejemplifican, explican, destacan o subrayan contenidos presentes en los textos, cuando no agregan información. Sobre los contenidos de estos aspectos gráficos nos detendremos más adelante, al analizar la figura del explorador y también el conocimiento científico informado.

Nos proponemos a continuación intentar definir los rasgos que hacen a la representación social de la exploración en tanto actividad científica, de sus vinculaciones con aspectos políticos y económicos, de los exploradores como sus agentes y del conocimiento que aparece asociado a la exploración. Consideraremos las dimensiones discursivas descritas en el marco teórico, especialmente parámetros semántico-funcionales y formales.

1.2. Exploración y exploradores

A mediados de enero de 1921, «La Razón» publicó un recuadro importante –ocupaba las tres columnas centrales de página impar, la 5, prácticamente completas– con un suelto de los recién referidos, cuyo título –también destacado con un recuadro de trazo más fino– podemos recordar:

- (i) **SON ENORMES LAS EXTENSIONES GEOGRÁFICAS QUE PERMANECEN TODAVÍA DESCONOCIDAS PARA EL HOMBRE CIVILIZADO – TERMINADA LA GUERRA, LOS EXPLORADORES DE NUEVAS TIERRAS SE APRESTAN A REANUDAR SUS TRABAJOS INTERRUMPIDOS**⁶²

Un mapamundi con algunas manchas negras que indican las zonas no exploradas “en forma satisfactoria” –según el epígrafe– corta las tres columnas en todo su ancho, en la parte superior de la página. Las zonas, luego enumeradas en el texto, son Groenlandia, la zona central sudamericana –aproximadamente la Amazonia central brasileña y del norte de Bolivia–, algunas regiones al oeste de Australia, las islas de Borneo y Nueva Guinea y, algo borrosamente, zonas al norte de India, y del Himalaya. El texto, además, agrega que todavía quedaban algunas partes de México –en particular, la región de la Sierra Madre– por explorar. Pese a esa enumeración y representación gráfica, el texto aclara que “ningún hombre de ciencia sabe con certeza cuál es la

describe la exploración de dos años entre 1914 y 1915 por Borneo (originalmente, se había interesado por la Nueva Guinea holandesa, pero a raíz de la Primera Guerra Mundial, se dirigió a Borneo). En junio de 1921 dio a conocer su plan para explorar Nueva Guinea en un artículo, 'My life of exploration', publicado en el periódico «Natural History» de Nueva York, pero muere antes de hacerlo posible, en Saranac Lake, Nueva York, el 5 de mayo de 1922. (Fuente: Gibbney, H. J., entrada “Lumholtz”, en *Australian Dictionary of Biography*, editado por el Centro Nacional de Biografías, de la Australian National University. Versión on line: <http://adb.anu.edu.au/biography/lumholtz-carl-sophus-4047> Consultada: 21/2/2013).

⁶¹ Ver Parte I, Capítulo 2 § 2.4.3.1. Las prácticas divulgativas.

⁶² Op. cit., 13/1/21, 4ª ed., p. 5.

parte del mundo que queda aún por explorar”. En el mapa, se presenta también un medallón con la figura de Carlos Lumholtz, de cuyos trabajos y recorridos pasados y de ese presente el texto da cuenta.

El título de la nota expresa implícitamente un doble objetivo de las exploraciones: por un lado, el reconocimiento del interior de territorios cuya existencia se conoce pero que están “fuera de la civilización”; por el otro, la búsqueda de nuevos territorios o –aunque no lo expresa el título directamente– la delimitación geográfica más precisa. En cualquier caso, se esperan “descubrimientos”: de tierras; de nuevas riquezas minerales, vegetales y animales; de “nuevas razas”, de nuevos límites. Resulta clara la perspectiva etnocéntrica, más precisamente, eurocéntrica, ya conocida, presente en la representación social de “descubrimiento”. Y no llama la atención que esa mirada domine el discurso de un diario editado en Buenos Aires, que como hemos visto en la primera parte, consideraba explícitamente que nuestra cultura era una continuidad de la europea, en línea con el pensamiento sarmientino. El grado de asombro que expresa la valoración –“son enormes las extensiones geográficas”– da cuenta de las expectativas puestas en juego.

En el tercer párrafo, que forma parte de la introducción del suelto, presenta una categorización de los exploradores que, aunque como parámetros para clasificarlos efectivamente son algo generales, permite vislumbrar rasgos de la representación de *exploración* relativos a una parte importante de la complejidad de los intereses de distinto tipo que estaban detrás de las expediciones exploratorias, y a la vez, de la representación del *explorador*.

Considera tres categorías: “los aventureros”, movidos sólo por puro interés económico –los que buscan oro, “o los más modernos”, que esperan “encontrar yacimientos petrolíferos o depósitos de minerales tan necesarios en esta época comercial”–; “los científicos”, que procuran “enriquecer sus conocimientos de la flora, fauna, razas y geografía”, y los “misioneros”. Las diferencias entre las dos primeras de esas categorías en algunos casos pueden resultar algo imprecisas, al menos a partir de los parámetros con que las define. Por un lado, podría pensarse que el carácter “aventurero” puede remitir al de “solitario”, pero no parece que el diario pudiera entender la búsqueda de yacimientos de petróleo como actividad de un individuo solo, salvo que se trate de la incidencia de rasgos de una representación cultural del siglo anterior, proveniente de la llamada “fiebre del oro” que pocos años después parodiaría Charles Chaplin. Podría pensarse, más bien, que la distinción apuntaría a describir con la categoría de *aventurero*, el mero interés por la consecución de riqueza de manera inmediata, al margen de cualquier conocimiento implicado en el proceso de exploración, y sin intención de evaluarlo como tal. Tampoco se trataría de alguien capaz de ampliar los límites de las tierras conocidas. Por otro lado, se observa que en esa clasificación no se atribuye al explorador de tipo *científico* ningún interés que no sea el del conocimiento per se. El diario no considera, pues, de manera explícita, en esta nota, una posible categoría de tipo mixto, que comprendiera a aquellos que tenían varios objetivos simultáneos –como por cierto, tenían los exploradores que el mismo diario muestra–, ni tampoco otra, relativa a un tipo de interés no considerado explícita y conceptualmente por el diario: el de fijar soberanía sobre los territorios explorados, por lo general, a favor del estado de donde fuera oriundo el expedicionario, esto es, un interés de tipo geopolítico o de expansión territorial. A través de la figura del explorador, el campo de la ciencia, parece así, en relación con las disciplinas involucradas –geografía, zoología, botánica, mineralogía, y las diferentes ramas de cada una de ellas, etnología, etc.– ajeno a cualquier tipo de interés que no sea el de la aumento cuanti y cualitativo del conocimiento.

1.2.1. La figura del explorador

Más allá de los caracteres que se pueden desprender de la clasificación que el diario realiza en la nota recién vista, cabe señalar que la figura del explorador científico aparece en la representación cargada de ciertos rasgos de heroicidad. Los ejemplos más claros son Shackleton y Amundsen, en tanto protagonistas de los sucesos considerados más importantes, cuyo carácter heroico es explicitado. Los ejemplos que siguen son dos de entre muchos:

- (i) *El heroico explorador antártico en camino a ocupar su puesto en el frente de guerra [ser refiere a Shackleton]⁶³.*
- (ii) *Y esa [el valor de las exploraciones] tiene que haber sido la primera de las consideraciones puestas a estudio por el **sabio y heroico** noruego⁶⁴.*

En muchos casos, la heroicidad aparece implícita cuando se le atribuyen cualidades cercanas o se describen o valoran los peligros a los que se ven enfrentados los exploradores:

- (iii) *Hoy hemos conversado brevemente con el comandante de la expedición, señor Telmo Delfino, acerca de su **temerario** viaje.*
 - *Aún no está completo el personal técnico – nos dijo, entre otras cosas.*
 - *¿Por **temores a las “curiyú”⁶⁵**, probablemente?*
 - *Y a las “mboy yarará”, también, es muy posible. Además, el viaje resulta, para algunos, un poco largo⁶⁶.*
- (iv) *Sujetándose a las opiniones vertidas por el **explorador temerario**, las tribus en cuestión son de pura raza [...]⁶⁷.*
- (v) ***La expedición es arriesgadísima.** // El propósito del mencionado viajero es llegar hasta las fuentes del mencionado río, paraje frecuentado, según parece, por tribus de **indios salvajes, algunos de ellos antropófagos.** // Para ello, los exploradores tendrían que [...] **soportar quién sabe qué climas malsanos**, aparte de los peligros a que [...] se hallarían expuestos, tanto de los indios como de las fieras. // Miles de indios acechan en las riberas, y al menor descuido, **los excursionistas son muertos y devorados**⁶⁸.*

Sólo serían necesarias tres condiciones para tales actos heroicos, menos reconocidos como caracteres de los exploradores. En apretada síntesis, un breve de 1922 delinea dos de ellas de manera general:

- (vi) *La historia llamará algún día a la nuestra la era de los exploradores. Hay en estos **hombres intrépidos y audaces que desafían todo, lo conocido y lo desconocido en busca de un algo que presienten, tanto romanticismo, tanto valor**, como entre*

⁶³ Op. cit. 1/6/17, 3ª ed., p. 3.

⁶⁴ Op. cit. 24/6/25, 4ª ed., p. 14.

⁶⁵ “Curiyú” o “Mbóy curiyú”: se trata de una variante de boa o anaconda propia de la zona noreste del país.

⁶⁶ Op. cit. 28/7/17, 3ª ed., p. 3.

⁶⁷ Op. cit. 25/7/23, 4ª ed., p. 6.

⁶⁸ Op. cit. 24/4/24, 4ª ed., p. 3.

*aquellos que buscaron un día Oriente por Occidente, o el oro y la plata en el nuevo mundo descubierto*⁶⁹.

Tales condiciones son, pues, además de la audacia, el “romanticismo”, que podría entenderse en dos sentidos no opuestos, como desprendimiento o generosidad respecto de los valores materiales –una vocación *altruista*– y como sentimentalismo, y la habilidad de tener *presentimiento*, esto es, la intuición, la percepción no controlada racionalmente, la “corazonada”, e incluso también lo ligado a la fe –en sentido amplio–. El texto citado en (iii) se refiere a una noticia que se daba como cierta en ese momento: el inicio de un nuevo viaje de Amundsen al polo. Y el resto del breve se mantiene en torno a ese eje de la *corazonada* que, en parte, aparece como una versión lega, práctica y emocional, de la hipótesis científica:

- (vii) *Amundsen partirá el sábado para el Polo Norte. Cree él en la existencia de un continente ignorado. Y allá va, con su goleta y sus hombres, con su entusiasmo y sus esperanzas, a buscarlo y descubrirlo, si existe. // Vaya con él la suerte y que la buena estrella lo guíe.*

La heroicidad del explorador queda así en el lugar de la articulación entre la racionalidad y la apuesta emocional –con toda la carga de azar que ésta conlleva–, articulación que, si bien en este fragmento está ligada a la figura específica de Amundsen, podría entenderse como modelo o metonimia del conjunto de los exploradores, en particular, y también al de los hombres de ciencia, en general:

- (viii) *Que acierte o que se equivoque, las expediciones polares son de un beneficio enorme. Cada una ha traído experiencias nuevas, ha descornado velos, ha deshecho errores, malas interpretaciones, que trajeron incalculables ventajas a la ciencia en general. // Por eso se espera de cada una, una conquista más.*

Se trata, pues, de ciertos desplazamientos de sentidos a uno y otro lado de la sutil línea que distingue entre la “prueba” –como “ensayo” y “comprobación”– y la apuesta.

En un recuadro titulado “Sobre la cima del mundo”, que integra una nota posterior, ya citada⁷⁰, al explicitar que la figura de Amundsen constituye el modelo más acabado de héroe, establece otro rasgo, el tercero, como determinante de la heroicidad:

- (ix) *En Amundsen, la heroicidad aparece con sus más precisos contornos. Mientras vive, su voluntad trabaja en el mismo sentido. Se mueve con la regularidad y precisión de una fuerza de la naturaleza. Erguirse, como dueño de casa, en esa cúpula de hielo irreductible que él mismo llama “la cima del mundo” es, para Amundsen, no un propósito ni una hazaña. Es un fin de vida. En ello reside la heroicidad.*

La heroicidad se realiza en tanto se disponga, para el cumplimiento del objetivo, de una voluntad que convierta la acción misma de vivir en un camino para su consecución, sin importar el riesgo de perder la vida. Si se quiere, otra variante de la misma articulación entre la racionalidad y la “apuesta”, pues la voluntad mueve a un hombre con la “regularidad y precisión de una fuerza de la naturaleza”, que a la vez ignora el peligro de la muerte:

⁶⁹ “Amundsen va al Polo”, 1/6/22, 4ª ed., p. 3.

⁷⁰ 20/6/25, 4ª ed., portada.

- (x) *Es posible que en el camino, o en la cumbre [la “cima del mundo”], la muerte aceche bajo disfraces diversos. Nada de eso importa. Ante la voluntad heroica, todo eso cede. Más aun: no existe. ¿Acaso las voluntades heroicas no padecen la candorosa y estupenda ilusión de creer que la muerte no existe?*

La ignorancia de la posibilidad de la muerte es, si se quiere, un rasgo extremo de aquel romanticismo que también es rasgo de la heroicidad. La retórica casi literaria no es tan habitual como los dos últimos ejemplos podrían sugerir, y evidentemente está destinada a la representación en el discurso de la figura particular de Amundsen, en tanto figura heroica paradigmática. Pero la atención que en general el diario presta a los exploradores y la referencia a los peligros de toda índole a los que están expuestos indican que la heroicidad es un rasgo propio de la representación.

No hay referencia en los textos a ningún tipo de interés económico personal directo por parte de los exploradores. Indirectamente, por vía de la inferencia, se observan las derivaciones empresariales de algunas expediciones tales como la posibilidad de establecer líneas regulares de transporte, por ejemplo, a través del polo, pero más allá de quedar obturadas de algún modo bajo la figura de la heroicidad, permiten entrever que para el diario, tales intereses empresariales generarán al menos algún beneficio para el conjunto de la humanidad, por ejemplo, facilitar las comunicaciones: la generosidad propia del héroe se evidencia también en ese acto de reconocer el terreno para ese tipo de desarrollos aun cuando no fueran a ser ellos mismos lo beneficiarios directos de los beneficios económicos derivados de su acción. Tampoco se observa la asignación directa a los exploradores de intereses políticos. La figura del explorador científico queda así, efectivamente, ligada sólo a la búsqueda del conocimiento y a favorecer desarrollos diversos para otros beneficiarios: el *altruismo* pues, propio de toda acción heroica. Esa heroicidad –y la falta de interés económico o político individual– propia del explorador científico es el criterio que permite diferenciarlo de los *aventureros*. Un poco más adelante nos referiremos a la categoría de los exploradores *misioneros*.

Llama la atención el contraste entre la asignación de la heroicidad en el discurso y, desde la dimensión formal, los retratos de los exploradores que muestran las fotografías que integran las notas. En casi todos los casos, aparecen vestidos con trajes, es decir, con saco y corbata, o con uniformes militares cuando corresponde, y apenas excepcionalmente se observa alguno de ellos vestido con ropa que conforma equipamiento de exploración: Shackleton en una oportunidad –en el texto citado en (i)–, también un guía⁷¹ y, dos veces⁷², una misma foto de Amundsen en la que, debido al recorte, sólo se puede observar parte de un cuello de piel –que no se diferencia del que podría ser usado en la ciudad–; en el resto de los retratos aparece con saco y corbata. Estas fotografías brindan cierta “encarnadura” a las figuras que crean los textos, pero el hecho de que aparezcan vestidos con trajes de calle le quita a cada uno cualquier carácter especial que abone la representación de heroicidad; pero tiene un efecto, buscado o no: las *hazañas* pueden generar mayor grado de admiración precisamente porque son llevadas adelante por personas comunes, como los lectores. En el mismo suelto citado en (ii), en el que valora positivamente el uso del aeroplano, el enunciador reproduce la supuesta voz de *la gente* cuyo discurso parece a contrapelo de esa heroicidad asignada:

- (xi) *Las expediciones polares, especialmente, y como en cierto modo las que se realizan con el deseo de llegar a la cúspide del Monte Everest, no participan de la simpatía general. La gente se pregunta: ¿vale la pena el riesgo tan inmediato de vidas, y la*

⁷¹ Op. cit. 24/7/25, 4ª ed., portada.

⁷² Op. cit. 25/3/18, 4ª ed., p. 7 y 14/12/22, 4ª ed., p. 4.

tensión en que a tantos seres humanos mantienen, ya sea la falta de noticias de los expedicionarios, o la relación de sus penurias y peligros, en comparación con los beneficios que de esos sacrificios se derivan? Y no deja de tener esa pregunta su suficiente razón de ser. Es, para muchos, difícil convencerse de la sinceridad y altruismo de esos hombres que parten en busca de algo que parece sólo ser la satisfacción de una modalidad propia.

Esta referencia a un discurso que da cuenta de una preocupación por el bajo grado de seguridad con que esos hombres comunes se enfrentan a hechos extraordinarios, así como el recurso a la concesión retórica, no hacen más que realzar la figura de los exploradores precisamente en tanto hombres comunes, como los que aparecen en las fotos, capaces de llevar a cabo acciones heroicas, tan riesgosas pero a la vez necesarias para, además de ampliar el horizonte de conocimientos, aportar “resultados de orden práctico de innegable importancia”, como la prueba de la eficacia de los aeroplanos, por ejemplo. La frase final del último segmento citado reafirma ese rasgo: no se trata de hombres comunes con caprichos individuales de poner la vida en riesgo sino de hombres altruistas. El juego entre la heroicidad construida, aludida o explicitada como valor en los textos y el carácter de hombres comunes que muestran las fotografías parece alimentar la idea de que los actos heroicos –y el altruismo que conllevan– pueden ser propios de hombres como los lectores mismos. Los exploradores adquirirían, pues, el carácter de modelo para el hombre común.

Esta representación del *explorador* se complementa y precisa con la representación de la actividad que llevan a cabo.

1.2.2. La actividad exploratoria

La falta de interés en cuestiones económicas o políticas atribuida al *explorador científico* en las notas podría indicar una cierta “ingenuidad” –al menos en el plano del discurso– respecto de los intereses de la ciencia y de los científicos, que estarían despojados de cualquier matiz económico, y puestos sólo en la adquisición de saber, y también con el campo mismo, que aparece así presentado como libre de tensiones políticas y –en la época– específicamente, de las derivadas de los nacionalismos. O bien, la falta de referencia explícita a intereses ajenos al conocimiento, como tales, indicaría que en la representación de la exploración como tarea vinculada con la actividad científica, los intereses económicos o políticos estaban naturalizados, esto es, formaban parte de la razón de ser de la ciencia de tal modo que no era necesario explicitarlos, y sobre todo, porque el hecho de no focalizar tales intereses se avendría bien con la tendencia a representar la ciencia en el discurso como un espacio que no debería ser cruzado por mundanas cuestiones económicas o políticas: en suma, una posición deontológica idealista respecto del saber. No se trata de que el diario niegue la existencia de tales conflictos sino de que parece considerar que tales conflictos no deberían ser representados en relación con la ciencia, fundándose tal vez en la creencia de sentido común de que el conocimiento está por encima de tales intereses. Parece que resultaba eficaz presentar la *heroicidad romántica* como rasgo propio de los exploradores. Algunos textos nos llevan a considerar plausible esta segunda alternativa, más allá de que, además, resulta difícil aceptar en grado alguno la ingenuidad en el discurso de cualquier diario, en general, y de «La Razón», en particular.

En algunos fragmentos breves, oraciones sueltas cuyo contenido no es retomado luego en el mismo texto, como si fueran mínimos retazos del discurso casi fortuitos, el interés económico o político puede emerger en unas pocas palabras. Así, en la misma nota en que enumeraba lo que

faltaba explorar y luego de mencionar de manera general las actividades de Lumholtz en Borneo, el texto refiere la voz del explorador:

- (i) *Según versiones del doctor Lumholtz, Borneo se presta a la clasificación y exploración. Dicha isla contiene yacimientos de hulla y petróleo, suponiéndose la existencia de otros minerales.*

Como se puede observar, resulta ambigua la fuente de la afirmación contenida en la segunda oración: no hay motivo formal para considerarla parte del mismo segmento de discurso referido, las “versiones del doctor Lumholtz”, ya que el punto seguido puede darlo por terminado, pero tampoco es posible desechar sin más la posibilidad de que forme parte de ese discurso referido, pues la afirmación contenida en esa segunda oración aparece como una justificación de la contenida en la precedente, nexos semánticos que se pueden reconstruir: “Borneo se presta a la clasificación y exploración” *ya que* “contiene...”. También es posible que efectivamente el discurso referido acabe en el punto y la oración siguiente sea un sobreentendido que el diario decide explicitar. En cualquiera de los casos, el tema de los yacimientos de minerales no es retomado luego en el texto, de modo que resulta una referencia a un interés económico que no es explícitamente conceptualizado como tal en el resto del texto y resulta, entonces, naturalizado en esa enunciación fugaz.

En la nota de un mes después, “Expediciones científicas”, el subtítulo anticipa el contenido específico: “Entre las que se efectúan y las proyectadas, su número se eleva a diez y seis”. Un breve fragmento incluye el interés de la expansión territorial bajo el manto del interés científico. En efecto, el texto enumera las diversas expediciones en marcha o a realizarse, ordenadas según los espacios geográficos involucrados, algunos de ellos merecedores de más de un proyecto: Antártida, Polo Norte, Siberia, Groenlandia, África, “Baffinlandia”, Nova Zembla⁷³, México, Amazonas, Ecuador y Perú, “islas del Pacífico”⁷⁴, China y el Tibet-. En relación con el cuarto, se lee:

- (ii) [...] *Lange Koch [sic]⁷⁵, otro danés, planea una expedición científica al norte de Groenlandia, siendo su principal objetivo establecer la soberanía danesa en esos territorios.*

No hay referencia alguna al contenido científico de la expedición, clase de información que, en cambio, es brindada relación con otras zonas en la misma nota –una expedición entomológica al Congo, y otra de sismología en México, por ejemplo–, ni tampoco se amplía la información relativa a ese objetivo político ni se opina sobre él: otra vez, el procedimiento de naturalizar una intencionalidad, en este caso, el objetivo político, económico y eventualmente geopolítico de ampliación territorial como parte de la actividad científica.

De manera semejante, tras el regreso de Amundsen de la expedición de 1925 al Ártico, en la nota central de la portada del 20 de junio la primera información es un cable de United Press datado en Oslo en el que se informa que el explorador había enviado “una comunicación telegráfica” al gobierno noruego en el que le informaba que no habían hallado tierra en la sección noruega del

⁷³ Se refiere a la Isla de Baffin, en la zona ártica de Canadá, y a la isla rusa de Nueva Zembla, en el Mar de Barents, también dentro del círculo polar ártico.

⁷⁴ No se especifican cuáles serían objeto de la expedición.

⁷⁵ Se refiere al geólogo Lauge Koch (1892-1964), responsable de una serie importante de expediciones danesas a Groenlandia (Fuente: Müller, 1964).

círculo ártico. Evidentemente, la expedición incluía también el objetivo de establecer la soberanía de ese país en las eventuales tierras que existieran.

Pero no parece, sin embargo, naturalizar cualquier objetivo de ese tipo. En algunos casos, se observan matices significativos, que derivan de afinidades ideológicas del diario. En la referida nota en la que anuncia que Amundsen veía peligrar “definitivamente su raid”, parece valorar positivamente la cooperación para la realización de exploraciones y deplorar que tensiones derivadas del cruce de intereses nacionalistas, más que económicos, entorpecieran la puesta en marcha de la expedición a la que se refiere el texto. En la nota de carácter divulgativo sobre la variación de la ubicación de los polos terrestres publicada el mismo día, también celebra la cooperación internacional en temas científicos:

- (iii) *Este resultado [las mediciones sobre la ubicación de los polos] ha sido adquirido con la ayuda de numerosos observatorios establecidos en diversos países de Europa, Asia y América. Es éste un buen ejemplo de los buenos resultados que se pueden esperar de tal colaboración científica internacional*⁷⁶.

En el texto sobre el proyecto en peligro del viaje de Amundsen y Locatelli, informa que las dificultades eran de dos clases, por un lado, las financieras, pero también había “otras que no lo eran, susceptibilidades de orden patriótico, a propósito de la bandera que llevaría la expedición”. Pero incluso las primeras también respondían en alguna medida a cuestiones “patrióticas”, pues en relación con los problemas de dinero, considera que los ingleses, “inveterados financistas de las grandes empresas”, no habían colaborado porque no había ningún hombre de esa nacionalidad en la expedición. Pero en el plano más vinculado con los “sentimientos”, considera que había “un poco de mal entendido egoísmo” en las tensiones que llevaban al fracaso del proyecto. “Nunca pudo decirse con más justicia, de una empresa, que en ella intervenían elementos de todas las nacionalidades”, afirma. Y argumenta, poniendo en relación cuestiones muy diferentes: Uno de los aeroplanos a utilizar era de ideación alemana (*Dornier*), pero a construir en Italia, por las condiciones del Tratado de Versalles que impedía que Dornier⁷⁷ fabricara los aviones en territorio alemán, según el mismo diario explica; el motor era inglés (*Rolls Royce*); participaban un norteamericano, “el teniente Ralph Davison, de la marina yanqui con el noruego Larsen”, y Locatelli, italiano, además de Amundsen.

Lamenta que, en ese contexto, la “indiferencia inglesa” llegara “al extremo” de pedir precios exorbitantes como salario de los técnicos de Rolls Royce y “una prima de estada fabulosa”. Pero no lamenta y, en cambio, naturaliza el hecho de que el gobierno italiano incluyera un piloto, sustentado en el hecho de haber donado uno de los aparatos a utilizar:

- (iv) *Como el gobierno de Italia, por intermedio del comisionado de Aviación, donó a los expedicionarios un aparato, se trató de hallar, entre los pilotos italianos, uno que, por sus antecedentes y condiciones, encarnara todo el entusiasmo y el vigor de la aviación peninsular. Es decir, que fuera una especie de símbolo de ambición juvenil y de audacia, del espíritu de empresa y del romanticismo que hoy caracteriza la vida entera de esa nación. // Locatelli era el hombre símbolo por excelencia.*

⁷⁶ Op. cit., 30/6/24, 4ª ed., p. 14.

⁷⁷ Se refiere a la empresa Dornier Flugzeugwerke, fundada por el ingeniero Claudius Dornier (1884-1969), que había diseñado el primer aeroplano realizado completamente de metal. Durante la Primera Guerra Mundial, Alemania utilizó sus aeroplanos de madera y metal. (Fuente: Enciclopedia Británica. Versión electrónica: www.britannica.com Consultada: 21/2/2013).

Y tras recordar la hazaña de Locatelli de cruzar los Andes, sin preocupación alguna por cierta incongruencia con la afirmación recién citada respecto de la valoración de la ambición, plantea:

- (v) *Así, por encima de todas las ambiciones, de todos los inconvenientes, habían contribuido a la empresa Alemania, Noruega, Estados Unidos, Inglaterra e Italia, esta última con todo un equipo completo.*

Y finalmente, deplora la situación:

- (vi) *Hoy se teme que este hermoso propósito de fraternidad humana se vea si no malogrado, por lo menos estorbado en lo que tiene de significativo y de digno para los pueblos y sus hombres: es decir que los impedimentos de orden material, por faltas de inteligencia y rozamientos poco oportunos en estos casos, la expedición se bifurque.*

A partir de los datos que el texto ofrece, los “impedimentos de orden material” parecían provenir, para el diario, de Inglaterra, cuya reticencia a financiar el proyecto no es puesta en relación con las pretensiones italianas sino como “faltas de inteligencia”. Evidentemente, una de esas faltas era el acuerdo acerca de la bandera bajo la cual se realizaría la expedición. El texto no lo dice taxativamente, pero no parece posible inferir sino que, o bien –simplemente– Inglaterra no quería participar de una actividad con Italia y para evitar la negativa directa puso un alto costo a su colaboración, o bien que los italianos habrían tenido la pretensión de llevar a cabo la expedición exclusivamente bajo su bandera y que Inglaterra habría rechazado participar bajo esa condición. El cierre del texto, en el que además vuelve a valorar positivamente el ímpetu italiano, deja entrever ese motivo:

- (vii) *En esta o en otra ocasión, su gloria [la de Locatelli] no será menor si llega a unir Europa con América, por encima del polo, en un vuelo triunfal, **llevando o no la bandera de su patria en la misma forma que unió dos océanos en fecha no lejana.** // Hoy lo de los fondos lo resolverían, según se dice, los italianos de Estados Unidos. En cambio, el tiempo pasó y la época propicia para el vuelo sufrió una merma considerable, tanto que amenaza por este año la empresa.*

En cualquier caso, frente a la naturalización de la pretensión de Italia –cuyos rasgos supuestamente étnico-nacionales son ensalzados–, la responsabilidad del fracaso de la expedición parece recaer en la actitud inglesa de no financiar ni colaborar con los técnicos. Y el acto de enunciar la eventualidad de que Locatelli realizare un *acto heroico* –el de desprendimiento, el de renuncia a llevar la bandera de su patria– intenta “neutralizar” la acción de colocar la pretensión italiana por sobre la inglesa. Cabe recordar⁷⁸, además, que Locatelli tenía un valor personal adicional para el diario por haber realizado la hazaña local de unir Buenos Aires con Valparaíso y Santiago de Chile, hecho al que alude en el fragmento (vi) cuando recuerda que había “unido dos océanos en fecha no lejana”. La cooperación internacional es así, pues, ensalzada pero no parece ser puesta en relación con las condiciones políticas para esa cooperación, condiciones que el diario parece ignorar en la medida en que naturaliza la posición por la que toma partido: quien no colabora resulta así presentado con una actitud incomprensible.

⁷⁸ Ver Nota al pie 49.

Más allá de los matices, hay algo en común en los tres casos que referimos, el del danés Koch – más tímidamente–, el de Amundsen a su regreso de la expedición de 1925 y el de Locatelli: el diario presenta a los exploradores como ajenos a las cuestiones políticas o nacionales: no hay acciones de tipo político o económico ligadas a ellos. Amundsen especialmente, y el italiano son presentados como héroes cargados de gloria individual y desligados de las mundanas rivalidades económicas o nacionales. La relación entre la exploración, la expansión territorial y la nacionalidad resulta así un entramado cuyos hilos son sobreentendidos, no requieren explicitación: a partir de la información brindada por el diario no sabemos, por ejemplo, por qué Amundsen –cuya hazaña es presentada a la vez como una acción aparentemente independiente de los intereses del estado noruego, centrada en su propio deseo y con financiación privada– envía un telegrama a su gobierno. El sobreentendido es que se trataría, entonces, de un puro y *natural* patriotismo: acto individual y voluntario de servicio a su patria. Desde esta perspectiva, pues, se delinea otra arista de la figura del explorador heroico a la que nos referimos en el párrafo anterior.

Ahora bien, la exploración de las zonas polares se vincula con cuestiones de soberanía, más allá de que el diario lo explicita o sólo lo sugiera. En el caso de la Antártida, la cuestión de la apropiación de los territorios era un problema no resuelto –y lo es aún, aunque congelado por el Tratado Antártico–.

Las otras exploraciones se realizaban sobre territorios ya apropiados por países europeos y con población autóctona, y se encuadraban bajo otros lineamientos que, en general, en la época, no implicaban la puesta en juego del ejercicio de la soberanía o la posesión. Y eso se puede observar si prestamos atención a la tercera de las categorías en que había clasificado a los exploradores – en general– y lo contrastamos con lo que evidencian las notas sobre exploradores científicos.

Esa tercera categoría es la de los misioneros, y permite ver, aunque el carácter “explorador” puede parecer algo forzado en esa enumeración, el horizonte de la representación de *exploración* en general si, además, se considera el título citado en el ejemplo (i) del párrafo 1.2: es uno de los modos de expandir la *civilización*, es decir, se trata de una perspectiva en la que la cultura occidental es el centro y apogeo de la humanidad y que permite establecer una escala en la que la existencia de pueblos autóctonos de los territorios a explorar no parecen óbice para la conquista religiosa ni, en otro plano, a la vez, para la explotación de las riquezas de tales territorios. En la misma nota, luego de informar que la isla de Borneo contiene yacimientos de hulla, petróleo y otros minerales, explica la razón por la que Lumholtz no había podido explorar esa isla en un primer intento: no estaba permitido a los exploradores penetrar en las selvas de ese territorio bajo dominio holandés sin una escolta militar, “debido al peligro que ofrecen los aborígenes”, escolta que no había podido ser asignada en razón de la Primera Guerra. Cuando pudo ingresar, encontraron tribus como la Dyak, que se “destacaba por sus tendencias guerreras”, y por ser sus miembros “coleccionistas de cabezas humanas” que “separan del tronco” con un “sable corto”. También señala que “la isla contiene otras tribus”, que evitan el contacto con los dyaks. El dominio holandés resulta así, implícitamente justificado. En la segunda de las notas recién referidas, los pueblos autóctonos quedan en el mismo plano que los insectos por efecto de la enumeración:

- (viii) *Y por fin, la expedición entomológica de la porción belga de Panganyika y del Congo del Este, dirigida por T. A. Barns, que exploró los bosques del Ituri y de*

*Semliki*⁷⁹, *encontrando una raza de pigmeos salvajes y recogiendo una espléndida colección de insectos y de mariposas.*

Es probable que la “raza de pigmeos salvajes” no fuera para este enunciador equivalente a una colección de insectos, pero la enumeración de las dos acciones –encontrar pigmeos y recoger insectos– da cuenta de una representación del espacio territorial a explorar como la de un territorio virgen en el que los humanos que lo habitan, en tanto *salvajes*, son *objetos* que forman parte del inventario de su contenido. En el mismo acto de explorar, entonces, todo queda bajo la misma mirada de un dominio que no reconoce en esos humanos salvajes nada que los vincule con la tierra de un modo diferente: están allí de la misma manera como están los animales y las cosas, disponibles para ser domeñados por el hombre civilizado en su proceso de *lucha contra la naturaleza*. Incluso, en relación con la exploración polar, un dibujo de importante tamaño publicado en portada, en 1925⁸⁰, tiene como objeto un paisaje de icebergs: en uno alto, se ve un oso polar con la cabeza –y el dibujo sugiere que también la mirada– dirigida hacia el cielo, donde se observa un aeroplano. Alegóricamente, en la soledad del hielo polar, la civilización parece llegar para dominar ya no a grupos de humanos salvajes sino a la naturaleza misma.

La exploración, entonces, en general, es representada como una acción compleja cuyo rasgo más general es el civilizatorio que incluye la apropiación del territorio –acción que se naturaliza, en el mismo proceso– por parte de la humanidad civilizada y la fijación del ejercicio de la soberanía. Pero ya no se trata de un proceso de carácter militar –aunque pueda apoyarse en una acción militar previa como, en el caso de nuestro país, las expediciones de Roca para controlar un territorio considerado y reconocido como “propio”–; no es una conquista con las características de las realizadas en los siglos precedentes, sino una empresa *científica*, en dos sentidos: por un lado, como modo de aprehensión conceptual y material del espacio; por el otro, como método de llevar la empresa adelante. Aunque tiene valor para destacar el carácter heroico de los exploradores, la siguiente comparación también ilustra, en parte, esa sustitución:

- (ix) *Hay en estos hombres intrépidos [...] tanto romanticismo, tanto valor, como entre aquellos que buscaron un día Oriente por Occidente, o el oro y la plata en el nuevo mundo descubierto*⁸¹.

No se trata sólo de agregar conocimientos sobre el objeto explorado sino también de hacerlo con metodología científica: y es allí donde importa la planificación, la selección de los espacios a explorar en función de hipótesis diversas, la preparación de los exploradores, y la tecnología, que será probada en el proceso mismo de llevar a cabo la empresa. Secundariamente –ya es el siglo XX–, los misioneros *podrán* o no expandir el cristianismo.

⁷⁹ Probablemente, llame Panganyika a lo que conocemos por Tanganyika, al este de África. Los bosques de Ituri y de Semliki o Semuliki se encuentran en el este de la actual República Democrática del Congo, cerca del límite con Uganda. De T. A. Barns hemos encontrado referidos dos artículos publicados en sendas revistas académicas sobre geografía; uno, en 1928: “In portuguese West Africa: Angola and the isles of the Guinea Gulf”, en *Geographical Journal*, N° 72, pp. 18-37 (disponible en <https://drive.google.com/file/d/0B6Bw-KX3F6HXN0cxYXBLSmNiY0U/edit>); el otro, al año siguiente: “Through Portuguese West Africa”, en *Journal of the Royal African Society*, N° 111, pp. 224-34. Fuente: Mendy, P. & Lobban, R (1948). *Historical Dictionary of the Republic of Guinea-Bissau*. Maryland: Scarecrow Press, p. 471. Referencia disponible en [#v=onepage&q=Barns%20T.%20A%20Through%20portuguese%20west%20africa&f=false](https://books.google.com.ar/books?id=NbJ8AQAQBAJ&pg=PA471&lpg=PA471&dq=Barns+T.+A+Through+portuguese+west+africa&source=bl&ots=C3iSjfTR_P&sig=-ITxoNXkNizeL4GvwbFIJY93A&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwi2zrOHuoLLAhWJS5AKHQCIArkQ6AEIHDA). Consultadas el 18/5/2015.

⁸⁰ Op. cit. 20/6/25, 4ª ed.

⁸¹ Op. cit. 1/6/22, 4ª ed., p. 3.

La atribución de carácter científico a las expediciones se ve en títulos, en la clasificación de los exploradores y en ejemplos ya dados⁸², pero interesa destacar que aparece de manera insistente, como los casos que agrupamos en el ejemplo que sigue:

- (x) *Las más importantes partes de la obra científica del explorador han sido sus descubrimientos magnéticos y meteorológicos. || Mr. J. Lachlan Cope [...] se propone realizar este año un nuevo viaje al polo Sur, con el propósito de efectuar el estudio geográfico y científico de esas regiones. || Los círculos aeronáuticos y científicos están pasando una época de intensa expectativa, esperando los resultados de la tentativa del explorador noruego Roald Amundsen. || Si bien la expedición descendió en un punto situado a alrededor de cien millas del polo [...], los hombres de ciencia esperan que se reunirán muchos conocimientos valiosos como resultado de ese vuelo. || El capitán Walter Bruns, que es una autoridad reconocida en materia de aviación, expresa la creencia [...] de que el vuelo de Amundsen tiene un valor científico extraordinario, pues al parecer confirma todas las teorías acerca del Ártico [...]*⁸³.

Del mismo modo, abundan las referencias a la búsqueda y preparación de la tecnología adecuada tanto para el viaje como para la investigación:

- (xi) *También irán buzos para tomar fotografías en el fondo del agua y efectuar estudios de las plantas y animales que viven allí. Los expedicionarios cuentan con gran número de aparatos para medir las profundidades y hacer observaciones de toda clase. [...] El vaporcito estará dotado de una especie de sierra sin fin, en la proa, de un ancho de 14 metros, para cortar los camalotes y demás plantas acuáticas, con el propósito de abrirse camino. || Encima y debajo del puente están instalados los laboratorios y los instrumentos científicos, indispensables para las observaciones que quieren hacerse. || En el Curtis Oriole, máquina construida especialmente para vuelos de unas 600 millas, irá el combustible y otros diversos artículos necesarios [...]. || El vuelo ha demostrado que es poco aconsejable realizar nuevos intentos [...] con aeroplanos y que convendría utilizar aeronaves para las exploraciones en el polo, pues tienen la ventaja de poder descender perpendicularmente hasta la superficie del agua para practicar medidas y hacer observaciones*⁸⁴.

Interesa ahora focalizar, entonces, cuál era el conocimiento explicado, aludido o evocado en las notas, tanto en lo referido al objeto a explorar como en cuanto a los instrumentos para hacerlo.

1.3. El conocimiento: lejanas geografías

Desde el punto de vista de los recursos formales, las coberturas y notas relativas a la exploración polar se destacan por la presencia, en progresivo aumento durante la etapa que estudiamos, de elementos gráficos que son los que presentan la mayor parte del conocimiento vehiculizado en ellas. Esta profusión gráfica ocupaba parte importante y notoria de las páginas: mapas, fotografías o dibujos pretendidamente realistas de paisajes –que incluyen eventualmente plantas y animales– presentan enorme cantidad de información propia del campo de la geografía y, menos, de la etnología aunque en el caso de las fotografías y algunos dibujos, los objetos son

⁸² Ejemplo (vii) en § 1.2.1 y (i), (ii) y (vii) en este párrafo.

⁸³ Op. cit. 1/6/17, 3ª ed., p. 3; 10/2/20, 4ª ed., p. 5; 22/5/25, 4ª ed., portada; 19/6/25, 4ª ed., p. 2 y 20/6/5, 4ª ed., portada, respectivamente.

⁸⁴ Op. cit. 28/7/17, 3ª ed., p. 3; 5/9/21, 4ª ed., p. 4; 7/6/23, 4ª ed., p. 4 y 20/6/25, 4ª ed., portada, respectivamente.

mostrados como “curiosidad”, es decir, sin ningún tipo de elaboración conceptual que acompañe las imágenes y categorice o clasifique los objetos; fotos de aparatos y esquemas dibujados daban cuenta de la tecnología disponible, y aunque a veces estaban acompañados por algunas referencias que permitían observar el funcionamiento, por lo general no incluían explicaciones conceptuales. En las exploraciones por otros territorios, en cambio, abundaban más las descripciones en los textos, si bien con poco trabajo de elaboración conceptual, y la gráfica era notoriamente menor. En general, pues, el saber representado es el más cercano a la percepción de los objetos en los nuevos espacios.

Mapas de la Antártida aparecen ya en 1917, en la entrevista glosada a Shackleton a la que nos referimos más arriba⁸⁵, en otra de 1920 y luego en 1921. No sólo se vuelven así conocidos los itinerarios de las expediciones planificadas de Shackleton o de Lachlan Cope sino que adquieren forma los contornos más completos del continente, según las hipótesis acerca de los sectores de tierra firme y los sectores que habrían sido bancos de hielo. También se observa su ubicación relativa respecto de América, África, Australia y Nueva Zelanda, a la vez que se puede adquirir noción aproximada de la extensión proporcional. Y las diferentes zonas, territorios y localidades exóticas como Grytviken –Georgias del Sur–, referidas en los textos, pasan a tener un lugar preciso.

Algo similar ocurre con la zona polar del Ártico. Los mapas –al menos seis distribuidos entre las distintas notas– exponen no sólo los contornos de Asia, Europa, América y las islas conocidas en perspectiva desde el Polo Norte, que ocupa el centro, sino también, las distancias relativas y la ubicación geográfica de localidades cuyos nombres aparecían reiteradas en los textos – Spitsbergen, Bergen, Tromsø, Nome, entre otros– y que resultarían desconocidos para la mayor parte del público, del mismo modo que las denominaciones de islas, pasajes y estrechos –Baffin, Davis, Behring–. En la mayor parte de los casos, el carácter exótico de esa geografía resultaba acentuado por la toponimia de los mapas, que aparecía en idioma inglés o en francés, junto con algunas denominaciones en lengua castellana pero como “calco” del inglés –como la “Tierra de Guillermo”, en la zona del ártico canadiense⁸⁶–. Este fenómeno también se observa en el cuerpo de las notas, donde, por otra parte, en ningún caso se vincula la ubicación de localidades, regiones o islas con referencia alguna que pudiera resultar conocida para el lector o que, al menos, le facilitara la ubicación. Así, en los textos las denominaciones resultan enunciadas con la misma naturalidad con que las enunciaría aquel que conoce los lugares y que supone que también son conocidos por el interlocutor, y no se ve, por tanto, obligado a “marcar” la supuesta falta de conocimiento a través de una explicación o aclaración; pero, a la vez, complementa la información en los mapas para quien no las conociera.

Las denominaciones en idioma extranjero y los calcos castellanos del inglés en los mapas evidencian la procedencia de las fuentes de la gráfica, que habitualmente no son nombradas, y es probable que la publicación en otra lengua se debiera a la imposibilidad técnica material de introducir cambios en los mapas al reproducirlos en el diario; pero esa misma opción denominativa mantenida en los textos –como efecto buscado o no– mantiene o aumenta el exotismo, emparenta el estilo con el de algunas novelas de aventuras populares, y evoca desde el punto de vista temático, textos como los de Julio Verne⁸⁷, lo cual potencia la percepción de la heroicidad atribuida al explorador a la que nos referimos antes.

⁸⁵ Op. cit. 1/6/17, 3ª ed., p. 3.

⁸⁶ Se refiere a la Isla del Rey Guillermo (King William Island), territorio de Nunavut, al nordeste de Canadá, como se dijo en Nota al pie N° 41.

⁸⁷ Verne ya era bien conocido localmente por entonces. *El faro del fin del mundo*, novela de 1905 (Buenos Aires: Biblos, 2005), narra una historia vinculada con nuestro país, dato imposible de soslayar para las corrientes

Pero ese modo de reproducir las denominaciones además, produce otro efecto: la naturalidad con que el enunciador refiere los nombres –y más adelante veremos que también conceptos– y el acto de sobreentender que son conocidos por los interlocutores lo inviste con un manto de autoridad que en la mayor parte de los casos será ficticia. Se trata de uno de los procedimientos que denominamos *efecto de saber*⁸⁸, –al que nos referimos en la Introducción de esta parte–, producto de una estrategia compleja que consiste en una cierta afectación que enmascara la ignorancia con una pátina de saber insuflada, o bien, lisa y llanamente, de una impostura de autoridad que oculta las dificultades para dar cuenta del saber científico por parte de un medio masivo.

El resto de la gráfica, como las fotografías de paisajes polares, ilustra formas y objetos, y reemplaza difíciles descripciones en el código de la lengua destinadas a un público que no los conoce. Así, las formas de los icebergs, las banquisas, los témpanos; los campos de hielo y nieve, y la figura de algunos animales se vuelven aprehensibles para el lector, y también las dimensiones a partir de referencias conocidas: un humano, un trineo, un perro. Ese conjunto de imágenes más las de barcos, aeroplanos, zepelines y dispositivos diversos daban, además, “encarnadura” presente a las expediciones; y en tal sentido, a veces, con la finalidad de ilustrar se publicaban tomas fotográficas algo más antiguas respecto de la fecha de publicación de las notas, o bien, de objetos que fueran similares a los referidos en los textos. Así, por ejemplo, el diario “anticipa” las imágenes que el explorador *verá*. El título es una construcción de sentido ambiguo que en una lectura rápida –como suele ser la lectura de los periódicos por buena parte del público– sugiere que ni siquiera el explorador conoce los contenidos de las imágenes que presenta: una variante de procedimiento para producir *efecto de saber*. El otro sentido es que se trata de imágenes desconocidas para el público, pero también, evidencia que el diario sí las conoce.

(i) ***Algunos detalles interesantes y no conocidos de la vida groenlandesa – Cosas que verá la expedición de Mac Millan dentro de pocos días***⁸⁹

Se trata de un recuadro en el que sólo hay un conjunto de fotografías con epígrafes: un bebé esquimal, una aurora boreal, y flores y nidos de aves que probablemente contradecían el sentido común según el cual se trataba de un paisaje exclusivo de hielo y nieve. Esta nota en particular – y otras con el mismo procedimiento⁹⁰–, que no refieren ninguna noticia, evidentemente son funcionales a la necesidad de mantener un tema en agenda, y apelan para ello a imágenes de archivo. Pero en cualquier caso, la gráfica resulta una forma de divulgación icónica pertinente para la divulgación de conocimiento geográfico, más allá de la ausencia de categorizaciones, que facilita la apropiación de esas realidades desconocidas por parte de un público que, si bien estaba efectivamente alfabetizado, estaba integrado por un buen número de lectores que no habían completado más que la escuela primaria.

También respecto de la tecnología abundan las imágenes, y los textos aportan poco. Salvo una excepción que veremos en seguida, no hay explicaciones de los criterios para el diseño de los aparatos y muy pocas –y fragmentadas– descripciones técnicas. A lo sumo, se evalúan las

nacionalistas.

⁸⁸ En todo el trabajo iremos observando la aparición de procedimientos tendientes a producir *efecto de saber*, que describiremos en cada caso.

⁸⁹ Op. cit. 28/7/25, 4ª ed., p. 7.

⁹⁰ Por ejemplo, “Mac Millan se acerca a Groenlandia, el campo de sus próximas exploraciones”, 24/7/25, 4ª ed., portada.

características según la finalidad. Así, los *raids*⁹¹ presentan justamente los rasgos de una actividad casi deportiva, de prueba de resistencia o de adecuación de aparatos a regiones y climas, aun cuando las expediciones tuvieran declaradas finalidades científicas, exclusivas o no. Desde ese punto de vista, además de dar “encarnadura” a las exploraciones, las fotografías de los barcos, aeroplanos o zepelines y las referencias a ellos en los textos constituyen más bien formas de exhibición de la tecnología. Los aparatos de diversa índole, en este caso, los de transporte y comunicaciones, como hemos señalado, “materializan la abstracción *ciencia*” (Cortassa, 2012: 90-93). Tales objetos condensan un conjunto enorme de saberes y, exhibidos en su funcionamiento, sucesivamente en el tiempo, cada vez más sofisticados y perfectos, por metonimia, evidencian el progreso de la ciencia en su conjunto. Uno de los textos vistos, de 1922, prácticamente explícita esa sucesión y esa metáfora en relación con los viajes de exploración:

- (ii) *A medida que pasa el tiempo y la ciencia avanza y los elementos de exploración amplían su radio, se transforman también los medios de locomoción empleados por los exploradores. // A la antigua goleta, al velero intrépido y aventurero siguió la nave a vapor, transformada una y mil veces, en su perfeccionamiento sucesivo. Y a ésta sigue hoy el aeroplano, del que se valdrá Amundsen en su viaje al Polo Norte y con él procurará volar por sobre esa región del globo terrestre. // Pero no es el aeroplano simple el que se aprovechará en esta oportunidad, sino uno de los más modernos y perfeccionados que puedan imaginarse. Desde la instalación radioeléctrica del avión, Amundsen comunicará al resto del mundo sus investigaciones [...] sobre aquellas apartadas regiones glaciales a las que procurará arrancar su secreto*⁹².

Así, entonces, las referencias en los textos la mayor parte de las veces, son lisa y llanamente elogios, evaluaciones y comparaciones en cuanto al rendimiento de los aparatos. Por ejemplo, tras el vuelo de Amundsen por el Ártico, el diario evalúa ya desde el subtítulo:

- (iii) *Triunfo del aeroplano en el campo científico-práctico*

*Todavía [...] no sabemos la suma de lo por ellos [los exploradores] conseguido como aporte científico, pero ya hay a mano resultados de orden práctico de innegable importancia. // [...] Todos esos horrores [de largas expediciones anteriores sobre tierra] quedan de hecho y maravillosamente suprimidos con el uso del aeroplano que hace posible una expedición de 24 o 48 horas con los mismos resultados*⁹³.

Poco tiempo después, esa optimista evaluación propia será desmentida por la del explorador mismo, pero para anticipar una mejor tecnología para los objetivos de la exploración polar:

- (iv) *Después de la desgraciada experiencia del verano pasado, Amundsen comprobó que era imposible emplear aeroplanos para la empresa que se había propuesto, por más que éstos, a su entender, son más útiles para exploraciones de detalles que los perros*

⁹¹ En el año de publicación de la nota, “raid” es un anglicismo que todavía no había sido incorporado al diccionario, y el diario lo usa con un sentido que evidentemente ya estaba en el uso y que sería incorporado al diccionario de la RAE muy recientemente: “Prueba deportiva en la que los participantes miden su resistencia y la de los vehículos o animales con los que participan recorriendo largas distancias”. Así, por ejemplo, en un título ya visto: “Amundsen ve peligrar definitivamente su *raid* [...]”, 30/6/24, 4ª ed., p. 5. Esa denominación, con sólo el sentido general de “expedición”, sería incorporada al DRAE en 1927.

⁹² Op. cit. 28/6/22, 4ª ed., p. 4.

⁹³ Op. cit. 24/10/25, 4ª ed., p. 14.

de trineo que prefiere Mac Millan. // El inconveniente grande que se presenta al aeroplano es la imposibilidad de aterrizar y la menor duración de los vuelos. // Desde que este inconveniente fue algo indiscutible, se habló de dirigibles⁹⁴.

Excepcionalmente, aparece alguna descripción un poco más técnica y detallada de algún objeto. Por ejemplo, con el propósito implícito de “tranquilizar” en relación con la posibilidad de que la expedición de Amundsen se hubiera extraviado, en el viaje de 1925, una de las notas destina varios párrafos a explicar el funcionamiento de la brújula solar con que contaba el explorador, objeto que relativizaba la hipótesis de que se hubiera extraviado. Unos segmentos de esa descripción:

- (v) *Los temores [de que la expedición se haya extraviado] tienen, por cierto, sus fundamentos. [...] // Único guía del navegante en esas regiones es la brújula, pero en esas latitudes la acción magnética sobre la brújula se hace progresivamente menor y de aquí que cada vez sea menor el índice de referencia de tan precioso instrumento. Llega un momento en que la aguja comienza a girar y la brújula se hace completamente inservible. // No es el caso –dice el capitán Haakon Hammer, de quien tomamos los datos– pensar tampoco en una brújula giroscópica porque la fuerza directriz del aparato, variable según los grados de latitud, se hace nula al llegar a 90°. // El sol era [...] un óptimo sustituto de los medios ordinarios de orientación. Pero también aquí había un inconveniente: el de la rotación de la tierra. El sol no mantiene un azimut constante sino que se mueve alrededor del horizonte una vez cada veinticuatro horas, haciendo su dirección una función del tiempo aparentemente local. // Durante el estudio [...] se presentó como una solución posible la idea de un cuadrante solar con un movimiento de relojería anexo. Sobre la base de esta idea, el capitán Boykow⁹⁵, de Berlín, les construyó un modelo de brújula solar [...] // La construcción y el funcionamiento de la brújula solar son en extremo simples, como puede desprenderse del esquema que reproducimos. [...]*⁹⁶

Esta extensa cita permite observar varios rasgos propios de lo que para el diario sería el género divulgativo pero que aquí aparece reducido a la escala de un fragmento de nota con finalidad informativa: un problema, su descripción, una fuente experta externa al diario, una descripción del proceso de armado del objeto –que supone la invención–, y la remisión a un gráfico que muestra el objeto y las partes que lo componen con algunas referencias, las necesarias para comprender su composición, aun cuando no ilustra con gráfica su funcionamiento. Aunque no se explicita la finalidad de este fragmento divulgativo en la economía funcional de la nota, resulta claro que, implícitamente, apuesta a presentar la tecnología de que disponía la expedición y que le debería permitir cumplir su misión y regresar sana y salva, y ninguna más apropiada que una brújula específicamente diseñada para las condiciones del territorio a explorar.

Pero la finalidad expositiva alcanza sólo al producto de la técnica, es decir, a la brújula. No hay explicaciones conceptuales más complejas. Por ejemplo, no se define el término “azimut”, hecho

⁹⁴ Op. cit. 12/10/25, 4ª ed., p. 6.

⁹⁵ Se refiere al ingeniero y capitán Johann Maria Boykow (1879-1935), que nació en Austria y se destacó como militar durante la Primera Guerra Mundial. En 1923, tal como refiere el texto del diario, inventó la brújula solar. Posteriormente, en 1931, desarrolló y vendió a Siemens la patente del primer sistema de piloto automático. (Fuentes: Museo de la Técnica de Viena, en http://www.austria-lexikon.at/af/AEIOU/Boykow%2C_Johann_Maria – Consultada: 21/2/2013–; y un folleto de Siemens: *Milestones. 100 years of powered flight. 100 years of innovation by Siemens*. Erlangen, 2003, disponible en <http://www.dgflr-muenchen.de/100-years-of-powered-flight-with-siemens.pdf> – Consultada: 21/2/2013–).

⁹⁶ Op. cit. 28/5/25, 4ª ed., p. 6.

que, aunque no permitiría a un lego comprender en qué consiste el problema ni cómo funciona el aparato, sin embargo, no parece obstaculizar la mínima comprensión de que la brújula solar es un instrumento adecuado para esa exploración y que resuelve un problema práctico.

El carácter excepcional de este segmento divulgativo pone de relieve el hecho de que habitualmente no hay explicaciones detalladas de cuestiones técnicas. Y cabe señalar que en el marco de esta temática son escasas las explicaciones cuando se trata de cuestiones teóricas, aun cuando hubiera referencias explícitas a problemas concretos. Así, por ejemplo, en una nota de 1926⁹⁷, en un segmento en el que realiza una reseña de la vida de Amundsen, se lee:

- (vi) *Fue en ese viaje [iniciado en 1903] que resolvió el problema del polo magnético, uno de los secretos que él se había propuesto arrebatarse a la esfinge de hielo.*

No hay en el texto definición conceptual alguna de *polo magnético* ni de su diferencia con el concepto de polo geográfico. No parece que el diario pudiera considerar que sus lectores tuvieran conocimientos acerca de temas como ese, ni que pudiesen recordar una nota de divulgación específica publicada dos años antes, el 30 de junio de 1924, titulada *Los polos viajeros*. La prensa diaria no da por sentada información que vaya más allá de la inmediatez de unos días –cuya evaluación varía según la resonancia pública– y, mucho menos, conocimiento de tipo técnico o científico. En esa nota de divulgación, importante en su dimensión gráfica, se explicaban conceptos centrales: los cinco movimientos de la Tierra –traslación, rotación, precesión, nutación y *movimiento polar*⁹⁸–, y la diferencia entre polo geográfico y polo magnético. Recurre a algunas estrategias explicativas, y elide la terminología precisa, es decir, describe los movimientos pero excepto los que consideraba seguramente conocidos por los lectores –los de traslación y rotación–, no da los nombres *precesión* y *nutación*, ya existentes en la época. La metáfora que expresa el título –*polos viajeros*– para indicar el hecho de que los polos magnéticos cambian de lugar, vuelve a aparecer en el texto. La distribución de los contenidos, por otra parte, es típica de los textos pedagógicos, es decir, comienza por lo que supone conocido por el destinatario y avanza según mayor grado de complejidad. Presenta dos esquemas que dan cuenta del movimiento polar, y de la oposición diametral entre el océano Ártico y el continente antártico, y un mapa. Se trata de una nota no firmada: es que lo divulgado es conocimiento ya aceptado en el campo, de modo que no requiere una firma que sustente ningún punto de vista, y el diario aparece así –aunque sin las marcas deícticas que caracterizan su discurso– como responsable de lo enunciado. Pese al esfuerzo explicativo, el texto resulta algo oscuro para un lego en el tema en lo que respecta al conocimiento menos difundido, es decir, el referido a los movimientos de precesión, nutación y al bamboleo de Chandler, así como a la diferencia entre polo geográfico y polo magnético. Pero la divulgación de ese conocimiento no es extemporánea ni infundada: el texto fue publicado el mismo día en que aparecía otro que ya hemos visto, aquel en el que se afirmaba que Amundsen veía peligrar el viaje con Locatelli. Aunque no aparecen contiguos ni en páginas sucesivas –este último aparece en la quinta página y el de divulgación en la decimocuarta–, resulta evidente la intencionalidad de complementar con conocimiento científico ya aceptado la información del día sobre el viaje de exploración que eventualmente realizaría quien había “resuelto el problema del polo magnético”.

Si se considera la cantidad de notas sobre las exploraciones al polo, en general, y las relativas a los viajes y tentativas de Amundsen, en particular, resulta claro el carácter excepcional de esta

⁹⁷ Se refiere al de 1903-1906. Op. Cit. 14/5/26, 4ª ed., p. 11.

⁹⁸ Lo que en el diario se denomina “movimiento polar” se correspondería con lo que se conoce como “bamboleo de Chandler” en honor a su descubridor, el norteamericano Seth Carlo Chandler (1846-1913), que lo describió en 1884/85 (Fuente: Enciclopedia Británica –www.britannica.com Consultada: 21/2/2013).

nota de divulgación así como el del fragmento con carácter divulgativo que vimos en la nota de mayo de 1925 relativa a la por entonces extraviada expedición del explorador noruego. Habitualmente, el conocimiento de carácter científico desarrollado o a desarrollar por parte de las expediciones era apenas aludido como tal, pero nunca tematizado: no se detallaba el contenido específico ni, mucho menos, se lo explicaba; por ejemplo:

- (vii) [...] *a juzgar por los mensajes ya recibidos, la expedición ha obtenido **resultados científicos** que superan en importancia a todas las demás exploraciones en las regiones árticas*⁹⁹ [sic].

Tras este enunciado, no se informa cuál es el tipo de conocimiento que obtuvo; no se orienta acerca de si se trataba de conocimiento de carácter meteorológico, oceanográfico o biológico, ni se explica en qué radicaría la importancia. O bien, aparece una información muy menor y no desarrollada, como se puede ver en alguna de las frases del fragmento (x) del párrafo anterior. Incluso en las oportunidades en que el diario reseña las expediciones anteriores de Amundsen, por ejemplo, la que lo había llevado hasta el Polo Sur, no brinda ningún dato acerca de los conocimientos construidos a partir del procesamiento de los datos obtenidos en la expedición, que ya habían sido dados a conocer públicamente por otras vías. En efecto, el segundo volumen del libro de Amundsen ya referido¹⁰⁰ que da cuenta de la experiencia, editado en 1913, contiene una serie de cinco apéndices, cuatro de ellos con resultados de observaciones y mediciones realizadas durante la expedición, analizados y sistematizados por expertos acerca de meteorología, geología, astronomía y oceanografía, con abundancia de tablas y cuadros¹⁰¹. Nada hay, diez o más años después, de estos datos en las páginas del diario que, como se vio, focaliza en cambio, los aspectos heroicos de los protagonistas o las dificultades de distinto tipo. En suma, no se trata de una excepción a la constante que observamos en el diario: una muy reducida atención al conocimiento científico en los aspectos más sistemáticos, abstractos y teóricos, sobre todo pero no exclusivamente, en el campo de la exploración.

Como se desprende de la descripción de coberturas y notas realizada en el primer párrafo de este capítulo, son pocas las notas sobre exploraciones realizadas en territorios de existencia conocida, sean de África, Borneo o América Latina. Se trata de textos raros en general, y más raros aun, si se compara su cantidad con la de los textos dedicados a las expediciones polares, considerados todos bajo la categoría “exploración”. Entre los probables factores que expliquen esa diferencia, tal vez el más importante sea el hecho de que las exploraciones realizadas en territorios de existencia conocida eran habitualmente emprendimientos que carecían de la espectacularidad tecnológica que tenían, en cambio, los viajes a los polos. Entre los demás motivos de la diferencia cuantitativa, podrían considerarse el hecho de que las expediciones por estos territorios ya no agregarían superficies a las tierras conocidas ni tampoco pondrían en juego cuestiones de soberanía.

En estas notas es ostensible, también en comparación y como anticipamos, el menor aporte de la gráfica y mayor, en cambio, la descripción en los textos, sobre todo, de grupos humanos. Pero la

⁹⁹ Op. cit. 20/6/25, 4ª ed., portada.

¹⁰⁰ *The South Pole. An account of the Norwegian antarctic expedition in the “Fram” 1910-1912.*

¹⁰¹ El “Appendix I” está dedicado a la caracterización del barco, el “Fram”; el II se titula “Remarks on the meteorology observations at Framheim”, y está firmado por el meteorólogo noruego B. J. Birkeland; el III, “Geology”, es el estudio sobre datos recogidos por la expedición, a cargo de J. Schetelig, que se presenta como secretario del Mineralogical Institute of Christiania University; el “Appendix IV”, “The astronomical observations at the Pole”, fue realizado por el profesor Hans Geelmuyden, astrónomo noruego (1844-1920), sobre información recogida por la expedición, y el V, “Oceanography”, realizado por los profesores Björn Helland-Hansen y Fridtjof Nansen (Op. cit., p. 356 y ss.).

mayor parte de tales descripciones son realizadas con criterios más ligados al carácter aventurero de las expediciones que a criterio etnológico alguno. En algunos casos, el enunciador introduce categorías extrañas –aun para la época– en la descripción, a veces con la evidente intención de establecer paralelismos con su presente o sugerir posiciones críticas a través de la alusión, más allá de que algunos de los datos informados puntualmente permitan algún acercamiento por parte de legos a un objeto claramente idealizado:

- (viii) [...] *las tribus en cuestión son de pura raza, pues no existe entre ellas el menor intercambio con los mortales que han poblado y pueblan el resto del mundo. // El sistema de gobierno de los indios del interior de la citada región panameña [San Blas] es eminentemente socialista o igualitario. Allí se desconoce el dinero y sus complicados problemas de orden no sólo material sino moral... Las armas [...], todo lo necesario a la vida se adquiere mediante intercambios equitativos. Las construcciones de casas [...] se realizan mediante la ayuda común y la propiedad es de todos, sin que nadie tenga derecho ni se le permita poseer más de lo que necesita para su existencia pacífica y confortable, dadas las condiciones del país, la frugalidad de las costumbres y el intuitivo espíritu cristiano que, puede decirse, inspira la moral de aquellas tribus tenidas por salvajes*¹⁰².

En la misma nota de donde procede el ejemplo anterior, se expone la hipótesis acerca del origen asiático del hombre americano, atribuida a un *hombre de ciencia japonés* cuyo nombre se omite¹⁰³:

- (ix) *Antes de continuar, débese recordar que la mayor parte de los que han estudiado y estudian los orígenes de las razas de América siempre se inclina a la creencia de que los primeros pobladores debieron proceder del Asia central y nórdica, y ser, en consecuencia, chinos, malayos o japoneses. // A este respecto merece recordarse la terminante declaración de un hombre de ciencia japonés que [...] dijo al visitar los monumentos de la remota civilización de Anahuac, que ellos tenían su origen legítimo y claro en las mitologías asiáticas y en la civilización japonesa en particular. // Puede decirse, asimismo, que las declaraciones del hombre de ciencia nipón no fueron nunca discutidas de manera rotunda, prevaleciendo, por tanto, la creencia de que los orígenes de los primeros pobladores del continente americano son asiáticos.*

Como se puede observar, también se evidencia el modo de proceder del campo científico frente a las propuestas de conceptualización: si una hipótesis no es rebatida, prevalece. Pero cabe destacar que ese modo de proceder no es tematizado como tal, es decir, no es presentado precisamente como modo de sanción del conocimiento. La insistencia en la falta de argumentos suficientes para discutir tal hipótesis probablemente se deba a la controversia con Florentino Ameghino o a la siempre tentadora hipótesis fantástica sobre el origen atlante de al menos algunas poblaciones americanas, temas sobre los que volveremos¹⁰⁴.

¹⁰² Op. cit. 25/7/23, 4ª ed., p. 6.

¹⁰³ Habitualmente se reconoce al jesuita José de Acosta el haber propuesto la primera hipótesis del origen asiático de la población americana, en 1590, en su obra *Historia natural y moral de las Indias*. En 1856, en *Archaeology of the United States*, Samuel Foster Haven propuso la misma teoría. Más tarde, en 1937, Alex Hrdlicka retomó tales ideas y planteo que el ingreso había sido a través del estrecho de Behring. La hipótesis en general, como se puede ver, ya circulaba. No resulta posible identificar al científico japonés que según «La Razón» habría planteado la hipótesis.

¹⁰⁴ Ver Capítulo 2, § 2.2.1. Excursus: en torno a la figura de Ameghino. Para la cuestión de la Atlántida, ver Capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido, y antes, Capítulo 2, § 2.4. El conocimiento, in fine; Capítulo 3, § 3.2. Astrónomos, vulcanólogos y sismólogos, in fine.

Por último, cabe señalar otro efecto no buscado en relación con el conocimiento: la abundancia de la información de datos históricos. En las notas relativas a la exploración polar especialmente, pero también en las demás, es habitual encontrar segmentos que constituyen reseñas de expediciones pasadas o, al menos, datos puntuales de viajes pasados no sistematizados. Aun cuando se trate de información cuya fuente pueda ser una agencia de noticias y que, por tanto, no esté verificada documentalmente, con ella el diario hilvana a lo largo del período un relato de las expediciones previas. Se trata de un efecto no buscado en la medida en que las prácticas discursivas de los diarios en general no pretenden tener carácter historiográfico; en el caso de «La Razón», sólo se presentan reseñas o la información puntual como antecedentes que permiten encuadrar la información nueva que se ofrece o bien, como ocurre en alguno de los textos vistos, mantener un tema vigente en la agenda. En algunos casos, como vimos, el trabajo estilístico –la selección del léxico y de algunos recursos retóricos– le brinda una tonalidad literaria que parece un recurso para atraer o mantener la atención del lector.

En síntesis, se puede señalar que las representaciones relativas a los actores involucrados –los exploradores–, la actividad misma y el conocimiento relativo a ella presentan un conjunto de rasgos articulados en torno de uno central: la *heroicidad*. Los exploradores, cifrados en las figuras de Shackleton y, especialmente, en la de Amundsen, son presentados con *algunas* características del héroe romántico: desprovistos de intereses materiales personales, es decir, por fuera de su interés en conseguir fondos para financiar los viajes, se dedican altruista y generosamente a develar espacios que otros podrán aprovechar, ya sea poniendo en marcha empresas económicas –pero que suponen, en el esquema liberal, beneficios para la humanidad, por ejemplo, una nueva ruta para el transporte de hombres y mercaderías–, ya sea permitiendo a sus países de origen ampliar territorios y soberanía; en cualquier caso, los exploradores son presentados como proveedores del “bien común”. También en esa línea algunas características asignadas los delinear como “temerarios”, esto es, con la actitud de quien ignora la posibilidad de una muerte derivada de sus acciones. Sin embargo, los diferencia del carácter “aventurero” propio, si se quiere, del héroe romántico de la literatura, y los clasifica explícitamente como “científicos”, en un doble sentido: porque forman parte de un sistema de aprehensión conceptual y material del mundo, y por el método para llevar adelante la empresa exploratoria. La particular atención a Shackleton y Amundsen no se debería sólo a la importancia específica de sus exploraciones sino también –especialmente en el caso de Amundsen– a los vínculos con nuestro país, y en tal sentido, se cumple uno de los principios básicos del hacer periodístico: importa más cuanto más cercano sea el tema o los actores involucrados al lugar en que se enuncia (Cf. Fontcuberta et al., 2006: 71-77).

Estos rasgos se articulan con la principal característica de la empresa exploratoria: es una acción compleja cuya finalidad es expandir la *civilización* entendida, claro está, desde una perspectiva etnocéntrica europea, y que incluye el derecho al ejercicio de la soberanía por parte de los estados occidentales sobre los territorios apropiados en los que los seres humanos que lo habitan desde antes del “descubrimiento” aparecen como parte de un mismo inventario, junto con los recursos naturales, la fauna y la flora. Incluso la actitud de resistencia es definida como un acto irracional y “salvaje”. Esta empresa civilizatoria conlleva en alguna medida otro rasgo: se trata también, más en general, de la expansión del dominio del hombre –entendido en el marco recién descrito– sobre la naturaleza, y como resultado de una “lucha” *contra* ella. Y no se observa que estos rasgos entren ni siquiera en tensión con otras eventuales perspectivas.

Pese al carácter científico atribuido a los exploradores, no abundan los enunciados “de saber”, esto es, en la mayor parte de los casos, los textos tienen carácter de “noticia” y a veces, incluso, se trata sólo de reseñas de viajes exploratorios muy anteriores a las fechas de las notas, que permiten mantener el tema en la agenda y que aportan información histórica. La mayor parte de los datos científicos se desprende, en realidad, de un número importante de paratextos gráficos – mapas, fotografías, dibujos pretendidamente realistas, etc.–. Se trata de información geográfica y etnográfica que debe ser inferida por el lector pues no suele estar acompañada por ninguna conceptualización.

El carácter exótico de la geografía resultaba acentuado por la toponimia registrada en los mapas, por lo general directamente reproducida en inglés o francés, hecho que da cuenta tal vez de dificultades técnicas para adaptar las fuentes al lenguaje local. También se observan variantes en castellano de las denominaciones pero como calcos de lenguas extranjeras o como evidentes traducciones de poca calidad que podían evocar el lenguaje de novelas de aventuras. En cualquier caso, ese lenguaje podía producir cierto *efecto de saber* buscado por el enunciador que se presenta como conocedor de una geografía y que no parece considerar necesario facilitar al lector las coordenadas que le permitieran ubicar un espacio en relación con otros conocidos: nunca hay información, por ejemplo, relativa a la distancia de un lugar nuevo respecto de otros probablemente más conocidos. De esa manera, por otra parte, discursivamente se está indicando qué es lo que el lector *debería* saber.

Pasaremos a revisar ahora las prácticas discursivas relativas a otra área disciplinar en parte vinculada con la de las exploraciones: la arqueología y lo que hoy denominaríamos paleoantropología.

CAPÍTULO 2

LOS RASTROS DEL PASADO REMOTO: ARQUEOLOGÍA, PALEONTOLOGÍA Y PALEOANTROPOLOGÍA

2.1. Las coberturas

Los temas relativos a la arqueología, paleontología y antropología tuvieron una relativa importancia en las páginas de «La Razón», sobre todo, hasta 1925, período en el cual el diario cubrió una amplia diversidad de hallazgos y algunos debates, probablemente motivado no por la eventual mayor o menor actividad desarrolladas por las disciplinas sino por la espectacularidad de algunos eventos que mantuvo la atención puesta en estas actividades, en particular, el descubrimiento de la tumba de Tutankamón a fines de 1922 y los trabajos posteriores más importantes en torno a ella, que se prolongaron precisamente hasta 1925. En el plano nacional, también, el período que estudiamos coincide parcialmente, como veremos más abajo, con uno de los tres momentos álgidos del debate en torno a la figura de Florentino Ameghino, según los define Podgorny (1997: 38), que abarca el lapso que va de 1911 a 1924. Para nuestro análisis, seguimos el criterio general expuesto en la introducción y otros dos, particulares para dar cuenta de los notas y coberturas más habituales en el diario: los temas referidos a estas disciplinas en el nivel nacional y regional, y en el plano internacional; en cada uno de esos planos, a su vez, consideraremos una temática central, relevante para las disciplinas, y un conjunto de notas sobre temas menores.

En relación con el espacio nacional y regional, nuestro período de estudio se inicia con las últimas reverberaciones en la prensa diaria de una polémica iniciada unos años antes: la entablada entre el “ameghinismo” y el “antiameghinismo”, uno de los temas centrales. Si bien el trabajo de Ameghino se desarrolló con anterioridad a la etapa que estudiamos, la representación particular del sabio que se despliega en los textos en el período comprendido entre 1911 –año de su muerte– y 1930, resulta reveladora de rasgos generales de la representación social del científico cultor de estas disciplinas. «La Razón» publicó notas relativas a “Ameghino filósofo”, y luego dos artículos titulados precisamente “Ameghinismo y Ameghinofobia”, uno de ellos firmado por un pseudónimo, Juan Gualberto Pelliza¹⁰⁵, y otro, en respuesta polémica, firmado por alguien que se presenta como “Dr. S. Martínez Arranz”¹⁰⁶. Ambos artículos fueron publicados en dos partes, en ediciones sucesivas. Según denuncia este último, el firmante del primero de los artículos, Pelliza, sería en realidad Alfredo Torcelli, editor de las obras y correspondencia de Ameghino, entre otras actividades¹⁰⁷. También tendremos en cuenta, en relación con este tema, otras dos notas conmemorativas del fallecimiento de Ameghino, en la

¹⁰⁵ 11/12/17, 4ª ed., p. 5 y 12/12/17, 4ª ed., p. 5.

¹⁰⁶ 27/12/17, 4ª ed., p. 4 y 28/12/17, 4ª ed., p. 5.

¹⁰⁷ En 1912, por iniciativa de Carlos y Juan Ameghino, los hermanos de Florentino, el gobierno de la provincia de Buenos Aires ordenó la publicación de toda su obra y correspondencia científicas y contrató para la dirección del trabajo –era condición impuesta por los hermanos– a Alfredo Torcelli. El primer tomo apareció en 1913 y se publicó regularmente según lo planeado hasta el tomo XII, cuando se interrumpió en 1921; fue retomada luego, en 1932, año en que aparecería el tomo XIII. El último volumen se publicó en 1936. Torcelli fue, además, el director del diario “El Pueblo” y tuvo, por ejemplo, la iniciativa de organizar el funeral cívico al que concurrieron personalidades, funcionarios, docentes y estudiantes tanto secundarios como universitarios (Podgorny, 1997: 46 y 49).

segunda de las cuales, publicada en tapa, el diario le cede la palabra a Torcelli¹⁰⁸ –que, ahora sí, firma con su nombre–; y una tercera relativa a un homenaje escolar¹⁰⁹.

Hay una segunda polémica breve, muy interesante, que se inicia con un suelto titulado “Ciencia americana”¹¹⁰ originado en la noticia de que el Museo de Historia Natural de Nueva York había anunciado el envío de cinco expediciones a distintos países sudamericanos, entre ellos Argentina, para realizar estudios y recolectar materiales paleo y antropológicos, y etnográficos, que mereció una respuesta de Clemente Onelli¹¹¹ –en la época, director del Zoológico de Buenos Aires¹¹²– y, por último, una tercera –otro suelto del diario–, titulado “Ciencia americana y pobreza argentina”¹¹³. En relación temática con esta segunda polémica, aunque no participan de ella, incluiremos otros tres sueltos: “Alojamiento de las instituciones científicas”¹¹⁴ y “Nuestra indigencia científica”¹¹⁵ –ambas relacionadas con la falta de presupuesto para el desarrollo de museos y facultades–, y “Riquezas prehistóricas”¹¹⁶ –relativa a la ley para la protección de yacimientos arqueológicos y paleontológicos”.

También en cuanto al plano nacional, consideraremos varias notas relativas a hallazgos de fósiles de fauna, tres de ellos en la provincia de Buenos Aires, dos de 1918 –“En las barrancas de Miramar – Descubrimiento arqueológico”¹¹⁷ y “Descubrimientos paleontológicos – Hallazgo en Mercedes de los restos de un megaterio”¹¹⁸, y un cable de 1925 sobre los restos de un perezoso gigante encontrados en Chascomús¹¹⁹; otras tres, dedicadas a hallazgos en Santa Fe, un suelto y una noticia relativa a uno realizado en la localidad de Las Rosas –“Fósiles de moda” y “Los restos fósiles hallados en Santa Fe”¹²⁰–, y un breve sobre unos huesos encontrados en Rosario¹²¹, todos de 1922; una quinta nota corresponde al descubrimiento de huesos de dinosaurio ocurrido en Neuquén por una expedición del Museo de La Plata, del mismo año¹²². Sobre restos humanos momificados, consideramos una nota de 1924 sobre una momia encontrada en Jujuy y otra nota relativa a una exhibición realizada por la Liga Patriótica, de 1923¹²³, en época de auge del tema en la prensa debido al descubrimiento del sepulcro de Tutankamón. También de 1923 es un suelto titulado “La hipótesis científica”¹²⁴, en el que, a raíz del descubrimiento de un cráneo

¹⁰⁸ “Florentino Ameghino – 10° aniversario de su fallecimiento” (5/8/21, 4ª ed., p. 4) y “Florentino Ameghino – Aniversario de su desaparición – Los últimos momentos del sabio” (5/8/26, 4ª ed., portada).

¹⁰⁹ “Tributóse hoy un homenaje a Ameghino – Un busto conmemorativo del sabio fue descubierto en la escuela de su nombre”, 5/4/23, 4ª ed., portada.

¹¹⁰ 14/2/22, 4ª ed., portada.

¹¹¹ “Estudiosos norteamericanos en la Argentina – Consideraciones del señor Clemente Onelli”, 15/2/22, 4ª ed., p. 5.

¹¹² Clemente Onelli fue director del Zoológico de Buenos Aires entre 1904 y el 20 de octubre de 1924, fecha de su muerte. (Fuente: Página del programa Ciencia Argentina en la Vidriera <http://www.cienciaenlavidriera.com.ar/2009/04/01/onelli-clemente-personaje-recordado-del-mes-abril-2009/> Consultada: 21/2/2013).

¹¹³ 16/2/22, 4ª ed., portada.

¹¹⁴ 5/8/21, 4ª ed., portada.

¹¹⁵ 8/3/22, 4ª ed., p. 3.

¹¹⁶ 9/1/22, 4ª ed., p. 3.

¹¹⁷ 25/2/18, 4ª ed., p. 2.

¹¹⁸ 20/7/18, 4ª ed., p. 2.

¹¹⁹ “Hallazgos de fósiles en Chascomús”, 30/1/25, 4ª ed., p. 3.

¹²⁰ 15/3/22, 4ª ed., p. 3 y 16/3/22, 4ª ed., p. 3, respectivamente.

¹²¹ “Hallazgo de restos fósiles en Rosario – Se encontró un esqueleto, al parecer de un animal de la categoría del gliptodonte – Los huesos pesan cerca de 630 kilos”, 24/4/22, 4ª ed., portada.

¹²² “Se han hallado huesos del mayor dinosaurios [sic] conocido”, 18/12/22, 4ª ed., p. 3.

¹²³ “Sobre los primeros pasos de la momia extraída de las Salinas Grandes de Jujuy – Una carta interesante”, (LR, 17/7/24, 4ª ed., p. 4) y “Exhibición de una momia a beneficio de las escuelas de obreras que sostiene la Liga Patriótica” (8/6/23, 4ª ed., p. 4), respectivamente.

¹²⁴ 2/3/23, 4ª ed., p. 3.

humano en Santa Cruz, se ataca cierta tendencia de algunos profesionales a opinar sin fundamento empírico. Por último, en relación con nuestro país, contamos con una nota sobre la visita del arqueólogo Arturo Posnansky¹²⁵. De la región sudamericana, disponemos de dos notas, una relativa al hallazgo de restos fósiles en Uruguay, y otra sobre un sepulcro indígena en Cochabamba, Bolivia¹²⁶.

En relación con el plano internacional, consideraremos centralmente la cobertura relativa al hallazgo de la tumba de Tutankamón, entre fines de 1922 y de 1925. Se trata de ocho notas de distinta importancia gráfica¹²⁷. En cuanto a las notas relativas a otros temas, revisaremos una nota de 1917 sobre los restos de un oso “antediluviano”¹²⁸; una necrológica del arqueólogo español Guillermo de Osma y Scull, de 1922¹²⁹; seis de 1923, cuatro de ellas sobre “descubrimientos” arqueológicos en Palestina, Caldea, Etiopía y España, una sobre la reanudación de los trabajos en Yucatán por parte de una expedición norteamericana, interrumpidos por los problemas políticos entre México y Estados Unidos; y la sexta, sobre las estatuas gigantescas de la isla de Pascua¹³⁰; otras cuatro notas son de 1925: sobre los hallazgos de la tumba de otro faraón, de un templo de Apolo en la actual Libia, de restos de fauna en Italia y sobre el hallazgo de 1891 del cráneo del por entonces denominado “pithecanthropus erectus”¹³¹.

Estos textos son producto de prácticas discursivas con diversa funcionalidad. En el caso de aquellos relativos a nuestro país es notoria la abundancia de notas de tipo directivo: sucesiones de notas que constituyen polémicas, sueltos e, incluso, segmentos comentativos en noticias. Tal predominio de notas de función directiva se debería, en parte, al hecho de que, en algunos casos, dan cuenta de la continuidad de debates anteriores, en notas firmadas que expresan posiciones distintas sobre el valor de la figura y el trabajo de Ameghino, pero el otorgamiento de la palabra por parte del diario a una voz del “ameghinismo” más las notas en las que se conmemora su fallecimiento o se informa sobre homenajes realizados por otros evidencian la posición de «La Razón» en relación con tales debates. Cabe anticipar que, según veremos, en este punto se diferencia de la posición de la Liga Patriótica que, al inicio del período, rechazaba al ameghinismo y, en parte, también a Ameghino. En relación con otras cuestiones, veremos

¹²⁵ 26/5/22, 4ª ed., p. 4 y “Se encuentra en ésta el arqueólogo boliviano Arturo Posnansky – Posiblemente dará algunas conferencias sobre sus últimos descubrimientos”, 2/12/1925, 4ª ed., portada.

¹²⁶ “Los restos fosilizados de Montevideo” (26/1/23, 4ª ed., p. 5) y “Un descubrimiento arqueológico trascendental – Revelaciones de un sepulcro indígena, de la vecindad de Cochabamba” (21/6/26, 4ª ed., p. 3).

¹²⁷ “Las conservas del faraón”, sección “Actualidades” (20/1/23, 4ª ed., p. 5), “Otra vista de la tumba del faraón Tutankamón” (25/1/23, 4ª ed., p. 8), “El guante del farón” (20/3/23, 4ª ed., p. 4), “La puerta a través de la cual se turbó la paz secular de la tumba del farón” (6/4/23, 4ª ed., p. 5), “Maldiciones de ultratumba” (25/6/23, 4ª ed., p. 4), “A medida que continúan los trabajos de los exploradores, son más grandes las riquezas halladas en la tumba de Tutankhamen” (16/11/25, 4ª ed., p. 6), “Una visita a la tumba de Tutankhamon” (5/9/25, 4ª ed., portada) y “Alternativas a la apertura del sarcófago de Tutankhamen” (28/10/25, 4ª ed., p. 11).

¹²⁸ “Hallazgo de restos de un gigantesco oso antediluviano”, sección “Descubrimientos Científicos”, 10/11/17, 4ª ed., p. 4.

¹²⁹ “Arqueólogo español fallecido”, 8/2/22, 4ª ed., p. 4.

¹³⁰ “Una era de actividad para los arqueólogos mundiales” (23/1/23, 4ª ed., p. 4), “Otro descubrimiento arqueológico en Caldea” (23/2/23, 4ª ed., p. 4), “Revelaciones de la Etiopía olvidada – Tesoros y tragedias que descubren las tumbas recientemente halladas” (13/3/23, 4ª ed., p. 5), “Hallazgo de una población fenicia en España” (1/10/23, 4ª ed., p. 7), “Después de los descubrimientos de Luxor ¿aparecerán nuevos tesoros para la ciencia en las ruinas de México” (5/3/23, 4ª ed., p. 3) y “El secreto de la isla de Pascuas [sic]” (25/6/23, 4ª ed., p. 14).

¹³¹ “Alrededor del hallazgo de la tumba de Seneferu – Si se confirmara el descubrimiento tendría mucha mayor importancia que el de Tutankhamen” (10/3/25, 4ª ed., p. 2), “Un nuevo hallazgo, de incalculable valor arqueológico, da realce a las excavaciones que se realizan en Cirenaica” (15/10/25, 4ª ed., p. 7), “Restos de hienas y elefantes en las grutas de Postumia” (15/5/25, 4ª ed., p. 13) y “El hallazgo de un cráneo fósil pitecántropo renueva una interesante cuestión científica” (8/8/25, 4ª ed., p. 4).

también reclamamos al Estado por parte del diario en relación con el exiguo presupuesto destinado a museos –y más en general, a las universidades–, lo cual atentaba contra el desarrollo, en general, y de estas ramas del conocimiento, en particular; y el diario celebra también la entrada en vigor de la ley que protegía los yacimientos arqueológicos. Este fervor en la explicitación de puntos de vista sobre estas disciplinas contrasta con la funcionalidad predominantemente informativa que se observa en las coberturas y notas sobre hallazgos realizados tanto en la región –con excepción del texto sobre los objetos hallados en un sepulcro en Cochabamba– como en el resto del mundo, más allá de valoraciones positivas y marcas que evidencian y pretenden generar asombro. Algunos de los textos seleccionados recién enumerados corresponden a prácticas de carácter divulgativo, es decir, aquellas que no presentan noticias sino que pretenden transmitir datos, informaciones e incluso debates propios del ámbito de la ciencia. Se trata de los textos sobre la isla de Pascua, el asentamiento fenicio en España, el “*pithecanthropos erectus*” y el sepulcro cochabambino. Y también el texto que, si bien se origina en una noticia –el hallazgo de restos fósiles en Montevideo–, desarrolla explicaciones sobre la caracterización diferencial del milodonte, el megaterio y el gliptodonte.

Estas prácticas discursivas de carácter divulgativo, de frecuencia relativamente alta sobre cuestiones paleontológicas y arqueológicas, evidencian que el diario intentaba, además de producir los efectos específicos de la divulgación, mantener en agenda la temática, pues se realizaban sin que hubiera sucesos particulares que las motivasen, con excepción de la nota sobre los restos de Montevideo.

En general, en los textos relativos a temas vinculados con estas disciplinas, el diario no presenta las fuentes. En los textos informativos, cuando se indican el origen, suelen ser una o más de las agencias de noticias –Associated Press, United Press, Havas, EFE, entre las principales–. La única excepción es el texto que da cuenta del hallazgo de un fósil de oso “antediluviano”, en el que se atribuye la información a la revista «*La Science et la Vie*»¹³². La excepción amerita para el diario, evidentemente una explicación: el hallazgo se había producido –dice el diario– hacía unos años pero “no se hizo público en su oportunidad a causa del tamaño extraordinario del hueso petrificado” que llevó a los científicos “a practicar otras investigaciones detalladas en el asunto”. Aunque el acontecimiento era viejo, pues, recién se convertía en noticia. En los textos divulgativos tampoco abundan datos sobre las fuentes del diario. Como veremos, hay una nota firmada, otra con evidente fuente española sin especificar, y un único caso, el del “secreto” de la isla de Pascua, en el que se indica la fuente: una nota firmada por un “capitán Voitureux” publicada en la «*Revue Maritime*»¹³³; en las otras notas de carácter divulgativo no hay indicación alguna. En cuanto a los textos argumentativos, las fuentes de los firmantes son diversas y serán vistas oportunamente, cuando se trate de un dato significativo.

Si bien los temas cercanos geográfica y políticamente están ubicados, para el diario, dentro de su radio “natural” de acción directiva, el alto predominio de esta funcionalidad en las prácticas sobre el desarrollo en nuestro país de las disciplinas que nos ocupan se debería más al hecho de que la conformación del antagonismo entre ameghinistas y antiameghinistas tuvo lugar, precisamente, en la prensa masiva, en un proceso que excedió largamente los límites del campo

¹³² Así la denomina el diario. Se trataría de «*Science et Vie*», una revista de alta divulgación que comenzó a ser editada en 1913 (Fuente: <http://www.science-et-vie.com>).

¹³³ Probablemente se refiera a la revista que editaba –y edita– el Institut Français de la Mer. No hay registrada una revista editada en esa época con ese nombre en Gallica, el acceso en línea de la Bibliothèque Nationale de France; existe en cambio otra denominada «*Revue Maritime et Coloniale*» que, según ese archivo, se habría publicado hasta 1896.

disciplinar; y cabe señalar, en tal sentido, que la cuestión presupuestaria tematizada en la segunda polémica referida más arriba tampoco es del todo ajena a las posiciones de Ameghino.

Tal como señala Bonomo (2002: 2), a partir de la muerte de Florentino Ameghino, ocurrida en 1911, en paralelo con el debate académico acerca de la validez de sus hipótesis —en particular la del *hombre terciario americano*—, se desarrolló otro a través de los medios gráficos de comunicación masiva en el que la cuestión se vinculó con la construcción de la identidad nacional. El conjunto de posiciones favorables a las tesis de Ameghino, que construiría progresivamente una particular imagen de su figura, fue conocido como *ameghinismo* a partir de una nota del diario «La Nación». A grandes rasgos, a su muerte, su biografía fue “apropiada por distintos sectores, en especial por los socialistas y por el nacionalismo acuñado por Ricardo Rojas” (Podgorny, 1997: 38). En el período estudiado por nosotros, ese debate fue alimentado, según Podgorny, por una serie de actores ajenos al campo específico. Este período se corresponde parcialmente con el primero de los tres momentos de auge del ameghinismo definidos por Podgorny: entre 1911 y 1924, que “incluye las polémicas sobre la nacionalidad, los elogios de Ingenieros, Lugones, Rojas, el enfrentamiento entre sectores de los centros de estudiantes católicos y la Sociedad Luz, y el debate sobre los restos de la costa atlántica bonaerense que resultaron de las investigaciones” de Carlos Ameghino, hermano de Florentino. Los otros momentos caen fuera del período que nosotros estudiamos: el segundo se ubica en el 15° aniversario del fallecimiento, en 1936, “con un nuevo enfrentamiento entre católicos y socialistas”, y el tercero, a partir de 1940 y que culminaría en 1954 con el Congreso Mundial Ameghiniano realizado en celebración del centenario del nacimiento.

Esta extensa polémica generó, en suma, el cierre del campo de las ciencias naturales en general, en nuestro país, en torno a la defensa o el ataque al ameghinismo, “mientras la paleontología europea y norteamericana seguía por otros caminos como por ejemplo, las nuevas ideas acerca de los mecanismos de la evolución” (Podgorny, 1997: 56). Tal intensidad produjo un fuerte sesgo hacia un conjunto de rasgos particulares en la representación de la figura del investigador en estas disciplinas, en aspectos de la disciplina misma y afectó el conocimiento específico involucrado en las prácticas discursivas.

2.2. Científicos y excavadores: exploraciones en otras dimensiones

No se observan, en general, en los textos relativos a la paleontología y la arqueología, rasgos marcados de los agentes, con excepción de la figura de Ameghino, presente incluso tras su muerte: no son presentados como héroes, ni como partícipes de luchas académicas ni de intereses de estados nacionales. Pero al igual que en el caso de los exploradores polares, algunas veces, arqueólogos o paleontólogos aparecen como damnificados por problemas entre estados, que los exceden. No son los agentes de las investigaciones sino los objetos hallados los que en general son iluminados por las prácticas discursivas pero aun así es posible observar algunos rasgos.

Los textos relativos al hallazgo y estudio de la tumba de Tutankamón nombran a Lord Carnarvon y a Howard Carter como directores de la exploración, y en particular al segundo como cabeza de la dirección técnica. Pero no hay casi información sobre ellos mismos, ni le son atribuidos caracteres particulares que hagan de ellos figuras singulares. Tampoco hay atribuciones de genialidad o relativas —más llanamente—, al talento, como podremos encontrar en relación con Ameghino. En algunos casos, el reconocimiento de la actividad es asignado a un nombre con pertenencia institucional. Así, el geólogo Erwin H. Barbour, de la Universidad de Nebraska, es reconocido por el descubrimiento de los restos de un “gigantesco oso antediluviano” en un

condado del mismo estado¹³⁴ y un arqueólogo, Allen Rowe, de la Universidad de Harvard, según informa, habría hallado la tumba de Seneferu¹³⁵. En otros casos, se indica sólo la institución: “arqueólogos norteamericanos de la Universidad de Harvard” realizaron excavaciones en Etiopía¹³⁶ y “exploradores enviados por la Universidad de Filadelfia” hallaron un antiguo templo caldeo¹³⁷. En otras oportunidades, ni siquiera hay referencia institucional. Así, “una comisión de arqueólogos y geógrafos alemanes” es la responsable del hallazgo de una población fenicia cerca de Sanlúcar de Barrameda¹³⁸. Y en un extremo, el agente de las acciones está completamente elidido en el encabezado de la crónica y tampoco es mencionado luego, a través del recurso de la voz pasiva con elisión del agente: “Ha sido hallada en la antigua ciudad de Cirene un templo de incalculable valor arqueológico”¹³⁹.

Hay casos en los que los hallazgos se produjeron accidentalmente, durante algún tipo de obra; una vez denunciados, se hacen cargo instituciones a través de “personal técnico especializado”, del cual pocas veces se da el nombre –como ocurre, en otro texto con un “preparador” del Museo de Historia Natural, en Montevideo, de quien se da sólo el apellido–¹⁴⁰. Una nota de 1922 refiere la muerte de un arqueólogo español, Guillermo de Osma y Scull¹⁴¹, quien era considerado, según el diario, “como la primera autoridad de España” en la disciplina. Pero, si bien, hacia el final del texto informa que la había abandonado para dedicarse a la arqueología, se prioriza la información sobre su carrera política y diplomática.

Excepto en el caso de Ameghino, no hay referencias tampoco a la participación de los agentes en cuestiones relativas a la financiación de las investigaciones. Al igual que en el caso de los exploradores, no hay información que los vincule con ese tipo de problemática. Tampoco se muestra que hubiera entre ellos ningún tipo de competencia. Incluso en una nota de enero de 1923, en pleno auge en la prensa de la información sobre los avatares del descubrimiento de la tumba de Tutankamón, el diario publica una nota relativa a la cooperación internacional, pero lo hace sin ninguna especificidad. Se trata de un texto en el cual, por otra parte, pone de relevancia el valor de todas las investigaciones arqueológicas, más allá de la de Lord Carnarvon y Howard Carter, que por entonces acaparaba la atención mundial:

- (i) *Aunque la importancia del descubrimiento arqueológico de Egipto haya monopolizado la atención de los afectos a las cosas antiguas y de los estudiosos de las civilizaciones pasadas, no por eso dejan de tener importancia los trabajos que, en igual sentido y con los mismos propósitos de Lord Carnarvon y Mr. Carter, practican en Palestina otros exploradores. // Como en el caso de Egipto, dirigieron hasta ahora los trabajos investigadores británicos, pero han creído oportuno –y su invitación es por eso más respetable– llamar a los arqueólogos de todos los países que tienen vinculaciones con Palestina para que, en conjunto pueda reconstruirse el gran tesoro histórico que se oculta a los ojos del mundo*¹⁴².

¹³⁴ Op. cit., 10/11/17, 4ª ed., p. 4.

¹³⁵ Op. cit., 10/3/25, 4ª ed., p. 2.

¹³⁶ Op. cit., 13/3/23, 4ª ed., p. 5.

¹³⁷ Op. Cit., 23/2/23, 4ª ed., p. 4.

¹³⁸ Op. cit., 1/10/23, 4ª ed., p. 7.

¹³⁹ Op. cit., 15/10/25, 4ª ed., p. 7.

¹⁴⁰ Op. cit., 15/5/25, 4ª ed., p. 13 y 26/1/23, 4ª ed., p. 5. respectivamente.

¹⁴¹ Op. cit., 8/2/22, 4ª ed., p. 4.

¹⁴² Op. cit., 23/1/23, 4ª ed., p. 4.

No hay más información en el texto sobre la convocatoria, ni sobre los agentes o instituciones involucradas. Las fotografías que acompañan el texto –seis– muestran diversas ruinas y monumentos ubicados en Palestina.

En suma, el diario parece replicar en sus prácticas discursivas sobre estas disciplinas, en otra escala y a través de los procedimientos descriptos, una característica que se manifiesta en el nivel lingüístico formal de las prácticas del campo científico: la tendencia a la elisión de los agentes y la focalización del objeto de estudio¹⁴³.

Cuando hay algún tipo de presencia personal de un profesional que el diario percibe como un mero afán de exposición y de lograr notoriedad pública, en línea con los argumentos que utilizaban algunos representantes de las disciplinas para otros fines, el diario reacciona contra lo que entiende como una mera especulación, sin contacto con los materiales, sin sustento empírico alguno. Por ejemplo, en un suelto de 1923¹⁴⁴ que refiere como noticia las declaraciones de un antropólogo de la Universidad de Londres, el “señor Elliot Smith”¹⁴⁵, acerca de un cráneo hallado en la Patagonia, en la provincia de Santa Cruz por “el doctor Wolf”¹⁴⁶, el diario cuestiona:

- (ii) *El telégrafo nos hace conocer hoy las opiniones que el señor Elliot Smith, antropólogo de la Universidad de Londres, ha vertido respecto del cráneo encontrado. Son, desde luego, terminantes. No ha visto el cráneo ni siquiera su fotografía; pero estos requisitos, que tienen el valor de minucias, no han constituido obstáculos para la emisión de su opinión terminante. A estar a ella, el cráneo pertenece a la época inicial del génesis humano.*

Y refiere luego, con intervenciones irónicas y sarcásticas, las supuestas opiniones de Smith, como por ejemplo:

- (iii) *En lo que respecta a sus hábitos sociales, el doctor Smith no tiene la menor duda de que era monógamo (la poligamia, en consecuencia, no tiene origen en nuestras tierras) aun cuando alimenta una sospecha por demás fundada. Cree, en efecto, que cada año cambiaba de mujer, casi como el Barba Azul de la historia antigua [...].*

Y finalmente, remata:

- (iv) *Sabemos, pues, gracias al descubrimiento de un cráneo, multitud de cosas que ignorábamos. Si alguien dijera que en las manifestaciones del sabio hay demasiada*

¹⁴³ Por ejemplo, a través de la voz pasiva. Al respecto, se puede ver, entre otros autores: Ciapuscio, Guiomar (1992) y Soto, Guillermo (2005).

¹⁴⁴ Op. cit., 2/3/23, 4ª ed., p. 3.

¹⁴⁵ Se refiere con toda seguridad a Grafton Elliot Smith, médico australiano que luego investigó en Inglaterra sobre anatomía, en particular, la del cerebro. En 1901, la Hearst Egypological Expedition de la Universidad de California lo consultó, en su condición de experto, sobre problemas anatómicos y antropológicos, a raíz de lo cual inició sus investigaciones antropológicas. En 1907 fue comisionado por el gobierno egipcio para investigar los restos humanos encontrados en el área de Asuán. Ha sido un claro exponente de la corriente antropológica del Difusionismo. En la época de publicación del suelto que nos ocupa, Smith era profesor de Anatomía en la Universidad de Londres, cargo que desempeñaría entre 1919 y 1937, año de su muerte (Fuente: *Australian Dictionary of Biography*, Australian National University –www.adb.anu.edu.au/biography/smith-sir-grafton-elliott-8470– Consultada: 21/2/2013).

¹⁴⁶ Se trataría del Dr. J. G. Wolf –no pudimos encontrar el nombre completo–, del Museo de La Plata (Fuente: *Lewiston Evening Journal* –Estados Unidos–, en donde se publicó también la noticia del hallazgo del cráneo; <http://news.google.com/newspapers?nid=1913&dat=19230301&id=lmcgAAAIBAJ&sjid=m2YFAAAAIBAJ&pg=2624,4921603> Consultada: 21/2/2013).

suposición, habría que tener presente que la ciencia de hoy, en definitiva, no es otra cosa que la suma de las hipótesis, confirmadas, de ayer.

Esta actitud se produce, además, en el marco de una percepción más amplia del diario respecto del aprovechamiento por parte de la prensa –y las agencias noticiosas– de cierto tipo de información que, claramente, podría resultar útil para atraer el interés de los lectores como, en este caso, una opinión sin sustento sobre una cuestión científica. Así, en el mismo texto se lee:

- (v) *Hay más atracción, sin duda, en buscar el origen de la vida sin otro material que el que ofrecen unos restos humanos que repetir diariamente las incidencias de la ocupación del Ruhr. Los tesoros descubiertos en el valle de Los Reyes [sic], cerca de Luxor, han puesto de moda, por otra parte, los estudios sobre las cosas que fueron con preferencia al de los casos que son.*

Evidentemente, el diario no ponía en cuestión la investigación misma sino el hecho de que los comentarios acerca de la evolución realizados por un antropólogo a partir de un cráneo que no había visto, ocuparan un espacio que dejaba fuera del foco un hecho de trascendencia política y militar de dimensión internacional, como la ocupación del Ruhr, a menos de cuatro años de terminada la Gran Guerra. Pero de este texto se desprende un rasgo que también importará considerar no sólo en relación con las representaciones relativas a esta disciplina sino también con otras y con la medicina: la base empírica del conocimiento. En tal sentido, como se irá observando, en términos generales, primaba cierta forma de “empirismo ingenuo” como rasgo de la representación de conocimiento científico.

La excepción a la reducción de los investigadores a un mero rol actancial, carente de singularidad, y al rechazo a los intentos de alcanzar notoriedad pública será el caso particular de Florentino Ameghino, cuya figura y posiciones teóricas dominarían la disciplina en el país durante casi todo el período que estudiamos.

2.2.1. Excursus: en torno a la representación de Ameghino

La vida y el desarrollo profesional de Florentino Ameghino son conocidos. Señalaremos aquí sólo algunos aspectos que interesan en tanto reaparecen en los textos objeto de análisis y seguiremos para ello principalmente a Podgorny (1997).

Florentino Ameghino pudo haber nacido el 18 de septiembre de 1854 en Luján o bien, según sus detractores, en Moneglia, Piamonte, un año antes; y falleció en La Plata, el 6 de agosto de 1911. Se suele destacar que fue un autodidacta: en 1871, en Mercedes, donde residía, comenzó a coleccionar fósiles, “una conducta nada anómala en las ciudades de campaña de la segunda mitad del siglo XIX”, y paulatinamente se vinculó con los círculos porteños a los que pidió “el reconocimiento de su trabajo como naturalista”. Podgorny señala que los naturalistas de la generación de Ameghino no tenían credenciales universitarias salvo excepciones como Eduardo Holmberg –médico de la Universidad de Buenos Aires–, Samuel Lafone Quevedo –Magister en Cambridge–, Estanislao Zeballos –estudiante de ingeniería y derecho– y de los científicos italianos y alemanes que habían traído sus títulos desde Europa. Los demás integrantes conocidos del campo –Francisco P. Moreno, Félix y Enrique Lynch Arribálzaga, Juan Bautista Ambrossetti, Miguel Lillo y Félix Outes– no llegaron a poseer títulos académicos. A diferencia de los hermanos Florentino y Carlos Ameghino, todos estos eran “hijos o parientes políticos de las familias de *viejos criollos* del Plata y del Noroeste argentino y compartían una sociabilidad de escuelas, asociaciones y clubes comunes” (p. 40).

En cuanto a las instituciones, en 1869 se había creado en Córdoba la Academia Nacional de Ciencias, en la que se radicaron científicos contratados en Alemania, como Federico Kurtz, Oscar y Aldolf Doering. El Museo Público de Buenos Aires, luego Museo Nacional, estuvo a cargo de Hermann Burmeister hasta 1892. Le sucedió Carlos Berg, que ejerció el cargo hasta su muerte en 1902. Ameghino sería nombrado para ocupar el cargo a partir de abril de ese año. El 19 de setiembre de 1884, por decreto del gobierno de la provincia de Buenos Aires, se crea el Museo General de La Plata, en base a un proyecto del coleccionista Francisco Pascasio Moreno, quien fue su director hasta 1906. Las primeras colecciones provinieron del Museo Antropológico de Buenos Aires que había sido creado en 1877, con patrimonio donado por el propio Moreno. Se inaugura para el público en 1888¹⁴⁷. En 1878, todavía no imbricado en el campo científico argentino, Ameghino asiste a la Exposición Universal de París con sus colecciones de huesos y antigüedades, solventado por comerciantes de Mercedes y con el transporte de los cajones pago por la Comisión Argentina para esa feria internacional. Establece contactos en el Museo de Historia Natural de París con el paleontólogo Henri Gervais¹⁴⁸, con quien trabaja en el laboratorio de anatomía comparada y publica *Los mamíferos fósiles de la América Meridional* (1880), un “recuento ordenado y sistemático de los que se conocían a la fecha” (Ingenieros, 1919: 23 a 25); acompaña al arqueólogo y antropólogo Louis de Mortillet¹⁴⁹ en las excavaciones de Chelles, y se forma en distintos aspectos de la disciplina, además de familiarizarse con las reglas del campo académico.

A su regreso, inicia el desarrollo de su carrera ya en el campo académico y, según señala Podgorny (p. 42), pese a que las biografías lo muestran como “una figura tratada con injusticia por un régimen que no lo incorpora por ser un hijo de inmigrantes, Ameghino ocupó un lugar central en las ciencias” en nuestro país “desde 1880 hasta su muerte”. Fue miembro de las asociaciones científicas de Córdoba y de Buenos Aires, “daba conferencias ante el público ilustrado porteño, la Sociedad Rural y el Club Industrial, contaba con el apoyo de Estanislao Zeballos y del senador Juárez Celman, ingresaba al círculo privado de Holmberg, Ambrosetti y de los académicos alemanes de Córdoba, y sus publicaciones eran reseñadas en Buenos Aires”. La Academia Nacional de Ciencias lo nombró catedrático de Zoología y el ministro de Guerra – Benjamín Victorica– lo designó para realizar una expedición fluvial al Chaco junto con Holmberg y Kurtz. Fue invitado por Francisco Moreno a colaborar en el Museo de La Plata y allí se trasladó tras renunciar a sus cargos en Córdoba. Fue subdirector del Museo pero en 1887 fue exonerado tras resolver un conflicto con Moreno a través de una denuncia publicada en «La Nación». Pese a ello, no quedó fuera del campo. La actividad y los cargos académicos se fueron acumulando o sucediendo hasta que en 1902, como anticipamos, fue nombrado director del Museo Nacional por el presidente Roca y su ministro Joaquín V. González. En 1907 resuelve públicamente la larga enemistad con Moreno cuando organiza un acto por el premio que el perito había recibido de la Royal Geographical Society, de Londres. En 1910, como director del Museo Nacional fue uno de los vicepresidentes honorarios del Congreso Científico.

Podgorny (p. 44) destaca dos cosas de la vida de Ameghino: “la publicidad que cobran los

¹⁴⁷ La información sobre el Museo de Ciencias Naturales de La Plata fue extraída de la página web del Museo (<http://www.museo.fcnym.unlp.edu.ar/historia>).

¹⁴⁸ Henri-Frédéric-Paul Gervais (1845-1915) fue ictiólogo; era hijo del zoólogo y paleontólogo Paul Gervais (1816-1879), profesor de zoología y de anatomía comparada en la Facultad de Ciencias de Montpellier, de la que fue decano desde 1856 (Fuente: Enciclopedia Británica –www.britannica.com Consultada: 21/2/2013–). El dato da cuenta del importante nivel de formación que Ameghino adquiere en Francia.

¹⁴⁹ Louis Laurent Gabriel de Mortillet (1821-1898) fue el arqueólogo que propuso la primera clasificación cronológica de las edades culturales del hombre prehistórico. (Fuente: Enciclopedia Británica –www.britannica.com Consultada: 21/2/2013–).

conflictos y las discusiones entre científicos a través de los diarios y periódicos principales de Buenos Aires y La Plata, y el modelo de relación con el Estado, o de la relación entre ciencia y Estado”. La primera formaría parte de la estrategia de ganar *visibilidad* para la consecución de apoyo público, pero sería también un indicador de la imposibilidad de “dirimir los problemas con reglas propias en un campo demasiado permeable y todavía no clausurado en sí mismo”. En cuanto a la segunda, plantea que Ameghino deseaba “una absoluta independencia” para hacer lo que quisiera, independencia que se vio minada por las crisis económicas y que lo llevaron a la búsqueda del empleo estatal. En cualquier caso, señala Podgorny (p. 45), el grupo entero de naturalistas argentinos constituía lo que Basalla¹⁵⁰ definió como el tipo del científico colonial: “un grupo pequeño que depende por completo de las instituciones y tradiciones científicas externas, entrenado por lo menos en parte en el extranjero o con las bibliotecas, instrumentos y laboratorios europeos”. “La búsqueda de una tradición científica nacional –sostiene Podgorny– los tomaría como base y Ameghino sería, para muchos, el profeta y el pilar de la ciencia argentina”.

Había razones importantes para que ocupara un lugar preponderante. Babini (1986: 156 -158) evalúa como extraordinario el aporte de Ameghino: “Casi el ochenta por ciento de las especies de mamíferos fósiles descritas en la obra de 1889 son descubrimientos suyos. Con la labor de los dos Ameghino [incluye a Carlos] y la de Hermann von Ihering, fundador y director del Museo paulista, con el que estuvo vinculado Ameghino y a quien confió el estudio de los invertebrados fósiles de sus ricas colecciones, la paleontología argentina realizó progresos extraordinarios y fundamentales”. Y separa Babini ese aspecto de la obra de otro, al que denomina el *fundamento metafísico*: se refiere a la conocida “tesis que Ameghino sustentó y por cuyo establecimiento luchó toda su vida que consiste en suponer un origen americano para el hombre y que el suelo argentino, o algún territorio próximo a él, fue la cuna de nuestra especie”, de donde se poblaron los demás continentes “a través de puentes hoy inexistentes”. Al servicio de esa hipótesis Ameghino dedicó todos sus trabajos e interpretaciones de carácter geológico y estratigráfico. La impugnación posterior –parte de la cual está en la base del debate entre los ameghinistas y sus opositores– no le quita otros valores tales como, para Babini, la adhesión a la teoría de la evolución, “aún no aceptada en aquella época por todos los naturalistas”.

A la muerte del sabio, pues, se inició una serie de homenajes y funerales cívicos poco frecuente en comparación con otros científicos americanos (Podgorny, 1997: 46). Y ya desde las necrológicas publicadas en los diarios comenzó la construcción de su figura de “santo laico” que describe esta autora, siguiendo en parte una tradición propia de la Europa moderna: “el elogio de los sabios y la entronización del científico como personaje iluminado que, armado únicamente con la razón, se enfrentaba a las tinieblas de la ignorancia y de la religión”. En efecto, a partir de 1915, “sobre todo en las publicaciones del Partido Socialista o en la de sus afiliados, Ameghino sería un paladín de la lucha contra el oscurantismo de la Iglesia Católica”. Además, el culto al sabio “unió el orgullo por la argentinidad de la cuna del genio y por la del paisaje que lo generó” (p. 45).

Cabe señalar que, por otra parte, tras su muerte, su hermano Carlos continuó con los trabajos de búsqueda, recolección, clasificación de materiales que él mismo venía realizando a la sombra del director del Museo Nacional. Así, había realizado exploraciones en la costa sur bonaerense y había atribuido una serie de materiales a la época terciaria; de ser así, representarían los vestigios más antiguos de la humanidad. Tales hipótesis fueron fuertemente cuestionadas en el plano local por Outes y las discusiones trascendieron al extranjero. Los norteamericanos Hrdlicka, Holmes y

¹⁵⁰ Basalla, George (1967) “The spreads of Western science”. «Science» N° 156: 611-22. Citado por Podgorny.

Willis¹⁵¹, del Bureau of American Ethnology, le atribuyeron a los materiales no más de unos pocos siglos de antigüedad (Cf. Bonomo: 2002: 3).

Estas discrepancias se mezclaron con las provenientes del proceso de construcción de la figura de Florentino Ameghino como la de un santo laico. Los debates comenzaron a establecer en oposiciones binarias cuestiones diversas: ciencia versus religión, evolucionismo versus antievolucionismo, libertad creadora o convivencia con el Estado. Y en esas dicotomías, a partir de las cuales se conformó una vulgata, el ameghinismo agrupó a unos y dejó a otros en la posición opuesta. “Congregó a periodistas, científicos, militares, políticos y sacerdotes durante los trece años que siguieron a su muerte”. En parte, la creación de la figura de Ameghino como un santo laico puede ser inscrita en el marco de un proceso de laicización progresiva, que “incluía la creación del género de la divulgación de la palabra científica” –a través de la Sociedad Luz, fundamentalmente y como lo muestra Dora Barrancos (1996)– y de la liturgia escolar nacional, como en el de la institucionalización de las ciencias naturales”. Los opositores terminaron por negar en bloque el trabajo de Ameghino (Cf. Podgorny, 1997: 45-46 y 52-53).

En ese contexto, en 1916, el cura José M. Blanco, profesor de Historia Natural del Seminario Pontificio de Buenos Aires, dio una serie de cuatro conferencias en el Colegio El Salvador “con la intención de combatir banderías de secta” que “tornaban incuestionables las teorías de Ameghino” (p. 54). El cura, entre otras críticas, señalaba que el “esquema evolutivo había sido formulado en forma previa a la obtención de evidencia científica que luego lo sustentaría” (Bonomo, 2002: 3). A partir de las tesis de Carlos Ameghino acerca de la datación terciaria de los restos hallados en la costa argentina, se agudizaron las reacciones de los antiameghinistas. En 1917, «La Razón» publicó dos artículos, uno sobre “Ameghino filósofo” y otro sobre una conferencia de Garret Serviss¹⁵², “El hombre no desciende del mono”, que Blanco atacó desde la revista católica «Estudios», (Podgorny, 1997: 54; Bonomo, 2002: 3). Luego, bajo el título “Ameghinismo y ameghinofobia” –título que ya había usado «La Nación» el 24 de julio del mismo año (Bonomo, 2002: 11)–, publica las notas que conforman la polémica entre Torcelli, alias Pelliza, y Martínez Arranz, de diciembre del mismo año, anunciada más arriba, y las notas relativas a los aniversarios y homenajes.

En una de las notas que conforman la polémica de diciembre de 1917 publicada en «La Razón», la firmada por Pelliza/Torcelli, la figura de Ameghino es, en efecto, la del *sabio revolucionario* y en buena medida, *santo laico*, en tanto se le adjudican algunos rasgos de asceta, y se lo presenta dedicado exclusivamente a su “ciencia”. Así, Pelliza/Torcelli afirma:

- (i) *Cuando me dispuse a escribir [...], me propuse tributar dos homenajes: uno [al 25 de mayo]; y otro, al **sabio revolucionario** que por antonomasia es **nuestro sabio**, y que, en el inmenso campo de las ciencias naturales tanto nos honra, por la ingente suma de nuevas investigaciones y **verdades nuevas que sembró con mano pródiga**¹⁵³.*

¹⁵¹ El antropólogo Aleš Hrdlicka (1869-1943) fue como se dijo –Nota al pie N.º 103– quien planteó modernamente la teoría del poblamiento americano por inmigración asiática por una única vía, a través del estrecho de Behring. Hrdlicka, William Holmes (1846-1933), Bailey Willis (1857-1949) y otros dos autores –Fred Eugene Wright y Clarence Fenner– publicaron en 1912 el libro *Early Man in South America*, editado por la U. S. Government Printing Office.

¹⁵² Garrett Putman Serviss (1851-1929) fue un astrónomo aficionado norteamericano muy conocido y prestigioso en su época, que se dedicó a la divulgación de ciencia y a la producción de relatos de ciencia ficción. (Fuente: página de Collector’s Guide Publishing –www. http://www.cgpublishing.com/Author_Bios/garret_serviss.html Consultada: 22/2/2013–). Volveremos más adelante sobre este escritor.

¹⁵³ Op. cit., 11/12/17, 4ª ed., p. 5 y 12/12/17, 4ª ed., p. 5.

Y en el mismo texto, poco después:

- (ii) *El pequeñísimo mundo de los hombres de ciencia ignora casi en absoluto las pseudodiscusiones pseudocientíficas hecha por medio de los diarios. // Los sabios, por lo general, ignoran todo lo demás que está a la vera de la ciencia que cultivan y dominan; [...]*

Aunque como veremos luego, la afirmación precedente esta acotada a la presunción de que los sabios no se enteran de debates del campo científico por los diarios masivos y se refiere a los científicos en general, la frase no deja de presentar –o tal vez, por eso mismo– los rasgos del estereotipo del científico alejado del mundo e implícitamente resultan asociados a la figura de Ameghino. De hecho, Torcelli presenta un ejemplo claro que en esa dirección:

- (iii) *Cuando Schiaparelli¹⁵⁴ fue [...] visitado por el alcalde de Milán para comunicarle, en nombre de [el rey] que éste lo había nombrado senador del reino por sus méritos científicos, Schiaparelli estaba tan al corriente de las novedades políticas que, ignorando que Humberto I había muerto asesinado [y que reinaba Víctor Manuel III], le encargó al alcalde milanés que agradeciera efusivamente a... Humberto el inmerecido honor [...].*

Esta nota es una diatriba –la violencia verbal y la injuria tal vez justifiquen el uso de pseudónimo– que está dedicada a denostar al cura Blanco, cuyas conferencias habían sido editadas en un “opúsculo”, según el mismo Torcelli/Pelliza informa. A su criterio, el cura había tenido la “osadía” de afirmar que Ameghino no había probado “no ya la existencia del hombre del terciario, sino tan ni siquiera la del hombre en el cuaternario en estas tierras”. La osadía del cura no radicaba sólo en levantarse contra la voz del “sabio por antonomasia” sino especialmente –y en eso basará su argumentación– la falta de autoridad o de credenciales suficientes pues no pertenecía al campo específico. Y más aún: en un extraño movimiento argumentativo que su contrincante –Martínez Arranz– aprovechará bien en su respuesta¹⁵⁵, Torcelli afirma:

- (iv) *Los asuntos de carácter científico no son para dilucida[r]los en las columnas de la prensa diaria, porque en el campo de la ciencia los diarios no están llamados a dar ni quitar fama. Quienes apartan esos asuntos de las revistas especiales que se editan precisamente para presentarlos y dilucidarlos no embisten, como los toros, con una sola intención; lo hacen con segundas intenciones, confesadas o inconfesadas.*

De este modo, Torcelli borra el hecho de que el mismo Ameghino había acudido a la prensa diaria para dilucidar asuntos de carácter científico, de manera que reafirma la imagen del sabio auto-recluido en el espacio de su disciplina y tras los muros de la academia. Obviamente, Martínez Arranz apeló a una variante de la argumentación ad hominem: le marcó la contradicción entre su afirmación y el hecho de que se dedicara a discutir una cuestión de ciencia en un diario¹⁵⁶.

¹⁵⁴ Se refiere al astrónomo Giovanni Schiaparelli (1835-1910), que efectivamente fue senador. Fue director del Observatorio de Brera, de Milán, entre 1864 y 1900. Aunque realizó algunos aportes importantes, se lo recuerda más por las observaciones de los “canales” de Marte. La traducción errónea de la denominación al inglés (“channels” en lugar de “canals”) llevó a la especulación conocida sobre la existencia de vida inteligente en ese planeta (Fuente: Encyclopaedia Britannica -<http://www.britannica.com/EBchecked/topic/527306/Giovanni-Virginio-Schiaparelli> Consultada: 22/2/2013).

¹⁵⁵ Op. cit., 27/12/1917, 4ª ed., p. 4 y 28/12/17, 4ª ed., p. 5.

¹⁵⁶ Hay otras torpezas en la argumentación de Torcelli, pero no es el eje de nuestro análisis. Se puede indicar, por ejemplo, entre otras, que tras descalificar a varios que habían opinado contra las posiciones de Ameghino por falta

La dedicación a la ciencia, la autoridad y la pertenencia al campo de la disciplina son rasgos atribuidos, pues, a la figura de Ameghino y, en tanto se trata del *sabio por antonomasia*, al científico en general. Por otra parte, en esta polémica Torcelli se muestra en una actitud de altísima reverencia al sabio. No sólo lo llama *revolucionario*. Hay otras denominaciones, como por ejemplo:

- (v) *Y fuerza es decir que mientras los miembros del clero [...] empeñados en la inútil intentona de desmonetizar la más pura esterlina científica de América no se han dedicado [...] al estudio de las ciencias naturales [...], monseñor González ha probado su propia suficiencia científica produciendo las siguientes obras.*

Ese mismo grado de reverencia se observa en el texto de 1926, cuando en razón de otro aniversario de la muerte de Ameghino, «La Razón» le cede la palabra a Torcelli, quien narra y describe los últimos días de vida de Ameghino, cuando el pié diabético ya había gangrenado. La grandeza atribuida a Ameghino reaparece ahora transfigurada en mística:

- (vi) *Desde el fondo de aquella noche, eterna para Juan, iba surgiendo mientras tanto, la sombra de la eterna para aquel genial explorador e investigador de los hasta ahora más insolubles enigmas. // Si algo veía [Ameghino], no pudo narrarlo. Si algo sorprendió desde el linde de la vida más allá del linde de la muerte, en los precisos momentos en que se iba, fue la primera vez que se guardó el secreto. // ¿Quería probar acaso que todas las afirmaciones de su “credo” son propias y verdaderas verdades substanciales? // No lo dijo. No pudo decirlo. Pero hay que creer que quiso decirlo. Es imposible que él sorprendiese el secreto del gran misterio y que no lo revelase. Aquella frente que parecía ilimitada, estaba iluminada. Aquellos ojos que habían visto más que todos, algo estaban escrutando.*

Esta imagen que construye Torcelli en sus notas evidentemente es compartida por el diario. Más allá de que en un ejercicio de honestidad periodística le diera espacio a Martínez Arranz para que refutara al editor de las obras de Ameghino en la polémica de 1917, «La Razón» vuelve a darle la voz a Torcelli en 1926, en el texto recién citado que ocupa una parte importante de la portada de la fecha. Y antes, en 1921, es la voz del diario la que se encarga de la conmemoración por el décimo aniversario de la muerte. Desde el punto de vista del contenido, se pueden destacar en el texto¹⁵⁷ no sólo las mismas caracterizaciones de Ameghino recién vistas sino también el desarrollo mayor de algunas de ellas, como los rasgos de austeridad o desapego por los bienes materiales y el sacrificio de la consagración exclusiva, casi el ideal sacerdotal, a la ciencia. Y explícita, además, el valor que tal consagración tiene para el desarrollo de la patria. Los fragmentos que citamos a continuación dan cuenta de esas valoraciones:

- (vii) *Más que la indiferencia de sus contemporáneos, el peor enemigo de su gloria fue su propio vivir austero y retraído, absorto siempre en la perfección de sus teorías y en el ordenamiento de los valiosos materiales que las pródigas capas de la tierra de su patria le entregaban tras buscas afanosas por las áridas estepas patagónicas y las caldeadas arenas pampeanas. [...] // De ahí que si su labor es fecunda en enseñanzas, su vida es modelo de austeridades y virtudes: complemento sublime que hace aún más luminosa la figura de este hombre, que supo sacrificar a la ciencia los halagos de la*

de conocimiento específico, termina por acudir al ejemplo de un obispo de Quito, Federico González Suárez, que tampoco tenía formación específica, incongruencia que también le señalará Martínez Arranz.

¹⁵⁷ Op. cit., 5/8/21, 4ª ed., p. 4.

vanidad, y a la riqueza de los museos de su patria, el propio bienestar, como que en el cuarto humilde donde exhaló el último suspiro no había más moblaje que [...] una mesa de pino atestada de huesos [que] valían miles y miles de pesos y que [...] no obstante habían sido donados.

Aun cuando, desde el punto de vista formal, como se puede constatar, apela a tropos estereotipados y clichés, la coherencia entre estas valoraciones y las expresadas por Pelliza/Torcelli es innegable. Pero el diario avanza más que Torcelli, en un sentido que Podgorny (1997: 42) destaca como habitual en los discursos sobre Ameghino. Se trata del topos del científico postergado o hasta ignorado por el gobierno, anticipo de lo cual se puede observar en la primera frase del fragmento recién citado, y que en el siguiente adquiere toda su dimensión:

(viii) *Desarrolló sus actividades en un ambiente hostil, falto de recursos y sin más auxilio que el que le proporcionaba la ayuda incansable de su hermano Carlos.*

En el párrafo siguiente, «La Razón» narra brevemente una versión de la actitud vital y científica de Ameghino, que desconoce el conjunto de actividades llevadas a cabo en marcos institucionales y los cargos públicos y académicos desempeñados:

(ix) *Pero todo lo suplió Ameghino con su gran fe en el éxito de sus investigaciones, con una inteligencia ingénita admirable, que le permitió formarse una vasta cultura y, más que nada, con su acendrado amor al estudio y al trabajo y con su carácter férreamente disciplinado y hecho a vencer todos los obstáculos y todas las contrariedades que se opusieran al logro del fin propuesto.*

Los últimos dos ejemplos, por otra parte, remiten a la representación del “self made man”, base del liberalismo y, más en general, del capitalismo, que para el diario tiene siempre un valor positivo tal que la impulsaba como modelo tanto a escala individual como social. Con esa representación, cabe recordar, fue identificado el propio Cortejarena en las notas necrológicas que publicaron otros diarios¹⁵⁸. Es notable cómo esa representación propia del liberalismo aparece ligada así a la construcción de la figura de un “santo laico” y a posiciones del primer nacionalismo implícitas en la defensa y valoración de Ameghino. Esto no significa que todos los defensores de la figura o posiciones de Ameghino fueran nacionalistas; sí, en cambio, que se trataba de una figura que reunía las condiciones para interesar positivamente a ciertos sectores de ese primer nacionalismo aunque no a los más reaccionarios.

En el caso de la representación de Ameghino, la hostilidad local es complementada, como es esperable, por el reconocimiento extranjero, rasgo que remite al lugar común “nadie es profeta en su tierra”:

(x) *La obra de Ameghino [...] traspuso los límites de la patria, de esta patria que un día quiso negársele con precipitación sectaria, y su nombre, aún oscuro para los suyos, invadía el mundo científico europeo, que sólo encontró palabras de admiración y elogio para quien tan alto había sabido llegar con el solo concurso de sus propias fuerzas.*

El relato de los hechos de la vida de Ameghino que se puede observar en los últimos tres ejemplos se compadece, seguramente sólo en parte, con la etapa de juventud, antes de su viaje a

¹⁵⁸ Ver Parte I, Nota al pie N° 11.

Europa, pero el diario no establece distinciones ni brinda ningún otro dato de modo que extiende los rasgos comprendidos en el relato de ese período a la biografía completa. No hay en el texto referencia a ninguno de los cargos ocupados, ni siquiera al último –durante cuyo ejercicio murió–, el de director del Museo Nacional.

La tímida distancia que parece tomar respecto de la verdad de las teorías de Ameghino se insinúa en una frase, pero es fugaz y tiene el sentido de permitirle destacar aún más las cualidades de la personalidad, apelando una vez más a clichés:

- (xi) *No está, pues, su mayor gloria, en el valor intrínseco de su obra, sino en esa suma de cualidades que le permitieron ser genio, y ser grande, a despecho de todos y de todo.*

Ameghino interesa, pues, al diario como modelo de hombre sabio más por sus conductas que por la validez de sus teorías. Se puede observar en los últimos fragmentos –desde el (viii) al (xi)– la construcción de la figura de Ameghino como un “self made man”, rasgo que es coherente también con la posición que el diario adopta cuando toma distancia respecto de ciertas prácticas que achaca al mundo académico, sobre todo local: el apego a posiciones teóricas sin vínculo alguno con lo real. Se trata de estimaciones positivas de figuras de científicos –considerados como tales por el campo de la ciencia, o no– que el diario presenta como distanciados del mundo académico cuando no muestran lisa y llanamente una actitud de rechazo a ese mundo; y se trata también de la exaltación explícita de la experiencia por sobre las posiciones teóricas a las que, según «La Razón», adscribían los académicos sin vínculo con lo empírico, tal como señaláramos antes. No se trata de un rechazo pleno al mundo académico sino a un tipo de conducta de algunos de sus representantes. Este rasgo reaparecerá en otros textos relativos a otras disciplinas y también en relación con la medicina.

La *veneración* a la figura del director de Museo Nacional se complementa con otras acciones del diario, como la publicación de noticias sobre diversos eventos de homenaje realizados por diversas instituciones, como por ejemplo el recuadro publicado en la portada del 5 de abril de 1923, titulado “Tributóse hoy un homenaje a Ameghino”, en el que da cuenta de un acto realizado en la escuela primaria que lleva¹⁵⁹ el nombre del “ilustre sabio”, para establecer un busto. Informa que asistieron algunos de sus familiares –“Hilaria Ameghino de Salas, Arturo Ameghino y Miguel Salas Ameghino”–. El texto está ilustrado con cuatro fotografías con los respectivos epígrafes: los niños formados en el patio, la “señorita Juana R. Fixione” –que hizo entrega del busto–, el busto del sabio y de un profesor de la escuela. Dado que no era habitual la cobertura de un acto escolar –y mucho menos en tapa–, resulta evidente que el hecho interesó al diario en virtud del homenajeado.

El título de uno de los textos del cura Blanco, publicado en la revista católica «Estudios»¹⁶⁰, citado por Podgorny (1997), es ilustrativo del lugar ocupado por «La Razón» entre los diarios que colaboraron en la construcción de la figura de Ameghino como un *santo laico*: “Otra vez «La Razón»”¹⁶¹. Como señalamos en la Parte I¹⁶², desde el punto de vista político, el diario tenía fuerte afinidad con la Liga Patriótica Argentina; sin embargo, en cuanto a la figura de Ameghino

¹⁵⁹ Se trata de la escuela 9 del Distrito Escolar 8, ubicada actualmente en el barrio de Caballito.

¹⁶⁰ N° 13, noviembre de 1917, pp. 338-342

¹⁶¹ Sería erróneo suponer, sin embargo, que «La Razón» fue el principal diario embarcado en esa construcción. Fueron muchos los actores periodísticos y no periodísticos que colaboraron en ese proceso. Un ejemplo entre muchos: Leopoldo Lugones escribió el “Elogio de Ameghino” que fue publicado por «La Nación» como folletín. (Fuente: Podgorny, 1997: 50)

¹⁶² Parte I, Capítulo 1, § 1.2.2. La *fusión de las razas*; también Capítulo 2, § 2.5.2. Los temas.

hubo diferencias. Como se vio, «La Razón» mantenía una posición favorable al sabio y lo había hecho siempre. En cambio, según Podgorny (1997: 53), en los inicios de su conformación, la LPA, a través de un discurso de Manuel Carlés, “atacaría en 1919 a Ameghino” y promovería, en cambio, “el culto a Francisco Moreno”¹⁶³. El rechazo de la Liga probablemente derivaba del hecho de que Ameghino aceptaba y promovía la teoría de la evolución. De allí que, señala también esta autora (p. 54), aunque ya muertos, “los dos reavivarían su enfrentamiento con ideales más ampulosos: para los socialistas, Moreno pasaría a ser un antievolucionista asociado a las fuerzas reaccionarias”. Esa posición de la Liga, sin embargo, no le impediría, en 1921 crear un fondo para solventar “las investigaciones en la costa bonaerense” relativas al “hombre fósil” terciario en las que trabajaba Carlos Ameghino (Bonomo: 2002: 12), lo cual evidencia que el rechazo alcanzaba más a la figura de Ameghino o a la reivindicación que el Partido Socialista hacía de él que a sus posiciones teóricas.

2.2.2. Los paleontólogos, después de Ameghino

La representación de Ameghino adquiere mayor dimensión cuando se leen las restantes notas sobre hallazgos paleontológicos y arqueológicos en nuestro país. Es que su figura es definida en un escenario que el diario presenta algo desolador: una ausencia de mínima política científica activa por parte del Estado –es decir, una acción estatal que se tradujera en partidas presupuestarias– y falta de interés privado¹⁶⁴, que derivaba ya en actitudes de cierta desidia profesional e institucional, ya en cierta carencia de profesionales relevantes. En ese marco, en la voz de «La Razón» parece repicar el eco de las que, según su mismo discurso, sería una de las permanentes batallas de Ameghino: la consecución de fondos para financiar la actividad. Así, en las notas de hasta 1925, los agentes que colectan materiales son presentados como aficionados que hacen esfuerzos que no sólo no son recompensados sino tampoco reconocidos, o como representantes anónimos de las principales instituciones –el Museo Nacional y, fundamentalmente, el Museo de La Plata–.

Por ejemplo, en una nota de febrero de 1918 se informa el hallazgo en las barrancas de Miramar¹⁶⁵ de una punta de lanza de hueso fosilizado y, según el texto, es el resultado de “una de las varias excursiones” del “señor Lorenzo Parodi”, quien es presentado como alguien “al servicio del Museo Nacional”. En el último párrafo, aparece la observación:

- (i) ***Lamenta el señor Parodi que el Museo Nacional no facilite mayores elementos de exploración, a fin de que las investigaciones pudiesen ampliarse realizando excursiones a las barrancas de Miramar. Poco gasto, en verdad, representaría la dotación de algunos peones y de una cantidad de pólvora que facilitaría la remoción de las tierras a explorar [sic].***

Como se puede observar en el fragmento, el lamento de Parodi indica la falta de atención presupuestaria por parte del Museo, y «La Razón» asume como propio el reclamo: el aumento del grado de certeza en la segunda oración –“en verdad”– es atribuible a la voz del diario. Sin embargo, no se trataría tanto de una actitud de solidaridad patriótica meramente económica con

¹⁶³ Su fuente es un suelto editado por la LPA en «La Nación» el 24/11/1919, titulado “Hay en mi tierra una tradición sentimental”.

¹⁶⁴ En términos generales, el diario insistía en la necesidad del compromiso económico del sector privado –ver Parte I, Capítulo 1, § 1.2.1. El desarrollo industrial; Capítulo 2, § 2.5.2. Los temas–; en relación con una disciplina, se verá el planteo en relación con los desarrollos industriales ligados a la astronomía –ver en esta Parte, capítulo 3, § 3.2. Astrónomos, vulcanólogos, sismólogos–.

¹⁶⁵ Op. cit., 25/2/18, 4ª ed., p. 2.

el excavador sino más bien de una posición de apoyo frente a las fuertes críticas que arrojaban contra él desde algunos sectores del antiameghinismo, y que llegaban incluso a la acusación de fraude. En efecto, luego de la muerte de Florentino, se realizaron hallazgos en Miramar, entre ellos, el del “hombre fósil” que Carlos Ameghino y otros científicos del Museo de Historia Natural de Buenos Aires consideraban del terciario, siguiendo las tesis de Florentino. El planteo no fue aceptado pacíficamente en el campo disciplinar. Por el contrario, hasta bien entrada la década del 20 –y aun después, aunque con menos intensidad–, se produjeron reacciones que se pueden agrupar en al menos cuatro posiciones, según señala Bonomo (2002: 5 y 7): una, que afirmaba la validez de los materiales y la datación, en la que se enrolaban Carlos Ameghino, Estanislao Zeballos, Rodolfo Senet; otra que consideraba que los materiales eran válidos pero que proponía como datación el cuaternario temprano –Joaquín Frenguelli, Félix Outes, Milcíades A. Vignati–; la tercera, cuestionaba la validez de los materiales pues no habrían sido encontrados in situ sino que se habrían desprendido de sedimentos más nuevos y mezclados con restos faunísticos del terciario –así lo sostenían Antonio Romero, Eric Boman, Moisés Kantor y Marcelline Boulé– ; y la cuarta posición sospechaba de Lorenzo Parodi: el geólogo G. Bonarelli acusaba a Parodi de “intervención en falsificaciones y fraudes”. Es que, entre otras cosas, Parodi “explotaba de modo personal el sector arqueológico con fines comerciales”, pues en la época veraniega “llevaba turistas a las barrancas donde eran recuperados los restos” y los instaba a llevarse “un *souvenir* del hombre terciario” (p. 5). Esta impugnación de la figura y la actividad de Parodi fue planteada precisamente en el año en que se publicó la nota que analizamos, y más tarde, en 1921, sería compartida por el cura José M. Blanco. Cabe recordar que muchas de las discusiones entre los profesionales –y entre ellas las que involucraban a Parodi– tenían lugar en los diarios masivos, según describe Bonomo. Llamativamente, cuando Parodi fue trasladado al Museo de Buenos Aires, en 1924, dejó de haber hallazgos arqueológicos en la zona de la costa (p. 5).

Pero aun cuando, efectivamente, «La Razón» pretendiera destacar y defender la figura de Lorenzo Parodi, lo hace colocándolo en el lugar del esforzado trabajador que no recibe la ayuda necesaria para avanzar en las excavaciones en vez de acudir a otras estrategias, como la de –lisa y llanamente– ensalzar la labor ya realizada, por ejemplo. En esa misma línea, la de señalar cierta desidia, unos meses después, en julio, el diario publica una nota sobre el hallazgo de los restos de un megaterio en Mercedes, provincia de Buenos Aires¹⁶⁶. El hecho mereció para el diario un supuesto esfuerzo, poco habitual: dispuso de un enviado especial para atender el caso, a quien se atribuye la voz, pero del que no se da el nombre. Poco más de un tercio del total de la extensión del texto está dedicado al relato de las dificultades del enviado especial para dar con alguien que le informara sobre dónde estarían y quién tendría los huesos hallados. El relato mismo se convierte en una indicación de la intrascendencia que el tema tenía para los lugareños, pues la mayoría desconocía el suceso, y en una frase, explicita ese sentido:

- (ii) *Por lo visto, el distinguido representante de los gravígrados pampeanos no ha despertado mayor entusiasmo en la localidad. [...] // Así, nosotros, durante un instante, pensamos que la única noticia del megaterio se poseía en la capital.*

Finalmente, alguien le sugiere que el director de la escuela local podría saber sobre el tema. Tras informar que se trata, precisamente –y por eso la extrañeza que manifiesta en el ejemplo (xiii)– de la misma escuela de la que Florentino Ameghino había sido director, presenta al funcionario del mismo rango de ese momento, Andrés Conessa –o Canessa, según otra grafía en el texto–, como “un buen criollo nativo de Mercedes y entusiasta aficionado a estos trabajos

¹⁶⁶ Op. cit., 20/7/18, 4ª ed., p. 2.

paleontológicos”. A través de una escena dialogada, es decir, asignándole la voz, el director no sólo le informa al enviado especial que unos peones de una fundición habían hallado los restos y lo habían convocado, sino que también especula que se trataría de los restos de más de un animal y brinda información precisa sobre las dimensiones. Pero con este genuino entusiasmo del aficionado contrasta la falta de interés de las instituciones:

- (iii) *Apenas descubiertos los restos, fueron avisados los museos Nacional y de La Plata. El primero envió una persona que trajo para la capital algunos fósiles; el segundo sólo se hizo presente ayer, pero su enviado dejó los huesos en sus respectivos cestos sin decir si se haría o no cargo de ellos; y esta es la hora en que el dueño de la fundición ignora el destino que debe darle al hallazgo.*

El entusiasmo del director de escuela vuelve entonces a manifestarse por su propia voz:

- (iv) *–Si no vienen en su busca,– exclama de pronto don Andrés Conessa –yo me los llevo... ¡tener nada menos que un megaterio casi completo!... Y el buen naturalista criollo se frotaba las manos contentísimo ante la halagüeña perspectiva.*

A principios de 1922, sendas notas dan cuenta de dos hallazgos –realizados en forma casual– en la provincia de Santa Fe, uno en la localidad de Las Rosas¹⁶⁷ –se trataría de un mastodonte–, y el otro en Rosario¹⁶⁸ –un gliptodonte–. En ninguno de los dos casos se nombra a ningún especialista que hubiera intervenido después. Tampoco se indica la fuente de la identificación de la pertenencia de los restos a una y otra especie. Cabe señalar que en uno de los textos sobre el mastodonte hallado en Las Rosas, el diario banaliza el hallazgo: se titula “Fósiles de moda” y, precisamente, se inicia con el comentario que contextualiza el hallazgo como *moda*, iniciada por la fama de un supuesto “avistaje” de un “plesiosaurio” vivo en el lago Nahuel Huapi, tema al que el diario le dedica unas pocas notas de tono burlón, y sobre el que volvemos enseguida. Esa contextualización explica la ausencia de expertos con algún rol en los hechos referidos por estas prácticas.

A fines de ese año, una crónica¹⁶⁹ da cuenta del hallazgo en Neuquén de restos del mayor “dinosaurios” [sic] conocido. A diferencia de los anteriores, este hallazgo fue posible en el marco de una expedición llevada a cabo por dos comisionados por la dirección del Museo de La Plata, Bernardo Eugui y Octavio Fernández. La realización de la expedición había sido planteada a raíz de estudios previos realizados por “los doctores Roth y Schiller” y de una denuncia de habitantes de Plottier, localidad en la que fueron encontrados los fósiles. El texto está centrado en el objeto hallado y no hay más crédito para los expedicionarios que la publicación de sus nombres. Sólo hay una referencia al esfuerzo y los “pacientes trabajos” realizados soportando las inclemencias del clima.

Y algo similar ocurre en 1925, cuando se informa¹⁷⁰ que Martín Doello Jurado, director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, había presidido una comisión que había realizado excavaciones en Chascomús de las que había extraído restos fósiles de fauna. Tampoco hay referencia a los científicos más allá de sus nombres. En diciembre del mismo año, y en la misma línea, en una nota de portada se informa que estaba de paso por Buenos Aires “el arqueólogo boliviano Arturo Posnansky”, que es presentado como “descendiente de científicos alemanes”,

¹⁶⁷ Op. cit., 15/3/22, 4ª ed., p. 3 y 16/3/22, 4ª ed., p. 3.

¹⁶⁸ Op. cit., 24/4/22, 4ª ed., portada.

¹⁶⁹ Op. cit., 18/12/22, 4ª ed., p. 3.

¹⁷⁰ Op. cit., 30/1/25, 4ª ed., p. 3.

que venía de Europa donde se había desempeñado como consejero en la legación de Bolivia en Alemania. Más adelante volveremos sobre él¹⁷¹.

Desde el punto de vista de la gráfica, cabe señalar que no hay fotografías importantes de los especialistas de estas disciplinas que aparecen nombrados en las notas. Hay dos pequeñas de Ameghino y una de Posnansky, y en ninguno de los casos remiten al quehacer científico. Y en cuanto a los objetos, hay muy pocas imágenes, pese a la importancia de los debates en torno a ellos y a la facilidad para obtenerlas dada la ubicación en Buenos Aires o en La Plata: sólo hay una fotografía de un colmillo hallado en Las Rosas y un dibujo de puntas de lanzas encontradas en Miramar. En el plano internacional, en cambio, entre las fotografías de la tumba de Tutankamón, aparecen tres pequeñas de Howard Carter, una de Lord Carnarvon y otra de un miembro de la expedición, “Mr. Mace”, en todos los casos en acciones vinculadas a su quehacer: mientras desmantelan la entrada a la tumba, observando, demoliendo. Y muy amplia la cobertura gráfica: unas diez fotografías de la tumba de Tutankamón, casi todas de gran tamaño y hasta la reproducción de una placa radiográfica de una momia; una de gran tamaño de las esculturas del templo encontrado en Cirene; siete de los objetos de las tumbas etíopes; tres del descubrimiento realizado en Caldea más un mapa; también hay dibujos explicativos en una nota que recuerda el hallazgo del que se conocería como *pithecanthropus erectus*, cuatro fotos de objetos hallados en una tumba indígena en Cochabamba. Evidente y llamativamente, pues, la focalización, en el caso nacional, en los sujetos más que en los objetos tuvo cierto correlato en la gráfica. Sobre este aspecto volveremos cuando abordemos las representaciones relativas al conocimiento en estas ramas del saber.

2.3. En busca del pasado: ruinas y tumbas

En la mayor parte de los casos, la arqueología, la paleontología y disciplinas afines aparecen como auxiliares de la historia, pero con un matiz tan marcado como poco académico en su formulación: tendrían la finalidad de desentrañar *misterios* o ventilar *secretos* del pasado –que, en algunas oportunidades, una vez conocidos no harían más que confirmar el lugar común *nihil novum sub sole*–, a través del descubrimiento de los *tesoros* que componen la “riqueza” paleontológica y arqueológica de un país; esta metáfora que apela al campo semántico de la economía, como es habitual con las figuras retóricas, abre más de un sentido.

El carácter de disciplina auxiliar de la historia es explicitado en algunos textos, como por ejemplo:

- (i) *Lo que más importa de las excavaciones aludidas es que, por ellas ha sido posible establecer la base cronológica esencial de la historia de Etiopía*¹⁷².
- (ii) *La importancia del hallazgo [de la tumba de Seneferu] será muy superior a la de la tumba de Tutankhamen, [...] y [...] probablemente arrojará luz acerca de ese remoto y poco conocido período*¹⁷³.
- (iii) *Ha sido hallada en la antigua ciudad de Cirene un templo de incalculable valor arqueológico, que es un jalón más en la reconstrucción de la historia de la civilización cirenaica [...]*¹⁷⁴.

¹⁷¹ Ver en este Capítulo, § 2.4. El conocimiento, y Capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido.

¹⁷² Op. cit., 13/3/23, 4ª ed., p. 5.

¹⁷³ Op. cit., 10/3/25, 4ª ed., p. 2.

¹⁷⁴ Op. cit., 15/10/25, 4ª ed., p. 7.

Si bien en los ejemplos (ii) y (iii), la referencia al carácter auxiliar de estas disciplinas es general, en el primero, resulta más específico: la arqueología –el dominio disciplinar involucrado en el texto– permite sentar las bases de la *cronología*, requisito esencial para la producción de un relato.

Las expresiones más habituales para referirse o aludir al objetivo de las disciplinas, en particular, de la arqueología, es que a través de los yacimientos y de los objetos hallados es posible develar “misterios” o ventilar “secretos”. Como metáfora, la denominación “misterio” puede ser un recurso en prácticas discursivas del campo científico, pero ya no lo es la apelación al carácter oculto a través de la palabra “secreto” –que supone un acto volitivo de ocultamiento, aunque no se especifique el sujeto de ese acto–, un recurso más bien típico de las prácticas discursivas periodísticas que tiene la finalidad de, por un lado, atraer la curiosidad del lector pero también, por el otro, orientar hacia el pasado, cuanto más remoto mejor, una importante fuerza emotiva que vivifica los objetos inertes que, a su vez, parecen “estar ahí” ya para incentivar la habilidad semiótica del lector de asignar un sentido, por parcial que fuera, para construir al menos la breve secuencia de un relato cuyo origen y cuyo final podrían permanecer sin definir, o ya para imaginar humanos tangibles. Los siguientes ejemplos dan cuenta de este fenómeno:

- (iv) **REVELACIONES DE LA ETIOPÍA OLVIDADA**
TESOROS Y TRAGEDIAS QUE DESCUBREN LAS TUMBAS RECIENTEMENTE HALLADAS
[...] Como elementos de *curiosidad científica y artística*, los *misterios y tragedias* contenidos por las tumbas etíopes [ilegible]. Hay, además, detalles que revelan costumbres de la época. Esclavos de los reyes o príncipes enterrados *eran encerrados vivos en las cámaras funerarias*. [...] *Es lo que permiten suponer los esqueletos hallados en las antecámaras de los recintos que guardan las momias reales*¹⁷⁵.
- (v) *Es el más antiguo de los guantes encontrados en Egipto. [...] // Trátase de un guante pequeño, [...] y parece haber pertenecido a un niño. [...] Hay quien cree que perteneció al faraón [Tutankamón] en sus tiempos de niño y que, conservado con ternura, se agregó a los objetos de su pertenencia enterrados con él a su muerte*¹⁷⁶.
- (vi) **EL SECRETO DE LA ISLA DE PASCUAS** [sic]
[...] Sin embargo, ciertos caracteres de la raza [que habitaba la isla], los aproxima a los indoeuropeos. El profesor Brown, de Nueva Zelanda, cree que la isla de Pascuas fue en otro tiempo el centro de un archipiélago que formaba un imperio del Pacífico. [...] *La isla fue elegida como necrópolis* [...]. Y piensa que un *cataclismo* análogo al que destruyó las islas Afortunadas en el Atlántico, hizo desaparecer el archipiélago con excepción del cementerio¹⁷⁷.

Y no parece importar si, a la vez que devela un secreto, se genera una hipótesis que puede sustentar un mito o ser sustentada por él, como ocurre en el último fragmento: se propone toda una civilización a partir de un conjunto de objetos –las conocidas esculturas de la isla– y se apoya sobre el mito de las islas Afortunadas –tema, el de los mitos, sobre el que volveremos más adelante¹⁷⁸–. También, permiten estas disciplinas evocar, en la brevedad de una frase, una épica

¹⁷⁵ Op. cit., 13/3/23, 4ª ed., p. 5.

¹⁷⁶ Op. cit., 20/3/23, 4ª ed., p. 4.

¹⁷⁷ Op. cit., 25/6/23, 4ª ed., p. 14.

¹⁷⁸ Ver Capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido.

de mezclas, de superposición o interacción de civilizaciones, como se puede ver en estos ejemplos, entre otros:

- (vii) *En cuanto a las religiones de Caldea, que es lo que nos interesa hoy en virtud del templo hallado, aparece en ellas la misma **mezcla que se señala en todas las civilizaciones antiguas en este detalle, como en los de raza e idioma**. Existen en ellas elementos a veces contradictorios, cuya presencia se explicaría sólo por la **superposición de varios pueblos de origen difícil de establecer***¹⁷⁹.
- (viii) [...] *se realizaron excavaciones [...] que arrojan luz sobre muchos detalles de la civilización de los pueblos de la antigua Etiopía egipcia y que **ponen en evidencia la marcada influencia del arte y la leyenda griega y romana sobre estas razas africanas***¹⁸⁰.
- (ix) [...] *se han hecho curiosas excavaciones, que **demuestran el paso por la península de los fenicios, cartagineses, griegos, romanos, godos, visigodos y árabes**. En la exhumación de poblaciones antiquísimas se **han visto cosas tan sorprendentes como las ciudades superpuestas**: Tarragona y Numancia son ejemplares curiosos de ellas*¹⁸¹.

Uno de los textos relativos a los objetos hallados en la tumba de Tutankamón, un suelto, anuncia desde el título un punto de vista algo burlón: “Las conservas del faraón”¹⁸². Se refiere al conjunto de alimentos hallados, entre los que había carnes, de donde infiere que evidentemente el faraón era un *gourmet*. A partir de allí, inicia un juego en “espiral” en torno al concepto de *conserva*. Se burla, primero, de los mitos acerca de los castigos a los profanadores de tumbas que circulaban entre los *felahs*¹⁸³: serían ciertos si los exploradores se hubieran indigestado con las “conservas de tres mil años”. Luego, compara el arte de los embalsamadores para “conservar”, con la maestría insuperable de la naturaleza, y a partir de allí, el tono burlón se dirige a las reacciones que había suscitado en su momento la información de que los exploradores polares habían comido perros de los llevados para la expedición:

- (x) *Recuérdese que en una de las expediciones al polo Norte, de Peary, fue encontrado **en un bloque de hielo un mamut, gigantesco animal desaparecido hace varios millares de años. Se conservaba como si acabara de morir y en su estómago se hallaban aún los restos de su último yantar**. Los exploradores, que estaban a ración de galleta, encontraron algunos trozos de la carne de mamut más sabrosa que la de sus perros [sic].*

Y concluye explicitando el punto de vista –aun cuando mantiene la burla– que remite al lugar común: “Nada nuevo bajo el sol”.

- (xi) *Realmente, después de este caso y de los actuales descubrimientos de la tumba faraónica, **no se podrá seguir llamando moderna la industria de los frigoríficos**.*

¹⁷⁹ Op. cit., 23/2/23, 4ª ed., p. 4.

¹⁸⁰ Op. cit., 13/3/23, 4ª ed., p. 5.

¹⁸¹ Op. cit., 1/10/23, 4ª ed., p. 7.

¹⁸² Op. cit., 20/1/23, 4ª ed., p. 5.

¹⁸³ “Felah” o “fellah” es un vocablo árabe que significa “campesino”, en particular, el que no es propietario de la tierra.

En el texto de 1926, “Un descubrimiento arqueológico trascendental. Revelaciones de un sepulcro indígena de la vecindad de Cochabamba”¹⁸⁴, W. Jaime Molins¹⁸⁵ describe e interpreta los objetos hallados en una “chullpa” –“sepulcro”– de un “kurata”. En el despliegue descriptivo, en un momento se detiene en una pieza:

- (xii) *Otra pieza interesante [...] es una planchuela de forma trapezoidal, bordeada de pequeños ganchos [...]. Llama la atención también el cierre automático de estos colgajos, idéntico al de los aretes modernos. “Nihil novum sub sole”...*

La frase en latín remite directamente a la expresión contenida en el versículo 9, primer poema o prólogo, “Todo es vana ilusión”, del bíblico *Eclesiastés*¹⁸⁶, aunque no se puede afirmar que el sentido de la frase tenga un dominio cultural limitado al occidente judeo-cristiano. Ya George Orwell comentaba en un artículo periodístico¹⁸⁷ el particular valor que ese lugar común tiene no sólo en el pensamiento católico sino, más en general, reaccionario, incluso más allá de las fronteras de la cultura occidental. A veces contaminado con una versión lega de la filosofía platónica, el topos niega el progreso, y si lo admite, lo entiende dentro de una escala en la que ocurre algún tipo de colapso y, cíclicamente, todo vuelve al comienzo. En ese esquema, no sólo todas las necesidades humanas, todos los deseos, sino también todas las soluciones que se procuran son siempre las mismas; el conocimiento de hoy ya era sabido por otros en el pasado y la tecnología que se desarrolla ya fue conocida antes: cambia únicamente el modo en que se manifiestan en un momento particular del tiempo. El conocimiento tanto como la tecnología de esos pasados remotos se habrían perdido como efecto de algún cataclismo, y todo volvió a comenzar. La técnica, por ejemplo, sería sólo un modo de resolver un problema puntual y no tendría efecto cognitivo alguno en el modo de aprehender el mundo, y si lo tuviera, ocurriría dentro de uno de los ciclos que terminará con un cataclismo. En un extremo de esta representación, se situarían, al decir de Orwell, “algunos pensadores hindúes que sostienen que no sólo las teorías científicas sino también los productos de las ciencias aplicadas, los aviones, la radio, toda la faramalla de inventos ya los conocían los hindúes de la Antigüedad, que prescindieron de ellos por considerarlos indignos de su atención”.

Es cierto que este topos no parece determinar todas las prácticas; lo encontramos explícito sólo en dos textos, y en otros parece implícito, pero convive sin conflicto, sin debates, con otros puntos de vista, algunos más claramente apoyados en datos empíricos y bien argumentados, y otros sin sostén de ningún tipo, como las referencias a la “Atlántida”, la hipótesis de cuya existencia aparece en algunos de los textos como un conocimiento más, de rango científico, sin ningún enunciado que alerte sobre la falta de evidencia empírica que la avale ni, menos aun, alguna marca de que se trata de un mito, del mismo modo que se observa en el ejemplo (vi) acerca de las islas Afortunadas. De igual manera en que en el texto al que corresponde el fragmento (vi) se atribuye a una voz supuestamente autorizada –“el profesor Brown, de Nueva Zelanda”– el enunciado de la creencia de una civilización perdida por un cataclismo geológico, Jaime Molins, en el texto en el que enuncia el lugar común, se refiere a la “teoría” de la

¹⁸⁴ Op. cit., 21/6/26, 4ª ed., p. 3.

¹⁸⁵ Wenceslao Jaime Molins fue un médico, poeta, escritor, periodista, nativo de Dolores, Pcia. de Buenos Aires. Escribió, entre otras obras, *El Príncipe. Poemas americanos; Bolivia. Crónicas americanas; El estaño. Fundamento vital de Bolivia*. Falleció en 1981. (Fuente: *Sapiens – Enciclopedia Ilustrada de la Lengua Española*. Buenos Aires: Sopena, 1958). Volveremos sobre este autor y el artículo, en Capítulo 4, § 4. 3. La hipótesis del continente perdido.

¹⁸⁶ El versículo dice: “Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso mismo se hará: nada hay nuevo bajo el sol” (existen variantes de la traducción).

¹⁸⁷ Publicado originalmente en el semanario de izquierda británico «Tribune», en 1944, recopilado luego en *A mi antojo*, y ésta a su vez en Orwell, George (2009: 214).

“Atlántida”¹⁸⁸:

- (xiii) *Es evidente que hasta ahora, la antropología no ha podido sentar, en definitiva, la existencia del tipo americano, **genuinamente autóctono**, no obstante la gran fuente que abrió Ameghino, con la revolución del «hombre pampeano». Los que aseguran la existencia de la **Atlántida, teoría que va tomando cuerpo**, se afirman cada vez más en la unidad de los continentes [...]. La fundación primitiva de Tihuanaco, comienza a atribuirse a los atlantes.*

Y luego se embarca en un barullo explicativo según el cual “el *aymara* es [d]el grupo lingüístico indo-europeo de los arios”.

En un texto ya referido, de 1925, sobre el paso por Buenos Aires del “arqueólogo boliviano Arturo Posnansky”¹⁸⁹, el diario le atribuye, en una cita directa, como escena dialogada una afirmación sobre la Atlántida:

- (xiv) *Hablando de los descubrimientos que hiciera oportunamente, [Posnansky] nos dijo: –Creo que, con los objetos que hemos descubierto, se ha develado por fin el misterio de la prehistórica cultura de las Américas, y su **relación con la comunicación con la tan soñada Atlántida.***

Por “deferencia epistémica” (Cortassa, 2012: 55-62), era altamente probable que el lector creyera como verdades afirmaciones de ese tipo: la autoridad de la voz a la que el diario le cede espacio –más la autoridad del mismo diario, en tanto no toma distancia alguna de las afirmaciones de los citados– no es fácil de cuestionar para un lego. Está claro que no habría por que aceptar una correlación directa entre el lugar común “no hay nada nuevo bajo el sol” y el mito de la Atlántida en particular, excepto, parcialmente al menos, si pensamos que en general, los mitos cataclísmicos –y el de la Atlántida lo es por antonomasia– suelen aparecer asociados a ciclos que se repiten, y que, según el relato sobre el continente perdido, la civilización que albergaba había sido superior a todas las demás de miles de años posteriores.

La referencia implícita, si no a la Atlántida, al menos a un espacio o continente perdido junto con la civilización en él desarrollada –y por tanto, a una representación cíclica de la historia– aparece, por ejemplo, en un texto de 1923:

- (xv) *En todo tiempo, las ruinas del **Yucatán** han llamado poderosamente la atención de los sabios en razón de hallarse en sus dibujos ornamentales **circunstancias por demás curiosas**. Muchos de los adornos de las tumbas **son exactamente iguales a los que se han hallado en las del antiguo Egipto**. Y para aumentar la confusión, en una de ellas aparece algo muy semejante al dibujo de un **elefante, animal que, como se sabe, no fue conocido en América.***

Como dijimos párrafos más arriba, estas representaciones conviven sin conflicto con otras con algún grado de científicidad. De hecho estas miradas cíclicas de la historia aparecen en el diario con el mismo valor de verdad que la teoría de la evolución que, además de estar implícita en los textos sobre Ameghino, aparece por ejemplo claramente en un texto que veremos luego sobre el hallazgo realizado en 1891 por Eugène Dubois de los restos del esqueleto que bautizaría

¹⁸⁸ Volveremos sobre el tema de la Atlántida. Ver Capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido.

¹⁸⁹ Op. cit., 2/12/25, 4ª ed., portada.

“*pithecanthropus erectus*”¹⁹⁰.

En suma, el *misterio* o *secreto* a develar por disciplinas como la arqueología o la paleontología es el conjunto de datos que permiten reconstruir ya sea la historia de la humanidad como un único ciclo de mezclas de civilizaciones que convergían en ese presente, ya la historia cerrada de culturas productos de ciclos repetitivos. A veces, esa convivencia aparece en una misma nota. En efecto, en el texto sobre los *secretos* de la isla de Pascua, aquel en el que se presenta como un dato factual la existencia de las islas Afortunadas¹⁹¹, en un párrafo posterior se avienta cualquier posibilidad de considerar que las esculturas fueran producto de una tecnología superior perdida, y las equipara en ese sentido con las pirámides egipcias:

- (xvi) *Algunos se entretienen en imaginar que las antiguas civilizaciones tenían medios superiores a los nuestros, pero las investigaciones de los sabios destruyen estas hipótesis fantásticas. En su admirable “Historia del arte antiguo”, Perrot y Chipiez¹⁹² ponen las cosas en su punto. Hacen notar que la arquitectura de esos pueblos era tan perfecta, que se toman a veces por monolitos obras de varias piezas. Ciertamente también que esos bloques alcanzan a veces dimensiones enormes, pero entonces se les arrastraba con cuerdas sobre planchas engrasadas. Estos trabajos exigían millares de hombres, pero la mano de obra y el tiempo era lo que entonces sobraba.*

En cualquiera de los casos, el conjunto de objetos que descubre la arqueología o la paleontología constituye un “tesoro”.

En uno de los textos sobre los trabajos en la tumba de Tutankamón, de 1925¹⁹³, se da cuenta de un conflicto cuya fuente son telegramas –aunque no se precisa agencia–: el gobierno egipcio no permitía –ni permitiría a futuro, según se supone en el texto– a “Howard Carter y a sus ayudantes vender o publicar fotografía alguna de los hallazgos”, aparentemente a raíz del “proceder de algunos corresponsales” que habría disgustado a las autoridades. El diario no brinda más detalles de ese conflicto, pero argumenta contra la decisión del gobierno egipcio:

- (xvii) [...] *no es propio negar por ello [por la acción de los corresponsales] al mundo entero las riquezas puestas a la luz del día. Con ellas se reconstruye una nueva página de la historia y la historia pertenece al mundo y a la civilización. Fiscalizadas debidamente las informaciones gráficas, ni una sola debería permanecer oculta. Los tesoros puestos en descubierto son una reliquia puesta en custodia del Egipto moderno, pero que, por su naturaleza, pueden considerarse patrimonio de la humanidad.*

Por un lado, en esta argumentación, vuelve a aparecer de manera general el concepto de la arqueología como auxiliar de la historia. Pero, por el otro, enuncia la metáfora ya cristalizada y reiterada en casi todas las notas de los *tesoros* que constituyen la *riqueza*. Resulta claro en el fragmento que se refiere al valor simbólico, cultural e histórico del conjunto de objetos. Aunque el comentario se origina en una noticia referida a la circulación de fotografías y no de objetos, el

¹⁹⁰ 8/8/25, 4ª ed., p. 4. Es analizado en este Capítulo, § 2.4. El conocimiento.

¹⁹¹ Op. cit., 25/6/23, 4ª ed., p.14.

¹⁹² Se refiere a Georges Perrot y Charles Chipiez, autores de varios libros sobre historia del arte de civilizaciones antiguas -por ejemplo, *Historia del arte de Caldea y Asiria*, *Historia del arte en el antiguo Egipto-*, publicadas durante el último tercio del siglo XIX.

¹⁹³ Op. cit., 16/11/25, 4ª ed., p. 6.

diario aborda –si se atiende a la última oración del ejemplo–, como cuestión de fondo la de la propiedad de los objetos mismos antes que la de las imágenes fotográficas, y en tal sentido introduce tempranamente el concepto de “patrimonio de la humanidad” como parte de un debate que no era posible clausurar en ese momento, acerca del sujeto que debe ejercer el dominio de esos *tesoros*. El diario deja sentada su posición: el dominio es del conjunto de la humanidad y el estado egipcio no es, pues, el propietario, el “dominus”, sino el custodio de tales bienes que –según se puede inferir de la calificación de “moderno” que le asigna– provienen de un pasado que ya no sería exclusivo de ese estado en su conformación actual. En ese contexto, la denominación *patrimonio de la humanidad* no parece remitir a un concepto muy diferente del de hoy, y aunque no fuera una invención propia, el diario expresaba con esa feliz fórmula un grado de modernidad que puede ser evaluado como importante, si se tiene en cuenta que la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural de la Unesco se firmó en noviembre de 1972¹⁹⁴. Una revisión de la mirada del diario sobre las riquezas argentinas parece confirmar esa modernidad.

En un suelto un poco anterior, de 1922¹⁹⁵, titulado precisamente “Riquezas prehistóricas” la posición del diario no es la misma cuando se refiere a los *tesoros* de nuestro país. En efecto, la noticia que informa en esta nota es que el gobierno había reglamentado finalmente –con atraso considerable– un ley de 1913¹⁹⁶ acerca de los yacimientos arqueológicos y paleontológicos. El diario celebra el hecho:

(xviii) *Era algo que el mundo científico nacional reclamaba con insistencia, que la falta del decreto interpretativo, como en la generalidad de los casos análogos, hacía de la ley una cosa privada de valor o de eficacia práctica.*

Y en la reseña que hace a continuación del proceso por el cual primero se obtuvo la ley y luego se logró su reglamentación, señala los motivos por los cuales la norma era necesaria:

(xix) *Tamaño indiferencia hacia lo que constituye un tesoro inapreciable del punto de vista [sic] científico ha acarreado ya males irreparables al progreso de nuestros propios conocimientos de la materia. En cambio, numerosos museos de Europa y Estados Unidos o, lo que es infinitamente peor, incontables mercaderes de escasa conciencia, se han enriquecido con la exhumación en vasta escala de piezas únicas, de colecciones magníficas de objetos prehistóricos, sumamente difíciles de volver a hallar en otros yacimientos.*

¹⁹⁴ Según informe de la Unesco (2010: 27-28), se llegó a esa Convención de 1972 tras fases sucesivas de debates que fueron definiendo con mayor precisión el concepto. En 1954, “se consagró en el plano internacional” el concepto de *propiedad cultural* “con la Convención de La Haya para la Protección de Bienes Culturales en Caso de Conflicto Armado”. Esta Convención “sentó las bases para los conceptos de *patrimonio común* y de *bienes comunes*, que tuvieron eco en la campaña organizada por la Unesco para salvaguardar los monumentos nubios” –el complejo arqueológico de Abu Simbel– amenazados de destrucción total por la construcción de la represa de Asuán. Los monumentos fueron trasladados en una empresa financiada por un conjunto de países. En 1966, la Conferencia General produjo la *Declaración de Principios de la Cooperación Cultural Internacional* que manifiesta que “todo pueblo tiene el derecho y el deber de desarrollar su cultura antes de proceder a afirmar que todas las culturas forman parte del patrimonio común de la humanidad”. En la fase siguiente, la Conferencia de Estocolmo de 1972, se produjo la Convención sobre el Patrimonio Mundial.

¹⁹⁵ Op. cit., 9/1/22, 4ª ed., p. 3-

¹⁹⁶ El texto no explicita el dato: se refiere a la ley 9080, sancionada el 26 de febrero de 1913. Esta ley recién fue derogada y reemplazada por la ley 25.743 de Protección de bienes arqueológicos y paleontológicos, sancionada el 4 de junio de 2003. (Fuentes: LOA – Llave Operativa Aduanera –www.loa.org.ar– y Secretaría de Cultura de la Nación –http://www.cultura.gov.ar/traficoilicito/pdf/Ley_25743.pdf– Consultadas: 27/2/2013).

Luego plantea que ese *comercio venal* –como califica el diario a la actividad de traficar con piezas arqueológicas o paleontológicas– estaba “prohibido en las legislaciones de todos los países civilizados”. Pero aunque inmoral e ilegal, la denuncia de la existencia de ese tráfico implicaba que la *riqueza* ya no es sólo simbólica. Celebra otra vez, entonces, la ley:

- (xx) *En buena hora, pues, nos incorporamos a la lista [de países con legislación sobre el tema], en una época en que la existencia y desarrollo de museos, tales como los de Historia Natural de la Universidad de La Plata y de la Facultad de Filosofía y Letras, permiten abrigar una seguridad completa sobre la eficacia de la proyectada sección de yacimientos, encargada de velar por la propiedad y conservación para el país de todo resto de este carácter.*

Y, aun más, destaca positivamente otros dos aspectos: la prohibición de la exportación de “materiales fósiles, antropológicos o arqueológicos, bajo pena de decomiso”, y la regulación de la actividad de las misiones científicas extranjeras o de los “investigadores desinteresados”, que deberían de allí en adelante pedir autorización del “ministerio de Instrucción Pública”. La ley era necesaria porque era preciso “defender las inmensas y en gran parte desconocidas riquezas de este género” que poseería el país, “de la codicia extraña y de la destrucción interna”. Es cierto que dos años después no ponía en duda el derecho de Egipto a proteger los bienes y cuestionaba sólo la prohibición de las fotografías, pero no parece congruente el carácter de “custodio” –y no de propietario– que le asigna al país africano, con la condición de dueño de los restos del pasado que, en cambio, le asigna al nuestro. Es altamente posible que la diferencia radicara en dos aspectos: por un lado, y en general, la alta complejidad de la cultura de la que proceden los bienes de Egipto, frente al grado de desarrollo de la cultura del pasado americano, al menos en los límites de nuestro país; por el otro, y en particular, en el caso de Egipto, por la vinculación – el intercambio, la mezcla– de las múltiples capas de esa antigua cultura con una diversidad importante de otras civilizaciones que dejaron sus marcas en la cultura europea desde la que el diario mira la realidad. La *riqueza* de nuestro país, en cambio, aunque mucha y en gran parte desconocida, no tiene la misma importancia como patrimonio cultural para el conjunto de la humanidad. Pero, obviamente, no se puede descartar que se tratara de la aplicación simple y llana de una doble regla para definir el dominio de bienes por propios o extraños.

En 1922, el diario publica una nota editorial¹⁹⁷ con motivo del anuncio del “Museo de Historia Natural de Nueva York” de la salida para Sudamérica de cinco expediciones científicas, una de las cuales vendría a la Patagonia, y con esta nota se inicia una breve polémica entre el diario y el por entonces director del Zoológico de Buenos Aires, don Clemente Onelli. En este primer suelto, Una de las preocupaciones del diario es clara:

- (xxi) [...] *cinco expediciones [...] recogerán materiales paleontológicos, antropológicos y etnográficos, y estudiarán asimismo la fauna, la flora y la minería de las comarcas que visiten, a través de Colombia, Perú, Bolivia, Brasil y nuestra zona patagónica.*

Los materiales a los que se refiere, según dice en otra parte del mismo texto, alimentan el “hermoso aumento de las colecciones de los museos” norteamericanos. Las *riquezas*, pues, son colectadas y apropiadas por parte de extranjeros. Pero lo deplorable no es tanto que fueran a parar a los museos estadounidenses sino el hecho de que en el país nadie, especialmente el estado, se ocupara de sostener, financiar, incentivar la investigación científica de modo de lograr que las riquezas formen parte de los *tesoros* de nuestros museos. En efecto, el título de la nota

¹⁹⁷ Op. cit., 14/2/22, 4ª ed., portada.

editorial –“Ciencia americana”– no está explícitamente explicado en el texto, pero es fácilmente reconstruible: *ciencia* parece referir, además del sentido llano, metafóricamente a *inteligencia*, es decir, la *habilidad*, en este caso, política, para instrumentar la decisión de sostener y financiar la actividad científica en general, y las tareas de recorrer, reconocer, identificar y coleccionar todo tipo de información y material de todo el territorio continental de América, lo cual permite a los Estados Unidos contar con la base de sustentación para el desarrollo cultural en general y el industrial en particular:

(xxii) *Al revés de lo que ocurre con nuestros países, absortos por otras preocupaciones, grupos de expertos profesionales, a menudo sabios de notoriedad universal, recorren nuestras montañas y llanuras con aires de insignificantes turistas y el resultado se echa a poco de ver en las publicaciones técnicas¹⁹⁸ y en el hermoso aumento de las colecciones de los museos. // **Procede aquella nación con el acierto de todo país verdaderamente civilizado. A esta altura del siglo nadie ignora que toda innovación industrial, que todo progreso en el orden de la vida práctica es el resultado de la investigación paciente y de la obra oscura de los que viven escondidos en laboratorios. // Los hallazgos petrolíferos, los descubrimientos mineros, las posibilidades de transformar en emporios de riqueza rincones perdidos en la inmensidad salvaje de los desiertos, son a menudo consecuencias remotas, sin filiación aparente, de las más inocentes y desprecupadas tentativas científicas.***

En el segundo editorial, en el que responde a Onelli¹⁹⁹, vuelve a plantear la relación entre investigación científica e industria:

(xxiii) [...] *el conocimiento y estudio de la paleontología, de la geología, de la etnografía, de la botánica, de la zoología y demás ciencias, generalmente consideradas por el vulgo como algo remoto y ajeno a las preocupaciones prácticas, constituye el único y más sólido fundamento hasta de los progresos industriales de un país de las características del nuestro.*

El título de este segundo editorial mantiene el sentido de la nota anterior: “Ciencia americana y pobreza argentina”. De acuerdo con el desarrollo de ambas notas, la *pobreza* sería en este caso tanto la decisión de no sostener la ciencia como la consecuencia de tal decisión. En ambos textos termina por insistir en un reclamo ya realizado en oportunidades anteriores: mayor presupuesto para las instituciones científicas nacionales y, en particular –o como ejemplo más evidente de la “pobreza” argentina– una sede adecuada para nuestro Museo de Historia Natural²⁰⁰:

(xxiv) *Mientras el museo neoyorquino expande su acción a toda América, **nuestro insignificante establecimiento análogo agoniza en su derruido caserón de la calle Perú, se pierden en el hacinamiento y en la humedad sus tesoros y el presupuesto nacional apenas permite que [estén] algunos abnegados naturalistas [...]***

¹⁹⁸ Es probable que las “publicaciones técnicas” que refiere sean los volúmenes –una docena– de los *Reports of the Princeton University Expedition to Patagonia 1896-1899*, una “hermosa publicación costada por Pierpont Morgan Publication Fund”, que daba cuenta de tres expediciones norteamericanas enviadas entre esos años para realizar diversos estudios y “recoger materiales”, según señala Babini (1986: 172).

¹⁹⁹ Op. cit., 16/2/22, 4ª ed., portada.

²⁰⁰ El Museo fue trasladado a las actuales instalaciones en Parque Centenario recién en 1937, como fruto de las gestiones de Ángel Gallardo, que ejerció la dirección hasta 1923, como sucesor de Ameghino. En ese año, asumió la dirección Martín Doello Jurado –que la ejercería hasta 1946–, y el museo pasó a llamarse “Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia”, en homenaje a su creador (Babini, 1986: 234 y página web del Museo – www.macn.secyt.gov.ar/elmuseo/historia.php– consultada el 28/2/2013).

(xxv) *Lo grave, lo urgente, es colocar a todos nuestros institutos científicos, empezando por el Museo Nacional, abandonado en su húmeda tapera de la calle Perú, a la altura de las necesidades del país y del prestigio de la intelectualidad argentina.*

En un editorial de poco tiempo después, en el que el título retoma el juego de sentido de los dos editoriales recién vistos –“Nuestra indigencia científica”²⁰¹– amplía el reclamo de edificios adecuados a la actividad, esta vez, para el conjunto de las facultades de la Universidad de Buenos Aires, tras señalar que la única que estaba en condiciones era la de Medicina. El hecho que origina la opinión es uno mito recién nacido por entonces pero de larga trayectoria, al que ya nos referimos: la noticia de la existencia supuesta de un “monstruo antediluviano, un probable plesiosaurio en la Patagonia”. Aun falsa o fantástica, la información requería a criterio del diario una expedición científica que, como mínimo, podía regresar con “algo no menos precioso” que un plesiosaurio vivo: “estudios geográficos, materiales de museo, observaciones e informaciones”. El mito es presentado así, en este contexto, como motor de la investigación. Pero ya con anterioridad había planteado el mismo problema. Por ejemplo, en el suelto de 1921 titulado “Alojamiento de las instituciones científicas”²⁰², reclamaba por sedes adecuadas para museos y facultades: allí califica como “cueva” el edificio de la Facultad de Derecho y ejemplifica la situación de los museos con el caso del Etnográfico y Arqueológico de la Facultad de Filosofía y Letras, que funcionaba en “un sótano”²⁰³.

La nota de Onelli²⁰⁴ discute con el diario a partir de una interpretación que atribuye al primer editorial haber afirmado que en el país no se había hecho ni se hacía nada en pos de estudiar el territorio nacional. Y para refutar esa afirmación, recurre a la historia de las actividades llevadas a cabo por el Museo de La Plata, en particular, por la obra de Francisco P. Moreno. A modo de corolario de su argumentación, extrema el planteo de «La Razón»:

(xxvi) *En estos tiempos de trusts industriales, los misioneros científicos extranjeros me hacen acordar un tanto el dicho de ese cacique de salvajes: “Antes venir los frailes misioneros, después venir los soldados”.*

El planteo de Onelli gira específicamente en torno al petróleo, y de allí, la posición más marcada de rechazo por las misiones científicas extranjeras pero, en el marco de la secuencia polémica, sigue en el mismo sentido general que planteaba «La Razón» para el conjunto de la ciencia.

Si bien, supuestamente, nadie podía ignorar que la relación que el diario establecía entre investigación científica, desarrollo industrial y aporte estatal para la ciencia traía beneficios no sólo para la vida práctica y para el conocimiento general sino para el desarrollo económico, lo cierto es que no hubo buena articulación y coordinación entre estado, industria y ciencia en casi ningún país del mundo hasta al menos 1914 (Cf. Hobsbawm, 1987: 260); e incluso después de esa fecha no era una visión común y general en buena parte de los países (Cf. Hobsbawm, 1994: 519-520). El pedido del diario, en tal caso, tiene un importante grado de modernidad.

Cabe señalar que las argumentaciones, tanto del diario en las dos notas editoriales recién vistas

²⁰¹ Op. cit., 8/3/22, 4ª ed., p. 3.

²⁰² 5/8/21, 4ª ed., portada.

²⁰³ Efectivamente, en sus inicios el Museo funcionó como un gabinete de estudio en los sótanos del edificio de la Facultad de Filosofía y Letras de Viamonte 430. En 1918 se estableció un horario fijo de apertura para las visitas del público general (Fuente: página web del Museo –<http://museoetnografico.filo.uba.ar>– consultada el 28/2/2013).

²⁰⁴ Op. cit., 15/2/22, 4ª ed., p. 5.

así como el texto de Onelli en respuesta a la primera de ellas, no se refieren específicamente a la arqueología, la paleontología o la antropología, cuyas representaciones analizamos, pero es importante destacar que las incluyen –como se observa, por ejemplo, en (xxii)– en tanto se refieren a un conjunto algo difuso de ciencias naturales y estudios antropológicos que, según Babini (p. 240), en nuestro país aparecían vinculados. Así lo expresa también el conjunto de secciones que comprendía el Museo Nacional de Historia Natural: “mineralogía y geología, paleontología, botánica, zoología, antropología, etnología, musicología indígena y arqueología” (Babini, 1986: 234)²⁰⁵. El diario da cuenta, pues, de una representación social que veía relacionadas esas disciplinas.

En suma, disciplinas tales como la arqueología, la paleontología o la antropología son representadas como auxiliares de la historia, cuyo objetivo es desentrañar *misterios* o ventilar *secretos* del pasado. En cuanto a la relación del pasado objeto de esas disciplinas con el presente de la enunciación, se observa una yuxtaposición de dos perspectivas contrarias sin que sean puestas en conflicto explícitamente: la tradición del topos *nihil novum sub sole* y la historia como una evolución abierta. Los *tesoros* que estas disciplinas sacan a la luz componen un tipo de “riqueza” ya simbólica ya material que hace al desarrollo, en particular el económico e industrial en el caso de algunas disciplinas que aparecen vinculadas a las que analizamos. En el caso de nuestro país, tales disciplinas aparecen como olvidadas por parte del Estado, y desde esa perspectiva, la representación de Ameghino resulta realzada. Por otra parte, parece claro que es la falta de atención por parte del poder político el factor que dispara las acciones discursivas del diario.

Resulta interesante ahora observar qué conocimientos son vehiculizados en el contenido de las prácticas discursivas.

2.4. El conocimiento

Son varios los aspectos del conocimiento que aparecen representados en los textos, aunque de diverso modo: datos, criterios clasificatorios o de datación, los procesos de inferencia y deducción, la función de las hipótesis científicas, entre otros. En relación con las hipótesis, cabe señalar que también tiene importancia, en algunos casos, la imprecisión en cuanto a los límites entre la perspectiva científica y las propuestas explicativas no sustentadas sino en mitos, imprecisión que respondería a motivos diversos y que analizaremos luego²⁰⁶.

La mayor parte de los textos informativos noticiosos sobre descubrimientos arqueológicos, en particular, los relativos a la tumba de Tutankamón, no ofrecen como conocimiento sino datos, con mayor o menor grado de precisión: fechas, tipos de objetos, tamaños y usos de los objetos, creencias involucradas. En un caso, a raíz de la noticia de que se reiniciarían investigaciones en ruinas mayas de Yucatán, se brinda una breve descripción de los supuestos rituales de sacrificios humanos que es presentada como verdad. La truculencia con que es realizada tendería a exacerbar la curiosidad:

²⁰⁵ Recién en 1947 el Poder Ejecutivo dispuso la transferencia de las secciones de Arqueología, Etnografía y Antropología al “Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti” dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que había sido fundado en 1904 (Fuentes: páginas del Museo Etnográfico y del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia –<http://museoetnografico.filo.uba.ar> y www.macn.secyt.gov.ar/elmuseo/historia.php– consultada el 28/2/2013).

²⁰⁶ Ver Capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido.

- (i) *Era allí [en las ruinas de lo que se conoce como El Castillo] donde sobre cabezas achatadas de serpientes se arrancaba el corazón a las víctimas que los grandes sacerdotes inmolaban al dios de la guerra y al sol. Arrojábase luego el cuerpo a los espectadores, quienes lo devoraban de acuerdo con el ritual*²⁰⁷.

También muchos de estos textos presentan importante cantidad de imágenes, sobre todo, fotografías con la función de ilustrar, es decir, imágenes que dan “encarnadura” a objetos nombrados en los textos²⁰⁸ –como el guante de la infancia del faraón²⁰⁹– o que dan cuenta de la riqueza hallada. Hay también, en términos modernos, alguna infografía, como un dibujo²¹⁰ que esquematiza los cuatro sepulcros que constituían la tumba y el sarcófago de Tutankamón, y mapas. Algunas fotos de un acto que constituye parte de una secuencia que el lector deberá reconstruir, como la de la apertura de la tumba, con imágenes de Carter y de otros integrantes de la expedición, dan cuenta del hacer del investigador en ese proceso: ese acto pierde en la gráfica la solemnidad que el texto, en cambio, puede connotar.

Asimismo, se observan fotografías con carácter documental es decir que funcionan como prueba de afirmaciones realizadas en el texto. Así por ejemplo, la foto de un esqueleto hallado en una tumba etíope²¹¹ da cuenta de la verdad de la interpretación: se trata de una tragedia, la de un esclavo que fue enterrado vivo junto con el cadáver de su amo. O bien, la de una placa radiográfica de la momia de “Tothmes IV”, documenta un resultado de una técnica de investigación, cuya utilidad se explica en el texto:

- (ii) *Estima este profesor [Howard Carter] que el recurso de la radiografía es utilísimo en estos casos y debe ser aplicado en el primer momento, sin mover las momias, para localizar las joyas con que están ataviadas –y las tienen en profusión– así como para dar a los antropólogos y anatomistas elementos de estudio capaces de determinar los caracteres y edad del cuerpo hallado, así como el estado de solidez de los huesos*²¹².

Son muy pocos los textos referidos a descubrimientos paleontológicos acompañados de paratextos icónicos. Dos dibujos de una punta de lanza de hueso fosilizado hallada en Miramar, con indicación de la longitud, y la fotografía de un colmillo²¹³, sin ninguna referencia que permita comprender el tamaño, aunque las medidas están informadas en el texto. Al igual que en el caso de los descubrimientos arqueológicos, abundan los datos de medidas de los restos y de los lugares donde fueron encontrados. En algunos casos, la descripción es acompañada de algún tipo de comparación que permite reconstruir mentalmente el objeto. Por ejemplo, en la nota sobre el hallazgo de los restos de un “oso antediluviano”, se da razón del tamaño excepcional –y asombroso–:

- (iii) *[...] si bien no fue posible reconstruir todo el esqueleto de la fiera antediluviana, se ha establecido en forma indubitable que efectivamente se trata de un oso inmenso, cuyo tamaño debió haber sido por lo menos dos veces mayor que el más grande oso de cavernas europeo y de sus congéneres que habitaron en tiempos prehistóricos en*

²⁰⁷ Op. cit., 5/3/23, 4ª ed., p. 3.

²⁰⁸ Para la distinción entre función ilustrativa y función documental, ver Peralta, 2004: 45-46.

²⁰⁹ Op. cit., 20/3/23, 4ª ed., p. 4.

²¹⁰ Op. cit., 16/11/25, 4ª ed., p. 6.

²¹¹ Op. cit., 13/3/23, 4ª ed., p. 5.

²¹² Op. cit., 31/1/23, 4ª ed., p. 5.

²¹³ Op. cit., 25/2/18, 4ª ed., p. 2 y 26/3/22, 4ª ed., p. 3, respectivamente.

*las Américas del Norte y del Sur. El hueso del antebrazo en cuestión mide 75 centímetros y se estima que el *dinartoterium*, pues tal es el nombre dado a la especie, debe haber alcanzado una altura de por lo menos 2 metros y medio, es decir, medido el animal parado en sus cuatro patas*²¹⁴.

En varios artículos, como en este sobre el oso, es habitual el uso de ciertos vocablos que, si bien pueden llamar la atención en la actualidad, no parecen haber tenido incidencia importante en cuanto al conocimiento de los objetos. Por ejemplo, se elige el adjetivo “antediluviano”, hoy prácticamente en desuso, para referir algún rasgo de la datación de los restos fósiles. Desde el punto de vista conceptual, si se toma literalmente, el adjetivo no sólo implica la aceptación de la existencia del diluvio universal como una referencia histórica sino también sugiere al destinatario que existe una datación más o menos segura que, se podría suponer, era posible estimar a partir de interpretaciones del Génesis. No hemos encontrado textos que permitan analizar mejor ese uso en el diario. En el diccionario de la RAE de 1914, “antediluviano” tiene como única acepción “anterior al diluvio universal”. En el de 1925, ya aparece la segunda acepción, vigente hasta hoy, en la que se le asigna en sentido figurado, el valor de “antiquísimo”. Como es habitual, el uso suele ser anterior a la sanción académica, de modo que es probable que en el diario el adjetivo sólo refiriera este segundo sentido que, por otra parte, probablemente estuviera extendido en la época. En cualquier caso, en el contexto específico de la paleontología el adjetivo presenta un matiz a considerar: aun cuando para el diario no tuviera implicancia alguna respecto de la verdad de la existencia del diluvio, buscado o no, el adjetivo “antediluviano” tenía un efecto posible para el lector: establecía una referencia temporal algo más clara –en relación con un fósil– que el adjetivo “antiquísimo”, que podía ser atribuido a un tiempo muy antiguo, pero histórico. En el mismo texto sobre el oso antediluviano, también se utilizan “bestia” y “monstruo” para referirse al animal, usos que se repiten en otros textos. Se trata de vocablos que hoy no se usarían en esos contextos en la variante rioplatense del castellano pero que no parecen haber tenido –al menos no hemos encontrado ningún indicador en sentido contrario– valor peyorativo y remitirían a acepciones ya registradas en los diccionarios de la época, como “animal cuadrúpedo”, en el primer caso, y “cosa excesivamente grande o extraordinaria en cualquier línea”, en el segundo. El uso, pues, se explicaría precisamente en la necesidad de marcar el carácter extraordinario, asombroso, de esos animales, e implícitamente, de justificar que el hallazgo fuera noticia en un diario de información general.

Otro de los textos informativos presenta, sin embargo, un fragmento con explícita función divulgativa en los términos del diario, es decir, con finalidad didáctica, en este caso, como apoyo para la función informativa general. Se trata de la noticia del hallazgo en Montevideo, de restos fosilizados de un animal²¹⁵ cuya clasificación ofrece algunas dificultades. En efecto, tras informar detalles del descubrimiento y que aún no se sabía si se trataba de los restos de un “milodonte”, un “megaterio” o un “gliptodonte”, el diario justifica una descripción comparativa de las tres especies:

- (iv) *Creemos oportuno, ante un hallazgo de tanto interés científico, completar esta información dando a conocer algunos detalles acerca de los tres animales a uno de los cuales parecen pertenecer los restos [sic] encontrados en Montevideo.*

La comparación se realiza, en principio, entre el megaterio y el milodonte, siguiendo la taxonomía de base linneana, algo incompleta y, paradójicamente, con los taxones desordenados en la exposición: orden, subclase, clase, tipo. Del gliptodonte, en cambio, indica sólo dos de los

²¹⁴ Op. cit., 10/11/17, 4ª ed., p. 4.

²¹⁵ Op. cit., 26/1/23, 4ª ed., p. 5.

taxones, género y familia, en ese orden. No hay explicación en el texto en cuanto a la relación entre taxones. Luego acude a otros criterios descriptivos: indica, por ejemplo, el tamaño de los tres animales, pero del megaterio y el milodonte informa brevemente, además, cuándo y dónde fueron encontrados los primeros restos, y del milodonte y el gliptodonte, la denominación de la época en que habitaron –“cuaternaria”– para facilitar la comprensión, por ejemplo, de la relación entre la ubicación de los hallazgos y las etapas de la evolución del hombre conocida en la época; pero la referencia temporal, de todos modos, es insuficiente. Luego hay descripciones aproximadas de lo que debió haber sido el animal vivo. Más allá de que no mantiene los mismos parámetros de comparación en los tres casos, el texto da cuenta con ella de la existencia de una taxonomía e ilustra, de hecho, algunas de las categorías. Si se considera a los protagonistas del evento comunicativo, es posible observar otra variante de lo que denominamos *efecto de saber*. Si bien el acto de comparar especies en función de los taxones de la clasificación científica podría dar cuenta de que la práctica discursiva está dirigida a un destinatario que dispone de formación suficiente para comprender el sentido de las denominaciones y de la clasificación misma, la desorganización expositiva así como la selección arbitraria y asimétrica de los taxones en un único texto permite suponer que el enunciador mismo no tiene formación suficiente para organizar y explicar adecuadamente el contenido semántico de su práctica, es decir, reproduce sin comprender cabalmente él mismo el sentido de lo que enuncia, por lo que es poco probable que estuviera dirigiéndose a un lector al que considerara experto; más bien, parece un alarde de conocimiento frente a un lector al que evidentemente considera más ignorante²¹⁶. Al no mediar ningún reconocimiento explícito del enunciador respecto de las dificultades con que se encuentra, se produce el *efecto de saber*: frente a un lector no experto, la reproducción de terminología científica exhibe al enunciador como autoridad en el tema de que se trate.

De los textos producidos por prácticas de carácter divulgativo, uno está dedicado a un tema paleontológico, los otros cuatro, a temas de arqueología. Todos tienen en común el rasgo propio del campo periodístico de que procuran llamar la atención del lector a través de títulos que, desde el punto de vista formal, presentan el contenido como si se tratara de una noticia; o bien, en otros casos, con el mismo fin, lo tematizan como “secreto”. En varios de los textos se refieren *hallazgos* o *descubrimientos* que, si bien habían sido efectivamente realizados, no lo habían sido con la inmediatez necesaria para ser noticia.

En el texto sobre tema de paleontología, el título es el siguiente:

- (v) ***EL HALLAZGO DE UN CRÁNEO FÓSIL PITECÁNTROPO RENUEDA UNA INTERESANTE CUESTIÓN CIENTÍFICA***
¿Ha existido, en verdad, el antropo hasta hoy hipotético que sería la transición entre el hombre y el mono?²¹⁷

Un lector apresurado podría haber entendido que tanto el hallazgo como la renovación de la cuestión científica eran hechos recién acaecidos, sin embargo, los restos fósiles del “pitecántropo” habían sido hallados por Eugène Dubois en 1891, y así lo dirá el mismo texto, aunque en el último párrafo. Si bien la pregunta del subtítulo no era novedosa en el campo científico, sí lo era relativamente en el ámbito de la prensa masiva en el que, por un lado, era habitual más bien la denominación “eslabón perdido” para referirse a formas consideradas transicionales entre dos bien conocidas, y por el otro, no era común que se pusiera en duda una hipótesis; pero en cualquier caso no se trata de una “noticia”.

²¹⁶ Esta segunda posibilidad no sería extraña (ver Nota al pie N.º 3, la actitud del diario «Crítica» ante la llegada de Einstein a nuestro país).

²¹⁷ Op. cit., 8/8/25, 4ª ed., p. 4.

Precisamente, en algunas de las prácticas divulgativas, como se observa en este ejemplo, se tematizan no tanto datos concretos ya aceptados sino los debates que se mantienen vigentes en el campo de que se trate. Sin embargo, en este caso, no se desarrolla la pregunta del subtítulo, que se refiere a un debate vigente, sino que la deja planteada como una incógnita sin resolver. Tras recordar brevemente el hallazgo y el significado de las nombres científicos que había recibido por entonces –“*anthropopithecus erectus*”, primero, y “*pithecanthropus erectus*”, después–, enuncia que existieron debates. Pero luego presenta una cuestión nueva y no anunciada: la relación entre las controversias que siguieron al hallazgo de esos restos con las que se desataron en torno a la propuesta de Ameghino. Pero tampoco la desarrollará: se limitará a plantear que la teoría del hombre terciario no ponía en discusión al *pithecanthropus* sino al antecesor. Ubica, pues, ambas cuestiones en un virtual árbol de la evolución humana y, de ese modo, implícitamente, fortalece la aceptación de la teoría de la evolución, pues si bien muestra que pueden ser discutidos algunos datos que puntúan ese proceso, no presenta dudas respecto al valor general de la teoría. Cabe señalar que en el plano académico el evolucionismo ya no era discutido en sus líneas generales, y que, según señala Gvirtz (2000: 159-160) en un estudio sobre los textos escolares durante el período 1900 – 1950, si bien en la educación de nivel medio la perspectiva evolucionista era mayoritaria –pero no absoluta–, en el nivel primario no había ninguna orientación única en ese sentido y, aun más, la mayor parte de los libros presentaban una posición creacionista-fijista que ignoraba la teoría de la evolución, y algunos contraponían explícitamente ambas posiciones²¹⁸. Que los diarios, pues, muchos de cuyos lectores se habían formado en la escuela incluso antes del período que Gvirtz estudia, no pusiera en cuestión la teoría sino que más bien la naturalizara, era un aporte interesante en sí mismo, aun cuando, como es posible pensar, la aceptación de la Teoría de la Evolución fuera necesaria para mantener la congruencia con la aceptación de las posiciones del *darwinismo social* que, como es sabido²¹⁹, constituyeron –con sus matices– uno de los rasgos del Positivismo, y en las que también se apoyaba el eugenismo, temas sobre los que volveremos²²⁰.

Los elementos icónicos que incluye este texto son los únicos que tienen clara función pedagógica de entre todas las imágenes que presentan los demás textos, divulgativos o no. Se trata de la comparación entre cráneos diversos en cuanto a la forma y el tamaño, y en un caso, también incluye el cráneo del chimpancé. No se explicita la fuente ni del contenido del texto ni de la gráfica, aunque el hecho de que en uno de los dibujos compare cráneos de un “europeo actual (inglés)” y de un “australiano de nuestros días” sugiere una fuente inglesa²²¹.

En el ámbito de la arqueología, ya no resulta siempre tan claro qué tipo de conocimiento y/o qué procesos son evidenciados.

En el artículo “El secreto de la isla de Pascuas” [sic]²²², no hay indicios de que se trate de una

²¹⁸ La Teoría de la Evolución carecía por entonces de una teoría de la herencia y, aunque los científicos no dudaban de la efectiva evolución de las especies, la teoría de Darwin era tratada como una hipótesis más. Pero en el ámbito público la situación era distinta. Por ejemplo, en Estados Unidos, varios estados habían prohibido la enseñanza de la teoría, y en el mismo año en que se edita el artículo que analizamos, se producía en Tennessee el juicio al profesor de biología John T. Scopes por haber desafiado la prohibición. El docente fue declarado culpable y multado. Cabe señalar, por último, aún hoy hay planteos, como el del “diseño inteligente” que regresan al creacionismo (Cf. Moledo & Magnani, 2009: 117-118).

²¹⁹ Moledo & Magnani, op. cit., p. 121; Williams (1976: 265).

²²⁰ Ver Capítulo 5, parte introductoria, y § 5.2. La eugenesia como prédica.

²²¹ Al menos, de las imágenes, aunque es difícil que hubiera fuentes diferenciadas para texto y gráficos, pues significaría un trabajo de producción más complejo.

²²² Op. cit., 25/6/23, 4ª ed., p. 14.

noticia. Por el contrario, el título mismo y el primer párrafo desechan esa posibilidad: se anticipa que se referirá un artículo publicado por la «Revue Maritime»²²³, firmado por un “capitán de navío Voitoux”, a quien se atribuye, pues, explícitamente, el enunciado de conocimiento. Pero el enunciador llama la atención del lector con un título que ambiguamente puede anticipar de manera implícita o bien que se develará el contenido de un *secreto*, o bien que sólo se identificará en qué consiste la incógnita sin revelar un contenido que, precisamente, permanece desconocido. Se trata de un texto algo más complejo que los demás textos divulgativos en cuanto a la cantidad de información que aporta pero la estructura de la distribución temática es similar. Tras brindar datos acerca de la isla de Pascua, de describir los caracteres “raciales” de su población y las “estatuas colosales”, presenta, en primer lugar, el problema, cuya respuesta sería precisamente el *secreto* a develar y que permanece como incógnita: cómo pudieron ser erigidos tales monumentos en un espacio que no dispone de los materiales con que fueron hechos. Luego, enuncia dos hipótesis explicativas complementarias acerca de la erección de esas esculturas: una postula que los habitantes contemporáneos, encontrados en el siglo XVII por los europeos, no eran “los mismos que los de la raza de titánicos escultores”; la otra, ya vista más arriba²²⁴, postula que la isla era una necrópolis y que formaba parte de un archipiélago desaparecido tras un cataclismo —que se suponía similar a otro—, que se presenta como efectivamente acaecido y del que no se señala su carácter de mito: el de las islas Afortunadas²²⁵. Sin embargo, en el siguiente párrafo despliega argumentos, atribuidos a la fuente, también vistos párrafos más arriba, que apuntan a refutar cualquier propuesta explicativa del modo en que se pudieron haber erigido los monumentos que se apoye en una supuesta superioridad tecnológica de aquellos hipotéticos habitantes anteriores. De este modo, cancelando explícitamente la creencia expresada por el lugar común —*nada nuevo bajo el sol*—, se refuerza el carácter de verdad del cataclismo de las islas Afortunadas, con el que se compara el de la hipótesis referida a la isla de Pascua. Cabe señalar que el texto se centra en el problema y que, si bien brinda abundante información acerca de las estatuas, la asume conocida, es decir, focaliza el debate en torno a las hipótesis que se habían ofrecido como solución, y toma partido. En este caso, el texto no presenta elementos icónicos.

Otro de los artículos utiliza un descubrimiento arqueológico realizado en fecha sin precisar como punto de partida para presentar datos históricos. El título emula titulares de noticias:

- (vi) *UN NUEVO HALLAZGO, DE INCALCULABLE VALOR ARQUEOLÓGICO, DA REALCE A LAS EXCAVACIONES QUE SE REALIZAN EN CIRENAICA*²²⁶

No se explicita la fuente y nada se dice acerca de cuáles son las excavaciones que se realizan en la región de Cirenaica a la que el hallazgo daría “realce”; pero la información histórica es precisa y clara²²⁷:

- (vii) *Era Cirene una de las ciudades más importantes de una región septentrional africana, colonizada por griegos del Peloponeso y de las islas dóricas siete siglos antes de Cristo. [...] En el año 524 a.C., los cirenaicos quedaron tributarios del rey*

²²³ Ver más arriba, § 2.2.1.

²²⁴ Ver más arriba § 2.3. En busca del pasado: ruinas y tumbas; en particular, ejemplo (vi).

²²⁵ Las islas Afortunadas fueron nombradas por Plinio. En el caso de aceptar su existencia, hay debates acerca de la referencia geográfica precisa pero, con diferentes matices, varios autores se inclinan a considerar que se trata del archipiélago de Canarias. Cabe señalar que ya en el mismo texto de Plinio hay una interpolación con la referencia a la Atlántida, de donde parece provenir la idea de que las Afortunadas fueron afectadas por un cataclismo (Fuente: Álvarez Delgado, 1945).

²²⁶ Op. cit., 15/10/25, 4ª ed., p. 7.

²²⁷ Cabe recordar que no estamos evaluamos la corrección de los datos sino el modo en que son expuestos.

persa Cambises, volviendo luego a ser independientes hasta 321 a.C. en que, bajo la protección egipcia formaron un estado que recibió el nombre de Pentápolis Cirenaica, pues lo formaban cinco ciudades [...]. // Cirene poseyó suntuosos templos y otros monumentos de marcado carácter helénico, como que fue, en verdad, un foco de cultura griega, como lo demuestran los nombres de los filósofos Aristipo y Carnéades, del poeta Calímaco y del polígrafo Erastóstenes.

Así, tal como lo señalamos al focalizar los rasgos de la representación de las disciplinas, resulta evidente que los hallazgos arqueológicos –que en este caso también se precisan mejor– son objetos que permiten reconstruir la historia o confirmar hipótesis relativas a determinados períodos: la arqueología aparece pues en su carácter de auxiliar de la historia. Una fotografía importante, que ocupa en superficie de papel más que el texto mismo, presenta parte de los objetos hallados, fundamentalmente estatuas. El conocimiento aquí aparece, pues, implícitamente, como producto de procesos de inferencia a partir de la puesta en relación de los objetos observados con lo que se da como conocido en la disciplina.

En los otros dos textos, el tipo de conocimiento tendrá límites más imprecisos. En uno de los artículos, el título una vez más, presenta el tema como si fuese una noticia:

(viii) ***HALLAZGO DE UNA POBLACIÓN FENICIA EN ESPAÑA***²²⁸

Pero luego el copete, que funciona como un sumario del desagregado de temas de la nota, más un subtítulo destacado, evidencian el carácter divulgativo según los rasgos propios que estos textos tienen en «La Razón»:

(ix) *Investigaciones arqueológicas de una comisión de sabios alemanes – El templo de la Luz Dudosa – Las huellas de los fundadores de Gades y Cartago – Reminiscencias de la Edad de Piedra y la de Bronce*
El ducado de Medina Sidonia – Doñana y su historia

No se explicita la fuente, aunque una marca deíctica, en el cuarto párrafo, evidencia el origen español del texto: “Los fenicios que **vinieron** a España eran [...]”; y supone un lector informado, pues en las primeras líneas se hace referencia a “Schliemann en Hissarlik”, sin referencia alguna al hallazgo de los restos de Troya por parte de este arqueólogo, y sólo para compararlo con la afanosidad de una comisión “de arqueólogos y geógrafos alemanes” que, en fecha no precisada por el texto, hallaron los restos de una población fenicia en Sanlúcar de Barrameda, tema, en principio, del artículo. Es que el hallazgo, del que no se ofrece dato preciso alguno –incluso se llega a plantear que no es seguro que haya sido en Sanlúcar y que, según rumores, podría haber sido en el coto de Doñana–, sirve como excusa discursiva para realizar una exposición breve de las sucesivas poblaciones de la península –fenicios, cartagineses, griegos, romanos, godos, visigodos, árabes²²⁹–, y sobre la historia de Doñana, incluso a la bastante más cercana a ese momento. Pero el enunciador español, anónimo, evalúa posibilidades y explicita razonamientos:

(x) *No se sabe con exactitud en qué paraje de Sanlúcar ha sido descubierta la población fenicia o si, como aseguran otras versiones, ésta fue hallada en el coto de Doñana, sito en el límite de Almonte y que forma una isla de 16 leguas cuadradas en la ribera del Guadalquivir. Si es en Sanlúcar, el hallazgo se justifica perfectamente; [...]. En*

²²⁸ Op. cit., 1/10/23, 4ª ed., p. 7.

²²⁹ Es evidente en la enumeración que se excluyen otras poblaciones, como la de judíos y gitanos.

el coto de Doñana no es verosímil, por hallarse internado río arriba, y además porque los fenicios buscaban el mar para asiento de sus poblaciones.

No es el conjunto de datos, en este caso, sino ese tipo de razonamiento, a través del cual el enunciador evalúa la verosimilitud de un rumor relativo a la precisión de un dato, el mayor aporte al conocimiento de una nota que se caracteriza, justamente, por la información imprecisa: en ningún momento se dice, por ejemplo, en qué consistían los “restos descubiertos de la población fenicia”, ni cuáles eran las características de tales restos que daban certeza del origen fenicio cuando, al mismo tiempo, se da cuenta de la variedad de poblamientos que tuvo la península desde tiempos remotos. Pero el texto es un ejemplo de las varias oportunidades en que el diario daba espacio a voces que se presentaban capaces de comportarse como expertas, para evaluar, debatir o confrontar en temas científicos aun cuando resultara evidente para un público experto o semilego que no se trataba, precisamente, de un enunciador con experticia en el campo: se trata de otra modalidad para lograr un *efecto de saber*, que se produce aun cuando cabe la posibilidad de que provenga, una vez más, de un recorte algo arbitrario de frases o párrafos de una fuente que ofreciera más precisión y claridad.

Por último, veremos otro texto cuyo título –referido párrafos atrás– parece presentar una noticia. El título tematiza un sepulcro hallado en Cochabamba en fecha que no es precisada en el texto:

- (xi) *UN DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO TRASCENDENTAL*
*Revelaciones de un sepulcro indígena, de la vecindad de Cochabamba*²³⁰

Como anticipamos, está firmado por Wenceslao Jaime Molins, firma que se hace claramente responsable del enunciado, pues en el inicio del segundo párrafo utiliza la primera persona del singular para presentar el tema más específicamente:

- (xii) *En mi reciente viaje a La Paz, he tenido oportunidad de observar de cerca las piezas* [halladas en el sepulcro –la “chullpa”–], *en poder de un distinguido caballero boliviano.*

Antes de realizar una descripción bastante detallada de los objetos, plantea un primer problema: si las piezas de oro “de la más alta ley”, que constituían un conjunto de “ornamentos gentilicios”, era un equipamiento para la guerra o si se trataba de una “indumentaria señorial”, para las “grandes festividades”. Se inclina por la segunda opción bajo el argumento de que el metal era muy blando. Hasta allí, expone un criterio de análisis de los objetos que resulta interesante en sí mismo para un lector lego. A partir de esa conclusión general, describe entonces, e infiere:

- (xiii) *A manera de cota, por su configuración, más de quinientas escamas de oro circulares, y del tamaño de una libra esterlina, pero de un espesor mínimo, dan la idea de que ornaron el camisolín de tela o cuero, con destino a cubrir el pecho de un hombre. Dos rodajas grande, más consistentes, con diez centímetros de diámetro cada una, maceradas y repujadas a martillo, sugieren sin duda, su aplicación ornamental sobre las tetillas del gran señor. [...]*

Pero entre los objetos, hay uno que presenta un problema:

²³⁰ Op. cit., 21/6/26, 4ª ed., p. 3.

- (xiv) *Pero la pieza más interesante, a mi entender, la constituye la diadema, consistente en una plancha que representa una cabeza de hombre [...]. Lo más original de esta pieza –original hasta ser desconcertante– es la reproducción de los pelos de la barba, en la figura central. Hasta ahora, las investigaciones arqueológicas en la meseta andina no han dado por resultado el descubrimiento de vestigios de hombres barbados ni en la cerámica, ni en la pictografía, ni en la metalurgia. Este espécimen viene a abrir una nueva incógnita entre los eruditos versados en la prehistoria de América.*

La “incógnita” se refiere al origen del hombre americano “genuinamente autóctono” que, según Molins, hasta entonces la antropología no había “podido sentar, no obstante la gran fuente que abrió Ameghino”. Tras dejar el valor de verdad de la hipótesis del “hombre pampeano” en suspenso, deriva cuidadosamente como hipótesis explicativa la existencia de la Atlántida, como se observa en el ejemplo (xiii) del párrafo anterior (2.3.). Una hipótesis derivada de un mito adquiere, para Molins, un valor equivalente a una hipótesis científica. Y una vez más, el diario reproduce esta asociación como posible. Retomaremos esta cuestión²³¹, pero aquí es necesario destacar este fenómeno que incide en la representación del conocimiento científico.

Al cerrar el texto, Molins se defiende de antemano del ataque posible del que podía ser blanco por sostener esa hipótesis con la asunción retórica de un irónico silencio descalificador de cualquier impugnación, con la que cierra el texto:

- (xv) *Pero..., lo más prudente es que abandone esta disquisición, ya que puede hacer sonreír a tanto arqueólogo de biblioteca; y mi deseo, al hilvanar estas líneas, sobre tan valioso descubrimiento, no ha sido el de meterme –como se dice, usando el buen romance– en libros de caballerías...*

A través de este procedimiento opone implícitamente la figura del “arqueólogo de biblioteca” con la única contrafigura posible: la del arqueólogo que trabaja en el terreno. Luego veremos²³² otras vinculaciones de este procedimiento en cuanto a la relación probable entre Molins y Posnansky, pero aquí nos interesa destacar que se trata de una oposición recurrente en los textos, incluso de aquellos en los que el enunciador es el diario mismo, como ocurre en un ejemplo ya visto²³³ que corresponde a un texto titulado precisamente “La hipótesis científica”. Reproducimos una parte otra vez, para más claridad:

- (xvi) *No ha visto el cráneo [Elliot Smith] ni en fotografía; pero estos requisitos, que tienen valor de minucias, no han constituido obstáculos para la emisión de una opinión terminante.*

Como ya señaláramos, este tipo de argumento, utilizado para descalificar ya sean hipótesis o meras opiniones, evidencia el carácter central que tenía la experiencia –en este caso, personal– o la observación directa de los objetos como condición para plantear hipótesis con autoridad incluso cuando pudieran ser inverosímiles, como rasgo de la metodología de la ciencia y como garantía del saber.

²³¹ Ver Capítulo 5, § 5.3. La hipótesis del continente perdido.

²³² Ídem anterior.

²³³ Ver en este capítulo, § 2.2., ejemplo (ii).

En suma, la representación de la disciplina tiene como uno de sus rasgos principales el de cumplir el objetivo de develar misterios o secretos –según vimos en el apartado anterior–, pero a tenor del conocimiento informado o divulgado, la actividad de la arqueología y de la paleontología tiene la finalidad de buscar y encontrar objetos o restos del pasado, que no son más que piezas muy pequeñas de un rompecabezas que debe armar la historia. Pero además, los textos perfilan ciertos deslizamientos entre una concepción del tiempo como una línea abierta y una de ciclos cataclísmicos tales que suponen desarrollos culturales y, sobre todo, tecnológicos perdidos, superiores incluso en algunos casos a los del presente. Las denominaciones *misterio* o *secreto*, que tienen en muchos casos un valor metafórico para referir sencillamente aquello que no se conoce del pasado, adquiere entonces, a veces, un valor literal: no se trata sólo de algo que se desconoce o que está escondido sino también de un saber que resulta inalcanzable, que está más allá de lo que las ciencias pueden desentrañar, un saber que parece vinculado con cierta “esencia” de la humanidad, trascendente, que se materializa de diversas maneras en tiempos cuyos modos de discurrir son imposibles de desentrañar. Estas ciencias pues, parecen hurgar, según algunos de los rasgos de la representación, en las profundidades de las tumbas y de las ruinas en busca de los límites con una “verdad” metafísica, tal vez aquella que estaría “encubierta” por los mitos. La recurrencia a explicaciones no científicas –en varios aspectos que veremos luego²³⁴– parece confirmar esta interpretación.

En el despliegue de los temas, las prácticas ponen en evidencia modos simples del funcionamiento de las ciencias en cuanto al conocimiento: la inferencia a partir de la puesta en relación de los objetos recién hallados, con el conocimiento –que involucra el relato histórico– ya consensuado por el campo –o, al menos, presentado como si estuviera consensuado–; en ocasiones, se los pone en relación con relatos míticos. En relación con los arqueólogos y paleontólogos, las prácticas evidencian una representación, en general, de profesionales sin demasiados matices que los particularicen, que aparecen siempre en el segundo plano de un cuadro que focaliza más bien los objetos hallados. No aparecen marcados rasgos de heroicidad, como en el caso de los exploradores, ni tampoco rasgos “monásticos” como veremos en relación con los astrónomos, por ejemplo. Especialmente en el orden nacional, en cambio, los rasgos atribuidos a la figura de Florentino Ameghino parecen operar como modelo de profesional. En relación con esa valoración positiva, el diario parece hacer suya la voz del sabio nacional y mantener el reclamo de mayor atención por parte de las autoridades especialmente a una tarea que resulta muy importante en tanto se trata de la investigación de unos orígenes que, en nuestro territorio, van más allá de los de la patria y que son los de la humanidad misma. Por otra parte, al igual que en relación con los temas de otras disciplinas, las prácticas del diario muestran su propia actitud como “mediador” no experto: en las que no refieren cuestiones de política científica sino conocimiento específico de las disciplinas, acude a estrategias para producir *efectos de saber*.

²³⁴ Ver Capítulo 4. En los límites: entre ciencia y no-ciencia.

CAPÍTULO 3

EL CIELO Y EL INFIERNO: ASTRONOMÍA Y RAMAS DE LA GEOLOGÍA

3.1. Las coberturas

La astronomía ocupó también la atención del diario de manera casi cotidiana; en una menor medida, pero no desestimable, también atendió algunas cuestiones en el marco de la geología, principalmente, las cuestiones relativas a los volcanes, los terremotos y, lateralmente, el clima.

Respecto de la astronomía hay en los textos algunos tópicos recurrentes: los cometas, los eclipses, el descubrimiento de nuevas estrellas; en menor medida, se observan cuestiones referidas a las órbitas de los planetas. Se destaca, sin embargo, entre 1918 y 1924, un tópico específico: Marte. Este tópico tiene dos aspectos vinculados, en parte, entre sí: por un lado, el referido a los “canales”; por el otro, el referido a la comunicación con una civilización marciana cuya existencia se descuenta, y en el que aparecen involucradas personalidades con fuerte autoridad, como Marconi, aspecto éste que será tratado luego²³⁵.

En cuanto a los cometas, en la portada de un número de 1917, hay un breve sobre el cometa Schaumasse²³⁶ –que no se vería desde la Tierra–; la fuente es el director del Observatorio Nacional de Córdoba que, a su vez, reproduce un comunicado del Harvard College Observatory. En 1921, otro breve, esta vez originado en un comunicado del Observatorio de La Plata, se ocupa de desmentir que otro cometa, el Pons-Winnecke, *chocaría* con la Tierra²³⁷. En relación con el mismo cometa, un suelto tematiza las predicciones supersticiosas y las relaciona con hechos políticos e históricos que considera infaustos²³⁸.

El diario cubrió diferentes eclipses y también, a raíz de ellos, tematizó creencias populares, como en una crónica de 1918²³⁹ en la que, además, graficó con un esquema el mecanismo del fenómeno. También en setiembre de 1921 informó sobre un eclipse que se produciría el 1 de octubre siguiente, y presentó gráficos explicativos²⁴⁰. En este caso, además, encontró un motivo para cuestionar la poca atención prestada por el Estado a los observatorios nacionales. En diciembre de 1922 dedicó un breve a los eclipses de sol y de luna que se producirían durante 1923²⁴¹, y en abril de este último de los años, publicó una nota de divulgación con un mapa en el que graficaba todos los eclipses de sol que se producirían en el mundo hasta 1950²⁴² y explicaba por qué era posible predecirlos. También en 1923, pero esta vez en el mes de julio, anticipa que en setiembre se produciría otro eclipse de sol que se vería en el continente americano, y da cuenta de los trabajos científicos en torno a este tipo de fenómenos, así como de las relaciones

²³⁵ Ver Capítulo 4, § 4.4. La civilización extraterrestre: los habitantes de Marte.

²³⁶ “El cometa Schaumasse”, 6/6/17, 4ª ed., portada.

²³⁷ “Cometa Pons-Winnecke - ¿Hay probabilidades de un choque con la tierra?”, 15/4/21, 4ª ed., p. 3.

²³⁸ “Cometas fátidicos”, 22/7/21, 4ª ed., p. 4.

²³⁹ “Eclipse solar – Desarrollo del fenómeno – Creencias populares y tradicionales”, 3/12/18, 4ª ed., p. 3.

²⁴⁰ “Próximo eclipse de sol – Se producirá el 1 de octubre – Durará dos horas y podrá observarse en esta parte de América”, 22/9/21, 4ª ed., p. 4.

²⁴¹ “Eclipses en 1923 – Número y características de los fenómenos que se producirán”, 16/12/23, 4ª ed., portada.

²⁴² “Eclipses de sol hasta 1950”, 2/4/23, 4ª ed., p. 5.

entre el “sistema planetario con los movimientos sísmicos y las mareas”²⁴³. En agosto vuelve a recordar el eclipse, esta vez en portada; informa sobre la llegada de “sabios alemanes” a México y también sobre la de unos astrónomos franceses a Nueva York²⁴⁴. Por esos mismos días, en una crónica recupera y detalla supuestas relaciones entre el eclipse solar y distintos fenómenos marítimos y terrestres, incluyendo cuestiones climáticas²⁴⁵. Finalmente, cubre con una crónica, el desarrollo del eclipse, aunque volcada a los detalles de “color” antes que a la información de carácter científico.

El descubrimiento de una estrella en el firmamento y el debate acerca de si efectivamente se trataba de un nuevo objeto o de una “nova”, mereció una breve serie de notas. Una, del 7 de agosto de 1918, da cuenta, precisamente, de la que sería la primera observación realizada de la “Nova Aquilae”, pero el 26 del mismo mes, se informa que en realidad se trataba de una estrella ya conocida y, en octubre, en la sección eventual “Notas científicas”, con un breve cuya fuente es un artículo de la revista «Nature», introduce el interrogante acerca del crédito del descubrimiento de esa estrella²⁴⁶. En setiembre de 1920, en una nota firmada por un capitán de Marina, Federico W. Fernández, colaborador más o menos habitual del diario, que en esta ocasión, escribe en su condición de “maestro de la Sociedad Teosófica”, se da cuenta del descubrimiento de otra estrella en el hemisferio boreal realizada por otro teósofo, Mario Roso de Luna²⁴⁷, pero en un texto apenas posterior, de dos días después, una voz anónima que se identifica como “cronista”, en tercera persona, manifiesta escepticismo y se pregunta acerca de la clasificación como “temporaria” en la que se habría incluido a la estrella descubierta por Roso de Luna, e ironiza acerca del comportamiento de algunos integrantes del campo de la astronomía²⁴⁸. No hay aclaración alguna acerca de la confusión entre la denominación “nova” y el simple adjetivo “nueva” en la que alguna de las fuentes del diario parecen incurrir y que éste reproduce.

El sol y los planetas merecieron algunas notas. En particular, interesan una crónica relativa a la “conjunción de Júpiter y Venus”, de noviembre de 1923 y, de casi un año después, un texto de divulgación acerca de que cuatro de los cinco planetas “superiores” –Marte, Júpiter, Saturno y Urano– se hallaban a la vista desde la Tierra²⁴⁹. Un par de años más adelante, las preocupaciones son de otro tenor. En efecto, un texto divulgativo se pregunta si existe la posibilidad de que la Tierra “adquiera” una nueva luna; la respuesta afirmativa se funda en la opinión de diversas fuentes –Scriven Bolton, un astrónomo inglés de la “Real Sociedad Astronómica”; el “doctor Baade”, de la “Universidad de Hamburgo”; el “profesor E. B. Frost”, del “observatorio de Yerquers”, de la “Universidad de Chicago”– que consideraban posible que la Tierra “atrapara” un asteroide que pasara cerca de modo tal que pudiera quedar sometido a la gravedad terrestre²⁵⁰. Unos años antes, en 1920, un breve originado en un cable de Associated Press, reseña un artículo publicado en la revista «Le Temps» acerca de una propuesta teórica referida a la determinación del “origen del calor solar”, y en 1925, en la sección “Mecánica y Electricidad”, dos notas de carácter divulgativo tematizan la visualización del espectro del hidrógeno de las nebulosas y las

²⁴³ “Para el 10 de setiembre se anuncia un eclipse de sol que será visible en el continente americano”, 25/7/23, 4ª ed., p. 5.

²⁴⁴ “El eclipse solar del 10 de setiembre”, 20/8/23, 4ª ed., portada.

²⁴⁵ “Fenómenos marítimos y terrestres que preceden al eclipse solar”, 21/8/23, 4ª ed., p. 4x.

²⁴⁶ “Descubrimiento de una nueva estrella” (7/8/18, 4ª ed., p. 4), “Nueva estrella en Aquila – Es identificada como conocida” (26/8/18, 4ª ed., p. 4) y “¿Quién descubrió Nova Aquilae?” (17/10/18, 4ª ed., p. 6, sección “Notas científicas”), respectivamente.

²⁴⁷ “Aparición de una nueva estrella en el hemisferio boreal”, 22/9/20, 4ª ed., p. 3.

²⁴⁸ “Otra estrella temporaria”, 24/9/20, 4ª ed., portada.

²⁴⁹ “La conjunción de Júpiter y Venus” (2/11/23, 4ª ed., p. 4) y “Se hallan actualmente a la vista cuatro de los cinco planetas superiores” (21/8/24, 4ª ed., p. 4), respectivamente.

²⁵⁰ “¿Tendremos una nueva luna?”, 12/3/25, 4ª ed., p. 5.

manchas solares²⁵¹.

Respecto de los hombres e instituciones, trabajaremos –además– con cuatro textos. Un suelto de 1920 sobre el caso de un vendedor ambulante que se había convertido en astrónomo, la crónica de una visita al Observatorio Nacional de Córdoba –firmada por “E. de la Fuente”– y una necrológica sobre el “astrónomo meteorologista” Isidoro Campos²⁵², un personaje popular de fama más o menos efímera pero cuya memoria parece justificar la publicación de la nota en la portada del diario.

En cuanto a los aspectos de la geología, los tópicos que acaparaban la mayor atención eran los movimientos sísmicos y los volcanes. En noviembre de 1918, el diario publica una nota cuyo título remite a una recopilación de opiniones acerca de los posibles modos en que se podría “terminar el mundo”; aunque las respuestas sean especulaciones encuadradas dentro del campo de la astronomía, la geología o la física²⁵³, y no haya referencia al apocalipsis en sentido religioso, lo supone. En marzo de 1921, una nota de divulgación²⁵⁴ informa sobre los modos en que el vulcanólogo Thomas Jaggar llegó a medir la temperatura de la lava del volcán Kilauea, en Hawai; la fuente del relato del procedimiento es un asistente que realizó la tarea con el especialista. En diciembre del año siguiente, un texto presenta la hipótesis del “profesor Nordman” –probablemente, el astrónomo Charles Nordmann– acerca de los temblores de tierra, a partir del por entonces último terremoto de Chile²⁵⁵. Una crónica con segmentos divulgativos, de junio de 1923, se refiere a los temblores de tierra y las erupciones volcánicas, cuyo punto de partida habían sido movimientos sísmicos producidos durante el mes de mayo; el texto presenta una serie de predicciones respecto a futuros terremotos²⁵⁶. Pocos meses después, publica una nota de divulgación que reseña las erupciones de distintos volcanes, especialmente del Etna y del Krakatoa, aunque el título se refiera a fenómenos sísmicos²⁵⁷. En 1924, vuelve a informar predicciones diversas sobre terremotos y maremotos, y un breve del año siguiente hace lo mismo²⁵⁸; ambos fueron publicados en la portada. Una crónica de 1925 da cuenta con detalle –la fuente es un astrónomo del Observatorio de La Plata, el “doctor Federico Simkenheimer”– de unos temblores registrados en los dos días previos²⁵⁹. A raíz de unos terremotos ocurridos en Hawai y en las islas Azores, una nota se explaya sobre Rafael Bendandi, un predictor de sismos –famoso, sobre todo en Italia–, en particular, en torno al origen y formación de este aficionado²⁶⁰.

Respecto de personas e instituciones, en 1924 da cuenta de las difíciles tareas realizadas por geólogos para trazar un mapa del río Colorado –el de Estados Unidos–. Al año siguiente, publica una entrevista glosada con Martín Gil, el por entonces popular pronosticador cordobés del clima,

²⁵¹ “Origen del calor solar” (11/8/20, 4ª ed., p. 6), “El espectro del hidrógeno de las nebulosas” (26/5/25, 4ª ed., p. 16, sección “Mecánica y Electricidad”), y “Las manchas solares y los estudios físicos” (14/9/25, 4ª ed., p. 16, sección “Mecánica y Electricidad”), respectivamente.

²⁵² “De obrero a astrónomo” (8/4/20, 4ª ed., p. 7), “Una visita al Observatorio Nacional de Córdoba” (28/3/21, 4ª ed., p. 5), “En el gran observatorio Berlín-Babelsberg” (15/2/23, 4ª ed., p. 9) y “Ha muerto en La Plata Isidoro Campos, el popular 'astrónomo meteorologista’” (14/10/25, 4ª ed., portada), respectivamente.

²⁵³ “¿Cuál será el fin del mundo? – Opinión de algunos sabios”, 29/11/18, 4ª ed., p. 5.

²⁵⁴ “Un explorador de volcanes – Impresionante descripción de un descenso a la Cueva del Fuego Eterno”, 30/3/21, 4ª ed., p. 5.

²⁵⁵ “A propósito de los temblores de tierra”, 27/12/22, 4ª ed., portada.

²⁵⁶ “Los temblores de tierra y las erupciones volcánicas – Causas físicas, astronómicas y cósmicas que han podido ocasionar la lava del Etna”, 30/6/23, 4ª ed., p. 5.

²⁵⁷ “Breves noticias acerca de los más violentos fenómenos sísmicos que registra la historia”, 8/9/23, 4ª ed., p. 5.

²⁵⁸ “Se anuncia un nuevo período activo de terremotos y maremotos” (26/4/24, 4ª ed., portada) y “Se producirán violentos temblores de tierra” (16/6/25, 4ª ed., portada), respectivamente.

²⁵⁹ “Los últimos temblores siguen siendo objeto de estudio por los especialistas”, 16/10/25, 4ª ed., p. 5.

²⁶⁰ “No han tomado por sorpresa los terremotos de Hawai y las Azores”, 23/4/26, 4ª ed., p. 5.

y en 1930, un breve informa sobre la futura instalación de un observatorio sismológico en Mendoza²⁶¹.

Desde el punto de vista gráfico, este conjunto de notas es relativamente pobre. No abundan mapas, esquemas ni fotografías. Apenas, un croquis indica la ubicación de “Nova Aquilae”, unos dibujos ilustran las conjunciones planetarias, algunos esquemas explican los eclipses de sol y un mapa los anticipa hasta 1950. En cualquier caso, es poca la cantidad en comparación con la abundancia de fotografías, esquemas, mapas publicados en relación con los viajes de exploración, con la paleontología y la arqueología. Probablemente, la poca cantidad de imágenes fotográficas, en particular, se debiera no tanto a decisiones editoriales sino a una efectiva reducida cantidad de fotos obtenidas en el marco de las disciplinas por razones técnicas. Pero eso no explica la ausencia de fotografías de volcanes, zonas afectadas, etc., o de croquis y esquemas explicativos, por ejemplo, del funcionamiento de los volcanes.

Realizaremos a continuación un recorrido similar al que hicimos en relación con las otras disciplinas: observaremos primero las representaciones relativas a los científicos, luego a las de las disciplinas y, por último, a las del conocimiento.

3.2. Astrónomos, vulcanólogos, sismólogos

Los rasgos de la representación de los astrónomos y geólogos, al igual que los de los paleontólogos, arqueólogos o antropólogos, no aparecen, en general, fuertemente marcados. En muchos textos, incluso, no hay referencia a ellos. Y en otros, son mencionados sólo por su condición de participantes de los hechos objeto de la noticia o por su carácter de fuente, a lo sumo con algún epíteto como, por ejemplo, “célebre” o “erudito”.

- (i) *El erudito astrónomo norteamericano, doctor W. H. Pickering, director del Observatorio Nacional de Blue Hill, ofrece una explicación nueva sobre la inmensidad de los canales [...] de Marte*²⁶².

En otros casos, sobre todo cuando se trata de instituciones oficiales de nuestro país, puede aparecer el cargo pero no el nombre del científico, en un modo en que no sería aceptable en la actualidad:

- (ii) *El director del Observatorio Nacional de Córdoba nos transmite la siguiente información relacionada con el cometa descubierto por el astrónomo Schaumasse*.²⁶³

El nombre elidido es el de Charles Dillon Perrine, astrónomo norteamericano contratado para dirigir el por entonces Observatorio Nacional de Córdoba y que ejerció el cargo entre 1909 y 1936²⁶⁴. No parece que hubiera ninguna inquina particular detrás de esta elisión pues, como veremos enseguida, en otra ocasión el diario publica una entrevista glosada a este astrónomo.

Incluso en algunas oportunidades, son las instituciones las que aparecen como fuente, sin referir cargo ni responsable:

²⁶¹ “La tarea de los geólogos para trazar el mapa del río Colorado” (20/5/24, 4ª ed., p. 14x), “Amena e instructiva charla con Martín Gil” (16/5/25, 4ª ed., p. 8) y “Se instalará en Mendoza un observatorio sismológico de gran poder” (3/7/30, 6ª ed., p. 10), respectivamente.

²⁶² Op. cit., 30/3/18, 4ª ed., p. 7.

²⁶³ Op. cit., 6/6/17, 4ª ed., portada. También en op. cit., LR, 26/8/18, 4ª ed., p. 4.

²⁶⁴ Fuente: Paolantonio & Minniti (s/d).

- (iii) *El observatorio astronómico de La Plata ha enviado a los diarios la siguiente nota respecto a la aparición del cometa Pons-Winnecke.*

También hay pocos casos en que se nombran personas sin indicación de institución ni de antecedente alguno que justifique autoridad más allá del título profesional:

- (iv) *Los señores ingenieros Enrique Zurini y Alfredo Zimmermann Resta²⁶⁵ nos envían los siguientes interesantes datos acerca del eclipse de sol que se producirá dentro de pocos días.²⁶⁶*

Una vez más, pues, parece que no son los agentes sino los hechos, los datos o el saber los focalizados por las prácticas discursivas.

Sin embargo, hay algunas pocas excepciones en las que resulta interesante detenerse, aun cuando no se trate de un fenómeno cuantitativamente importante, pues permiten observar la reiteración de algunos rasgos de la representación de los profesionales. Uno de ellos es el que deviene de la analogía con cierto carácter casi monástico, en particular, atribuido a algunos astrónomos vinculados con las instituciones nacionales. Con motivo de una visita periodística al Observatorio Nacional de Córdoba, se indica ese carácter:

- (v) *En realidad, no es para menos [que estar orgullosos], pues se trata de una gran institución científica, quizá por la calidad de los estudios que realiza, única en su género en Sud América, y en la que un núcleo de personas, casi todas extranjeras, vive en la más completa abstracción de las cosas del mundo, para dedicar toda su vida y sus afanes a explorar el infinito [...]²⁶⁷.*

En parte sustentado en un dato real –el director del Observatorio Nacional de Córdoba tenía su vivienda en la misma institución y, tal como señala la nota, la mayor parte de los astrónomos eran norteamericanos–, el texto acentúa el alejamiento de las cuestiones mundanas, apelando a cierta característica ya asignada a otros científicos, como vimos en relación con Ameghino, cuando Torcelli apelaba a la anécdota atribuida a Schiaparelli²⁶⁸: la concentración en el conocimiento y el desconocimiento del resto de los hechos del mundo.

En ese sentido, al inicio de la misma nota, en un fragmento en el que, con un estilo que parece evocar el de novelas románticas del siglo XIX, relata la llegada al Observatorio del periodista enviado, y en una escena dialogada entre dos personajes cuya identidad se omite, se reitera el rasgo de aislamiento, a la vez que introduce otra característica:

- (vi) *El carruaje trepa lentamente los caminos que llevan hacia ese sitio, porque ha llovido y están poco menos que intransitables. // Alguien que nos acompaña, dice con aire de enojo:
–Estos astrónomos bien podían hacer arreglar este camino...*

²⁶⁵ Alfredo Zimmermann Resta (1895-1925) se desempeñó unos meses durante 1911 en el Observatorio Argentino de La Plata. Falleció en un accidente cuando estudiaba las condiciones para el establecimiento del ferrocarril que une San Antonio con Nahuel Huapi, una de cuyas estaciones lleva su nombre. (Fuente: <http://www.ferrocarrilesnelconosur.co.uk/14Sfetyymology.html>, consultada el 6/3/2013). No hemos encontrado referencia del ingeniero Enrique Zurini.

²⁶⁶ Op. cit., 22/9/21, 4ª ed., p. 4.

²⁶⁷ Op. cit., 28/3/21, 4ª ed., p. 5.

²⁶⁸ Ver Capítulo 2, § 2.2.1. Excursus: en torno a la representación de Ameghino, ejemplo (iii).

Y entonces responde un conocido cordobés que hace como si también fuera sabio: –Estos astrónomos, son muy raras las veces que circulan por estos fangosos caminos: el que ellos recorren día a día es infinitamente más grande, y si en realidad no tiene esta clase obstáculos, tiene otros que únicamente pueden ser salvados a fuerza de cerebro y de ciencia.

Esa caracterización de los astrónomos de instituciones nacionales –no se observa prácticamente este rasgo en relación con instituciones extranjeras– se vincula, pues, con otra: son profesionales bien formados, inteligentes y disciplinados. En otra nota posterior, se agrega otra característica: trabajan sin cesar:

- (vii) *En nuestro país tenemos observatorios como los de La Plata y Córdoba a cargo no de astrólogos, de adivinos o agoreros sino de hombres realmente estudiosos, que se pasan las noches en claro y los días en turbio, observando la marcha de la mecánica celeste [...]*²⁶⁹.
- (viii) *En los observatorios de La Plata y Córdoba –donde se trabaja sin descanso estudiando la mecánica celeste– se espera con vivo interés el resultado de las investigaciones a que dará motivo el eclipse*²⁷⁰.

Es probable que la clara distinción entre astrónomos y “astrólogos” –o su correlato en la cultura popular, los “adivinos” y “agoreros”–, que se evidencia en el ejemplo (vii), apuntara a precisar el tipo de trabajo realizado en cualquier observatorio y a disipar confusiones para un público con un nivel de conocimientos realmente muy bajo, más allá de que toda la nota tenga una marcada funcionalidad expresiva de tono humorístico²⁷¹. Pero creemos que, además, hay otro motivo: como veremos enseguida el diario promovía la inversión de capitales privados para el desarrollo de la investigación en astronomía, y la reiterada caracterización de los astrónomos como trabajadores y estudiosos, absolutamente alejados de cualquier intencionalidad no científica –y no productiva–, que realiza en otras dos notas de 1923 seguramente se vinculaba con esa promoción.

En efecto, dos años antes, en 1921, se realiza la visita periodística al Observatorio Nacional de Córdoba que origina una nota²⁷² gráficamente importante, firmada por “E. de la Fuente”²⁷³. En ella, casi en el cierre, en el antepenúltimo párrafo, se explicita la necesidad de proveer de más recursos a la institución:

- (ix) *Al observatorio Nacional de Córdoba le hace falta que se le aumenten los recursos, para que en esa forma pueda desarrollar una labor más amplia, pues con el personal que tiene debidamente capacitado, está en condiciones de prestar inmensos beneficios.*

El núcleo de la visita –y de la nota– es una entrevista al doctor Perrine, su director, que se ofrece glosada. Y es él probablemente quien realiza el reclamo del que de la Fuente –y el diario– se

²⁶⁹ Op. cit., 25/7/23, 4ª ed., p. 5.

²⁷⁰ Op. cit., 20/8/23, 4ª ed., portada.

²⁷¹ En otro texto del mismo año –“La conjunción de Júpiter y Venus” (2/11/23, 4ª ed., p. 4)– que no presenta la misma funcionalidad expresiva humorística, también se insiste con la distinción.

²⁷² Op. cit., 28/3/21, 4ª ed., p. 5.

²⁷³ No hemos encontrado referencia alguna de este firmante que, por otra parte, no vuelve a aparecer en el diario, al menos, como autor de textos relativos a ciencia.

hace eco. Según señalan Paolantonio & Minniti (s/d: 54), el aumento del presupuesto del observatorio había sido una promesa para que, en 1909, Perrine aceptara el cargo y si bien –según afirman estos autores– tal promesa había sido en buena medida cumplida, no habría por qué suponer que las partidas resultaran suficientes para expandir –once años después– las actividades de la institución. Pero el apoyo, explícito en la voz periodística, no es meramente solidario. Hay otros motivos por los cuales para «La Razón» podía ser relevante la atención al Observatorio. Uno de esos motivos, se vincula con el desarrollo industrial pero, según se desprende de la misma nota, no tanto por el aporte eventual del conocimiento astronómico en sí mismo:

- (x) *Si pudieran obtenerse placas [...] más sensibles [...], serían ellas útiles para [...] el estudio de estrellas lánguidas o lejanas, y que hoy resulta en absoluto imposible ver, pues aquellas observaciones es más factibles hacerlas por medio de la fotografía que por el de los actuales aparatos. // Considera el director del observatorio de Córdoba, que dentro del país podría implantarse esa importante industria de las placas secas ultrasensibles [...].*

Claro está que, más allá del desarrollo de esa industria, el Observatorio necesitaba recursos, pero la expectativa era que provinieran del ámbito privado, un poco según la representación del modelo socioeconómico norteamericano que, en general, el diario promovía, según vimos²⁷⁴. En efecto, según Perrine:

- (xi) *[...] para el éxito de esos progresos científicos, [hace falta] la cooperación de los hombres de fortuna, capaces de favorecer el desarrollo de las ciencias a su más alto grado, como sucede en Estados Unidos, en donde no se acude casi nunca a los gobiernos para obtener esas facilidades para trabajos y experimentos que, en la gran mayoría de los casos, son costeados por hombres amigos de favorecer el desarrollo de las ciencias.*

Y a continuación, el diario señala que la asistencia del gobierno es la última instancia prevista por el astrónomo:

- (xii) *Cree el señor Perrine que dentro del país han de surgir personas capaces de impulsar esos estudios y, sólo en último caso recurriría con ese objeto al gobierno nacional.*

Este doble desarrollo posible –el de la investigación en sí misma, y el industrial para proveerla de insumos– era motivo suficiente para que el diario propagandizara esta actividad científica a efectos de conseguir las inversiones privadas que permitieran alejar la posibilidad de que debiera realizarlas el gobierno. En la misma nota, de la Fuente enumera algunos de los trabajos “de alta trascendencia científica” que se realizaban en el observatorio.

Pero probablemente hubiera también otra cuestión implícita vinculada con la formación de recursos humanos nacionales para la actividad. En la misma nota, el diario enumera al personal extranjero –norteamericano– que trabajaba en el Observatorio de Córdoba:

- (xiii) *Además de su director, el observatorio de Córdoba está a cargo de los siguientes astrónomos y calculistas: M. L. Zimmer, C. W. Hawking, R. E. Winter, F. P. Symonds,*

²⁷⁴ Ver Parte I, Capítulo 1, § 1.2.3. El desarrollo industrial, y Conclusiones de esa parte.

E. Chaudet, E. Hennings, L. Guerin, B. Lind, J. Bay, A. Tretter, T. Fisher, H. G. Symonds, E. C. Ogilvie e I. Elena.

En efecto, cuando en 1871 Sarmiento funda el Observatorio Nacional de Córdoba –por iniciativa gestada anteriormente en Nueva York durante su estada como ministro plenipotenciario de Mitre–, nombra como primer director a quien había sido el primer promotor del proyecto, el astrónomo norteamericano Benjamin Arthorp Gould, a quién sucederían otros estadounidenses: John Thome (entre 1885 y 1908) y quien estaba a cargo de la dirección en la etapa que estudiamos, Charles Dillon Perrine, hasta 1936. Como se puede observar, fue una larga etapa –65 años en total; 52, a la fecha de la nota que estamos analizando– en la que el Observatorio estuvo bajo la dirección de norteamericanos (Cf. de Asúa, 2010^b: 86-91; Paolantonio & Minniti, s/d: 3-16 y Babini, 1986: 161-165).

Si esa dirección extranjera no era el centro de la preocupación, sí podía serlo, al menos, el hecho de que no se formaran astrónomos *argentinos*. Hacia el final del texto, de la Fuente pregunta por la formación de astrónomos nacionales y la respuesta no resulta muy satisfactoria:

- (xiv) *El señor Perrine, refiriéndose a los estudios argentinos y a la probabilidad de que se obtengan astrónomos de nuestra nacionalidad, nos dijo que son muchos los estudiantes de ingeniería, por ejemplo, que acuden para tomar nociones y datos pero que, a su juicio, es difícil encontrar personas que se amolden a seguir esa carrera, por la falta de recursos para llenar las aspiraciones de la mayoría de nuestra juventud. // Es una carrera, nos dijo, en la cual no se puede ganar dinero o, mejor dicho, crear fortuna, que es a lo que hoy se aspira, pues está llamada únicamente a sacrificarse en holocausto de la ciencia.*

Y el círculo parece cerrarse nuevamente en el rasgo monástico o sacerdotal atribuido al científico en general, que debería estar dispuesto, pues, al *sacrificio*. Cierta tensión, entonces, entre el deseo y la realidad que el texto delinea: los jóvenes argentinos parecían estar lejos de estos desarrollos que implicaran tales sacrificios y más interesados en acceder a un *doctorado* que satisficiera las apetencias de ascenso social aun cuando tal título creara, al decir del diario, un “proletariado” universitario. Recordemos que, para «La Razón» era pernicioso el “doctorismo”, es decir, la constante elección “masiva” de las carreras de medicina y abogacía²⁷⁵, y esa prédica estaba acompañada de un reclamo para que los jóvenes estudiaran carreras “prácticas”, oficios, en suma, saberes y títulos vinculados con la producción. En el caso de la formación de astrónomos, entonces, si bien se trataría de una profesión no vinculada directamente con la producción, sí lo estaba con ciertos servicios –el Observatorio de Córdoba había organizado, por ejemplo, la Oficina Meteorológica Argentina, fundamental para un país cuya principal producción era la agropecuaria (Paolantonio & Minniti, s/d: 36; Minniti Morgan, s/d), entre otros²⁷⁶–, abría la posibilidad de desarrollar una industria y también tenía el carácter de una acción patriótica: la de ocuparse de las instituciones nacionales de investigación. Pero no parecía haber jóvenes dispuestos a ese *sacrificio*, ni capital, más allá de las esperanzas de Perrine respecto de esto último.

²⁷⁵ De Asúa cita al historiador Luis Tognetti para señalar que la mayoría de los egresados de la Facultad de Ciencias en Córdoba eran agrimensores (aproximadamente, dos tercios) o ingenieros civiles y geógrafos (un tercio): aun entre los menos que elegían carreras vinculadas con estas disciplinas se observa preferencia por carreras profesionales antes que académicas (2010^b: 95).

²⁷⁶ Desde su creación el Observatorio había contribuido al establecimiento del sistema de pesos y medidas (entre 1875 y 1880), la determinación de la hora oficial (desde 1872 para telégrafo y ferrocarriles; desde 1894 para todo el país, considerando como referencia el meridiano del observatorio, hasta la adopción del sistema de usos internacional con referencia en el de Greenwich, en 1920) (Cf. Paolantonio & Minniti, s/d: 32-38).

Una herida más para el orgullo nacional, puntual esta vez, se evidencia lateralmente con motivo de otra cuestión. En la nota ya referida en el ejemplo (vi), sobre el eclipse anunciado para el 10 de setiembre de 1923, se informaba que una “comisión de astrónomos alemanes” iba a viajar a México para estudiar el eclipse. En uno de los primeros párrafos, jugando con imágenes relativas al campo mismo de la astronomía, el diario plantea:

- (xv) *Por tratarse [los alemanes] de astrónomos de gran magnitud –verdaderas constelaciones científicas, no nebulosas, de las que tanto abundan en el cielo estrellado de la mediocridad– nos hubiera complacido, sobremanera, que el país de elección hubiera sido la Argentina.*

Resulta claro que el lamento corresponde a cierta decepción por el hecho de que no hubiera sido elegido nuestro país. Y poco más adelante, en el mismo texto, señala:

- (xvi) [...] *la visita de los sabios alemanes, de haberse efectuado [a nuestro país], con seguridad que influiría para un mayor conocimiento de las manchas solares y un estudio más amplio de los anillos de Neptuno y de los cuernos de la luna. No ha sido, desgraciadamente, así, y lo lamentamos; pero otra vez será, si al sistema planetario no se le antoja incorporarnos a la cola de un cometa o a la espiral de una nebulosa.*

El hecho de que no fuera nuestro país el elegido por los astrónomos alemanes era motivo de lamento, y en particular por el potencial menor desarrollo de la investigación en nuestro país que, a criterio del diario resultaba de ese hecho. Estos dos últimos fragmentos presentan, además, otra cuestión, la competencia entre instituciones, que aparece más escondida, sobre la que volveremos en el párrafo siguiente referido a las disciplinas.

En relación con las dificultades que puede enfrentar un individuo y los sacrificios necesarios para alcanzar determinadas metas, en este caso vinculadas con la astronomía, dos notas de distintos momentos muestran modelos en parte diferentes entre sí pero en línea con cierto estereotipo: el del “self made man”, esto es, en ese caso, el hombre nacido en familia pobre capaz de llegar a ocupar un lugar entre los científicos en base al talento o el “genio” pero también al esfuerzo personal y el *sacrificio*. Así, en un suelto de 1920, cuyo título anticipa claramente el contenido –“De obrero a astrónomo”²⁷⁷–, se ocupa de la historia de Bruno Hans Bürgel de cuya trayectoria da cuenta él mismo en su libro que, con idéntico título que el de la nota, había editado el año anterior, 1919. El diario lo presenta erróneamente con apellido *Buerguet*, y menciona, además del texto recién citado, otro, de 1910, *Mundos lejanos*. La biografía sucinta que constituye la nota lo presenta como un “vendedor ambulante” que, por mérito propio estudió astronomía y que tras leer un libro se entrevistó con el autor, un astrónomo del observatorio de Berlín con cuya protección pudo finalmente dedicarse a la disciplina. Más allá del grado de ajuste de esta versión a otras de la vida de Bürgel, lo cierto es que en el primer párrafo el comentario da cuenta de la representación típica del «self made man»:

- (xvii) *La constancia, la inteligencia bien dirigida y el trabajo, han hecho de un modesto obrero un sabio astrónomo.*

El texto reconoce que “gracias a la protección del astrónomo” del observatorio de Berlín –el diario no da el nombre, pero se trata de Wilhelm Meyer²⁷⁸–, Bürgel obtuvo un “modesto empleo”

²⁷⁷ 8/4/20, 4ª ed., p. 7.

²⁷⁸ Bruno Hans Bürgel (1875-1948) fue hijo de un zapatero y habría trabajado en una fábrica. Wilhelm M. Meyer

en esa institución, y destaca que Bürgel pudo seguir sus estudios en la “Universidad de Berlín”, tras obtener un permiso sustentado en “su aplicación, su honradez y amor al trabajo”: valora, pues, la actitud individual como condición necesaria para obtener tal protección y alcanzar el éxito.

En otro texto, en este caso, relativo al sismólogo italiano Rafael Bendandi, aunque el tema central de la nota es la confiabilidad de sus predicciones de los fenómenos sísmicos, valorada positivamente, tras llamarlo “hijo del pueblo”, alude a algunos detalles de su biografía que evidencian también la valoración del “self made man”:

(xviii) *Afirma este **hijo del pueblo**, con una seguridad impresionante, que el terremoto es un fenómeno natural y como tal está sujeto a sus leyes y no al acaso [sic]. // Se sabe que fue, en su primera juventud, obrero ebanista. Sus aficiones lo hicieron realizar ensayos y más ensayos, reunir y catalogar observaciones, hasta que por fin apareció un rayo de luz. // **Desafiando la ironía, el sarcasmo y las más o menos veladas insinuaciones de demencia, luego de comprobar [...]**²⁷⁹.*

Aunque volveremos luego, en el párrafo dedicado al análisis de las representaciones relativas al conocimiento, aquí es posible señalar la admiración de la voz del diario por aquel que de obrero ebanista pasó a ser reconocido en temas de geología ya no sólo a pesar de las dificultades de tipo socioeconómico sino también a pesar de las descalificaciones sufridas en el campo de la disciplina científica. En efecto, para el campo científico, Bendandi era un charlatán. Autodidacta, sin más estudios que los elementales, a partir de su particular teoría sobre el origen de los terremotos, se había dedicado a predecirlos: estaban determinados por la alineación planetaria y por la fuerza de atracción de la luna. Impresionado por el fuerte terremoto de Messina de 1908, realizó algunas predicciones y tuvo alguna fama importante en la prensa por algunos aciertos (Tozzi, 2012: 149). Según diversas fuentes periodísticas, Mussolini lo habría condecorado en 1927.

La nota de «La Razón» que estamos analizando defiende que “las predicciones van, pues, cumpliéndose”, según lo expresa en la última oración del texto pero no ofrece datos que le permitan esgrimir argumentos a favor de esa certeza, sino sólo meras especulaciones. Evidentemente, para el diario importa el carácter de *modelo* de hombre capaz de enfrentarse con el campo científico mismo en pos de la verdad –cuestión que se vincula con la representación del conocimiento–, pero capaz de comunicarse con la sociedad leg. Y este carácter de modelo es una atribución propia que realiza el diario, más allá de que el personaje fuera predilecto de la prensa de la época, como probablemente podría serlo hoy²⁸⁰. Cabe señalar que en ningún momento el diario explicita que Bendandi fuera o pudiera haber sido un charlatán para el campo científico, de modo que en sus prácticas es presentado como un sismólogo.

(1853-1910), astrónomo formado en Gottingen, uno de los fundadores del observatorio Urania en Berlín fue el mentor de Bürgel, y quien le habría conseguido un puesto de trabajo en esa institución (Fuente: <http://www.surveyor.in-berlin.de/himmel/Bios/Buergel-e.html> consultada el 6/3/2013).

²⁷⁹ Op. cit., 23/4/26, 4ª ed., p. 5.

²⁸⁰ Así, por ejemplo, un telegrama de United Press –que «La Razón» reproduce en portada (Op. cit., 16/6/25, 4ª ed.)– da como evento seguro a producirse unos terremotos predichos por Bendandi, lo que evidencia la atención prestada por las agencias y, por ende, por los diarios. Y una revisión de periódicos actuales de distintos países realizada a través de internet revela que una predicción de largo plazo realizada por Bendandi sobre un terremoto a producirse en Roma el 11 de mayo de 2011 mereció notas diversas. La publicación de tales notas, aunque tomen distancia del valor predictivo, es un indicador del interés que este tipo de material tenía y tiene para la prensa en general y no sólo para la llamada “popular”; «La Nación», por ejemplo, le dedicó notas el 22 de abril de 2011, y luego los días 10, 11 y 12 de mayo del mismo año.

En el plano nacional, aparecen en el mismo año dos notas en la que el carácter autodidacta de la formación es evaluado positivamente, aunque sea dispar el desempeño de los dos sujetos a quienes se les atribuía ese carácter.

En mayo de 1925²⁸¹ publica una entrevista a Martín Gil, popular y reconocido astrónomo y meteorólogo aficionado, que publicaba regularmente en el diario «La Nación» desde 1907, aunque también colaboraba con otros periódicos y que tenía, en general, muy buena relación con la prensa diaria, tanto en Córdoba, su ciudad natal y de residencia, como en Buenos Aires (Paolantonio y Minniti, 2009: 2).

En la extensa presentación que hace, «La Razón», por un lado, valorará positivamente el hecho de que Gil mantuviera relaciones cordiales con la prensa, la que –en un procedimiento habitual del campo periodístico que esconde el hecho de que es la prensa la que delinea los rasgos del personaje– aparece identificada como el “público”. Por el otro, pondrá de relieve la figura del autodidacta contrastándola con una formación universitaria a la que desmerece en tanto la presenta como fácil de transitar y que ofrece títulos que cualquiera podría obtener, casi como si se tratara de un trámite. Aunque es extenso, es interesante observar el segmento:

(xix) [...] *es que en Martín Gil se concilian perfectamente ambas situaciones, como mimado de la fama y como un camarada del público. Por otra parte, todo título académico o profesional, obtenido comúnmente sin mayor esfuerzo y merecimiento, es superfluo para él que detenta una reputación científica más sólida que la simple presunción de suficiencia de los grados universitarios, sujeta como todos a la prueba en contrario. // La popularidad de este hijo ilustre de la ciudad doctoral [...] procede [...] desde cuando sus primeros pronósticos sobre fenómenos atmosféricos empezaron a cumplirse con una precisión matemática que desconcertaba [...].*

Pero no sólo opondrá el carácter autodidacta a la formación universitaria sino también el carácter de aficionado al de profesional rentado:

(xx) [desconcertaba] *a nuestros meteorólogos oficiales –bien rentados y mejor provistos de instrumental moderno y costoso– impresionando al mismo tiempo la imaginación del vulgo [...].*

De este modo, el valor positivo de la formación autodidacta aumenta en tanto, además, se traduce en un servicio al público que no perseguiría fines de lucro y que se cumple a través de la prensa. Y continúa luego con la elogiosa presentación para indicar en qué radica su autoridad autodidacta:

(xxi) *Casi diríamos que un sentimiento de superstición empezó a rodear el nombre de Martín Gil, [...] hasta que él mismo se encargó de difundir sus métodos de investigación, vulgarizar sus teorías científicas y poner en evidencia su personalidad de autodidacta, erigiéndose de tal modo en brillante sistematizador de conocimientos hasta entonces dispersos por el campo inexplicable de la heliometeorología. // Desde ese momento ingresa Martín Gil al elenco escogido de los maestros en uno de los aspectos más oscuros de las leyes físicas y se constituye en uno de los campeones de aquella ciencia embrionaria.*

²⁸¹ Op. cit., 16/5/25, 4ª ed., p. 8.

Hacer públicos el método y “su” teoría aparece como condición, pues, de autoridad, al disipar cualquier tipo de especulación. Pero en este fragmento, además del procedimiento típico del campo científico, que habitualmente queda restringido a sus propias fronteras, el diario incluye entre las condiciones para alcanzar autoridad, la “vulgarización” –de la teoría y de un conocimiento sistematizado–. La autoridad del autodidacta se sostiene, así, en el hecho de que el reconocimiento excede los límites del campo específico y alcanza al conjunto de la sociedad. En esos rasgos parece sostenerse en parte cierto “antiacademicismo” que, como ya hemos señalado en otros casos –como el del “sismólogo” Bendandi, párrafos más arriba– es un rasgo recurrente: en la falta de voluntad de algunos –o muchos– científicos para repartir el conocimiento en el conjunto de la sociedad, actitud que genera sospechas respecto de la autoridad e idoneidad de tales científicos y que acentúa cierto carácter sectario que se le atribuye de manera generalizada a la academia. El reconocimiento de Bendandi por su capacidad de enfrentarse con el campo científico remite a esta misma sospecha, aunque con otro matiz: se trata del autodidacta que es capaz de comunicarse con la sociedad a través de la prensa pero que resulta rechazado por la academia, con la cual se enfrenta. También veremos esos rasgos en relación con un texto en el que la existencia de la Atlántida aparece como explicación de hechos del pasado remoto²⁸².

Pero hay otras aristas a considerar. En efecto, por una parte, Martín Gil era reconocido por la excelente obra de divulgación científica en el campo de la astronomía y, en particular, en lo referido a los estudios del sol, realizada no sólo en la prensa sino a través de libros –por ejemplo, *Celestes y cósmicas*, de 1917²⁸³–. Por la otra, había sido reconocido en 1915 como Académico Titular de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba (Paolantonio & Minniti, 2009: 5-6). El mismo diario, da cuenta de cierto reconocimiento internacional del que había sido de alguna manera objeto:

(xxii) *Por supuesto, le dijimos, después de estrecharle la mano, estará usted muy complacido de los términos encomiásticos con que los dos astrónomos más reputados de Norte América, los sabios Abbot y Clyton*²⁸⁴, *comentan en estos momentos su obra científica. // -Así es, mi amigo [...].*

Y un poco después, en el mismo texto:

(xxiii) *A la pregunta que le hicimos, relativa a sus relaciones científicas con los centros astronómicos del extranjero, Martín Gil nos hizo una breve reseña de su intercambio intelectual con los grandes maestros de la astronomía, comenzando por el propio Bigelow, de quien recibió, hace algunos años, una carta de felicitación por sus publicaciones referentes a los fenómenos solares, que tuvo oportunidad de leer en artículos de «La Nación», llegados a sus manos durante su estada en Alemania, y le expresaba su propósito de visitarlo cuando le fuera posible volver a la República Argentina; [...]*

²⁸² Ver capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido.

²⁸³ Se trata de una recopilación de textos sobre diversos temas de astronomía, divulgativos todos, producidos entre 1911 y 1913. –

²⁸⁴ En el primer caso, se refiere sin duda a Charles Greeley Abbot (1872-1973), físico-químico del MIT, que fue a partir de 1928 secretario general del Observatorio Astrofísico Smithsoniano entre otras actividades (Menzel, 1977). Por “Clyton” probablemente se refiera a Harold Clayton Urey (1893-1981), que en 1931 descubriría el agua pesada y el deuterio y que recibiría el premio Nobel de Química en 1934. Lateralmente, Clayton Urey se había interesado por cuestiones de astronomía, en particular, sobre el sol (Fuente: página de The National Academies Press, <http://www.nap.edu/readingroom/books/biomems/hurey.html> consultada el 6/3/2013).

Luego, el texto informa que efectivamente Bigelow cumplió su propósito. También agrega otros contactos que tenía con el Observatorio del Ebro. El diario no dice que Frank Hagar Bigelow²⁸⁵ no volvía sólo para saludar personalmente a Gil sino que regresaba a nuestro país para continuar con su actividad en el Observatorio Geomagnético de Pilar, Córdoba, del que era director desde 1915 –y lo fue hasta 1922–, de manera que el gesto de visitar a Gil resulta magnificado a favor de éste.

En la misma nota, el diario también presenta una faceta de Martín Gil que habitualmente no forma parte del repertorio de rasgos atribuidos a los científicos o a aquellos que presenta como tales: la adhesión a determinadas líneas políticas. En este caso, seguramente, lo hace en función de su propio interés. Tras un pronóstico acerca de los “buenos años” climáticos por venir hasta 1928 –año en que terminaba su período presidencial Alvear–, el diario dice:

(xxiv) *Al llegar a este punto de contacto entre la ciencia física y las de carácter político, se nos ocurrió, por esos caprichos de la asociación de ideas, indagar a nuestro interlocutor sus “modos de ver” no ya sobre la política como disciplina científica sino sobre la política como arte de conquistar el gobierno y saber defenderlo. Con gran sorpresa nuestra, comprobamos que Martín Gil no siempre apunta con su telescopio a la bóveda celeste, sino que también sabe enfocar con toda precisión a los satélites de menor cuantía que giran alrededor del “sol que más calienta”.*

Martín Gil había desarrollado y a la fecha mantenía actividad política: desde el año anterior al de la nota, era senador provincial en Córdoba por el Partido Conservador – Concentración Popular, un frente de partidos que se oponían a la Unión Cívica Radical; durante la primera gobernación de Ramón Cárcano, de la misma línea política, había sido ministro de Obras Públicas de la provincia, entre 1913 y 1916. La fecha en que el diario publica la entrevista a Gil no es casual: al día siguiente, el 17 de mayo de 1925, Ramón Cárcano asumía por segunda vez la gobernación de la provincia. El entrevistado ve así abrirse la posibilidad de explayarse sobre los años por venir del gobierno conservador, y el diario valoriza esa opinión optimista sobre cuestiones del campo político apelando a la autoridad que, para el público, Gil tenía en el campo científico y al prestigio popular ganado a través de la prensa:

(xxv) *Su versación en la materia es completa; nos habló del estado político de Córdoba que [...] parece evolucionar favorablemente hacia la normalidad institucional²⁸⁶, pues considera que la obra de gobierno del doctor Cárcano será tan patrióticamente inspirada, tan progresista e ilustrada, que la oposición radical en la Cámara habrá de limitarse a sus funciones naturales de fiscalización sin obstrucciones sistemáticas ni ataques injustificados.*

La autoridad científica se ve aumentada, además, por otras virtudes que el diario atribuye a Gil en el cierre del texto: sus dotes para la literatura, arte en la que “también se destaca por la originalidad de sus descripciones y la sencillez de su estilo”, y para la música, “de la que es un reputado virtuoso”. Su opinión política queda así, pues, validada por un conjunto de rasgos ajenos a campo temático sobre el que se explaya.

²⁸⁵ Frank Hagar Bigelow (1851-1924), norteamericano, graduado en Harvard, había llegado a nuestro país para colaborar con Gould en el Observatorio Astronómico de Córdoba, al que ingresa como empleado formalmente en 1874. Tras algunos intentos de regresar a Estados Unidos, finalmente se hace cargo en nuestro país del Observatorio Geomagnético, montado en 1904 y que había sido dirigido por Luis G. Schultz. (Minniti Morgan, s/d a)

²⁸⁶ Cabe recordar que la provincia de Córdoba había estado a punto de ser intervenida por el poder federal y que, como producto del conflicto, se habían convocado las elecciones recién ganadas por Cárcano.

Como veíamos, aunque la principal intención del diario de publicar la nota en la fecha indicada fuera principalmente política, dentro del campo de la ciencia la figura de Martín Gil es destacada por su carácter autodidacta, al igual que la de Bendandi. Tenemos así, dos figuras, separadas en el tiempo y el espacio que es interesante comparar en relación con ese rasgo, el de autodidacta. Y se puede considerar una tercera, que ofrece otras aristas: en una nota un poco anterior, una necrológica, publicada en tapa, el diario da cuenta de la muerte de Isidoro Campos, “el popular *astrónomo meteorologista*”, según dice el título²⁸⁷. El diario traza una biografía: se trata de un hombre nacido en Monte, que había “aprendido” a pronosticar el clima durante sus años de trabajo como cuidador de ovejas en una estancia de Olavarría. “Halagado por el éxito de sus primeras predicciones”, fue a tentar suerte en La Plata, y allí “los diarios platenses con socarrona benevolencia” le publicaban las predicciones del clima “conforme al confuso texto original” que Campos les acercaba, actividad que le granjeó cierta popularidad. Pero el hombre tuvo que dedicarse a vender periódicos para sobrevivir. No tuvo más espacio de reconocimiento que el de la prensa diaria y el de la repercusión popular que esa prensa producía, según informa «La Razón», y finalmente, pobre y enfermo había sido recogido e internado por las Hermanas de los Pobres en un asilo de La Plata.

Con la misma actitud para con Campos que le asigna a los diarios platenses, socarronamente «La Razón» presenta una anécdota con la clara intención de evidenciar una suerte de “miseria intelectual” propia de este personaje. Según el diario, Campos habría enviado en 1900 una carta a Camille Flammarion –“por entonces director del Observatorio Astronómico de París”– en la que se autotitulaba “sabio naturalista” y, con argumentos que se desconocían, había conseguido que Flammarion lo acreditara como “miembro del instituto de París”, y Campos exhibía unos documentos con la firma del astrónomo francés que así lo certificaban; y el diario se burla: a partir de ese momento, Campos “se tituló *doctor*”. Sin embargo, el relato mismo de la anécdota evidencia la circulación de mitos populares en una red de la que también el diario parece presa: presenta como verdad, sin ninguna señal en contrario y según se puede inferir, lo que era creído popularmente. En efecto, el diario no pone en duda los datos de esa anécdota: no dice que Flammarion no fue director del Observatorio de París y que, en cambio, había fundado, en 1883 su propio observatorio en Juvisy, de manera que mal podía haber aceptado a Campos, ni aun por error²⁸⁸ en la institución parisina. Y aun cuando hubiere algún dato verdadero pero confundido, sigue siendo evidente el modo de circulación de anécdotas y personajes.

Por un lado, entonces, dos “hijos del pueblo” si se quiere, pero –hasta ese momento– con trayectorias diferentes: uno, Bendandi, con reconocimiento público pero no académico, una fama cuya duración en el tiempo era difícil prever por entonces; el otro, con exclusiva fama popular en la prensa durante un lapso en el pasado y ya olvidado. Pero la diferencia no parece ser –en función de las caracterizaciones que el diario realiza y más allá de la disciplina involucrada– el grado de reconocimiento alcanzado sino más bien el hecho de que en el caso del italiano, se le atribuía cierta formación, autodidacta, pero formación al fin, y la producción de una *teoría* enunciable y, por tanto, pasible de ser discutida, y con la que se podían contrastar los resultados de las predicciones, más allá de que la base empírica fuera algún acierto circunstancial. Hay que recordar que el diario omite decir que en círculos académicos se calificaba a Bendandi como charlatán. En el caso de Campos, en cambio, no había habido estudio ni teoría alguna: pura intuición de peón rural²⁸⁹ con la que realizaba predicciones que fallaban demasiado a menudo y

²⁸⁷ Op. cit., 14/10/25, 4ª ed., portada.

²⁸⁸ Cabe señalar, por otra parte, que el diario no consigna que apenas unos meses antes de la publicación de esta nota había fallecido el mismo Flammarion, el 4 de junio de 1925.

²⁸⁹ Hay una referencia amable a la historia de Isidoro Campos y sus características en Soler, 1982: 51 y ss.

que engrosaba la lista de otros personajes similares, y que no trascendía más allá del ámbito de acción de los periódicos de circulación general. En efecto, según Minniti Morgan (s/d: 7), en relación con la meteorología, a fines del siglo XIX, había “mitificadores” que, “como en todos los tiempos, convencidos o no de sus capacidades intuitivas para pronosticar el clima, trascendían los umbrales de sus respectivos ámbitos relacionales para divulgar sus pronósticos en los diarios o editar un *calendario meteorológico* de vasta circulación”, y cita los casos de otros dos pronosticadores, José Urriza y Juan Basauri, que realizaban predicciones en Pergamino –y a los que «La Razón» alude sin dar sus nombres, al señalar que Campos “competía” con los “astrónomos” de esa ciudad–.

Por otra parte, la figura de Gil contrasta con esas dos: si bien su prestigio había sido difundido por la prensa y había arraigado en la opinión pública, era también reconocido dentro del campo científico. Lo que es explícito, frente al origen trabajador de los otros dos, es que Gil provenía de otro sector social y contaba con otra red de relaciones sociales desde donde había ingresado al campo de la política. En efecto, aun cuando fuera autodidacta en el campo de la astronomía, tenía formación universitaria –era abogado–, y pertenecía “a una familia con un buen pasar económico”. Era hijo de Isaías Gil, un “importante abogado, profesor universitario, Diputado Nacional por Córdoba (1884-1888)” reconocido por ser el autor del “proyecto de Ley Orgánica de los Tribunales y del Código de Procedimientos Civil y Comercial de la provincia de Santa Fe (1888)” (Paolantonio & Minniti, 2009: 1). Martín Gil, por otra parte, disponía de fortuna suficiente como para haber montado un observatorio propio, en su vivienda particular, “con una cúpula giratoria que albergaba un refractor Zeiss con objetivo triplete de 180 milímetros de diámetro y 2.540 milímetros de distancia focal, con montura ecuatorial y sistema de seguimiento”, y diversos accesorios²⁹⁰ (Paolantonio & Minniti, 2009: 2).

Al no explicitar esas diferencias de origen, redes sociales y fortuna, el acceso autodidacta al conocimiento científico –y el éxito o fracaso asociado a él en el desempeño– aparece como producto de la mera voluntad y esfuerzo personal, al margen de cualquier condicionamiento de clase o sector social, y se reproduce así, en este aspecto, y se acentúa, la reiterada figura del “self made man”.

Otro rasgo que reaparece en relación con la representación del científico es el de la heroicidad, pero ahora adjudicada a algunos geólogos. Aun cuando, como veremos, se trate de casos muy puntuales y específicos, la heroicidad es relativamente constante como atributo del científico de cualquier rama del conocimiento, muchas veces difusamente vinculada con el del *sacrificio*. Una de esas notas, de 1921²⁹¹, se refiere específicamente a un vulcanólogo, Thomas Jaggar, que midió la temperatura de la lava del volcán Kilauea, Hawai. La nota, tras presentar a Jaggar, se dedica centralmente al relato en primera persona que el ayudante –cuyo nombre se omite y que el diario presenta como único colaborador– hace de la experiencia. El relato da cuenta de los riesgos de la tarea con ciertas marcas estilísticas propias del de aventuras:

(xxvi) *El mayor peligro era la posibilidad de exhalaciones de gases venenosos, que nos hubieran privado de sentido, precipitándonos en medio del ígneo. Por eso adelantamos muy cautelosamente, el profesor yendo adelante, unido a mí por una sogá. // El calor iba aumentando a medida que seguíamos bajando y más cerca del fondo se volvía intolerable. // Debajo de nuestros pies mismos sentimos tronar el*

²⁹⁰ Tras la muerte de Martín Gil, ocurrida el 9 de diciembre de 1955, su familia donó el telescopio al Observatorio de Física Cósmica de San Miguel (Paolantonio & Minniti, 2009: 7).

²⁹¹ Op. cit., 30/3/21, 4ª ed., p. 5.

elemento hirviente, y el pequeño banco podía abrirse en cualquier momento para dejar salir una ola de fuego que nos aniquilaría en un instante.

Esa heroicidad implícita en el riesgo corrido, se complementa con la actitud vital insistente de Jagggar en cumplir con sus objetivos científicos: el texto enumera –luego de explicar que se había interesado por los volcanes a raíz de la erupción del Mont Pelé que había destruido la ciudad de Saint Pierre, Martinica, entre el 2 y el 8 de mayo de 1902– los distintos momentos del desarrollo de la carrera del investigador: su paso por el Vesubio, por Costa Rica y sus trabajos en la cadena de islas Aleutianas hasta su arribo a Hawai y el establecimiento de un observatorio en el Kilauea²⁹².

La segunda de las notas en las que se destacan rasgos de heroicidad es una de 1924²⁹³ que describe las dificultades extremas de un “grupo de once miembros de la Oficina de Investigaciones Geológicas de Estados Unidos” para realizar el relevamiento del mapa del río Colorado y la explorar las “gargantas del Grand Canyon”, actividades que, según el mismo diario informa, estuvieron dirigidas por el “coronel C. H. Birdseye²⁹⁴, ingeniero topográfico, jefe de la Oficina de Geología”. También es el relato el que da cuenta de esa heroicidad:

(xxvii) *Desafiando constantemente la muerte, mientras sus débiles embarcaciones corrían presurosas arrastradas por las rapidísimas corrientes del Marble y del Grand Canyon del Norte de Arizona, [los investigadores acaban] de terminar una **tarea peligrosísima**: el levantamiento del mapa del río Colorado. // Una noche, cuentan ellos mismos, el río subió 20 pies y multiplicó el caudal de sus aguas en diez veces. Los expedicionarios pasaron toda una noche luchando desesperadamente para proteger sus embarcaciones.*

Al igual que en el caso de Jagggar, la nota se centra en la figura y el arrojo de los investigadores y deja en segundo plano la investigación misma, al punto que, en la nota sobre el vulcanólogo, en la que el relato da cuenta de la tarea llevada a cabo para medir la temperatura de la lava, no se informa, precisamente, ese dato²⁹⁵.

Cabe señalar que las únicas fotografías de personas o relativas a las actividades riesgosas llevadas a cabo aparecen en estas notas: hay una fotografía de Bendandi, de pie, de cuerpo completo, al lado de una máquina –“su microsismógrafo a péndulo fijo”, dice el epígrafe–; una de Jagggar también de pie y de cuerpo completo, sobreimpresa en parte en un dibujo ilustrativo del descenso al lago de lava, que ilustra los peligros corridos; un dibujo de rápidos, supuestamente en los “traicioneros cañones del río Colorado”, surcado por los botes de los expedicionarios y, también, una fotografía sin epígrafe, de Isidoro Campos, que lo muestra anciano y con bastón, lejos de las figuras en cierto modo arrogantes de Jagggar o de Bendandi. La gráfica acompaña pues, el sentido de los textos en cuanto a los rasgos que representa de los

²⁹² Thomas Augustus Jagggar (1871-1953) se graduó en Geología en Harvard y desarrolló actividades en el M.I.T., y efectivamente, fundó el primer Observatorio Americano de Volcanes en Honolulu en 1909. Se suele considerar que con la fundación de ese observatorio nace la “vulcanología”. Hay un museo que lo recuerda (Fuente: página de The Pennsylvania State University, www.e-education.psu.edu/earth520/content/12_p28.html Consultada el 6/3/2013).

²⁹³ Op. cit., 20/5/24, 4ª ed., p. 14x.

²⁹⁴ El ingeniero Claude Hale Birdseye (1878-1941), efectivamente fue jefe de topografía en esa oficina. Hay unos croquis de su autoría de zonas del río Colorado editados en Washington, en 1922, guardados en The Huntington Digital Library (<http://hdl.huntington.org/cdm/singleitem/collection/p15150coll4/id/2878/rec/2> Consultada el 6/3/2013).

²⁹⁵ La temperatura obtenida por Jagggar fue de 1010° C. (Fuente: página de The Pennsylvania State University, www.e-education.psu.edu/earth520/content/12_p28.html Consultada el 6/3/2013)

investigadores o pretendidos científicos.

3.3. Las disciplinas

En general, los principales rasgos de la representación de la astronomía y la geología –o las ramas vinculadas con ellas– no parecen distar mucho de los relevados en relación con las otras disciplinas ya vistas. Sin embargo, hay un rasgo que en las prácticas del diario aparece muy poco marcado en general y que, en el caso de la astronomía, emerge casi furtivamente: la competencia, ya entre instituciones o redes profesionales, ya entre individuos. En tal sentido, se puede observar, a menudo entre líneas, la presencia un poco más evidente de tensiones entre diversos intereses que cruzarían a la astronomía.

En el caso de la competencia entre instituciones o redes, veremos que el diario da cuenta, bastante sutilmente de los enfrentamientos entre los observatorios de Córdoba y de La Plata que, como señala Rieznik (2010: 680), eran el capítulo local de una competencia entre redes internacionales.

Podemos recordar los ejemplos (xv) y (xvi) del párrafo anterior, agrupados aquí, que corresponden a un texto de 1923 en el que se anunciaba un eclipse para pocos meses después²⁹⁶:

- (i) *Por tratarse [los alemanes] de astrónomos de gran magnitud –verdaderas constelaciones científicas, no nebulosas, de las que tanto abundan en el cielo estrellado de la mediocridad– nos hubiera complacido, sobremanera, que el país de elección hubiera sido la Argentina. // [...] la visita de los sabios alemanes, de haberse efectuado [a nuestro país], con seguridad que influiría para un mayor conocimiento de las manchas solares y un estudio más amplio de los anillos de Neptuno y de los cuernos de la luna. No ha sido, desgraciadamente, así, y lo lamentamos; pero otra vez será, si al sistema planetario no se le antoja incorporarnos a la cola de un cometa o a la espiral de una nebulosa.*

Como se puede leer, el enunciador propone una comparación entre los astrónomos alemanes, a los que considera de “gran magnitud” y que conforman “verdaderas constelaciones científicas”, y otros, no nombrados, a los que califica como mediocres, que conforman “nebulosas” –palabra que ya en la época significaba algo *falto de claridad*, o *difícil de comprender*²⁹⁷–. En el mismo texto, según reprodujimos en los ejemplos (vii) y (viii) del párrafo anterior, se elogia el trabajo de los dos observatorios –el de La Plata y el de Córdoba– de manera que no habría por qué suponer que la comparación se refería a esas dos instituciones y se podría entender que se trataba apenas de un cotejo de carácter general o hasta de un mero juego retórico, y que no estaba específicamente dirigido a calificar a un grupo en particular.

Sin embargo, los términos de la comparación parecen corresponderse con una valoración de las dos instituciones que formaba parte de una representación que oponía un observatorio con un alto nivel científico y reconocido internacionalmente –el de Córdoba– y otro *falto de idoneidad* –el de La Plata–. Según plantea Rieznik (2010: 680) tal oposición se origina a partir de la fundación misma del segundo de los observatorios y, como anticipamos recién, era la dimensión local de la competencia entre redes internacionales de investigadores e instituciones. Según esta autora, esa oposición –alentada también desde el Observatorio de Córdoba– aparece en muchas de las fuentes por ella revisada y también en la historiografía; incluso –señala (p. 692)– se

²⁹⁶ Op. cit., 25/7/23, 4ª ed., p. 5.

²⁹⁷ Según el Diccionario de la RAE de 1914.

observa en los trabajos de Babini²⁹⁸. Y en efecto, la dureza de este autor respecto de la institución platense que es posible observar en sus textos, por una parte, evidencia la extensa duración de ese rasgo en la historiografía. “La actividad científica del Observatorio [de La Plata] fue casi nula durante los años del siglo” XIX, dice Babini (1986: 165); y él mismo compara: “Mientras en Córdoba los trabajos se habían iniciado antes de recibirse los instrumentos, en La Plata, con instrumentos, los trabajos no comenzaban”. Por otra parte, y es un dato interesante para nosotros, evidencia que el período en el que se evaluaba negativamente a la institución no se terminaba en el siglo XIX sino que llegaba hasta la época de la nota que nos ocupa –1923–: “Sólo se logró su desenvolvimiento normal cuando el observatorio [de La Plata], en 1920, se desvinculó de la Facultad de ciencias fisicomatemáticas”, con una producción muy pobre (p. 167). También de Asúa se coloca en esa línea al señalar que uno de los directores, el ingeniero Virgilio Raffinetti –entre 1889 y 1906– fue “el piloto de tormentas de una institución con problemas de viabilidad” (2010^b: 117).

Tal como se señaló más arriba, el observatorio de Córdoba había sido fundado a instancias de los intereses académicos de Gould, un norteamericano formado en Alemania, con el astrónomo Friedrich Argelander, director del observatorio de la Universidad de Göttingen (de Asúa, 2010^b: 89-91; Rieznik, 2010: 680). El astrónomo alemán reivindicaba una modalidad de trabajo que consistía en que personal entrenado intensivamente en la astronomía “administrara los recursos de los observatorios y ejecutara los trabajos según las reglas e instrumentos convenidos de modo que los mapas y catálogos celestes producidos” pudieran ser luego utilizados “fuera de los observatorios por quienes los necesitaran”. Gould impulsó esta modalidad en el observatorio cordobés (Rieznik, 2010: 681) y, como vimos, esa institución se destacó en todo el período estudiado. Aun cuando se hizo cargo de otras tareas e instituciones, una creada por su propia sugerencia, como la ya referida Oficina de Meteorología, Gould y sus sucesores las mantuvieron organizativamente aparte de la actividad propia del observatorio –la Oficina de Meteorología llegaría a tener su propio edificio–, e incluso las consideraban una carga que restaba tiempo para la actividad específica: los estudios astronómicos (Rieznik, 2010: 684; Paolantonio & Minniti, s/d: 37; Minniti Morgan, s/d: 8²⁹⁹).

El Observatorio de La Plata, en cambio, había sido creado por impulso del parisino *Bureau des Longitudes* en oportunidad de las observaciones del pasaje de Venus delante del sol ocurrida en 1882. Su primer director, François Beuf, era marino y si bien estaba en el país desde la primera presidencia de Julio Roca, convocado para reorganizar la Escuela Naval, había trabajado con el director del Observatorio de París –otro marino–, el almirante Amédée Mouchez –que había sido nombrado en 1878 en ese cargo– (Rieznik, 2010: 685; de Asúa, 2010^b: 116). No sólo era diferente la situación de ambos observatorios locales en cuanto a la formación del director: también variaba el modelo organizativo de trabajo. En efecto, en las instituciones francesas se buscaba acumular y coordinar diferentes actividades de distintas disciplinas vinculadas con la astronomía –geodésicas, cartográficas, topográficas– para aprovechar sinérgicamente los recursos en conjunto con reparticiones navales e hidrográficas. Así, según Rieznik (2010: 682), mientras Beuf, como marino formado en esa modalidad, “supo articular sensibilidades militares locales sobre la ausencia de mapas adecuados con la ventaja que [...] surgía de vincular la astronomía” con las técnicas cartográficas y geodésicas “dentro del observatorio”, en Córdoba “los directores sostendrían la línea de intensificación en la construcción de catálogos astronómicos, descartando las interacciones con las ciencias conexas impulsadas por los

²⁹⁸ En *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*. Buenos Aires: Fragua. 1954, p. 152; y en 1986, p. 165-166.

²⁹⁹ Tanto Paolantonio como Minniti valoran positivamente esa actitud de Gould; Rieznik relativiza esa valoración al contrastarla con los modos de trabajo en La Plata, pero los tres coinciden en la descripción de la actitud de Gould.

platenses”.

Estas diferencias se traducían obviamente también en criterios dispares y la competencia entre los dos observatorios llevó a ventilar algunas disputas en los diarios de circulación masiva, como fue el caso, por ejemplo, de la publicación en «La Nación», en 1886, de una nota de Mouchez que mereció una respuesta de Thome publicada en el mismo diario, e intercambios epistolares con ministros y otros miembros del gobierno nacional (p. 696).

Una manifestación importante de estas diferencias se observó en torno al proyecto de la *Carte du Ciel* que era impulsado por Mouchez desde 1887. Se trataba de cartografiar todo el firmamento para lo cual era necesario el concurso de varios observatorios en el mundo y, en el caso de varios de ellos, de la compra de un instrumento similar al del Observatorio de París pues el proyecto requería fotografiar el firmamento con las mismas condiciones instrumentales. El observatorio elegido en nuestro país fue el de La Plata por las relaciones de Beuf con Mouchez (Rieznik, 2010: 694-697; Paolantonio & Minniti, s/d: 45-48). Sin embargo, por diversos motivos, la concreción del trabajo en el ámbito local se fue postergando. Finalmente, el Observatorio de La Plata no pudo cumplir y la zona a fotografiar que tenía a su cargo fue reasignada al de Córdoba, que terminaría por completar la tarea ya entrado el siglo XX.

El modo francés –y platense– de organizar el trabajo y los recursos, de articular distintas reparticiones y de coordinar objetivos diversos –que perduró en la institución más allá de la etapa de Beuf– evidentemente fue percibido por muchos como un desorden que dificultaba la tarea. Pero además, la institución tuvo una cantidad importante de sucesivos directores de distinta nacionalidad, por períodos muy cortos: luego de Raffinetti que, como dijimos, ocupó el cargo hasta 1906, entre ese año y 1921 se sucedieron Francesco Porro de Somenzi –italiano, que había sido director de los observatorios de Turín y de Génova–, Fortunato Devoto –por un año–, el estadounidense William Hussey –por cuatro años–, el argentino Nicolás Bessio Moreno, supliendo a Hussey, y el ingeniero argentino Félix Aguilar. Finalmente, el doctor Johannes Hartmann, alemán, se hizo cargo por un período más extenso, entre 1921 y 1934 (de Asúa, 2010^b: 116-117). Precisamente, la evaluación de Babini (1986:167) expresa esa percepción que, como señala Rieznik se mantuvo acriticamente en la historiografía: “[...] la complejidad de las tareas superpuestas y la variedad y heterogeneidad de los estudios a impartirse, amén de otras dificultades circunstanciales, hicieron que el instituto se desarrollara con dificultad”.

La comparación que realiza «La Razón» en la nota de 1923 que nos ocupa, opone orden y jerarquía –“verdaderas constelaciones”, dice–, valores siempre positivos en sus representaciones, con lo impreciso, oscuro o difícil de comprender –las “nebulosas” propias de la mediocridad–. Si, además, consideramos la acción periodística de realizar una visita al observatorio de Córdoba y de entrevistar a su director, plasmada en una de las notas que analizamos –y cabe destacar que no hallamos acción igual respecto de la institución platense–, no parece improbable que la carga negativa de la comparación estuviera efectivamente dirigida no tanto al personal subalterno del observatorio de La Plata en general –el elogio visto en los fragmentos (vii) y (viii) del párrafo anterior se refiere a la actitud estudiosa y trabajadora de los integrantes de ambas instituciones– como, en cambio, a la figura de la dirección en quien recae la responsabilidad por la organización de la tarea, el funcionamiento y la obtención de resultados e incluso, a la dirección política. Johannes Hartmann, precisamente, hacía poco se había hecho cargo y parecía comenzar un período de cierta estabilidad en la institución de La Plata.

Pero pese a que no afloran en los textos del diario, también en el observatorio de Córdoba había algunas competencias. En la entrevista con Martín Gil ya vista, de 1925, no hay preguntas del

diario, referencia ni alusión alguna a la relación entre Gil y el Observatorio de Córdoba, que había sido siempre tensa. Si bien hacia 1909 Gil halagaba la actividad de esa institución, comenzó a criticarla en 1912, en su artículo “Entrego el sol”³⁰⁰ publicado en *Celestes y Cósmicas*, en 1917. “Una década después –1927–, apoya la propuesta de anexar el Observatorio a la Universidad de Córdoba”, medida resistida por Perrine que, a su vez, acusaba a Gil “en ámbitos políticos y académicos” de “confabulaciones” contra el Observatorio. La tensión también giraba en torno a la dirección de la Oficina Meteorológica a la que evidentemente Gil aspiraba aunque por distintas oposiciones no pudo acceder sino hasta 1930, tras el golpe militar que destituyó a Yrigoyen (Paolantonio & Minniti, 2009: 6). Probablemente, «La Razón» habría omitido esas disputas entre Gil y el Observatorio como un modo de evitar la tensión derivada de su propia posición frente a la institución cordobesa y la de Martín Gil a quien, por otra parte, el diario admiraba y consideraba un conmitión.

Un poco más explícita aparece en las prácticas la competencia entre individuos, que giraba en torno al honor o la primacía por el descubrimiento de estrellas, cometas o asteroides. Se observa en casos de 1918 y 1920. En el primero de esos años, el reconocimiento de una nova, Aquilae³⁰¹, fue tema de una nota del 7 de agosto³⁰². El título de esta crónica relativamente breve es “Descubrimiento de una estrella nueva” y, sin especificar la fuente, informa en el primer párrafo que se trata de la aparición de una nueva estrella de primera magnitud advertida en el Observatorio de Greenwich, “durante la noche del 8 de junio” de ese mismo año. Pocos días después, el 26 de agosto, en otra nota, el diario transcribe buena parte de un comunicado del Observatorio de Córdoba, atribuido al director –de quien no da el nombre³⁰³–, a través del cual, por un lado, se informa que no se trata de una nueva estrella sino de una ya conocida que aumentó su brillo y, por el otro, que había sido “observada primeramente en Francia y media hora después en Inglaterra y Holanda”.

³⁰⁰ En el artículo, Gil propone la creación de un observatorio de física solar y afirma: “Pero alguien podría observar en voz baja que en el país existe un observatorio más o menos de la índole a que me refiero. Yo lo diré en voz alta: es cierto, existe desde varios años ese observatorio costado por el país: el observatorio del Pilar, a cargo de la oficina meteorológica nacional. Ahora, yo pregunto: ¿quién ha conocido o conoce hasta hoy un solo dato de dicho establecimiento, no digo publicado, ni siquiera referido privadamente, excepto los relativos a la declinación magnética insertados en el interesante y muy útil trabajo titulado *Clima de la República Argentina* de la oficina meteorológica nacional?” Y a renglón seguido: “La respuesta que se ha dado siempre a estas quejas, y eso cuando se han dignado darlas, es la misma, tan provocativa como ridícula: *No se publican en el país nuestros trabajos, porque nadie los aprecia ni los entiende*. Nosotros podríamos darnos el lujo, puramente imaginativo, sin duda, de contestar: ¿acaso no sería por temor de que sean apreciados en lo que justamente valen!” Y entre los objetivos del observatorio que propone crear, plantea muy explícitamente a quién se opone: “4°, formar desde el primer momento un personal argentino y no una colonia de su país de socorros mutuos, como sucede hoy y sucedió siempre; 5°, no hacer misterio de lo poco que se sabe, y obligarse a responder siempre que se le comprometa públicamente respecto a sus trabajos” (“Entrego el Sol”, en *Celestes y Cósmicas*, pp. 13 a 15). Como se puede ver, también critica la falta de divulgación y la actitud corporativa de “hacer misterio de lo poco que se sabe”, es decir, de ocultar la información como un modo de potenciar la importancia con el manto del misterio: una de las críticas al “academicismo”.

³⁰¹ Como anticipamos, hay una confusión, aparentemente originada por el diario, entre “nova” y “nueva” o, al menos, una falta de precisión. Una nova es una estrella que repentinamente sube la magnitud de su brillo “y permanece brillante por semanas o meses”. “El motivo de las explosiones de las novae todavía es un poco oscuro, pero probablemente sean estrellas binarias”, uno de cuyos miembros “es una enana blanca”. “Las estrellas están tan cerca una de la otra que la gravedad de la enana blanca arranca material de la otra, y cuando este material cae en la superficie de la enana, se obtiene como resultado una nova”. Cabe señalar que el concepto de *nova* ya estaba definido en la época que estudiamos. (Fuente: Página web http://www.espacioprofundo.com.ar/diccionario/Glosario_de_Astronomia/vertermino/Nova.html Consultada el 6/3/2013)

³⁰² Op. cit., 7/8/18, 4ª ed., p. 4.

³⁰³ En esa época era Charles Dillon Perrine, como se dijo más arriba.

Poco más de dos años después, el 22 de setiembre de 1920, el diario publica una nota³⁰⁴ en la que, como anticipamos, concede espacio enunciativo a una voz que ya vimos antes: “Federico W. Fernández M. S. T.” –siglas que significarían *Maestro de la Sociedad Teosófica*, tema sobre el que volveremos luego– que, en un juego polifónico, reproduce una nota publicada en el diario «El Liberal» de Madrid³⁰⁵, que a su vez, reproduce una carta dirigida al director de ese periódico, “Miguel Moya y Gastón”³⁰⁶, de Mario Roso de Luna, “el Mago de Logrosán”³⁰⁷, como los intelectuales españoles lo denominan”, en la que transcribe un telegrama en el que él mismo informa “a los observatorios de Madrid, París y San Fernando” el descubrimiento de una “nueva temporaria” en la constelación del Cisne; luego, Roso de Luna se explaya en la carta y, a modo de descripción, compara esa estrella con la nova Aquilae cuyo descubrimiento, a su vez, se atribuye:

- (ii) *Las condiciones en que se presenta el astro [...] me hacen pensar en una nueva temporaria como la que el 8 de junio de 1918 descubrí en la constelación de El Águila, y que, siendo ordinariamente de undécima magnitud, pasó rápidamente a ser de primera, según tuve el honor de anunciar en las columnas de su popular diario dos días antes de que lo hiciera observatorio alguno del mundo.*

Tras la transcripción, y bajo el subtítulo “Un telegrama de Copenhague”, el diario madrileño informa que otros se atribuyen también el descubrimiento de la estrella de la constelación del Cisne:

- (iii) *Poco después de recibir esta carta, nos enteramos de que en el observatorio de Madrid se ha recibido un despacho de Copenhague, dando cuenta del descubrimiento de esta nueva estrella [se refiere a la de la constelación del Cisne], a la cual Pennyne asigna magnitud 3.*

Unos días después, el 24 de setiembre, en portada, bajo el título “Otra estrella temporaria”³⁰⁸, que remite directamente a la nota recién citada, el diario da cuenta en un estilo jocoso, de diversas hipótesis explicativas del fenómeno de las estrellas “temporarias”, pergeñadas supuestamente en ámbitos científicos. Tras señalar que ningún observatorio había definido el adjetivo “temporaria” que integra el término, da una versión lega, en el mismo estilo jocoso. Sin embargo, en la parte introductoria de la nota, atribuye a Roso de Luna lo que califica como “descubrimiento”, sin alusión alguna a otras versiones, de modo que da como verdadera esa información. El hecho de que al terminar la lectura de la nota, el título recién señalado se pueda resignificar –a través del humor alude a la fama fugaz– y resulte atribuible a la figura del astrónomo aficionado, no impugna la veracidad reconocida al dato.

³⁰⁴ Op. cit., 4ª ed., p. 3.

³⁰⁵ «El Liberal» fue fundado en 1879 por periodistas de ideología republicana que abandonaron «El Imparcial», al declararse este diario partidario de la monarquía borbónica restaurada. «El Liberal» de Madrid se convirtió rápidamente en uno de los principales diarios de finales del siglo XIX. A partir de 1907 pasó a depender de la Sociedad Editorial de España, presidida por Miguel Moya y Ojanguren, diputado republicano a Cortes desde 1886 a 1919, fundador y presidente desde 1895 de la Asociación de la Prensa de Madrid. (Álvarez Rey & Fernández Albéndiz, 2009: 200).

³⁰⁶ En otra fuente figura como Moya y Ojanguren. Ver Nota al pie N.º 288.

³⁰⁷ Mario Raimundo Antonio Roso de Luna (1872-1931), abogado, astrónomo aficionado y periodista, entre otras actividades, efectivamente era conocido como “el Mago de Logrosán”, en referencia a su pueblo natal en Cáceres. Integraba la Sociedad Teosófica y tradujo textos de la ocultista Helena Blavatsky al castellano (Fuente: Cortijo Parralejo, 2002: pássim).

³⁰⁸ Op. cit., 24/9/20, 4ª ed., portada.

Los intensos y apurados intercambios entre observatorios, diarios y aficionados que se observan en estos casos ejemplares de 1918 y 1920 evidencian, pues, la fuerte competencia que se producía en el interior de la disciplina en torno al descubrimiento o reconocimiento de nuevos fenómenos astronómicos.

Según los materiales analizados, la astronomía aparece como una disciplina atravesada por tensiones derivadas tanto de enfrentamientos entre instituciones locales que, a su vez, expresan aquellos que se dirimen entre redes internacionales, como de la velocidad con que diferentes actores individuales o institucionales se atribuyen, si no el descubrimiento mismo, al menos la primacía en la observación de un fenómeno. Es destacable el hecho de que en buena medida, los diarios masivos, en general, daban lugar en sus prácticas discursivas a la manifestación de estas tensiones. «La Razón» en particular, evidentemente tomaba partido dando la voz selectivamente y reforzando algunas de las posiciones.

Aunque es poco lo que las prácticas discursivas explicitan sobre los objetivos y utilidades prácticas de estas disciplinas, no parece que pudiera resultar difícil a los lectores inferirlos a partir de la información y de los puntos de vista expresados en diversos niveles.

En cuanto a la geología, resulta obvio que la finalidad de las ramas involucradas en las notas, la sismología y la vulcanología, todavía no definidas como “subdisciplinas”, es la de avanzar en el conocimiento sobre volcanes y terremotos para prever ese tipo de fenómenos y prevenir las consecuencias. Un texto expresa, de todos modos, la obviedad:

- (iv) *Ese hombre [Thomas Jaggar] está haciendo descubrimientos que **facilitarán el conocimiento más completo del funcionamiento de los volcanes, salvando así, indirectamente, la vida de muchos seres humanos***³⁰⁹.

En 1930, en un breve³¹⁰, el diario da cuenta del proyecto de instalar en Mendoza un “observatorio sismológico de gran poder” que, según el texto, se origina en la insistencia de la prensa –y nada se dice de otros interesados–, pero con destinatarios implícitos de los resultados del trabajo científico:

- (v) *La nueva oficina, que reemplazará al sismógrafo común instalado hace algunos años y que no prestaba servicio de ninguna importancia, **era reclamada por la prensa de todo el país, en razón de ser la zona de Cuyo la más afectada por los movimientos subterráneos.***

Secundariamente, la producción de mapas aparece como una tarea de geólogos según la nota ya vista sobre el trazado de la carta del río Colorado, en Estados Unidos³¹¹, y no de geógrafos.

Las finalidades de la astronomía, más allá de la general de ampliar el conocimiento sobre el universo, aparecen vinculadas algo vagamente con algunas cuestiones de meteorología y con la geología, aunque no hemos encontrado ninguna nota en la que tales vínculos aparezcan explicados con claridad. Por ejemplo, en una de las notas de 1923³¹², el diario refiere algunas relaciones que permiten inferir objetivos generales posibles de la disciplina:

³⁰⁹ Op. cit., 30/3/21, 4ª ed., p. 5.

³¹⁰ Op. cit., 3/7/30, 6ª ed., p. 10.

³¹¹ Op. cit., 20/5/24, 4ª ed. p. 14x.

³¹² Op. cit., 25/7/23, 4ª ed., p. 5.

- (vi) *La pupila certera del observador tiene delante al mundo, desde que la tierra fue una nube suspendida en el espacio hasta ahora en que la luna tira todos los días de la tierra y levanta dos mareas en ella [...]; pero si la luna, a fuerza de tirar, levanta dos mareas, ¿qué sucedería si un sol, millones de veces mayor, reemplazara a nuestro satélite y comenzara a tironear de nosotros? // Es posible que acierten a explicarnos [los astrónomos alemanes] los extraños fenómenos sísmicos y la influencia magnética que se ha dejado sentir últimamente en las mareas, desatando violentos temporales en el Atlántico y el Pacífico.*

En un suelto de 1924³¹³ vuelven a aparecer vinculaciones de este tipo:

- (vii) *Los astrónomos han hecho últimamente interesantes observaciones acerca de los fenómenos sísmicos que se vienen produciendo con cierta regularidad en determinadas regiones de Asia, América y Europa, como si realmente respondieran a círculos de una gran onda electro-magnética.*

En otra de las notas de 1923, la astronomía permitiría explicar –la presenta como una hipótesis– las erupciones volcánicas. La nota se titula “Los temblores de tierra y las erupciones volcánicas”, y en el subtítulo anticipa que tratará las “causas físicas, astronómicas y cósmicas que han podido ocasionar la lava del Etna”.

Y en la entrevista con Martín Gil³¹⁴, el diario afirma:

- (viii) *Por lo pronto, le cabe el gran honor de ser el primer argentino, más aun, el primer latinoamericano y del mundo, que al par de relacionar las manchas solares con fenómenos terrestres de carácter climatérico [sic] y geográfico, ha sacado importantes deducciones de valor científico y económico para el país, como son sus pronósticos [...] que forman ya los cimientos de la heliometeorología argentina.*

Algo más oscuramente, la astronomía y en parte la geología parecen tener como una de sus finalidades la de vigilar el universo o el comportamiento de las variables terrestres para alertar el advenimiento del apocalipsis. Así se lo puede ver en el ejemplo (vi). Antes, una nota de 1918 reúne un conjunto de posibilidades, algunas de las cuales atañen a las disciplinas que estamos considerando. Se titula, precisamente, “¿Cuál será el fin del mundo? Opinión de algunos sabios”³¹⁵, y recorre afirmaciones de distinto tenor, que presuponen que efectivamente habrá un *fin del mundo*: desde anuncios bíblicos a especulaciones más o menos informadas que luego son retomadas en notas posteriores, tales como anticipar si un cometa u otro planeta chocaría o no con la Tierra, o si el Sol se apagaría, si faltaría el oxígeno en la atmósfera por la contaminación con carbono –anticipo de una problemática actual que, para la época, era una especulación–, o si la erosión convertiría al planeta en sólo una masa de agua. Así, sobre el cometa Pons-Winnecke, se pregunta en el título acerca de las “posibilidades de un choque con la tierra”³¹⁶, y en una de las notas sobre el eclipse de setiembre de 1923, comenta:

³¹³ Op. cit., 26/4/24, 4a ed., portada.

³¹⁴ Op. cit., 16/5/25, 4ª ed., p. 8.

³¹⁵ 29/11/18, 4ª ed., p. 5.

³¹⁶ 15/4/21, 4ª ed., p. 3.

- (ix) *No sería nada extraño que un buen día el sol cierre el ojo, se ponga cadavérico y... ¡vaya usted a saber lo que va a pasar entonces! Según algunos astrónomos, el sol está ya muy viejo y achacoso, y son pocos los años que le quedan de vida.*

La astronomía, en este caso, pues, debe auscultar esas posibilidades.

Vistas estas finalidades, interesa ahora observar las representaciones relativas al conocimiento.

3.4. El conocimiento del universo y de la Tierra

En el campo de las ciencias geológicas, el diario presenta notas de género divulgativo como subsidiarias de la información de acontecimientos. Así, por ejemplo, una nota del 8 de setiembre de 1923 explicita ese propósito, en este caso, reseñando acontecimientos pasados. Se titula “Breves noticias acerca de los más violentos fenómenos sísmicos que registra la historia”³¹⁷, y tras una bajada que en realidad se refiere sólo a volcanes, el primer párrafo justifica:

- (i) *Con motivo del actual fenómeno sísmico que ha asolado a la floreciente nación japonesa, destruyendo sus más importantes poblaciones y gran cantidad de vidas, resulta interesante hacer una reseña, siquiera sea rápida, de los terremotos de mayor violencia que registra la historia y de los volcanes del mundo que hasta hoy se llevan la palma en la obscura tarea de traducir las desconocidas fuerzas naturales que palpitan en la tierra, sembrando la muerte en todas direcciones.*

El fenómeno al que se refiere es el terremoto de Kanto, dato que da como sabido por el lector. Se produjo el primer día de setiembre de 1923 y destruyó gran parte de Tokyo, Yokohama y otras ciudades menos conocidas. Según cálculos muy posteriores, dejó entre cien mil y doscientos mil muertos, víctimas tanto de la destrucción causada por el propio terremoto, por el tsunami que le sucedió o por los incendios, como de la aplicación de la ley marcial implementada para controlar los saqueos. A raíz de este hecho, Japón estableció el 1° de setiembre como Día de la Prevención de Desastres. Al momento de la publicación de la nota que estamos analizando, la información brindada por los diarios refería, en efecto, un desastre de enorme magnitud pero no se disponía aún de los datos que delinearían luego la vastedad de la destrucción y de la pérdida de vidas, pues los hechos se sucedieron por varias semanas.

Esta nota publicada a pocos días del terremoto no pretende brindar información sobre el acontecimiento puntual sino ponerlo en relación con otros hechos históricos similares, como es habitual en las prácticas periodísticas. Sin embargo, como lo sugiere la bajada, en lugar de reseñar terremotos, la nota se dedica a las erupciones de los volcanes más conocidos: el Etna, el Vesubio, el Krakatoa y, bajo el subtítulo “Otros volcanes”, algunos de América Latina, como el Misti –en Perú–, el Pichincha, el Cotopaxi y el Imbabura, en Ecuador. En todos los casos, describe los fenómenos, con mayor o menor grado de detalle, precisión y crudeza, pero no ofrece explicaciones ni conceptualizaciones científicas de los fenómenos. En el último párrafo retoma el tema anunciado en el título: enumera terremotos pero, en razón del horror que causaron y en nombre del cuidado de la sensibilidad de los que lo sufrieron, no los describe:

- (ii) *Demasiado frescos perduran en la memoria colectiva los terremotos de Mesina, San Francisco, la Martinica, Valparaíso, Mendoza y Guatemala, para que los detallemos. Basta nombrarlos, solamente, para revivir escenas llenas de horror y de angustia,*

³¹⁷ Op. cit., 8/9/23, 4ª ed., p. 5.

en estos momentos en que, en una de las naciones más cultas y prósperas del mundo, el incendio, la desolación y la muerte amenazan arrasarlo todo.

Si tomamos en cuenta que el suceso que origina la nota es de una naturaleza diferente de la tematización realizada con la pretendida intención de contextualizarlo, puede parecer que el diario cometió un “error”. Pero la justificación recién citada para eludir el tema específico de los terremotos evidencia un *modus operandi* periodístico típico: dada la urgencia de realizar la práctica de contextualizar el suceso y por las dificultades para acceder a archivos con información sobre esa clase de acontecimientos, se subsanan las dificultades con datos de hechos de clase diferente que, sin embargo, aparecen conceptualizados como cercanos o como parte de un mismo tipo general: cataclismos o desastres naturales. De todas maneras, cabe subrayar que no contextualizó el suceso con una explicación científica que diera cuenta del proceso geológico implicado, sino que lo puso en serie con pasados desastres naturales.

La referencia a Japón, en el fragmento (ii) como “una de las naciones más cultas y prósperas del mundo” asolada por el fenómeno no pretendería confundir la cultura con la naturaleza sino más bien aludir a un sobrentendido: la destrucción de parte importante del tejido social derivada del fenómeno natural. Es que el hecho natural ponía en evidencia una gran fragilidad que no se esperaba, como producto del desarrollo cultural que se atribuía a la sociedad japonesa: huida en masa de ciudadanos presas del pánico, saqueos, gran cantidad de crímenes cometidos con motivos diversos como, por ejemplo, matanza de coreanos –producto de lo que hoy llamaríamos discriminación por razones de nacionalidad–, entre otros hechos, de los que los diarios poco a poco iban dando cuenta en las páginas de información.

La contextualización de un sismo en una explicación presentada como científica había sido realizada, en cambio, en 1922, en la nota titulada, precisamente “A propósito de los temblores de tierra”³¹⁸: presenta allí una teoría explicativa del mecanismo de los terremotos, atribuida al “profesor Nordman”, a raíz de un sismo ocurrido en Chile. En la bajada de la nota, se alude a esa finalidad:

(iii) *Interesante explicación del profesor Nordman sobre la catástrofe de Chile – Nuestro planeta tiembla continuamente.*

No explicita a qué terremoto ocurrido en Chile se refiere pero casi con certeza sería el ocurrido un mes y medio antes, el 10 de noviembre de 1922. Se trató de uno de los sismos más fuertes de ese país –alcanzó 8.5° en la escala de Richter y produjo un tsunami³¹⁹ moderado–, que destruyó casi la mitad de las viviendas en Vallenar y Copiapó y que dejó alrededor de 800 muertos. Diez días antes había ocurrido otro sismo, apenas menos fuerte –7.4° en la escala de Richter– en Concepción³²⁰.

Como dijéramos antes, probablemente, el “profesor Nordman” fuera el doctor Charles Nordmann, astrónomo por entonces del Observatorio de París, dedicado a diversos temas entre los que se destacan la radioastronomía y el geomagnetismo, sobre los que realizó diversas publicaciones; también introdujo la técnica de la fotometría en color, y desde 1912 era Caballero de la Legión de Honor. Años después, en 1928, vendría a nuestro país para dar un curso de

³¹⁸ Op. cit., 27/12/22, 4ª ed., portada.

³¹⁹ En esa época no estaba generalizado el término *tsunami* y no aparece en el diario pero, al margen de la denominación, cabe señalar que tampoco encontramos referencias ni descripciones del fenómeno en las notas

³²⁰ Fuentes: página web del Servicio Sismológico, departamento de Geofísica de la Universidad de Chile (<http://www.sismologia.cl/> Consultada el 6/4/2013).

astrofísica en la Universidad de Buenos Aires (Débarbat et al, 2007: 3-4). El texto da por sentada la autoridad del profesor y remite a un libro de su autoría, cuyo título parece estar citado de manera errónea: *Misterio y el universo*. Es probable que se refiera al libro *Einstein y el Universo. Un resplandor en el misterio de las cosas*, cuya adaptación y traducción al español se había publicado ese mismo año³²¹.

La versión de la teoría que el diario presenta, aunque muy poco clara, presenta algunos indicios de que estaría en línea con los debates de la época en el campo de la geología:

- (iv) *Según el sabio francés, los temblores de tierra son debidos a desmoronamientos que causa el enfriamiento progresivo de la masa interna del globo. Esos desmoronamientos, que se están produciendo desde los tiempos históricos [sic] han sido siempre muy débiles y estrechamente localizados. [...] // Se ha descubierto, por otra parte, que bajo altas presiones como son las que reinan en la tierra, ciertos silicatos rocosos aumentan bruscamente de volumen cuando, al enfriarse, pasan del estado de fusión al estado sólido. Por consiguiente, el resultado de estos enfriamientos puede causar un levantamiento, una desgarradura en la corteza terrestre.*

Y llamativamente es el diario el que asume la tarea de evaluar pruebas empíricas que avalarían la teoría, a partir de telegramas de agencia:

- (v) *Es posible que esta sea la causa de lo que ha ocurrido en Chile, porque si nos atenemos a un telegrama, resulta que cierto vapor inglés fue sacudido a alguna distancia de la costa. El capitán mandó hacer un sondaje y halló 86 brazas de profundidad cuando en la carta geográfica se hallaban registradas 2.800.*

Y en el último párrafo plantea otra explicación teórica, que parece distinta de la que atribuye a Nordmann:

- (vi) *Por otra parte, todos los temblores grandes [o] pequeños se producen generalmente en determinadas regiones del globo, a lo largo de esos espacios que separan las células yuxtapuestas de esta especie de mosaico que constituye la superficie terrestre. Esos espacios están situados a lo largo de los dos niveles rápidos del globo [sic], como el que caracteriza precisamente la caída de la cordillera de los Andes en las profundidades del océano Pacífico.*

Se observa así, en el despliegue temático de la nota, una amalgama de explicaciones teóricas distintas; por un lado, la que atribuye a Nordmann, y en (vi), algunos elementos que parecen provenir de la propuesta explicativa que diez años antes, en 1912, había realizado el meteorólogo y geólogo Alfred Wegener: la teoría de la deriva de los continentes. Según ese planteo, había habido un único continente inicial, Pangea, que se había partido en los distintos continentes actuales que se movían sobre la capa más profunda y pesada del lecho oceánico (Moledo & Magnani, 2009: 198). Esa teoría no tuvo éxito en esos años pero sería en parte retomada a fines de la década del 20 por Arthur Holmes en la que se conocería luego, en los años 60, como teoría de las placas tectónicas³²² y que en la actualidad permite explicar los terremotos y las erupciones

³²¹ Se trata de una adaptación y traducción al español del original *Einstein et l'Univers. Une lueur dans le mystère des choses*, realizada por J. M. Aguado de la Loma, editada en 1922 por Ediciones Españolas Hachette.

³²² La hipótesis de Holmes retoma la idea de que los continentes se desplazan, pero complejiza la explicación y cambia un punto central: no se “mueven” sobre el “lecho oceánico”. Para Holmes, “bajo la corteza existía un mar de

volcánicas (ídem: 200-204). El hecho de que el diario presentara la analogía entre los continentes y las “células yuxtapuestas” es un indicador de la circulación en la época de una hipótesis cuyas fuentes no eran claramente reconocidas fuera del ámbito especializado.

Parece, pues, que cuando el diario asume directamente la tarea de intentar contextualizar un hecho en el marco de una teoría científica, se vuelve a producir el *efecto de saber* que hemos visto antes: se construye un discurso en el que se seleccionan y/o se relacionan o amalgaman conceptos insuficientemente comprendidos y se acude a una terminología que, al no ser definida, *encubre* el conocimiento.

Ese efecto se ve potenciado, a su vez, por otro procedimiento: la publicación como discurso directo de textos atribuidos a fuentes expertas. De ese modo, la contigüidad entre un confuso discurso propio y un discurso poco transparente, presentado como literal y atribuido a un experto, en notas diversas a lo largo del tiempo, terminaría por amalgamar todo en uno que puede ser percibido por el público lego como el propio de la ciencia. Por ejemplo, en otra nota, del 16 de octubre de 1925³²³, se lee:

(vii) **LOS ÚLTIMOS TEMBLORES SIGUEN SIENDO OBJETO DE ESTUDIO POR LOS ESPECIALISTAS**

El doctor Simkenheimer, del Observatorio de La Plata, expone interesantes consideraciones sobre los fenómenos sísmicos de ayer y anteayer

El doctor Federico Simkenheimer, perteneciente al Observatorio Astronómico de [La Plata] (...), dice así: // “El día de ayer no ha aportado mayores datos respecto al fuerte terremoto que se produjo el 13 del corriente. La noticia de Faenza no da la distancia epicentral y busca, por lo demás, el epicentro en dirección opuesta a la verdadera. La de Plymouth da una distancia de 4.000 millas, aproximadamente, que habría que aumentar en 4.500, para coincidir con la costa de Venezuela, que constituye la región más vecina de Europa entre las que podrían tomarse en consideración como epicentro. // Otras noticias de valor no hay y, sin embargo, no puede haber ninguna duda de que el epicentro se encuentra en el extremo norte de Sud América, o en el Pacífico, al sur de Panamá, en dirección a la isla de Galápagos, una distancia no inferior a 5.200 kilómetros de La Plata. [...]”

La nota continúa con otras consideraciones tan confusas como la ejemplificada. Por un lado, no está claro a qué movimiento sísmico se refiere: el texto –atribuido a quien es presentado como experto– remite a un terremoto ocurrido el 13 de octubre, pero en los subtítulos la nota refiere fenómenos ocurridos los días 14 y 15, y en cualquier caso, no se identifica el lugar afectado³²⁴; por el otro, no hay en el texto del experto citado referencias geográficas precisas, de manera que las distancias indicadas no parecen tener sentido; tampoco se definen términos –“epicentro”,

roca fundida (el manto) y dentro del manto, las zonas más profundas y calientes ascendían en forma de corriente de lava elevándose desde lo profundo, hasta enfriarse y volver a caer, formando verdaderos chorros de roca ardiendo que ascienden y luego bajan”. La actual teoría de la tectónica de placas se completaría con otros trabajos posteriores de Harry Hess y de Robert Dietz que plantearon la hipótesis de las corrientes de convección del manto y, en 1967, con un trabajo de Dan McKenzie publicado en la revista «Nature», en la que por primera vez utilizó el término “placas” (Moledo & Magnani, 2009: 200-203).

³²³ Op. cit., 4ª ed., p. 5.

³²⁴ El 14 de octubre de 1925 se produjo un terremoto en Orán, provincia de Salta, catalogado como “fuerte”, en grado VI de la escala de Mercalli, informado por toda la prensa (Fuente: página del Instituto Nacional de Previsión Sísmica – <http://www.inpres.gov.ar/seismology/historicos.php>–), pero poco se relaciona con las regiones geográficas nombradas en el texto.

“distancia epicentral”– ni queda claro cuál sería la “verdadera dirección” o, en todo caso, por qué la supuesta búsqueda habría sido hecha en una dirección falsa. A nuestros fines, claro está, no interesa si se trata de un error periodístico; se trata de que el discurso presentado como propio del científico resulta para el lego tan incomprensible como el producido por el diario mismo, y de que ese lego probablemente carecería de herramientas conceptuales para calificar a cualquiera de los dos y considerar al resultado de la amalgama como mero disparate.

Otro procedimiento aumenta el efecto de saber, en el caso de estas disciplinas: la presentación de notas de divulgación científica en las que se apela a algunos rasgos formales del discurso de la ciencia, como es el caso del texto visto unos párrafos más arriba, sobre la teoría del “profesor Nordman”³²⁵. La ausencia de otros de los rasgos formales –probablemente imperceptible para el lego– y los contenidos presentados de modo también confuso –por ejemplo, ausencia de definiciones de términos, como señaláramos en el párrafo 2.4., o definiciones imprecisas o, a veces, tautológicas– evidencian ese efecto relativo a un saber que, ante un análisis más o menos atento se muestra como vacilante o insuficientemente aprehendido por el enunciador. Así ocurre en una nota de 1923, en la que el título y el primer subtítulo sugieren no sólo la finalidad divulgativa, sino también una “clasificación de las causas” de las erupciones volcánicas:

(viii) ***LOS TEMBLORES DE TIERRA Y LAS ERUPCIONES VOLCÁNICAS***
Causas físicas, astronómicas y cósmicas que han podido ocasionar la lava del Etna

La enumeración de las diferentes *causas* que se observa en el subtítulo puede sugerir que, en efecto, cada uno de los movimientos sísmicos y de las erupciones volcánicas podría responder tanto a uno de los tipos de causas, como a una combinación de todos ellos. El cuerpo de la nota, con cierta vaguedad permite, por un lado, confirmar que se trataría de una clasificación de posibles causas diferentes:

(ix) *Es posible que los temporales observados en el Mediterráneo, el Atlántico y en el mismo Pacífico, hayan sido producidos por terremotos meteóricos.*

Por el otro, se observa que se trata de meras *opiniones*, diversas, sobre las causas, y no de explicaciones ya aceptadas acerca del origen de los fenómenos:

(x) ***Los que explican por estas causas*** [meteorológicas] *los temblores terrestres aducen en apoyo de sus opiniones, el hecho de coincidir con frecuencia ambos fenómenos* [terremotos y tempestades].

En algunos párrafos define de manera general o con alto grado de imprecisión en qué consistiría cada causa; por ejemplo, respecto de la de los terremotos “meteóricos”, señala:

(xi) *Algunos geólogos sostienen esa teoría asegurando que las grandes perturbaciones atmosféricas manifestadas por violentas tempestades de todo género pueden agitar las capas superficiales de la tierra bruscamente* [es decir, producir los movimientos sísmicos].

De manera análoga, luego presenta supuestas definiciones de las causas “eléctricas, cósmicas”, etc., en sendos párrafos. Así imita aspectos formales de la operación de clasificar, habitual en el discurso de la ciencia, pero no mantiene criterios ni parámetros, ni describe sistemáticamente los

³²⁵ Op. cit., 27/12/22, 4ª ed., portada.

procesos que supuestamente constituyen “causas”. Cabe señalar que no se brindan denominaciones de las fuentes de las distintas opiniones; en cambio, se acude a apelativos generales tales como los que se observan en los dos últimos fragmentos: “los geólogos”, “los que explican por estas causas”. La única fuente nombrada es la de un colaborador al que nos hemos referido en relación con notas anteriores, presentado con su cargo militar: el “capitán Federico W. Fernández”, un teósofo que carecía de credenciales científicas³²⁶. La *opinión* de este militar era que los terremotos y maremotos “frecuentes en la costa del Pacífico” constituían “los preliminares del surgimiento de un nuevo continente”, y es presentada con el mismo nivel de deferencia epistémica que la atribuida a geólogos o astrónomos.

Este *efecto de saber* producido a través de procedimientos diversos, según venimos observando en textos relativos a las diferentes disciplinas, como el recurso a rasgos propios del discurso científico, la enumeración y clasificación de causas de fenómenos, la apelación a denominaciones generales como “geólogos”, “físicos” o “astrónomos” –aun cuando no se den las señas de identidad de tales expertos o su pertenencia institucional– o la utilización de algunos términos específicos –“meteorito”–, o semitérminos, esto es, léxico general de la ciencia, como “hipótesis”, por ejemplo, parece, pues, como hemos señalado, destinado a exhibir el diario mismo como autoridad para la divulgación, pero también, frente al público lego, como sujeto capaz de interactuar con el campo disciplinar en un rol de fuente confiable de datos para el trabajo científico. De hecho, en la nota que venimos analizando, el diario explicita su pretendido rol en tal sentido:

- (xii) **«La Razón» publicó entonces, como debe recordarse, varias informaciones de gran interés para los estudios científicos. En primer lugar, hizo notar que, a raíz de algunos temblores que tenían su epicentro en el nuevo continente, los temporales del Mediterráneo presentaban características de verdaderas ventosas [sic], al Norte y Oeste de Europa, al Este de Asia y al Sur de África.**

En el procedimiento que percibimos como imitación estaría implícito un rasgo de la representación de ciencia: el discurso de ese campo tiene como seña de identidad un lenguaje con características de “jerga”, de cuyo dominio los mismos agentes del campo hacen alarde. Esta representación remite a otra más general sobre la relación entre lenguaje y conocimiento: el lenguaje es visto como un “vestido” de un conocimiento que existe independientemente del discurso y que, por lo tanto, es formulable de diversas e infinitas maneras sin que deje de ser conocimiento³²⁷. Desde esta perspectiva, el procedimiento de imitar parece una concesión realizada con el objetivo señalado de construir autoridad y presentarse ante el lego como interlocutor capaz de interactuar dentro del campo mismo de la ciencia. Pero esa concesión convive en tensión con una consecuencia del rasgo recién señalado: el rechazo a la

³²⁶ Ver párrafo anterior (§ 3.3. Las disciplinas), y más adelante, Capítulo 4, § 4.1. Adivinas, espiritistas y teósofos, y, en particular, Nota al pie N° 381.

³²⁷ La discusión bastante extensa sobre la relación entre lengua y pensamiento, que remite a las hipótesis de Sapir-Whorf –fuerte y débil–, está en la base de debates no menos extensos acerca de la relación más amplia entre lenguaje y pensamiento y, por lo tanto, conocimiento. En general, hay consenso en considerar que ya no la lengua sino los textos “no son un mero *vestido* de los conocimientos, sino que son *tanto histórica como sistemáticamente formas de constitución lingüística de conocimiento, no solamente formas de manifestación del conocimiento (individual o social) como lo son naturalmente de manera secundaria*” (Antos, G -1997- “Texte als Konstitutionsformen von Wissen”. *Die Zukunft der Textlinguistik*. Tübingen: Narr, apud Ciapuscio, 2003: 16). También Jeanneret, en su análisis de las diversas concepciones de la divulgación, plantea como limitación en el caso de una de ellas, la que denomina “operación de difusión”, justamente el hecho de que se considerara que el lenguaje no era más que un modo de manifestación de un conocimiento que existe independientemente (1994: 22-30). Para nosotros, lo que interesa es que en su práctica discursiva, el diario considera que lenguaje y pensamiento son algo semejante a “forma” y “contenido”, como instancias empíricamente separables.

complejización y especialización del lenguaje de la ciencia, que son vistas más como producto de una actitud de los científicos y menos como un aspecto de la complejización y especialización conceptual, y que perturbarían la comprensión y la adquisición del saber. En alguna medida, para esta representación, se trataría pues de una proliferación verbal innecesaria, un alarde de conocimiento “de biblioteca” –como lo llamara por otras razones Jaime Molins en la nota sobre el sepulcro indígena³²⁸–.

Este rechazo podría ser visto, a la vez, como una demanda de simplicidad: una variante, si se quiere, de la reacción contra el abismo cada vez mayor entre conocimiento científico e intuición al que se refería Hobsbawm (1987: 252-254)³²⁹, abismo que es atribuido exclusivamente, según esa representación, a una actitud en el uso de la lengua. De allí también, probablemente, el elogio a Martín Gil visto antes, cuyo valor científico aparecía vinculado en parte con la actitud del meteorólogo de *divulgar* sus teorías científicas³³⁰, es decir, con la decisión de dar a conocer a un público lego el saber científico con un lenguaje llano, lo cual sería posible y sin dificultad alguna. Esta perspectiva sobre el lenguaje de la divulgación y el de la ciencia, que constituye un rasgo en las respectivas representaciones es la que Jeanneret describe como propia de un pensamiento que tiende a rechazar de algún modo la separación entre la conceptualización de lo real que realiza la ciencia, y la intuición. Según esa perspectiva, señala Jeanneret, “la realidad está disponible, pero invisible” y “el gesto de la ciencia la vuelve visible”; la divulgación sólo debe transformar esa “epifanía en espectáculo agradable y accesible a todos”. En ese marco, interpretar el lenguaje de la ciencia por parte de divulgador es posible porque ese lenguaje no es otra cosa que una descripción directa de lo real (Cf. Jeanneret, 1994: 66-70). Dicho en otros términos: la realidad tiene una estructura y la ciencia no hace sino sólo describirla.

Tal vez por esa razón, además de la imitación del lenguaje de la ciencia, o a pesar de ese procedimiento, hay un rasgo de la representación de ciencia que ya hemos visto como recurrente en las prácticas discursivas de «La Razón»: la necesidad de que el conocimiento se sostenga en una base empírica constituida por datos provenientes de la observación directa y/o de la experimentación. También en este aspecto, y en relación con la astronomía o las ramas de la geología, el diario parece entonces imitar otro rasgo del discurso de la ciencia: una abundante enumeración de datos. Pero, en el diario, tales datos son presentados muchas veces con un alto grado de imprecisión o generalidad, asociados o interrelacionados de modo antojadizo. Así se ve, por ejemplo, en el fragmento (ix) y en el que sigue. Allí el diario reproduce y cita algunos datos publicados en una nota propia y previa presentada como “estudio”, y de los cuales extrae conclusiones:

- (xiii) *Las comunicaciones del Mediterráneo con el Atlántico, por el estrecho de Gibraltar, y con el mar Rojo, por el canal de Suez, forman grandes masas aluvionales [sic], que acumulan la masa líquida con furia huracanada en el Adriático, el Jónico y el archipiélago. // Se desprendía de tales antecedentes la hipótesis de que se estuviera gestando uno de esos terremotos que, en términos científicos, se denominan volcánicos, meteóricos, eléctricos, cosmogónicos, etc. La erupción del Etna ha confirmado plenamente el estudio de referencia.*

Y también:

³²⁸ Ver Capítulo 2, § 2.3. En busca del pasado: ruinas y tumbas; más adelante, Capítulo 4, § 4.3. La hipótesis del continente perdido.

³²⁹ Ver Introducción de esta parte.

³³⁰ Ver en este capítulo, § 3.2. Astrónomos, vulcanólogos, sismólogos, ejemplo (xxi).

- (xiv) ***Es posible que los temporales observados en el Mediterráneo, el Atlántico y el mismo Pacífico, hayan sido producidos por terremotos meteóricos.***

Obviamente, no se ofrece indicio alguno que indique al lector que los datos empíricos pueden ser conceptualizados de diverso modo según esquemas teóricos o sistemas explicativos previos a la observación o experimentación de donde tales datos hubieran sido extraídos o, eventualmente –y ese parece ser el caso de los ejemplos–, que son producto de una mera intuición. Este tipo de afirmaciones se observa recurrentemente en los textos.

A veces es posible observar que, en alguna medida, para el diario la *observación directa* de los fenómenos constituye una base empírica cuya evaluación el campo científico, específicamente el académico o una parte importante de él, no realizaría adecuadamente en virtud de una complejidad puramente discursiva e inútil, que se aleja de la sencillez que el conocimiento tendría. Así, por ejemplo, en la nota³³¹, ya referida, dedicada a las predicciones de Raffaele Bendandi, se lee:

- (xv) ***Pero también afirma [Bendandi] que es difícil que la ciencia hubiera llegado a sus conclusiones [las de Bendandi], por los prejuicios y formalismos que habrían impedido hallar lo que él, mente sencilla, despojada de todo lo que no sea vocación y observación directa, pudo hallar.***

Cabe señalar que esta valoración atribuida a Bendandi no es relativizada por el diario y que, por el contrario, en la nota el diario elogia al italiano. Se explicita, pues, en este fragmento el rechazo a una actitud de los científicos, evidentemente considerada prejuiciosa, derivada de “formalismos”, esto es, de la sujeción a los parámetros que habitualmente el campo científico utiliza para valorar o verificar el carácter de cualquier hipótesis o, más en general, propuesta de conceptualización.

Las exploraciones de Jaggar a los volcanes y su intento de medir la temperatura de la lava del volcán Kilauea, en Hawái, a las que dedica la nota ya referida³³², tiene desde esta perspectiva otro interés para el diario, que poco tiene que ver con la finalidad de divulgar: como vimos oportunamente, el dato central, es decir, la temperatura de la lava, no es brindado en el texto. Parece interesar más, pues, con el valor adicional de un relato aventurero, de dar a conocer el esfuerzo que realiza un científico que prioriza la observación –y la experiencia– directa, capaz de instalarse en una casucha en el volcán mismo, para “descubrir” datos que permiten generar un conocimiento con implicancias para la vida práctica, y de arrastrar a las instituciones en esa dirección:

- (xvi) ***Ese hombre [Jaggar] está haciendo descubrimientos que facilitarán el conocimiento más completo del funcionamiento de los volcanes, salvando así indirectamente la vida de muchos seres humanos. [...] // En 1911 el profesor Jaggar estableció un observatorio en una casucha de madera, en la misma pendiente del volcán Kilauea. Los notables resultados indujeron pronto a la Oficina Norteamericana de Meteorología a establecer una dependencia encargada especialmente de la vulcanología³³³.***

³³¹ Op. cit., 23/4/26, 4ª ed., p. 5.

³³² Op. cit., 30/3/21, 4ª ed., p. 5.

³³³ En la página web de la Universidad de Pennsylvania, se atribuye a Jaggar una actitud que va en el sentido de lo que estamos planteando: “Jaggar was a strong believer that hands on field experience was the key to understanding geology. Jaggar believed that the laboratory setting was an integral part of learning geoscience, but he felt there was

Esta valoración de la observación directa y de la experiencia –sin duda, fundamentales– acompañada por el rechazo a la complejización que parece percibir como una característica exclusiva del plano del lenguaje, excesiva respecto de la complejidad del saber, constituiría, por un lado, la marca de la perduración, como rasgo de la representación de conocimiento, de un empirismo o inductivismo ingenuo (Chalmers, 1984: 11-25) que, para la época ya formaba parte del “sentido común”, pero que probablemente constituía, a la vez, la versión lega o popular del positivismo. La oposición entre observación o experiencia directa y saber “de biblioteca” aparecerá también, según veremos más adelante, de diversos modos.

En el caso de la astronomía no se observan rasgos semejantes en la representación. Es que, a diferencia de lo que ocurría en el campo de la geología, en el que no había aún hipótesis explicativas del todo satisfactorias para terremotos y volcanes, en el de la astronomía el panorama teórico todavía era pacífico, al menos para los aspectos que interesaban al diario. Einstein había publicado la teoría de la relatividad general –que generalizaba “el principio de relatividad a todos los movimientos (acelerados, rotatorios) y a los campos gravitatorios”– a fines de 1915, pero todavía *era teoría pura* (Moledo & Magnani, 2009: 183-185), y “pocos físicos fueron capaces entonces de comprender la nueva teoría de Einstein”, tal vez por su “compleja y poco familiar formulación matemática” (de Asúa & Hurtado de Mendoza, 2006: 58). La primera comprobación astronómica de una predicción de la teoría –“si las masas modifican el espacio y el tiempo, las rectas que pasan cerca de grandes masas tienen que curvarse y los objetos deberían verse desplazados” (Moledo & Magnani, 2009: 186)– recién podría realizarse exitosamente el 29 de mayo de 1919, tras el fin de la Primera Guerra, cuando dos expediciones británicas dirigidas por Andrew Crommelin y por Arthur Eddington pudieron verificar la curvatura de la trayectoria de la luz en cercanía de grandes masas tras fotografiar las Hyades, un grupo de estrellas próximas al Sol, durante el eclipse total, en Sobral –en el estado de Ceará, al norte de Brasil– y en la isla Príncipe –en el Golfo de Guinea–, respectivamente. Los resultados se dieron a conocer el 6 de noviembre de ese mismo año en Londres, en la sede de la Royal Society. Pero, aunque en los días siguientes el «Times» londinense y «The New York Times» dieran a conocer el “triumfo” de la teoría de la relatividad, la nueva perspectiva sobre el universo tardaría algunos años más en ser apropiada por todo el mundo académico y, en sus versiones legas y hasta aberrantes, por el público masivo, independientemente de la popularidad alcanzada por la figura de Einstein. Además, tal como señalan de Asúa y Hurtado de Mendoza (2006: 61), “las repercusiones de la teoría de Einstein sobre la astronomía práctica no eran muy importantes”. De hecho, según señalan Moledo & Magnani (2009: 188), “para velocidades bajas (típicas del mundo corriente, y aun de los viajes a la Luna) no son necesarias las correcciones relativistas, que sólo aparecen cuando las velocidades se aproximan a la de la luz”. De manera que la teoría de la gravitación universal era un marco general suficiente para la tarea de divulgación de la astronomía: “con Newton se puede llegar a la Luna sin problemas”, agregan estos autores. Por otra parte, se trataba de una disciplina de la *observación* casi por antonomasia, de modo que no daba lugar a reparos de ningún tipo y, por el contrario, a partir de distintos datos, veremos que el diario da lugar a especulaciones sin ningún sustento más que la intuición o interpretaciones simplificadoras. Desde que Galileo comenzara a observar las lunas de Júpiter con un telescopio por fabricado por él mismo³³⁴, este instrumento se volvió popular y, según

nothing like measuring nature itself”. (www.e-education.psu.edu/earth520/content/12_p28.html; fecha de consulta: 24/01/2013)

³³⁴ Como es sabido, el instrumento no fue invención de Galileo. Según Levinas (2006: 208-9), los árabes habían utilizado tubos para “aislar y concentrar las estrellas en observación”, pero el telescopio fue inventado por el holandés Johann Lippershey en 1605, aunque es posible que otro holandés, el inventor del microscopio, Zacharias Jansen, hubiese diseñado el primero. Desde allí, el telescopio se volvió “un entretenimiento muy popular”.

señala Levinas (2006: 209), hizo que los temas relacionados con él hicieran de la astronomía el tema de los primeros textos de divulgación científica. De allí que, en suma, se trate de una disciplina, para los diarios en general, casi ideal para la actividad divulgativa, en la que las dificultades y dudas no parecen provenir de problemas conceptuales sino más bien de déficits de la tecnología para la observación que –apostaban– se irían cubriendo. En un universo en el que el espacio y el tiempo son “absolutos”, en el que existen “intervalos espaciales, lapsos temporales, masas y energías idénticos para todos los observadores”, que constituyen el escenario en el que ocurren todos los eventos, en efecto, los problemas provendrían de la carencia de instrumentos adecuados para la observación. Así lo explicita un texto³³⁵, en relación con el conocimiento de la superficie de Marte:

(xvii) *Conviene notar empero que el gran tamaño aparente del disco [que muestran los telescopios] no es la única condición necesaria para efectuar estudios sobre su superficie, pues son indispensables un antejo de poder respetable, y buenas condiciones atmosféricas, y sobre todo un ojo bien entrenado con mucha práctica en esta clase de observaciones.*

Evidentemente, el enunciador consideraba que era poco lo que se podía observar con los instrumentos disponibles, y con más razón, sin recursos humanos adiestrados, en relación con las expectativas:

(xviii) *Para un ojo no entrenado, la superficie del planeta Marte es uno de los objetos más desalentadores que puede ensayar, pues todos los canales, mares y otras figuras allí descritas, lejos del blanco y negro en que están presentados los dibujos [en figura que adjunta], son realmente pequeñísimas variaciones de tinte entre rojizo, amarillo, blanco y verde, apenas distinguibles en los instantes de mejor definición.*

Esa representación de un universo en el que espacio y tiempo son absolutos se evidencia claramente en artículos que analizaremos luego³³⁶: los relativos a las posibilidades de comunicación con una civilización marciana de cuya existencia nadie parecía dudar, según el discurso de diario

Tal vez los aspectos menos claros de la representación son los que derivaban del vínculo entre eventos celestes y fenómenos terrestres –terremotos, volcanes, tempestades–, pero tales aspectos eran los propios de la geología y no parecían alterar en nada la construcción conceptual de la astronomía.

Abundan pues en el diario no sólo noticias relativas a la astronomía, tales como, por ejemplo, los eclipses de sol, el “descubrimiento” de una nova, o la llegada de un cometa, que sirven de excusa, a veces, para explicar temas astronómicos, sino también textos de género divulgativo, incluso en secciones como la de “Mecánica y Electricidad”, sobre temas que no constituyen noticia alguna.

Los eclipses solares ocupan parte importante del espacio dedicado a la astronomía, y permiten un despliegue gráfico interesante. Un texto de 1918³³⁷ presenta un dibujo que esquematiza un fenómeno del 3 de diciembre de ese año: la Luna interpuesta entre la Tierra y el Sol, con la proyección de la sombra –la umbra y la penumbra (denominaciones que no aparecen en el

³³⁵ Op. cit., 21/8/24, 4ª ed., p. 4x.

³³⁶ Ver Capítulo 4, § 4.4. La civilización extraterrestre: los habitantes de Marte.

³³⁷ Op. cit., 3/12/18, 4ª ed., p. 3.

gráfico)–, la distancia entre ellos indicada lingüísticamente en el gráfico mismo –aunque, obviamente, fuera de escala– y la trayectoria proyectada sobre el globo terráqueo. En otros textos posteriores, se presentan, por ejemplo, varios esquemas geométricos, con indicación de los distintos momentos de las intersecciones de sombras proyectadas según el avance del fenómeno, o la información sobre todos los eclipses a producirse hasta 1950, esquematizada con líneas sobre un mapamundi³³⁸. Pero, en otros textos, es posible encontrar además explicaciones y definiciones enunciadas lingüísticamente, como, por ejemplo³³⁹:

- (xix) *Podemos predecir, en efecto, los movimientos celestes, porque esos movimientos **son ordenados y matemáticos, como un aparato de gigantesca relojería.** // Mientras la tierra gira alrededor del sol, la luna lo hace en torno de la tierra y, en determinados momentos, esta luna se interpone entre la tierra y el sol, durante el día, en uno de los hemisferios, interpolando la luz solar con que nos alumbramos y produciendo, en una faja de la superficie terrestre, un reguero de sombra, **que llamamos eclipse.***

Se puede observar, en el primer destacado en negrita, la representación de origen newtoniano de los movimientos celestes. En ese mismo texto introduce información histórica para, a su vez, explicar cómo es posible predecir los eclipses:

- (xx) *Hace miles de años que los astrónomos caldeos descubrieron que los eclipses ocurren a intervalos de diez y ocho años y diez u once días. Si, por consiguiente, contamos el tiempo exacto a partir de un determinado eclipse, y evaluamos un lapso de diez y ocho años y diez u once días, hallaremos al cabo de ese intervalo la repetición de otro eclipse semejante, aunque no necesariamente visible en los mismos puntos que los eclipses anteriores. // Este período de diez y ocho años y diez u once días era llamado por los griegos “el saros”, cuyo nombre subsiste todavía. // [...] Como se ve, el intervalo de los diez y ocho años es constante, y basándose en esa teoría, confirmada secularmente, es posible prever la fecha exacta de los próximos eclipses hasta el año 1950.*

En el texto de 1918 recién citado por los esquemas y dibujos, se dedica un párrafo a repasar las “antiguas creencias sobre los eclipses”, de manera que introduce información sobre reacciones y modos de comprender los eclipses en la Antigüedad, sobre todo en Asia. La descripción le permite reafirmar la típica posición del Iluminismo: el conocimiento disipa el temor.

- (xxi) *Los eclipses de sol [...] **eran motivo de terror; sólo la repetición de ese fenómeno y su explicación, pudieron ir disipando, poco a poco, los temores que inspiraba.***

En suma, la atención que evidentemente despertaban los eclipses de sol, incluso aquellos que no serían visibles desde nuestro país, movilizaban una importante variedad y cantidad de conocimientos en las prácticas discursivas.

En cambio, el diario parece reflejar con menos atención los ya de por sí pocos cometas que fueron visibles desde nuestro país en la etapa que estudiamos. Los textos sobre este tipo de fenómeno –uno de 1917 y otro de 1921³⁴⁰– se originan, según los presenta «La Razón», en notas enviadas *motu proprio* por los observatorios de Córdoba y de La Plata, respectivamente, a los diarios, es decir, la información no aparece recabada desde el interés periodístico. El texto de

³³⁸ Op. cit., 22/9/21, 4ª ed., p. 4 y 2/4/23, 4ª ed., p. 5, respectivamente.

³³⁹ Op. cit., 2/4/23, 4ª ed., p. 5.

³⁴⁰ Op. cit., 6/6/17, 4ª ed., portada y 15/4/21, 4ª ed., p. 3.

1917 es una nota breve, que se limita a reproducir –a través de un juego de citas dentro de citas– el comunicado del Observatorio Nacional que, a su vez, dice reproducir “el boletín 637 del Harvard College Observatory”, que a su vez remite a observaciones realizadas en “el Students['] Observatory de Berkeley, California”. El conjunto minucioso de datos, algunos incomprensibles para el lego, que reproduce el texto no parece, en efecto, tener sentido en un periódico masivo; y aunque se trata, sí, de información nueva, no hay “noticia”:

(xxii) *La órbita [del cometa Schaumasse] ha sido computada por el doctor Girerrson y la señorita Young [...]. Según estas computaciones, el cometa se aproximó más al sol el 18 de mayo de 1917, a una distancia de 113.000.000 de kilómetros. El plano de la órbita cruza la eclíptica en una longitud de nueve grados y está inclinado en un ángulo de ciento cincuenta y nueve grados; siendo retrógrado el movimiento en la órbita [sic]. // Por ahora no es visible desde este observatorio, estando muy al Norte.*

El lector medio no podría comprender la mayor parte de estos datos –en el caso de que tuvieran sentido–: no se definen términos como “eclíptica” ni “movimiento retrógrado”, ni se explica qué importancia tiene el dato sobre la “inclinación del plano de la órbita”. La información no parece de interés para el público general. Aunque la publicación “en crudo” –según la jerga periodística– del comunicado del Observatorio pudiera ser sólo un error, produce un *efecto de saber*: mantener o fortalecer la imagen del diario como medio para la comunicación especializada y, a la vez, la propia autoridad para abordar temas de ciencia.

En el texto de 1921, también un breve, el comunicado del observatorio de La Plata sobre el cometa Pons-Winnecke, en cambio, tiene una función más clara, que se explicita:

(xxiii) *Según la órbita calculada para este cometa a base de su aparición anterior, debe pasar muy cerca de la tierra el 27 o 28 de junio, lo que ha sido base de muchos rumores, en varias partes, de un probable choque entre los dos cuerpos en esa época, con resultados espantosos. A fin de poner las cosas en claro, [...], aprovecho esta ocasión para decir que los temores de catástrofe no tienen base alguna, porque aunque los dos cuerpos se encuentren en su camino, el único resultado visible será la desaparición del cometa, y si está de noche en la región del contacto, una hermosa lluvia de estrellas fugaces.*

Lejos en el tiempo estaban las ya conocidas reacciones de sectores del público, en buena medida alimentadas por los diarios, atemorizados por el acercamiento del cometa Halley³⁴¹, pero era probable que subsistieran algunos focos sensibles a rumores de ese tipo. No tanto el conocimiento –es mínima la explicación científica que se observa en el texto– sino más bien la deferencia epistémica ante la autoridad de la institución –el observatorio– es la herramienta a la que se apela para tranquilizar. Cabe señalar que en el texto atribuido en la nota al observatorio aparece un enunciador en primera persona del singular, pero no es identificado. En cualquier caso, “la ciencia” aparece en el diario disipando el miedo.

Por otra parte, y en general, el diario publicaba, como dijimos, notas de divulgación de mayor o menor extensión. Algunas de ellas, como una dedicada al “espectro de hidrógeno de las nebulosas”, y otra, a las manchas solares, aparecen en la sección “Mecánica y Electricidad”. En esos textos, se da cuenta de problemas y/o de conocimientos científicos que son presentados

³⁴¹ El caso del paso del cometa Halley en 1910 es conocido y hay bastante bibliografía. Uno de los textos más importantes de los que le fueron dedicados es el de Isaac Asimov (1985), editado con motivo de la visita del cometa que ocurriría al año siguiente.

como relativamente nuevos. Notoriamente, el destinatario específico, dado que se trata de una sección especializada, debería disponer de un grado más alto de conocimiento sobre la temática que el que podría evidenciar un lego. Por otra parte, también en este caso, el conocimiento y los problemas aparecen claramente ligados a la observación y la experimentación en laboratorio, antes que a cuestiones teóricas más abstractas.

En el primero de los textos³⁴², se da cuenta de un problema: la diferencia entre el espectro que se supone corresponde al hidrógeno de las nebulosas y el que se consigue en laboratorio. El planteo del problema, en el primer párrafo, resulta confuso y la explicación mantiene esa dificultad pero es más probable que se trate de una mera deficiencia pues es posible reconstruir, por parte de un destinatario con cierto grado de conocimiento específico, cierta coherencia en cuanto a los contenidos conceptuales evocados. Algunas formulaciones sugieren que el enunciador supone un destinatario especialista:

(xxiv) *El espectro del hidrógeno suministrado por las nebulosas difiere notablemente del que se obtiene de este mismo gas con los tubos Geissler³⁴³; en el primer caso, se distingue con dificultad o falta completamente, y en el segundo caso, los fenómenos se invierten. // En 1808, Huggins³⁴⁴ demostró que el espectro del ázoe puede reducirse a una sola línea en el verde, si la intensidad luminosa está suficientemente debilitada [...]. // Por otra parte, Fievez³⁴⁵ ha demostrado experimentalmente que el espectro de hidrógeno se puede reducir a la raya [sic] por medio de su debilitación luminosa. // Para cerciorarse que la apariencia del espectro de la nebulosa obedece a una sola causa fisiológica, el fenómeno de Purkinje³⁴⁶, M. Sheiner, astrónomo del observatorio de Potsdam, empleó el siguiente procedimiento [...].*

No hay en el texto ninguna explicación o descripción que permita comprender a un lego cada uno de los conceptos tales como los destacados en negrita, ni información relativa a los científicos nombrados. Se supone, pues, por ejemplo, que el destinatario tiene información sobre la relación entre los espectros lumínicos y los elementos químicos, y sobre el fenómeno de Purkinje. A la vez, ese destinatario podría, a partir de los elementos presentes en el texto, reconstruir cierto sentido global planteado en el texto, independientemente de si tal sentido es o no aceptable: el hidrógeno presenta, en apariencia, dos espectros diferentes según se trate del que se obtiene a partir del análisis de la luz de las nebulosas o del que se obtiene en laboratorio con un tubo de Geissler, pero la diferencia respondería a una causa fisiológica del ojo humano, lo que

³⁴² Op. cit., 26/5/25, 4ª ed., p. 16y.

³⁴³ Se trata de un tubo de vidrio en el que el paso de la corriente eléctrica genera luminosidad al pasar por un gas rarificado, cuya invención se debe al físico alemán Heinrich Geissler (1815-1879) (Fuente: Enciclopedia Británica - <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/227858/Heinrich-Geissler> Consultada el 1/2/2013).

³⁴⁴ William Huggins (1824-1910) fue un astrónomo inglés que aplicó los descubrimientos de Robert Wilhelm Bunsen (1811-1899) y Gustav Kirchhoff (1884-1887), relativos al análisis espectral, al estudio de la composición química de los objetos celestes.

(Fuente: Enciclopedia Británica - <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/274848/Sir-William-Huggins> Consultada el 1/2/2013).

³⁴⁵ Se trataría de un astrónomo del observatorio de Bruselas, que habría “entrevisto en 1875 el fenómeno de Zeeman”, relacionado con la acción del magnetismo sobre la luz, según una referencia que encontramos a él en un ejemplar del 24 de junio de 1916 de la revista «Ibérica. El progreso de las ciencias y sus aplicaciones», editada por el Observatorio del Ebro (Vol. 05, no. 130, p. 413), disponible en la página del Arxiu de Revistes Catalanes Antiques (<http://mdc2.cbuc.cat/cdm/compoundobject/collection/iberica/id/657/rec/137> Consultada el 1/2/2013).

³⁴⁶ Se refiere a un efecto de la percepción visual relativo a los colores según la intensidad de la luz. La denominación deriva de su descubridor, el médico checo Jan Evangelista Purkinje (1787-1869).

(Fuente: Enciclopedia Británica - <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/484087/Jan-Evangelista-Purkinje#ref143506>; consultada: 1/2/2013).

se conoce como efecto de Purkinje, relativo a la percepción de los colores según la intensidad de la luz.

El segundo de los textos divulgativos de la sección “Mecánica y Electricidad”, relativo a las manchas solares³⁴⁷, evidencia una preocupación pedagógica mayor que el texto recién visto, sobre todo en cuanto al planteo de la cuestión y al interés que presenta el estudio de ese fenómeno. En el inicio se lee:

(xxv) *La alta temperatura y la masa enorme del sol hacen que la física de este astro no tenga punto alguno de comparación con la del frío y diminuto planeta en que vivimos. [...] El más aparente, ya que no el más importante de todos los fenómenos que en la superficie del sol ocurren, es la formación de manchas oscuras, pequeñas unas como simples poros, grandes otras hasta hacerse visibles a simple vista y adquirir tamaño muchas veces superior al de toda la tierra. [...]*

Y tras la descripción del fenómeno, de los métodos de observación y de las precauciones necesarias para la tarea, sugiere, en el último párrafo, en qué radicaba el interés en el estudio:

(xxvi) *La superficie ocupada por las manchas, así como el número de las mismas varían según un período de 11 años: cuatro y medio del mínimo al máximo, y seis y medio de un máximo a un mínimo siguiente. **El mismo período siguen los fenómenos meteorológicos y biológicos, regidos más o menos directamente por el calor solar.***

Tal relación permite al lector inferir que el estudio de las manchas solares³⁴⁸ brinda datos para predecir con mayor precisión, por ejemplo, fenómenos meteorológicos, precisión necesaria para la producción agrícola y ganadera, entre otras cuestiones prácticas.

En el texto persiste la presencia, ya observada en otros, de conceptos que no son definidos o descripciones de procesos probablemente incomprensibles para un lego, hecho que nos permite suponer un destinatario con algún grado de conocimiento específico:

(xxvii) *El sodio y el helio, cuyas **líneas espectrales** aparecen como **rayas negras de absorción** en la región amarilla del espectro [...].*

Pero la “familiaridad” con que se refieren conceptos y autores produce, de todos modos, un *efecto de saber* entre el público lego.

³⁴⁷ Op. cit., 14/9/25, 4ª ed., p. 16.

³⁴⁸ Entre 1919 y 1925, Georges Hale y Walter Adams estudiaron las manchas solares y plantearon que están sujetas a una inversión de polaridades magnéticas, tanto de una como de la otra parte del ecuador solar y con un ciclo de 11 años (Fuente: Página del Grupo de Astrofísica de Cúmulos Abiertos, Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas de la UNLP consultada el 5/2/2013). El dato permite suponer que la nota de «La Razón» estaba bastante actualizada. Por otra parte, cabe recordar que la temática relativa a las manchas solares y, más en general, los estudios sobre el Sol, en nuestro país, eran del interés específico de Martín Gil, a quien el diario había entrevistado unos meses antes de la publicación de esta nota de divulgación. Según señalan Paolantonio y Minniti (2009: 5-6), en abril de 1913 el diputado Gerónimo del Barco, compañero de partido de Gil, había presentado en el Congreso un proyecto de ley para crear un Observatorio de Heliofísica y Física Cósmica. Pero la iniciativa, propiciada por Martín Gil, no prosperó. Posteriormente en 1929, ya como diputado, el mismo M. Gil presentó un nuevo proyecto de ley para la “Creación de un instituto de física solar” que tampoco llegó a concretarse. “La formación de un observatorio que, a diferencia de los existentes hasta ese momento, se dedicaría al estudio de la física solar y cósmica y su influencia sobre la Tierra, recién ocurre en 1938, al inaugurarse el Observatorio de Física Cósmica de San Miguel. Se desconoce hasta qué punto Martín Gil participó en este hecho”, dicen estos autores.

El conocimiento evocado a partir de recursos similares tiene, en otro texto, relativo a las teorías cosmogónicas, una funcionalidad diferente. Se trata del breve sobre el “Origen del calor solar”³⁴⁹. Lo que funge como noticia es en sí mismo un hecho del campo periodístico: una revista publicó un artículo acerca de un trabajo científico pero, en rigor, no hay noticia:

(xxviii) *París, Junio*– «*Le Temps*» da cuenta de un estudio presentado a la Academia de Ciencias de París por el profesor Émile Belot³⁵⁰, en el cual se hacen interesantes demostraciones respecto del origen del calor solar.

A ese primer párrafo, le sigue una apretada reseña en tres párrafos del contenido de la nota de la revista, referido, a su vez, al tema indicado en el título. El primer párrafo presenta el problema:

(xxix) *Este [el calor solar] ha sido atribuido hasta ahora a su contracción bajo la influencia de la ley de gravitación. Pero por esta teoría no puede explicarse sino una provisión de calor correspondiente a 32.000.000 de años de radiación en el pasado, cuando la geología proclama que la tierra existe desde hace varias centenas de millones de años.*

Luego refiere que Belot “demuestra que la cosmogonía dualista –su propuesta teórica– permite resolver esta dificultad” del mismo orden. Según el diario:

(xxx) [La teoría de Belot] admite que en el origen de nuestro sistema se produjo un choque análogo al de una estrella nueva, entre un esferoide gaseoso, el protosol, cuyo rayo [sic] valía 62 veces el rayo solar actual, y una nebulosa amorfa.

No se definen términos ni se enuncian los postulados de esa cosmogonía, de manera que también en este caso el destinatario debería contar con cierto grado de conocimiento previo sobre la temática pero, dada la “noticia”, según se reproduce en (xxviii), es posible inferir que se evoca cierto conocimiento –más allá de que resulte claro o no el enunciado– no para divulgarlo sino para orientar al experto acerca de las nuevas publicaciones sobre el tema. El breve de «La Razón» remite pues al artículo de «Le Temps» que –subrayamos– es el que da cuenta del estudio presentado.

En otro artículo, titulado “¿Tendremos una nueva luna?” se aborda la posibilidad de acrecentar “la familia de la tierra” con un nuevo objeto: un “asteroide” o “planeta menor” podría ser “atrapado” por la gravedad terrestre y permanecer, por tanto, como otro satélite natural. El texto se complementa con un gráfico: un esquema –en el que no se representa ninguna escala– de las respectivas órbitas de la Tierra y de la Luna, y del supuesto “planeta menor” que se podría

³⁴⁹ Op. cit., 11/8/20, 4ª ed., p. 6.

³⁵⁰ El texto del estudio del que daba cuenta «Le Temps» probablemente fuera el publicado en las *Memorias del Congrès des Sociétés Savantes de Paris et de Départements* realizado en Strasbourg en 1920, pp. 59-63, titulado “Note sur les perfectionnements récents de la cosmogonie dualiste et tourbillonnaire”, y en el que Belot es presentado como ingeniero jefe de Manufacturas del Estado y como delegado de la Sociedad Astronómica de Francia. Allí, Belot remite a su *Essai de cosmogonie tourbillonnaire*, publicado en 1911. Las Memorias fueron publicadas por el Ministère de l’Instruction Publique et des Beaux Arts – Comité des Travaux Historiques et Scientifiques en 1920 (Belot, 1920). La palabra “tourbillonnaire” evoca la teoría cartesiana sobre el movimiento (Cf. Levinas, 2006: 234-248; también Moledo y Magnani, 2009: 57). Émile Belot nació en Vendôme, en 1857 y murió en Le Mans, en 1944 (Fuente: Treccani - L’Enciclopedia Italiana, disponible en www.treccani.it/enciclopedia/emile-belot; consultada el 5/2/2013), y hacia 1919 fue presidente de la Association Francaise pour l’Avancement des Sciences (Fuente: Gallica <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5732169g.r=%C3%89mile+Belot.langES> Consultada el 8/5/2013).

acercar al nuestro. Pero la “nueva luna” que refiere el título sería, según plantea el texto, una tercera, puesto que para muchos “sabios” ya existía una segunda luna, “tan pequeña que el ojo humano era incapaz de advertirla sin la ayuda de aparatos especiales conocidos en astronomía”.

En el despliegue argumentativo del contenido temático, fuertemente especulativo, este artículo exhibe algunos rasgos de cierto tipo de razonamiento habitual en el discurso científico mismo y, por tanto en el proceso de producción de conocimiento: la apelación a la analogía –o, a veces, más específicamente, la metáfora– para ensayar respuestas aproximativas que llevan luego a otras conceptualizaciones e hipótesis más firmes, es decir, con valor explicativo o heurístico, proceso que –desde distintas perspectivas que focalizan las dimensiones lingüístico-discursivas y retóricas, cognitivas y/o epistemológicas– analizan y describen diversos autores en relación con diferentes objetos puntuales (Fox Keller, 2000; Palma, 2004; Oliva Martínez, 2004a y b; Ciapuscio, 2005b, entre muchos otros)³⁵¹. Además, claro está, la analogía o la metáfora, funcionan como recurso pedagógico en la divulgación de la ciencia, en tanto permiten vincular el conocimiento que se pretende divulgar con el que se supone conocido por el destinatario³⁵² (Jeanneret, 1992; 1994: 346-364; Ciapuscio, 1993 y 2005a)³⁵³. Veamos cuáles son esos rasgos.

El despliegue argumentativo de la nota se inicia, respecto de la tercera luna, con una pregunta:

(xxxix) *¿La familia de la tierra, dice aquel sabio, que ahora consiste en la luna que nos es familiar a todos y en la otra pequeña invisible, va a ser aumentada dentro de algún tiempo? ¿Se aproxima el día (o la noche) en que percibamos tres cuerpos lunares girando alrededor de nuestra tierra como ésta gira alrededor del sol?*

Para responderla, el texto apela, en primer lugar, a distintas voces de astrónomos de los que se limita a informar la filiación institucional sin señalar el reconocimiento internacional del que eran objeto dentro del campo disciplinar, como la del “doctor Baade”³⁵⁴, “de la Universidad de

³⁵¹ Quizás el trabajo –al menos en castellano– más abarcador, planteado desde la filosofía de la ciencia y la epistemología y focalizado en la metáfora, sea el de Palma; Fox Keller focaliza el rol de la metáfora en sus dimensiones cognitivas y epistemológicas en el desarrollo de la biología, en particular, de la genética; Oliva Martínez, desde un punto también cognitivo y epistemológico, aborda el rol de la analogía en la “construcción histórica del concepto de fuerza gravitatoria y del modelo del sistema solar”; Jeanneret, se dedica específicamente a la metáfora como recurso retórico-cognitivo en las prácticas sociales discursivas de carácter divulgativo. Ciapuscio, desde una perspectiva de la lingüística del texto, se refiere a la metáfora –como concepto general del cual la analogía es un subconjunto– como recurso en la formulación de discurso, central en la comunicación entre expertos y legos. Como esta última autora, creemos que la “literatura sobre la metáfora es probablemente inabarcable” (2005a: 81).

³⁵² Jeanneret (1994: 346-347) afirma: “Si el razonamiento analógico ocupa en la divulgación un lugar prominente no es en virtud de una rutina estilística arbitraria. [...] En términos de aprendizaje, [las figuras de la analogía] pueden relacionar las nociones descubiertas por el lector con su experiencia corriente y su imaginario; en materia de contrato de comunicación, persiguen de una manera particularmente eficaz un recorrido didáctico pero familiar” (Mi traducción).

³⁵³ Conviene señalar que esta mirada sobre la metáfora y la analogía es relativamente reciente. Según Ciapuscio (2005a: 81), “si bien la metáfora ha sido por años un tema controversial en el ámbito científico y también en los estudios descriptivos y normativos sobre los textos de ciencia [...], es evidente que en los últimos años la actitud hacia la metáfora ha cambiado de manera sustantiva, debido a distintos factores, entre ellos, las nuevas concepciones epistemológicas sobre la actividad científica, la influencia de la historia y la sociología de la ciencia y los estudios sobre la retórica científica”. Y agrega: “Este cambio radical respecto de la metáfora coincide con los nuevos modelos y reflexiones de la lingüística cognitiva sobre el pensamiento metafórico, que han revalorizado de manera notable el recurso”. Es desde ese punto de vista que situamos nuestro análisis del fenómeno.

³⁵⁴ Se refiere al astrónomo alemán Wilhelm Heinrich Walter Baade (1893-1960) que se desempeñó en el observatorio de Hamburgo entre 1919 y 1931 y luego, tras su salida hacia Estados Unidos, en el observatorio del Monte Wilson hasta 1958. A la fecha de la nota que analizamos, ya había descubierto varios asteroides, como el que denominó “Hidalgo”, en 1920; pero el que más se aproximaría a la Tierra fue bastante posterior: en 1948, el asteroide Ícaro (Fuente: página educativa de la corporación OPT –Oceanside Photo & Telescope–,

Hamburgo”, y la del “profesor E. B. Frost”³⁵⁵, del “observatorio de Yerquers” [sic], para referir descubrimientos de “cuerpos celestes relativamente pequeños” –asteroides o “planetoides”– que se acercaban o se habían acercado a la Tierra. La cercanía de un objeto de esa naturaleza hacía que mereciera la atención de los astrónomos:

(xxxii) *El interés peculiar del último descubrimiento consiste en la proximidad de dicho objeto celeste, en su órbita, a la de la tierra. // ¿Llegará el pequeño planeta a pasar suficientemente [cerca] de la tierra hasta ser envuelto por nuestras leyes de atracción y fallar en su curso convirtiéndose en un nuevo satélite de la tierra?*

La pregunta reproducida en este fragmento reformula, ahora en términos más cercanos al discurso llano, la primera de las interrogantes del ejemplo anterior (xxxi) que, en cambio, metafórica el sistema planetario con el esquema parental. Aunque no especifica la fuente escrita y rebaja el nivel de certeza con un verbo modal –*parecer*–, atribuye una respuesta afirmativa a un “miembro de la Real Sociedad Astronómica”, filiación institucional que también aparece como único respaldo de autoridad para un astrónomo que probablemente fuera conocido sólo por expertos, Scriven Bolton³⁵⁶:

(xxxiii) *El astrónomo inglés parece que considera tal evento como posible, y manifiesta que el nuevo asteroide puede ser como el segundo sospechado que acompaña la tierra en su maravilloso giro por el hondo espacio. [...] Hay varios cientos de pequeños cuerpos celestes que aún no han sido descubiertos, según afirma el mencionado astrónomo cuyo nombre es Scriven Bolton, y cuyas dimensiones varían entre varias millas y unos cuantos cientos de pies.*

En este fragmento, como en el (xxxi), se da por sentada la existencia de un objeto que oficiaría como segunda luna pero, según atribuye también a Scriven Bolton, “no ha sido nunca visto por el ojo humano”. El hecho de no haber sido observado habilita la siguiente pregunta, que parece referir la que se haría cualquier lector atento, aunque lego:

(xxxiv) *¿Cómo, entonces, hombres eminentes en el mundo de la ciencia trabajan para estimar su tamaño, su velocidad y su distancia de la tierra? La respuesta se halla en las perturbaciones de la órbita de la gran luna.*

<http://www.optcorp.com/edu/articleDetailEDU.aspx?aid=1012>; consultada el 6/2/2013). Un cráter y un valle de la Luna llevan su apellido (Fuente: Unión Astronómica Internacional – Grupo de trabajo para la nomenclatura del sistema planetario, <http://planetarynames.wr.usgs.gov/nomenclature> Consultada el 6/2/2013).

³⁵⁵ Se refiere a Edwin Brant Frost, astrónomo norteamericano (1866-1935), que sucedió a Georges Hale en el observatorio Yerkes, en 1905, cuando este último se trasladó al de Monte Wilson. Fue profesor de Astrofísica en la Universidad de Chicago –de la que depende el observatorio que dirigió–, y se destacó en el campo de la espectroscopía estelar, en particular, en la determinación de la velocidad de las estrellas (Fuente: Fox, Philips -1936- “Edwin Brant Frost”, «The Astrophysical Journal», Vol. 83, N° 1, pp 1-8; disponible en <http://adsabs.harvard.edu/full/1936ApJ....83....1F> Consultada el 6/2/2013).

³⁵⁶ Se trata de Thomas Simeon Scriven Bolton (1883-1829), “habitualmente referido sólo como Scriven Bolton”. Fue una figura conocida en el campo de la astronomía eduardiana, “especialmente en el norte de Inglaterra”. Fue miembro de la British Astronomical Association y publicó numerosos artículos. Su telescopio más famoso en la época fue el “gigante *Two Foot*” que instaló en su observatorio en Bramley, Leeds, en 1913 (Fuente: Armitage, John -2009- “The Scriven Bolton 'two foot' giant telescope mirror”. «Journal of the British Astronomical Association», vol. 119, no. 1, p. 49; disponible en http://articles.adsabs.harvard.edu/cgi-bin/nph-iarticle_query?2009JBAA..119...49A&data_type=PDF_HIGH&whole_paper=YES&type=PRINTER&filetype=.pdf Consultada el 7/2/2013). También fue miembro de la Royal Astronomical Society a partir de 1905 (Fuente: Obituarios de la RAS, disponible en <http://www.ras.org.uk/library/obituaries/1283-ras-obituaries-07> Consultada el 7/2/2013).

Como la Luna “no ha cumplido siempre estrictamente las teorías astronómicas”, la segunda luna aparece como explicación, por analogía con otro fenómeno ya conocido en el campo de la ciencia:

(xxxv) *Pero una situación semejante llevó al descubrimiento del planeta Neptuno, el más lejano familiar del sol. De modo que la teoría de otra pequeña luna en adición a la ya conocida debe tomarse en serio, lo mismo que la posibilidad de que el nuevo planeta descubierto por el astrónomo Baade debe agregarse al grupo terrestre. Por analogía, no hay razón por la cual la tierra no pueda tener dos satélites y hasta más.*

La analogía con el proceso del descubrimiento de Neptuno³⁵⁷ es la base para dar por sentada la existencia de un segundo satélite natural que explicaría las perturbaciones de la órbita lunar aun cuando no hubiera sido observado, del mismo modo que las perturbaciones de la órbita de Urano llevaron a hipotetizar la existencia de aquel planeta y a orientar su búsqueda a través de cálculos matemáticos según distintos puntos de partida teóricos. La observación verificó luego, en efecto, tal hipótesis. En el caso de la supuesta segunda luna, la analogía ocupa el lugar de la observación directa, siempre reclamada por «La Razón». Pero en el planteo del diario no hay, sin embargo, ninguna referencia a cálculo alguno que permitiera definir, por ejemplo, una posible ubicación, para orientar la búsqueda, tal como había ocurrido con Neptuno. Por otra parte, la respuesta a la pregunta implícita acerca de cómo habría llegado a existir esa segunda luna remite al esquema hipotético de la conformación de sistemas planeta-satélites por “adición”, esquema que no tenía ninguna semejanza con el caso de Neptuno. Por analogía, entonces, supone que se podrían además “adicionar” otras lunas en el futuro, pero nada dice, ni se pregunta, acerca de las consecuencias que tal adición podría tener, a su vez, en una órbita lunar supuestamente ya perturbada por otro satélite.

Se trata pues de un rasgo “mecanicista” en sí mismo, en el sentido de que traslada mecánicamente la explicación de un proceso o un procedimiento para explicar otro fenómeno, sin consideración de las condiciones específicas del segundo ni de los cálculos que deberían haber sido hechos. Y lo consideramos un rasgo “mecanicista” a sabiendas de que el término remite, además, a una concepción de la realidad en su conjunto originada siglos antes y especialmente difundida a partir de Descartes y Newton y que proviene de una metáfora: el mecanicismo es la “doctrina según la cual toda realidad natural tiene una estructura comparable a la de una máquina, de modo que puede explicarse basándose en modelos de máquinas” (Palma, 2004: 204-5). El caso de Neptuno es presentado como un “mecanismo” que puede reiterarse en la inmensa máquina del Universo en el que, por otra parte, ya estaba claro que se repetían otros. Según Palma (2004: 211), el mecanicismo –con diferentes versiones– perduró hasta “por lo menos mediados del siglo XIX”, cuando comenzarían a desarrollarse otras ramas de la física – por ejemplo, la termodinámica y el electromagnetismo– y otras ciencias como la biología

³⁵⁷ Como es sabido, la existencia del planeta que luego se llamaría Neptuno fue deducida por cálculos matemáticos a partir de las perturbaciones de la órbita de Urano (que había sido descubierto por el astrónomo William Herschel el 13 de marzo de 1781 por observación con un telescopio), por caminos teóricos diferentes y casi simultáneamente por el inglés John Couch Adams y por el francés Urbain Le Verrier, y observado en setiembre de 1846 por Jean Gottfried Galle, en el observatorio de Berlín, por pedido del francés. Adams realizó los cálculos según la Ley de Bode, que establece por una “sencilla regla numérica”, un “patrón de distancias de los planetas con respecto al Sol”, y que se había comprobado para todos los planetas, incluido Urano, y que “había permitido deducir la existencia del cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter”. Le Verrier, por su parte, “usó la teoría de perturbaciones y el cálculo de órbitas desarrollado unos años antes por” el matemático Carl Friedrich Gauss (1777-1855). (Fuente: Bosch Bailach, José, “El descubrimiento de Neptuno”, página de la Asociación Valenciana de Astronomía - <http://www.astroava.org/index.php/articulos/91-el-descubrimiento-de-neptuno.html>- Consultada el 7/2/2013).

evolucionista.

Por un lado, la presencia de rasgos mecanicistas en las primeras décadas del siglo XX parece un indicio más de que los desarrollos científicos de la etapa no incidieron automáticamente en la representación de la ciencia por fuera del campo científico, como destacaba Hobsbawm según vimos³⁵⁸. Pero, por el otro, el “contenido” de ese mecanicismo exhibido en el texto da cuenta de otra cuestión. De manera general, el mecanicismo se asentaba sobre la “matematización” de la naturaleza, es decir, consideraba que la matemática podía ser la clave para la comprensión del Universo, y los avances en astronomía –cuya culminación había sido la teoría newtoniana–, habían radicado tanto en un pensamiento que recurría al álgebra como en una creciente precisión en las observaciones (Palma, 2004: 212-213). En la nota que analizamos, la ausencia, al menos, de toda referencia a un cálculo deja sin sustento la orientación de una observación que, por otra parte, es presentada como difícil, en virtud de la falta de instrumentos adecuados.

Lo que nos interesa destacar es, sin embargo, que el rasgo que denuncia el carácter lego del enunciador en este texto no es tanto el “déficit” en cuanto al saber que constituye el contenido temático de la práctica –que podría ser incompleto, o presentar errores pero por eso mismo sería pasible de ser completado y/o corregido, como por ejemplo una ecuación mal resuelta– sino la exhibición de un procedimiento, de un modo –de entre varios– de producción de conocimiento científico, la analogía, pero sin uno de sus componentes. En efecto, el enunciador establece la relación de semejanza entre un “mecanismo” probado y otro que propone, sin considerar uno de los “engranajes” de ese mecanismo, en este caso, el del cálculo matemático: el potencial explicativo y divulgativo del tipo de razonamiento analógico desaparece y da lugar, en cambio, a una especulación fantástica, en la que resultaría difícil al lector, también lego, discernir entre un tipo de conocimiento –el científico– y la ficción. Se produce nuevamente, pues, un *efecto de saber*, esta vez, por medio de un procedimiento diferente de los que habíamos descrito hasta aquí como, por ejemplo, el denominar a las autoridades científicas de modo familiar, dando por sentado que son conocidas; o presentar clasificaciones incompletas o erradas, sin ningún recaudo discursivo, o reproducir terminología científica sin definir que termina por “encubrir” el conocimiento antes que divulgarlo.

En suma, la representación del astrónomo presenta algo más marcadamente rasgos vistos en otras disciplinas tales como el estudio, el esfuerzo personal, el sacrificio y una especie de renunciamiento a las cuestiones mundanas –propios de cierto estereotipo acerca de las actitudes propias de una persona religiosa–. Y en general, esas características son atribuidas a los profesionales extranjeros que se desempeñaban en nuestro país. A diferencia del campo de la paleontología, no había en el de la astronomía, una figura nacional y discípulos como ocurría con Ameghino y sus seguidores. Por el contrario, en este caso no se observaba la presencia de seguidores nativos de la disciplina, y tal vez ese era uno de los deseos del diario: estimular el desarrollo de recursos locales. Ya no se trataba del edificio –como ocurría con la falta de uno apropiado para el Museo de Ciencias Naturales–, pues los observatorios disponían de una infraestructura y un equipamiento relativamente aceptables, ni del financiamiento de exploraciones; ni siquiera se trataba, según la propuesta del diario, que replica la de Perrine, de aportes estatales –al menos, en primera instancia–. Requería, más bien, el aporte económico privado, según el modelo norteamericano, de argentinos adinerados y, sobre todo, la vocación desinteresada y el esfuerzo de jóvenes nacidos en el país. Una razón esgrimida explícitamente es

³⁵⁸ Ver Introducción, en esta misma Parte II.

que se trataba de un tipo de desarrollo científico que generaba la posibilidad de desarrollar, a la vez, una industria capaz de abastecer de insumos para la investigación; otra razón probable, no esgrimida pero que resultaría coherente con la posición global del diario es que parecía necesario “nacionalizar” los recursos humanos tras una etapa de aportes extranjeros en el plano de los recursos humanos y del “know how” propio de la disciplina.

En el caso de los geólogos, en particular, los vulcanólogos, son presentados con rasgos de una heroicidad derivada casi sólo de las dificultades y peligros a sortear temerariamente más allá de la alta o baja disponibilidad de recursos, a los que casi no hay referencia. La heroicidad puede ser descripta, si se quiere, como otra forma de sacrificio.

A su vez, y tal vez como modelo de esfuerzo personal, presenta las figuras de algunos autodidactas, sin distinguir trayectorias ni condiciones sociales ni familiares de origen que podrían explicar los casos de fracaso por razones ajenas al esfuerzo. En cualquier caso, se trata de exaltar desde el ángulo de estas disciplinas la figura del “self made man” en todo lo que encierra en cuanto a la actitud individual para destacarse y ser útil a la patria. A la vez, la representación de estos autodidactas pone en evidencia otras tensiones, por ejemplo, entre lo académico y el conocimiento científico en general, tensión que reaparece en otras disciplinas, así como reaviva la conflictividad siempre latente relativa al lenguaje del saber. La figura de Martín Gil es una de las más claramente expuestas como modelo.

En cuanto a la representación de las disciplinas, en particular el campo de la astronomía aparece cruzado por la competencia entre individuos y, sobre todo, entre instituciones. En el caso de los individuos, se trata de problemas relativos a los méritos por descubrimientos diversos. En el caso de las instituciones, en cambio, la competencia adquiere otras dimensiones; en nuestro país, la más clara que el diario representa es la que se daba entre los observatorios de Córdoba y La Plata, en tanto capítulo local de una competencia entre redes internacionales, entre modelos de trabajo que eran presentados como más o menos eficientes en relación con diferentes parámetros. El campo de la geología, en cambio, no presenta rasgos específicos desde el punto de vista de las instituciones. Estas disciplinas, en general, tienen en la representación del diario, finalidades prácticas bastante concretas, que son las valoradas explícitamente: estudiar los modos de predecir el clima, los terremotos y maremotos –según la denominación de la época–, y la erupción de volcanes, para evitar los efectos devastadores sobre la humanidad. De manera más general y más en un segundo plano, parecen disciplinas destinadas a vigilar el cielo y la tierra para alertar el advenimiento del apocalipsis, acontecimiento futuro cuya verdad no parece estar en discusión, punto en el que, como veremos en el siguiente capítulo, se desdibuja ya el límite entre la ciencia y otros modos de conceptualizar lo real.

La representación del conocimiento propio de estas disciplinas ofrece algunos rasgos similares a los evidenciados en el caso de las ramas del conocimiento ya vistas, pero presenta también algunas particularidades. Hay un número mayor de notas de carácter divulgativo sobre temas de astronomía o vulcanología que sobre otras disciplinas como la antropología o la geografía, pero son, por lo general, de carácter subsidiario, es decir, tienen como finalidad general la de contextualizar noticias. A veces, se trata de reseñas de carácter histórico, es decir, enumeran y describen acontecimientos similares o pretendidamente similares a los que presenta como noticia, sin ningún afán explicativo de la clase de fenómeno de que se trate; otras veces –sobre todo en el caso de la astronomía–, las notas pueden tener cierto carácter explicativo, pero adolecen de problemas diversos: amalgaman marcos teóricos distintos, no se citan fuentes, hay alto grado de generalidad, e incluso presentan, como realizadas por el enunciador periodista, evaluaciones de ciertos hechos, a modo de “prueba” para verificar una –pretendida– teoría.

Además de que los “hechos” son presentados así con un valor y un sentido absoluto y único, independiente de cualquier esquema teórico que lo categorice, el mecanismo produce –una vez más– un *efecto de saber* que vuelve a pretender dar al diario autoridad para enunciar discurso científico. También se observan otros mecanismos, tales como presentar clasificaciones dando como verdaderos los parámetros que se utilizan, y sin acudir a ninguna fuente particular sino, vagamente, a “sabios” que no son identificados. En la sección “Mecánica y electricidad” aparecen algunas pocas notas sobre aspectos vinculados con la astronomía con un mejor tratamiento pedagógico que las antes señaladas. Pero se trata sólo de una cuestión de grado, pues de todas formas los textos evidencian fuertes dificultades para dar cuenta de aspectos teóricos, incluso para el público lector un poco más formado que supone el conjunto de la sección.

En general, los marcos teóricos –con toda la vaguedad o generalidad, y con las dificultades con que son presentados– no son cuestionados. Se puede destacar que, en el campo de la astronomía, la Teoría de la Relatividad es ignorada: el Universo es descrito bajo el marco newtoniano, con claros rasgos mecanicistas. Este hecho es un ejemplo de que los cambios en el campo científico no habían activado ninguna variación en la representación del saber por fuera de ese campo mismo. Los déficits explicativos atribuidos a la ciencia aparecen vinculados, antes que a dificultades teóricas, a otro tipo de déficit: la falta de tecnología suficiente para verificar empíricamente los postulados teóricos. De este modo, además, el discurso del diario enfatiza la necesidad del respaldo en la observación y/o la experiencia directa para sustentar cualquier hipótesis.

Reaparece aunque solapadamente cierta demanda de simplicidad en el lenguaje de la ciencia, que evidentemente se distanciaba cada vez del lenguaje común como correlato de una complejización del conocimiento, cada vez más lejano de la intuición y la experiencia directa. La valoración de la observación directa y de la experiencia –sin duda, fundamentales– acompañada por el rechazo a la complejización que parece percibir como una característica exclusiva del plano del lenguaje y excesiva respecto de la complejidad del saber, constituiría, por un lado, la marca de la perduración, como rasgo de la representación de conocimiento, de un empirismo o inductivismo ingenuo (Chalmers, 1984: 11-25) que, para la época ya formaba parte del “sentido común”, pero que probablemente constituía, a la vez, la versión lego o popular del positivismo.

Y por último, se puede destacar, en relación con el lenguaje de la divulgación, la presencia bastante más abundante de elementos gráficos paratextuales tales como esquemas y dibujos para explicar algunos fenómenos, como por ejemplo, los eclipses de sol.

CAPÍTULO 4

EN LOS LÍMITES: ENTRE CIENCIA Y NO-CIENCIA

En la Introducción a esta parte II planteábamos que en las representaciones sociales relativas a ciencia parecían convivir yuxtapuestos pero en tensión, rasgos típicamente positivistas con otros provenientes de creencias diversas, ajenas al campo científico –a los que denominamos, en conjunto, como *no-ciencia*–. Para nosotros, como dijimos, no se trataba del fin de la representación positivista de la ciencia y del conocimiento científico sino de la presencia paralela de explicaciones de otro origen para problemas que la ciencia o bien, efectivamente, no había resuelto aún o que no estaba ni estaría nunca en condiciones de responder porque estaban formulados según lógicas provenientes de marcos conceptuales religiosos, mágicos, intuitivos, y fundados a veces en experiencias interpretadas, claro está, desde esas mismas lógicas. Los distintos sistemas explicativos convivirían, pues, dentro de una representación amplia de conocimiento, probablemente extendida entre distintos sectores sociales. Es alta la posibilidad, también, de que los diarios, a través de sus prácticas, colaboraran desde este ángulo con procesos de distinción y clasificación social al indicar cuáles eran las creencias aceptables, propias de sectores que se autopercebían como “medios” o “cultos” y cuáles no. A la vez, las prácticas evidenciaban, entonces, por dónde pasaban los límites, borrosos a veces, entre ciencia y no-ciencia. En algunas de las ramas analizadas en los capítulos anteriores fue posible observar tales límites en varios de los textos, pero también encontramos en nuestro registro otras notas referidas a algunos de los temas que aparecían en esa frontera y que, aun cuando no fueran presentados por el diario vinculados de manera directa con la ciencia, son significativos en tanto dan cuenta del grado de valor de verdad que el diario atribuía a explicaciones provenientes de marcos conceptuales no científicos –o bien, que *pretendían* encuadrarse como tales– o a experiencias interpretadas desde esos marcos.

Del conjunto bastante extenso de temáticas, tomaremos algunos núcleos más o menos recurrentes o temas puntuales que consideramos representativos. Analizaremos, entonces, por un lado, textos sobre cuestiones relativas a la adivinación, el espiritismo y la teosofía; otros en los que se tematiza un apocalipsis no vinculado necesariamente con representaciones religiosas. Y, en relación más directa con las ramas del conocimiento científico que observamos en los capítulos previos, analizaremos dos temas –quizás los más complejos e interesantes–: la existencia de la Atlántida y de una civilización atlante, y la posibilidad de comunicación con Marte, la existencia de cuya población se presenta como verdad, más allá de que la comunicación pudiera o no ser establecida. En relación con estos dos temas, referiremos las notas que enumeramos como parte de los corpórea de cada área disciplinar; en relación con la adivinación, espiritismo, teosofía y las tematizaciones del Apocalipsis, iremos indicando los textos en notas al pie.

4.1. Adivinas, espiritistas y teósofos

A fines de noviembre de 1917, una mujer mató a una amiga y compañera de habitación en un hotel de la calle Billingham. Según la crónica que publica «La Razón»³⁵⁹, el móvil habría sido la

³⁵⁹ “Nigromancia delincuente – Un peligro que debe ser extirpado”, 30/1017, 4ª ed., p. 4.

sospecha, azuzada por una adivina, de que la víctima realizaba “trabajos” –de magia o brujería– contra la victimaria. El segmento comentativo del diario es claro no sólo en cuanto a la evaluación de esta clase de adivinas –como veremos, el diario las contrastará con otra clase–, del rol de la policía en relación con las prácticas adivinatorias y del rol periodístico que asume al respecto:

- (i) *Indudablemente, que la[s] mentalidad[es] de ambas protagonistas del drama corrían parejas. Y acaso no sólo la mentalidad sino también el instinto, aun cuando el de la matadora se ha revelado con mayor ferocidad, y aparece revestido del más repugnante cinismo. No intentaremos, pues, buscar atenuantes ni excusas al crimen; pero creemos deber llamar la atención de las autoridades, una vez más, sobre la existencia de esta plaga de adivinas, nigrománticas y quirománticas, que constituyen una lacra social y entrañan el peligro, cuya demostración práctica nos lo ofrece el drama de la calle Billinghamurst. // La acción perniciosa de esa clase de aventureras y estafadoras tiene mucho campo de acción en el bajo pueblo, y es decisivo, como un estimulante, sobre aquellos temperamentos preparados o aptos para delinquir. // La policía y funcionarios judiciales [...] habrán podido comprender exactamente la razón de la campaña periodística que viene realizándose contra esa plaga que, no sabemos en mérito de cual circunstancia especial, goza de impunidades y tolerancias inconcebibles. // Suponer que la policía no puede extirpar la plaga, sería admitir que tampoco está capacitada para perseguir ladrones. // Entonces cabe lógicamente pensar que, si las adivinas continúan desarrollando su tráfico criminal, débese al hecho de que la policía lo tolera...*

Por un lado, en este fragmento se observan marcas de algunos de los rasgos típicos del discurso propio del positivismo en cuanto a la concepción del delito: calificaciones como “lacra social” o el concepto de “temperamento preparado o apto para delinquir”. El delito parece, pues, en esta representación, una cuestión “temperamental”: un rasgo constitutivo del sujeto o bien, figuradamente, una habilidad innata, es decir, no aprendida³⁶⁰. También es de raíz positivista el acto de colocar a víctima y victimaria en el plano de una irracionalidad adjudicada habitualmente a los animales, referida por las nociones de “instinto” o “ferocidad”, y reforzada por la denominación “plaga” para nombrar lo que se percibe como una presencia masiva y agresiva de un animal o insecto que, en esos términos, es necesario “extirpar”³⁶¹. Debajo de la sospecha –indicada por la frase final y reforzada por los puntos suspensivos– de que la policía toleraba por corrupción a las adivinas, parece subyacer una actitud paternalista respecto de ese “bajo pueblo”: la policía lo debe proteger de estas mujeres capaces de *estimular el temperamento delictivo* a través de múltiples estafas. El diario, por su parte, cumple con su rol social de servicio público al organizar una campaña contra las adivinas y denunciar el comportamiento policial.

³⁶⁰ En los diccionarios de la RAE de la etapa, y hasta 1984, “temperamento” tenía 4 acepciones, una relativa al estado atmosférico; la segunda, a la actitud para salvar contiendas y obviar dificultades; y la cuarta, del ámbito de la música. La tercera sería la única que formalmente tendría algún sentido en el contexto que nos ocupa: “constitución particular de cada individuo, que resulta del predominio fisiológico de un sistema orgánico, como el nervioso, el sanguíneo, o de un humor, como la bilis o la linfa”, es decir, metafóricamente, remite a un rasgo constitutivo. Un otro sentido, que el diario intenta precisar cuando presenta la alternativa “apto”, recién fue incorporado por la RAE en 1984, como tercera acepción: “vocación, aptitud particular para un oficio o arte”. Evidentemente, el uso ya le había otorgado el sentido que tardíamente recoge la Academia, pero aun así, los conceptos de “vocación” o “aptitud” parecen referir facilidad para una habilidad no adquirida, lo que parece coherente como sentido figurado de la acepción del campo de la biología.

³⁶¹ En relación con la “plaga”, habitualmente el verbo es “exterminar” y no “extirpar”. El significado de “exterminar” supone “matar” y probablemente el diario lo considerara inapropiado para referirse, más allá de la metáfora, a personas; el de “extirpar”, en cambio, es el de “quitar”, “arrancar de cuajo” e incluso “acabar del todo con algo”, pero en relación con cosas o actitudes, no personas.

Efectivamente, «La Razón» mantuvo una campaña durante aproximadamente los poco más de diez años que relevamos, aunque con una frecuencia de publicación relativamente regular. A modo de ejemplo, podemos ver otras dos notas que dan cuenta del período. En un suelto de junio de 1921, titulado “¿Hasta cuándo se tolerarán las adivinas?”³⁶², el diario vuelve sobre los mismos argumentos, aunque sin que medie ningún hecho disparador. Algo similar ocurre en mayo de 1926: un suelto titulado “Vuelve a desarrollarse el ejercicio de la adivinación”³⁶³ denunciaba la actividad e insistía en que aunque se tratara de una contravención, era tolerada por las autoridades, y reclamaba en consecuencia que la policía actuase, habida cuenta de que no habría grandes dificultades para dar con ellas pues se repartían folletos en la calle y en los tranvías, en los que se informaban los domicilios de las adivinas³⁶⁴.

Interesa destacar uno de los argumentos centrales que se reitera en estos tres textos: la apelación a cierta *indefensión* de aquellos que presenta como víctimas de las adivinas, en razón de su falta de educación, cultura o por “debilidad mental”. Según el fragmento recién citado, la víctima, considerada como conjunto, es el *bajo pueblo*. Del mismo modo, en los otros dos textos el diario insiste en que se refiere a las adivinas que operan en los suburbios. En el de 1921, expresa lo siguiente:

- (ii) *Es evidente que la superstición sigue adueñada del espíritu de la multitud. // Sólo así se explica [la proliferación de adivinas]. // ¡Si se habrá[n] dicho cosas en contra de las **pitonisas de los suburbios!** ¡Si se habrá buscado con empeño la manera de substraer a su rapacidad y a sus embustes a los **infelices ilusos**, que víctimas de desdenes amorosos o de simples contrariedades, **caen en la cábala** y en la **idiotez** de los sortilegios y amuletos vendidos a precio de oro! Pero todo es inútil. [...] Los cartelitos [de avisos de adivinas] continúan deslizándose en los zaguanes, desparramándose en los tranvías, y **llena(n)do de viento y de locura las cabezas débiles**. // Hubo un tiempo en que se habló con seriedad y con energía de proyectar una ley que concluyera con esta plaga afflictiva. Se peroró en vano. La iniciativa no llegó nunca a concretarse y la policía (...) debe asistir impasible al pululamiento desconcertante de las **madames de Thébes de variados pelajes**.*

Y en el de 1926:

- (iii) *Desde un tiempo a esta parte, han recrudecido en su propaganda, sin mayores escrúpulos. Las adivinas hacen repartir folletos en la vía pública, especializándose con [sic] **los barrios de los suburbios y con los pasajeros de los tranvías**.*

Como se puede observar en los textos, pobreza material y simbólica van juntas: “temperamento para delinquir”, “infelices ilusos”, “cabezas débiles” son atribuciones o denominaciones de los sectores populares pobres e incultos aunque pudieran estar alfabetizados. Se trata, en general, de los sectores que no constituían el público destinatario del diario.

Pero en el fragmento (ii) hay también una referencia a una adivina conocida como “madame de

³⁶² 22/6/21, 4ª ed., p. 3.

³⁶³ 19/5/26, 4ª ed., p. 2.

³⁶⁴ No forma parte de nuestro foco de atención la cuestión de la ciertamente posible corrupción policial; pero consideramos que más allá de que existiera o no, es posible considerar que muchos de los mismos agentes de la policía podrían integrar el grupo social de quienes confiaban en los servicios de tales adivinas, hecho que perturbaría cualquier acción contra ellas.

Thèbes”, con quien contrasta a las adivinas locales, a las que vuelve a colocar en el campo de lo animal –a través de la atribución de rasgos como “variados pelajes”, con los que remite a los caballos–, y son fuertemente despreciadas, además de constituir las en objeto de la denuncia. El contraste con madame de Thèbes resulta llamativo. Era una “pitonisa” francesa, muy famosa en la prensa de la época, sobre todo en la primera década y media del siglo. Esta adivina publicaba todos los fines de año su *Almanaque* con las predicciones para el año siguiente, y se le atribuían varias predicciones de hechos trascendentales supuestamente cumplidas, entre ellos, el inicio de la Primera Guerra Mundial. En general, la prensa –incluidos diarios importantes del mundo– no sólo se hacía eco de tales predicciones sino que replicaba cada año la lista de los aciertos anteriores. El otro factor que la colocaba en un lugar privilegiado y muy lejano del de las adivinas populares era el hecho de que, según los mismos diarios, atendía a una clientela compuesta por personajes de alta relevancia social, cultural o política en un salón de la parisina avenida Wagram, entre los que se encontraban, según afirman, la infanta Eulalia de Borbón, Émile Zola, Sarah Bernhardt, Camille Flammarion. La prensa comentaba que la adivina había sido consultada también por Eduardo, el entonces príncipe de Gales que habría sido el octavo rey con ese nombre, y que ella le había predicho que no llegaría al trono inglés. La publicación, pues, de las predicciones, la repetición generalmente acrítica realizada por la prensa, la presencia más o menos habitual de su nombre en los diarios, la fama de sus clientes la volvían respetable, y sus predicciones pasaban a tener una categoría diferente de las que podía hacer una adivina popular, sin que mediara pregunta alguna acerca de la naturaleza misma de la supuesta habilidad para predecir cuya respuesta pudiera justificar la distinción entre ambas clases de adivinas; tampoco había preguntas, claro está, acerca de la implicancias teóricas de distinta índole que tendría la posibilidad de adivinar. Madame de Thèbes murió en 1917³⁶⁵, y ya no fue tema en «La Razón» durante el período que estudiamos, pero la referencia irónica –en la que la carga negativa está puesta en las adivinas suburbanas– indica que mantiene en la representación un lugar diferente, lugar que podía ser ocupado por otras.

Y en efecto, pese a su propia campaña contra las adivinas, en junio de 1925 el diario publica una nota sobre otra, madame Miarka –de quien no indica la procedencia– que estaba de visita en Buenos Aires³⁶⁶. «La Razón» dispuso, según el texto, un cronista para que fuera a “constatar” si se trataba de una “verdadera” adivina. El comentario inicial da cuenta de la diferenciación:

³⁶⁵ El nombre real de madame de Thèbes era Anne Victorine Savigny. Nació en 1845 y falleció, según algunas fuentes, en 1916 y según otras en 1917 –y este segundo año es coherente con otros datos publicados por los mismos diarios–. A modo de ejemplo de su presencia en la prensa, se puede ver: “Mme. de Thèbes’s war prophecies – Famous french seeress, who predicted present war, tells what is in store for World in 1915”, publicado por «The New York Times», el 21 de marzo de 1915, nota que repasa los aciertos y presenta, aparte y con la reproducción de la firma autógrafa, las predicciones que específicamente la adivina realizó para Estados Unidos a pedido del diario (disponible en <http://trove.nla.gov.au/ndp/del/article/74589740>); “Las profecías de madame de Thèbes”, publicada por el diario «ABC» de Madrid, el 23/12/1916, p. 11, que da cuenta de la publicación del almanaque para 1917, y refiere algunas predicciones: el fin de la guerra, la separación de Austria y Hungría, la vida de Fernando de Bulgaria amenazada, la reducción de Turquía a territorios extaeuropeos (disponible en <http://hemeroteca.abc.es> sitio donde también es posible encontrar una importante cantidad de publicaciones sobre esta adivina); “Mme. de Thèbes – French soothsayer’s death”, publicado por «The Argus» –un diario editado en Melbourne, Australia, entre 1848 y 1957–, el 24 de febrero de 1917, en el que da cuenta del fallecimiento de la adivina, aunque no precisa la fecha. Esta última nota, como toda necrológica, construye un perfil del personaje pero también evidencia las inconsistencias entre las predicciones que la habían hecho famosa y los hechos, como una estrategia para, por un lado, dar cuenta de un personaje conocido y, a la vez, tomar distancia en cuanto a las creencias que sustentan las prácticas adivinatorias (disponible en <http://trove.nla.gov.au/ndp/del/article/1599586>).

³⁶⁶ “¿Puede predecirse el futuro de los hombres y los pueblos? – Mme. Miarka, la pitonisa que es hoy nuestra huésped, afirma que sí – Las líneas de la mano y la marcha de los planetas” (10/6/25, 4ª ed., p. 6).

- (iv) *Una pitonisa es siempre un tema interesante para el público, cuando se sale del marco de las quirománticas vulgares. Miarka [...] se dispuso a satisfacer la curiosidad que nos llevaba. Curiosidad de ver si nuestra primera impresión se confirmaba, y valía la pena comunicarla al público³⁶⁷ [sic] o si, por el contrario, se trataba de una adivina más.*

Resulta interesante observar cómo, para justificar la diferencia que presenta entre esta adivina y las demás, realiza un esfuerzo argumentativo en el que apela a los rasgos más ambiguos de la representación de ciencia, que le permiten incluir el saber –supuesto o real– y la actividad de esta adivina dentro de lo aceptable, y responder afirmativamente a la pregunta que oficia de título: “¿Puede predecirse el futuro de los hombres y los pueblos?” El primer indicador de la diferencia es el espacio en que circula el personaje: no se trata de suburbios, de casas pobres ni de tranvías, pues madame Miarka había instalado un “suntuoso y exótico saloncito” en un lugar céntrico de Buenos Aires. El segundo, la actitud personal, pues la adivina no sólo no estaba “desprovista de las corrientes armas femeninas” para conquistar sino que contaba con otra virtud:

- (v) *...un “aura” de **compenetración psíquica e intelectual** y de simpatía que sabe establecer con el interlocutor.*

A partir de allí, comienza el examen relativo a los saberes y habilidades. En cuanto al saber, el cronista enumera una serie de supersticiones –por ejemplo, exagera los procedimientos inverosímiles para curar el “mal de ojo”³⁶⁸– que considera conocidas por el lector, y enraiza esta actividad adivinatoria con la de la pitonisa de Delfos, sin establecer, como es esperable, ninguna diferencia de contexto cultural y social. Y comienza entonces a desarrollar procedimientos para emparentar estas prácticas adivinatorias con el saber científico: remite a los lectores que desconocieran las distintas supersticiones a “las enciclopedias”. Luego plantea:

- (vi) *Desde que se ha establecido **científicamente** que por los rasgos fisonómicos en general **puede inducirse el carácter de los individuos**, y que ya **hay una escuela germánica que formula leyes al respecto, no hay lógica que se oponga a que esos métodos de estudio sean perfeccionados y utilizados**. // Por otra parte, puesto que **también se ha comprobado la existencia del magnetismo personal, de los casos de telepatía, de los milagros que realiza la fuerza de voluntad y de concentración**, se puede **inferir** igualmente la posibilidad de una mayor cohesión y eficiencia de esos fenómenos. // Tal es para nosotros la esencia de la cuestión.*

Por una parte, se puede observar que en los tres párrafos breves recién transcritos extiende el carácter científico de la criminología positivista, presentada con un grado de generalidad enorme, a otros supuestos fenómenos que también da por comprobados: aunque a tales fenómenos no les alcance la atribución formal del carácter científico asignado en la época a los planteos de Lombroso o de von Liszt³⁶⁹, ese sentido de “saber verificado por la ciencia” puede ser fácilmente extendido por cualquier lector lego a todos los casos. Se puede observar que la parte principal de la oración que constituye el segundo párrafo resulta un galimatías, y eso sería justamente un

³⁶⁷ Esta frase puede ser un indicio de que la nota se trataba de una publicidad encubierta, pagada por la adivina, pero esa posibilidad no afecta el análisis de las representaciones pues sus rasgos de todos modos están presentes en los esfuerzos argumentativos del enunciator.

³⁶⁸ El mal de ojo, según el cronista, se curaría por “la frotación de un pelo de gato negro soltero, degollado a la luz de la luna junto a las tapias de un cementerio”.

³⁶⁹ El texto de «La Razón» se refiere específicamente a una “escuela germánica” de criminología. Probablemente se refiera a Frank von Liszt (1851-1919), jurista alemán de origen austro-húngaro, y al llamado “Programa de Marburgo” (Rivacoba y Rivacoba, 1994: 7-26).

indicio de que lo que interesaba al enunciador, ante la imposibilidad de una explicación coherente, era sólo afirmar que la existencia de los fenómenos *se había comprobado* –sin asignar responsabilidad de la comprobación a nadie–. Aun así, nada conecta en el discurso estas afirmaciones con las actividades de la adivina; las “comprobaciones” de los fenómenos quedan allí expresadas, yuxtapuestas a las “impresiones”, como una implícita justificación de que cualquier cosa es posible. A partir de esa base, y tras un subtítulo, califica a la adivinadora de “psicóloga empírica”, cuyo conocimiento –una vez más– es presentado, si no como científico, al menos como equiparable a él pero, sin embargo, opuesto al saber “académico”, que considera “de libro”, frente al cual, para el diario, el saber práctico resulta siempre de mayor importancia y más eficaz:

- (vii) *Ha tratado con gente de toda clase y situación y ha llegado a poseer **prácticamente una verdadera ciencia psicológica que ninguna biblioteca podría darle jamás.***

Como se puede observar, el adjetivo “verdadera”, antepuesto al sustantivo, no tiene el significado derivado de la oposición verdad/falsedad, aunque la alude: indica, como primer sentido, por efecto de la construcción sintáctica con el artículo “una”, que ese saber empírico tiene la misma categoría y el mismo valor que el producido en el campo de la ciencia. El adverbio “prácticamente” indica, por una parte, el modo en que el sujeto *llegó a poseer*, pero, por la otra, aporta el sentido de *aproximación funcional* que suele tener en otros contextos. De ese modo, el saber de la adivina queda equiparado al conocimiento científico en cuanto al valor y la funcionalidad, pero resulta más valioso que el saber “de biblioteca”, es decir, el aprendido en forma teórica sin ninguna vinculación con la experiencia. Opone así, pues, como en otras oportunidades, el saber libresco al que se obtiene de la experiencia: no desprecia el saber libresco en tanto forme parte de un conocimiento que involucre *también* el plano empírico, pero en cualquier caso lo determinante es la dimensión empírica. Y se debe notar, además, que saber “de biblioteca” no es equiparable sólo a saber “teórico”.

Dos párrafos después, la palabra “ciencia” vuelve a aparecer para referir la actividad de madame Miarka: define la quiromancia como “la ciencia hermética de la adivinación”. Aunque pudiera pensarse que la palabra “ciencia” tiene el sentido general de “conocimiento” y que no remite en este caso al producido en el campo científico, inmediatamente después vuelve a un significado derivado de la comparación del saber empírico con el elaborado en aquel campo. Además, presenta a la pitonisa en un rol docente:

- (viii) *No hay quiromante que no sostenga a ultranza que lo que practica **tiene toda la seriedad y la firmeza de una ciencia.** Madame Miarka nos detalla: // –Lean ustedes los tratados escritos por fulano de tal, aquel hombre riquísimo que repartió su fortuna para dedicarse a esto, **que es un verdadero sacerdocio.** Lean...*

Madame Miarka no da el nombre del autor de los tratados o el cronista no lo reproduce, pero luego, en cambio, referirá que la adivina le explicaba el “método” que usaba madame de Thèbes –a quien da por conocida por parte de los lectores– para realizar sus predicciones en el campo político. Otra vez, el adjetivo “verdadero” provoca el efecto de equiparar el valor, en este caso, de la actividad adivinatoria con el “sacerdocio”, pero también, de ese modo, lo pone en pie de igualdad con la ciencia, actividad que, como hemos visto, suele ser metafóricamente presentada como sacerdotal, a través de la comparación de rasgos tales como el *sacrificio* y el *aislamiento del mundo*. Poco parece importar que esos rasgos no se compadezcan, según la descripción que el mismo cronista realiza, con la actividad adivinatoria desplegada por Miarka y el “suntuoso” lugar en que lo hace.

El texto, además, presenta otras supuestas comprobaciones: la pitonisa enumera las principales características de la personalidad del cronista y hasta le predice la edad en que morirá. Obviamente, estas descripciones generan un efecto importante de verosimilitud aun cuando resulten improbables.

En el cierre, de la nota, el cronista expresa su confianza en las predicciones y luego afirma:

- (ix) *Además, es indudable que sus avisos y consejos harán bien a más de un espíritu débil, confortará a muchos espíritus fuertes, corregirá muchos defectos, prevendrá muchos males y, sobre todo, será siempre una mujer inteligente y culta con quien se puede conversar, instruirse y disfrutar de unos momentos, [...] y que se rodeará pronto de un círculo de fieles creyentes, dotando de un atractivo más a la moderna Buenos Aires.*

A diferencia de las adivinas que estafaban a pobres y “cabezas débiles”, esta adivina les puede hacer bien a todos y el cronista la cubre con el prestigio mismo del diario. Lejos de los suburbios y los tranvías, la pitonisa céntrica es un indicador más de modernidad. Pero el contraste entre las acciones discursivas del diario –la campaña contra las adivinas frente a la nota sobre Miarka– muestra también por dónde pasa un límite entre lo socialmente aceptable y lo que se considera propio de pobres e incultos. A nuestros fines importa, sobre todo, el intento forzado de poner en el marco de una inteligibilidad que se propone como *científica*, parte de la justificación de la diferencia entre adivinas según clases cuyo límite coincide con el que se propone entre sectores sociales. Pero a la vez, hay una línea distintiva menos precisa: entre la ciencia positivista y esos fenómenos que, aunque al momento parecían incognoscibles, nada indicaba que no pudieran ser explicados algún día por esa misma ciencia; a su vez, era esa ciencia positivista la que permitía establecer las diferencias en el plano social. No parece pues, haber oposición entre positivismo y una modernidad abierta a cualquier experiencia sino más bien una *contigüidad* que parecía guardar la expectativa de que quizás en el futuro podría llegar a ser una *continuidad*. Con el curanderismo, en cambio, como veremos³⁷⁰, no ocurre lo mismo: aun cuando con cierto asombro observaba que muchas personas de clase media y alta buscaban soluciones en algunos curanderos, consideraba explícitamente que la práctica no tenía ningún sustento racional y que debía ser desterrada por completo; el asombro mismo por la asistencia de sectores medios y altos –sobre todo, mujeres– a ciertos curanderos ponía en evidencia que no consideraba tales prácticas como dignas de esos sectores. Las campañas de denuncias eran, pues, bastante habituales.

El espiritismo, en cambio, no parece estar atravesado por diferencias tan claramente enraizadas en las distinciones de clase social, pero tampoco hay datos que sugieran que para el diario se tratase de una temática que alcanzara a los sectores populares, de “barrio bajo”, al menos en la misma proporción que la adivinación, y quedaba, por tanto, más o menos reservado a los sectores cultos: por ejemplo, Cosme Mariño, quien fuera subdirector de «La Prensa», presidiría la Sociedad Constancia, la primera organización espiritista, fundada en 1877, y dirigiría la revista homónima; también se puede citar el caso de Emilio Becher³⁷¹, ambos vinculados con la

³⁷⁰ Ver Capítulo 5, § 5.4. El curanderismo.

³⁷¹ A Emilio Becher (1882-1921) ya nos referimos anteriormente. Fue periodista y escritor, “hijo de la generación de 1880”, cuya trayectoria indica el pasaje de posiciones más o menos progresistas a una de derecha reaccionaria, anti-positivista. Escribió para varios periódicos, pero tuvo cierto reconocimiento cuando pasó a trabajar para «La Nación». Fue espiritista y escribió para la revista «Constancia», órgano de la sociedad espírita del mismo nombre, dirigida por Cosme Mariño, y también para la revista «Lumen», de Barcelona, que sustentaba las mismas creencias (ver Cárdenas & Payá, 1979, especialmente, p. 34 y 35, y capítulo V).

actividad periodística. El diario –atendiendo, probablemente, a lo que percibía podía ser de interés para parte de sus lectores– dará cuenta de algunas noticias sobre fenómenos explicados por razones atribuidas al accionar de espíritus y, por tanto, esgrimidas por el espiritismo como prueba de su verdad pero, aunque se mostrará con cierto grado de escepticismo o de duda, no atacará esta creencia del mismo modo en que atacaba a las adivinas populares: es que el carácter ambiguo entre religión e indagación “científica” con que se presentaba a sí mismo el espiritismo ofrecía una arista para que sus prácticas pudieran quedar comprendidas dentro de la protección constitucional de la libertad de culto. Por otra parte, sus adeptos no aparecían como individuos solitarios, aislados, merodeadores al acecho, ni parecían lucrarse con la ignorancia: muchos pertenecían a sectores cultos y tempranamente se organizaron en diversas instituciones. Además de la Sociedad Constancia, se encontraban La Fraternidad, fundada en 1880; la Confederación Espirita Argentina, que agrupa a la Sociedad Constancia y a 14 entidades del interior del país, fundada en 1900; la Escuela Magnético-Espiritual de la Comuna Universal, fundada en Buenos Aires en 1911 y extendida a otros países; y la Escuela Científica Basilio, fundada en 1917, también en Buenos Aires³⁷².

Sin embargo, los espiritistas no definen su práctica estrictamente como una religión, más bien suponen una, y en particular, el cristianismo –desde el punto de vista de la moral que predica–. Para Allan Kardec, a quien se atribuye el haber sistematizado la doctrina³⁷³, el espiritismo tiene un estatuto doble: ciencia y filosofía. Define que el espiritismo es “a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica”. En tanto *ciencia*, “trata de la naturaleza, origen y destino de los Espíritus, y de sus relaciones con el mundo corporal”. Como doctrina filosófica, “comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones” (Cf. 1859: 8). Para Kardec, “desde el punto de vista religioso, el espiritismo tiene por base las verdades fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma, la inmortalidad, las penas y las recompensas futuras”, y de allí que no compite con las religiones: “se puede ser católico, griego o romano, protestante, judío o musulmán y creer en las manifestaciones de los Espíritus y, por consiguiente, ser espiritista”. “No es una religión especial porque no tiene sacerdotes ni templos” (p. 12-13). Pero rescata la moral cristiana como propia del espiritismo, sin embargo, “porque lo que enseña no es más que el desarrollo y la aplicación de la de Cristo, la más pura de todas y cuya superioridad no es negada por nadie” (p. 13).

Pero el estatuto *científico* que Kardec le atribuye a su práctica no es, en su discurso, una mera declaración; por el contrario, despliega argumentos y destaca la observación de fenómenos. Así, tras narrar una breve historia de las prácticas espiritistas, convierte la descripción de los fenómenos observados –y su repetición en diversos países y por distintas personas– en *evidencia* que *probaba* que *la causa* de tales fenómenos “no era puramente física”; y plantea, entonces, que a partir del “axioma” según el cual “todo efecto tiene una causa” y, por tanto, “todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente”, se había deducido que la causa de tales fenómenos “debía ser una inteligencia”. A partir de allí, entonces, tras una explicación, deriva en que se esa causa inteligente eran “seres invisibles”. Acude entonces a una comparación con un proceso

³⁷² Fuentes: página web de la Confederación Espiritista Argentina (<http://www.par.org.ar/Miembros/cea.htm>); página web de la Escuela Magnético-Espiritual de la Comuna Universal (<http://emedelacu1911.galeon.com/>); página web de la Escuela Científica Basilio (http://www.basilio.org.ar/index_2.htm). Las páginas web fueron consultadas el 6/5/2013.

³⁷³ Allan Kardec es el nombre que adoptó Hippolyte Leon Denizard Rivail (1804-1869), un pedagogo formado en la escuela de Pestalozzi, para diferenciar su producción académica de la relativa al espiritismo. En enero de 1858 inició la publicación de la «Revue Spirite» y en ese mismo año fundó la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas. Sus obras centrales son *Que es el Espiritismo* (1859), *El Libro de los Médiums* (1861), *EL Evangelio según el Espiritismo* (1864), *El cielo y el Infierno* (1865). Fuente: <http://literatura.itematika.com/biografia/e69/allan-kardec.html>, consultada el 6/5/2013.

científico: “El Espiritismo era un vasto campo abierto a la exploración, el descubrimiento de un nuevo mundo: el mundo de los invisibles; como el microscopio había hecho descubrir el mundo de los infinitamente pequeños” (p. 9-10). Subyace pues, en el discurso de Kardec, el mismo rasgo que hemos observado párrafos más arriba: alcanzar lo incognoscible sólo dependía del desarrollo de herramientas adecuadas, pero tal desarrollo era imaginado desde los marcos mismos del positivismo, y llegar a conocer aquello velado parecía entonces sólo una cuestión de tiempo. Por otra parte, en la argumentación de Kardec se observa la presencia más o menos constante de algunos de los rasgos formales del discurso y, más en general, de los procedimientos, propios del campo de la ciencia: el término “axioma” y su formulación son una muestra de ello. «La Razón» evidencia cierta aceptación de esa arista científica, por ejemplo, cuando informa sobre dos conferencias sobre temas espiritistas a realizarse en la Escuela Magnético-Espiritual en una sección de gacetilla denominada “Vida intelectual”, de 1925³⁷⁴, que agrupa anuncios de actividades universitarias y de la Sociedad Luz, así como de otras conferencias sobre temas culturales y científicos –una sobre Esteban Echeverría y la Asociación de Mayo, otra sobre temas geográficos y etnológicos–.

Pero una de las primeras notas llamativas que encontramos sobre el tema en «La Razón» es del año 1922. Fue publicada en la portada, en lugar central, a tres columnas, y se titula “En una casa de Valparaíso se producen extraños fenómenos”³⁷⁵. Una extensa bajada resume el hecho y anticipa comentarios:

- (x) *Numerosas personas comprueban la realidad de este suceso asombroso – Desde hace un mes una familia vive en constante zozobra debido a la repetición de **hechos inexplicables** – Los objetos saltan de su sitio, llueven piedras que producen considerables destrozos, y todo parece obedecer al capricho de seres invisibles – Lo que dicen los moradores y víctimas – Un acto de experimentación y un negro picado de peste – **Todo parece cuento, pero para los testigos se trata de una incomprensible realidad***

«La Razón» reproduce la nota de la fuente declarada, el diario chileno «El Mercurio» que, a su vez, presenta la nota como resultado de una visita realizada por un redactor a la casa en cuestión. Pero antes de reproducir la nota del diario chileno, «La Razón» justifica su decisión de publicar la información:

- (xi) *Como no parece sino que viviéramos un período de graves investigaciones psíquicas, puesto que a las labores en que se hallan empeñadas las sociedades que se dedican a tal propósito se unen ahora todos los que quieren darse **el tono de vivir en conformidad con los últimos caprichos de la moda**, cosa que **también impera en las especulaciones intelectuales**, bien merece este asunto **ser tratado con la misma amplitud con que lo han contemplado los diarios más importantes del vecino país; con el mismo interés con que los diarios del Brasil se ocupan de las investigaciones psíquicas, y con el mismo buen humor con que los parisinos abandonan el tango para dedicarse al espiritismo.***

Esta justificación permite observar la distancia que el diario toma respecto de lo que denomina, de manera general, “investigaciones psíquicas”, y a la vez, una reflexión de carácter *metaperiodístico*: el diario no puede sustraerse a lo que evidentemente es una tendencia de la prensa en general, ni tampoco darle menor trascendencia, pues forma parte de un campo en el

³⁷⁴ 9/5/25, 4ª ed., p. 4.

³⁷⁵ 24/2/22, 4ª ed.

que debe seguir ciertas reglas. También caracteriza, en el mismo fragmento, la “grave investigación psíquica”, pero lo hace de manera bastante banal: una “moda” que alcanza a los sectores intelectuales. Como toda moda, tiene límites en el tiempo: su esencia es la duración acotada y, por tanto, es sustituible una por otra.

El texto que reproduce, adjudicado a «El Mercurio», evidencia los mismos procedimientos que observamos en el caso de la visita del cronista a madame Miarka: el redactor se presenta como un incrédulo que va a “verificar” el suceso, y el periodismo mismo aparece entonces como una fuente de verdad:

- (xii) *Con natural incredulidad sobre fenómenos misteriosos, que **no tienen una demostración científica, de comprobación física**, llegamos como meros informadores o curiosos a verificar la pintoresca versión que se nos relataba.*

Está claro que tras ese inicio, el relato no podrá sino testimoniar que se trata de un hecho verdadero y, a la vez, que se debe a las causas que de antemano se le atribuían. Tras una descripción de los supuestos hechos, evalúa:

- (xiii) *Sin tener ninguna explicación satisfactoria de los fenómenos descritos, y apartándonos de las afirmaciones que hacen en sus obras los estudiosos como Maeterlink, sir Oliver Lodge, Allan Kardec y otros autores acerca de estas manifestaciones no circunscriptas a la **comprobación científica pura**, sino que bordean el campo de lo “incognoscible”, expresamos a nuestros lectores que la información anterior es el trasunto exacto y frío de lo que ayer pudieron ver varios periodistas que acudieron a ver lo relatado. // [...] Por ahora, los fenómenos que acontecen son interiores y **no tienen agente visible que los pueda producir.***

El cronista, en este caso, por un lado, toma distancia al señalar que no hay “comprobación científica pura” –y no define en qué consistiría la *pureza*–, pero a la vez no duda en exhibirse como conocedor de las obras de “estudiosos” ilustres³⁷⁶ de cuyas afirmaciones dice apartarse para abordar la observación del fenómeno: una vez más, la experiencia valorada por sobre el tipo de saber libresco, como una especie de *garantía* de verdad. La descripción que realiza de los fenómenos, más allá de la espectacularidad que le asigna, no dista de la que es posible encontrar en el mismo libro de Kardec que referimos más arriba, y que sintéticamente es presentada en la bajada del texto que citamos como fragmento (x). Pese a la declarada distancia que adopta respecto de la explicación que los “estudiosos” podían dar al fenómeno, en el resto de la nota el cronista no da lugar a la posibilidad de ninguna otra explicación que no sea la que pudiera darse desde el espiritismo: pregunta primero a los habitantes de la casa si eran espiritistas y luego

³⁷⁶ El escritor belga Maurice Maeterlink (1862-1949) recibió el Premio Nobel de Literatura en 1911, sobre todo por sus piezas teatrales. Entre sus numerosos trabajos ensayísticos, los interesados en el ocultismo y el espiritismo citan *El gran secreto*, editado en 1906, en el que realiza un recorrido por distintas religiones antiguas y por los orígenes de los cultos esotéricos. Aunque no indica posición esotérica alguna por parte del escritor, el texto ha sido usado como referencia por los ocultistas que se han respaldado en el prestigio del autor (Fuente: Prólogo de Maeterlink, 1906: 5-6). Oliver Lodge (1851-1940) fue un físico inglés, dedicado sobre todo a la telegrafía sin hilos, por cuyos méritos fue nombrado *sir* por Eduardo VII. Fue rector de la Universidad de Birmingham. Además, se interesó por los fenómenos paranormales en general y, en particular, por la “mediumnidad”. Entre los textos más conocidos relativos a esta temática se encuentran *The Survival of Man* (Londres: Methuen & Co, 1909) y, el más controversial, *Raymond or Life and Death – With examples of the evidence for survival of memory and affection after death* (Londres: Methuen & Co., 1916); en este último refiere la información que, a través de una médium, le brindó su hijo Raymond, muerto en la Primera Guerra Mundial, sobre la vida después de la muerte. (Fuente: Enciclopedia Británica www.britannica.com/EBchecked/topic/345965/Sir-Oliver-Joseph-Lodge, consultada el 8/3/2013, y los libros referidos). Sobre Kardec, ver Nota al pie N° 373.

refiere un “experimento” llevado a cabo con un médium “hipnotizado” por un “conocido caballero” –del que no da nombre– dedicado a “pacientes estudios sobre las ciencias psíquicas”: una vez más, el fenómeno, pese a todas las prevenciones, es puesto dentro del campo de lo científico, aun cuando tales ciencias no tuvieran espacio en el campo académico con el sentido que el uso en ese contexto se le atribuye al término “psíquico”; y la denominación “experimento” también remite o evoca un hacer específico del campo de la ciencia, aunque reduce el significado que la palabra tiene en ese campo sólo a la arista empírica de la experimentación científica³⁷⁷. Tal experimento espiritista termina por definir que el fenómeno se debía a las acciones del espíritu de un “negro picado de peste”, llamado “Julio”.

De este modo, pues, si bien parece tomar distancia de la eventual “verdad científica”, termina por reforzar la perspectiva paranormal como explicación del fenómeno ya de por sí definido previamente desde esa misma perspectiva; a la vez, le atribuye a las explicaciones y a los procedimientos que describe un valor de verdad que, aunque no sea sustentado en una comprobación “puramente” científica, aparece como equiparable a los modos de verificación de la ciencia. El cierre del texto replica en buena medida el sentido de la afirmación de Kardec que citamos párrafos más arriba:

- (xiv) *Nuestro informante terminó diciéndonos que dichos fenómenos, por presentarse de un modo tan continuo y en tanta magnitud, ofrecen un extenso campo de acción para las investigaciones de las fuerzas ocultas.*

Tres años después de esta nota, ya el interés del público por el espiritismo había pasado, al menos, como tema de la prensa³⁷⁸, es decir, había dejado de ser una *moda*: así lo sugiere en el comentario con que introduce una noticia en 1925³⁷⁹:

- (xv) *¿Existe en Buenos Aires un interés por los fenómenos que se refieren al espiritismo? He ahí una pregunta que se nos ocurre de inmediato al leer los telegramas de Nueva York dando cuenta de la realización de un concurso de médiums. // La contestación es negativa. Época hubo, años hace, que estas cuestiones llegaron a interesar a nuestro público. Rebosaban de público las conferencias que los adeptos a la doctrina de Allan Kardec anunciaban y circulaban con verdadera profusión las revistas dedicadas a estos asuntos. // [...] Poco a poco, el interés fue perdiendo en intensidad. // De aquellos tiempos de evocaciones de espíritus no queda sino un recuerdo que cada vez se hace más borroso y la vieja revista «Constancia», en la que el conocido propagandista don Cosme Mariño se esfuerza en la propaganda de sus arraigadas creencias.*

El resto del texto focaliza las *modas* sociales en distintos países o ciudades –en Estados Unidos, “la solución de los *puzzles* o rompecabezas”; en Londres, en cambio, en ese momento, la preocupación popular es “si realmente existe la posibilidad de evocar y conversar con los espíritus”– y también la circulación de tales *modas* por el mundo: así el espiritismo, según el diario, acababa de pasar de Londres a Nueva York y de allí que un periódico de esa ciudad

³⁷⁷ La palabra “experimento” tiene también como sentido figurado un valor peyorativo, el de una “prueba”, “intento” o “ensayo” de muy dudoso éxito, pero no tenemos certeza de que en la época ya se usara con ese sentido figurado; pero aunque así fuera, el contexto de la nota no parece autorizar interpretarlo de ese modo.

³⁷⁸ Es cierto que se trata de una actividad acotada en cuanto al número de interesados en ella, pero las asociaciones espiritistas siguieron existiendo y aparecieron con posterioridad otras, con mayor o menor suerte. Lo que parece más claro es que había dejado de interesar integrantes de los sectores medios y altos.

³⁷⁹ “Si algún médium de Buenos Aires desea ganar unos dólares, tiene ahora una oportunidad en Nueva York”, 3/4/25, 4ª ed., p. 11.

organizara el concurso objeto de la noticia. No es necesaria ya para el diario, al parecer, ninguna explicación ni adscripción del fenómeno a la ciencia o al ocultismo. Pero a efectos de nuestro análisis de la representación de ciencia, interesa sin embargo señalar un párrafo breve, que sigue al último de los citados:

- (xvi) *Buenos Aires, de marcada psicología característica, se inclina más al estudio de lo material que a la investigación de lo espiritual. Sin embargo, Einstein despierta atención y curiosidad con sus concepciones abstractas, tan difíciles de penetrar.*

Hay algún grado de sarcasmo en la referencia al interés por lo material de los ciudadanos de Buenos Aires, pero en ese sarcasmo delinea más clásicamente dos campos de estudios paralelos, el mundo material y el espiritual. Se trata, en última instancia, de una distinción que constituye un rasgo de la representación de ciencia anterior al Iluminismo, que se enraíza en el mundo de las creencias religiosas pues remite a la distinción cristiana entre las dos manifestaciones de la Creación: la naturaleza y el espíritu, y los correspondientes dos “libros” de Dios: el de la obra –la naturaleza– y el de la palabra³⁸⁰. Y, además, coloca a Einstein en un lugar incierto: por un lado, el conector “sin embargo” da lugar a inferir que el carácter “abstracto” que atribuye a la teoría einsteiniana le permite al diario incluir al sabio en el campo de lo espiritual asociando arbitrariamente ambos aspectos; por el otro, si se focaliza la evaluación de la dificultad para la comprensión de tal teoría, se puede pensar que el diario considera que es más fácil el estudio de lo material, con lo que estaría fustigando la falta de esfuerzo intelectual por parte de los porteños. En el primer caso, la consideración de Einstein como perteneciente al campo de lo espiritual podía estar en línea con la versión lega de la *relatividad* que veía en la teoría una cuestión moral y filosófica. Cabe recordar que, en el momento de la publicación de la nota, Einstein estaba de visita en nuestro país³⁸¹.

La declinación del interés de la prensa por los temas relativos al espiritismo, se fue profundizando. El último texto, de 1926³⁸², es un recuadro breve en el que se informa sobre una expedición de espiritistas que, comandada por el “reverendo J. W. Potter, un clérigo londinense”, iría a Egipto para estudiar relaciones entre la “Gran Pirámide” y la Biblia. Además del texto –atribuido a una agencia, Universal Service–, el recuadro incluye un croquis de la distribución de pirámides en territorio egipcio. Algunas de las frases son disparatadas:

- (xvii) *Una expedición preliminar de quince personas partirá a fines de octubre, a la que seguirá otra de cien expedicionarios, yendo entre ellos varios “médiums”. Un espíritu llamado Daniel ha dicho que la Gran Pirámide es de origen físico, proyectada en una edad en que la influencia física era mucho mayor que en la actualidad.*

Como se puede inferir, ya no hay ninguna referencia a un supuesto carácter científico de la práctica espiritista³⁸³, aunque tampoco se pone en duda la existencia del “espíritu llamado Daniel”.

En relación con la teosofía no hemos encontrado ejemplos de prácticas discursivas en las que el

³⁸⁰ Desde la perspectiva de los estudios sobre cultura escrita, hay un interesante análisis de Olson (1995) sobre el surgimiento –y caracterización– de la ciencia moderna en relación con los efectos socio-cognitivos del desarrollo de la escritura y de la imprenta, así como de la Reforma protestante.

³⁸¹ Ver en esta segunda parte Nota al pie N° 6.

³⁸² “Una expedición de espiritistas irá en el mes de octubre a Egipto”, 17/8/26, 4ª ed., p. 3.

³⁸³ Mario Bunge (1969: 54) incluirá el espiritismo lisa y llanamente como ejemplo de una pseudociencia.

diario sustente con voz propia creencias encuadrables en esa variante del ocultismo o que, al menos, las ampare; pero, como ya hemos visto en varias ocasiones, en particular, en relación con la astronomía, «La Razón» cedió espacio enunciativo, en distintas prácticas y oportunidades, a la voz del capitán de marina Federico W. Fernández³⁸⁴, que firmó varios textos y fue citado como fuente en otros. En uno de ellos³⁸⁵, al que nos hemos referido más arriba, debajo de la firma, Fernández además se identificó con el acrónimo *M. S. T.* que, como dijimos, significaría “Maestro de la Sociedad Teosófica”. En los casos analizados en los que el diario cede el espacio enunciativo a este capitán –además del recién señalado, el texto referido a las *causas* de los terremotos³⁸⁶– la perspectiva teosófica aparecía explícita o implícitamente en relación con temas de ciencia. Pero hay otro ejemplo de cesión enunciativa por parte del diario al capitán Fernández, en el que ya no hay referencia ni alusión a cuestiones científicas, salvo en la denominación habitual “Ciencia Oculta” –las mayúsculas son del texto– que utiliza para referir “estudios” esotéricos. Este ejemplo nos interesa en tanto reproduce la voz de alguien que en los textos anteriores, en cambio, aparecía con algún grado de “autoridad” en temas de astronomía o geología. Se trata de una nota extraña y rara en el diario, titulada “Predicciones – Consecuencias de la gran guerra europea a la luz del ocultismo”³⁸⁷. Es rara porque el diario nunca incluía “predicciones” focalizadas como tales: en la etapa que estudiamos ni siquiera tenía algo parecido al “horóscopo”; y extraña, porque el texto no admite lectura racional alguna y, sin embargo, ocupó dos columnas centrales en la cuarta página. Así como en los textos anteriores, en este caso el diario también diferencia claramente su propia voz de la de Fernández, desde la primera línea de la nota:

(xviii) *Un colaborador de «La Razón», oficial de marina y teósofo, que oculta su nombre bajo el seudónimo de Lob Nor, nos envía las predicciones que publicamos en seguida. Dice así nuestro colaborador: [...]*

No hay otro oficial de marina, que a la vez fuera teósofo, citado por el diario o que firmara notas, de modo que no es difícil reconocer a Fernández detrás del seudónimo *Lob Nor* –dato confirmado, por otra parte y en razón de otras cuestiones ajenas a nuestro interés, por Cortijo Parralejo (2002: 82)–. Pero el “ocultamiento”, en este caso, tal vez importe porque, como dijimos, el texto es un disparate que hilvana afirmaciones políticas que remiten a versiones muy lejanas –desligadas de todo rasgo del contexto original– y simplificadas de enunciados de raigambre marxista, con algunas predicciones que reconocen su origen en la amalgama inabordable de creencias budistas, hinduistas y mitos de diverso origen propia de los textos teosóficos³⁸⁸ y, a la vez, un ensalzamiento del catolicismo, elemento más extraño aún en el marco

³⁸⁴ Se trata de un capitán de marina –la “W” de la firma corresponde a *Wenceslao*– que participó de la “conquista del Chaco” en una exploración, realizada al mando de una escuadrilla compuesta por el vapor “Sucre” y la chata “Susana”, al río Aguaray Guazú para verificar las vinculaciones de este río con el Pilcomayo. La referencia aparece en la página de la Fundación Histarmar, dedicada a los estudios históricos y arqueológicos marítimos, en un artículo que titula “La Armada Argentina y las campañas al Gran Chaco”, capítulo “Expedición W. Fernández 1886-87” (<http://www.histarmar.com.ar/InfHistorica/GranChaco/10-ExpWF-1886-87.htm> Consultada el 6/3/2013). Desempeñó el rol de “agente presidencial para los teósofos del cono sur, en sustitución de Annie Besant”, según consigna Cortijo Parralejo (2002:82). Annie Besant fue co-fundadora de la Sociedad Teosófica, entidad que llegó a presidir (Fuente: <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/62983/Annie-Besant>, consultada el 6/3/2013).

³⁸⁵ 22/9/20, 4ª ed., p. 3.

³⁸⁶ Ver Capítulo 3, § 3. 4. El conocimiento del universo y de la Tierra.

³⁸⁷ 21/10/22, 4ª ed., p. 4.

³⁸⁸ La teosofía es definida por los teósofos como “sabiduría divina”, y es una corriente de estudios esotéricos. La Sociedad Teosófica fue fundada en Nueva York, en 1875, por la ocultista de origen ucraniano Helena Blavatsky (1831-1891), el norteamericano Henry Steel Olcott –autor del libro *Buddhist Catechism* (1881)– y otros. Blavatsky, Olcott y Annie Besant fueron tal vez los más conocidos de todo el grupo. La teosofía incorporó elementos del budismo en sus concepciones. (Fuentes: <http://www.sociedadteosofica.es/>;

de la teosofía³⁸⁹. Algunos ejemplos:

- (xix) *Primero han gobernado al mundo los reyes, después la burguesía, y hoy toca gobernarlo a los proletarios. // Las Fuerzas Negras utilizaron el espíritu de Bismark para hacer obseso a Guillermo II de Alemania y lanzarlo a la guerra. // Tercer septenario: 1928 a 1935, triunfo del socialismo, el que gobernará al mundo [...] // Después del año 1935, en un día que todavía se conserva oculto, hará una segunda visita al mundo el señor Mitreya (el Cristo), enviado por la Logia Blanca del Himalaya [...] // El Cristo iniciará su predicación en Krotona, en Los Ángeles, Estado de California. // El joven hindú J. Krishnamurti, iniciado en la India y que ha completado sus estudios en la Universidad de Oxford, prestará su cuerpo para que el Cristo tome posesión de él [...] y su permanencia en la tierra será de siete años. // Si la masa humana estudiara la Ciencia Oculta, no solamente conocería el gobierno de las fuerzas sino que tendría un alto concepto de la religión católica.*

Esta nota y tal vez otras firmadas por el capitán Fernández, o aquellas en las que se lo refiere como fuente, evidencian cierta elasticidad en los límites de lo que era o no posible decir según los rasgos de la representación de periodismo: es probable que se debiera o bien al hecho de que este marino mantuviera una relación de amistad con el director o editor del diario, o bien que ambos compartieran creencias teosóficas; debía ser una razón suficientemente fuerte pues ese límite hay que entenderlo no sólo en relación directa con los lectores sino también en relación con el lugar que específicamente buscaba ocupar «La Razón» en ese momento en el interior del campo periodístico y, sobre todo, tras la demoledora denuncia que había realizado ya Roberto Arlt hacia 1920 en *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*. Una tercera alternativa es que las notas ocuparan espacios pagados –posibilidad que habíamos señalado también en el caso de la nota sobre la adivina Miarka–; pero esa circunstancia no estaba informada, y tampoco es posible saber si había algún vínculo que uniera a Fernández con el director o editor del diario.

Las prácticas discursivas tematizan de manera diferente la teosofía, el espiritismo e, incluso, la adivinación, especialmente, en el plano enunciativo: como dijimos recién, mientras en el caso de la teosofía el diario siempre cuidó no contaminar su voz con la de Fernández, respecto del espiritismo –aunque con alguna distancia– se hizo cargo directamente de la responsabilidad enunciativa. Probablemente, esa diferencia se deba a otras: mientras el espiritismo se postulaba –al menos en una de sus dimensiones– como un estudio de tipo científico y, en el plano religioso, se mantenía dentro del cristianismo, la teosofía, por un lado, rechazaba la ciencia, a la que acusaba de materialista; y por el otro, desde el confuso sincretismo religioso que ofrecía, se oponía al cristianismo en las variantes católica y protestantes de occidente³⁹⁰. En cuanto a la

<http://www.britannica.com/EBchecked/topic/69144/Helena-Blavatsky> y /426735/Henry-Steel-Olcott, consultadas el 3/5/2013). En la página web de la Sociedad Teosófica española, se lee: “Sus verdades [las de la teosofía], relacionadas con las leyes de la naturaleza y de la vida del hombre físico, mental y espiritual, se fundamentan en el cúmulo de testimonios de *innumerables generaciones de clarividentes iniciados*. Como la total comprensión de todo esto ha estado durante edades más allá de la capacidad del hombre común, y aún lo está, ha recibido el nombre de *doctrina secreta*, un cuerpo de enseñanzas misteriosas reveladas solamente a los pocos individuos más avanzados”. Pero la “doctrina secreta”, frase que alude al título de la obra de Helena Blavatsky publicado en 1888, es –según plantean Marcos Fernández y Gastón Segura en el prólogo del texto clásico de Roberto Arlt, *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires* (1920: 7)–, “un embrollo de mixtificaciones, medias verdades y verdades deformadas, sólo digeribles y defendibles con una devoción cerril y anhelante, o por una panda de tunantes que le sacan un provecho pingüe y venal”. El texto de Blavatsky era fundante de la teosofía.

³⁸⁹ Según Fernández y Segura (Ibíd, 10), la teosofía rechazaba fuertemente al catolicismo.

³⁹⁰ En el prefacio de su libro *Isis sin velo*, publicado en 1877, y traducido al español en 1912, Blavatsky (p. 14-15) afirma: “Esta obra es, por lo tanto, un alegato en pro de que la filosofía hermética y la antigua y universal Religión de la Sabiduría son la única clave posible de lo Absoluto en ciencia y teología. En prueba de que no se nos oculta la

adivinación, vimos que distinguía entre adivinas que poseían un saber práctico equivalente a una ciencia y las que no poseían ningún saber y traficaban con la ignorancia, la debilidad, o con la predisposición “innata” para el delito propia del *bajo pueblo*; pero la adivinación no ofrecía ningún discurso doctrinario, tampoco un “frente” discursivo ni institucional contra la ciencia ni el cristianismo sino que, más bien, se yuxtaponía metiéndose en los repliegues de las representaciones populares de uno y otro campo, y el diario, aunque se muestra bastante prudente frente a la posibilidad de adivinar o predecir el futuro, mostraba que algunas de las adivinas podía ofrecer algún servicio de utilidad. Se trata, según vimos, de una distinción, en realidad, de aspecto y clase social. Las tres temáticas planteaban, pues, diferentes límites en relación con la representación de ciencia que, parece, conservaba un núcleo de rasgos positivistas. Y esos límites coincidían con algunos de los que diferenciaban sectores socioculturales. El diario parece tomar la mayor distancia de aquella línea que rechaza los modos de conocimiento científico, y mantiene, en cambio, cierto grado de escepticismo respecto de las otras prácticas que, en cualquier caso, bordean lo “incognoscible”. Los límites de lo “incognoscible”, por otra parte, son los definidos por el positivismo.

4.2. Los pronósticos sobre el fin del mundo

Una nota de 1918, con varias características propias de las de divulgación, se titula con una pregunta: “¿Cuál será el fin del mundo?”³⁹¹, y el subtítulo anuncia que se darán a conocer las opiniones de “algunos sabios”. Tras un primer párrafo en el que plantea que el problema “es motivo de estudio para muchos sabios eminentes”, comienza a enumerar distintas respuestas, pero la primera opinión es la de la Biblia: una descripción breve según la cual todo desaparecerá fundido por el fuego. A continuación y sin salvedad alguna, presenta las apuestas de algunos científicos reconocidos hoy y en la época que estudiamos –aunque probablemente no por un público alfabetizado no culto–, como “lord Kelvin, Tesla, el profesor G. H. Darwin, hijo del célebre naturalista, Proctor, Biela, sir William Crookes”³⁹²; otros, no conocidos hoy y

dificultad de nuestra empresa, decimos desde luego que no será extraño que los sectarios arremetan contra nosotros. Los cristianos verán que ponemos en tela de juicio la pureza de su fe. Los científicos advertirán que medimos sus presunciones con el mismo rasero que las de la Iglesia romana, y que, en ciertos asuntos, preferimos a los sabios filósofos del mundo antiguo. Los sabios postizos nos atacarán furiosamente desde luego. Los clericales y librepensadores verán que no admitimos sus conclusiones, sino que queremos el completo reconocimiento de la Verdad. También tendremos enfrente a los literatos y autoridades que ocultan sus creencias íntimas por respeto a vulgares preocupaciones. Los mercenarios y parásitos de la prensa, que prostituyen su poderosa eficacia y deshonran tan noble profesión, se burlarán fácilmente de cosas demasiado sorprendentes para su inteligencia, pues dan más valor a un párrafo que a la sinceridad. Algunos criticarán honradamente; los más con hipocresía; pero nosotros dirigimos la vista al porvenir”.

³⁹¹ 29/11/18, 4ª ed., p. 5.

³⁹² William Thomson, barón de Kelvin (1824-1907), fue físico y matemático con importantes trabajos en termodinámica, conocido habitualmente por la escala de temperatura que lleva su nombre (Fuente: página web de Wolfram Research, <http://scienceworld.wolfram.com/biography/Kelvin.html>, consultada 30/4/2013). El ingeniero e inventor Nikola Tesla (1856-1943) nació en Croacia, bajo el imperio austríaco. En Europa, inventó el motor a inducción, antes de emigró a Estados Unidos en 1884. Mientras trabajaba para Edison en su compañía (Continental Edison Company) se desató una fuerte competencia entre ambos en torno al sistema de distribución eléctrica. Fuera ya de la compañía, se impuso su propuesta de corriente alterna, que presentaba importantes ventajas frente a la corriente continua. Gano la compulsa con su proyecto para la construcción de la central eléctrica de las cataratas del Niágara, que finalmente dirigió. En la época objeto de nuestro trabajo podía ser conocido; posteriormente, sin embargo, por razones complejas, se impuso la figura de Edison (Fuente: página web de la Tesla Memorial Society of New York, <http://www.teslasociety.com/biography.htm>, consultada el 30/4/2013). Sir Georges Howard Darwin (1845-1912), profesor de astronomía en Cambridge, estudió los efectos del sistema Sol – Tierra – Luna en las mareas y planteó la teoría de que la luna formaba parte de nuestro planeta, del cual se habría desprendido por efecto del sol (Fuente: página de la Facultad de Matemáticas y Estadísticas de la Universidad de St. Andrews, <http://www-history.mcs.st-and.ac.uk/Biographies/Darwin.html>, consultada el 30/4/2013). Richard A. Proctor (1837-1888), fue un astrónomo inglés. Fue “fellow” de la Royal Astronomical Society, secretario y editor de «Monthly Notices».

probablemente tampoco en aquel período, al menos masivamente, como “el sabio francés M. de Laparren y M. Stanier, profesor de geología del instituto de Gembloux”. El texto se cierra con la opinión del militar e inventor belga, “general Brialmont”³⁹³, que es presentado como “estadista”. Como se puede observar, la selección que realiza el diario es bastante arbitraria en distintos sentidos: por un lado, un conjunto de opiniones de científicos e inventores con diferente grado de autoridad otorgada por prestigio; por el otro, criterios cruzados sin justificación explícita alguna: la Biblia y el estadista en la misma enumeración de científicos e inventores. Esta heterogeneidad parece dar cuenta de que para el diario era claro que el *fin del mundo* no podía ser objeto sino de opiniones meramente especulativas, ya que no hay ningún elemento empírico en que apoyar cualquiera de los puntos de vista: es en tal sentido, como mera especulación, que están en pie de igualdad la opinión del científico, la de la Biblia y la del estadista.

Entre las especulaciones, algunas tienen visos de científicidad. Tal es el caso de los cálculos atribuidos a lord Kelvin que, según el diario, opinaba que el mundo estaba “destinado a perecer por asfixia”:

- (i) ***El hombre, según lord Kelvin está encendiendo los fuegos que han de asfixiar a su progenie. Actualmente se consumen en el mundo seiscientos millones de toneladas de carbón al año, y a esto hay que añadir el consumo de oxígeno que hacen los bosques y las plantas en general, lo cual eleva el consumo a un equivalente de mil millones de toneladas de carbón al año. En la atmósfera de la tierra hay 1.020.000.000.000 de toneladas de oxígeno. A razón de tres toneladas de oxígeno por una de combustible, no hay oxígeno más que para consumir 340.000.000.000 de toneladas de combustible. Resulta, por lo tanto, que ateniéndonos a la cantidad de combustible que actualmente se quema al año, no hay oxígeno más que para 340 años, y mucho antes de ese tiempo la atmósfera del mundo estará tan viciada con gases carbónicos y tan debilitados de oxígeno, que la raza humana tendrá que emigrar a algún otro planeta o perder el vicio de respirar.***

Más allá de la focalización temprana, por parte de lord Kelvin, de unos de los problemas ecológicos más importantes de la actualidad, el cálculo –en la versión que brinda «La Razón»– es puramente aritmético y excluyente de un sinnúmero de variables, es decir, sólo contempla relaciones de cantidades de algunos de los elementos en una especie de “regla de tres simple”, y

Publicó varios libros sobre astronomía que le valieron un amplio reconocimiento como divulgador científico (Fuente: Noble, W. -1888- “Obituary”. En: *The Observatory*, V. II, pp. 366-368; disponible en la página de Harvard-Smithsonian Center for Astrophysics, <http://adsabs.harvard.edu/abs/1888Obs....11..366N#feedback>, consultada el 30/4/2013). Wilhelm Freiherr von Biela (1782-1856) fue un oficial del ejército austríaco, astrónomo aficionado, especialmente conocido por haber descubierto en 1826 un cometa, conocido hoy como 3D/Biela, y haber calculado la duración de su trayectoria y observar su regreso en 1845 y 1877, una vez como cometa doble –se había fraccionado en dos–, y la segunda, como lluvia de estrellas; de ese modo ayudó a confirmar la relación entre cometas y meteoritos (Fuente: página de Springer Science-Business Media, http://link.springer.com/referenceworkentry/10.1007%2F978-1-4419-9917-7_152, consultada el 30/4/2013). Sir William Crookes (1832-1919), fue un físico y químico británico, conocido por el descubrimiento del talio y por sus estudios sobre los rayos catódicos, entre otros trabajos. Además, intentó estudiar científicamente los fenómenos del espiritismo (Fuente: Enciclopedia Británica - <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/143944/Sir-William-Crookes> - y página de la Sir William Crookes Spiritist Society - http://www.sirwilliam.org/index.php?option=com_content&view=article&id=6%3Asir-william-crookes&catid=44%3Acontents&lang=es-, consultadas el 30/4/2013).

³⁹³ Henri-Alexis Brialmont (1821-1903) fue un ingeniero militar belga muy reconocido por sus trabajos sobre las fortificaciones y por sus muy numerosas publicaciones. Una vez abandonada la carrera militar, fue electo parlamentario, rol desde el que bregó por el sufragio universal (Fuente: Enciclopedia Británica, <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/79150/Henri-Alexis-Brialmont>, consultada el 30/4/2013).

en tal sentido es que resulta especulativo. Otros cálculos, como el de William Crookes o el del general Brialmont, son presentados del mismo modo: en el primer caso, para demostrar que el trigo no alcanzará para sostener a la humanidad; en el segundo, para sostener que el crecimiento demográfico no podrá ser sostenido por el planeta. Más allá, pues, de que se refieran a distintas aristas de un problema complejo que preocupó y preocupa a la humanidad, el cálculo simple, despojado de cualquier otra variable, se torna especulativo. Ahora bien, cabe notar que la función divulgativa cumplida por la nota –a pesar de la cita de la Biblia en el mismo plano que las opiniones con mayor grado de científicidad– resulta interesante pues focalizaba y anticipaba cuestiones visualizadas como distintas “hipótesis” sobre aspectos diversos que aún no habían sido abordados como partes de una problemática real, como lo serían posteriormente desde distintas disciplinas.

La presencia de la Biblia habría que considerarla en tanto fuente autorizada como una religiosidad yuxtapuesta a la científicidad, pero no opuesta: en esa perspectiva, en todo caso, la ciencia podría describir los mecanismos del mundo material a través de los cuales una profecía originada en la “palabra de Dios” acabaría ciertamente por cumplirse en el mundo físico: una articulación entre los dos libros de Dios, el de la “Palabra” y el de la “Obra”, a los que nos referimos en el párrafo anterior³⁹⁴. La Biblia ocupa, pues, en relación con la ciencia, un lugar diferente al de otras creencias generadas fuera del campo científico, que carecieran de base empírica.

Una nota bastante posterior, de 1925, evidenciaría a su modo esa distancia entre las religiones de la Biblia y otras creencias. Se trata de un suelto –de importante dimensión gráfica, acompañado por la reproducción de una aguafuerte atribuida a un tal Rebaudt, cuyo título –“El astrólogo”– al igual que el de la nota, remite una vez más al campo de las predicciones: “Viene del Paraguay el terrible anuncio de que el mundo terminará a mediados del año 1928”³⁹⁵. El texto describe una versión del apocalipsis, según el “señor Bawer”, que “vive tranquilamente en Asunción y ha deseado llevar la intranquilidad al mundo”: un cometa absorbería todo el oxígeno de la atmósfera, vientos cálidos y “olas de fuego”, ciclones, recorrerían el planeta, el Sahara se convertiría en un mar, desaparecería la nieve de Groenlandia y quedaría “al descubierto una crecida cantidad de grandes ciudades” que estaban sepultadas. Además de la selección léxica que da un tono hiperbólico burlón a la descripción, el comentario con que contextualiza lo que ofrece como información parece tener por objetivo tranquilizar a potenciales lectores crédulos, por un parte, con una breve reseña de otras predicciones similares hechas a lo largo de la historia: desde las antiguas profecías de astrólogos sirios, caldeos y europeos, hasta otras, atribuidas a los adventistas norteamericanos. El orden de la exposición recorre, además del sentido temporal histórico, una dirección geográfica de este a oeste –Asia, Europa, América– y de norte a sur, puesto que la profecía motivo del suelto había sido esta vez proferida en Paraguay; y se pregunta, entonces, por “el momento” en “que un argentino se lance a pronosticar, con fecha fija, el cataclismo final del globo terráqueo”. Ese intento de disipar cualquier atisbo de credulidad basado en la recurrencia histórica de ese tipo de predicciones, y en el recurso a la perspectiva “nacionalista” relativa a un tema para el cual resulta irrelevante, se precisa luego como comentario:

- (ii) *Lo que nos cuesta creer es que el mundo tome en serio sus predicciones que, con mayor coincidencia, han podido aparecer en un día de Inocentes.*

La incredulidad aparece fundamentada brevemente en el párrafo previo:

³⁹⁴ En relación con el ejemplo (xvi); ver Nota al pie N° 380.

³⁹⁵ 9/5/25, 4ª ed., p. 4.

- (iii) *Cuidadosamente, el corresponsal dice que [el señor Bawer] es astrólogo y no astrónomo. Media, entre uno y otro término, la diferencia que hay entre un alquimista y un químico.*

El sentido de esta diferenciación entre ciencia y no ciencia se completa en el cierre del texto:

- (iv) *Tal dice el señor Bawer, astrólogo del Paraguay empeñado en perturbar la digestión y el sueño de las escasas personas que en estos tiempos de marcada incredulidad siguen todavía creyendo que este mundo habrá de terminar en forma catastrófica y que, con la anticipación debida, habrá de conocerse la fecha de la danza final.*

Al valor negativo o crítico que indicaría la selección léxica de la frase estereotipada “tiempos de marcada incredulidad” para referir una característica de su presente, se suma el valor irónico que se observa en la parte final de la misma frase –“siguen...”– que indicaría valoración negativa en otra dirección: contra la creencia en una versión simplificada, popular, literal del Apocalipsis según la cual sería una catástrofe planetaria en fecha precisa a determinar. En suma, por una parte, parece rechazar cierta clase de incredulidad, probablemente aquella que desde el discurso religioso se suele considerar como pérdida de valores religiosos, escepticismo o “relativismo” moral, y por la otra, cualquier credulidad. Aunque medien algunos años entre las dos notas sobre el fin del mundo, parece mantenerse, entonces, cierta yuxtaposición entre alguna forma de religiosidad, cristiana, y la ciencia. A su vez, también desde esta perspectiva, parece indicar los tipos de creencias aceptables y las que deberían ser rechazadas por parte de un público culto, contribuyendo a los procesos de distinción de clases.

4.3. La hipótesis del continente perdido

En el capítulo 2, relativo a la arqueología y la paleontología, vimos que, en algunas notas, el mito de la Atlántida aparecía con valor de hipótesis científica y lo observamos en relación con el topos *nada nuevo hay bajo el sol*. Se trataba de un texto firmado por Jaime Molins sobre los restos de un sepulcro indígena en Cochabamba –en cuyos últimos párrafos se asociaba la cultura de Tiahuanaco con un posible origen atlante–, y de otro que daba cuenta del paso de Arturo Posnansky por Buenos Aires, en el que, en una escena dialogada, se reproduce una afirmación del “arqueólogo boliviano” –según lo presenta el diario–, sobre la comunicación entre la “prehistoria” americana y la “tan soñada Atlántida”³⁹⁶. Habíamos referido también en la descripción del corpus, una tercera, de mayo de 1924, cuyo título se pregunta si ha existido la Atlántida³⁹⁷. Sumaremos aquí una cuarta nota, firmada por “J. Fannius” –no incluida en aquel corpus pues no se vincula con la arqueología ni la paleontología–, que se pregunta una vez más si ha existido la Atlántida y, también, si se trataría de un “mundo nuevo”; esta nota tiene las características de una reseña literaria³⁹⁸. Nuestro propósito ahora es analizar este conjunto de textos en torno al supuesto continente perdido en relación con el límite entre ciencia y no ciencia.

Los dos primeros textos estarían íntimamente relacionados no sólo desde el punto de vista de los contenidos en cuanto a la tematización de la Atlántida sino también en tanto el productor de uno, Molins, y el entrevistado en el otro, Posnansky. Ambos habrían estado en contacto y compartirían cierto conjunto de representaciones relativas a la cultura de Tiahuanaco, que ofrece al menos parte de las razones por las que las afirmaciones sobre la existencia del continente y la

³⁹⁶ Op. cit., 21/6/26, 4ª ed., p. 3 y 2/12/25, 4ª ed., portada, respectivamente.

³⁹⁷ Op. cit., 27/5/24, 4ª ed., p. 14.

³⁹⁸ 11/8/26, 4ª ed., p. 13.

civilización perdidos podían ser presentadas como si se tratara de un saber debatido en el interior del campo científico.

En efecto, algunos datos de los dos textos hacen suponer que el “distinguido caballero boliviano” al que se refiere Molins, y cuyo nombre omite, según se observa en un fragmento ya citado³⁹⁹ y que repetimos a continuación, era precisamente Arturo Ponsnansky:

- (v) *En mi reciente viaje a La Paz, he tenido oportunidad de observar de cerca las piezas [halladas en el sepulcro –la “chullpa”–], en poder de un distinguido caballero boliviano.*

Es necesario tener presente que la cultura originaria de Bolivia y el país mismo eran temas que interesaban a Molins: escribió libros en los que tematiza algunos aspectos, como *Bolivia. Crónicas americanas* (1916) y *El estaño. Fundamento vital de Bolivia* (1937). Este interés específico autoriza a pensar que el viaje realizado a La Paz referido en el fragmento precedente no había sido un mero paseo turístico. Se trata de un interés, en parte al menos, compartido con Ponsnansky, que dedicó 40 años de su vida al estudio de Tiahuanaco. Conviene recordar ahora algunos datos de este último.

Schavelzon (1993: 32-49), señala que Posnansky –“austríaco de familia polaca y formación germánica”, al que la mayor parte de sus contemporáneos consideraba alemán–, en la época de la nota que analizamos, ya dominaba el panorama de la arqueología boliviana, americana y europea dedicada a Tiahuanaco y, sin embargo, sostenía posiciones que para la mayor parte de los arqueólogos y antropólogos no tenían sustento alguno, como por ejemplo, que Tiahuanaco “era el punto inicial de la alta cultura americana, que de allí se dispersó hacia todo el continente”. Gozaba de un amplio reconocimiento –positivo o negativo, pero innegable– incluso a nivel popular, y fue una figura política importante en Bolivia: había participado en la guerra de ese país con Brasil por la zona de Acre –finalizada en 1903–, para la cual había puesto a disposición su barco, con el que se fundaría la Armada boliviana, y aunque tuvo conflictos por ello con el gobierno boliviano, fue condecorado. Entre 1916 y 1919 había construido el Palacio Tiahuanacu en La Paz, destinado a ser su propia casa y museo, edificio que pasó luego a manos del estado que instaló allí el Museo Nacional y el Instituto de Antropología. Participaba en congresos y otras actividades tanto en Alemania como en distintos países americanos, entre ellos el nuestro, y hacia 1913 sus teorías estaban ya casi completamente acabadas en sus principales lineamientos. En 1925 –año de la nota del diario que nos ocupa– contaba con un buen número de libros editados, varios de ellos en Alemania. El período en el que Posnansky desarrolló su mayor actividad –las décadas de 1920 y 1930– fue, como hemos visto antes, también el de un creciente nacionalismo que acompañó la tendencia mundial, y así lo señala el mismo Schavelzon. Browman (2007: 31) también destaca la importancia local que hacia fines de la década de 1920 tenía el nacionalismo boliviano, e informa que, cuando en 1930, Posnansky fundó la Sociedad Arqueológica de Bolivia, lo hizo en el precinto del Templo de Kalasasaya, asumiendo el rol de sumo sacerdote aymara bajo el nombre de Apu-Willca, y que en ese mismo momento inició a otros 11 profesionales entre arqueólogos, antropólogos y arquitectos. Sin embargo, la fotografía del acto –y así lo destaca Browman– los muestra vestidos con trajes europeos no muy adecuados para una ceremonia de ese tipo. Es que esa fundación era uno de los resultados de un movimiento nacional que reivindicaba el indigenismo (p. 31) en tanto herramienta para el desarrollo de tales posiciones. El acto, pues, parecía entonces más un gesto en ese sentido que signo de una “conversión”. Posnansky adoptaría posteriormente, en la década de 1930, posturas

³⁹⁹ Ver Capítulo 2, § 2.4. El conocimiento, ejemplo (x).

cada vez más racistas, aunque curiosamente –según los sentidos asignados a la palabra “racismo” hoy– no dirigidas contra los indios americanos. El derrotero para llegar a esas posiciones se había iniciado antes: en un libro de 1919, *La hora futura*, ajeno a la temática arqueológica, Posnansky ya planteaba, según Schavelzon, un “modelo universal de estado totalitario absoluto, propietario de todos los bienes, que ordenase a la población según categorías fijas”; la humanidad podía ser “regenerada” a partir de la eugenesia –perspectiva que también interesaba al diario– y de “la antropología aplicada llevada al terreno práctico”.

No es aventurado considerar, entonces, que Molins considerara “distinguido caballero boliviano” a Posnansky –y le atribuyera autoridad científica– y que éste fuera quien le habría dado a observar los objetos de oro hallados en la *chullpa*. El gentilicio *boliviano* deriva del hecho de que Posnansky había adoptado esa nacionalidad; y con ese gentilicio también lo identifica «La Razón» en la nota sobre su estada en Buenos Aires.

Ahora bien, no habría en los libros y artículos de Posnansky ninguna referencia a la hipótesis de la Atlántida –Schavelzon no refiere ningún dato al respecto aun cuando describe los lineamientos principales de sus teorías– pero, si se le da crédito a la atribución de voz que le hace el diario «La Razón» en la nota vista, resulta evidente que era una hipótesis que Posnansky aceptaba; probablemente no podría o no querría dejarla asentada en sus textos más académicos en tanto no tenía ningún tipo de elemento de verificación. Hay otros datos que permiten considerar que efectivamente era así. Posnansky había establecido vínculos con Edmund Kiss (Browman, 2007: 38), a quien alojó en La Paz posteriormente cuando, a fines de la década de 1920, éste llegó a esa ciudad como consultor del gobierno alemán en temas de arquitectura. Kiss era “un gran seguidor de las teorías de la Atlántida Perdida y la Teoría de Hielo Cósmico de Hans Hoerbiger”, e integraría, finalmente, “las ideas de Posnansky con la de Hoerbiger”, en un libro de 1937 –*Das Sonnetor von Tiahuanaku und Hörbigers Welteislehre (La Puerta del Sol de Tiahuanaco y la Doctrina del Hielo Universal de Horbiger)*⁴⁰⁰– “para interpretar la inmensa antigüedad de Tiwanaku”, cuyas ruinas reflejarían “múltiples inundaciones” y la Puerta del Sol representaría “un complejo sistema calendario astronómico”. Cabe señalar que Kiss publicaría, además, textos de ficción en los que presentaba una cosmogonía vinculada con la Atlántida⁴⁰¹.

Resulta plausible, pues, que Molins –sin nombrarlo– se refiriera a Posnansky en su nota. No resulta claro, sin embargo, por qué Molins no lo habría identificado expresamente. El motivo tal vez radique en el hecho de que Posnansky no fuera aceptado sin conflicto en el mundo académico (aun dejando de lado la “teoría” de la Atlántida), y adoptar, entonces, explícitamente sus posiciones podía implicar convertirse en blanco de críticas muy duras realizadas en el marco de debates que apelaban a cualquier tipo de estrategia polémica pero que requerían alto grado de conocimiento. En efecto, con Posnansky discutían Max Uhle, Eduard Seler, Lorenzo Sundt y José Imbelloni, entre otros: es que “la arqueología académica siempre lo signó como *el enemigo*, ejemplo perfecto de amateur al que había que olvidar”. Al respecto, cabe señalar que su formación inicial era de ingeniero, pero “supuestamente” había estudiado antropología en Berlín hasta haber llegado a doctorarse hacia 1914 (Schavelzon, 1993).

En ese cuadro, Molins –que tampoco era arqueólogo ni antropólogo– estaría en una posición débil: la confusa explicación acerca del origen atlante de Tiahuanaco y del carácter ario de la lengua aymara evidencia que reproducía argumentos que no eran propios y que bien podrían ser de Posnansky. Incluso, en el párrafo final de su nota, como hemos visto⁴⁰², Molins se defiende de

⁴⁰⁰ Leipzig: Hase & Koehler Verlag, 1937.

⁴⁰¹ Por ejemplo, *Die letzte Koenigin von Atlantis [La última reina de la Atlántida]* publicado en Leipzig en 1931.

⁴⁰² Ver Capítulo 2, § 2.4. El conocimiento, ejemplo (xiii).

antemano del ataque posible del que podía ser blanco, con la asunción retórica de un irónico silencio descalificatorio de cualquier impugnación, con la que cierra el texto:

- (vi) *Pero..., lo más prudente es que abandone esta disquisición, ya que puede hacer sonreír a tanto arqueólogo de biblioteca; y mi deseo, al hilvanar estas líneas, sobre tan valioso descubrimiento, no ha sido el de meterme –como se dice, usando el buen romance– en libros de caballerías...*

El argumento que esgrime en este fragmento es ya conocido y al que nos hemos referido varias veces⁴⁰³ como un rasgo de la representación de ciencia que también comparte el diario: se trata de la descalificación de aquella ciencia considerada “de biblioteca”, esto es, meramente un saber si no “teórico” –en un sentido general; a veces, como sinónimo de “abstracto”–, al menos meramente enciclopédico, que desprecia o deja de lado el contacto con los fenómenos o con los objetos empíricos. También Posnansky utilizó este argumento en su polémica con Max Uhle, según la describe Schavelzon (1993). Frente a la crítica demoledora de Uhle que atacaba el corazón de la teoría sobre la datación de Tiahuanaco, Posnansky “centró su primer ataque en el hecho de que él hacía diez años que estaba en el sitio”, que había hecho “los planos y triangulaciones por su propia mano” y que tenía “en La Paz su propio laboratorio y museo, mientras que Uhle sólo había estado en Tiahuanaco dos días, dos años después de haber hecho su obra”. Así, también sustentaba su posición en la descalificación del oponente, al que acusa de carecer –o de disponer de insuficiente– experiencia directa. En ese contexto, se puede comprender la prudencia de Molins.

¿Por qué importaría postular la existencia de la Atlántida para llenar ciertas lagunas del conocimiento científico desarrollado hasta la época en torno a Tiahuanaco y su cultura, o para satisfacer ciertas incógnitas puntuales como la imagen de un hombre barbado que, según vimos⁴⁰⁴, describe Molins en su nota, hallada en uno de los objetos de la “chullpa”? Tal vez la explicación radique en los usos que el nacionalismo había hecho del mito.

El mito de la Atlántida, tras su recorrido desde Platón, podía resultar llamativo durante la etapa que estudiamos pues había tenido a fines del siglo XIX cierto resurgimiento en la cultura popular occidental, fuera de todo trabajo académico, con la publicación en 1882 de *Atlántida. El mundo antediluviano*, un texto fuertemente especulativo, de Ignatius Donnelly, escritor y político norteamericano sin formación en arqueología ni en paleontología; y luego, en 1888, con *La doctrina secreta*, de la ocultista Helena Blavatsky, al que nos hemos referido más arriba⁴⁰⁵. Probablemente, tal resurgimiento a fines del siglo XIX habría estado motivado en el descubrimiento reciente de la existencia real de Troya, que había expuesto ante el mundo un fundamento histórico de los textos homéricos. Pero Vidal-Naquet (2006: 7) plantea una hipótesis interesante: para las historiografías nacionales europeas, “cuando la Biblia se convierte progresivamente en el libro fuente de lo que fue el Imperio Romano”, se producen “ciertas consecuencias enojosas”, pues el pasado quedaba ligado a la historia de Israel. De allí que, “cuando las naciones quisieron escribir su propia historia, la Atlántida fue para muchas de ellas”, un modo de “revocar” el vínculo con Israel, pues “descender de los atlantes” significaba entonces “no descender de los judíos, ni espiritualmente ni por la sangre”. Y agrega que fue el camino que tomó “una fracción notable del nacionalismo alemán, incluso durante el período

⁴⁰³ En relación con la arqueología, véase Capítulo 2, § 2.2. Científicos y excavadores: exploraciones en otras dimensiones, ejemplo (ii), y § 2.4. El conocimiento, fragmento (xiv).

⁴⁰⁴ Ver § 2.4., ejemplo (xii).

⁴⁰⁵ Fuentes: Enciclopedia Britannica (<http://www.britannica.com/EBchecked/topic/169187/Ignatius-Donnelly> y <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/69144/Helena-Blavatsky>).

hitleriano”.

Según esa hipótesis, pues, las representaciones vinculadas con los nacionalismos europeos contuvieron la existencia de la Atlántida como una justificación que permitía evadir el vínculo con el judaísmo y los judíos; y para Posnansky por analogía, la existencia de la Atlántida podía ser una explicación relativamente sencilla, que le permitía dar, si no en el campo específico de la arqueología –donde ya era cuestionado por sus teorías–, en el plano político, un pasado “ilustre” a la cultura precolombina que, obviamente, no ofrecía rastros de cultura ni de “sangre” judías. De ese modo podía, entonces, hermanar la cultura de Tiahuanaco con una supuesta tradición aria –y la lengua sería uno de los lazos, según reproduce Molins– además de explicar algunas incógnitas, como la de la presencia de hombres barbados en la América precolombina.

Esta versión del pasado remoto americano, sostenida en los repliegues de la autoridad de la arqueología, por voces en alguna medida reconocidas, aunque no necesariamente autorizadas, revela una representación en la que el conocimiento académico aparece obturado por otro cuerpo explicativo –derivado claramente de representaciones ajenas al campo científico– que es presentado como el verdadero. Es cierto que Molins sugiere la existencia de debates en torno a la “hipótesis” del continente perdido pero, más allá de que tales discusiones en verdad no existían en el mundo académico, la posición que la negaba queda desacreditada en su discurso mismo pues provendrían de “arqueólogos de biblioteca”; y la posición propia resulta en cambio reforzada por elementos paratextuales que sitúan el tema en el campo de la información periodística sobre cuestiones arqueológicas. Cabe recordar que, por un lado, el título indica que se trata de un “descubrimiento” ocurrido en ese campo, y que los objetos “revelan” algo del pasado; por el otro, un grupo de fotografías muestra los objetos, cuya existencia opera así como prueba empírica: una de las fotos es del conjunto de piezas, ordenadas según el lugar del cuerpo en el que deberían ir, de modo que permite reconstruir imaginariamente la figura humana; las otras, son de detalles. En el epígrafe, la información agregada también reifica: da cuenta de las medidas en centímetros de algunas de las piezas principales.

Así pues, aparecen rasgos de representaciones políticas y sociales incidiendo claramente en el tipo de conocimiento que presentaría la arqueología, desde un ángulo diferente de la incidencia que podía tener por ejemplo, la teoría de Ameghino: en este último caso, resultaba posible debatir la datación de los restos y a partir de eso, poner en duda toda la teoría, pero no había en ella ninguna explicación sustentada en un mito al que se le atribuyera, por operación analógica, un fundamento histórico. Los debates en torno a las hipótesis de Ameghino se corresponden, más allá de las pasiones que despertaran y de la incidencia de los nacionalismos, con los procedimientos típicos de los debates científicos; no hay, en cambio, discusión científica posible en torno del valor de verdad del mito de la existencia de una civilización atlante.

La cuarta de las notas que enumeramos al inicio de este parágrafo “invierte la carga de la prueba”: en un discurso con ciertas ambigüedades, se sugiere que debió existir pues “ninguno de los descubrimientos de la ciencia moderna ha puesto en tela de juicio la aseveración del sublime filósofo” –Platón–. Como anticipamos, el título y el subtítulo del texto prometen respuesta a dos interrogantes: “¿Un mundo nuevo? ¿Ha existido la Atlántida?”, y está firmada por “J. Fannius”, un periodista –“cronista”– francés⁴⁰⁶ como colaborador especial para «La Razón». Se trata, en

⁴⁰⁶ Se trataría de Jean Fannius, de quien hemos encontrado una única referencia: es nombrado como cronista francés por Enrique Gómez Carrillo, el escritor y diplomático guatemalteco, en una nota titulada “El triunfo de Pastora Imperio en París”, publicada por el diario ABC de Madrid el 29 de marzo de 1926 –el mismo año de la nota que analizamos–, p. 3 y 4.

(Disponible en: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1926/03/29/003.html>).

realidad, de una reseña literaria de una novela de Jean Carrère, *La fin d'Atlantis ou le grand soir*, recientemente publicada⁴⁰⁷. Por un lado, conviene destacar que Carrère presenta como un antecedente importante el haber publicado en 1898 un opúsculo, *Réponse à Émile Zola: l'affaire Dreyfus*⁴⁰⁸, en el que fustigaba al autor de *J'accuse* por ocuparse de lo que no sería más que un “error judicial” carente de importancia, de una injusticia no probada que, si bien afectaba el destino de un “oscuro capitán” –Dreyfus–, ponía en riesgo algo fundamental: la tranquilidad y la seguridad de Francia, al dividir a la sociedad en dos tesituras opuestas. Se trata de un texto de tono indudablemente nacionalista en el que Carrère, sin cortapisas, minimiza la situación individual del condenado y destaca el costo interno para Francia y la depreciación internacional del país en razón del escándalo desatado por la actitud de Zola⁴⁰⁹.

Por otro lado, en su reseña, Fannius se desliza del mito a la realidad verificable en varias oportunidades:

- (vii) *Por lo mismo que su espíritu no gusta basarse sino sobre certidumbres, los historiadores han demostrado cierto temor en aventurarse sobre ese fabuloso continente de la Atlántida.*

Y realiza un recorrido por la tradición mítica a partir del cual afirma, por ejemplo:

- (viii) *Si la Atlántida representa una poderosa fuente de atracción, lo debe más a la magia del ensueño que a la fuerza de la realidad. // La verdad, hay que decirlo, surgida de la prehistoria, de los datos científicos más serios, de la observación y de las búsquedas más prudentes, es de una magnificencia mucho más fantástica. // La Atlántida, desaparecida súbitamente millares de años antes de nuestra era, había, según una tradición apoyada por trabajos y una documentación muy importante, dejado en Europa, África y América florecientes colonias, gracias a las cuales es hoy posible reconstruir esta poderosa raza, dominadora del mundo prehistórico.*

La primera frase del ejemplo parece ambigua. Afirma que es el carácter de “ensueño” el que genera atracción antes que la “fuerza de la realidad”, pero a juzgar por las frases siguientes, resulta evidente que no niega ni relativiza la afirmación sobre la existencia del continente perdido, como es posible interpretar, sino que destaca, entre dos dimensiones –la de la “realidad” y la del ensueño que la envuelve–, cuál es la que funciona como foco de la atracción. En efecto, en la segunda frase del ejemplo, apoyándose en datos, observaciones y “búsquedas” de cuyas fuentes no brinda ninguna referencia precisa, parece afirmar que la *verdad* es de una grandeza aun mayor que la ensoñación. En la última de las frases del ejemplo, el verbo en indicativo convierte en real ya no sólo la existencia de esa civilización sino también su expansión geográfica a través de la colonización; y aunque en esta frase vuelve a sustentar tal creencia en la

⁴⁰⁷ Carrère (1868-1932) fue escritor y periodista. *La fin d'Atlantis* fue publicada en 1926 en París por la editorial Plon. Tuvo varias ediciones durante ese mismo año (Fuente: Worldcat <http://www.worldcat.org/title/fin-datlantis-ou-le-grand-soir/oclc/10631005/editions?referer=di&editionsView=true>). Además, publicó diversos artículos en la «Revue Hebdomadaire», una compilación de los cuales, producidos entre 1902 y 1904, fue publicada en 1922 bajo el título *Les mauvais maîtres*.

⁴⁰⁸ Publicado en París, por la Librairie J. Rouam (disponible en la página de la biblioteca digital de la Bibliothèque Nationale de France <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k74251t.r=Jean+Carr%C3%A8re.langES>)

⁴⁰⁹ A modo de ejemplo de la clase de afirmaciones: “Mais, véritablement, Monsieur, la cause que vous défendez vaut-elle tant de bruit? Et toute la génération dont je suis, et tout le peuple dont nous sommes, doivent-ils abandonner leur calme labeur et tout bouleverser dans la vie privée comme dans la vie publique parce qu'il-y-a – dites vous– un erreur judiciaire, et qu'on a condamné, dans je ne sais plus quelle circonstance, un obscur capitaine au lieu d'un commandant inconnu?” (p. 6).

“tradición”, reitera, otra vez sin referencia precisa, que está apoyada por documentación y, más vagamente aún, por “trabajos”. El final de esta última frase es revelador: a partir de las supuestas colonias atlantes, Fannius plantea que es posible “reconstruir” no en el plano del conocimiento una historia o una caracterización histórica de la pretendida civilización sino la “raza” misma que podría dominar el mundo tal como lo había hecho en la prehistoria. De ese modo, un poco más lejos de lo que podía sugerir la nota de Molins o Posnansky, este texto de Fannius es un ejemplo que abona la hipótesis de Vidal-Naquet que referimos más arriba.

Cabe señalar que también esta nota es un ejemplo cabal de lo que llamamos *efecto de saber*, esta vez en un texto firmado cuyo autor no es un experto: además de las vagas alusiones recién señaladas, presenta otras que evocan el campo científico, por ejemplo, señala que existía “un *mínimum* de cincuenta mil volúmenes” sobre el tema en el “Smithsonian Institute” [sic], o atribuye a Eliseo Reclus⁴¹⁰ afirmaciones supuestamente realizadas en un libro cuyo título es mal referido por el texto –remite a *Historia de la Tierra*, probablemente en lugar de *El hombre y la tierra*–. Pero según la cita que realiza, Reclus sólo consideraba probable la existencia de un *istmo* que habría vinculado territorios hoy separados, basado en indicios tales como las similitudes entre especies de distintos continentes, lo cual –aunque el texto no alude a ello– era parte de los datos que Darwin había utilizado para la Teoría de la Evolución; pero las afirmaciones de Reclus no incluyen la existencia remota de una civilización atlante.

Pocos párrafos después, Fannius considera como verdad la existencia de la Atlántida y plantea en consecuencia, que sólo será cuestión de tiempo que la ciencia desarrolle herramientas para conseguir las pruebas:

- (ix) *Por todo ello, es de desear que un sabio, un vidente genial, encuentre un día en el fondo de los océanos, con los medios inimaginables que la ciencia futura le proporcionará, las pruebas de ese pasado maravilloso y el secreto de los continentes desaparecidos. Sabremos [por qué] después de haber alcanzado el apogeo de los esplendores humanos, esos pueblos merecieron la muerte... No hay que desesperar de los hombres ni de la ciencia.*

Y pocos párrafos después, luego de ejemplificar con los descubrimientos de Pompeya y de Herculano y con las “maravillosas civilizaciones reveladas por las excavaciones” de México, y de insistir en que no era posible prever “la audacia futura de las investigaciones científicas”, una frase evoca una vez más la hipótesis de Vidal-Naquet, desde otro ángulo:

- (x) *Entonces, quizás, podríamos saber que nuestros verdaderos antepasados intelectuales, que desde hace tiempo buscamos en Oriente, habría que descubrirlos en Occidente. // Serían ellos esos atlantes, impulsores de una civilización junto a la cual la nuestra estaría en la infancia; serían ellos esos pueblos dotados del genio por los Dioses y que, por la Galia, Egipto, la Grecia de Orfeo y la Roma de Numa se habrían infiltrado en nuestro mundo conocido.*

Parece evidente que la “vana” búsqueda en oriente de antepasados intelectuales sólo puede referirse a la Biblia, a la cultura judeo-cristiana; y también, que el camino desde los atlantes a su

⁴¹⁰ Fue un geógrafo francés (1830-1905), de intensa acción política –libertario primero, luego comunista–, produjo varios libros bastante conocidos sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, y se lo considera un precursor de la ecología como ciencia (Fuentes: página de la Universidad de Barcelona, «Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales», N° 163, disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-163.htm>, y presentación de la reedición de *El hombre y la tierra* realizada por el Fondo de Cultura Económica, México, 1986).

presente pasó por la antigüedad que sitúa –o intenta situar– en una etapa previa a la diáspora judía por occidente y al cristianismo: no de otro modo se explica la referencia a Orfeo –que remite a un tiempo mítico de los griegos– y a Numa –el segundo rey de Roma, luego de Rómulo⁴¹¹–. Se puede notar, además, que reaparece aquella representación de una civilización desaparecida como superior en todo a la del presente. Luego de este recorrido, inicia la valoración del texto de Carrères, que resulta positiva en tanto se apega a la tradición y presenta una verosimilitud cuyo parámetro de comparación Fannius no ofrece:

- (xi) *En ese libro está excluido lo fantástico. La epopeya, por muy movida, grandiosa y formidable que sea, es siempre verosímil. La ciencia y la historia están de acuerdo con el drama.*

Al igual, pues, que en los dos textos anteriores, en este texto de Fannius, desde un campo ajeno al científico, la historia –como disciplina– y la ciencia en general son evocadas para presentar como verdad histórica el mito y, desde allí, justificar una filiación con una raza superior, dominadora, dotada del “genio de los Dioses” no sólo física sino también intelectual.

Cabe destacar, también, que tal como sucedía con la teosofía, esta posición no aparece sostenida formalmente por el diario con su propia voz: en los tres casos, los responsables del discurso son claramente identificados y sus voces diferenciadas. De ese modo, «La Razón» concede espacio enunciativo para esa representación, pero parece tomar cierta distancia o, al menos, busca no comprometerse con las posiciones involucradas. Es más, aunque poco común en sus rasgos, hay un texto sin firma, en el que ese distanciamiento se vuelve evidente.

Se trata del tercero de los textos que enumeramos al inicio del párrafo, titulado con la misma pregunta del subtítulo de la nota recién vista⁴¹²: “¿Ha existido la Atlántida?” Es una nota un poco anterior a las vistas hasta aquí sobre este tema que, aunque presenta algunas características del género divulgativo, tiene otras que la diferencia; en particular, se observa un efecto desmitificador que procura lograr no con los recursos habituales –la explicación, la oferta de datos científicos, etc.– sino con algunos recursos irónicos que parecen más bien ridiculizar una información periodística recibida por cable. La nota presenta inicialmente una breve reseña del origen y circulación del mito, y niega abiertamente el valor de verdad atribuido al mito:

- (xii) *La presumida existencia de la Atlántida no ofrece un punto de apoyo a la verdad histórica. // Con la vida de la Atlántida no hay ninguna vinculación histórica; todo lo que se dice de aquel país es hipotético, cuando no absurdo, y sin otro valor que el que le asigna la antigüedad. // [...] según la misma tradición fabulesca [el estrecho de Gibraltar] surge después del cataclismo geológico que sepultó bajo los mares a la isla o continente que los antiguos afirman hallábase casi en el centro del Atlántico.*

En un apartado bajo el subtítulo “Hipótesis sobre el cataclismo geológico”, aborda brevemente, las diferentes conjeturas sobre un cataclismo geológico y la supuesta ubicación de la Atlántida, pero no hace ninguna referencia a una civilización atlante, y denomina a la tradición que origina la hipótesis como “fábula”. En un tercer apartado, titulado “La leyenda poemática”, comenta dos poemas para mostrar el abordaje literario del tópico: se refiere a los que, bajo el mismo título –*La Atlántida*– y en circunstancias similares, escribieron con pocos años de diferencia Jacinto Verdaguer y Olegario Víctor Andrade: el primero, para los Juegos Florales de Barcelona, en 1877; el segundo, para los Juegos Florales de 1881 organizados por el Centro Gallego de Buenos

⁴¹¹ Entendemos que se refiere a Numa Pompilio, rey de Roma entre el 715/6 y el 617/74 aC.

⁴¹² Op. cit., 27/5/24, 4ª ed., p. 14.

Aires⁴¹³. Si hasta allí podía pensarse que la nota se encuadraba en un género divulgativo, a partir del siguiente apartado –titulado “El hipnotismo, auxiliar histórico”–, se inicia, con cuidada ironía, un ataque a las creencias implícitas o que pudieran derivarse a una noticia llegada por cable: un teniente coronel español, el “señor Cabañas”⁴¹⁴, a través de un “médium” al que hipnotizaba, se había dedicado a investigar la civilización atlante. Entre otras cosas, el médium había logrado describir el “supuesto continente” hasta en el detalle de la ropa de sus habitantes. Y lo presenta así:

- (xiii) *Hay [...] quien no sólo cree en la existencia del continente misterioso, sino que se propone demostrar con exactitud en qué punto del mar se halla sepultado; este ser extraordinario, con apariencias de persona mortal, es el teniente coronel español señor Cabañas. El cable nos da cuenta de los datos inverosímiles que se han obtenido y que han dejado estupefactos a todos los sabios del mundo. El señor Cabañas, que además de militar es ingeniero, no se dispone a revelar el secreto de la Atlántida por ningún procedimiento matemático; va a utilizar [...] un médium, que le responde en absoluto a su poder hipnótico o magnético.*

Pueden notarse la ironía a través de distintas marcas, particularmente, a través de la oposición entre lo laudatorio y la evaluación de los datos como “inverosímiles”, el fuerte contraste en cuanto a la metodología –no por el “procedimiento matemático” sino por la hipnosis–, o la hipérbole –“todos los sabios del mundo” han quedado “estupefactos”–. En el párrafo siguiente, describe y vuelve a evaluar generando el mismo efecto:

- (xiv) *Es curiosísimo lo que ha visto hasta ahora el médium del señor Cabañas: obedeciendo a la voz de mando, trasladose a la época de los grandes cataclismos, y después de caminar por el Atlántico largo trecho, halló en una gran isla una ciudad “de una dimensión igual a la mitad de Madrid”. [...]*

Abre luego un último apartado titulado ya con una evaluación: “La ciudad imaginaria”. Allí señala que el médium dio al “señor Cabañas” detalles de ropa de “mujeres, sacerdotes y soldados”, de instrumentos musicales y utensilios diversos. Y con el párrafo siguiente cierra la nota, y vuelve a evaluar –e ironizar–, pero esta vez ya no sólo los “logros” de Cabañas y el médium, sino la pretensión misma de verdad del mito y las consecuencias que se pretenden extraer en cuanto a la “raza”:

⁴¹³ Jacinto Verdaguier (1845-1902) fue un representante de la “Renaixença” catalana. Con el poema –que ganó un premio especial en los mencionados juegos florales– logró dar a conocer la literatura catalana fuera de España. (Fuente: Centro Virtual Cervantes, <http://cvc.cervantes.es/actcult/verdaguier/>, y http://cvc.cervantes.es/actcult/verdaguier/obra/obra_02.htm, consultadas el 6/5/2013); Olegario Víctor Andrade (1839-1882), escribe el poema sobre un tema dado, elegido por el entonces presidente Julio Roca para los juegos: “Canto al porvenir de la raza latina en América” (Fuente: sitios del Ministerio de Educación, <http://www.me.gov.ar/efeme/olegario/biografia.html>, y de la organización *Dominio Público*, http://www.dominiopublico.es/libros/A/Olegario_Victor_Andrade/obras/index.php?pg=37, consultadas el 6/5/2013). La vinculación entre ambos textos es importante: ambos ven en la Atlántida una metáfora o alusión a América.

⁴¹⁴ Se refiere a Bernardo Cabañas Chavarría, en efecto, un teniente coronel de Ingenieros español, conocido en la época como hipnotizador capaz de realizar algunas curas de problemas de salud. Así, por ejemplo, el diario ABC de Madrid, en un breve de 1921, informa que el “Centro de Hijos de Madrid” había solicitado a la Gobernación que se le otorgara a Cabañas la “Cruz de Beneficencia”, por “la labor humanitaria” que había realizado “en Melilla, devolviendo el habla al distinguido capitán Sr. Fortea y a tres soldados”, un caso más o menos resonante (Ver: «ABC», 28/8/21, p. 19, <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1921/08/21/019.html>, consultada el 7/5/2013). El caso, y otros atribuidos a Cabañas, está recogido también en el libro *El espiritismo estudiado* de Joaquín Trincado (1922), el fundador de la Escuela Magnético Espiritual.

- (xv) *Por tan pintorescas observaciones, se podría llegar a saber qué raza habitó la Atlántida. Su procedencia es otro misterio, pues si, como se asegura, dominó el África y la Siria, lo mismo podría ser asiática, que europea y africana. Teniendo en cuenta que a la llegada de los fenicios a España ya la Atlántida había desaparecido, es un poco difícil hallar las huellas que dejara a su paso por el fabuloso continente aquella raza, de cuyas características esenciales con tan señalado aprecio se viene ocupando el señor Cabañas. Es lástima que para establecer una verdadera identificación histórica haya que descender 9.000 metros!...*

El objeto principal de la ironía parece estar, a juzgar por este último ejemplo, en la “metodología”: el uso del hipnotismo, una técnica controvertida pero utilizada, en un extremo, por algunas disciplinas científicas no mucho tiempo antes, y vinculada a los trabajos de Freud y el psicoanálisis –cuyo estatuto científico era aún dudoso–; y en el otro, en prácticas teatrales y espectáculos de magia⁴¹⁵. Extrapolado al campo de la historia como método, el hipnotismo resulta bastante bizarro. Tal como señala el enunciador, una “verdadera identificación” supone otra metodología: la investigación empírica que en este caso resultaba imposible de realizar. En uno de los apartados anteriores, precisamente el referido al hipnotismo como “auxiliar histórico”, ya se anticipaba esa imposibilidad, aunque se matizaba: no podría verificarse porque el descenso en esas profundidades era irrealizable “por el momento”. De este modo, aunque con una impronta clara contra un supuesto método de verificación y con la convicción de que la existencia de civilización atlante era una *fábula* sin sustento histórico alguno, el diario sugiere que alguna vez en el futuro la ciencia podría viajar a las profundidades del mar, independientemente de que creyera que no encontraría nada que verificase tal fábula; en este matiz, coincide, pues, con Fannius: hay una apuesta al desarrollo de técnicas para abordar problemas que en la época parecían imposibles de resolver.

En suma, al igual que ocurría en el caso de la teosofía, el diario concedía espacios de

⁴¹⁵ La hipnosis es un estado mental derivado de la aplicación del procedimiento llamado “inducción hipnótica”, y reconoce una larga tradición que algunos remontan hasta el Antiguo Egipto, pero que adquiere cierta trascendencia en Europa a partir del siglo XVIII. Franz Anton Mesmer, (1734-1815) doctorado en Medicina y Filosofía en Viena, influenciado por las teorías de Paracelso sobre la interrelación entre los cuerpos celestes y el ser humano formuló la conocida “Teoría del Magnetismo Animal”: todo ser vivo irradia un tipo de energía similar al magnetismo físico de otros cuerpos y puede transmitirse de unos seres a otros, y tener una aplicación terapéutica. Instalado en París, se convirtió en un médico famoso. La Academia de Medicina de Francia determinó en esa época que no existía ningún tipo de influencia o energía magnética en las curaciones mesméricas. Discípulos de Mesmer y otros investigadores posteriores determinarían que las consideradas curaciones, se producían por sugestión. Un cirujano escocés llamado James Braid (1795-1860) fue el primero en acuñar el término *hipnosis* enunciando una de las formas que lo explicaban: “La fijación sostenida de la mirada, paraliza los centros nerviosos de los ojos y sus dependencias que, alterando el equilibrio del sistema nervioso, produce el fenómeno”. Sigmund Freud investigó la hipnosis en profundidad, como discípulo, en La Salpêtrière, con el Dr. Jean-Martin Charcot (1825-1893), y en la Escuela de Nancy, con el Dr. Hippolyte Bernheim (1840-1919). “Al principio Freud utilizó la hipnosis para el tratamiento de la neurosis, pero posteriormente, confesándose un mal hipnotizador, lo abandonó entregándose a formular su teoría del Psicoanálisis” (Fuente: página de la Sociedad Hispano Americana de Psicología Aplicada, <http://www.hispamap.net/informes/info-hip.htm>, consultada 23/5/2013). En la actualidad, sin grandes cambios conceptuales, la hipnosis es utilizada en algunas corrientes de la psicología clínica, pero es rechazada por otras. Así, por ejemplo, en un artículo de 2010 en el que se defiende su uso terapéutico, se puede leer: “Cuando hablamos de hipnosis nos referimos a esa milenaria manera de sanar a las personas, ya en tiempos de los egipcios se usaba el gran valor del sueño para curarse o para profetizar acerca de éxito o no de las guerras. La hipnosis la podríamos definir escuetamente en: Un estado mental o de un grupo de actitudes generadas a través de un procedimiento llamado inducción hipnótica. // Usualmente se compone de una serie de instrucciones y sugestiones preliminares. Si las sugestiones son generadas por un hipnotizador se denomina heterohipnosis o si uno se auto sugiere se denomina auto hipnosis”. (Escobedo, 2010: 85). Como es sabido, fue usada como espectáculo durante un buen tiempo también en nuestro país. Tal vez una de las más interesantes descripciones de esos espectáculos –en una representación literaria realista– sea la que Thomas Mann realiza en el relato *Mario y el mago*, de 1930.

enunciación a los que sostenían estas hipótesis sobre continentes y civilizaciones perdidas, pero no reproduce como propias esas afirmaciones. Probablemente, ese mecanismo se debiera a, por una parte, la necesidad de incluir en la agenda temas que estaban circulando en amplios sectores sociales, y por el otro, la de limitar el alcance de esas creencias frente a los sectores medios, y mantener cierto grado de “seriedad” en relación con los campos científico y periodístico.

4.4. La civilización extraterrestre: los habitantes de Marte

La historia es conocida. En 1877, el astrónomo Giovanni Schiaparelli, director del Observatorio de Brera, Milán, observó Marte en su momento de mayor aproximación a la Tierra, y dibujó un mapa sumamente detallado en el que destacó los “canales”. Aunque Schiaparelli no afirmó que se tratara de canales *artificiales*, a partir de la traducción al inglés como “channels”⁴¹⁶ –que sugiere que se trata de un canal artificial– en lugar de “channels”, se comenzó a especular que había en Marte vida inteligente similar a la humana. Uno de los mayores impulsores de esta creencia fue el astrónomo norteamericano Percival Lowell⁴¹⁷, que desde 1902 sería profesor de astronomía en el Instituto de Tecnología de Massachusetts y que, en 1906 había publicado un libro sobre el tema. Aunque la mayor parte de los científicos de la época rechazaron la idea, algunos pocos le adjudicaron algún grado de probabilidad⁴¹⁸, como veremos, y la literatura de ciencia ficción tomó el tópico: el texto que más larga repercusión tuvo fue *La guerra de los mundos* (1898), de Herbert G. Wells, que fue adaptada para radio en 1938–. A raíz de estas producciones, el discurso de la prensa tematizó diversas cuestiones referidas al planeta rojo en la frontera entre ficción y realidad, que se volvió muy borrosa. Veremos que «La Razón» no fue la excepción.

Durante la etapa que estudiamos encontramos varias notas⁴¹⁹ en las que, en efecto, la representación de ciencia se ve nuevamente en tensión, como ocurrió en otros temas. Por un lado, algunas presentaban como verdad probada la existencia de vida inteligente en Marte y otras tomaban distancia o lisa y llanamente rechazaban y desmitificaban tal posibilidad. Pero, a diferencia de lo que pudimos observar en los textos sobre la existencia de una civilización atlante, todas las notas relativas a la vida inteligente en Marte son presentadas sin firma, es decir, son textos cuya responsabilidad enunciativa corresponde al diario mismo; y en varios de ellos son citados como autoridades algunos de los que otorgaron cierta probabilidad a la creencia, lo cual genera matices que nos interesa observar.

En la primera de las notas, de 1918, el título mismo plantea un debate no acerca de la posible existencia de vida marciana inteligente –que pasa a ser una verdad supuesta–, sino sobre las características físicas que tendrían los marcianos:

⁴¹⁶ Ver Nota al pie N° 154.

⁴¹⁷ Percival Lowell (1855-1916), estudió en la Universidad de Harvard. En 1894 fundó y fue director del Observatorio Lowell en Flagstaff, Arizona. Entre sus obras se encuentran, precisamente, *Mars and its canals* (1906) y *The Genesis of the planets* (1916) (Fuente: <http://www.astromia.com/biografias/lowell.htm>, consultada el 27/5/2013).

⁴¹⁸ Entre ellos, Camille Flammarion, además de los que se verán en el texto principal.

⁴¹⁹ “Los habitantes de Marte – Cómo los describe un eminente astrónomo yanqui” (30/1/18, 4ª ed., p. 6); “Teorías nuevas sobre los canales en el planeta Marte” (30/3/18, 4ª ed., p. 7, sección “Notas científicas”); “¿Será posible la comunicación con Marte?” (2/3/20, 4ª ed., p. 4); “Edison cree posible las comunicaciones con Marte” (5/4/20, 4ª ed., p. 4); “¿Cómo hablar con Marte? – Un nuevo sistema de comunicación interplanetaria” (20/4/20, 4ª ed., p. 6); “El secreto de Marte” (22/3/20, 4ª ed., p. 5); “Enigmas de Marte – Opiniones de los astrónomos – Los hombres marcianos y sus mensajes” (29/7/20, 4ª ed., p. 5); “Marconi sigue empeñado en comunicarse con Marte – Experimentos realizados desde su yate Electra” (15/6/22, 4ª ed., p. 2); “Silencio, que habla Marte” (21/8/24, 4ª ed., p. 4); “Estudiando el planeta Marte – El doctor Douglas cree que las condiciones atmosféricas son parecidas a las de la Tierra” (17/2/26, 4ª ed., p. 3) y “Desde que la tierra...” (18/2/26, 4ª ed., p. 2).

- (i) *Los habitantes de Marte – Cómo los describe un eminente astrónomo yanqui – La creencia de que los marcianos son gigantes es errónea – Se trata de pequeños seres dotados de poderosos cerebros*

El texto refiere como fuente una conferencia que Garret P. Serviss –el “eminente astrónomo”– habría dado en la *Smithsonian Institution* sobre “las probables condiciones físicas y mentales” de los habitantes de Marte, tema que el diario justifica en el primer párrafo:

- (ii) [...] *pues parece fuera de toda duda que en este vecino de nuestra tierra existen seres humanos semejantes a nosotros, si bien algo distintos debido al ambiente en que viven.*

En el resto del texto, bastante extenso, aparentemente cede la palabra a Serviss; no hay comillas ni cambio tipográfico pero sí algunas intervenciones a través de las cuales el diario refuerza la identidad de la fuente. Sucintamente: plantea que los marcianos no son gigantes, como habían afirmado “algunos hombres de ciencia” basados sólo en los efectos de la gravedad –“un razonamiento absurdo”, dice Serviss–, y que en cambio deben ser seres de no más de 68 centímetros, pero con un intelecto y “poder extraordinarios”, y “quizás, con conocimientos y dominios sobre las fuerzas de la naturaleza” superiores a las humanas, en razón de que se trataría de un planeta mucho más antiguo que el nuestro. En ese marco, se pueden observar formulaciones posibles sólo a partir de una representación en la que se condensan el concepto de “evolución” –como proceso biológico– y el de “progreso” –como direccionalidad obligada de la evolución–:

- (iii) *Si debemos creer en la estabilidad de las leyes físicas que rigen nuestro planeta y si la evolución no es un fuego fatuo, la vida terrestre se halla aún en su primera infancia comparada con la madurez de la existencia orgánica en un planeta infinitamente más antiguo que el nuestro.*

Y la misma dinámica se aplica para el desarrollo científico, que es visto también como unidireccional, lanzado hacia una complejidad cada vez mayor, en una espiral de mejora infinita:

- (iv) *Pero considéreselas [a las suposiciones sobre el mayor poderío de los marcianos] en relación con algunos de los más recientes adelantos que la ciencia humana ha realizado en el dominio y manejo de la electricidad, en la familiarización con las fuerzas internas de los átomos y en el perfeccionamiento de enviar pensamientos alados a través del espacio sin necesidad del alambre telegráfico⁴²⁰. Recuérdese también cómo estos descubrimientos maravillosos, una vez iniciados, han tomado incremento, cual alud del genio humano, [de modo que] con el tiempo todo nuestro saber actual se asemejará a juegos de un niño, cuyo espíritu comienza a despertar.*

Esa representación de la ciencia como avance infinito y, por tanto, como promesa de un conocimiento y poderío ilimitado ya la observamos en el caso de la Atlántida, pero en esa

⁴²⁰ La referencia “familiarización con la fuerza de los átomos” se corresponde con los desarrollos de la teoría atómica. En 1908, Ernest Rutherford (1871-1937) llevó a cabo la experiencia que le permitió elaborar el modelo de átomo cuya imagen gráfica es la más difundida hoy –“como si fuera un logotipo de nuestra época”–; y en 1913, Niels Bohr (1885-1962) resuelve los problemas que presentaba el modelo de Rutherford, siguiendo los trabajos de Max Planck (1858-1947) –la Teoría Cuántica, por la que ganó el premio Nobel en 1918– y de Albert Einstein (1879-1955) (Moledo & Magnani, 2009: 134-141). La referencia a los “pensamientos alados” se corresponde, obviamente, con la telegrafía sin hilos, desarrollada por Guillermo Marconi (1874-1937).

oportunidad, tenía la función de afirmar la creencia misma en una civilización perdida cuya existencia se podría probar en el futuro; en relación con Marte, en cambio, en este texto, aparece como justificación de la superioridad de la civilización marciana respecto de la humana: la existencia misma y la contemporaneidad de tal cultura son presentadas como verdad, sin ningún matiz que la ponga en duda.

Ahora bien, más allá de que resulte al menos poco creíble una conferencia en la Smithsonian Institution sobre esta temática, los dos últimos párrafos del texto sugieren que el tema y la circunstancia son falsos y que el texto está lejos de ser pretendidamente científico y más cerca en cambio de constituir una parábola relativa a un tema sociopolítico. La cita es extensa, pero nos permite observar el procedimiento:

- (v) [...] *Con toda seguridad [los marcianos] habrán sabido dominar las fuentes de energía pura que emanan de Fobos y sus rápidas revoluciones, enganchándola a los innumerables establecimientos industriales de su planeta, pues es inconcebible que no hayan podido advertir el inagotable depósito de fuerza que gira encima de sus cabezas. // De la misma manera, podríamos ver las partidas y los regresos de los grandes barcos aéreos, independizados de las trabas de la ley de gravitación e impulsados por una electricidad derivada de fuentes más puras que las conocidas hasta ahora. Puede que entonces los marcianos nos digan: “Cuando estéis listos para regresar a vuestra tierra, os enviaremos en uno de nuestros convoyes transterrestres y os haremos acompañar por una delegación de hombres de ciencia, porque hemos observado desde hace mucho tiempo vuestro brillante mundo [...] y pensado en el grado de perfección intelectual que puedan haber alcanzado sus moradores”. Nos sonrojaríamos primero, y luego nos tornaríamos pálidos, avergonzados de la inferioridad que aquellos hallarían en nuestra tierra y temblorosos de que quizás resolvieran repoblarla con una raza más adelantada.*

La extensa cita permite observar un procedimiento argumentativo propio de la polémica: la *inversión del punto de vista*, que se caracteriza, precisamente por operar un cambio de perspectiva en la apreciación de un problema (Reale & Vitale, 1995: 71). En este caso, desde la “mirada marciana” coloca a los humanos en un plano de inferioridad sobre todo porque, teniendo todos los recursos, no son capaces de aprovecharlos; si se analiza el texto en relación con la representación del país como una nación que debía desarrollarse en el marco de una serie de problemas diversos de orden externo, resulta evidente la analogía: los argentinos deben avergonzarse del hecho de que, pese a disponer de una superabundancia de recursos naturales, no logran avanzar en el desarrollo. Los humanos de la parábola podrían ser, pues, los argentinos, frente a unos “marcianos” europeos y norteamericanos.

La presunción de que se trata de una parábola relativa a una cuestión sociopolítica construida dentro de los márgenes formales de una práctica discursiva propia de la divulgación de ciencia pero con un contenido falso se sustenta también en otro dato: la supuesta conferencia parece una refundición de descripciones y caracterizaciones presentes en un texto de ciencia ficción, *La conquista de Marte por Edison*, cuyo autor es precisamente Garret Service⁴²¹, el supuesto conferenciante.

⁴²¹ *Edison's Conquest of Mars* es una novela editada en 1898, y que tuvo importante éxito. El texto en inglés de esta novela está disponible en www.gutenberg.org/files/19141/19141-h/19141-h.htm (Consultada el 23/5/2013). Sobre Garret Serviss, ver Nota al pie N° 146.

Pocos meses después de la nota recién vista, en una sección eventual, “Notas científicas”⁴²², un texto informa acerca de “teorías nuevas sobre los canales en el planeta Marte”. La fuente explícita es un artículo de un “erudito astrónomo norteamericano, doctor W. H. Pickering”⁴²³, publicado en la revista «The Astronomical World». Este astrónomo, según la nota, postulaba que los canales eran naturales y que, efectivamente, en determinados momentos del año marciano llevaban agua. También calculaba Pickering la velocidad de los vientos en el planeta rojo –“que no bajan de 230 kilómetros por hora”– y la presión atmosférica que haría que “la temperatura del agua hirviente” fuera “alrededor de 212 grados centígrados”. Aun así, según la nota, consideraba que “los numerosos canales más estrechos o secundarios que únicamente son visibles al progresar la estación del verano” podían ser “muy bien artificiales”, aunque no descartaba que pudieran ser “señales del paso de tormentas locales y más o menos accidentales”. De este modo, y en una nota de carácter divulgativo, la información relativiza notoriamente la posibilidad de existencia de alguna civilización similar a la humana en Marte.

Pero aun así parecía difícil, para un diario masivo, sostener esa relativización en un contexto en el que las voces de astrónomos reconocidos –el mismo Lowell– y, como veremos, de inventores famosos, como Edison y Marconi, sostenían la hipótesis de la existencia de una civilización marciana similar a la humana y más desarrollada, incluso cuando los argumentos fueran evidentemente falaces.

El año 1920 fue el de mayor interés relativo en el tema. En marzo, una nota se preguntaba desde el título si sería “posible la comunicación con Marte”⁴²⁴ y recogía como respuesta distintas afirmaciones y propuestas para hacerlo, efectuadas por Marconi y por Flammarion –entre los conocidos entonces y ahora–, así como por otros hoy no conocidos –y probablemente tampoco en ese momento–, como el “profesor Coutre, de Génova”, o el “sabio norteamericano Mr. Grenshaw”: un despliegue de dispositivos bastante absurdos, pues desconocían cálculos elementales –desde gigantescas manchas regulares supuestamente visibles desde Marte, reflectores eléctricos o, incluso, “señales de humo”–; pero las propuestas aparecían justificadas en la tecnología superior de los marcianos que superaría los obstáculos de la pobre realidad técnica terrestre.

(vi) *Según la ciencia, la tierra es el planeta más joven, y es, por lo tanto, de suponer que sea el mundo menos civilizado, por cuya causa una vez establecida la comunicación, los habitantes del otro planeta faciliten la empresa.*

Este fragmento, además, expresa no sólo el rasgo biologicista, como modelo explicativo propio del positivismo, sino también el de la linealidad de la evolución en el sentido del progreso indefinido del que la ciencia sería un instrumento.

De manera análoga, pero en sentido inverso, según la nota, Flammarion opinaba que los marcianos ya habían intentado comunicarse con la tierra:

⁴²² “Teorías nuevas sobre los canales en el planeta Marte”, 30/3/18, 4ª ed., p. 7.

⁴²³ William Henry Pickering (1858-1938), astrónomo norteamericano, nacido en Boston, fue profesor en Harvard y miembro de la Royal Astronomical Society. Se lo consideraba integrante de la “escuela” de Lowell, Schiaparelli, y Flammarion. En 1907 publicó un paper en el que predecía la existencia de un planeta trans-neptuniano, basado en la perturbación de la órbita de Urano, de manera que se adelantó a Lowell, el más reconocido predictor de la existencia de Plutón.

(Fuente: necrológica de Pickering, firmada por E. P. Martz, publicada en «Popular Astronomy», V. XLVI, N° 6, junio-julio 1938, pp. 299-309; disponible en <http://adsabs.harvard.edu/full/1938PA.....46..299M>, página consultada el 23/5/2013).

⁴²⁴ 2/3/1920, 4ª ed., p. 4.

- (vii) *pero sus señales, fundadas en conocimientos que aun no alcanza nuestra ciencia, no fueron comprendidas.*

En abril del mismo año, otra nota⁴²⁵ bastante extensa aborda también el problema de la comunicación con Marte: el modo y el código. La fuente es un artículo publicado en una “revista científica norteamericana por los señores H. W. y C. Wells Nieman”. No lo explicita: se trata de la revista «Scientific American»⁴²⁶, y es un ejemplo del interés que, en efecto, despertaba el tópico en ese momento⁴²⁷. Según la nota, la propuesta de los Nieman desechaba “la comunicación inalámbrica”, que podía “no ser la indicada para resolver el problema”, y se centraba en el uso de la luz, a través de un heliógrafo, y del código Morse para, desarrollar paulatinamente un sistema de signos cada vez más complejo. El sistema, claro está, suponía “astrónomos marcianos”, capaces de descifrarlo. La nota está acompañada de una serie de grabados y dibujos que reproducen los publicados en «Scientific American»⁴²⁸.

Dos notas más, en el mismo mes, atribuyen a Edison y –por referencia– a Marconi, y a un “experimentador de la telegrafía sin hilos”, el “doctor Frederick Millener”⁴²⁹, un fuerte optimismo acerca de la posibilidad de comunicación con Marte. Resulta claro que, por deferencia epistémica, resultaba difícil sustraerse a la contundencia de las afirmaciones.

- (viii) *Es posible, en efecto –dijo el sabio [Edison]– que Marconi tenga razón, y que un despacho lanzado desde cualquier punto atraviere la extensión infinita del espacio. Nuestros aparatos de telegrafía sin hilos lanzan sus señales de un confín al otro del mundo, pero esas ondas circulan no solamente en derredor de la tierra sino que también pueden elevarse y atravesar el espacio en millones y millones de leguas. // Los aparatos de que disponemos son bastante potentes para poder con ellos enviar despachos hasta el planeta Marte. Lo interesante sería saber si los habitantes de Marte poseen aparatos capaces de comprendernos. Se ha sostenido que esos seres eran superiores a nosotros y, si eso fuera cierto, sus aparatos deben ser perfectos.*

Como se puede observar, se le atribuye a Edison un conjunto de afirmaciones cuyos presupuestos se dan como verdad: se disponía de aparatos para llegar con mensajes hasta Marte, y se presenta dudoso el grado de civilización de los marcianos, pero no su existencia. Por otra parte, cabe remarcar que el optimismo respecto de la posibilidad de comunicación interplanetaria evidencia a la vez el mismo optimismo y un enorme entusiasmo por el desarrollo tecnológico implicado, en este caso, en la telegrafía sin hilos.

El mismo optimismo se observa en la nota sobre el experimento que se aprestaba a llevar a cabo Millener⁴³⁰ aprovechando la “mayor proximidad” entre nuestro planeta y Marte, y utilizando

⁴²⁵ 20/4/1920, 4ª ed., p. 6.

⁴²⁶ «Scientific American», 20/3/20, p. 312. El artículo se titula “What shall we say to Mars? A system for opening communication despite the absence of any common basis of language”.

⁴²⁷ Ver Basalla (2006), en particular, capítulos 1 a 6.

⁴²⁸ El texto del diario no indica la fuente de las imágenes; en Basalla, 2006: 139-141, aparecen reproducidos los mismos grabados y allí se da cuenta de esa fuente.

⁴²⁹ “Edison cree posible las comunicaciones con Marte” (5/4/20, 4ª ed., p. 4) y “El secreto de Marte” (22/4/20, 4ª ed., p. 5), respectivamente.

⁴³⁰ Frederick Millener fue, según una noticia publicada en el «Glenwood (Iowa) Opinion», del 6 de mayo de 1920 (p. 1-10), un “conocido científico” que afirmaba que “era posible la comunicación con Marte”. En esa fecha, ese diario informaba que había realizado un trabajo de campo sobre comunicación inalámbrica (disponible en <http://earlyradiohistory.us/1920glen.htm>, consultado el 8/8/2013).

“aparatos perfeccionados, transmisores de ondas de gran potencia”:

- (ix) *Es decir, estamos a punto de aclarar el asunto y en vías de arrancar a Marte su secreto.*

El “asunto” a aclarar era la percepción por los receptores de telegrafía sin hilos de “misteriosas vibraciones” que, se suponía, procedían de Marte. Tales vibraciones habían llamado asimismo la atención de Marconi quien también, según el texto, se disponía a efectuar “serios experimentos” para indagar en el fenómeno.

En el mes de julio del mismo año, una extensa nota se ocupa de los “Enigmas de Marte”⁴³¹. Se trata de un texto que claramente puede ser encuadrado en el género de divulgación, en el que se presenta un conjunto bastante importante de datos tales como la distancia a la tierra y al sol, la duración del año y el día marciano, la densidad de la atmósfera, las temperaturas, y una descripción de lo que por entonces podía ser visto con los instrumentos disponibles: una geografía de mares y tierra firme, con ensenadas, islas y penínsulas; de canales de riego y de selvas. En suma, pese a señalar que la atmósfera marciana equivaldría a la terrestre a una altura de 7 mil metros, o que la diferencia térmica entre el día y la noche era muy amplia, concluye que el planeta reuniría las condiciones para la *vida orgánica*. Y si bien al mediar la nota afirma que no es segura la existencia de una civilización marciana, en el penúltimo párrafo una afirmación la da por sentada:

- (x) *Nadie, por supuesto, está en condiciones de decir algo sobre el aspecto de aquellos seres misteriosos y sobre la vida que llevan.*

Y reitera los rasgos ya señalados de una representación que asimila la realidad a una versión sesgada de la evolución: no sólo toda la realidad se rige por ese principio sino que además es un proceso lineal y progresivo.

- (xi) *El planeta Marte evidentemente ha llegado a una edad que sólo alcanzará la tierra dentro de algunos millones de años. [...] La superficie de Marte es, por decirlo así, una visión del lejano porvenir de nuestro planeta, razón suficiente para que el estudio de sus enigmas constituya uno de los capítulos más importantes de la astrofísica.*

El cierre de la nota evidencia, otra vez, un deslizamiento irónico –ahora más evidente que en la nota de 1918, que tenía el carácter de una parábola– hacia el campo de la política:

- (xii) *No sabemos si aquellos hombres [marcianos], efectivamente, han tratado de enviarnos un mensaje. Pero si lo han hecho y si con sus poderosos medios pueden ver como a diez metros de distancia lo que pasa en la tierra; si, sobre todo, se han dado cuenta del precio de la vida de los alquileres, seguros estamos de que no se ha tratado de ningún mensaje de felicitación.*

Este deslizamiento, sin embargo, no parece anular la validez de los datos que ofrece el texto sino, por el contrario, parece reafirmarlos a la vez que coloca no a la humanidad, sino a los argentinos, en el foco de una mirada pesimista.

⁴³¹ 29/7/20, 4ª ed., p. 5.

Con menos importancia asignada, y esporádicamente, el tópico se mantuvo: un breve de 1922⁴³² da cuenta de que Marconi seguía “empeñado en comunicarse con Marte” desde su yate Electra. Y añade que unos meses antes, en diciembre de 1921, había recibido una “onda de 150 mil metros que el inventor atribuyó a Marte”. Ninguna explicación acompaña esa información. En 1924, un suelto se refiere a una propuesta de un “sabio astrónomo norteamericano” para desconectar por cinco minutos cada hora, durante 50 horas, las “estaciones transmisoras de radiotelefonía” para poder oír las supuestas ondas que llegaban desde Marte⁴³³. No da el nombre del astrónomo ni se indica la fuente, pero el texto, una vez más supone verdad la existencia de civilización marciana, más allá de cierto humor. En 1926 todavía aparecía el tema: en febrero, en días sucesivos, un breve⁴³⁴ daba cuenta de que el doctor “A. E. Douglas, director del observatorio Stewart de la Universidad de Arizona” había obtenido fotografías con “placas sensibles a los rayos infrarrojos” que indicaban la “existencia de grandes áreas oscuras que sólo pueden ser explicadas por la presencia de vegetaciones y de nubes”, de manera que las “condiciones de vida en el planeta vecino” eran “análogas a las de la Tierra”. Y luego, un comentario⁴³⁵ reitera esa información e ironiza: dado que nuestro planeta se había convertido en un lugar “poco grato para la vida”, Marte parecía un buen destino, salvo por el problema que representaba la imposibilidad de viajar hasta allí.

El recorrido por estos tópicos que englobamos bajo el rótulo “no-ciencia” ofrece un panorama diverso aunque en términos generales parece respaldar lo que afirmamos: se trata de un conjunto de representaciones que funcionan *yuxtapuestas* con la de ciencia. No se trataba del fin o de una crisis fuerte de los rasgos nucleares de la representación positivista de la ciencia ni del conocimiento científico sino de la presencia paralela de explicaciones de distintos orígenes para problemas que la ciencia o bien efectivamente no había resuelto aún o bien no estaba ni estaría nunca en condiciones de dar cuenta de ellos porque estaban formulados desde lógicas provenientes de marcos conceptuales religiosos, mágicos, etc. Con límites a veces poco precisos desde el punto de vista cognitivo y/o teórico, a veces vinculados con distinciones sociales, los distintos sistemas explicativos parecían convivir en una representación amplia de conocimiento.

Cada uno de los tópicos ejemplifica de manera más clara alguno de los aspectos señalados. Así, la adivinación no aparece cuestionada en su *naturaleza*, y era evaluada –como podía ocurrir en ámbitos profesionales como el de la medicina– según la honestidad y seriedad de quien la ejercitara. Distinguía, entonces, entre las “verdaderas” y las “falsas” adivinas a partir del ámbito social en que circularan. La postulación de la existencia, en su presente, de un mundo de espíritus y de una civilización marciana, y en el pasado, de una humanidad “atlante” se sostiene en analogías con los modos de razonamiento propios del campo científico, pero sin considerar con seriedad otros elementos que hacen a la validez en cada caso. Pero se observa que reaparecen en estos casos algunos rasgos propios de la representación de ciencia positivista: los derivados del paradigma biologicista que operaba en los modos de razonamiento de todas las ramas del saber, ligado a la concepción lineal de la evolución y la amalgama entre esa concepción y el progreso infinito; en todos los casos, las dificultades para “verificar” las

⁴³² 15/6/22, 4ª ed., p.2.

⁴³³ “Silencio, que habla Marte”, LR, 21/8/24, 4ª ed., p. 4. El título refiere una analogía establecida en el texto con el habitual planteo de que los niños deben callarse cuando hablan los adultos; se insiste así, indirectamente, en la representación de Marte como un planeta más antiguo que la tierra y con una civilización más avanzada que la nuestra.

⁴³⁴ “Estudiando el planeta Marte – El doctor Douglas cree que las condiciones atmosféricas son parecidas a las de la Tierra”, 17/2/26, 4ª ed., p. 3).

⁴³⁵ 18/2/26, 4ª ed., p. 2.

afirmaciones provienen, en esa representación, de lo que se plantea como imposibilidad técnica, esto es, esencialmente, el desarrollo insuficiente de instrumentos adecuados.

Los procedimientos discursivos a través de los cuales se establecen esas analogías explícitas o implícitas son varios, algunos ya conocidos, y operan en diferentes niveles del discurso: el uso de léxico propio de campo de la ciencia, la referencia vaga o muy general a obras, autores o instituciones como forma de prestar autoridad, la analogía con los modos del razonamiento científico pero a partir de premisas falsas o planteadas desde creencias ajenas al modo del pensamiento de la ciencia, la reproducción de géneros propios de la difusión del conocimiento científico –como la “conferencia”– son los más habituales. Sólo en el caso de la comunicación con una supuesta civilización marciana hay referencias más o menos precisas a revistas o inventores que de un modo u otra podían avalar una hipótesis tal. Cabe señalar que el eje que tomamos en cuenta no es tanto el planteo de una hipótesis acerca de la *existencia* de una civilización en Marte –de hecho, en la actualidad hay programas para explorar la posible existencia de vida en el Universo, aunque no se busquen “civilizaciones”– sino que tal *existencia* apareciera precisamente no como hipotética sino como una realidad, y que los supuestos marcianos aparecieran hasta caracterizados.

En algunos casos, es el trabajo periodístico mismo el que se presenta como “prueba” de verdad. Se trata de aquellos en que se conjuga una evidente dificultad para conseguir una fuente con el hecho de que se alentaba la práctica como posible para algunos sectores sociales: es lo que ocurre con Miarka, la adivina que atendía en un céntrico “saloncito” y con la experiencia con espíritus en Valparaíso. Allí es el propio “cronista” el que respalda con su propia experiencia y observación la veracidad de lo que se afirma. Así, se ampliaba el arco de las realidades acerca de las que el diario podía dar cuenta con autoridad epistémica propia.

Por otra parte, parece haber –en relación con las pretendidas civilizaciones atlante y marciana–, finalidades ideológicas y políticas solapadas con mayor o menor éxito: una, que puede comprenderse desde la hipótesis de Vidal-Naquet acerca de la intención de los nacionalismos europeos de radicar los orígenes de sus “razas” en la civilización atlante para dejar afuera cualquier nexo con orígenes judíos; la otra, la de criticar aspectos políticos y sociales de su presente nacional e internacional desde una mirada “marciana”. En cualquier caso, el fenómeno ejemplifica posibles usos de recursos propios del discurso científico y de su divulgación para aludir a otras realidades con el peso de la autoridad de ese campo.

Sólo aquello relativo a la teosofía parece escapar en buena medida a esta descripción: el diario no se hace cargo de ese discurso y sólo cede espacio para notas que, en algunos casos resultan a todas luces y para cualquier lector, disparatadas. No es nuestro objetivo indagar en las razones que pudieran explicar o justificar esas prácticas, objetivo que implicaría otras herramientas metodológicas, pero es posible plantear, al menos, distintas hipótesis: relaciones personales de alguna autoridad del diario con quien firma notas; que se tratara de espacios pagados por los interesados, o bien, que se tratara de bromas y burlas comprensibles sólo por miembros del “staff” de «La Razón» o de otro diarios, entre diversas posibilidades.

Con una actitud muy diferente, el diario se referirá –y hasta lo enfrentará– al problema del curanderismo que veremos en el próximo capítulo, en relación con la medicina.

CAPÍTULO 5

EL CUERPO INDIVIDUAL Y LA SOCIEDAD COMO CUERPO: MEDICINA Y SALUD PÚBLICA

Las preocupaciones por las cuestiones referidas a medicina evidenciadas en las prácticas, en general, y aquellas específicamente divulgativas, en particular, de «La Razón», no pueden leerse sino en relación con la problemática de las políticas de salud pública. En efecto, las preocupaciones *biopolíticas*, es decir, las relativas al ejercicio del *bio-poder*, eran centrales en el discurso estratégico del diario.

En *Historia de la sexualidad*, Foucault (1976: 163-176) describe concisamente el pasaje de un modo de ejercicio del poder “de vida y muerte” por parte del soberano, que consistía en “hacer morir o dejar vivir” –sin intervenir en el desarrollo de esa vida–, a otro que consistía en “administrar la vida, aumentarla, multiplicarla”, en “ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales”. Y sitúa en el siglo XVII el momento en que comienzan a desplegarse dos formas principales de esa administración, “no antitéticas” sino “como dos polos de un mismo desarrollo enlazados por un haz intermedio de relaciones”. Una de ellas es la que focaliza el cuerpo, “como máquina, su evolución, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos”. La otra, que se inicia a partir del siglo XVIII, focaliza el “cuerpo-especie, soporte de los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar”, esto es, una *biopolítica de las poblaciones* (p. 168). Ese ejercicio doble del *bio-poder* se materializaría a través de un conjunto de lo que Foucault denomina “técnicas políticas”, esto es, modos y dispositivos de intervención, implementadas desde distintas instituciones –como el ejército, la escuela y la medicina–. Foucault define *biopolítica*, pues, como, “lo que hace entrar la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte el poder-saber en un agente de transformación de la vida humana” (p. 173). El fenómeno, que tuvo lugar inicialmente en algunos países occidentales, estuvo ligado al desarrollo del capitalismo (p. 171) y constituyó –según señala en *Nacimiento de la biopolítica*⁴³⁶ (2007: 359)– un particular tipo de “desafío” para el liberalismo, entendido como sistema de racionalidad política.

Hacia fines del siglo XIX, el conjunto de enunciados que se englobaron bajo la denominación *higienismo* fue, como cuerpo doctrinal, tal vez la expresión más acabada de la biopolítica, que fortaleció la tendencia a la profesionalización de la medicina, a la medicalización –el proceso de sometimiento de un conjunto amplio de prácticas sociales de distinto tipo a la fiscalización por parte de la profesión médica, incluso a través del ordenamiento jurídico– y al disciplinamiento a través de un arsenal de “recursos normalizadores constitutivos de la modernidad” (Armus, 2002: 13). La profesión médica fortaleció y estrechó así con los gobiernos, los vínculos que –como dijimos en la Introducción de la Parte II– comenzaron a establecerse más explícitamente durante el gobierno de Rivadavia. Ese fortalecimiento del vínculo le permitió a la medicina construir una forma de autoridad fuerte en relación con la sociedad, a través del higienismo, en un proceso no

⁴³⁶ Se trata del curso dictado en el Collège de France en el año académico 1978-1979, en el que, como Foucault mismo explica, se dedicó finalmente “a lo que sólo debía ser su introducción”: el marco del liberalismo, en el que se desplegó –no sin contradicciones– la *biopolítica* (p. 359).

exento de tensiones, con logros y fracasos por parte de los médicos (Álvarez, 2008: 52 y 83). Si bien esos procesos fueron generales en Occidente, en nuestro país –como en otros latinoamericanos– adquirieron algunos matices propios importantes.

Según señala Armus (2002:15-16), los proyectos de higienización estuvieron enmarcados localmente en los procesos de consolidación de la nacionalidad, y motivaron investigaciones que ponen en evidencia dos áreas de temas. Una, la relativa a las “patologías asociadas a la degeneración, la inmigración masiva, los así llamados males del trópico y las razas inferiores, los discursos y políticas que apuntaban a modelar saludables *razas nacionales*, los matices de la eugenesia neolamarkiana latinoamericana, bien atentos a la prevención y el mejoramiento social y bien diferenciados de la eugenesia anglosajona promotora de esterilizaciones forzadas y masivos exterminios”⁴³⁷. Todos estos tópicos, focos de distintas investigaciones, aparecen integrados en los contenidos de las prácticas discursivas de «La Razón» y también evidencian los rasgos de las representaciones de la medicina y la salud pública que orientaron tales prácticas y que justificaron la realización de algunas de ellas en especial. Ahora bien, conviene recordar que la consolidación de la nacionalidad era, para el diario, consustancial con el desarrollo de la patria cuyo eje vertebrador era la industria; y el principal *capital* era el *humano*. Es en este punto en el que se articula la otra área temática a la que se refiere Armus, “la generalización del código higiénico –lo que se suponía había que hacer para no enfermarse y estar sano– y su exitosa implantación tanto en la esfera pública como en la privada”. La cultura de la higiene se sostuvo pues en un discurso que articulaba “un conjunto de valores que al igual que la educación terminaron siendo celebrados por las élites y la gente común independientemente de los postulados ideológicos doctrinarios abrazados por quienes pretendían hablar en su nombre”. La higiene “devino una práctica civilizatoria consensuada”. Sin embargo, el consenso no parece haber sido completo.

En efecto, «La Razón» sostuvo esa cultura de la higiene, la naturalizó, y colaboró decididamente con su difusión. Pero es ese mismo acto de difusión el que permite a su vez observar algunos de los límites del consenso, pues varias de sus prácticas discursivas dan cuenta, ya en su contenido temático ya en el hecho mismo de su propia realización, de diversos problemas –algunos internos de la misma profesión médica– y de las resistencias, algunas localizadas claramente en los sectores obreros y pobres, en general, como el curanderismo⁴³⁸, y otras que atravesaban también a importantes franjas de aquellos que el diario postulaba como clase media. De allí, pues, que el periódico monitoreara cotidianamente el estado de la salud pública, las políticas implementadas en distintos niveles del Estado –o cuestionara la ausencia de medidas–, y también estuviera atento a los problemas de la atención médica o derivados de ella, y los modos de ejercicio de la profesión, que afectaran a los individuos. Cabe aclarar que las élites también evidenciaron ciertas resistencias, pero de otro orden pues no siempre atendieron las recomendaciones de los higienistas, especialmente en los casos en que podían resultar afectadas las condiciones de producción económica. Y en ese sentido, el discurso del diario se mantuvo, aunque sin tematizar las resistencias de las élites: no encontramos ningún texto importante en el que denunciara explícitamente tal falta de atención a algunas de las recomendaciones de los higienistas⁴³⁹. Los

⁴³⁷ La compilación de Armus (2005) presenta una serie de artículos referidos a diversos aspectos de esos procesos observados en Brasil, Chile y México.

⁴³⁸ Ya hemos anticipado algunos rasgos del discurso del diario respecto del curanderismo cuando caracterizamos al género “suelto”, en la Parte I, Capítulo 2, § 2.4.2.2. Las prácticas directivas, ejemplo (xviii); y en la Introducción de esta segunda parte.

⁴³⁹ Sólo una nota breve atribuía responsabilidades compartidas entre el gobierno y los industriales de la carne y/o del cuero. Se titula “Higiene industrial del carbuncho – Consejos que deben darse al personal obrero para prevenir accidentes” (26/2/21, 4ª ed., portada), y está claramente dirigida a los dos actores sociopolíticos recién nombrados; al gobierno reclamaba que se educase a los obreros en relación con el tema de la higiene industrial, y a los

reclamos estaban, pues, destinados fundamentalmente al Estado y, en menor medida y de manera general, a la sociedad civil; empero, por el tipo de reclamo, se puede inferir que los interpelados eran, necesariamente, los sectores que el diario consideraba medios. Aquellas medidas, conductas o actitudes que excedían la capacidad de los ciudadanos, tomados individualmente, eran reclamadas a los organismos estatales que correspondieran.

Las prácticas discursivas del diario tienen entonces, en general, una triple finalidad: por una parte, como se dijo, apuntaban a fomentar la higiene como un modo de mantener en buenas condiciones el *capital humano*, como fundamento de la nación y de su desarrollo; por otra –y menos explícitamente, pero no por eso difícil de reconocer– contribuían desde este ángulo a distinguir sectores sociales y a modelar la clase media que postulaba: ofrecían parámetros de diferenciación vinculados con las diversas actitudes que se debían tener frente a la medicina y a otras formas de “curar”, es decir, mostraban las conductas que constituirían la contraseña de pertenencia a tal clase media como, por ejemplo, el rechazo al curanderismo; en menor medida, dentro de este tipo de finalidad, es posible distinguir un matiz más específico: el de hacer *divulgación* con el fin pedagógico de *enseñar* conceptos relativos a la microbiología y la medicina, pues el *saber* era también una forma de diferenciación. Cabe señalar, al respecto, que el diario no acudirá, en cuanto al campo de la medicina, a ninguno de los procedimientos que vimos en los capítulos precedentes para producir lo que llamamos *efectos de saber*. Acude siempre a fuentes, aun cuando no las identifique con precisión, para todos los enunciados de saber. La tercera finalidad era monitorear el desempeño de los profesionales médicos considerados individualmente. La sospecha respecto del desempeño profesional parece nacer, en el discurso del diario, fundamentalmente de la doble relación entre enfermo y médico –como paciente y como cliente– que rige el ejercicio privado de la medicina (Freidson, 1978: 99-118), pero también, de la actitud de buena parte de los profesionales frente a ciertas enfermedades, en particular, a la tuberculosis.

Cabe destacar, pues, que para el diario la distinción entre salud pública y salud individual no parece haber tenido mucha relevancia, ya que consideraba que de alguna manera los problemas individuales terminarían por recaer sobre el conjunto.

El conjunto de los *córpore* que conformamos para el análisis de este campo es posible observar, de manera general, que las prácticas discursivas giran alrededor de cinco grandes ejes que remiten a rasgos nucleares de las representaciones involucradas:

- a. El control, prevención y combate de las enfermedades epidémicas y endémicas. Incluimos en este eje el reclamo por medidas a los organismos oficiales, al propio campo profesional médico o bien, por las políticas desarrolladas en esa dirección.
- b. Las costumbres consideradas negativas para la salud, y los modos de actuar o hacer, individuales o de grupos, con consecuencias para el conjunto de la nación. También incluimos las sugerencias dirigidas no tanto a los organismos oficiales sino más bien al lector del diario.
- c. Los avances del conocimiento, de las técnicas y la tecnología médica.
- d. Las modalidades adecuadas de atención médica y farmacéutica, y
- e. las *mejoras* de la *calidad* física de los individuos, vinculadas con las preocupaciones eugenésicas.

En relación con esos ejes, el diario determinaba problemas, atribuía causas, identificaba

empresarios, que proveyeran a sus trabajadores todos los insumos e instalaciones necesarias para prevenir. Con todo, el enunciado aparece muy modalizado, es decir los reclamos están realizados con mucho cuidado.

afectados, señalaba responsables, defendía o presentaba propuestas, o bien daba espacio enunciativo para que otras voces lo hicieran. Y no sólo *formaba opinión* sino que a la vez, cuando correspondía, enunciaba y jerarquizaba los modos deseables con que los ciudadanos debían conducirse.

Cabe señalar que estos ejes se solapan o se articulan en cada nota, aun cuando sea posible reconocer alguno de ellos como central en la mayor parte de los casos. Los iremos observando como una subtrama, según la importancia que adquieran en los ejemplares del corpus, y organizaremos la exposición, entonces, en los órdenes que consideramos los más relevantes: las enfermedades infecto-contagiosas, las cuestiones ligadas a la eugenesia, las relativas al control federal de la salud y la organización de los servicios de salud, y el curanderismo.

5.1. Enfermedades infectocontagiosas, endémicas o epidémicas

El tifus y la tifoidea –sobre todo en el oeste del país–, la viruela –más en el norte y el centro–, la peste bubónica –sobre todo en Tucumán–, la anquilostomiasis –especialmente en Corrientes–, el paludismo –también en el norte–, las omnipresentes tuberculosis, sífilis y gripe –más atemorizante desde la epidemia mundial de “gripe española” de 1918–, eran las más importantes amenazas que el diario identificaba. Con manifestaciones epidémicas locales, o endémicas en ciertas zonas, estas enfermedades infectocontagiosas se diseminaban por todo el país, según el diario, ante la ausencia de políticas capaces de prevenirlas. De todos modos, no todas estas dolencias merecieron la misma atención: la tuberculosis y la sífilis eran tematizadas de modo recurrente; esporádicamente, la gripe, el paludismo, el tifus y la fiebre tifoidea, y en un plano bastante más lejano, la anquilostomiasis. Otra importante enfermedad, la lepra, fue en cambio invisibilizada por el diario, en consonancia con lo que, parece, era una actitud más o menos general de gobiernos, importantes sectores de la profesión médica y de la prensa. El doctor Emilio Coni, uno de los médicos higienistas más activos (Cf. Álvarez, 2008: 52-84; Recalde, 1997: 203-237) había manifestado fuertes preocupaciones por la presencia de esta enfermedad en América Latina, en general, y en Argentina, en particular. El foco principal en el caso de nuestro país fue ubicado en la provincia de Corrientes, pero salvo este y otros pocos médicos, como el dermatólogo Maximiliano Aberastury que trabajaría hasta lograr la ley que lleva su nombre, el resto de los profesionales porteños no le prestó mayor atención, y hubo pocas acciones específicas⁴⁴⁰. Hasta hoy, no resulta claro si fue por abandono gubernamental o por reacciones políticas ligadas al miedo a la enfermedad o una actitud de ocultación sistemática (Álvarez, 2008: 73-74; Vaquero: 2007). En cualquier caso, no encontramos referencias en el diario.

En relación con las otras enfermedades, las prácticas discursivas claramente tienen como finalidad primordial la de reclamar medidas por parte de distintos niveles de los poderes públicos, de la academia, de los médicos individualmente considerados en su desempeño profesional. A su vez, como parte de los realizados al poder político, estos reclamos –como veremos más adelante– se apoyaban en la tensión entre la estructura federal del país y la necesidad de centralizar algunos de los controles.

⁴⁴⁰ El derrotero de la ley referida al tratamiento de la lepra tal vez sea el más claro ejemplo de esta actitud general: La ley fue propuesta por el Dr. Aberastury en 1907 pero fue sancionada por el congreso 20 años más tarde, y por diversas razones se demoró casi otros diez años en aplicarla; así, los primeros centros de atención y aislamiento que creaba la ley fueron abiertos en distintas localidades del país recién entre 1938 y 1948 (Vaquero: 2007). Aberastury (1866-1931) fue nombrado en 1893 Jefe de Clínica Dermatosifiligráfica en la cátedra de Dermatología del profesor Baldomero Sommer, en la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA; en 1919, tras la muerte de Sommer, fue designado titular de la misma cátedra. Fue uno de los fundadores de la Asociación Dermatológica Argentina (Fuente: página de la Asociación Médica Argentina <http://www.ama-med.org.ar/images/uploads/files/11%20MAXIMILIANO%20ABERASTURY.pdf>; consultada 20/12/2014).

Tomaremos para nuestro trabajo principalmente las dos enfermedades que “dominaron la escena de las afecciones urbanas” en la etapa, una en el aspecto más estrictamente social, y la otra en el plano sexual (Pérgola, 2010), pero con repercusiones sociales, y que fueron objeto de las prácticas discursivas divulgativas más significativas del diario: la tuberculosis y la sífilis. Luego, veremos algunos rasgos en relación con la gripe y, más en general, con las infecciones.

5.1.1. La tuberculosis

Como es sabido, la tuberculosis⁴⁴¹ fue la enfermedad infectocontagiosa más importante, por el incremento de su incidencia mundial entre 1870 y 1950 (Pérgola, 2010; Armus, 2005). Fue, en ese período, ampliamente tematizada en diferentes manifestaciones culturales, tanto en nuestro país como en el resto del mundo: la literatura, el teatro, la ópera, el tango, dieron cuenta – contemporánea y posteriormente– de la presencia que tuvo en diferentes aspectos.

Los principales representantes del higienismo comenzaron a proponer tempranamente la creación de instituciones y el desarrollo de determinadas políticas, muchas veces tematizadas en los congresos nacionales e internacionales de la especialidad. Pero ponerlas en funcionamiento no siempre fue una tarea fácil, sobre todo desde el punto de vista político y económico. Como veremos, la acción del diario apuntará a lograr la atención sobre esas propuestas. Conviene repasar brevemente algunos de los hitos principales de la historia de la tuberculosis en nuestro país un poco antes y después del período que estudiamos.

En 1890, cuando Juan B. Señorans era director de la Asistencia Pública, y sobre la base de experiencias anteriores, se crea una nueva Casa de Aislamiento, que incluía pabellones para la internación de pacientes tuberculosos (actualmente, el Hospital Muñiz). En 1899, el médico Samuel Gache propuso la formación de una liga ante el Círculo Médico Argentino, pero recién en 1901, y a instancias de Emilio Coni, se funda la Liga Argentina contra la Tuberculosis, cuyo primer presidente fue –justamente– el doctor Gache. Años después, con algunos subsidios y la ayuda de la Sociedad de Beneficencia, se creó el Sanatorio, en General Rodríguez, provincia de Buenos Aires. Por su parte, Coni logró que se instituyeran ligas similares en otros países latinoamericanos. En 1909 se inauguró el Hospital de Santa María, en Córdoba, a partir de los estudios realizados por Enrique Tornú, publicados como *Climatología de las Sierras de Córdoba* (Cf. Pérgola, 2010).

⁴⁴¹ No es posible relevar exhaustivamente el número de publicaciones dedicadas a la historia de la tuberculosis, de las instituciones vinculadas con ellas, de los médicos e investigadores involucrados, etc., y además no es foco de nuestra atención. Creemos necesario, sí, indicar algunos mínimos datos: En 1865, el médico francés Jean Antoine Villemin (1827-1892) había demostrado experimentalmente que la tuberculosis era de naturaleza infecciosa y contagiosa, y su transmisibilidad. En 1882, el bacteriólogo alemán Robert Koch descubrió el bacilo y esclareció así la causa de la enfermedad. En 1921, Albert Calmette (1863-1933) y Jean-Marie Camille Guérin (1872-1961) producen la vacuna BCG cuya aplicación comienza a irradiarse lentamente, hecho que no fue registrado por el diario. Recién en 1944, Albert Schatz (1922-2005) y Selman Waksman (1888-1973) descubren la estreptomycin, capaz de impedir el desarrollo del bacilo, pero con una eficacia limitada. Waksman se atribuyó el descubrimiento y ganó el Premio Nobel de Medicina en 1952, pero luego se verificó que quien había descubierto el antibiótico era Schatz, que integraba el equipo. En 1952 se desarrolla la isoniacida, el primer antibiótico específico, y en los años 60, la rifampicina redujo los tiempos de curación. Fuentes: página web de Enciclopedia Britannica - <http://www.britannica.com/>; del portal especializado Mirador Salud -<http://miradorsalud.com/site/la-triste-historia-del-descubrimiento-de-la-estreptomycin/>; página web Dr. Albert Schatz - <http://www.albertschatzphd.com/?cat=articles&subcat=streptomycin&itemnum=001>; portal oficial de los premios Nobel -http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/medicine/laureates/1952/waksman-bio.html-, y del portal especializado Historia de la Medicina -<http://www.historiadelamedicina.org>-. Todas las páginas fueron consultadas el 7/7/2014.

«La Razón» cubría habitualmente con “telegramas”, “breves” o notas asignadas a alguno de los corresponsales, congresos y otras actividades científico-académicas, y también –con gacetillas o con recuadros– las realizadas por las instituciones dedicadas a la lucha contra la enfermedad, y estaba atento a cualquier anuncio –por disparatado que pudiera ser– de un medicamento para la tuberculosis.

Entre los recuadros destinados a informar acciones de instituciones, era habitual todos los años la publicación de uno sobre el “Día de la Flor”, una fecha en la que la Liga Argentina contra la Tuberculosis –en nuestra etapa, presidida por el Dr. Gregorio Aráoz Alfaro⁴⁴²– iniciaba una colecta para financiar sus actividades. En la calle, “damas” y “señoritas” entregaban una flor a los transeúntes a cambio de una donación monetaria. La campaña de la Liga solía durar varios días. Por ejemplo, en 1924, el 12 de setiembre, en tapa⁴⁴³, un recuadro de tamaño importante –ocupaba un cuarto de la superficie, tamaño sábana con cuatro fotos–, informaba que la “Comisión auxiliar de damas” de la Liga, que presidía “la señora María Teresa Peró de Bonorino Udaondo”, había iniciado la campaña ese día, y que duraría hasta el 20 del mismo mes. Según el discurso del diario, la campaña era exitosa en cuanto a la generosidad de las donaciones y apoyaba su evaluación en la voz esperanzada de algunas de las damas: parece claro que, antes que una realidad, tanta generosidad era una expresión de deseo, pero presentarla como un dato concreto, podía contribuir a realizarlo.

La ansiedad por que se consiguiera rápidamente un medicamento que curara el mal era notoria en segmentos comentativos casi infaltables en cualquier nota que se refiriera de algún modo a la enfermedad. En una manifestación extrema de esa ansiedad, a fines de julio de 1917⁴⁴⁴, en tapa, publicó un breve cuya fuente era un telegrama que daba cuenta de que se habría hallado una cura. Según plantea, un médico español, residente en Paraguay, había logrado curar a varias personas, y había recibido una invitación de la “Facultad de Medicina de París” más una ayuda de “50.000 francos” para los gastos del viaje, con el fin de que expusiera los pormenores del tratamiento que aplicaba. En los días subsiguientes no hubo ninguna referencia al caso, hasta el 6 de agosto, cuando también en tapa el diario publicó un suelto⁴⁴⁵ en el que aclaraba que se trataba de un fraude –aunque no lo nombraba así– tanto científico como informativo, y a la vez lo incluía dentro de una serie aunque no especificaba cuáles eran los otros casos: “Ha habido tantos por el estilo, dentro y fuera del país...”. La justificación sobre su propia acción discursiva, indica, por una parte, que no había puesto en dudas la fuente periodística; por la otra, que confiaba en el prestigio de las instituciones, en este caso, la “Facultad de Medicina de París”. Pero fue esa misma doble confianza la que motivo, según justifica, que el diario actuara y movilizara recursos:

- (i) *Por eso no vacilamos en indicar a nuestro corresponsal que se trasladara a Concepción, que es donde reside el doctor Lapuente, supuesto descubridor del tratamiento decisivo para la cura del terrible flagelo. Y así lo hizo. // Pero aquí comienza la decepción.*

⁴⁴² En 1901, como se señaló, estuvo presidida por el Dr. Samuel Gache; entre 1901 y 1912, por el Dr. Emilio Coni, y luego, hasta 1914, por el Dr. Carlos Guerrero, y desde ese año hasta 1939, por Aráoz Alfaro.

⁴⁴³ “Se inició hoy la colecta del día de la flor”, 12/9/24, 4ª ed., portada. Otro de los textos indica una fecha anterior de inicio, lo que indica que se realizarían la campaña en fechas que variaban cada año según las necesidades financieras (“En favor de los tuberculosos – Hoy se celebra el día de la flor”, 8/7/21, 4ª ed., p. 3).

⁴⁴⁴ “Lucha contra la tuberculosis. Se anuncia un gran descubrimiento científico”, 30/7/17, 3ª ed., portada.

⁴⁴⁵ “Cura de la tuberculosis. El caso del médico paraguayo y otros...”, 6/8/17, 3ª ed., portada.

Esa actuación y la decepción sobreviniente indican la importancia asignada al acontecimiento. En realidad, quien había convocado al médico a Francia y pagaba el viaje era un enfermo que vivía en París y que deseaba “apelar en última instancia a los recursos de este galeno”. Y no había testimonio de cura alguna. El diario señala, entonces, que era necesario realizar la aclaración periodística, para evitar las “frecuentes explotaciones que tales inventores suelen hacer del dolor o de la desesperanza humanos”. Esa aclaración es debida no sólo por calidad periodística, en general, sino por todos los pacientes cuya esperanza los había llevado a realizar consultas al diario, según el mismo texto informa.

Aunque se evidenciaban y mantenían estas expectativas de hallar un medicamento que curase la tuberculosis a lo largo del período, según nuestro relevamiento, extrañamente, el diario no publicó ninguna información acerca de la vacuna BCG que, en 1921 había comenzado a ser experimentada en Francia⁴⁴⁶.

Como otra manifestación del interés y de la expectativa en torno a la solución para la tuberculosis, el diario daba cuenta de reales actividades médicas relativas a esa enfermedad. Así, por ejemplo, en ese mismo año, 1917, informa acerca de la “Conferencia Antituberculosa” llevada a cabo en Córdoba, entre el 27 de octubre y el 1° de noviembre, con participación de delegados médicos de distintas partes del país, entre los que destaca a los delegados de la capital federal y de la provincia de Buenos Aires. Se contaban Gregorio Aráoz Alfaro, Genaro Sisto, Horacio González del Solar, Carlos Malbrán, Manuel Quinteros, Elíseo P. Segura, Antonio Gallioti y Fermín Rodríguez. El primero de los breves⁴⁴⁷ aparece en tapa, y presenta también – en tipografía menor–, el programa de la conferencia: lugar y hora de las sesiones, y actos protocolares. Y también da cuenta de las expectativas, en primer lugar, en cuanto a los resultados de la conferencia:

- (ii) *Son numerosas las instituciones públicas y privadas de toda la República que se han adherido a la citada conferencia, lo que, unido al prestigio con que cuentan muchos de los delegados en nuestro mundo científico, pone de manifiesto las proporciones que la misma adquirirá.*

En segundo lugar, evidencia aquellas expectativas que los sectores sociales altos volcaban en el hecho mismo de la conferencia, como evento social y cultural, más allá del tema específico:

- (iii) *Las localidades del teatro Rivera Indarte [donde se realizaría el acto inaugural] han sido repartidas entre las familias de nuestra primera sociedad.*

En los días sucesivos, y hasta la clausura de la conferencia, el diario fue cubriendo en tapa –con excepción de la información sobre el acto de cierre, que aparece en la tercera página⁴⁴⁸– los eventos sociales ligados a la actividad. En algunos casos, dio cuenta aunque parcialmente, de los contenidos de algunas de las propuestas presentadas, y expuso las opiniones de algunos de los ponentes. No explicita el criterio de selección de esos contenidos o voces, y resulta evidente, entonces, que se trata de aquellas intervenciones cuyos contenidos el diario comparte. Así, el 31

⁴⁴⁶ Ver Nota al pie N° 441.

⁴⁴⁷ “Conferencia antituberculosa en Córdoba – Se inaugurará mañana – Partida de delegados”, 27/10/17, 4ª ed., portada.

⁴⁴⁸ “Conferencia antituberculosa – Inauguración de las sesiones ordinarias” (29/10/17, 4ª ed., portada); “Conferencia antituberculosa – Agasajos a los delegados – Excursión al sanatorio Santa María” (30/10/17, 4ª ed., portada); “Congreso antituberculoso de Córdoba – Lectura de trabajos profilácticos – Excursión al sanatorio Santa María” (31/10/17, 4ª ed., portada); “Conferencia antituberculosa de Córdoba” (1/11/17, 4ª ed., p. 3).

de octubre de ese año, 1917, además de la nota de tapa, presenta otras dos, en las páginas 3 y 5 respectivamente⁴⁴⁹. En la primera de las tres, el diario cierra con una frase que atribuye en general a los médicos participantes:

- (iv) *Los delegados insisten en que esta conferencia reportará positivas ventajas, siempre que los poderes públicos confíen en manos expertas la dirección de la salubridad pública, pues de lo contrario –dicen– todo será inútil, en vista de que no sería posible luchar contra el flagelo con los simples consejos y con armas precarias como las empleadas hasta hoy.*

Aun cuando el contenido de un enunciado semejante fuera efectivamente compartido por todos los médicos –o por un amplio conjunto–, la falta de comentario propio del diario muestra que se trata de un punto de vista que comparte, y en ese caso, es claro que alienta la dirección médica de los organismos del Estado vinculados con la salud.

En la nota de la página 3, se refiere la lectura de un trabajo presentado por el doctor Guillermo A. Bosco. Y destaca:

- (v) *Concluyó aconsejando calurosamente la creación de una liga nacional antituberculosa, a base de la Liga Argentina existente en la capital federal y otras corporaciones diseminadas en el interior del país, haciéndola de esta manera una lucha nacional. Los encargados de conducirla serían el gobierno nacional y los de las provincias, asesorados por comisiones constituidas por médicos competentes en la cuestión, proponiéndose la creación de dispensarios por todo el país, y orientado en la forma que se le ha impreso al de Correos y Telégrafos.*

El trabajo de Bosco describía, en efecto, la acción del sanatorio antituberculoso de los empleados de Correos y Telégrafos que, según su propia descripción era exitosa para los parámetros de la época⁴⁵⁰. Como se infiere de los ejemplos, Bosco realizaba propuestas concretas a la vez que insiste en que la política sanitaria no estaba en manos de quienes, a su criterio, sabían del tema. Por otra parte, de la propuesta también se deriva que no había acciones conjuntas y homogéneas entre la nación y las provincias para luchar contra la tuberculosis, y que la acción de la Liga existente quedaba bastante reducida al ámbito de la capital federal, tema al que volveremos. Estas posiciones críticas vertidas en la Conferencia y difundida por el diario tenían algunas repercusiones en el campo político: en la tercera de las notas de ese mismo día, el diario registra:

- (vi) *El doctor [José Luis] Cantilo, [interventor, por entonces, de la provincia de Buenos Aires], nos ha manifestado que se propone llevar a la práctica, en la provincia, dentro de los recursos que sean posibles, las resoluciones de carácter general que adopte la asamblea científica reunida en Córdoba para combatir la tuberculosis.*

Así, con su discurso, Cantilo quedaba comprometido con algún tipo de acción pública, en el sentido planteado por los médicos y reproducido por el diario, a la vez que implicaba un

⁴⁴⁹ “Conferencia antituberculosa de Córdoba”, p. 3, y “Las resoluciones del congreso científico de Córdoba”, p. 5.

⁴⁵⁰ En una nota publicada en *El Monitor de la Educación Común*, el *Órgano del Consejo Nacional de Educación* (Año 37, N° 552, p. 123-4), Bosco también refería esta fórmula de participación del Estado, con más las mutuales de trabajadores –que será otro de los temas en los que «La Razón» insistirá–, en este caso, la del Magisterio, cuya creación fue aprobada por el Consejo Nacional de Educación el 21 de octubre de 1918. (La fuente está disponible en línea, en la página de la Biblioteca Nacional de Maestros: <http://www.bnm.me.gov.ar/ebooks/reader/>; consultada el 20/12/14)

reconocimiento de que al menos el gobierno provincial no venía llevando a cabo acciones suficientes o las necesarias y recomendadas. Las limitaciones eran atribuidas al presupuesto provincial.

Pero ese interés del diario por incentivar que los gobiernos hicieran suyas las propuestas de los higienistas, manifiesto en sueltos o en los segmentos comentativos de notas de carácter informativo y en la amplificación del discurso de los médicos, no tuvo respecto de las enfermedades infectocontagiosas en general ni, en particular, de la tuberculosis, ningún correlato en prácticas de tipo divulgativo, por ejemplo, sobre modos de prevención o tratamiento, sino muy esporádicamente. Conviene detenerse, pues, en una de esas pocas notas, en tanto evidencia claramente rasgos de las representaciones sociales involucradas en torno de la problemática de la salud pública, la medicina, y la actividad divulgativa misma que realizaba el diario.

Se trata de un artículo importante desde el punto de vista gráfico que fue publicado en una serie de cuatro entregas, llamativa y explícitamente denominadas como “vulgarización científica”. Ese texto, que ya hemos visto en sus aspectos enunciativos cuando caracterizamos las prácticas de carácter divulgativo⁴⁵¹, pone en evidencia una representación de la compleja trama de problemas que favorecían la permanencia y reproducción de la enfermedad, y también la de al menos dos sectores sociales bien diferenciados –por un lado la clase alta y media, del otro, “los pobres”–; a la vez, presenta rasgos centrales de la representación de divulgación y de sus funciones.

Se titula “El veneno de la tuberculosis” y cada una de las entregas⁴⁵² subsiguientes a la primera presenta un subtítulo: “Dogmas que no son dogmas”, “Diagnóstico precoz” y “Tratamientos específicos”. La firma un médico –según la caracterización que hicimos en la primera parte– con el pseudónimo “B. A. Cterio” (en adelante, BAC). Pese a estar categorizada como “vulgarización científica” por el diario, no se trata –como se podría esperar– de un texto meramente expositivo que acude a recursos pedagógicos para dar a conocer un saber que ya no era discutido dentro del campo científico o médico; por el contrario, el texto tiene carácter argumentativo y se propone poner en duda algunas de las creencias más asentadas entre los legos pero –como señala el texto mismo– también entre algunos médicos. Para construir los argumentos, acude en algunos casos, eso sí, a explicaciones didácticamente organizadas.

La hipótesis que organiza la estructura retórico-argumentativa se refiere a la *ignorancia*: “Es realmente asombroso lo poco que se sabe respecto a esta enfermedad, a pesar de lo mucho que se ha escrito y de los trabajos que diariamente se publican en todo el mundo, y ese desconocimiento facilita la difusión del bacilo”. Pero no se trata de la ignorancia entendida sólo como *ausencia de saber* sobre algunos aspectos estrictamente médico-biológicos de la enfermedad sino también como *actitud de no querer saber*, determinada en parte por los significados sociales asignados a la enfermedad. Y es esta segunda dimensión de la ignorancia, sobre todo, la que interesa especialmente al enunciador. BAC desarrolla tres líneas argumentales que, a su vez, se refieren a sendos aspectos que incumben a distintos actores, entre ellos, la institución médica misma.

La primera línea argumental inicia la nota, y es la que adquiere mayor dimensión, en tanto justifica que la ignorancia, efectivamente, es una actitud:

- (vii) *En materia de tuberculosis pulmonar pasa un hecho curioso: todo el mundo está empeñado en la conjura del silencio.*

⁴⁵¹ Ver Parte I, Capítulo 2, § 2.4.3.1. Las prácticas divulgativas.

⁴⁵² Realizadas entre el 4/2 y el 3 de marzo de 1921.

La “conjura” parece remitir a la asociación de larga data entre tuberculosis y pobreza⁴⁵³. Por una parte, esa asociación llevaba a que los miembros de los sectores sociales medios y altos afectados por la enfermedad la ocultaran a través de pactos de silencio con los médicos, en sus consultorios:

- (viii) *El enfermo [...] casi se conforma en morir de bronquitis crónica parecida a tuberculosis, con tal que se le asegure que no se trata [...] de tuberculosis. // Una vez que el enfermo pasa a mejor vida, si se trata de persona de bien, se le extiende el certificado de “parálisis cardíaca”.*

Y el enunciador ironiza:

- (ix) *No está bien que una persona distinguida se vaya al otro mundo víctima de una vulgar tuberculosis. // Esta delicadeza profesional [la de extender el certificado] no se emplea con los pobres diablos. ¡Para ellos la verdad muda y cruda...!*

Ese pacto emerge del ejercicio mismo de la medicina como profesión liberal. Así, a través de la reproducción de un supuesto discurso de médicos y pacientes, reconstruye otra variante del mismo fenómeno, en distintos pasos:

- (x) *El médico, [...] aunque tendría el deber de sospechar siempre la existencia de un proceso tuberculoso [...], por lo general espera que se presente el famoso cuadro clásico [...], para sentenciar muy reservadamente a los interesados: –Ahora sí... ¡Desgraciadamente se ha declarado la enfermedad...! ¿No ve?... Una lástima... Se debe haber infectado en los últimos días... [...] ¡Qué lástima!*

BAC describe así un proceso por el cual el médico no informaba el diagnóstico hasta la última fase de la enfermedad, momento en el que

- (xi) *[...] los profesionales en general se apuran a... girar el enfermo a las provincias de Mendoza y Córdoba. // [...] // Y una vez que el enfermo se ha embarcado, el médico deja escapar un suspiro de alivio y satisfacción: –¡Menos mal...! ¡Que se las arreglen los de allá! ¡Mejor no tener esta clase de enfermos!*

Pero no se trataba, según se infiere, de los médicos inexpertos o, al menos, no solamente de ellos:

- (xii) *Si el médico de conciencia [...] se atreve a decir al paciente: –Usted, mi amigo, es un tuberculoso...–, en la mayoría de los casos perderá a su cliente.*

La doble condición *paciente / cliente* que se observa en el ejemplo desde la perspectiva del médico, tiene también su contrapartida en la actitud de los pacientes, según el discurso que reconstruye BAC:

- (xiii) *¿Cómo puede ser tuberculoso el que [...] goza de una salud floreciente, [...]? // –¡Es el médico que quiere aprovechar para ganarse unos pesos!...[...] // Y... el paciente*

⁴⁵³ Cartwright & Biddis (1972: 170) señalan que desde mediados del siglo XVIII hasta la Segunda Guerra Mundial, la tuberculosis pulmonar fue más frecuente entre la clase menos privilegiada que entre los ricos, aunque según los patrones modernos estos últimos también la padecieron con severidad. De todas formas, en nuestro análisis antes que el dato preciso interesa lo que se creía al respecto.

[...], *irá [...] a ver a otro [médico], que si es menos preparado que el primero, se unirá al paciente para hacer [...] comentarios: –¿Tuberculoso?... ¿Quién ha sido el animal que le dijo eso? // Y se verifica entonces lo que el gran Bouchard⁴⁵⁴ decía: mueren tuberculosos los enfermos a quienes sus médicos hacen traición.*

Así, en el ejercicio privado de la medicina, y en un juego perverso, el paciente que no quiere saber el diagnóstico, puede en cambio tener la suficiente suspicacia para sospechar de las intenciones del médico quien, a su vez, percibe la inestabilidad del vínculo. De ese modo, el profesional, “verdaderamente vulnerable al control ejercido por sus clientes, para conservarlos ha de darles lo que ellos deseen”, pues de lo contrario otro médico lo hará (Cf. Freidson, 1978: 103). Y en eso consistiría la “traición”.

En el fragmento (xi), hay además dos referencias interesantes. Una es la de los destinos de montaña para los enfermos de tuberculosis. La posibilidad de solventar una larga estadía no estaba al alcance sino de los sectores medios y altos, que eran los que se atendían de manera privada. Cabe señalar que la provincia de Córdoba era destino de montaña habitual para los tuberculosos porteños (Cf. Armus, 2005: 69), más específicamente, el Hospital Sanatorio Santa María, de Cosquín. Aunque en Mendoza, en cambio, no había ningún hospital para tuberculosos, era también un destino de montaña publicitado para los enfermos: en otra nota, hay datos acerca de los alquileres de hoteles y casas para enfermos en esa provincia⁴⁵⁵. La otra referencia está en la última frase del mismo fragmento, cuando la voz que representa a los médicos dice que era mejor no tener esa “clase de enfermos”. El uso despectivo de la construcción “clase de” para referirse a los pacientes tuberculosos probablemente remita a un rasgo atribuido a ellos en la época: *todos* eran “malos”, “viciosos” e “inmorales”. Y el mismo enunciador lo describe reiteradamente en el texto.

(xiv) *En [...] los hospitales, los tuberculosos son conocidos por enfermos malos [...]. Se deplora que [...] se entreguen a excesos sexuales, pero [hay experimentos que] explicarán muchos fenómenos que se atribuyen en los enfermos a tendencias viciosas. // No hay enfermos más caprichosos, volubles, desagradecidos, agriados y malos.*

Y ni el grado de educación parece tener incidencia en esas conductas:

(xv) *[...] la educación esmerada puede alcanzar a dominar los estallidos del mal carácter; pero raros serán los [enfermos] que manifiesten buenas cualidades.*

En el fragmento (xiv), BAC aclara que esas características se deberían, en realidad, a otros factores según probaban algunos experimentos; luego explicitará que se debían al modo en que la enfermedad afectaba al sistema nervioso. Pero, en la práctica, era habitual atribuir esos rasgos a los tuberculosos: Armus (2005) señala que el “mal carácter” de los enfermos era, justamente, una de las defensas esgrimidas por administradores, médicos y funcionarios de salud para explicar los motivos de las diversas protestas que los enfermos, especialmente los internados en

⁴⁵⁴ Se refiere a Charles Jacques Bouchard (1837-1915), médico patólogo que, si bien había sido un típico representante de la clínica francesa basada en la observación junto a la cama del enfermo y el estudio anatómico de las lesiones, vio en la bacteriología un complemento excepcional. Entre 1895 y 1903 publicó –con varios colaboradores– un *Traité de pathologie générale*, en siete volúmenes (Fuente: página web de la organización Historia de la medicina –www.historiadelamedicina.org/Bouchard.html– consultada el 20/12/14). Para el concepto de clínica francesa, ver Foucault, 1963, en particular, capítulos 7 a 9.

⁴⁵⁵ “Estaciones climatéricas de Córdoba” (LR, 4/5/21, 4ª ed., p. 7).

el Hospital Santa María, realizaron entre 1920 y 1940, aunque habrían sido varios los motivos reales de las protestas, entre ellos los referidos a la calidad de la alimentación.

Pero BAC, en general, no atribuye la causa de la “conjura del silencio” a la modalidad privada del ejercicio de la medicina; parece más bien que el problema es anterior a esa modalidad que sólo favorece que el silencio persista. Más bien considera que la ignorancia de las clases altas y medias sobre la enfermedad es la responsable del estado de situación, y esa ignorancia estaba sostenida por la propia representación que los médicos y pacientes de esas clases tenían de la tuberculosis y de ellas mismas. En tal sentido, BAC parece entender que si no había un cambio de actitud en los sectores medios y altos, nada se podría hacer. Por eso insiste:

(xvi) [...] ***no es una deshonra quedar víctima del bacilo de Koch. // Es preciso eliminar de nuestras cabezas la falsísima idea de que la tuberculosis es una enfermedad de la que hay que avergonzarse.***

De este modo, e incluyéndose –con el pronombre de primera persona del plural–, a través de su crítica BAC quiere proteger a los sectores medios y altos de los efectos nocivos de sus propios prejuicios. Esa perspectiva de clase social sobre la enfermedad, que BAC ataca, podía sostenerse en buena medida porque la muerte de los “pobres” no era espectacular, y por tanto podía ser, si no ignorada, al menos minimizada como catástrofe; sin embargo, los efectos alcanzaban de hecho a todos los sectores.

(xvii) ***El número aterrador de fallecimientos [...] por tuberculosis no impresiona, porque los pobres mueren [...] en sus domicilios al cabo de algunos años de sufrimiento.***

Y esas muertes que ocurren en espacios ignorados o ignorables –el domicilio de los pobres o los hospitales públicos destinados a ellos– contrastan, en sus efectos, con otras, más espectaculares o visibles:

(xviii) ***Por el contrario, somos muy sensibles a la muerte de unos cincuenta [...] ciudadanos que perecen [...] por un temblor de tierra, y llegamos [a] poner mano al bolsillo.// A nosotros no es la muerte [la] que nos importa, es la forma de la muerte.***

Para BAC, pues, el problema radicaba en el horror de los individuos de los sectores medios y altos a la pobreza y, antes aun, a ser confundidos con los pobres. Les aterrizzaba más *la forma de la muerte* porque podía colocarlos simbólicamente en un sector social despreciado. Según otra nota informativa del año siguiente⁴⁵⁶ a la que nos ocupa, referida al proyecto de un concejal, las salas de hospital de la ciudad eran “escasas” frente a una “demanda de camas tan grande que a diario” podían verse “peregrinando en las puertas de los nosocomios a infinidad de enfermos que cuando llegan a obtener un lugar, generalmente es tarde”. Era la posible identificación con esa clase de enfermos pobres lo que aterrizzaba más. Este hecho denunciado por BAC evidencia, a su vez, un mecanismo de diferenciación social.

En el fragmento (xviii), el pronombre de primera persona del plural claramente indica a quiénes incluye –además de al enunciador mismo–, cuando a continuación describe el modo en que mueren los pobres:

⁴⁵⁶ “Proyecto de profilaxis de la tuberculosis del concejal Neumeier”, 9/2/1922, 4ª ed., p. 4.

- (xix) *Los enfermos que se resuelven por fin a hospitalizarse son, por lo general, gente pobre, que ha seguido trabajando hasta cuando las fuerzas se lo permitieran, pues pesaba sobre ellos el deber de mantener una familia, a veces numerosa.*

En suma, para los sectores medios, la enfermedad era de los “pobres”, y los pobres morían ocultados: todo un sistema de negación perversa que, según BAC, atentaba contra la salud de los propios sectores medios y altos. Los pobres, en cambio, no ocultaban la enfermedad por vergüenza sino por necesidad. Y es posible inferir que, además de la de trabajar, se imponían otras dificultades prácticas al tuberculoso pobre, como la de seguir un régimen alimenticio adecuado o comprar medicamentos.

La segunda línea argumental se refiere a otro aspecto vinculado con ese sistema de negación, al que retroalimenta: la falta de políticas públicas de salud en cuanto a la tuberculosis. En el país, y especialmente en Buenos Aires, una importante infraestructura sanitaria y una política en ese orden habían logrado para entonces evitar el azote recurrente de epidemias diversas. Pero la tuberculosis sobrepasaba los aspectos meramente sanitarios. Y en ese sentido, el Estado parecía – en la perspectiva de BAC– haberse quedado atrasado o inactivo. Irónicamente, este divulgador presenta una única acción estatal: colocar carteles en lugares públicos.

- (xx) [...] *sería injusto decir que no se ha hecho nada* [desde el Estado] *para poner vallas a la invasión del bacilo de Koch. // Cualquier ciudadano sabe muy bien que tres carteles nos persiguen en todas partes* [...] –“Sea compasivo con los animales” // –“Es prohibido escupir en la acera” // –“Se ruega no escupir en el suelo por razones de higiene”.

El primero de los carteles evocados, que nada tiene que ver en sentido literal con el problema de salud, evidentemente alude a la voz popular que designa como “animal” a un mal profesional, al igual que, según se observa más arriba, ocurría en el fragmento (xiii). BAC explica en la misma nota que la conducta reclamada en los carteles es irrelevante como solución al problema.

La tercera línea argumental se refiere a otro aspecto que, producto también del dispositivo de negación que describe, colabora a su vez para afianzarlo: la formación de los médicos, no sólo desde la perspectiva de los contenidos disciplinares teóricos y de las prácticas profesionales, sino también desde los intereses hacia los que se orienta.

- (xxi) *Tenemos catedráticos [...] distinguidísimos para enfermedades del oído, nariz y garganta; de la piel, de los ojos; todo un ejército de alienistas bien preparados y hospitales para alienados, que nos pueden envidiar las naciones adelantadas del orbe, pero no sentimos la necesidad de una cátedra de fisiología. // Lo que demuestra una vez más que, por lo que se refiere a tuberculosis, estamos todavía al mismo nivel de conocimientos de hace unos 20 o 30 años. // No puede ser de otra manera, porque no se explica tanto afán para el tratamiento de los alienados, por ejemplo, que al fin y al cabo serán unos cuantos miles en todo el país, y tanto descuido por el tratamiento de la tuberculosis que afecta a “todos”.*

Ese descuido puede ser interpretado como falta de interés en conocer o investigar una enfermedad asociada a la pobreza por parte de estudiantes y catedráticos provenientes en general de las clases medias y altas. La Facultad de Medicina, pues, parece reproducir, a su modo y escala, el mismo pacto de silencio, y por idénticas razones:

(xxii) *Se diría que la Facultad considera la tuberculosis como una de las tantas enfermedades crónicas... que es mejor no llegar a tener, pero que una vez penetrada en el organismo, no hay quien la desaloje o cuanto menos la neutralice.*

El interés, incluido el económico, estaría puesto, pues, en las enfermedades y afecciones que preocupaban a los sectores sociales altos y medios, entre las que no estaba la tuberculosis, por tratarse, precisamente, de una enfermedad ocultada y propia de los pobres. Esa falta de interés en esta enfermedad es, además, para BAC, síntoma de un problema mayor aunque de otra índole:

(xxiii) [...] *seguimos en nuestro fatalismo característico, a la espera de que nos llegue de Europa un 627 o un 972 para el bacilo de Koch, como ya tenemos el 606 y el 914 para la... enfermedad secreta*⁴⁵⁷.

El *fatalismo* puede ser leído, de manera general, como *resignación*, actitud más ligada a la religión que a la ciencia, pero de modo particular tiene consecuencias económicas en dos planos: por una parte, se refiere a la espera de las soluciones que solían venir desde Europa y no realizar trabajo propio, al igual que ocurría, según el diario criticaba, en otros campos de la economía y de la cultura locales; por la otra, a la pérdida de “*capital humano*” por cuya consecución a través de la inmigración el país desarrollaba una serie de acciones.

Para BAC, la medicina ignoraba que la tuberculosis era curable si era atendida a tiempo, y distinguía ese concepto del de “tisis”, a la que entendía como una etapa posterior y esta sí, ya, incurable. Y a sostener esta posición dedicará los párrafos de carácter predominantemente expositivo de la nota, contruidos a partir de una serie de citas de autoridad y de datos aportados como propios. Desde la perspectiva actual, resulta claro que BAC se equivocaba. Pero la importancia reside en que, a partir de las características descritas, la práctica discursiva se lleva a cabo desde un rasgo de la representación de *divulgación* menos habitual hoy: no es la mera recuperación y puesta en circulación de un saber ya fuera de discusión, con carácter meramente pedagógico, sino un ejercicio de puesta en debate del carácter, la calidad y los efectos sociales de las propias prácticas profesionales médicas y de las creencias erróneas –o rasgos de la representación social, en nuestros términos– en que se sustentan. BAC justifica explícitamente su actividad divulgativa y de ese modo, a su vez, por una parte, denuncia –y es un argumento más– otro dispositivo del sistema de negación al que nos referimos: que no se divulgue en los diarios nada acerca de la tuberculosis; por la otra, ofrece una explicación por la falta de divulgación sobre la tuberculosis a la que nos referimos al comienzo de este párrafo. Así, en la primera de las entregas, dice:

(xxiv) *Generalmente, el cuerpo médico se molesta, si se trata de esta enfermedad en los diarios profanos; toma la cosa desde el punto de vista del sacrilegio. Lo considera una profanación, y basta escribir algo sobre el tema, para que los señores facultativos se precipiten a las redacciones de los diarios: –Pero... ¿qué hacen ustedes?... ¿qué dicen?... ¿quién ha escrito esas...? Pero traten de lo que saben y no metan la nariz en donde no deben...*

Ante esa actitud del “cuerpo médico” de cuestionar la divulgación, BAC contrapone la opinión de “autores eminentes” que consideraban que “sin la ayuda de la prensa” era imposible “llegar a

⁴⁵⁷ Los números 606 y 914 eran denominaciones de dos medicamentos específicos para el tratamiento de la sífilis, conocidos también, comercialmente, como “salvarsán” y “neosalvarsán”, respectivamente, debidos al fisiólogo alemán Paul Ehrlich, que los produjo en 1910, cuestión a la que volveremos. (Fuente: www.biol.unlp.edu.ar/historiatoxicología.htm, consultada el 11/7/2014).

algo práctico en la lucha titánica” contra la tuberculosis. De este modo, el divulgador desnuda los mecanismos implicados en la “conjura de silencio”, a la vez que reivindica a la prensa, por su propia acción discursiva, como canal para el debate sobre política de salud y sobre temas médicos en general.

En suma, el doctor “B. A. Cterio”, pone en evidencia no una *ignorancia* entendida como falta de conocimiento sino como una *voluntad de no saber* que socava la autoridad misma de la medicina como institución y como práctica, y que se corresponde con una actitud no científica. Para él, la autoridad de la medicina no reside en el saber acumulado, que siempre puede ser actualizado –y es lo que intenta hacer en las partes específicamente divulgativas de la nota–, ni en la elusión de las incertezas sino, precisamente, en la investigación, y en la actualización. La referencia al “veneno” de la tuberculosis al que se refiere el título global de la nota adquiere desde esta perspectiva otro sentido: no sólo es la toxina del bacilo de Koch sino, sobre todo, la actitud de ignorar –nacida de una perspectiva de clase social– que perjudicaba a todos y que no se condecía con el destino de grandeza que se planteaba para el país. «La Razón», sin embargo, más allá de esta nota de BAC, y tal como ya señalamos, no realizó prácticas divulgativas relativas a la tuberculosis, de modo que –salvo este intento aislado– formó parte de la conjura de silencio que denunciaba. Es posible interpretar ese *silencio divulgativo* como resultado de las fuertes reacciones de la corporación médica a las que se refiere BAC y a las que el diario podía ser sensible.

5.1.2. La sífilis

Al igual que la tuberculosis, aunque con una perspectiva algo diferente, la sífilis ocupará la atención del diario: dedicará algunas notas informativas sobre posibles avances, y unas pocas notas de carácter divulgativo, con ciertos rasgos en común con las del “Dr. B. A. Cterio”. Pero esos pocos textos evidencian rasgos de la representación de la divulgación de temas médicos, además de los ligados a la enfermedad. Si bien la representación de la sífilis mantiene en cierta medida una carga “moral”, propia de algunos sectores conservadores más vinculados con la perspectiva religiosa, es presentada como un problema de salud pública que, por tanto, se resuelve con medidas profilácticas y no con consejos morales.

Para marcar un punto de inflexión importante en la historia médica de esta enfermedad hay que situarse en 1905: el zoólogo Fritz Schaudinn (1871-1906) y el dermatólogo Erich Hoffmann (1868-1959), ambos alemanes, descubren que la *espiroqueta pálida*, más tarde llamada *trepanoma pallidum*, era la bacteria causante de la sífilis (Cf. Lennox Thorburn, 1971). En 1907, el bacteriólogo alemán Paul Ehrlich (1854-1915) –Premio Nobel de Medicina en 1908– sintetiza el *Salvarsan*, un compuesto orgánico del arsénico, conocido también como el “compuesto 606”, una “bala mágica” –en términos del mismo Ehrlich–, que permitía eliminar la bacteria, sin matar al enfermo, aunque en realidad presentaba importantes efectos secundarios. Cuatro años más tarde, lo mejora: se comercializa el *Neosalvarsan* o compuesto 914, que tuvo importante difusión⁴⁵⁸. A ambos se los aplicaba con inyecciones. Antes de estos, se realizaban tratamientos con derivados mercuriales. En nuestro país, desde 1887 se venía utilizando en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires el protocloruro de mercurio –llamado “calomel” por el médico francés Theodore Turquet–(Leitner et al., 2007: 13).

Aunque con una frecuencia mucho menor que la observada en el caso de la tuberculosis, el diario informaba también sobre medicamentos nuevos para la sífilis. Aun cuando ya existía el

⁴⁵⁸ Fuente: <http://www.historiadelamedicina.org/606Expo/ehrllich2.html>. Consultada el 7/7/2014.

Salvarsán e incluso el Neosalvarsán, en 1917 informaba acerca de un nuevo medicamento, bajo el título “Importante descubrimiento científico – Un sustituto del *Salvarsán*”⁴⁵⁹, y reproducía la razón por la que podía ser relevante sustituir el de Ehrlich:

- (i) *Un telegrama procedente de Nueva York anuncia que, en una reunión realizada por la Academia Nacional de Ciencias de Filadelfia, el doctor Simon Flexner manifestó haber encontrado un sustituto del “Salvarsán”. // Según expresó el doctor Flexner, ese sustituto es menos peligroso en su empleo y su costo es mucho más reducido [...]. Lo ha designado con el nombre de A 189.*

A continuación, el texto presenta la biografía de Flexner, que brinda autoridad a la propuesta, y una fotografía del médico⁴⁶⁰.

En 1918, bajo un complejo paratexto –“La práctica de los arsenobenzoles - Sterilisatio magna - Nueva aplicación del Novarsenobenzol en el tratamiento de la avariosis”⁴⁶¹– una nota firmada por un “Doctor Piccinini”, preanuncia una finalidad divulgativa que, a la vez, implica un debate al interior del campo médico, con rasgos similares a la vista del Dr. B. A. Cterio. Pero se trata de una nota anterior a la de la tuberculosis, y en este caso, el carácter divulgativo deviene para el firmante de un “deber” ético, y no parece que prevea ningún conflicto con colegas; el único rasgo que considera debe tener desde el punto de vista de la actitud del enunciador es que debe reducir el nivel de erudición al dar a conocer teorías científicas en un diario masivo. El primer párrafo plantea:

- (ii) *Al tratar en un diario temas científico, es tan fácil como impropio hacer gala de erudición, pero pienso escapar aquí a este riesgo concretándome a **decir, en forma vulgar y sencilla, lo que creo de mi deber llevar al dominio público.***

El desarrollo argumentativo de la nota tiene como finalidad “demostrar que ello [la supuesta ineficacia del Neosalvarsán] es debido a las formas de aplicación usadas y no al remedio”. Cuestionará, entonces, el método que presenta como corriente en ese momento: la aplicación de inyecciones exclusivamente endovenosas, y propondrá en su lugar una terapia combinada con intramusculares que, según afirma, facilitaban una eliminación más lenta del principio activo, y con una dosificación en aumento paulatino. Los argumentos son presentados con una doble legitimación: cita análisis de experiencias de otros, –refiere, sin explicitar la fuente, a “Iversen”⁴⁶² y a Ehrlich, por ejemplo–, y los resultados de su propia práctica médica:

- (iii) *Con estas inyecciones intramusculares se consigue adaptar el organismo al medicamento, facilitando su recepción, y a tal punto, que **nunca he debido lamentar accidente de ninguna especie**, y esa adaptación permite introducir una dosis mayor del mismo medicamento que, por la manera como está aplicado, perdura más tiempo en el organismo y se llega así a la casi saturación y, por consiguiente, a la Sterilisatio magna, el “desiderátum”.*

⁴⁵⁹ 22/11/17, 4ª ed., p. 5.

⁴⁶⁰ El diario informa que Simon Flexner (1863) era “director del laboratorio del Instituto Rockefeller, para investigaciones de carácter médico, de Nueva York” y agrega datos de su trayectoria académica y científica. La información es correcta según se desprende de otras fuentes (Ross, 2006; Corner, 1964). Flexner murió en 1946.

⁴⁶¹ 18/4/18, 4ª ed., p. 7.

⁴⁶² Julius Iversen fue un médico clínico ruso, que realizó pruebas con el Salvarsán en el Obuchow Hospital de San Petersburgo (López Tricas et al., 2013: 30).

La “Sterilisatio magna” se proponía como objetivo y se trataba, efectivamente, de eliminar del organismo todo vestigio infeccioso. El médico divulgador describe, luego, con exhaustividad, el procedimiento que sigue, indicando las dosis y la relación con el peso de los pacientes, los intervalos entre aplicaciones, el tipo de inyección en cada caso, entre otros pasos y consideraciones.

Pero hay otro aspecto que interesa destacar del fragmento recién citado. Como hemos dicho en varias oportunidades, la finalidad *práctica* era para el diario un criterio central de toda actividad, y en particular, de la investigación científica, técnica y médica; y a la vez, la *experimentación*, entendida también como una práctica, era prueba de validez de todo conocimiento, en una suerte de empirismo ingenuo. En el texto que analizamos ahora vuelven a observarse esos dos sentidos: por un lado, la práctica médica misma funcionaba como experimentación y era presentada como prueba de la validez del procedimiento; y a la vez, le otorgaba autoridad al médico enunciador. Por el otro, le daba sentido al hecho de que esa técnica fuera difundida, en tanto permitiría resolver muchos casos en los que la medicación no había funcionado. Y ese es uno de los motivos del “deber” que, como se ve en el fragmento (ii), el médico intentaba cumplir. Pero en el cierre de la nota, el sentido de ese deber se completa:

- (iv) *Repito que no entiendo haber descubierto nada; que mi técnica es el resultado de una deducción de puro buen sentido. **He creído conveniente hacer público el resultado de mi experiencia clínica**, y que si algo bueno resulta de ello para la ciencia aplicada y los que sufren, **reclamo la consiguiente prioridad para la medicina argentina.***

De este modo, el médico divulga también con un sentido *patriótico*, más allá de que en la atribución de ese sentido cometa un acto de falsa modestia.

En una breve polémica posterior, la experimentación en tanto criterio vuelve a ser el motivo disparador. El anuncio de un nuevo medicamento para la sífilis pone en cuestión, a la vez, la actividad divulgativa de temas médicos en diarios masivos. La serie que consideramos se inicia con un suelto de 1922⁴⁶³ que presenta la novedad recién en la parte final del texto, como era habitual en este género, y como “cierre” de un extenso comentario que, en realidad, la contextualiza y que orienta la interpretación del hecho. En este caso:

- (v) *Telegramas de París nos hablan hoy de las manifestaciones del doctor Guenot⁴⁶⁴ a un distinguido médico argentino en pro de las maravillas que el bismuto realiza. De acuerdo. Pero, ¿no sería prudente esperar un poco los resultados de la experimentación?*

Pero esa supuesta falta de experimentación, que el comentarista percibe evidentemente como una actitud si no anticientífica al menos como excesiva y sospechosamente apresurada, deriva en el texto de otra percepción, referida –como en el caso de la tuberculosis– al ejercicio de la medicina. El título de la nota anticipa en parte al menos el punto de vista: “La enfermedad de moda”. El enunciador plantea primero que la causa de tal moda es una cuestión de mero

⁴⁶³ “La enfermedad de moda”, LR, 12/1/22, 4ª ed., p. 3.

⁴⁶⁴ Seguramente, se trata de Lucien Guénot, médico francés que, junto con otros tres –Sazerac, Levaditi y Fournier– realizó pruebas con el bismuto para el tratamiento de la sífilis, en 1922, año de la nota que nos ocupa. El bismuto “era valioso para la sífilis tardía visceral, cardiovascular y neurosífilis y para tratar recaídas e infecciones resistentes” (Leitner et al., 2007: 14). No hay datos de quién sería el “distinguido médico argentino” al que se refiere luego el fragmento.

lenguaje: han aparecido palabras para nombrar a la sífilis que permiten que se hable de ella sin pudor. Y explicita entonces que “la difusión del asunto, según parece, se vincula más que nada al cambio de la palabra que la expresa”. Pero inmediatamente pasa al supuesto crecimiento del número de enfermos, esto es, a la difusión de la enfermedad misma, sin establecer explícitamente vínculo alguno entre las dos vías a través de las cuales la sífilis está masivamente presente en la sociedad, salvo un mero paralelismo:

- (vi) *Si la palabra está de moda, la enfermedad a que ella refiere no lo está menos. Facultativos de la nueva escuela, nacionales y extranjeros, la diagnostican en todos los casos. // Naturalmente, todos la tenemos. Aquel primer cálculo optimista hecho a raíz de la inicial experimentación de los análisis por la vía de la reacción de Wasserman⁴⁶⁵ y según los cuales la proporción de los “touchés” alcanzaba a un 70 %, promueve hoy la sonrisa de parte de los especialistas. La corrección ha sido cuidadosamente hecha al guarismo anterior para llegar a un desconsolador 100 %. Nadie, pues, está inmune.*

Y esta difusión general de la enfermedad tiene otras consecuencias, según el enunciador, también alarmantes:

- (vii) *La clínica así se facilita extraordinariamente y el misterio de las causas queda aclarado. Aquel dolor de hígado, o aquel incipiente reumatismo; tal dolor al pecho o desviación ósea en el pie no es sino una consecuencia obligada del mismo mal. Sus manifestaciones, por lo variadas, desconciertan.*

Así, al no establecer vínculo alguno entre las dos vías de difusión, parece que ambas –la de la palabra y el diagnóstico de la enfermedad– responden a una banalización –la moda–, originada en un designio de tipo comercial, que coloca a la medicación en el lugar de un producto más, como cualquier otro, que hay que consumir; y al igual que en cualquier otro rubro, también en este compiten diversas ofertas:

- (viii) *¿Mercurio? ¿Arsénico? ¿Bismuto? He ahí la duda. Cada maestro, su libro y en cada casa de familia, jeringas para inyecciones y régimen. Sobre todo, régimen. El esposo, la esposa, los niños. Nadie se salva de las subcutáneas o de las intramusculares, cuando no de las endovenosas. Es la enfermedad de moda y hay que pagarle tributo. El alcoholismo o la tuberculosis como caja de Pandora de todos los males de la humanidad ya no interesan. Había que buscar algo nuevo y el eureka ha sido lanzado.*

La comparación entre la actitud médica y el comercio se instala en uno de los polos que, hemos visto, conforman la tensión entre la disciplina y el interés humanitario, por un lado, y el ejercicio profesional privado, que supone una actividad comercial que favorece los comportamientos poco profesionales. Que el alcoholismo y la tuberculosis ya no interesen como clave explicativa de todos los males, pone a las enfermedades en el mismo rubro que la moda de la vestimenta o en

⁴⁶⁵ El bacteriólogo alemán August Paul von Wassermann (1866-1925), introdujo en el año 1906 una reacción para el diagnóstico de la sífilis, valiéndose de una extracción alcohólica a partir de tejidos sifilíticos, llamada "reacción de fijación del complemento" ó "reacción de Wassermann". Tiempo después se observó que estas reacciones eran bastante inespecíficas. Luego se mejoró la técnica, y a partir de 1946 se utilizó otro antígeno obtenido del músculo cardíaco de vacunos. Actualmente se cuenta con varios métodos de detección. Fuente: Página web del Hospital Alejandro Korn (La Plata) http://www.hakorn.com.ar/la-prueba-para-la-sifilis-de-wassermann_144.aspx (consultada el 8/7/2014).

cualquier otro producto comercial, en el que el interés varía con suma rapidez. El tono irónico expresa, entonces, una crítica a la profesión médica, aunque sin identificar profesionales concretos. Cabe señalar, como lo destaca Belmartino (2005: 45-47), que aunque “en las primeras décadas del siglo XX, algunas sombras pueden afectar el reconocimiento pleno de los derechos adquiridos por la profesión médica”, fueron marginales y que ninguna de las manifestaciones puso en dudas la autonomía de la profesión ni el sustento ético de la relación personal y privada entre médico y paciente. Se suponía que “las normas destinadas a regular la conducta del médico se asimilaban en la universidad, en la frecuentación de un ambiente selecto, en el ejemplo de los mayores y en el cotidiano enfrentamiento con el dolor humano”.

Cabe preguntarse entonces si la ironía del diario no estaría dirigida a quiénes “consumían” esa “moda” y, a la vez, quiénes eran los incluidos en el pronombre, en la frase “nadie se salva” del fragmento recién citado. En el mismo fragmento ya hay una pista: familias en cuya casa se disponga de jeringas, y con capacidad simbólica y material para hacer régimen. Pero un poco antes, el mismo texto da otras. En la primera parte, cuando se refiere al cambio de la denominación, de un “vocablo recio” a “una amable palabra que las damas de la corte de Luis XV hubiesen pronunciado sin el menor mohín”, que había favorecido la circulación discursiva, afirma:

- (ix) *Tiene el lenguaje, sin duda, misterios que ningún filólogo explica, pero que demuestra que “les vilaines mots” no hacen camino en los círculos sociales. // Folletos con ilustraciones en planchas de color donde el terrible “espirilo pálido” que Schaudinn logró aislar en 1907 aparece con toda su virulencia de vibrión y conferencias de párrafos amargos circulan ahora de mano en mano. Su lectura no constituye patrimonio exclusivo de hombres. Los leen las señoras y más de una niña sabe los usos del Salvarsan.*

Las referencias a los “círculos sociales” o a la distribución de “folletos” en color, indican un sector social que se atendía a través de la consulta médica privada, al menos. Y la única distinción que realiza el discurso es por género y edad: hombres, señoras y niñas. Y es en esos “círculos” donde se podía comerciar fructíferamente, pero también eran esos círculos los que se distinguían precisamente por la capacidad económica para pagar consultas médicas: un mecanismo que, en la percepción del diario, banalizaba la enfermedad.

Ahora bien, el discurso del diario parece mostrar que la banalización de la enfermedad era un procedimiento que naturalizaba su difusión, minimizaba o eliminaba el escándalo que significaba su existencia en todos los sectores sociales, al igual que, en paralelo, el cambio de la denominación normalizaba el hecho de que hasta las niñas hablaran de la sífilis. Además, claro está, reducía la atención que se le debía prestar. Pero parece que los recursos irónicos de ese discurso no sólo sugerirían en general el dominio de los intereses comerciales por sobre la salud, sino que, en particular, destacan, precisamente, que el diario consideraba escandalosa la situación tanto en el plano de la salud, como en el del lenguaje. Y, especialmente, parece que fuera escandaloso para el diario que tal estado de cosas alcanzara a lo que consideraba clase media y, sobre todo, a las “señoras” y “niñas”.

En cambio, en una de las gacetillas que habitualmente destinaba a las actividades de la Liga de Profilaxis Social, también de 1922⁴⁶⁶, valora como progresista especialmente la iniciativa de educar al “sexo femenino”:

⁴⁶⁶ “Liga de Profilaxis Social”, 23/11/22, 4ª ed., p. 5.

- (x) [...] *la Liga ha considerado oportuno iniciar la educación del sexo femenino, considerando que la mujer se halla tanto o más interesada que el hombre en la prevención de dichas enfermedades, y que ya es hora de liberarlas de la ignorancia en que al respecto ha estado mantenida hasta el presente, a causa de nefastos prejuicios.*

Pero quedan claros los límites de la valoración positiva cuando enseguida precisa que las destinatarias son “obreras”, y que si bien se trata de conferencias públicas, se dictarán en las fábricas y los talleres. En ese caso, pues, resulta buena la circulación de folletos y carteles:

- (xi) *La Liga Argentina de Profilaxis Social continúa desarrollando en la capital, y en el interior, la intensa campaña que iniciara hace dos años, con el fin de realizar la educación popular acerca del peligro venéreo, divulgando las nociones de higiene indispensables por medio de conferencias públicas, carteles folletos, [ilegible], etc. // Con tal motivo, además de las conferencias para hombres [...], se iniciarán conferencias para obreras, las que serán dictadas en las mismas fábricas, talleres, etc., por profesionales del mismo sexo, hallándose la primera a efectuarse a cargo de la doctora Alicia Moreau de Justo.*

El contraste entre la queja acerca de la circulación entre las “señoras” y “niñas” de la información sobre la sífilis –y eventualmente, de la enfermedad misma–, y el tono festivo por la educación de las “obreras”, parece reiterar la distinción implícita en la frase “nuestras mujeres”, en la que el posesivo indica la pertenencia social de los destinatarios a la clase media, según vimos antes⁴⁶⁷.

Aquel anuncio de un nuevo medicamento propuesto por Flexner –en la nota de 1917 vista más arriba– era aceptado como una esperanza; en cambio, el anuncio referido en el texto de 1922 sobre “la enfermedad de moda” no es aceptado tan fácilmente, aunque este artículo evidencia una diferente percepción de los rasgos de la práctica médica: la generalización del diagnóstico de sífilis que, al parecer, en 1917 aún no tenía la extensión que denuncia en 1922, que lleva a sospechar de meros intereses comerciales capaces de hacer aumentar la oferta de medicamentos aun sin los debidos ensayos. Un texto, posterior, firmado por el mismo doctor Piccinini al que nos hemos referido más arriba, a su vez, evidencia que la propuesta del nuevo medicamento en realidad no era una *noticia* para el campo médico, Piccinini discute, precisamente, la efectividad del bismuto⁴⁶⁸. El suelto visto es de enero y la nota de Piccinini, de marzo de 1922.

Desde el punto de vista del debate en torno a temas médicos, el eje de la nota es precisamente, para el firmante, la falta de certeza científica acerca de los beneficios del bismuto, que en Francia tenía la marca “Trepol”. En el segundo párrafo –el primero se refiere a la divulgación, tema al que volveremos– afirma:

⁴⁶⁷ Parte II, § 2.7., ejemplo (vii).

⁴⁶⁸ Lo presentaba como noticia, sin duda, para el público general. En el campo médico ya había información y estudios realizados. Por ejemplo, el índice de una publicación del Dr. Maximiliano Aberastury, de 1921, ya se refiere al tartrobismutato para el tratamiento de la sífilis (Fuente: edición digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080044663/1080044663.html>). El Dr. Aberastury (1866-1931) fue uno de los fundadores de la Sociedad Dermatológica Argentina (Fuente: Asociación Médica Argentina: <http://www.ama-med.org.ar/images/uploads/files/11%20MAXIMILIANO%20ABERASTURY.pdf>) Páginas web consultadas el 10/9/2014.

- (xii) *Con referencia a lo que se ha dicho y escrito entre nosotros sobre las sales bismúticas en el tratamiento de la sífilis, conviene establecer con toda franqueza que no ha aportado ninguna contribución ni señalado ningún beneficio positivo [sic] que nos haya podido inducir a ensayar el nuevo medicamento. // Lo único que se ha conseguido con ello es alimentar esperanzas.*

Y más adelante, es más preciso:

- (xiii) *Mi opinión es esta: El tartrobismutato sodicopotásico cuanto más tendrá el mismo valor curativo de la sífilis que el mercurio; y lo considero, si no inferior, equivalente.*

Polemiza con un estudio publicado en la revista «La Semana Médica», firmado por el “profesor Greco” y el “doctor Morcaletti”, al que cuestiona porque utiliza un preparado de bismuto que no es el indicado. Luego polemiza con otro médico, al que cuestiona por su valoración positiva del derivado de bismuto, que tendría menos riesgos en comparación con los derivados de arsénico; en este caso, Piccinini cuestiona la técnica y la dosis para la aplicación de los arseniales. A su favor, cita en su lengua original, un artículo de una revista francesa, pero sin ninguna referencia precisa, y una frase –también imprecisamente citada– del “profesor Alfredo Fournier”, al que reconoce como “pasado de moda”. Vuelve a insistir, finalmente, en la autoridad que le brindaba su propia experiencia, y la aplicación de su técnica con el Neosalvarsán⁴⁶⁹.

Desde el punto de vista de la tematización de la divulgación misma, cabe señalar que, por un lado, reitera lo que ya vimos en la nota anterior firmada por Piccinini y que también habíamos visto en relación con la tuberculosis, en la nota de “B. A. Cterio”: los diarios masivos son medios adecuados para la divulgación médica, aunque tal divulgación aparezca más bien como excusa para dirimir cuestiones de poder dentro del campo profesional:

- (xiv) *Creo que las cuestiones científicas deben ser tratadas, discutidas y resueltas en la prensa científica; pero para la vulgarización de los hechos comprobados clínicamente, es preferible servirse de la prensa común o civil.*

Pero esta afirmación, por un lado, resulta en parte contradictoria con la propia argumentación a favor del Neosalvarsán: justamente se trata de un debate no cerrado acerca de la medicación más eficaz, en el que, en todo caso, el mismo enunciador sostiene una posición con su experiencia clínica personal que, obviamente, no es generalizable. Por el otro, abre la posibilidad de preguntar por qué sería “preferible”. Unos cuantos párrafos más adelante, aparece la justificación:

- (xv) *Haciendo un acto de verdadera justicia, cabe decir que es a la prensa civil a quien debemos muchísimas noticias de importancia. // ¿No es acaso en virtud de sus informaciones que se han realizado (un poco intempestivamente) los famosos ensayos del nuevo medicamento francés, el Trepol? // No veo pues la razón de tenerla tan a*

⁴⁶⁹ El “profesor Greco” es, con toda seguridad, el doctor Nicolás V. Greco, un dermatólogo argentino, del que hemos encontrado diversas referencias a su producción escrita (por ejemplo, un trabajo monográfico publicado en 1922 titulado, precisamente, “Tartrobismutato sodicopotásico”, en la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata), y otros sobre psoriasis. Alfred Fournier fue un médico e investigador francés, especialista en sífilis, que fundó la Société Française de Dermatologie en 1889. Había fallecido ya en 1914 (Fuente: <http://www.historiadelamedicina.org/fournier.html>) Páginas web consultadas el 10/9/2014. No encontramos referencia del doctor Morcaletti o Marcaletti (el documento está borroso).

menos. // Si esperamos estas novedades de nuestra propia prensa médica, me parece que tendríamos que perder mucho tiempo esperando.

Esta queja acerca de las publicaciones especializadas en medicina, se amplía inmediatamente a un horizonte que no es el del mero retraso sino el de la dudosa calidad:

(xvi) *Yo estaría casi por decir que nuestra prensa médica, en cuanto se refiere a los progresos científicos europeos, está bastante atrasada, no se ocupa de ellos; se limita a darnos los trabajos originales de nuestros estudiosos profesores que, por lo general, resultan, sin duda, buenos, pero a veces publica también algunos artículos de muy escaso interés.*

Y ejemplifica:

(xvii) *En la «Semana Médica», por ejemplo, de diciembre 20 de 1921 apareció un artículo sobre el tratamiento de la avariosis por las inyecciones subcutáneas del Novarsebenzol, que tiene una semejanza palpable con un artículo del profesor Sicard que publicó la «Presse Médicale» del 8 de marzo de 1920⁴⁷⁰.*

Tal como ocurría en otras ocasiones –recuérdese el caso de Florentino Ameghino y más cercanamente, el de B. A. Cterio–, en nombre de la necesidad de “vulgarizar”, la prensa diaria masiva se convertía en el campo donde se dirimían cuestiones más ligadas al poder dentro del campo profesional, aun cuando para la argumentación, efectivamente, se acudiera a información de carácter –en este caso– médico.

5.1.3. La gripe y otras enfermedades infectocontagiosas

La gripe llamó especialmente la atención del diario en 1921. La conocida epidemia de “gripe española” había azotado a buena parte del mundo en 1918, pero mientras ocurría no tuvo fuerte repercusión en el diario ni la había tenido en general. Dos notas de carácter divulgativo firmadas por el doctor Gregorio Hunt⁴⁷¹ y publicadas con 20 días de diferencia bajo el título general “Lucha contra las enfermedades contagiosas”, dan cuenta, una vez más, de la función de la divulgación así como de los sectores sociales a los que se dirige.

La primera de ellas⁴⁷² anticipa con claridad, en los paratextos, los contenidos:

(i) *Lucha contra las enfermedades infecto-contagiosas – Necesidad de difundir en el pueblo nociones de medicina preventiva – La gripe, el bacilo que la produce, su resistencia y vitalidad; su localización cuando invade nuestro organismo*

El enunciador explicita que la nota es producto de un deseo de la institución a la que pertenece y

⁴⁷⁰ Se refiere a un artículo publicado, efectivamente, en «La Presse Médicale», pero del 8 de mayo de 1920 (y no de marzo), p. 29, bajo el extenso título “Traitement de la syphilis nerveuse para les injections novarsenicales à petites doses et prolongées”, por el médico J.-M. Sicard, del hospital Necker. El artículo está disponible en Gallica, Bibliothèque Nationale de France, para ser bajado en formato pdf: <http://www2.biusante.parisdescartes.fr/livanc/?cote=100000x1920xartorig&do=chapitre> (obtenido el 12/7/2014).

⁴⁷¹ Gregorio Hunt (1859-1923) fue uno de los fundadores, en 1891, de la Asociación Médica Argentina y, en el momento de la publicación de la nota, era –y él mismo lo declara en el texto– jefe de la Oficina de higiene y profilaxis de las enfermedades infecto-contagiosas y director del Instituto Jenner, dedicado obviamente a estudios sobre la viruela y las campañas de vacunación contra esa enfermedad, y uno.

⁴⁷² 18/8/21, 4ª ed., p. 5.

que es desde rol “habla”:

- (ii) *Satisfaciendo los deseos de la Administración Sanitaria y Asistencia Pública, como jefe actual de la Oficina de higiene y profilaxis de las enfermedades infecto-contagiosas e Instituto Jenner, de difundir la cultura higiénica [...], publico estas nociones biológicas del germen que produce la gripe y su localización cuando invade nuestro organismo, lo que nos servirá como exordio para abordar el estudio de la profilaxis de esta enfermedad y sus temibles complicaciones [...].*

Del fragmento se infiere, por un lado, que el diario también cumple con el deber de satisfacer los deseos de la Administración Sanitaria. Por el otro, que el conocimiento mismo de las características de la enfermedad, más allá de servir discursivamente como “exordio”, es un paso necesario para evitarla. Resulta interesante observar que, la justificación de la acción discursiva de divulgar acuda, entre otros argumentos, al hecho de que se trata de un acto propio de toda “nación civilizada” y que lo realizan especialmente aquellas naciones que acaban de salir de la Guerra en la que habían “caído millones de hombres”, guerra que ponía en tensión el concepto mismo de “civilización”. Y en el caso de nuestro país, ya es sabido: si bien no pasamos por la Guerra, se necesitaban “hombres para poblar nuestros extensos campos y aumentar nuestra producción y nuestras industrias”. Resulta claro, además, que la “Administración sanitaria” y la Asistencia Pública respaldaban el acto divulgativo.

Esta primera nota tiene, efectivamente, un carácter más bien “teórico”, pues define términos – como el de “septicemia”– o da cuenta de una controversia acerca del causante de la gripe. Y en cuanto a las vías de contagio, describe el proceso, pero resulta algo llamativa la precisión con que nombra a ciertos grupos de trabajadores como portadores, y quedan elididos –fuera de “foco”– el resto de los habitantes.

- (iii) *Encontrándose el germen que produce la gripe [...] en las secreciones naso-buco-faríngea y bronquial, todas las personas atacadas levemente por ella [...] salen a la calle y concurren a las oficinas públicas y casas de comercio –los empleados–, a las fábricas y talleres –los obreros– como también a los cinematógrafos, teatros, restaurantes, hoteles, etc., esparciendo con la tos, en el aire y el piso, el microbio que produce esta dolencia, dejando también en los vehículos que los conducen y el pavimento de las calles que recorren, con la expectoración que eliminan millones de bacterias, las que una vez desecadas, las absorbemos en el polvo que contiene el aire que aspiramos; [...].*

Si bien no quedan responsabilizados ni estigmatizados, empleados y obreros quedan situados explícitamente en el lugar de los portadores. En un suelto algo anterior, pero del mismo año, el diario era un poco más cuidadoso que Hunt: tras referir que la Asistencia Pública llevaba a cabo una campaña “contra el feo y generalizado hábito de esputar en cualquier parte, que entre nosotros tan algo grado de desarrollo ha adquirido”, el diario plantea que se trataba “de buena o mala educación”, pero no especifica sectores responsables y generaliza un poco más a sus destinatarios:

- (iv) *[...] parece cosa obligada la de poner de relieve todo lo malo que importa el hecho de convertir en salivadera la acera o el piso del tranvía, el vestíbulo del teatro o el interior del automóvil.*

En cualquier caso, con su propia voz o a través de la de Hunt, el diario está indicando lo que es

aceptable o no, como regla de urbanidad, desde una mirada que clasifica acciones según se encuadren dentro de lo que considera *educado*.

En su segunda nota⁴⁷³, Gregorio Hunt retoma el tema planteado en la primera: las secreciones naso-buco-faríngeas y bronquiales de los enfermos de gripe contienen el bacilo o virus que produce la enfermedad, y cumplen, entonces, un papel primordial en el contagio; por esa razón el pueblo debe aprender a evitar el contagio. Y vuelve a justificar la necesidad de divulgar el conocimiento para evitar contagios.

Aunque el texto está dirigido explícitamente “al pueblo”, que sería un destinatario lego, ciertos datos del nivel formal-gramatical, como la presencia de términos no definidos, por ejemplo, o la referencia –sin presentación– al médico británico Robert Milne⁴⁷⁴, hacen suponer, al menos, un nivel educativo medio y cierta capacidad de acceso a información periodística o divulgativa médica.

La argumentación apunta a demostrar que las vías aéreas superiores están habitadas por diferentes bacterias que se activan por diversas causas, razón por la cual es necesaria la desinfección, lo cual es probado por el éxito del método aplicado por Robert Milne. Tras las explicaciones que fundamentan el punto de vista, narra brevemente lo hecho por Milne, y describe el procedimiento realizado rutinariamente por el médico británico que, implícitamente, es el que Hunt propone a los lectores. Ese *hacer práctico* es lo que pretende divulgar. Por ejemplo:

- (v) [...] [Milne] *practica una desinfección prolija de la faringe, porción superior nasal de la faringe (región rino-faríngea) y fosas nasales, protegiendo todo lo que rodea al enfermo [...] de las partículas contagiosas arrojadas por la tos, con una gasa estrecha puesta en un arco de alambre, etc., a la cabecera del lecho del paciente, a los costados y a la altura de la terminación del tórax, sirviendo de cortinado, con lo cual se aísla al enfermo [...]. // La persona que cuida al paciente debe de usar delantal y ponerse una careta de gasa, doble, para cubrir su nariz y boca, lavándose las manos con frecuencia y desinfectándose su boca, garganta y nariz varias veces al día. // La desinfección de la faringe y región rino-faríngea [...] la efectúa con glicerina fenicada al 10%, mojando un hisopo hecho con algodón, en esta solución desinfectante, y pasándolo suavemente, para no producir escoriaciones de la mucosa [...]. Todo esto debe completarse con la desinfección de todas las ropas del enfermo [...] // Los colchones, almohadas y frazadas **deben ser esterilizados a la estufa, para lo cual la administración sanitaria ofrece sus servicios a la población.***

El procedimiento de Milne aparece, pues, como modelo a ser imitado. La rigurosidad casi hospitalaria que prescribe para el cuidado en el hogar y la oferta de los servicios de desinfección de colchones, almohadas y frazadas por parte de la administración sanitaria, parecen dar cuenta de la importancia social que adquiriría la gripe. Pero la viabilidad de cuidados de ese tipo en el hogar evidentemente debía ser bastante restringida: el tipo de indicaciones que brinda, que

⁴⁷³ “La lucha contra las enfermedades infecto-contagiosas. A propósito de la gripe. Papel que desempeñan las vías aéreas superiores en la infección. Importancia de la profilaxis individual, Método de Milne; su descripción”, LR, 2/9/21, 4ª ed. p. 6.

⁴⁷⁴ Se trata de un médico británico (1849-1922), que fue jefe médico durante 40 años de Barnardo’s Homes (en el texto analizado se lo nombra “Bernardo”), un asilo de niños que funcionaba por caridad. La asociación entre Milne y Barnardo duró desde 1880 hasta 1919, y continuó luego con tres de los hijos de Milne. Hoy hay un institución caritativa que atiende niños de hasta cinco años de edad, The Robert Milne Family Centre. (Fuente: www.gmilne.demon.co.uk/milne/milne.htm, consultada el 18/10/2014.)

suponen espacios y servicios a los que sólo pocos sectores sociales podían acceder, dan una orientación acerca de a quiénes están destinadas. Probablemente, el procedimiento de Milne fuera llevado a cabo en el asilo de niños, pero el texto de Hunt no ofrece ninguna adaptación para su aplicación en un hogar. Por otra parte, tampoco parece que fuera fácil y habitual que la población llevara colchones, almohadas y frazadas a los servicios sanitarios municipales para ser esterilizados, de modo que en este caso la divulgación parece más un enunciado destinado a mostrar que se cumplía con un deber de informar que a tener efectiva aplicación práctica.

Otro conjunto de notas, de diversa fecha, se refieren de manera general a gérmenes e infecciones, y tienen carácter divulgativo, aunque varían en distintos niveles. Por un lado, una nota de importante tamaño de marzo de 1926 publicada en portada se refiere al peligro de las “enfermedades de piletas”; en cambio, dos notas anteriores, de 1917, se refieren al peligro de los gérmenes en general.

En el primer caso⁴⁷⁵, como era habitual, el diario justifica el acto de divulgar: en la redacción habían recibido numerosas “cartas venidas del público” en las cuales se decía que muchas personas habían contraído enfermedades “en las piletas de natación de esta ciudad”. Por esa razón, pues, el diario designa a un cronista que “tomó a su cargo la investigación”. Tras explicar que no era fácil obtener información en las piletas mismas porque los bañistas estaban pasando “momentos por demás agradables”, señala que realizó una serie de entrevistas a distintos médicos. Sin dar nombres, da cuenta sintéticamente, en un párrafo, de un número indeterminado de médicos que no sólo negaban la posibilidad del contagio de enfermedades en las piletas sino que además pedían que se instalaran piletas en todos los barrios. Otros médicos, en cambio, afirmaban que había “un relativo peligro para la salud de los bañistas”, y señalaban que la causa era que no se habían tomado las precauciones necesarias “que la ciencia médica aconseja”. Y a continuación, en tres párrafos, presenta sendas entrevistas a otros tantos médicos: “el doctor Quadri”, “el doctor Jorge Basavilbaso” y “el doctor Francisco Gardey⁴⁷⁶”. Y efectivamente, los tres afirman que es posible contagiarse enfermedades de nariz, garganta y oído, pero todos relativizan la “gravedad” que tales enfermedades podrían alcanzar. Los consejos de los tres médicos están previsiblemente dirigidos a los bañistas y todos se refieren a la higiene y cuidados a tener en cuenta; y sólo uno, Quadri, dirige un pedido a las instituciones: que se exija certificado de salud.

La acción divulgativa del diario aparece, además, avalada explícitamente por Quadri:

- (vi) –*Efectivamente, [...], debemos felicitarnos que «La Razón» se preocupe de este asunto que merece especial atención de parte de las autoridades sanitarias y del público que concurre a las piletas de natación. Yo lo había observado en años anteriores [...]. // Pensaba escribir algo al respecto en una revista médica y me alegro ahora al saber que ustedes se van a ocupar de esta cuestión.*

De esa manera, pues, el médico no sólo felicita al diario por ocuparse del tema, sino que respalda con la autoridad de su figura a la prensa masiva como un medio legítimo y alternativo a las revistas médicas, al menos, claro, en cuestiones como la que aborda, pero ese límite no es explicitado y el diario fortalece o legitima así su autoridad para divulgar conocimientos relativos

⁴⁷⁵ “¿Pueden contraerse enfermedades graves en las piletas de natación?”, 19/3/26, 4ª ed., portada.

⁴⁷⁶ Probablemente, el primero de los médicos nombrados sea Ambrosio Quadri, quien fuera hacia 1920 Director del Cuerpo Médico Escolar de la provincia de Buenos Aires. Publicó, en el *Monitor de la Educación*, N° 574, octubre de 1920, una “Guía práctica para el examen de la agudeza auditiva de los alumnos de las escuelas: instrucciones a los maestros”. No hemos encontrado referencia alguna de Basavilbaso ni de Gardey.

a la salud.

Años antes, en cambio, no se había preocupado demasiado por justificar la actividad divulgativa. En efecto, muy tempranamente, a fines de 1917, el diario había publicado dos notas⁴⁷⁷, de cierta importancia gráfica, con un mes de diferencia entre ambas, acerca de los microbios y de la “transmisión de las infecciones”, en general –es decir, no vinculadas con ninguna enfermedad en particular–, explícitamente presentadas como “vulgarización científico-popular”. Ambas aparecen atribuidas a “Juan Ramón Beltrán” de quien no hemos encontrado ningún dato –cabe la posibilidad de que la firma fuera un pseudónimo– pero que, según sugieren algunos rasgos formales –referencias bibliográficas, la ausencia de discurso referido de “autoridades” en la materia, entre otros–, sería médico y especialista en lo que hoy denominamos microbiología. El texto no presenta ninguna marca deíctica personal, temporal ni espacial, de modo que el enunciador toma la máxima distancia respecto del contenido, a la vez que lo refiere con el valor de verdad universal propio del conocimiento científico. No hay, pues, ninguna apertura a polémicas o debates científicos o profesionales. El tema se despliega como si se tratara de un capítulo de manual universitario, o como un artículo de enciclopedia: una definición, un estado de cosas y el desarrollo de subtemas derivados. El párrafo inicial ilustra por sí mismo esta descripción:

- (vii) *Los microorganismos son elementos unicelulares, de forma y volumen variables, dotados, en algún momento de su vida (o en toda ella), de movimientos, que tienen una constitución histológica y química variable, y que se colorean por las anilinas, hacia las cuales poseen una afinidad casi igual, pero que varía con las distintas especies microbianas.*

A continuación, sin subtítulo, detalla los modos de supervivencia y alimentación de los microbios y luego presenta tres subtítulos –“Influencia del medio sobre los microbios”; “El microbio sobre el medio” y “Venenos microbianos”– que cubren la caracterización general anunciada en el título. En la segunda nota, el primer párrafo, muy breve, afirma describiendo un estado de cosas: “Los gérmenes infecciosos llegan al hombre por todo lo que le rodea”. Y a continuación detalla, sin subtítulo, los focos de infección (aire, suelo, agua, insectos, alimentos, personas infectadas), y luego en tres apartados –“Autoinfección”, “Causas determinantes de la infección” y “Causas coadyuvantes”– se centra en diferentes aspectos de las razones por las que el hombre se infecta. Además, abunda la terminología específica –por ejemplo, “materias albuminóideas”, “protoplasma”, “toxinas diastásicas”– y las definiciones de términos, recursos todos también propios de textos de tipo académico.

El contraste entre estos dos textos de los inicios de la etapa que estudiamos y de los que hemos visto antes permite inferir si no un cambio definitivo en términos diacrónicos, sí una variedad en los rasgos funcionales de la representación de la divulgación que orientaba las prácticas discursivas: desde formas más estrictamente pedagógicas a otras con finalidades sociales que, a su vez, ponían en evidencia debates en torno a cuestiones internas de la profesión médica, ya fueran de posicionamiento ya acerca de tratamientos. Y resulta claro que es la polémica la que obligaba a justificar la presencia de temas médicos en un diario masivo pero, a la vez, que no se trata de un campo en el que puedan desempeñarse periodistas.

⁴⁷⁷ “El microbio y sus medios de ataque. Vulgarización científico-popular. Caracteres generales de los microbios” (7/11/17, 4ª ed., p. 3), y “Transmisión de las infecciones. Vulgarización científico-popular” (4/12/17, 4ª ed., p. 2).

La propagación de los microbios fue otra de las preocupaciones vinculadas con las enfermedades infectocontagiosas –además de la tuberculosis y la sífilis–. Y uno de los vectores que más atención del diario ocupó fue la mosca, insecto en pro de cuyo combate el diario desarrollaba campañas⁴⁷⁸, especialmente en épocas veraniegas. Una vez más el diario se hacía eco de una preocupación sanitaria, y propagandizaba así los modos de combate, sobre todo por la abundancia del estiércol de caballos que convocaba al insecto y funcionaba como lugar de reproducción. Como ejemplo de esta preocupación general de la que el diario se hacía cargo, hay una película de divulgación titulada precisamente “La mosca y sus peligros”, financiada por “la casa Martínez y Gauche, bajo la dirección del doctor Belarmino Barbará”, que circuló por diversos circuitos y se exhibió en un cine comercial como parte de un ciclo de películas de divulgación científica, según el mismo diario informa en un suelto de 1921⁴⁷⁹. El doctor Barbará era el jefe de la sección de protozoología del Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene, según se lee en otro texto, en el que nos detendremos: “El peligro de las moscas. Desinfección de establos. Hay que matar la mosca de invierno. Procedimientos prácticos”⁴⁸⁰, al que nos hemos referido oportunamente en tanto modelo de género de carácter instructivo, pero ahora nos interesa en tanto permite observar los modos de distinguir, una vez más, a los sectores urbanos que postula como “clase media”, de los obreros y pobres en general.

Inicialmente, el texto se dirige al conjunto de vecinos:

- (viii) *Hay que precaverse de las moscas y cada vecino, en defensa de su propia salud y de la salud pública, debe ser un encarnizado destructor del peligroso díptero.*

Luego plantea una serie de deberes que atañen a distintos destinatarios:

- (ix) *1º. Impedir la entrada de las moscas a las habitaciones. 2º. Impedir que puedan posarse sobre inmundicias. 3º. Evitar el contacto de las moscas con los alimentos. 4º. Impedir su entrada a los establecimientos públicos donde se preparan, venden o sirven alimentos. 5º. Impedir que se haga su transporte de la periferia de las ciudades al centro, por medio de los coches, tranvías, trenes, etc. 6º. Destruir el mayor número posible de adultas, empezando la matanza en el centro de las ciudades, donde es relativamente fácil, extendiendo después la lucha a su periferia a medida que las condiciones higiénicas generadas lo vayan permitiendo. 7º. Impedir por todos los medios posibles que se cumpla, en el estiércol del caballo, el ciclo evolutivo necesario al desarrollo del huevo a la mosca adulta.*

Las tres primeras medidas atañen a los individuos. En un apartado titulado “Receta fácil y

⁴⁷⁸ La lista es extensa. Enumeramos algunas notas: “Lucha contra las moscas. Agente para la transmisión de enfermedades” (28/10/18, 4ª ed., p. 5); “¿Cómo deberíamos luchar contra las moscas?” (31/10/18, 4ª ed. p. 5); “El peligro de las moscas. Hay que hacer una campaña en regla. Necesidad de extinguir las [...]” (6/11/18, 4ª ed., p. 4); “Las moscas y los enfermeros en los hospitales. Observaciones del médico norteamericano doctor Mayo” (9/2/20, 4ª ed. portada); “Las moscas” (2/1/22, 4ª ed., p. 3), “La guerra a las moscas” (7/12/22, 4ª ed., p. 3); “¿Dónde van las moscas en invierno?” (30/4/23, 4ª ed., p. 5); “En verano, la salud pública exige combatir las moscas. En todos los países civilizados se ha declarado a las moscas una guerra sin tregua [...]” (10/12/23, 4ª ed., p. 3) y “Las moscas veraniegas” (3/12/24, 4ª ed., p. 4).

⁴⁷⁹ Así lo informa el diario en el suelto “Exhibición de películas científicas” (2/8/21, 4ª ed., p. 5). El film fue, en realidad, dirigido y producido en 1920 por Eduardo Martínez de la Pera y Ernesto Gunche (el diario consigna “Gauche”), con el asesoramiento científico del Dr. Barbará. Según informa la página Cinemargentino.com, el film se exhibió durante muchos años en las escuelas con fines profilácticos. Hay una copia en el Museo del Cine, y se puede acceder en línea (<http://www.cinemargentino.com/films/914988652-la-mosca-y-sus-peligros>).

⁴⁸⁰ 14/11/18, 4ª ed. p. 4.

barata” indica qué hacer. Los restantes apartados están dedicados a las medidas que atañen a las autoridades:

- (x) *En los suburbios de la ciudad [...] hay grandes depósitos de estiércol [...], es indispensable que las autoridades se preocupen de destruirla [a la mosca]. Más abajo indicamos un método práctico para realizar su extinción. [Se refiere a echar una lechada de cal apagada al 10 por ciento]. // En los suburbios las calles están sucias y los conventillos abundan. Se impone llevar allí la acción municipal, lavando las calles y desinfectando los conventillos. Un blanqueo general de esas habitaciones, generalmente insalubres, sería una medida oportuna. // También se debe hacer una campaña contra las moscas en los trenes [...]. La higienización de los coches [...] es reclamada de una manera perentoria y debe imponerse a las empresas la obligación de cuidar [...] la limpieza de los vagones. // Entonces lo que corresponde es proyectar una ordenanza [...], estableciendo bajo multas rigurosas, la obligación de que los dueños de caballerizas hagan inocuo el estiércol para el desarrollo de la mosca [...].*

Pero entre estas directivas, llama la atención que se indique la acción municipal en los conventillos, en tanto acción que incluiría el “blanqueo general de las habitaciones”. Dos cuestiones diferentes se pueden plantear al respecto. Por un lado, aunque la nota se dirige, como dijimos, a los “vecinos”, aquí se interpela al municipio para que actúe en un espacio que evidentemente estaría habitado por aquellos a los que el diario no se dirige, y que no serían vecinos, tal vez porque esté usando el vocablo en la acepción que incluye el rasgo “propietario” de la vivienda, lo que evidentemente los locatarios de los conventillos no eran. Otra alternativa es que considerara a los conventillos –por su estructura– como “espacio público”, en la medida en que eran habitados por muchas familias con espacios comunes y abiertos –de hecho, en la frase del ejemplo, la coordinación sintáctica, “lavando las calles” y “desinfectando los conventillos”, presenta ambos lugares como parte de un mismo espacio–. Sin embargo, es probable que, más bien, incidieran otras consideraciones de tipo cultural, que se evidencian en la directiva de “blanquear” las habitaciones: el mismo diario, en una nota anterior sobre este tema⁴⁸¹ prescribía paredes pintadas de azul e incluso vidrios de ventanas de ese color, o verde o amarillo, pues consideraba “un hecho demostrado que la mosca no percibe bien más que la luz blanca”; la directiva de blanquear las paredes sería, pues, contradictoria con sus propias prescripciones para la “lucha” contra las moscas y parece vinculada, más bien, con la insalubridad general atribuida a los conventillos, que incluiría rasgos de distinto tipo: desde el hacinamiento hasta la falta de iluminación adecuada⁴⁸². Como es sabido, los conventillos estaban habitados, especialmente, por obreros de diferentes gremios, trabajadores de bajo nivel de calificación. Por otra parte, y en relación con ello, el diario sitúa la “abundancia” de conventillos “en los suburbios”, de modo que los deja fuera del espacio ciudadano y, por lo visto, también fuera de la “civilización”, lo que podría autorizar –en la concepción del diario– una intervención estatal, claramente autoritaria, en nombre de una salud pública que aparece ligada, justamente, a ese concepto. Dos deícticos espaciales sitúan al destinador en la ciudad: “las moscas **vienen** de la periferia a la ciudad [...]” y “se impone llevar **allí** [...]”, en referencia a los suburbios. A su vez, en la sexta directiva citada en el ejemplo (ix) es posible observar que el centro de la ciudad es colocado como un lugar de “irradiación” de la higiene hacia la periferia: plantea “destruir el mayor número posible de moscas adultas, empezando la matanza en el centro de las ciudades” y

⁴⁸¹ Una de las nombradas en Nota al pie N° 478: “¿Cómo debemos luchar contra las moscas?”, 31/10/18, 4ª ed. p. 5.

⁴⁸² En una nota titulada “Catastro sanitario”, publicada el 2/2/22, 4ª ed., p. 3, plantearía la necesidad de realizar ese catastro fundándose en razones sanitarias y tomando como modelo el realizado en París, ciudad en la que, según el diario, se habían determinado hasta barrios enteros “insalubres”.

“extendiendo después la lucha a su periferia a medida que las condiciones higiénicas generadas lo vayan permitiendo”. Al respecto, cabe señalar que el diario, con clara reminiscencia sarmientina, consideraba a la “ciudad” como un punto muy alto de la evolución social y económica, y por tanto, el de la salud; el espacio urbano aparece amenazado y a la defensiva de los peligros que lo acechaban desde el desorden suburbano. Criticaba, pues, el crecimiento sin control de esos suburbios –que no es, pues, desarrollo–, sólo posible, en su concepción, cuando no intervenían las autoridades. En tal sentido, su discurso⁴⁸³ se dirigía hacia la planificación urbana y se inscribiría en el “movimiento” a favor de la “ciudad jardín” que se desarrolló en Inglaterra a principios de siglo (Cf. Gorelik, 2002), como un modo de ampliar territorial y socialmente el orden y la higiene. Los sectores medios que postulaba en su discurso en general, tenían, desde esta arista de la salud pública, un rasgo para identificarse como tales y diferenciarse de los sectores obreros y pobres.

5.2. La eugenesia como prédica

Como es sabido, aunque algunas prácticas provienen desde la más remota antigüedad, la *eugenesia* es una propuesta conceptual de Francis Galton, un primo de Charles Darwin, que la presentó en 1883 como una ciencia destinada al perfeccionamiento de la especie humana a través del control de la reproducción, de manera análoga a la que el hombre practicaba con animales y plantas (Miranda, 2005: 151; Villela Cortés & Linares Salgado, 2011: 190). El concepto fue, por otra parte, rápidamente vinculado con el de *raza* –una amalgama de rasgos de diferente índole: físico-biológica, cultural y lingüística– (Williams, 1976: 264-266). Como hemos dicho más arriba, Armus (2002:15-16) refiere una distinción más o menos habitual entre dos variantes de la eugenesia: la anglosajona, más dada a las esterilizaciones masivas e intervenciones más violentas, y la latina, en particular, la latinoamericana, de corte neolamarkiano, esto es, basada en la hipótesis de que los caracteres adquiridos pasan de generación en generación debido a la ventaja que ofrecen para la especie pero que, por esa misma razón, no diferencia marcadamente lo natural y lo adquirido (Villela Cortés & Linares Salgado, 2011: 193).

Esa perspectiva neolamarkiana es la que, evidentemente, permitía postular que la educación –en un sentido amplio que incluyese la aceptación de las reglas de la higiene– era el camino más adecuado para *mejorar* la “raza”. Pero cabe señalar que en el caso de nuestro país se puede trazar una línea que desde al menos 1907, y según el grado en que fueron aumentado las posiciones más autoritarias, llega hasta mediados de los años 60; en el período que estudiamos, se observa todavía más bien cierta tensión entre las propuestas de intervención directa del Estado a través de leyes y las que apostaban más a educar “eugénicamente”⁴⁸⁴. El diario, en buena medida, da cuenta de esa tensión, a veces, argumentativamente, a veces a través de posiciones puntuales cambiantes, evidentes en sus prácticas discursivas pero que, en definitiva, permiten inferir que consideraba necesaria una combinación de medidas de uno y otro cuño, según los diversos casos y según también los sectores sociales involucrados: cuanto más pobres fuesen, mayor intervención autoritaria del Estado sería necesaria⁴⁸⁵.

⁴⁸³ Al respecto, puede verse la sección “Edificación moderna”, que comienza a salir a mediados de 1922 y se mantuvo durante el resto del período estudiado.

⁴⁸⁴ Según señala Miranda (2005:154-155), ligada a esa evolución, se observa al inicio, la adhesión de políticos, académicos, médicos, abogados, etc., de distinta extracción política a asociaciones eugénicas; a medida que las posiciones fueron volviéndose más autoritarias y más ligadas con los avances fascistas y nazis, aquellos que provenían de posiciones más progresistas fueron abandonando su adhesión a esas organizaciones.

⁴⁸⁵ En la primera parte, Capítulo 2, en función de otros temas de nuestro trabajo, vimos dos notas donde se observa la misma diferencia: “El arte de adelgazar” –cuando nos referimos al destinatario de las prácticas del diario (§ 2.7)– y “El peligro de las moscas” (§ 2.4.3.2. Las prácticas instructivas); en el primero, se “instruye” cuidadosamente a los hombres de clase media acerca de cómo actuar frente a sus mujeres preocupadas por la figura; en el segundo se

Las prácticas de «La Razón» remiten, pues, a una representación de la eugenesia yuxtapuesta con la de racismo: por un lado, parecen naturalizar la existencia de una “escala” de razas, de superior a inferior⁴⁸⁶; por el otro, apuestan claramente a la creación de las condiciones de distinto tipo –sociales y educativas, en general, y sanitarias, en particular– para mejorar la “raza” argentina y alcanzar la meta del desarrollo que, como señalamos⁴⁸⁷, era el mandato inscripto en el nacimiento mismo de la patria. El diario cifra, pues, su preocupación en la incertidumbre acerca de la “raza” que finalmente resultaría del “crisol”. Al interés político y cultural en orientar la “mezcla” para homogeneizar la “nacionalidad”, según el mandato de la historia, se suma, pues, el interés social y económico. Una nota de 1920, titulada precisamente “Eugénica”⁴⁸⁸, expone bastante crudamente la posición e indica, a su vez, los alcances aceptables del control social implícito en el concepto. Y lo anticipa ya en el primer párrafo:

- (i) *Si existe en la tierra un país necesitado del eugenismo, siquiera sea para dar una orientación definida a los factores que intervienen en el perfeccionamiento de la raza humana, que se forma del aluvión de todas las razas, es esta Argentina, atrayente y aspirante a grandezas únicas.*

Define luego el concepto de “eugénica” y lo vincula con el de nacionalidad. Y en tal sentido, se observa a la vez la estrecha relación que establece entre nacionalidad y “raza”:

- (ii) *La eugénica es una acción social múltiple –podría ser una ciencia si se metodizara– con una tendencia fija y única, que es la formación de una raza humana más perfecta. Es, precisamente, lo que constituye nuestra principal aspiración en los ideales de la nacionalidad.*

Repasa luego el censo de 1914 y reproduce la cantidad de inmigrantes según criterios algo confusos acerca del origen: a veces es nacional, a veces es étnico, a veces superpone continente y país –por ejemplo, “africanos” y, en otra línea, “argelinos”–. Pero la extensa lista tiende a comprobar la variedad de orígenes de los inmigrantes, además de la cantidad, punto de partida de una preocupación: la necesidad de que los grupos nacionales de origen se disgreguen y de que no conformen “ghettos”, es decir, que no conformen “colonias” endogámicas:

- (iii) *Nada se aportará con el apartamiento por nacionalidades, lo que es una tendencia instintiva. La fusión no se produciría o se retardaría manteniéndose afinidades irreductibles, con las taras correspondientes. La “colonia” fue bien combatida a su tiempo. Son todos habitantes o estantes en la función social que adoptan fuera de tierra de su origen. El proceso de disgregación y de fusión se opera principalmente por la nupcialidad.*

El diario no enuncia claramente el riesgo que habría sin la “fusión”, pero se infiere fácilmente: las “taras” parecen remitir a problemas físicos, pero el riesgo implícito es de otro orden. En efecto, si se conformaban grupos según su origen nacional, podían mantener su cultura, su

reclama la lisa y llana intervención autoritaria del municipio en el interior de los conventillos para desinfectarlos.

⁴⁸⁶ Por ejemplo, en “La raza negra en nuestro medio ambiente – Reminiscencia de la época colonial – Una raza que se extingue al mezclarse con las demás” (26/8/20, 4ª ed., p. 5); “¿De qué raza son los mejores boxeadores? – Antecedentes de campeones” (2/3/22, 4ª ed., p. 5) y “La mujer inglesa como la alemana siente verdadera pasión por el culto del remo” (2/5/30, 6ª ed., p.13).

⁴⁸⁷ Ver Parte I, Capítulo 1, § La prensa en la historia patria y la Patria como razón.

⁴⁸⁸ 28/2/20, 4ª ed., p. 5.

lengua y su historia, y los grupos más grandes –había sido un temor, según vimos⁴⁸⁹– hasta podrían reclamar territorio para su patria de origen en lugar de formar parte de la nueva patria. Sugiere:

- (iv) *El apartamiento para formar núcleo por nacionalidades conduce a la división regional agrupada conforme a vinculaciones de origen inmediato e íntimo.*

Esa preocupación es la que lo lleva a colocar la eugenesia en un lugar central, como “directriz” que articula acciones y medidas, sociales y gubernamentales:

- (v) *Naturalmente, la acción social nacional no puede ser sino liberal y legalmente implícita y prudente. De ahí la eugénica, como directriz ideal y también los eugenistas que hacen la propaganda e influyen en la introducción de fórmulas y medidas correlativas, en las dosis soportables, dentro de todas las leyes orgánicas y los procedimientos de la vida social como **la higiene, la educación, la maternidad, la puericultura y la beneficencia.***

Estas acciones de eugenesia *positiva* se complementan con las de carácter *negativo*: la lucha contra los “vicios” y “los obstáculos que retardan una progresión calculada” entre los que incluye la “carestía de la vida”.

Esta nota, si bien no es la primera en la historia del diario referida a cuestiones de eugenesia, es la que enuncia de modo más completo y claro su definición y el “programa” que le atribuye a esa “ciencia”, al anticipar los principales ejes en que debe desarrollarse. Pero también enuncia los límites: la acción debe ser “liberal” y “prudente”⁴⁹⁰.

Ahora bien, casi dos años después, un breve plantea el problema de algunas mezclas no deseadas de “razas”. Se trataba de una cuestión algo abstracta en el caso de nuestro país, por la abrumadora diferencia en número de la inmigración española e italiana frente a cualquier otra como, en particular, la japonesa que, en cambio, era acusada de causar distintos males en otros países, entre ellos, Estados Unidos, en los que se tomaban medidas claramente discriminatorias según nuestros parámetros. Sin embargo, marca para el diario un límite para cualquier *crisol de razas*. A fines de 1922, pues, el breve, bajo el título “Naturalización imposible”⁴⁹¹, informa:

- (vi) *La Suprema Corte de Washington se pronunció ayer contra la naturalización de japoneses en Estados Unidos, quienes no podrán tomar la ciudadanía yanqui”.*

La decisión de la Corte del Estado de Washington se vinculaba con el largo conflicto respecto de la inmigración japonesa en la costa oeste de Estados Unidos, especialmente en ese estado en particular y en California⁴⁹², pero el diario saca conclusiones más generales y, en buena medida,

⁴⁸⁹ Ver Parte I, Capítulo 1, § 1.1. El campo periodístico y el nacimiento de «La Razón», y § 1.2.2. La *fusión de las razas*.

⁴⁹⁰ Como se indicó, la nota no tiene firma. No obstante la consideremos representativa de la voz del diario, cabe señalar que dada la cuidada organización argumentativa, la autoría podría ser de Coni o de Estanislao Zeballos, ambos colaboradores habituales de «La Razón», y ambos integrantes entusiastas, al año siguiente, 1921, de la Liga Argentina de Profilaxis Social, de la que el diario, a su vez, sería vocero cotidiano.

⁴⁹¹ 14/11/22, 4ª ed., p. 3.

⁴⁹² El conflicto tuvo diferentes momentos. Como parte de la misma cobertura, el diario publicó, dos días después otra nota en la que, por una parte, explica que el fallo se apoyaba en que la ley norteamericana aceptaba extranjeros blancos o negros pero no amarillos. Pero a continuación, el diario da cuenta más explícitamente de los conflictos, sobre todo en California: el eje del conflicto –aunque el diario lo sigue presentando como un problema “racial”–,

sin vinculación directa con la situación norteamericana:

- (vii) *Aunque partidarios decididos de la igualdad de razas, puesto que hemos criticado cada vez todo acto hostil que se ejecutara contra tal o cual elemento étnico, la resolución aludida no nos asombra. Es lógico que se desee evitar [...] una infiltración poco simpática en el elemento nativo, ya que no puede negárseles a los hijos de japoneses nacidos en Estados Unidos una ciudadanía indiscutible.*

Si bien, como se observa, intenta distanciarse de la resolución de la Corte afirmando su creencia en la “igualdad de razas” –que por otra parte, y según vimos párrafos más arriba, coexiste yuxtapuesta con la creencia acerca de las diferencias “naturales”⁴⁹³– el diario dice que “comprende” el fallo:

- (viii) *La diferencia racial, de costumbres, de religión, hacen poco asimilable el elemento amarillo en cualquier otro país de Occidente. Y si condenable hubiéramos hallado y hallamos el negar a cualquier individuo el derecho a la vida, a comerciar y trabajar libremente en cualquier parte del globo, debemos tener en cuenta que la pureza de la raza es algo que conviene conservar.*

Las dos frases destacadas en el fragmento citado presentan un argumento que podría ser aplicado, en realidad, en el caso de cualquier grupo étnico que no proviniera de Europa occidental, y es claro que el problema existía sólo en el caso de la inmigración masiva de una etnia o nacionalidad y no en el caso de individuos. La última frase destacada del fragmento parece expresar una creencia general que estaría, en una escala valorativa, por encima de cualquier otra evaluación: la pureza de algunas de las razas –las que considera “superiores”– es mejor que la mezcla. De este modo se evidencia otra tensión que ya no proviene sólo de la incertidumbre sobre el resultado del “crisol de razas”, sino también de rasgos más consolidados de la representación misma de “raza”, entre ellos, la “pureza” como un valor positivo en el caso de las razas “fuertes” como la anglosajona. Esta última tensión aunque menos claramente se explicita, por ejemplo, en una nota de 1923, ya desde el título mismo: “¿Cuál será la característica saliente del futuro pueblo argentino, actualmente crisol de razas?”⁴⁹⁴. En los dos primeros párrafos, en el marco de cierta satisfacción por la cantidad de inmigrantes que habían llegado –116.533, de enero a setiembre de ese año, según su fuente, los registros del Hotel de Inmigrantes–, en parte justificada, señala, por restricciones impuestas en Estados Unidos, anticipa que “el nombre de la Argentina” ya no “suena en Europa” solamente, “como una campana mágica”, sino también suena “en Asia”. Y luego, plantea:

- (ix) *Veinticinco años atrás, la fusión se operaba con facilidad. Los elementos que al crisol llegaban, en efecto, eran de una afinidad evidente. Desde hace años, esa afinidad es menos visible y en la actualidad hasta puede llegar a ser, en parte, discutible. ¿Cuál será la corriente migratoria predominante en el futuro, si se*

pasaba por los bajos salarios pagados a los japoneses, que generaban reacciones de los trabajadores norteamericanos (“No permite la ley norteamericana que un sujeto de raza amarilla pueda obtener su carta de ciudadano – El fallo de la Corte Suprema alcanzará resonancia”, 16/11/22, 4ª ed., p. 4). Uno de los momentos previos a esta situación de 1922 fue el “Acuerdo de caballeros” de 1907, por el cual Japón se comprometía a no emitir más pasaportes a trabajadores japoneses para emigrar a Estados Unidos, y éste se comprometía a permitir la llegada de esposas y padres de japoneses ya residentes y evitar la segregación en las escuelas, entre otros puntos. Al respecto, puede verse Daniels (1999).

⁴⁹³ Muchos textos suponen diferencias de razas en alguna escala. Ver más arriba, Nota al pie N.º 486.

⁴⁹⁴ 5/11/23, 4ª ed., portada.

mantienen las difíciles condiciones de vida por la que atraviesan algunos países del mundo?

En los párrafos siguientes, lista la cantidad⁴⁹⁵ que informa la misma fuente, y entonces tranquiliza:

- (x) *Fácil es advertir [en las cifras] que los inmigrantes de raza latina continúan preponderando en una forma visible. Continuaremos siendo pues, una nación eminentemente latina.*

El recorrido que realizamos en torno a la preocupación por la inmigración interesa como problema vinculado con la salud pública en tanto la incertidumbre acerca de la “raza argentina” – y los “peligros” que la amenazan– alcanza, en buena medida a los aspectos físicos-biológicos –y, si se quiere, hasta psicológicos, en términos actuales– de los individuos, esto es, con uno de los parámetros para definir la “buena salud” según el diario: la “fortaleza”. Si se atiende a la primera oración del fragmento (viii), se puede observar que en la enumeración de los parámetros que permiten diferenciar grupos humanos –“raza”, “costumbres” y “religión”– el de “raza” carga, por defecto, con los aspectos físico-biológicos de las caracterizaciones que puedan realizarse. Un breve de 1923, publicado en portada⁴⁹⁶, titulado precisamente “Pueblo fuerte”, comenta positivamente una disertación dada por “el doctor Aberastury”⁴⁹⁷ en una Conferencia Sanitaria, y explicita la relación entre “fortaleza” y “salud publica”. «La Razón» primero juzga:

- (xi) *El doctor Aberastury [...] ha tenido frases que sintetizan un pensamiento madurado sobre la salud nacional.*

Luego, cita:

- (xii) *“Necesidad y aspiración suprema deben ser entonces –agregó– la defensa del hombre argentino, fuerte de cuerpo y de espíritu, bondadoso de alma y con la inteligencia ampliamente dispuesta a todas las conquistas del patriotismo, del derecho y de la justicia”.*

Y evalúa:

- (xiii) *Tales palabras [de Aberastury] valen como el mejor código de salud pública y definen el más sintético catecismo en defensa de la virilidad del tipo nacional. // Fuertes de cuerpo e igualmente fuertes de espíritu, es hacer de nosotros, desde la edad en que el crecimiento debe cuidarse esmeradamente, hombres sanos en cuyas manos se deposita el porvenir.*

⁴⁹⁵ La lista está encabezada por italianos –45.518– y españoles –25.243–; luego, de entre 6.500 y 1.500, en orden decreciente, aparecen polacos, alemanes, checos, rusos, sirios, yugoeslavos, austriacos, portugueses, franceses y ucranianos; el resto de la lista incluye grupos con menos de 700 personas en cada caso. En cuanto a los japoneses, grupo al que se refería la nota sobre el fallo de la Corte de Washington, eran según esa misma nota 11.007; creemos que se trata de una cifra errónea. La nota de 1923 da cuenta del ingreso en nueve meses de sólo 66 japoneses, y los pocos estudios sobre este grupo de migrantes reducen la cifra total a unos pocos cientos para esa época (ver, por ejemplo, Onaha). Por otra parte, cabe destacar que los grupos de pueblos originarios y de negros estaban invisibilizados o eran ignorados como integrantes del “crisol”.

⁴⁹⁶ 31/8/23, 4ª ed.

⁴⁹⁷ Se refiere al Dr. Maximiliano Aberastury, a quien nos referimos antes, en relación con la lepra. Ver Nota al pie N° 440.

En suma, la base de la salud –individual y pública– radica en la fortaleza física y moral. El párrafo siguiente cierra la nota abrevando en el aforismo “mens sana in corpore sano”.

Es posible relevar ese rasgo central de la representación de *salud* en el contexto de las preocupaciones por el resultado del crisol de razas siguiendo, precisamente, los problemas en torno al matrimonio, la puericultura y la infancia, la juventud, los cuidados individuales y los que hacen al conjunto de la sociedad, y en relación con ello, el rol del Estado.

5.2.1. Salud pública y matrimonio

La tensión entre la actitud “liberal” y “prudente” en el diseño y aplicación de cualquier política de salud según las reglas de la eugenesia –según define el diario y a la que se refería en el texto “Eugénica” recién visto– y lo que percibe como peligroso para la “fortaleza de la raza”, se observa, por ejemplo, en una cobertura de pocas notas en total, pero extendida en el tiempo, que no llegan a constituir una campaña, pero que de todos modos muestra el interés específico del diario en el tema: la relación entre salud pública y matrimonio.

La primera nota que registramos es una columna firmada por Emilio Coni, publicada en 1918⁴⁹⁸, en la que el higienista propagandizaba propuestas que también movilizaba a través de distintas vías institucionales –políticas y académicas–. El planteo de la nota es que debería ser obligatorio el certificado de salud como requisito para contraer matrimonio, cuestión que tuvo en nuestro país un recorrido temporal amplio que excede largamente el período que abordamos⁴⁹⁹. Varios de los argumentos que plantea Coni en esta nota serían luego retomados en otros artículos que expresaban la voz del diario.

Tras recordar que ya en 1909 había formulado la propuesta, en ocasión del 4º Congreso Científico –1º Panamericano– realizado en Santiago de Chile, y que sin embargo y por una discusión con otros congresistas en ese momento había optado por retirarla, Coni pasa a enumerar razones de entre las que había sostenido en aquella ocasión.

- (i) *Ahora bien, uno se pregunta, ya que se impone la obligación del certificado de sanidad en múltiples circunstancias, ¿por qué razón no sería impuesta antes de realizar el acto más serio e importante de la vida del hombre, como es el matrimonio?*

Luego de este intento de *naturalizar* el certificado de salud prematrimonial en el horizonte de trámites burocráticos análogos –se lo pedía en distintas instituciones de enseñanza, facultades, asilos, etc. –, señala que no era entendible por qué se admitía la preocupación por el “pedigree” en el caso de los animales para garantizar una buena progenie y, en cambio, no se tenía la misma preocupación en el caso de los humanos⁵⁰⁰. Y de allí deriva:

⁴⁹⁸ “Higiene social – Certificado de salud y matrimonio”, 22/4/18, 4ª ed., p. 8.

⁴⁹⁹ Recién en 1926 se implementó un impedimento matrimonial de orden eugénico: la prohibición del matrimonio entre leprosos o entre persona sana y leproso; en 1937 se requirió el certificado médico prenupcial en relación con las enfermedades venéreas a los hombres, obligación que fue ampliada a las mujeres en 1960 (Cf. Miranda, 2005: 161).

⁵⁰⁰ Miranda (2005: 153) atribuye este argumento a otro médico, Alfredo Fernández Verano –que presidiría la Liga Argentina de Profilaxis Social–, quien lo habría enunciado en un número de 1920 de «La Semana Médica». Este texto de Coni es anterior. Evidentemente se trata de un conjunto de argumentos que tuvieron una amplia circulación previa a cualquier enunciación escrita, en conversaciones en reuniones sociales e institucionales.

- (ii) *Pero prosiguiendo en ese terreno, debe recordarse que los poderes públicos de este país han dedicado mayores atenciones a la tuberculosis animal que a la humana. Prueba evidente de ello son las sumas ingentes que en este sentido están absorbidas por la dirección de Ganadería, anexa al Ministerio de Agricultura, con su crecido personal veterinario. **Se diría ante este hecho que la vida animal está más cotizada que la vida humana. Antes que la riqueza ganadera del país debe figurar la humana en primera línea, como que aquélla depende de esta última.***

La indirecta apelación al poder político de este fragmento es complementada luego con algunas citas de autoridad:

- (iii) *Un médico francés distinguido, el doctor Cazalis⁵⁰¹, ha reclamado con justísima razón la reglamentación sanitaria del matrimonio. Varios autores han insistido sobre el mismo punto, y Brieux⁵⁰² en su instructiva comedia de higiene social titulada “Avariés”, ha demostrado con colores vivos la cólera e indignación de un abuelo que ve a su nieto contaminado por enfermedades hereditarias con todos los sinsabores que semejante situación determina en la familia.// El doctor Suárez de Mendoza⁵⁰³, de París, en una conferencia dada en el Consejo Nacional de Damas Francesas⁵⁰⁴ demostró la necesidad de exigir de los candidatos al matrimonio el certificado de salud a fin de disminuir los estragos de las enfermedades averiantes.*

Luego se lamenta de que fuera necesaria una ley para suplir la insuficiente educación respecto del cuidado de la salud, en particular, de las “enfermedades averiantes”, y desde ese lugar, reclama:

- (iv) *El Estado debería adoptar medidas para que se dieran a los niños en las escuelas y liceos, y a los jóvenes conscriptos, **una instrucción clara, precisa y suficientemente detallada, sobre la naturaleza y los perjuicios individuales y sociales de las enfermedades averiantes.***

Cabe destacar que el reclamo alcanza a los rasgos que debería tener ese discurso instructivo y no sólo a la decisión de impulsarla por parte del Estado. El reclamo no alcanzaba aún la dimensión de “educación sexual” que, como veremos, la propuesta alcanza después. Y en el segmento, a la vez, explicita el doble fin, individual y social, del cuidado.

Por último, alega que la salud física no tiene que tener menos importancia que la “salud moral”:

- (v) *En las familias cristianas [...] se requiere la “cédula de confesión”, cédula de profilaxis moral. // ¿Por qué, pues, esas mismas familias no podrían exigir el*

⁵⁰¹ Se refiere al médico Henri Cazalis, autor, entre otras obras, de *La science et le mariage*, publicada en 1900. En ella sostenía, efectivamente, estos argumentos y enfatizaba en la necesidad lisa y llana de prohibir el matrimonio a ciertos enfermos (Villegas Pulido, 1938).

⁵⁰² Se refiere a Eugène Brieux, el prolífico y reconocido autor teatral realista de entre siglos. La mayor parte de sus obras tenía fines didácticos y focalizaban distintos aspectos socio-culturales de su época; *Les Avariés*, de 1901, abordaba la actitud frente a la sífilis y fue censurada no sin escándalo (Fuente: Enciclopedia Britannica. Disponible en <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/79475/Eugene-Brieux>, consultada el 10/12/2014).

⁵⁰³ No hemos encontrado referencia de este médico.

⁵⁰⁴ Seguramente se refiere al Consejo Nacional de Mujeres Francesas, creado en abril de 1901 y que inmediatamente se había integrado al Consejo Internacional de Mujeres (creado en 1888) (Fuente: página web del Conseil National de Femmes Françaises, <http://www.cnff.fr/>. Consultado: 12/12/2014).

certificado otorgado por un médico y un certificado de honor otorgado por el candidato mismo, reconociéndose sano y por consiguiente apto para el matrimonio.

En suma, propone un triple control: confesional, médico y ético. Y luego convoca a las madres de familia a “hacer propaganda y comprometerse consigo mismas” para “requerir de la lealtad del joven que solicita la mano de sus hijas, los dos certificados indicados”, esto es, el médico y el ético, pues el otro ya era usual. Y también apela a la honradez de los jóvenes mismos para que los presentaran motu proprio.

En un suelto de 1920, sin firma, pero con un título que reitera los tópicos vistos –“En defensa de la salud y de la raza. Preocupaciones Eugénicas de los pueblos”⁵⁰⁵– el diario oscila entre exigir una ley que obligue a solicitar el certificado y proponer a la sociedad que los padres –y los mismos contrayentes– se acostumbren a tomar la salud como una condición necesaria para una boda. Tras reiterar algunos de los argumentos ya vistos, dice:

- (vi) *Una ley de eugenesia y un concepto de felicidad social lo imponen [al recaudo]; y si falta esa precaución o exigencia en nuestros hábitos sociales, la legislación debe crearla para preservar de males más graves a las nuevas generaciones.*

Pero luego de señalar que algunos países europeos se están ocupando de legislar y tras acudir sin pudor alguno al ejemplo de Esparta en el que destaca como positivo que la selección de los niños tenía como fin preparar a la ciudad para “la dominación universal”, sin embargo, concede y plantea:

- (vii) *Ha llegado el caso de que pensemos si no en dictar una legislación muy severa que coarte la libre determinación en cuestiones tan delicadas como ésta, en llevar a nuestras costumbres sociales, el convencimiento de que no puede existir un hogar feliz sin salud para los cónyuges y descendientes, que no puede haber pueblo grande y triunfador sin una raza fuerte y sana. Eso remediará los vacíos de la legislación o las omisiones de los individuos. La colectividad debe tener exigencias y derechos sobre éstos.*

Dos años después, el tema vuelve a aparecer: una nota firmada esta vez por Leopoldo Bard⁵⁰⁶ titulada, precisamente, “Medicina y matrimonio”. Se trata de una nota de opinión cuyo disparador es lo que presenta como una noticia “telegráfica”: “El grupo médico parlamentario italiano” estaba por presentar un proyecto de ley para exigir el certificado de matrimonio. No hay ninguna precisión en cuanto a responsables del proyecto ni los nombres de tales médicos. Pero la motivación que parece más real es que el mismo Bard había presentado un proyecto poco tiempo antes en nuestro Parlamento. El texto reitera básicamente los mismos argumentos ya desplegados en las notas recién vistas, pero explicita –más claramente que en los casos anteriores– a modo de hipótesis general, en la introducción y en la conclusión del texto, la relación entre decisión

⁵⁰⁵ 13/04/20, 4ª ed., p. 5.

⁵⁰⁶ 31/3/23, 4ª ed., p. 8. Leopoldo Bard (1886-1973) fue diputado nacional por el radicalismo, partido en el que militaba fuertemente desde su juventud. Como legislador entre 1922 y 1930, presidió el bloque de diputados nacionales radicales y fue hombre de consulta diaria de Yrigoyen. Se destacó por la defensa de la emancipación civil de la mujer y de su derecho al voto, su propuesta de instaurar el divorcio y su defensa irrestricta de la división tajante entre la iglesia y el Estado, la nacionalización de las fuentes de petróleo y por su reivindicación de Enrique Mosconi, la defensa irrestricta a la neutralidad argentina en la primera guerra mundial en nombre de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos, y una importante cantidad de proyectos vinculados con la medicina y la salud pública y otras cuestiones sociales. Tras el golpe militar de 1930 fue detenido y encarcelado. Además, fue uno de los fundadores del Club River Plate (Daskal, 2007).

individual y consecuencias sociales vistas desde la perspectiva eugénica:

- (viii) *¿Por qué exige este problema [el contagio de enfermedades y una progenie enferma] la intervención legislativa “preventiva” del Estado? Lo exige porque **la función de la procreación debe armonizar con los supremos intereses de la conservación y el mejoramiento de la especie humana, el eugenismo en la realidad del hecho.***
- (ix) ***Por encima del factor sentimental, de la pasión irreflexiva del capítulo romántico están los supremos y sagrados intereses de la sociedad comprometidos en tal forma.***

A partir de ello, en un apartado desarrolla un argumento para una propuesta que no había aparecido en las notas anteriores: el contagio de algunas enfermedades debía ser definido como un delito.

- (x) ***El delito de contagio de algunas enfermedades existe solamente en algunos países de alto nivel cultural, traducido en leyes de la nación; se supone que la transmisión de estas enfermedades obedece a que los pacientes no han querido sujetarse a las prescripciones facultativas y hasta que, sabiéndose afectados de dolencia contagiosa, no se cuidan ni se privan de evitar el contagio; la degeneración de algunos llega hasta realizar el contagio a sabiendas [...]. Justo es que la ley haga sentir su influjo siquiera para los que van a contraer matrimonio.***

Resulta claro que el planteo funciona argumentativamente como un exceso que atempera las posibles reacciones negativas ante la proyectada exigencia de certificado prenupcial. El conjunto de argumentos vuelve a aparecer en 1924, en una nota sin firma publicada en la portada⁵⁰⁷, en la que se presenta como noticia que la Liga de Profilaxis Social había presentado un proyecto de ley; sin embargo, en el mismo texto se informa que lo había presentado en 1921. Se trata, pues, de una estrategia para volver a enunciar la posición.

En 1925 el diario presenta otro tema vinculado con la *eficiencia* del matrimonio desde el punto de vista de la eugenesia: la edad ideal de los contrayentes. Tras enumerar las razones habitualmente enunciadas para no avalar el matrimonio entre adolescentes –madurez emocional, discernimiento, económicas–, plantea:

- (xi) *Cuando los códigos de todos los tiempos y todos los países prohíben el matrimonio entre menores de edad [lo hacen] y lo hicieron también porque la experiencia primero y la ciencia después han demostrado que el matrimonio de adolescentes contribuye al decaimiento de la raza y a rebajar las características medias del tipo humano.*

Luego presenta un argumento de autoridad: le atribuye el rol de “eugenista” de renombre, estadounidense, aunque –como estrategia habitual– no lo identifica con su nombre ni indica la fuente. Según el diario, este eugenista consideraba que el matrimonio entre adolescentes es contrario “a la belleza y a la robustez de la especie humana”. Y finalmente se alegra de que en Buenos Aires –no dice nada del resto del país– las mujeres se casaban entre los 18 y los 20 años con hombres de entre 25 y 30. Según infiere, ese rango de edades era aceptable pero se habría podido mejorar: en las “razas” modelo –las explicita: anglosajones, escandinavos, germanos– las bodas se producían en edades un poco más avanzadas.

⁵⁰⁷ “En defensa del porvenir y de la raza”, 26/4/24, 4ª ed., portada.

Pero los peligros para la salud pública y el mejoramiento de la raza no se terminan con el matrimonio: hay otros vinculados con los recién nacidos y los niños.

5.2.2. Morbi-mortalidad infantil y puericultura

Una breve nota informativa de 1922, titulada “La mortalidad infantil en el mundo”⁵⁰⁸, daba cuenta de algunas estadísticas, por ciudad: Cristianía (hoy, Oslo) tenía el guarismo más bajo (33 muertes sobre 1.000 nacidos vivos); le seguían Amsterdam (44/1000), Estocolmo (47/1000), Copenhague (48/1000), Londres (93/1000), Berlín (146/1000) e incluye como última a Bombay (630/1000). No hay datos en esa nota sobre nuestro país ni sobre demás estados americanos, pero en otra nota, también breve⁵⁰⁹, daba la cifra promedio de nuestro país: 208/1000. El índice era alto en comparación con los de las ciudades europeas.

Una nota editorial de 1922⁵¹⁰ es contundente en la enumeración de las causas de la mortalidad infantil –que también serían las de la morbilidad–:

- (i) *El problema es viejo y el asunto grave. Viejo, porque de años atrás se ha reconocido que por falta de cuidados, por incapacidad de las madres, por exceso de curanderismo y por ausencia de higiene, los niños de ciertas provincias argentinas pagan a la muerte excesivo tributo. En algunos centros industriales del viejo mundo donde para ganar su subsistencia la mujer se ve obligada a trabajar en pesados menesteres de fábricas y usinas hasta épocas avanzadas de su embarazo, la mortalidad infantil tiene esa desgraciada explicación. Pero en las provincias argentinas citadas, la actividad industrial de la mujer es nula. La explicación, en consecuencia, no puede estar dada sino por el conjunto de causas arriba citado y cuyo resumen reside en una sola palabra: **ignorancia de los deberes de madre.***

Aunque se refiere a algunas provincias –en especial a las del noroeste–, en realidad el planteo alcanzaba, a todo el país. La ciudad de Buenos Aires mostraba algunas diferencias importantes –según el mismo diario destacaba en toda ocasión–, pero también estaba afectada por el problema. En la ciudad se venían tomando distintas medidas para reducir los guarismos. Por ejemplo, en relación con el problema del empleo industrial de las mujeres, al que en el fragmento citado se desestima como causa, desde ese mismo año, 1922, comenzaría a funcionar un jardín de infantes para niños de entre 2 y 6 años cuyas madres trabajaran en fábricas (Nari, 2004: 181). Como se puede observar, pues, el foco de la problemática es el rol de la mujer como madre ignorante, rasgo que se manifiesta, según el diario, en una serie de conductas cuyo combate, implícitamente, constituye un programa de acción. Sobre esa hipótesis, el diario desplegará argumentos, con alto grado de recurrencia, especialmente en notas editoriales y en comentarios que acompañan la información de carácter estadístico sobre morbi-mortalidad infantil.

En la misma nota enuncia el modelo para atacar la causa del problema que focaliza:

- (ii) *Si tal es la explicación del hecho, el remedio no aparece como extraordinariamente difícil. Habrá que seguir el mismo procedimiento que, con resultados evidentes, implantó Estados Unidos en Cuba: **educación de las madres** –en cuyas entrañas se encierra **la grandeza de la raza**– mediante conferencias, folletos, dispensarios, ilustraciones y cinematógrafo.*

⁵⁰⁸ 17/4/22, 4ª ed., p. 5.

⁵⁰⁹ “Mortalidad infantil. Cifras de la capital federal en 1921”, 26/10/22, 4ª ed., p. 3.

⁵¹⁰ “Mortalidad infantil”, 10/2/22, 4ª ed., p. 3.

Aunque como veremos, algunos higienistas tenían muy presente la incidencia de la desigualdad socio-económica en la morbi-mortalidad, en general abordaban la problemática según el modelo de la caridad cristiana antes que como un problema social abordable desde otras herramientas (Cf. Nari, 2004: 181). Así, en cuanto a las causas, la representación que se infiere del discurso del diario tampoco presentaba ningún rasgo de tipo socio-económico, es decir, no distinguía –y otro dato que enseguida veremos confirma esta percepción nuestra– la disponibilidad diferencial de recursos materiales según clases sociales: todo el problema es una cuestión de conocimiento y es atribuido a las mujeres. En términos de Bourdieu, no sería un problema relativo al capital material sino al capital simbólico.

Otra nota editorial de unos meses después, titulada “Salvar a los niños”⁵¹¹ reiteraba el argumento y explicitaba que, aunque hubiera diferencias económicas, el alto grado de morbi-mortalidad se podía resolver con la “difusión” del conocimiento:

- (iii) *En más de una ocasión [...] hemos señalado la necesidad de llevar al seno mismo del pueblo el conocimiento de principios elementales destinados a mejorar sus condiciones de vida. No basta su difusión entre las clases sociales elevadas sino que es menester democratizar la ciencia, en estos tiempos en que todo ha sido democratizado.*

Aun cuando se refiere al saber sobre la crianza en los primeros meses de vida, el párrafo citado remite al saber en general, la ciencia, un capital simbólico al que consideraba ya distribuido en los sectores altos y que, en cambio, no llegaba al “pueblo”. En particular, esa circulación restringida del conocimiento no era suficiente para terminar con el problema puntual de la morbi-mortalidad. Utilizaba el término “democratizar” –ciertamente, en un sentido bastante actual– para un *objeto*, el conocimiento, que permitiera un acceso a una mejor condición de vida. Ahora bien, cabe destacar la distinción binaria que realizaba entre una clase social “elevada” y el resto de la sociedad, el “pueblo”, palabra que, en ese contexto, no parece tener sentido estrictamente político; además, no establecía ninguna correlación entre la distribución de bienes simbólicos y materiales. Esa distinción dejaba un amplio margen para la diferenciación social al interior, justamente, de ese “pueblo”. Y, probablemente, es esa representación la que permitiría al diario, como veremos luego, plantear una sección de puericultura que debería “educar” a ciertos sectores.

En la misma nota editorial introduce una nueva causa de la morbi-mortalidad infantil, no ligada con la ignorancia de las mujeres, que no había aparecido antes en notas previas y que, según se puede inferir de los textos, era un tema que se discutía en los ámbitos médico-políticos: la mala calidad de la leche de vaca que se comercializaba.

- (iv) *En plena ciudad de Buenos Aires muere un niño de entre 0 y 2 años cada dos horas, en buena parte imputable a la mala calidad del alimento nacional: la leche.*

Se quejaba de que era “mala y cara” cuando, en razón de su abundancia debería haber sido “buena y barata”. Y aporta algunos datos: “sobre 68 muestras de leche analizadas, 58 resultaron malas”; algunas “estaban descremadas en un 80 por ciento”, y “casi todas aguadas en un 25 por ciento”. Y agrega que, mientras la proporción de microorganismos en Estados Unidos era 1, en nuestro país era 2.000; aunque no indica la unidad de referencia, la diferencia de magnitud, de

⁵¹¹ 9/10/22, 4ª ed., p. 3.

todos modos, sorprendía. El cierre de la nota vuelve al ya repetido argumento: la pérdida de capital humano que el país “luego se empeña en traer del extranjero bajo formas de corrientes de inmigración”. El problema de la mala calidad de la leche, con altibajos, aparecerá en varias ocasiones. En una de ellas, en 1925⁵¹², tras describir la leche que se comercializaba como “un líquido blanco insustancial que contiene el germen de muchas peligrosísimas enfermedades” y de poner en relación ese alimento con la mortalidad infantil, reclamará que se reglamente “toda la actividad lechera”, es decir, toda la cadena de producción, comercialización y distribución “en la campaña y en la ciudad, organizando una acción conjunta de las autoridades sanitarias y municipales”. A partir de 1926 la mala calidad de la leche de vaca dejó de ser tematizada, aunque continuaría presente la cuestión de la lactancia materna.

La cuestión de la leche aparece ligada, pues, con otra ligada a la alimentación del bebé, que vuelve a instalar el problema de la morbi-mortalidad infantil como responsabilidad de las mujeres: la llamada “lactancia mercenaria”, es decir, la contratación de nodrizas. Aunque el problema se originaba en una práctica social de las clases altas, afectaba en realidad a los niños de las mujeres que ofrecían el servicio: en efecto, los hijos propios de las nodrizas quedaban, por lo general, al margen de cualquier control médico, de modo que, “ni siquiera” tenían “la ventaja de una alimentación artificial adecuada”, según sostiene un renombrado médico, el doctor Velazco Blanco⁵¹³, en una nota –una entrevista glosada–, de 1924⁵¹⁴. El médico planteaba, entonces, la necesidad de una ley que reglamentara la “lactancia mercenaria”, en esos aspectos, principalmente. Las madres que contrataban nodrizas reciben en el texto, de parte del médico, a través de una cita de una frase atribuida a Gregorio Aráoz Alfaro, una leve “condena” moral:

- (v) *Numerosas madres abandonan, sin causa justificada, la lactancia y la sustituyen con la mercenaria, sin considerar que con su egoísmo colocan al hijo de la nodriza al borde de la tumba [...].*

No hay ningún otro análisis de las posibles causas del fenómeno, pero es posible inferir que de ningún modo preocupaba, en ese caso, el destino del hijo de la madre de clase alta. De todos modos, el diario –y los médicos que cita o a los que les concede la voz– afirmaban la importancia de la lactancia materna brindada por la propia madre, aunque la presentaban como una verdad autoevidente. Según señala Nari (2004:179), ese discurso –en general– valoraba la lactancia pues se creía que fortalecería el vínculo madre-hijo y evitaría abandonos e infanticidios. Pero más allá de eso, había una valoración específica –vinculada con el crecimiento y el desarrollo del niño– de la lecha materna frente a la leche de vaca. Pero evidentemente había una escala: si el bebé no recibía leche de su propia madre, era mejor que recibiera –desde el punto de vista nutricional– leche de una nodriza, y recién en el peor de los casos, leche de vaca. Así, según también informa Nari (p. 182), hacia fines de la década del 20 se crearon dos “lactarios” en la ciudad de Buenos Aires que suministraban leche humana aunque no de manera gratuita. La primera venta fue en 1928, y se realizó en la sección de púerperas del Instituto de Maternidad de la Sociedad de Beneficencia; y la segunda, comenzó en 1929, en la cátedra de Pediatría de la

⁵¹² 26/10, 4ª ed., portada.

⁵¹³ El doctor León Velazco Blanco había participado activamente en los sucesivos congresos “Panamericano del Niño”, en cuyo seno se gestó el actual “Instituto Interamericano del Niño, la Niña y Adolescentes” (IIN), integrado a la Organización de los Estados Americanos. La inauguración oficial se realizó el 9 de junio de 1927 como Instituto Internacional Americano de Protección de la Infancia, y su Consejo estuvo integrado por los representantes de 10 países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, Perú, Uruguay y Venezuela). El doctor Velazco Blanco integró su primera composición, como representante de Bolivia. (Fuente: Boletín N° 13, año 2013, del IIN. Disponible en: www.iin.oea.org/IIN2011/documentos/2013/Boletin-13.pdf, consultado el 3 de abril de 2015).

⁵¹⁴ 27/9, 4ª ed., portada.

Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. El mecanismo comercial implicaba para la institución pagar a las mujeres dadoras por la leche excedente del amamantamiento de sus hijos, de modo tal que ellos no se verían afectados, y venderla a mayor precio. La diferencia recaudada se debía usar para mejorar la atención médica de la primera infancia.

Los discursos de médicos referidos por el diario presentan, como dijimos, otras posibles razones, además de las causas atribuidas exclusivamente a las mujeres, y también otra jerarquización de tales razones. Así, el mismo Velazco Blanco insiste en la entrevista recién vista con que los principales factores causantes de la morbi-mortalidad son “las infecciones y las alteraciones orgánicas transmitidas por herencia”, y a ellas se suma la mala calidad de la leche de vaca que se comercializaba. Propone entonces tres soluciones: una, “educación sexual”, destinada a evitar la transmisión de enfermedades venéreas; la “lucha contra las intoxicaciones”, en particular, el alcoholismo y, por último, la implementación del “tambo urbano”, al que se podía someter más fácilmente a una “rigurosa inspección veterinaria” y a un mayor cuidado de la asepsia del ordeño. De todos modos, el discurso evidencia que para el médico el problema, en el aspecto referido a la lactancia, era especial o exclusivamente de los sectores pobres, pues proponía que, además, se creara un cuerpo de “médicos y enfermeras visitadoras de los hogares pobres” para que le enseñaran a las madres “a preparar debidamente el alimento artificial, a administrarlo en la dosis conveniente y esterilizarlo en forma”⁵¹⁵. Y a la vez, reclama la intervención estatal, a través de la creación de un organismo “con suficiente poder y personal” como para coordinar todas las acciones sociales, incluso las de distintas “corporaciones privadas de caridad” que, aun cuando cooperaran y prestaran ayuda, no podían cubrir todas las carencias.

Poco antes, en una nota de opinión firmada⁵¹⁶ por otro médico, Enrique Bordot⁵¹⁷, se presentan datos estadísticos que indican que el 40 por ciento de las muertes de bebés de entre 0 y 1 año de edad se debían a diarreas⁵¹⁸, es decir, a una enfermedad infecciosa pero prevenible. El médico atribuye, una vez más, a la ignorancia de las madres los errores cometidos en la alimentación. Según afirma en la nota, hacia 1923 ya había 18 dispensarios de lactantes en la ciudad de Buenos Aires, y 5 institutos de puericultura. Durante los siguientes años de la década, según los datos que aporta Nari (2004: 181), no creció mucho más el número de estas instituciones: hacia 1930 eran 20 los dispensarios, y continuaban siendo 5 los institutos. Pero Bordot da cuenta, en cambio, del crecimiento de la cantidad de inscriptos, de consultas, de litros de leche consumidos y de la reducción, en proporción, de la cantidad de niños de entre 0 y 1 años fallecidos en relación con la cantidad general de defunciones⁵¹⁹. De ese modo, destaca que los dispensarios e institutos eran exitosos como herramientas para la política de reducción de la morbi-mortalidad infantil que distinguía a la capital federal del resto del país:

⁵¹⁵ Según Nari (2004: 181), recién en 1933 se crea legalmente la figura de los “visitadores de higiene”, cuyas funciones eran inspeccionar los domicilios de los niños que concurrían a los dispensarios, prestar asistencia preventiva, invitar a las madres de recién nacidos a concurrir al dispensario, recorrer maternidades para realizar tareas de propaganda, ofrecer internación para las madres sin hogar y sus hijos.

⁵¹⁶ “Protección y asistencia a la primera infancia – Lucha contra la mortalidad infantil”, 31/12/23, 4ª ed., p. 12.

⁵¹⁷ No hallamos mayores datos sobre este médico. Algunos catálogos de bibliotecas –como la Nacional del Maestro o la de la Facultad de Medicina de la UBA– incluyen su tesis, editada como libro en 1905 por Editorial La ciencia, titulada *Contribución al estudio del citodiagnóstico*.

⁵¹⁸ La estadística que brinda se completa del siguiente modo: el 18 por ciento de las muertes se debe a “debilidad congénita”; el 15, a “afecciones del aparato respiratorio”; el 10, a “enfermedades infecto-contagiosas”, y el 17 restante, a una variedad de causas no especificadas. No explicita la fuente de los datos.

⁵¹⁹ Las cifras que presenta son las siguientes: 5.014/22.869 a 3.393/23.860 (en porcentajes, sería del 21,92 al 14,22 por ciento), entre los años 1911 y 1921.

- (vi) *La mortalidad infantil en las provincias de la República es aterradora comparada con la mortalidad de la capital federal. En Buenos Aires, según [el Departamento Nacional de Higiene], la mortalidad de 0 a 2 años es de 10 por cada 100 niños nacidos vivos. En cambio, en Mendoza es de 23, en San Juan 24, en Tucumán también de 24 y en Jujuy de 29 por cada 100. Estas cifras son por demás elocuentes.*

Como veremos luego, implícitamente, estos argumentos iban a favor de la nacionalización de las políticas de salud bajo el control del Departamento Nacional de Higiene. En los años subsiguientes el diario seguiría publicando notas con este tipo de información⁵²⁰.

Ahora bien, en su descripción del fenómeno, Bordot explicita claramente a qué sector social estaban dedicadas estas instituciones y esas políticas:

- (vii) *Otras veces vienen [al dispensario] a consultar la alimentación para su hijo porque quieren colocarse de amas o de sirvientas, y es necesario hacerles comprender el peligro que se cierne sobre sus hijitos de 15 o 20 días, abandonados a manos de una cuidadora que dará la mamadera en las peores condiciones de higiene que puedan imaginarse. // Algunas veces los niños son traídos después de muchos días, a veces meses, de enfermedad, en que las madres han estado recorriendo las casas de curanderas o ensayando remedios de vecinas y cataplasmas contra el empacho.*

Estas mujeres pobres no reciben en general, en el discurso del diario una mirada comprensiva. Pero Leopoldo Bard en una nota de 1922⁵²¹ sostiene que las madres deben “ser protegidas”, e incluso reconoce que en algunos casos “son indispensables los auxilios materiales”. Aun así, en una clasificación de las causas de la mortalidad infantil, la “miseria” aparece en el mismo nivel de importancia que la “ignorancia” o que la “ilegitimidad” de los hijos, dentro de la categoría de factores “sociales” que se contraponen con las causas “esenciales” –la alimentación–, o con las “patológicas” –las enfermedades infecto-contagiosas–. Dos años después, un título sugestivo parece, finalmente, orientar el problema en otra dirección: “No cuida al niño quien no respeta a la madre”⁵²², pero es posible darse cuenta rápidamente de que nada se refiere a los aspectos socio-económicos: dos médicos que “no consideran necesario dar sus nombres” polemizan con la atribución de la causa de la mortalidad a la calidad de la leche y destacan, en cambio, razones “no atendidas” y que consideran “culturales”, de cortesía o urbanidad: no se les daba el asiento a las embarazadas en los tranvías, viajaban apretujadas, los guardas no cuidaban que los coches estuvieran en condiciones higiénicas, entre otras. Y sentencia:

- (viii) *La mujer que no tiene automóvil propio o dinero suficiente para tomar siempre un taxímetro está poco menos que impedida de salir a la calle. / La mujer grávida no inspira al vulgo ningún sentimiento de respeto, de compasión o de cortesía.*

Pero luego vuelve a responsabilizar a las mujeres, también desde un criterio que considera cultural:

⁵²⁰ A modo de ejemplo: “Aumento de la mortalidad infantil en Tucumán” (2/12/22, 4ª ed., p. 4); “Mortalidad infantil” (17/12/24, 4ª ed., p. 4), “No decrece la mortalidad en la metrópoli” (24/7/25, 4ª ed., p. 4) y “Mortalidad infantil” (24/6/26, 4ª ed., p. 2).

⁵²¹ “El problema de la mortalidad infantil – Conceptos y datos con que la comisión especial de la Cámara de Diputados estudia el asunto”, 4/11/22, 4ª ed., p. 3. Según la misma nota, la comisión a la que se refiere el título había sido creada el 25 de agosto de ese año a instancias de Leopoldo Bard, quien la presidió.

⁵²² 7/10/24, 4ª ed., p. 5.

- (ix) *Los médicos ignoran ya qué términos emplear para convencer a las mujeres de primeros meses a fin de que no frecuenten teatros y cinematógrafos, y a fin de que no bailen o de que se sometan a un régimen de alimentación y sueño. No hallan cómo demostrarles que ciertos corsés no son compatibles con una buena gestación. // No es, no, los médicos lo saben, de la leche el problema de la morbilidad y la mortalidad infantiles en Buenos Aires. Es un problema de cultura.*

Está claro que el contenido del fragmento se refiere, en general, a las mujeres de los sectores medios y altos: mujeres de sectores populares ciudadanos, empleadas de comercio, y trabajadoras de otros ramos y no –al menos, no solamente– a obreras fabriles.

Más allá, pues, de que voces autorizadas postularan otras, para «La Razón la causa central de la morbi-mortalidad infantil radicaba en la ignorancia de las mujeres respecto de “los deberes de madre”. Y esa convicción lleva al diario a iniciar la publicación de una sección fija de divulgación científico-médica titulada “Madres y niños”, con una enumeración, a modo de subtítulos, de las líneas temáticas que abordaría: “Alimentación – Enfermedades – Vestuario – Habitación – Entretenimientos – Puericultura – Educación física, moral e intelectual”. La edición comenzó el 1º de junio de 1926 y se cortó abruptamente el 21 de julio siguiente. Ocupó siempre una página completa, pero en distintas posiciones –la página 8 inicialmente, luego la 4 y por último, la 6–. Aunque duró poco tiempo –unos dos meses–, el relevamiento de esta práctica discursiva permite completar la representación que la orientaba respecto de rasgos de distinta índole vinculados no sólo con la maternidad y la crianza sino también respecto del modelo de madre que se correspondería con la clase media que postulaba. Conviene destacar que se trata de prácticas discursivas funcionalmente directivas, esto es, apuntan a lograr cambios en las destinatarias, en el plano conceptual y en el plano de las acciones concretas que, se espera, las madres implementen. Por esa razón, no hay divulgación de conocimiento de índole teórica que no esté al servicio de esos cambios que se pretenden en las conductas.

En la primera entrega de esta sección, la del 1º de junio, presenta una nota principal que da cuenta del foco central de la sección, que se mantendrá en las siguientes entregas: el bebé y el niño, como sujeto en formación. Pese al nombre de la sección, no hay atención a la madre sino como proveedora de alimentos y cuidados de diverso tipo para con el bebé. No contempla ninguna dificultad que no sea un problema relativo al bebé mismo o el niño. El extenso título de esa nota de presentación es ilustrativo:

- (x) *Siempre risueño, y algo embelesado, el niño evidencia así la normalidad, la salud y el buen desarrollo físico y moral.*

La centralidad del bebé a la que nos referimos se observa en un fragmento de esa nota en el que plantea que es necesario “no dificultar el desarrollo natural del niño”; y ejemplifica cuestionando una práctica muy extendida en la época: la de fajar a los bebés.

- (xi) *Los niños se fajan no para favorecer su desarrollo sino para comodidad de sus cuidadores, porque los manejan mejor. La faja debe ser sustituida por los cuidados maternos.*

Al buen desarrollo físico, al que considera base para el desarrollo mental –siguiendo el aforismo popular “mens sana in corpore sano”– añade la necesidad de incentivar al bebé también psicológicamente, y se opone a cualquier castigo o desatención en relación con el llanto, al que considera un indicador natural de un problema. Pero añade una dimensión novedosa y moderna

del desarrollo:

- (xii) *Y siempre que se pueda, sáqueselos a pasear, si es posible, en cochecitos. Así, mirarán y escucharán otras cosas y otros ambientes, **educándose mejor**. Y además recibirán la acción benéfica de la luz plena, del aire puro, de las brisas acariciadoras. Lléveselos a lugares donde haya vegetación, paisaje, porque allí el ambiente es mejor y mejor el aire, y **allí los niños recibirán las primeras sensaciones estéticas**, las que se grabarán en su memoria indeleblemente, contribuyendo a **modelar su espíritu hacia el bien y hacia la belleza**.*

En esta primera y en las demás entregas de la sección se mantuvo esta perspectiva respecto de la formación del niño casi como eje principal de la sección, y a ello se agregaron temáticas esperables, tales como la mejor alimentación y los valores alimentarios de las distintas dietas, la edad del destete, el modo de preparar adecuadamente el biberón, el momento del baño, entre otras.

La figura del médico ocupa, por su parte, el otro eje temático de estas prácticas. En las secciones del 2 y el 21 de julio presenta como notas sendos fragmentos de un conferencia dada por Gregorio Aráoz Alfaro en Rosario –no especifica el lugar ni la fecha precisos–, sobre la mortalidad infantil y en las que el higienista recorre el repertorio de argumentos que ya hemos visto y de los que deriva consejos también conocidos. En la segunda de las notas, instala la figura del médico en el centro del control sobre la primera infancia:

- (xiii) *Lo que importa, ante todo, es **hacer penetrar en todas las clases de la sociedad que sólo el médico y el médico especialmente competente debe dirigir la alimentación del niño** [...].*

Antes, en la primera de las notas, desde un rol más político, Aráoz Alfaro reclama expresamente la acción gubernamental como proveedora de servicios y como diseñadora de las políticas públicas de atención en la salud, y asigna a las diversas entidades de beneficencia y de protección de madres y niños, el rol de colaboradoras en esa función que, evidentemente, considera propia del Estado.

Para completar la descripción de esta sección de puericultura, es necesario agregar que en la entrega del 21 de julio, incluye una nota cuyo título indica con claridad la finalidad: “Divulgaciones científicas sobre alimentación”. Esta nota confirma algunos de los rasgos de nuestra caracterización de la representación social de la actividad divulgativa: se trata de un enunciado que aborda temas de carácter teórico y que se estructura como un capítulo de manual. El texto presenta describe una clasificación de los tipos de alimentos según criterios de su composición química:

- (xiv) *Los alimentos se dividen en dos grandes clases: los orgánicos y los inorgánicos, siendo estos últimos el agua y sales [...]. Los alimentos orgánicos, en cuya composición química entra siempre el carbono, se clasifican en dos clases, según contengan o no nitrógeno. Los que contienen nitrógeno [...] pueden ser albuminoideos, como la albúmina, la caseína, la fibrina [...]; gelatinogénicos como el cartílago [...]; alcaloides, como la cafeína, la teína [...], etc. Los principios no azoados son las grasas, las mantecas y los aceites [...].*

El hecho de que titule como “divulgación” una nota que integra la sección, indica que no

consideraba que esta última, dedicada sobre todo a dar consejos prácticos, a “enseñar a hacer”, tuviera carácter “divulgativo”. Pero esta divulgación es la autoridad que, implícitamente respalda los abundantes consejos prácticos sobre alimentación.

Por último, interesa observar a las mujeres de qué clase o sectores sociales estaba dirigida la sección. Una vez más, parece estar destinada a las de un conglomerado de sectores que conformarían lo que el diario consideraba la clase media: aquellas que no estaban en condiciones económicas de acudir a la lactancia “mercenaria” –para la época, ya una práctica casi exclusiva de la clase alta– pero tampoco a las que necesitaban asistir a los dispensarios de lactantes ni, justamente, a las que necesitaban trabajar como sirvientas u ofrecerse como nodrizas. Como ya vimos en las notas previas al inicio de la publicación de la sección, el discurso “habla” de estas últimas –sirvientas y nodrizas– pero no les “habla”, del mismo modo que, en otros textos, se refería a los obreros manuales aunque no se dirigía a ellos. Así, como vimos en el fragmento (vii), el médico Bordot se refería a las mujeres que no podían cuidar a sus hijos, básicamente por razones socio-económicas; por el otro, ya en la sección, como se observa en el fragmento (xii), el discurso incluía la estética como aspecto de la formación del niño, que poco podía interesar a una mujer sin recursos que debía dejar a su hijo en manos de cuidadores inexpertos para trabajar como sirvienta o nodriza. En una de las notas de la entrega del 16 de junio el discurso toma distancia del lujo:

(xv) *Es necesario que sus **padres, sus nodrizas, sus tutores, sus cuidadores, sus familiares**, el ambiente que lo rodea sea lo mejor posible, teniendo en cuenta que **mejor no quiere decir lujoso ni caro.***

Debemos destacar que la modalización –“es necesario que”– despersonaliza en alguna medida el mensaje, pero a la vez indica los destinatarios de la acción que promueve: aquellos que deben rodear al bebé con lo mejor posible. A su vez, delimita el alcance del sentido del comparativo “*mejor*”, para desalentar cualquier autoexclusión por parte de aquellos sectores que pueden atender al bebé con autonomía pero que no están en condiciones de rodearlo, precisamente, de lujo ni de pagar costos elevados.

La sección duró poco tiempo. Probablemente fue cerrada porque agotó rápidamente los temas que constituían el interés del diario dentro de los límites de la divulgación y comenzaría a repetirse. Hasta la última publicada, se observa un buen número de anunciantes en la página, de modo que no parece que el problema haya sido económico.

5.2.3. Los jóvenes en peligro

Los problemas que preocupaban a los higienistas y eugenistas en general no se agotaban en la atención a los bebés y a los niños. Todavía había otros problemas que atender durante el resto de la infancia y la juventud. Aunque a esta parte de la temática «La Razón» le brindará un poco menos de atención, es posible encontrar año a año al menos dos o tres notas relativas los diversos peligros que amenazaban a los jóvenes.

Una de sus preocupaciones más habituales expresadas en sueltos y eventualmente en alguna nota editorial era la cantidad de los convocados para el servicio militar obligatorio que presentaban problemas de salud, y que eran catalogados como “inaptos” en términos militares por ese motivo. Así, la convocatoria anual para la conscripción funcionaba como un “termómetro” del estado de salud de los jóvenes. El hecho de que muchos fueran rechazados por razones de salud no era para el diario un tema que estrictamente pusiera en peligro la seguridad o el desempeño

militar, sino un síntoma de un problema cuya definición adquiriría matices en las distintas notas pero que en cualquiera de los casos se vinculaba con cuestiones de profilaxis social.

En 1922, una breve entrevista⁵²³ a Alfredo L. Palacios sobre este tema en particular, sitúa el problema en el orden capitalista. El motivo de la entrevista es una visita que el para entonces ex legislador había realizado al Ministerio de Guerra para “completar datos” para un libro sobre “la fatiga de los trabajadores⁵²⁴ y su repercusión en el número de ciudadanos aptos para servir en el ejército”. Según señala, obtuvo datos acerca de la cantidad de exceptuados del servicio militar “por carecer de la talla reglamentaria y por exigüidad de circunferencia torácica”. El diario dice entonces:

- (i) *Nos mostró, entonces, [el doctor Palacios] un cuadro demostrativo del tanto por ciento de **estos desgraciados**, con especificaciones de origen, profesión, etc. Todos ellos, pertenecientes a las clases 1899 y 1900, **son obreros e hijos de obreros** [...].*

Y luego vuelve a dar la palabra a Palacios:

- (ii) *Cuando ocupaba una banca [...], probé que las madres obreras trabajaban hasta pocos días antes de dar a luz, lo que hacía que sus hijos pesaran mucho menos que los hijos de las mujeres que descansan antes del alumbramiento. **Se trata, pues, de fatiga heredada**. Por otra parte, la mala alimentación, el ambiente de la fábrica, el conventillo, las horas suplementarias de la jornada y otras muchas causas, que pesan onerosamente sobre los padres, **determinan la inferioridad de los hijos**.*

Como se observa, aun cuando no puede dejar de lado el concepto positivista de *herencia*, lo pone en perspectiva social, y ya no son conductas moralmente impugnables las razones de los males de una generación, sino las condiciones sociales a las que los progenitores son sometidos. Y responsabiliza al sistema capitalista de manera directa:

- (iii) *Todos estos miserables, físicamente, que el ejército rechaza [...] no desaparecerán sino **velando cuidadosamente por la salud de los obreros y del pueblo en general** [...], que **la sordidez capitalista y los poderes públicos descuidan imperdonablemente**.*

No es esa la perspectiva explicativa que puede tolerar el diario, aun cuando pueda aceptar que los jóvenes rechazados por el ejército por motivos de salud pertenezcan a la clase obrera y que los poderes públicos debían cuidar la salud de la población. Poco tiempo después de la entrevista con Palacios, un suelto encuadra el problema en otra dimensión: se trata de una cuestión de sanidad militar⁵²⁵ que, enraizado en la sociedad, revertía sus efectos sobre ella. Tras explicar que “un médico”, cuyo nombre omite, proponía modificar el reglamento para poder incorporar a los jóvenes que presentaban cuadros tales como “hernia, varicoceles, hemorroides, callos plantales”, entre otros, esgrime a favor del proyecto, primero, un argumento que tiende a minimizar el problema:

⁵²³ “Alarmante proporción de inútiles entre los convocados a la conscripción – Pertenecen en su mayoría a la clase obrera – Opiniones del doctor Alfredo L. Palacios”, 9/3/22, 4ª ed., portada.

⁵²⁴ Fue publicado ese mismo año por la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, en los Talleres Gráficos Argentinos, como *La fatiga y sus proyecciones sociales (Investigaciones en los Talleres del Estado)*. Fuente: página del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Psicología Matemática y Experimental – Conicet (<http://www.ciipme-conicet.gov.ar/La%20Fatiga.htm>, consultada el 20/3/2015).

⁵²⁵ “Problema de sanidad militar”, 17/6/22, 4ª ed., p. 4.

- (iv) *En muchos casos se trata de afecciones curables con una pequeña operación que podría realizarse en cualquier servicio de sanidad militar, en beneficio del ejército por el año de conscripción y del país, una vez que vuelve [el joven] a la vida civil.*

Y luego, un segundo argumento con el que completa la disociación entre los problemas de salud y las condiciones sociales:

- (v) *En la práctica del servicio le ha llamado la atención [al médico] el número considerable de jóvenes con tales afecciones, **muchas veces provocadas intencionalmente con el fin de obtener la excepción.***

Es necesario notar, por otra parte, que ya no se trata de problemas derivados de las malas condiciones alimenticias, como la talla pequeña o la circunferencia torácica insuficiente.

Unos meses después, una nota editorial⁵²⁶ llama la atención sobre el mismo fenómeno, pero esta vez circunscripto a la provincia de Mendoza donde, según plantea, el 71 de cada 100 convocados para el servicio militar habían sido declarados “inútiles”. Nuevamente, minimiza la dimensión del problema:

- (vi) *Por lo demás, no todas las incapacidades militares provienen de enfermedades llamadas de la **miseria fisiológica**. Un leve defecto en la vista, una simple desviación ósea [...] bastan para alejar al conscripto de las filas [...].*

Y además, para el diario, no hay que buscar las causas en la “miseria”, porque Mendoza era una provincia con industria donde se abonaban “altos salarios”; se trataba, afirma en cambio, de la “falta de políticas provinciales”:

- (vii) *Si en Mendoza no se ha hecho nada en el sentido de aminorar los efectos del alcoholismo que alcanza allí, como en todas las provincias del norte, manifestaciones extremas, tampoco se ha hecho mucho con el propósito de divulgar los deportes populares que terminan por alejar al pueblo de las tabernas y que **contribuyen a la larga a modificar deficiencias físicas.***

La última frase destacada es indicadora de la perspectiva neolamarckiana. Y el alcoholismo era, en tal sentido, una causa no sólo de los problemas del presente sino una promesa de problemas futuros que afectarían la salud de la juventud, y –como veremos enseguida– de la “*decadencia de la raza*”. El alcoholismo que preocupa al diario, cabe señalar, no es un problema vinculado con la pobreza, sino con la falta de educación o de mejores ofertas para soportar “la monotonía del descanso dominical”, sobre todo en el campo, donde la población no halla más que “la cancha de taba, las carreras cuadreras y la clásica pulpería, donde queda buena parte de los salarios que los trabajadores perciben”. E insiste en que se trataba de un problema de mala administración:

- (viii) *Agréguese a esta situación real **la falta de sentido económico** que domina a nuestros nativos y **que tan fácilmente los lleva a emplear su dinero en gastos improductivos en vez de mejorar su patrón de alimentación, de higiene y de vivienda**, y no será del todo difícil comprender por qué razón de cada 100 conscriptos llamados en Mendoza, 71 han sido rechazados como inhábiles para la carrera de las armas.*

⁵²⁶ “Proporción de inútiles”, 10/2/23, 4ª ed., p. 3.

El problema radicaba, pues, en que las provincias –en este caso, la de Mendoza– debían desarrollar políticas, en particular, la de incentivar el deporte, como un modo de evitar el malgasto y el alcoholismo que incidían fuerte en el índice de jóvenes rechazados por problemas de salud. Cabe señalar que, con excepción del fútbol, que para la época hacía poco había comenzado a ser popular, los deportes eran actividades propias de reducidos grupos sociales⁵²⁷. Como en otros temas, diferencia una vez más la situación de la capital federal, a la vez que reclama la colaboración privada con el Estado:

- (ix) *Una coordinación de los esfuerzos oficiales y particulares permitiría, sin duda, que el entusiasmo deportivo de la capital federal cundiese en las provincias donde hasta ahora no ha llegado [...].*

Poco más de un año después, un suelto exhibe un enorme pesimismo ya desde el título: “Nuestra raza está en trance de decadencia – Demuéstralo el aumento progresivo de jóvenes inaptos para el servicio militar”⁵²⁸. Si bien vuelve sobre los mismos argumentos recién referidos, suma una nueva preocupación:

- (x) *El problema tiene, además, otro aspecto trascendente que merece la consideración de pueblos y gobiernos. Este es relativo a la desaparición paulatina del elemento autóctono, levadura de la nacionalidad, y que es el más afectado por los gérmenes de la degeneración percibida en los exámenes médicos preliminares al reclutamiento.*

Resulta claro que la “degeneración” se evidenciaba los problemas de salud de los potenciales reclutas, pero aunque inicialmente no resulta claro a qué sector se refiere con la denominación “elemento autóctono”, según un párrafo más adelante se trata simplemente de los jóvenes nacidos en el país:

- (xi) *La comisión especial constituida por militares y facultativos, que tomó a su cargo el estudio de la situación creada al país por ese aflictivo estado de decrepitud en que se van precipitando las generaciones argentinas, ha llegado en sus investigaciones a concretar como causas principales del fenómeno étnico las deficientes condiciones alimenticias en que se desarrolla la juventud, las enfermedades contagiosas propias de la edad y originadas por el descuido de la profilaxis, y finalmente, el escaso cultivo de los deportes, especialmente en el interior de la República.*

La denominación “generaciones argentinas” parece hacer referencia a los hijos de inmigrantes nacidos en nuestro país. Del mismo modo, en ese contexto, “fenómeno étnico” parece remitir más bien a la construcción de una “argentinidad”, esto es, un conjunto de rasgos que

⁵²⁷ Si bien el deporte ya estaba asociado a una “vida sana”, estaba reservado para pequeños grupos sociales desde las últimas décadas del siglo XIX. Las primeras asociaciones deportivas fueron promovidas por residentes británicos. Así, en 1863 se conformó el Dreadnought Swimming Club; en 1865, el Buenos Aires Football Club, y en 1873, el Rowing Club. Luego, aparecieron clubes por otras iniciativas: en 1880, a instancias de jóvenes de la élite local, se funda el Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires; en 1890, el Club Ciclista Argentino y el Buenos Aires Lawn-Tennis Club; ya en los primeros años del siglo XX, a instancias de la empresa, se funda el Club Ferrocarril Oeste; los empleados de comercio de Buenos Aires, el Club Atlético Independiente, y los ferroviarios, el Racing Club. El fútbol fue el deporte que se expandió más rápidamente, y los clubes fueron naciendo juntos con los equipos. En 1893 se fundó la Argentinian Association Football League –con 20 equipos de escuelas y compañías británicas– que, en 1907 cambia su nombre por el de Asociación Argentina de Fútbol. Por otra parte, hubo un deporte estimulado por el Estado, en la última década del siglo XIX, ligado a los temores de guerra: el tiro. (Cf. Sabato, 2002: 160-162).

⁵²⁸ 13/10/24, 4ª ed., p. 3.

conformarían el grupo étnico, más deseado que existente. Por último, cabe señalar que no hay justificación ni comentario alguno acerca de las razones de las “deficientes condiciones alimenticias” ni por el “descuido de la profilaxis”.

Otra preocupación que recorre parte de la etapa que nos ocupa es la referida a las formas de sociabilidad y la educación sexual de niños, adolescentes y jóvenes, en particular por la posibilidad de la transmisión de algunas enfermedades. En 1922, aparece como un recuadro, en tapa, bajo una etiqueta que fija el tema general –“La salud pública”– una nota en la que, por un lado, el diario insiste en la necesidad de canalizar a través del deporte la sociabilidad de los jóvenes a la vez que, por el otro, muestra preocupación por las prácticas sexuales. El título específico del texto –Los baños de fango en los charcos y el desarrollo de la fiebre tifoidea – Necesidad de construir numerosas piscinas para baños infantiles en todo el municipio⁵²⁹– anticipa parte del tema.

El texto refiere la voz de un médico –cuyo nombre omite– que cuenta al periodista una escena, vista desde el tren, de unos niños y jóvenes que se bañaban en un charco⁵³⁰:

- (xii) *Hablando [...] con un distinguido facultativo radicado en Adrogué sobre [...] salud pública, nos manifestaba [que] entre Lanús y Gerli [había] tenido ocasión de presenciar cuadros bien poco edificantes, al rápido paso del tren, con la vergüenza consiguiente para las señoras y niñas que se encontraron [...] frente a ellos y con la no menos vergüenza de la algazara con que personas groseras e incultas que nunca faltan celebraban el espectáculo [...].*

Y de allí la voz del diario deriva una serie de problemas potenciales pero presentados como inexorables consecuencias.

- (xiii) *En el charco-piscina aprenden los chicos a engañar a sus padres y faltar a sus deberes; a robar fruta, primero; gallinas, después, y más tarde [...] constituyen las bandas de rateros [...]. // **Allí también aprenden los más grandes a desahogar en los más chicos sus nacientes e incontenidos apetitos de lujuria, y es de allí de donde han salido monstruos, como aquel “petiso orejudo” de horrible y trágica memoria.***

Como se puede observar, por una parte, plantea un itinerario de aprendizajes por etapas, con un eje dado por la el aumento de la dificultad para cometer cada tipo de delito y según el valor de los objetos robados. Tras señalar que en esos “charcos” ocurría de todo, hasta lo que califica de “pornográfico”, esgrime la posibilidad de que de allí pudieran salir “monstruos” como el Petiso Orejudo, considerado actualmente como el primer asesino serial de nuestro país: un chico que asesinaba chicos⁵³¹. Además, claro está, en esos charcos los chicos se podían contagiar de fiebre tifoidea, pero no es lo que más preocupa en el texto. Y también agrega otra cuestión: que en esos charcos se mezclaban, como el barro, chicos peligrosos con otros “decentes” cuyos padres no gozaban de la suficiente autoridad frente a sus hijos.

⁵²⁹ 6/2/22, 4ª ed., portada.

⁵³⁰ En todo el texto se utiliza la denominación “charco”; probablemente se refiere a lo que hoy conocemos como “tosqueras”, es decir, los pozos resultantes de las excavaciones para extraer tosca, que luego las lluvias inundan, y que suelen ser de considerable profundidad.

⁵³¹ Se trata del conocido caso de Cayetano Santos Godino, que entre los 8 y los 15 años, pocos años antes de la nota que nos ocupa, a comienzos del siglo, había cometido una serie de crímenes. Las víctimas era niños y niñas pequeños. Murió en la cárcel en 1944 (Pombo, 2010: 62-67).

En efecto, si bien según la descripción todos los muchachos parecen tener rasgos en común –los presenta como “entregados a sí mismos”, y que han abandonado ya el estudio o el trabajo–, los distintos grupos son fácilmente diferenciables:

- (xiv) *Algunos [muchachos llegan al charco] harapientos y sucios; otros con su guardapolvo de brin y los libros del colegio bajo el brazo [...] mezclados, los de hogares humildes, pero decentes, con pilluelos procedentes de los barrios “basurero”.*

Y el médico cuenta, pues, que solía ser llamado de un “núcleo de población” entre Adrogúe y Turdera, para atender niños enfermos, y que se producía con los padres siempre un mismo diálogo:

- (xv) *–¿El chico suele ir a bañarse en el charco vecino? / –Sí, doctor... / –¿No les he dicho muchas veces que no permitan esos baños? / –Sí, doctor; pero... ¡no nos hace caso!*

De ese modo aleja cualquier sugerencia acerca de alguna irresponsabilidad de los padres de los chicos “decentes”⁵³² y puede atribuir causas y responsabilidades por las enfermedades de distinto tipo a la “desidia de las autoridades”, que nada hacían –afirma– para evitar entre otras consecuencias, el contagio de la fiebre tifoidea que hacía perder “vidas que pudieron ser útiles a la sociedad”.

Como solución, exige tres acciones a las autoridades. En primer lugar, “la represión del hecho en sí mismo”, en manos de la policía, que “debe vigilar esos sitios y ahuyentar de ellos a los muchachos”; luego, “la supresión de las causas”, es decir, la eliminación de los “charcos” en terrenos fiscales y el establecimiento de la obligación de cercar y sanear los que estén en predios privados. Por último, estipula “la creación del substituto sano y honesto”, esto es, la “construcción de piletas de poca profundidad y suficiente extensión, en los parques y paseos de los alrededores”, con agua corriente para que los jóvenes pudieran bañarse, “a horas determinadas y bajo la vigilancia del guardián”. Es decir, se trata de normar o “civilizar” conductas espontáneas como la de ir a bañarse con el calor, de reemplazar la mezcla putrefacta del charco para evitar enfermedades físicas, así como la “mezcla” social que ese mismo charco convocaba, para evitar enfermedades “morales”. Y concluye el texto refiriéndose al aspecto financiero con una simplificación: “No serían obras costosas, y con ellas ganarían mucho la higiene y la moral”.

Como se puede observar, este texto alude a la sexualidad de los jóvenes, pero no avanza sobre esa arista temática. De todos modos, se puede destacar que es uno de los pocos textos en los que se alude a la sexualidad de los jóvenes –de sectores populares– e incluso a la homosexualidad. Las conductas referidas quedan dentro del concepto “degeneración” que, tal como señala Foucault (2001: 293) y retoma Ferro (2010: 21), era la gran pieza teórica de la medicalización de lo anormal”. La asociación de estos comportamientos con el caso del “Petiso Orejudo” va en esa dirección. Sin embargo, el diario no parece hacerse eco –más allá de esta alusión en general– de posiciones más doctrinarias en torno a los modos de evitar la degeneración como, por ejemplo, la que planteaba Carlos Octavio Bunge en el capítulo “La educación de los degenerados”, de su *Teoría de la educación*⁵³³. Pero un tiempo después el diario hace propio el punto de vista de la

⁵³² Probablemente, algunos lectores aún recordaran que los padres del “Petiso orejudo” lo habían denunciado a las autoridades en algunas oportunidades por las dificultades que tenían para dominar a su hijo (Cf. *Ibíd.*).

⁵³³ *Teoría de la educación* fue publicado en 1903, en Madrid, por Daniel Jorro Editor. Según Ferro (2010: 74 y ss.), en el capítulo 2, “La educación de los degenerados”, Bunge desarrolla sus propuestas que retoman –en su propia

Liga Argentina de Profilaxis Social acerca de la educación sexual y lo mantiene en otras notas.

Aunque en el título se refiere a “educación moral”, el artículo –de 1924⁵³⁴– se refiere explícitamente a la educación sexual, tal como lo planteaba la Liga, y que instala la sexualidad en el eje barbarie-civilización, en el que el primer término tiene como componente el rasgo “animalidad”:

- (xvi) [...] *La campaña contra aquellas enfermedades [sífilis y otras de transmisión sexual] debe ir doblada por otra tendiente a dar a los jóvenes sólidos derroteros de moralidad sexual, indicándoles la verdadera significación del instinto que se despierta en ellos, instinto que por permanecer ineducado, no ha salido aún de la esfera de la animalidad [...] // En efecto, hasta el presente, todo lo que a esto se refiere se ha mantenido cuidadosamente oculto a los jóvenes, **en la creencia de que la ignorancia es la mejor condición de la pureza.***

El resto de la argumentación reitera un tipo de análisis conocido: al no recibir educación sexual en el hogar ni en la escuela, los jóvenes buscan información en “fuentes malsanas” que los conducen “a la disolución y el libertinaje”. Pero lo que a la Liga de Profilaxis le interesa destacar –y el diario se hace cargo de decirlo– es que esas conductas conllevan “el peligro de contraer enfermedades” y contagiarlas. Queda claro el límite de la injerencia en la vida privada: la salud pública. Propone entonces:

- (xvii) *Una obligación se impone: la de terminar con el sistema de ocultación, imperante todavía **a causa de anticuados prejuicios**; que los padres y educadores hablen claramente a los jóvenes sobre estas cuestiones, **sin falsos pudores ni tergiversaciones inútiles y contraproducentes, encarando el problema con criterio científico y basando la moral en la realidad biológica.***

No hay ningún elemento que permita inferir cuál sería el límite de la última afirmación, imprecisión que probablemente los lectores resolverían según sus propias representaciones; de todas formas, para abordar ese problema la Liga proponía incluir la sexualidad como contenido no sólo para los estudiantes desde la escuela primaria, sino también en la formación de los mismos educadores. Y entre otras actividades, según el mismo diario informa, la Liga ofrecía –y utilizaba– películas y folletos que la misma institución editaba y distribuía. Entre las películas, el diario refiere dos que ya eran “empleadas con idénticos fines por el gobierno de Estados Unidos de América”: “Cómo comienza la vida” y “Madres, educad vuestras hijas”. E informa cuáles folletos estaban a disposición del público, cuyos títulos son claramente temáticos: “Los prejuicios sexuales y sus consecuencias”, del doctor Alfredo Fernández Verano; “A la juventud. Para el porvenir de la raza”, del doctor Adolphe Pinard; “De cómo he instruido a mis hijas sobre las cosas de la maternidad”, de Mme. Jeanne Leroy-Allais⁵³⁵.

lectura– la teoría de la degeneración fue planteada en Francia por Agustín Morel hacia 1850, retomada luego por Valentín Magnan que le quita la base religiosa postulada por Morel y la reemplaza por el concepto de “lucha por la vida”, derivado de la Teoría de la Evolución. El discurso del diario en muchas oportunidades y en distintos contextos utiliza la expresión “lucha por la vida”, con contornos difusos pero que se vinculan con esta perspectiva.

⁵³⁴ “La educación moral de la juventud forma parte de los fines que persigue la Liga Argentina de Profilaxis Social”, 7/4/24, 4ª ed., p. 4.

⁵³⁵ Para Fernández Verano, ver Nota al pie N.º 500.; Adolphe Pinard (1844-1934), fue un médico obstetra considerado el padre de la puericultura; Albert Calmette (1863-1933) fue un médico e investigador especialmente interesado en las enfermedades tropicales y uno de los productores de la vacuna BCG (ver Nota al pie N.º 441); Jeanne Leroy-Allais (1853-1914) fue una escritora y ensayista. (Fuentes: páginas web del Diccionario Académico de la Medicina –http://dic.idiomamedico.net/Pinard,_Adolphe-; de Historia de la Medicina –

Hacia el final del período que estudiamos, el tema se mantenía aunque con menos énfasis. Pero comenzó el diario a focalizar otros problemas que ponían en riesgo a la juventud, aunque desde una perspectiva diferente, no centrada en los aspectos médico-sanitarios sino en cuestiones de tipo moral y jurídica: el consumo de alcaloides⁵³⁶.

5.3. El Estado y la salud pública

Como señalamos al inicio de este capítulo, algunas de las preocupaciones que el diario ponía en evidencia eran las relativas al control de la salud pública en el plano nacional y a los modos en que se podía organizar una atención médica que pudiera atender a las masas.

Ante la insuficiente –así era presentada– atención sanitaria en el interior del país, en particular en cuanto a las enfermedades infectocontagiosas, el diario promovía la centralización en manos del Estado nacional del control sanitario en todo el territorio argentino y, de hecho, ponía en duda, entonces, la legitimidad de las autonomías provinciales en ese plano. Por otra parte, era evidente que una cantidad importante de ciudadanos, precisamente los que podrían integrar la clase media, no podían acceder a la atención médica en forma privada –más allá de las aristas negativas que, según vimos en relación con la tuberculosis, presentaba esta forma de práctica profesional– y que los hospitales eran insuficientes. El diario promovía el mutualismo como respuesta pero a la vez reclamaba la acción del Estado en la misma dirección y para reglamentar el funcionamiento de las organizaciones. Veremos en sendos apartados esas dos problemáticas.

5.3.1. La centralización del control de la salud pública: un límite al principio federal

Como hemos visto, para el diario las enfermedades infecto-contagiosas se diseminaban en todo el país ante lo que denunciaba como ausencia de políticas de los gobiernos provinciales, capaces de prevenir la aparición de enfermedades, en el marco de una organización federal planteada en la Constitución de 1853 que atribuía a cada provincia la jurisdicción sobre temas de salud pública. Esa inacción volvía infructuosas las medidas implementadas en la capital federal. Al respecto, cabe señalar que la agencia nacional –el Departamento Nacional de Higiene– intervenía directamente en cualquier parte del país cuando se declaraba una epidemia, pero no en las acciones de carácter preventivo, y permanentes. Para el diario, pues, las provincias, eran, como mínimo, ineficientes. Por lo tanto consideraba necesario *nacionalizar* los servicios de salud, es decir, recortar en esa materia las autonomías provinciales. Esta solución fue planteada por el diario durante parte de las presidencias radicales de Yrigoyen y de Alvear –en especial, entre 1920 y 1923– que se proponían, al menos en el plano discursivo, lo contrario: fortalecer las autonomías provinciales (Persello, 2000: 82-86).

En agosto de 1921, a raíz de una epidemia de viruela en la provincia de San Juan, que considera “alarmante”, el diario, en su comentario, señala:

- (i) *La pasada epidemia de gripe y la anterior, de tifus exantemático, han demostrado que las administraciones de muchas de [las provincias] carecen de medios y de recursos para luchar con éxito. **El concepto de autonomía provincial no puede sostenerse con una tenacidad digna de mejor causa.** La viruela es cosa que interesa no sólo a*

<http://www.historiadelamedicina.org/calmette.html>- y de la Agence Bibliographique de l'Enseignement Supérieur – IdRef -<http://www.idref.fr/026985276->, consultadas el 3/4/2015)

⁵³⁶ Por ejemplo: “Un joven estudiante murió víctima de sus propios excesos – El alcohol o los alcaloides le produjeron una fuerte intoxicación”, 2/8/26, 4ª ed., portada.

*San Juan sino al país entero. Si en la capital federal y en los territorios nacionales la ley de vacunación obligatoria ha dado los buenos resultados que todos conocemos, no puede estar en manos de una provincia anular sus efectos*⁵³⁷.

En este caso, aunque las administraciones provinciales aparecen justificadas –pues el discurso parece naturalizar el hecho de que “carecen de medios y de recursos”–, cuestiona la tenacidad con que un sujeto, escondido tras la forma pasiva con “se”, sostiene el “concepto de autonomía provincial”. Ese sujeto podría ser tanto cada provincia como el estado nacional.

Pero en notas posteriores amplía y complejiza esa línea argumental. Así, en un editorial de pocos meses después⁵³⁸, tras afirmar que los datos comparados de morbilidad, mortalidad y natalidad entre la capital federal y las provincias son favorables a la primera, inicialmente vuelve a justificar la situación de las provincias por la carencia de recursos e indica diferencias con la capital, sin explicitar responsabilidades:

- (ii) *El hecho responde a una diferenciación [...] profunda en higiene y en recursos. Faltan en el interior las obras sanitarias que en Buenos Aires han terminado con las epidemias y faltan, además, los recursos de las administraciones locales. // Un departamento de higiene provincial es, la más de las veces, una oficina burocrática sin medios de acción.*

Pero luego redefine el problema desde otro ángulo y atribuye a las provincias la responsabilidad por mantener su derecho de autonomía en el campo de la salud:

- (iii) *El asunto se relaciona íntimamente con nuestro sistema federal de gobierno. En nombre del principio de autonomía que les es inherente, las provincias han reclamado para sí el derecho de ocuparse, dentro de sus límites, del problema de la salud. [...] En teoría, las provincias anhelan tomar a su cargo el mayor número de funciones. En la práctica, por una vía que podríamos calificar de subterránea, tratan de delegarlas en el organismo federal.*

Desnuda así la oposición entre el decir y el hacer de las provincias. La Constitución de 1853, en su artículo 5º, atribuye a las provincias las cuestiones vinculadas con la educación primaria, pero no hemos encontrado ningún artículo en el que atribuya las cuestiones relativas a salud pública ni al gobierno federal ni a los provinciales. Pero, por el llamado “principio de reserva”, expresado en el por entonces artículo 104⁵³⁹, aún hoy las provincias “conservan todas las atribuciones que no hayan sido objeto de delegación expresa al Estado Federal, ya sea en el texto de la Constitución o por pactos preexistentes” (Sabsay & Onaindia, 1995: 375). Y en tal sentido, según se desprende de las afirmaciones del diario, las provincias tenían una doble actitud: por un lado, en el plano de los discursos, sostenían la autonomía provincial en el campo de la salud; por el otro, en el plano del hacer práctico –por vía “subterránea”, dice el diario–, trataban de que el estado federal se hiciera cargo. En el primer caso, en cuanto al discurso, es posible pensar que los gobiernos provinciales enunciaban lo que era posible enunciar por razones históricas, pero también se puede pensar que mantenían esa posición en función, precisamente, de conservar alguna ventaja económica: en virtud de la autonomía, el estado nacional era poco lo que podía hacer materialmente, excepto enviar dinero a los gobiernos provinciales para que fueran ellos los que gestionaran. No encontramos ningún texto del diario en el que explicita claramente esa

⁵³⁷ “Un peligro grave”, suelto del 18/8/21, 4ª ed., p. 3.

⁵³⁸ “La salud en el interior”, 31/3/22, 4ª ed., p. 3.

⁵³⁹ A partir de la reforma de 1994 es el artículo 121.

modalidad, pero hay algunos indicios. Por ejemplo:

- (iv) *Hemos criticado [...] la actitud poco menos que pasiva demostrada por las provincias afectadas por [el paludismo] [...]. // Hasta ahora se han limitado a pedir auxilio al gobierno federal, más o menos a la espalda de la bandera de la autonomía sanitaria agitada cada vez que la ocasión se ha presentado. En lo que se relaciona con la eficiencia del auxilio nacional nos remitimos a los largos debates que [...] se han producido en nuestro Parlamento [...]*⁵⁴⁰.
- (v) *Hace falta que las provincias dediquen al cuidado de la salud pública una parte de las energías que suelen emplear en sus asuntos de política local*⁵⁴¹.

El problema, según el ejemplo (iv), era la ineficiencia en el uso del dinero. En tal sentido, se puede inferir que, o bien los gobiernos provinciales utilizaban los fondos en acciones sanitarias que no cumplían con los objetivos que se proponían –al fin y al cabo, según el ejemplo (ii), los departamentos de salud pública provinciales eran “oficinas burocráticas” que el dinero no podía cambiar rápidamente–, o bien que los recursos eran utilizados para fines no sanitarios⁵⁴². En cualquier caso, las razones se encuadrarían en un arco que va desde la simple ineficiencia por ignorancia hasta la corrupción. En (v), el diario señala como motivo la poca atención que los dirigentes políticos provinciales prestaban a las cuestiones sanitarias en razón de que se dedicaban a las cuestiones “políticas” locales, esto es, a las rencillas partidarias más vinculadas con el reparto del poder y el dinero que con la gestión. No encontramos referencia alguna a la posibilidad de que, además, hubiera resistencia de los gobiernos –y de las élites provinciales– para implementar algunas de las políticas indicadas por el higienismo.

Ante ese estado de cosas, la propuesta del diario es “nacionalizar” los servicios de salud, es decir, ponerlos bajo la órbita del poder federal, como se observa en los siguientes ejemplos:

- (vi) *La situación exige [...] la nacionalización de los servicios administrativos que se vinculan a la salud pública en el país*⁵⁴³. // Si así no fuera, los hechos justificarían la idea tanta veces enunciada en el sentido de **nacionalizar los servicios de salud pública e higiene**⁵⁴⁴.

Esta posición implicaba que consideraba posible redefinir el límite constitucional. El antecedente al que el diario recurre es la solución que se había hallado en un pasado muy cercano, en relación con la educación primaria:

- (vii) *Frente a los hechos, hemos sostenido [en su oportunidad] la necesidad de nacionalizar la instrucción elemental, ya que un buen número de gobiernos provinciales se ha descargado de tales funciones, encomendándolas al Consejo Nacional de Educación. Frente a hechos parecidos, sostenemos ahora la conveniencia de la nacionalización de los servicios relacionados con la salud*

⁵⁴⁰ “Contra el paludismo”, editorial del 17/5/22, 4ª ed., p. 3.

⁵⁴¹ “Salud pública en el interior”, suelto del 7/2/23, 4ª ed., p. 3.

⁵⁴² El diario remite vagamente a los debates parlamentarios relativos al presupuesto para el Departamento Nacional de Higiene.

⁵⁴³ “La salud en el interior”, 31/3/22, 4ª ed., p. 3.

⁵⁴⁴ “Salud pública en el interior”, suelto del 7/2/23, 4ª ed., p. 3.

*pública. Hay que idear, pues, en materia de higiene, un sistema parecido al que la Ley Lainez implantó en la educación*⁵⁴⁵.

En efecto, en 1905 el Congreso Nacional había aprobado la ley 4874 inspirada por el senador Manuel Lainez, por la cual se autorizaba al Consejo Nacional de Educación a establecer escuelas con fondos nacionales en las provincias, pero sólo en “aquellas que lo solicitaran”, fórmula a través de la cual se pretendía dejar a salvo las autonomías. Pero, interesa destacar, además, el CNE quedaba a cargo de la gestión de tales escuelas. Tal como el diario lo percibe, fue un modo de iniciar el proceso de centralización de la educación primaria⁵⁴⁶. Ahora bien, la analogía referida en (vii) también tiene otro sentido: remite a la misma desconfianza sobre el uso de las subvenciones que el gobierno federal giraba a las provincias para la educación primaria, y que habría sido una razón implícita de la Ley Láinez⁵⁴⁷. Y esa desconfianza derivaba, para el diario, como dijimos, de la ineficiencia del uso de los fondos para salud pública por parte de las provincias.

Sin embargo, hay que considerar que la Ley Lainez había sido aprobada bajo las condiciones de lo que el Partido Radical llamaba “el régimen”, es decir, bajo los gobiernos conservadores, tributarios del fraude electoral, que no respetaban –según el radicalismo– las autonomías provinciales, y que habían amañado la organización federal de manera bastante desequilibrada a favor del poder hegemónico de Buenos Aires (Botana, 1977: 119-147). El radicalismo se planteaba, al menos en el plano del discurso, restaurar las autonomías provinciales, pues el régimen anterior había instalado gobiernos elegidos por el poder central a través del fraude (Persello, 2000: 62-82). Dado que “la bandera y el programa del partido” eran “el cumplimiento estricto de la Constitución”, el gobierno federal intervino en numerosas ocasiones las provincias argumentando que se trataba de “colocar a los pueblos en condiciones de darse sus propios gobernantes”, de “superar el vicio, el desorden y la corrupción de las costumbres públicas y privadas”. Las paradojas de ese argumento no pasaban desapercibidos para la oposición, que acusaba al gobierno de intervenir las provincias para favorecer la instalación de gobiernos radicales –cuando intervenía provincias gobernadas por la oposición– o para favorecer a ciertos sectores radicales en detrimento de otros –cuando intervenía provincias radicales– (Persello, 2000: 82-83). Ahora bien, cuando el diario plantea que no se puede insistir con el principio de las autonomías provinciales frente a las cuestiones de salud, parece estar colocándose por fuera y por encima de ese debate. Es probable que, frente al reclamo de nacionalizar la gestión de la salud pública, no solo los gobiernos provinciales sino también el propio gobierno central

⁵⁴⁵ “La salud en el interior”, 31/3/22, 4ª ed., p. 3.

⁵⁴⁶ La Ley Lainez y los debates parlamentarios tanto en cuanto a sus significados como a sus consecuencias fue estudiada desde la perspectiva de la historia de la educación. Al respecto cabe señalar que ha tenido varias interpretaciones en muchos de sus aspectos, en especial, en lo referido a un recorte de los contenidos –el “mínimum”– y a la duración, entre cuyas implicancias se ha visto que segmentaba el sistema educativo primario con saberes diferenciados para grupos diferenciados. Pero hay consenso en considerar que operó una suerte de “nacionalización silenciosa” (denominación dada por Barcos, J. *Régimen federal de la enseñanza. Hacia un nueva legislación escolar*. Buenos Aires: Cátedra Lisandro de la Torre, 1957, p. 157, apud Arata y Ayuso, 2007: 24). Al respecto se pueden ver los distintos trabajos publicados en AA.VV. (2007) *A cien años de la Ley Láinez*. Buenos Aires: Ministerio de Ciencia, Tecnología y Educación. Disponible en: www.me.gov.ar/curriform/publica/cien_anios_ley_lainez.pdf

⁵⁴⁷ Eso señala un inspector en las provincias del ministerio de Educación de la Nación, Juan P. Ramos, contemporáneo a los hechos, en su libro sobre la historia de la educación primaria publicado en 1910: “Dentro de su respeto manifiesto, en la forma, por el principio federal, la ley 4874 implica que la Nación desconfía del uso eficaz que hacen las provincias de los dineros de la subvención, y que, en consecuencia, los nuevos recursos que está dispuesta a asignar para la educación primaria en las provincias debe administrarlo ella directamente” (Ramos, Juan C. *Historia de la instrucción primaria de la República Argentina (1810-1910)*. Buenos Aires: J. Peuser, 1910, apud Dono Rubio & Lázzari, 2007: 53).

argumentara que no podía avanzar sobre la autonomía de los estados federados. En tal sentido, el siguiente ejemplo, del mismo suelto en que se refería a la “alarmante” epidemia de viruela en San Juan⁵⁴⁸ ironiza sobre esa paradoja:

- (viii) *Por uno de los tantos hechos políticos, San Juan se halla desde ayer bajo el gobierno de una intervención federal. El problema de la jurisdicción queda así eliminado. No hay inconveniente alguno, en consecuencia, en que el Departamento Nacional de Higiene tome, frente al peligro de la salud pública comprometida, una actitud inmediata y enérgica.*

Ni el diario ni, probablemente, muchos de los lectores ignorarían que la intervención federal no convertía a la provincia en territorio nacional sino que, por el contrario, la intervención debía velar por las constituciones nacional y provincial. Esta posición del diario permite suponer también que no creía en que el gobierno central, más allá del debate acerca de los aspectos políticos estrictamente relativos al poder, pretendiera mantener otras áreas –como la de la salud– dentro de los límites fijados por la constitución y sostener, en consecuencia, la autonomía provincial cuando las intervenciones federales no parecían justificadas. Frente a eso, «La Razón» parece ignorar las aristas de política general implicadas en la nacionalización de la salud pública y promueve el discurso higienista que se apoyaba en la imposibilidad de desarrollar acciones coordinadas en todo el país frente a las epidemias y endemias⁵⁴⁹.

La nacionalización del control de la salud pública era, pues, la única vía que el diario podía plantear. Además, independientemente de que la propuesta de nacionalización las favoreciera de hecho, las agencias nacional y de la capital federal eran presentadas como eficientes. En sus prácticas discursivas, el diario ensalza recurrentemente los buenos resultados de sus acciones o minimiza aquellos que resultan negativos. Incluso presenta una entrevista a su director⁵⁵⁰, más allá de que el DNH fuera siempre una habitual fuente periodística con autoridad. En esa línea, contrapone sistemáticamente la situación del interior del país con la de la capital. Los títulos mismos de los textos focalizan el interior en su conjunto como espacio de desarrollo de las enfermedades y deja a salvo la ciudad de Buenos Aires, el más importante de los territorios administrados por el gobierno nacional. Por ejemplo, se pueden observar un editorial y dos sueltos con casi el mismo título: “La salud [pública] en el interior”⁵⁵¹, y una cuarta en la que se refiere al “país”, pero diferenciando a la capital federal: “Estado de la salud pública en el país – Las condiciones en que se encuentra el municipio son excelentes”⁵⁵². Otros, focalizan explícita o implícitamente, regiones: “Morbilidad en el Litoral”⁵⁵³, “Contra el paludismo”⁵⁵⁴, enfermedad que se desarrollaba en el norte del país según ya era públicamente conocido. Estos títulos suponían, pues, que los problemas persistían en el interior y no en la capital, lo que, implícitamente, significaba que en la ciudad de Buenos Aires se llevaban adelante políticas eficientes para resolverlos. Hay una única nota –“El problema de la salud pública. Algunas consideraciones sobre el estado sanitario de la capital”⁵⁵⁵– en la que señala problemas en la ciudad. Pero esos problemas no eran epidemias ni endemias sino relativos a la atención médica, y no eran presentados como consecuencia de inacciones o deficiencias del Departamento

⁵⁴⁸ Citado en Nota al pie N° 537.

⁵⁴⁹ En Brasil, aunque con otros matices, ocurrió algo similar; al respecto se puede ver Lima & Hochman (2005: 148).

⁵⁵⁰ “El presidente del Departamento de Higiene informa sobre la salud pública en las provincias”, 9/1/23, 4ª ed., p. 4.

⁵⁵¹ 3/3/22, 4ª ed., p. 3; 23/6/22, 4ª ed. p. 3 y 7/2/23, 4ª ed., p. 3.

⁵⁵² 20/12/22, 4ª ed., p. 5.

⁵⁵³ 4/3/22, 4ª ed., p. 3.

⁵⁵⁴ 17/5/22, 4ª ed., p. 3.

⁵⁵⁵ 17/2/22, 4ª ed., p. 10.

Nacional de Higiene ni de la Asistencia Pública sino del hecho de que en el interior no se implementaban políticas adecuadas en cuanto a la atención hospitalaria, de manera que se sobrecargaban las instituciones capitalinas:

- (ix) *La escasez de hospitales regionales en el interior; la indiferencia de los gobiernos provinciales sobre este serio problema de salud pública [...] son otros de los factores que hacen convergir a esta capital caravanas de enfermos que abarrotan, por así decirlo, nuestros hospitales, cuya mayoría de asilados, a estar a una información oficial, son de procedencia provincial*⁵⁵⁶.

Como se puede observar, hay en este fragmento un deíctico fuerte que posiciona al diario claramente en la capital federal, de manera que la evaluación de las administraciones provinciales adquieren un matiz que excede lo estrictamente político.

Esta convergencia de ciudadanos del interior en los hospitales porteños, y el hecho de que la capital fuera punto de llegada de la mayor parte de la inmigración eran, según el diario, las causas principales de los problemas sanitarios de la ciudad. Y allí dedica un párrafo elogioso a las agencias de salud pública de la ciudad y de la nación que actúan en ella:

- (x) *Y de esta procedencia [la extranjera], como de la del interior, es que esta vez, con toda previsión, quieren precaverse las dos dependencias que tienen a su cargo la delicada misión de salvaguardar la salud pública.*

Los demás problemas que identifica –higiene del transporte público y de las calles, por ejemplo– no son de incumbencia directa de las agencias de salud pública sino del gobierno municipal⁵⁵⁷.

En otra nota⁵⁵⁸, en la que se refiere un acuerdo entre el presidente del DNH y el gobierno de la provincia de Mendoza para establecer una “estación de desinfección” de los medios de transporte provenientes de Chile, el diario destaca el lugar que ocuparía el DNH:

- (xi) *Por lo pronto se organizaría un servicio provisional, mediante el concurso que prestarán también las autoridades sanitarias de Mendoza pero bajo la dirección y fiscalización del Departamento de Higiene.*

En el resto de las notas, hay elogios, datos o simple enunciación de actividades normales que evidencian una atenta y buena gestión, como en los siguientes ejemplos:

- (xii) *El Departamento Nacional de Higiene [...] ha dotado [a los destacamentos del interior del país] de todos los elementos necesarios para que puedan emprender cualquier campaña a favor de la salud pública*⁵⁵⁹. // [...] *el jefe del Departamento de Higiene, que se encuentra de jira por las provincias, y que dirige personalmente las campañas, ha informado al gobierno que no ocurre nada anormal [...].// En lo que respecta a Corrientes y Chaco, [donde] las autoridades habían abandonado mucho [la anquilostomiasis], hoy la situación ha mejorado mediante la activa campaña que*

⁵⁵⁶ El concepto aparece también en “El problema sanitario”, 2/3/23, 4ª ed., p. 5.

⁵⁵⁷ Como ocurría, por ejemplo, y según se vio más arriba, con una parte del combate contra las moscas.

⁵⁵⁸ “El presidente del Departamento de Higiene informa sobre la salud pública en las provincias”, entrevista glosada del 9/1/23, 4ª ed., p. 4.

⁵⁵⁹ En “Mortalidad por gripe en los últimos años – Estado de la salud pública y medidas de previsión”, suelto del 13/5/21, 4ª ed., p. 5.

*desarrolla el Departamento de Higiene, por intermedio del Instituto Bacteriológico*⁵⁶⁰. // [El Director del DNH] *se ha preocupado de observar detenidamente el estado de los servicios permanentes del personal del Departamento de Higiene*⁵⁶¹.

Mostrar un DNH eficiente era, pues, condición necesaria para reclamar la nacionalización de los servicios de salud.

5.3.2. El mutualismo como solución

Las diversas formas asociativas –en general, y no solo las mutuales– tienen una larga tradición, pero su florecimiento en nuestro territorio como entidades “modernas” –por oposición a las que provenían del virreinato– comenzó a partir de la batalla de Caseros, cuando se eliminó la obligatoriedad de pedir el permiso del gobierno para conformar asociaciones tales como logias, clubes sociales, culturales y deportivos, asociaciones profesionales, etc. Así, estas entidades fueron “expresiones espontáneas de una sociedad civil que se iba volviendo más compleja y más autónoma respecto de un Estado que también se estaba consolidando” (di Stefano, 2002: 73). El Estado cambió, pues, su rol: en lugar de autorizar la conformación de las asociaciones, asumía ya –en términos generales– la tarea de reglamentar el funcionamiento (p. 31). También de modo general, las diversas formas de sociabilidad de las élites –percibidas como signo de civilización– comenzaron a funcionar como un modelo para la totalidad del espectro social que, según señala di Stefano, se intentaba imponer por diversas vías, por ejemplo, la prensa diaria, que se hacía eco de las actividades –tal como hacía «La Razón», como señalamos en la Parte I⁵⁶²– o la represión de las formas populares de sociabilidad, como las que tenían por marco la pulpería, que también sería reclamada por toda la prensa (p. 74); durante los años 20, «La Razón» mantuvo ese reclamo, acudiendo a distintos argumentos –tales como los perjuicios a la salud, el gasto “inútil” de dinero, el “fomento de la vagancia”– en notas diversas no necesariamente vinculadas con temas de salud pública⁵⁶³.

En términos generales, entre sus funciones más habituales, las sociedades de socorros mutuos atendían gastos médicos y de medicamentos –aunque solían excluir las enfermedades crónicas–; brindaban subsidios por incapacidad temporaria –hasta 3 o 4 meses–, gastos de sepelio y solían otorgar subsidios a la viuda y los huérfanos en caso de muerte del socio. Algunas brindaban ayuda monetaria y asistencia legal cuando el socio hubiera sido detenido por delito no infamante (di Stefano, 2002: 83; Sábato, 2002: 142). En cuanto a los fondos, provenían fundamentalmente de los aportes de los socios. En algunas asociaciones, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, había socios “protectores”, habitualmente aquellos más prósperos, que aportaban más dinero y que, además, no solían usar los servicios (di Stefano, 2002: 83). Pero ya desde las

⁵⁶⁰ En “Estado de la salud pública del país – Las condiciones en que se encuentra el municipio son excelentes”, suelto del 20/12/22, 4ª ed., p. 5.

⁵⁶¹ En “El presidente del Departamento de Higiene informa sobre la salud pública en las provincias –Ratifica las versiones alarmantes sobre la viruela y el tifus en Chile y adopta medidas para evitar su propagación en el territorio argentino”, entrevista glosada del 9/1/23, 4ª ed., p. 4.

⁵⁶² Capítulo 2, § 2.5.2. Los temas, y § 2.6. Otras prácticas del sujeto institucional.

⁵⁶³ Por ejemplo, “Represión de la vagancia y la mendicidad” (14/11/22, 4ª ed., portada), “Alcoholismo en el norte” (23/1/23, 4ª ed., p. 3), entre muchas otras. A su vez, cabe señalar que hasta bien entrada la década de 1920, la sección dedicada a cine solía hacer hincapié en los filmes con fines pedagógicos o de divulgación de ciencia, y lamentaba los horarios tardíos en que terminaban las funciones de los espectáculos comerciales. Por ejemplo: “El cinematógrafo contribuirá al conocimiento de la historia y las ciencias en la Argentina” (1/8/21, 4ª ed., p. 3), “Exhibición de películas científicas – Se proyectarán en el cine Esmeralda” (2/8/21, 4ª ed., p. 5), “El cinematógrafo en las escuelas” (3/2/22, 4ª ed., p. 5), “Próximamente Max Glüksmann estrenará el film *La expedición Shackleton al Polo Sur*”, entre muchas.

primeras décadas del siglo XX, gradualmente, las mutuales fueron perdiendo esa arista filantrópica y tendieron al aporte igualitario de todos los socios, y hasta aquellos de mejores ingresos comenzaron a acudir a los servicios mutuales, en razón del aumento del costo de la atención médica por la especialización de los servicios, la tecnología médica –por ejemplo, la masificación de las radiografías como herramienta para el diagnóstico–, y la generalización del uso de los “específicos” de laboratorios (Belmartino, 2005: 72-78; Romero, 2002: 182). Las entidades comenzaron a discutir distintas estrategias defensivas en este aspecto, dos de las cuales fueron las más importantes: la federación de entidades y el desarrollo de farmacias propias y de servicios médicos centralizados, propuestas que comenzarán a plasmarse tímidamente a fines de la década del '20 y durante las dos siguientes (Belmartino, 2005: 78-79).

Los ejes aglutinantes que daban origen a las asociaciones, la mayor parte de las mutuales –ya desde el siglo XIX– se conformaron o bien por oficios o bien, a medida que la inmigración fue haciéndose masiva, por etnias o nacionalidades e, incluso, hasta por regiones o ciudades europeos de origen. Luego, hubo otras “cosmopolitas”, y también católicas –los Círculos de Obreros Católicos, promovidos en la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, de 1891 (Belmartino, 2005: 34; Sábato, 2002: 148)–. Así, en 1853, una de las primeras mutuales fue conformada por un grupo de peluqueros franceses: la *Société Philantropique et de Bienfaisance des Coiffeurs de Buenos Aires*. Entre 1855 y 1880, se crearon mutuales de zapateros –como la de San Crispín–, carpinteros, albañiles, panaderos, sastres, talabarteros, etc. De entre este tipo de mutuales, la Sociedad Tipográfica Bonaerense sería una de las que más perdurarían– (Sábato, 2002: 114). Entre las ligadas a la inmigración, se destacan la Asociación Española de Socorros Mutuos y su par, la Sociedad Francesa, que se fundaron en 1854; en 1858, *Unione e Benevolenza* –de la que nacerá luego el Hospital Italiano–. Luego se desprendieron *La Française* –1859– y *La Nazionale* –1861–, a raíz de diferencias políticas en el interior de cada uno de esos grupos nacionales⁵⁶⁴. Hacia 1875 se contabilizaban, en total, 74 mutuales en todo el país –25 fundadas por italianos; 14, por españoles; 7, por franceses; 3, por suizos, y las 25 restantes, por distintos gremios–. Pero la cifra de 1910 da cuenta de un crecimiento exponencial: 659 mutuales que contaban en total con unos doscientos mil afiliados (Pérgola, 2010: 46). Pocos años después, el número se había casi duplicado. El Censo Nacional de 1914 registró 1.202 asociaciones mutuales (Sábato, 2002: 107). Cabe señalar que esa cantidad de instituciones estaba desigualmente distribuida desde el punto de vista geográfico: la mayor parte de las mutuales funcionaban en la ciudad de Buenos Aires, muchas menos en Córdoba, Mendoza y Rosario y, menos aún, en otras ciudades del interior. Estos datos dan cuenta de, por un lado, una fuerte dispersión de la población mutualizada en una gran cantidad de instituciones, incluso entre aquellas conformadas por connacionales. Por ejemplo, las italianas constituían el grupo más numeroso de instituciones y con el mayor grado de dispersión: 68 asociaciones mutuales de esa nacionalidad –según el Censo de Mutualidades de 1927– reunían 51 mil asociados, mientras que 18 españolas, en cambio, reunían 40 mil, y la mitad de ellos en sólo una, la Asociación Española

⁵⁶⁴ También hubo entidades de carácter mutual creadas por empresarios que buscaban contrarrestar la tendencia a la organización autónoma de los obreros y neutralizar su posible radicalización ideológica, aunque no todas estaban dedicadas a los servicios médicos. La lista de este tipo de mutuales comienza en 1888, cuando dos industriales italianos –Berisso y Gaetano Dellacha– crean una sociedad de socorros mutuos para sus empleados. Lutz y Schultz, fabricantes de implementos para hospitales, promovieron sistemas para facilitar el acceso a la vivienda; Gath y Chaves organizaron cajas de ahorros para sus empleados, conformados con fondos provenientes de ganancias; Ernesto Tornquist, en 1909, organizó una institución para brindar créditos baratos a trabajadores de distintas ramas. Se trataba de estrategias paternalistas, formas tradicionales del vínculo entre patrón y trabajador, que lo comprendían como una relación complementaria y no antagónica, a la vez que intentaban evitar la intervención de actores ajenos –sindicatos y Estado–, así como las medidas de fuerza. Pero en esta forma, la “iniciativa privada resultó escasa, fragmentaria y poco eficaz, y en conjunto no contribuyó de manera significativa a la provisión de asistencia social de las clases trabajadoras” (Sábato, 2002: 150; también, Belmartino, 2005: 34).

de Socorros Mutuos. Por otra parte, esta dispersión también incidía en la capacidad económica de las entidades, de modo que se pueden distinguir “mutualidades ricas y mutualidades pobres”, según la combinación de capacidades diferenciales en distintos parámetros –cantidad de socios, ingresos per cápita, tipo de cobertura, etc.– (Belmartino, 2005: 35-36).

Desde el punto de vista institucional, las mutuales funcionaban, en general, con autoridades elegidas libremente por los socios y la realización periódica de asambleas, aunque también en este caso, variaban en las formas organizativas particulares.

El panorama, entonces, era de un alto grado de heterogenidad en diferentes aspectos de la actividad, que evidencia fuertes dificultades para ser llevada a cabo eficazmente. Pese a ello, el discurso de «La Razón» mantuvo en el período estudiado una clara posición a favor del desarrollo de las mutuales, en general, y de las que se organizaban desde el Estado para los empleados públicos, incluso a pesar de las dificultades señaladas, en particular. Una nota editorial de 1923⁵⁶⁵ expresa de modo doctrinario los rasgos centrales de la posición del diario que dan cuenta, a su vez, de su representación de la salud pública, y que aparecen en varias notas a lo largo del período.

El primero de los rasgos es el relativo a la función del Estado y la responsabilidad de la ciudadanía en cuanto a la salud pública, así como según ya vimos, planteaba en relación con otros temas y que expresaba con cierta simpleza: no se le puede pedir todo al Estado y la iniciativa privada e individual debe hacerse cargo de lo que le corresponde; pero el Estado tiene que proveer la normativa que regule y vuelva eficaz la iniciativa ciudadana:

- (i) [La actividad mutualista es la manifestación] *de una actividad social que no puede pasar inadvertida en un país como el nuestro, donde mucho se espera del esfuerzo oficial y bien poco de la iniciativa propia. // No deja de ser altamente curioso [...] que entre el número infinito de leyes con que cuenta el país, se halle ausente la que la mutualidad se refiere. // Nuestro país carece de leyes [al respecto], bien que no han escaseado las meritorias tentativas parlamentarias presentadas [...]. **Duermen todas ellas en la carpeta respectiva de la Cámara de Diputados, esperando mejores tiempos de mayor actividad.***

Sobre el mismo aspecto vuelve en una nota de 1925⁵⁶⁶:

- (ii) *Conviene pues, sobremanera, fomentar el mutualismo entre nosotros. **El Congreso debe darnos la legislación que por demás hace esperar y cuya inercia trae aparejada guarismos sumamente acusadores.***

Desde 1913 hubo proyectos para una ley regulatoria que, sin embargo, no avanzaban. Según Romero (2002: 183), esa falta de regulación se debía a las dificultades para acordar un ordenamiento, ya “por la heterogeneidad de las entidades y la poca disposición de cada una a sacrificar parte de su especificidad”, ya por la definición de las funciones o por las formas de organización institucional y de gobierno. Recién en 1938, Roberto Ortiz reguló la actividad de manera general, por decreto.

Pero para el diario la desatención del Estado en el período no era sólo del Poder Legislativo, pues se quejaba –en la nota editorial de 1923 recién referida– de algo que no era sólo la falta de

⁵⁶⁵ “Instituciones que educan”, editorial, 26/6/23, 4ª ed., p. 3.

⁵⁶⁶ “Desarrollo de la mutualidad”, 16/2/25, 4ª ed., p. 4.

apoyo estatal a las iniciativas a través de leyes:

- (iii) [Hay] *hostilidad*, evidenciada en el *empeñoso afán fiscal* de hallar en ellas [las mutuales] *pequeñas fuentes de recursos, siquiera sea con la aplicación de la Ley de Sellos*.

El malestar de «La Razón» radica entonces en la falta de acción del Estado en cuanto a una tarea que le es propia frente a las iniciativas de la sociedad: regular, dictar las leyes pertinentes y a la “sobreactuación” en otros aspectos que resultaban perjudiciales para la actividad. Este interés en que el Estado cumpla su función específica probablemente se deba a que, si bien «La Razón» consideraba que era necesaria la intervención directa del aparato estatal en temas de salud pública, tales como las epidemias, y en la prestación a través del sistema público de atención médica a los más necesitados, no creía que fuera necesario que expandiera demasiado su esfera de actuación más allá de un servicio básico para los sectores más pobres de la sociedad. Los sectores medios y altos podían y *debían* hacerse cargo de los problemas de salud. Así pues, según señala Sábato (2002: 141), desde el período anterior –1890 a 1920– las mutuales habían logrado cubrir las necesidades de asistencia médica para una proporción importante de la población, incluso con las dificultades señaladas para su desarrollo; pero a la vez –agrega– el Estado había comenzado a ocuparse, progresivamente, de la salud pública y a reclutar médicos para las tareas específicas, de modo tal que modificó las condiciones iniciales en que funcionaban las mutuales al competir con ellas en algunas franjas de población. Evidentemente, el doble reclamo del diario –por un lado, la acción directa en algunos aspectos médico-sanitarios, como las epidemias; por el otro, en cuanto a las mutuales, que se limite a su función específica de legislar– es una manifestación concreta de una tensión entre la autorregulación y la regulación estatal que estaba en las representaciones acerca de las funciones propias de cada actor social, en una sociedad que se iba complejizando aceleradamente (Cf. Belmartino, 2005: 106-107).

En el marco de esa tensión y en la posición que al respecto toma el diario exige una alta valoración la organización autónoma de sectores de la sociedad, apoyada en las grandes expectativas que despierta el sistema:

- (iv) *Si cada gremio o profesión llegase a organizar su propia mutualidad con bases matemáticas serias a fin de que los ingresos bastasen para cubrir los riesgos calculados, el país experimentaría, de golpe, un salto de extraordinario progreso. Desaparecería en buena parte la miseria y la enfermedad que, si no siempre, son hijas de la imprevisión y de la ignorancia.*

Resulta claro que la frase “bases matemáticas serias” remite a las dificultades económicas con las que debían lidiar las entidades y permite inferir que para el diario tales dificultades se debían a una cuestión de administración y de una cuota societaria adecuada. Pero resuelto ese problema, el sistema se volvía muy prometedor. Según señala en otro párrafo, ya pasaban “de 700.000 las personas afiliadas a las diversas instituciones” mutualistas, un número que, comparativamente –y pese a todo– situaba a la Argentina en un lugar respetable en cuanto al desarrollo de esa forma de atención: “Necesario es convenir que no es del todo exacta aquella repetida frase según la cual la mutualidad argentina se halla en pañales”.

Esas mismas altas expectativas sostienen el interés del diario por las entidades mutuales que surgen en el mismo ámbito de la Administración Pública y del sistema educativo. De hecho, la nota editorial recién referida estaba motivada por una “Asamblea General de Delegados de la Mutual Antituberculosa del Magisterio”, una de las más importantes por su tamaño. Y unos años

después, en 1926, un breve daba cuenta de que la Federación del Magisterio Bonaerense había solicitado al gobernador de la Provincia –por entonces, el radical Valentín Vergara– que interviniese para crear “una sociedad denominada Mutualidad Antituberculosa del Magisterio de la Provincia de Buenos Aires”; según la nota, el gobernador había expresado estar dispuesto a llevar adelante el proyecto. En otra nota editorial, anterior, de 1922⁵⁶⁷, festejaba que a través de una circular “el ministro de Relaciones Exteriores” –Honorio Pueyrredón– invitara “a sus colegas de gabinete a desarrollar una acción conjunta con el fin de fomentar la formación de mutualidades destinadas a la lucha contra la tuberculosis”, y volvía a insistir con los argumentos ya vistos a favor de alentar y generar las condiciones para el desarrollo del mutualismo en temas de salud, en tanto se trataba de un modo de acción de la sociedad misma. Vuelve entonces a aparecer el rasgo señalado respecto de los límites de la acción del Estado:

- (v) *Los estragos del mal terrible –la plaga blanca– han impuesto en todas partes del mundo métodos de lucha a base de acción social. No se cree –y el criterio es justo– que la sola actividad del Estado basta para aminorar las cifras de una estadística cada vez más alarmante. En asuntos de esa índole, tan vinculados a lo individual, el Estado puede poco y los individuos mucho. Su libre asociación en sociedades mutualistas equivale a una multiplicación del poder de los medios de prevención y de curación.*

En esa misma nota, «La Razón» plantea un problema de otra índole:

- (vi) *Encontramos, sin embargo, un defecto en la proposición ministerial a que hacemos referencia. La necesidad y la conveniencia de que los empleados de la administración pública se asocien en mutualidades son tan evidentes que no habría para qué puntualizarlas: pero no parece indicado que la única finalidad de tales asociaciones haya de ser la de la protección contra una sola enfermedad, la tuberculosis.*

Y plantea luego que el inconveniente para los empleados sería la necesidad de afiliarse a una segunda mutual para cubrir las demás necesidades de atención médica. Sin embargo, como se dijo más arriba, es probable que la organización de mutuales en función de una enfermedad como la tuberculosis se derivara del hecho de que la mayor parte de las entidades, en realidad, no atendían enfermedades crónicas o con alto grado de cronicidad, además del nivel de incidencia – como era el caso de la tuberculosis–. Tampoco ve adecuado que se organicen mutuales por ministerio o dependencia. En ese sentido, «La Razón» sostiene –porque “la unión hace la fuerza”– la necesidad de la organización de una gran mutual de todos los empleados públicos o bien la federación de las existentes. En este sentido, reproduce los planteos que, como estrategia defensiva –según recordamos más arriba– se habían hecho las entidades frente a los problemas financieros. En 1918, en un congreso de mutualistas organizado por el Museo Social Argentino, se propuso integrar los servicios médicos y farmacéuticos de distintas entidades, pero se constituye finalmente en 1921 y eran sólo 13 sociedades; la experiencia duró poco tiempo. Recién en 1936 –ya fuera de nuestro período de estudio– se constituyó la Liga de Entidades Mutualistas, y en 1940, la Liga Argentina de Entidades Mutualistas, con mayor representatividad (Belmartino, 2005: 79-80; Romero, 2002: 182).

5.4. El curanderismo

El curanderismo y, en general, el ejercicio ilegal de la medicina, al igual que –según vimos– las

⁵⁶⁷ “Tuberculosis y mutualismo”, 21/1/22, 4ª ed., p. 4.

adivinas suburbanas, fueron objeto en el discurso del diario, a lo largo de todo el período, de campañas que apuntaban a reprimirlos, aunque hubo una actitud en alguna medida respetuosa de la figura de la “Madre María” y una excepción notable al final del período: el caso del médico vasco Fernando Asuero. En cualquier caso, la representación del “curandero” es bastante ingenua. La revisión del corpus permite observar rasgos en tres aspectos: uno, de un nivel casi “epistemológico” –para aproximar el sentido que queremos expresar–, es el que pone en relación el curanderismo con la medicina en cuanto al origen histórico de sus prácticas; el segundo, el relativo a la relación entre la práctica médica de ese momento y el curanderismo y, por último, los rasgos de las prácticas curanderiles mismas y su relación con la religión.

En dos notas de 1921 el curanderismo aparece ligado a la medicina, en un caso, como un antecedente histórico; en el otro, como si se tratara sólo de una diferencia de grado en cuanto a la formación necesaria. Así, en una de ellas⁵⁶⁸, ironiza sobre las posibilidades de ganancia económica que ofrecían algunas profesiones –además de la de médico, la de abogado–, al comparar la valoración social de la que gozaban en ese momento con la que habían tenido en el medioevo, y al colocarlas –junto a otras– dentro del conjunto de las actividades profesionales ligadas con la muerte:

- (i) *Médicos, boticarios, abogados, albaceas y enterradores forman capítulo especial, como si todo correspondiera a la vecindad de la muerte. Hay que admirar, si no el acierto, la franqueza de la agrupación. Verdad es que en otro tiempo los abogados no tenían la consideración social de que, a justo título, disfrutaban hoy, ni los médicos (fysicos) gozaban del auspicio a que su ciencia y su abnegación les dan derecho. Eran para la sociedad y la ley, una especie de «aves negras» los primeros, de curanderos o adivinos los segundos.*

El carácter casi servil, lejano de cualquier rol social sancionado legalmente y, si se quiere, acientífico de la medicina en el pasado, la ponía en el mismo lugar que ocupaban el curanderismo y la magia. Según este texto, pues, había cierto “origen” común. Destaca que, antes que darle algún lugar central, la ley –en ese pasado medieval– más bien tendía a proteger a los individuos frente a los médicos. Cita “viejos códigos” –que no identifica–, para ejemplificar:

- (ii) *Si algún fysico sangrare a algun omme libre e si enflaqueciere éste por la sangría, el fysico debe pechar C a L (100 a 500) [sic] sueldos e si muriere (aquí lo grave) **metan al fysico en poder de sus parientes, que fagan dél lo que quisieren.** // E si fuere siervo que enflaqueciere o muriere por sangría, el fysico entregue otro tal siervo a su sennor.*

Y concluye:

- (iii) *Como se ve, hace algunos siglos no le tenían mucha confianza a los médicos; hasta la ley tomaba precauciones contra ellos para evitar «enganno [sic] o maldades que podrían avenir del fysico», en tales ocasiones.*

En el otro texto del mismo año⁵⁶⁹, el diario toma partido a favor de los farmacéuticos de la provincia de Córdoba, en el marco de una disputa que se había desatado a raíz de que el gobernador⁵⁷⁰ había autorizado por decreto a los “idóneos para que ejercieran de farmacéuticos”,

⁵⁶⁸ “Gripe, médicos, abogados y otras yerbas - ¡Todo tiene sus compensaciones!”, 27/6/21, 4ª ed., p. 3.

⁵⁶⁹ “Beligerancia farmacéutica”, 15/8/21, 4ª ed., p. 3.

⁵⁷⁰ Se refiere a Rafael Núñez, gobernador de Córdoba entre 1919 y 1922 (Fuente: Bischoff, Efraín -1979- *Historia*

ante la escasez de profesionales con título. En defensa de la profesión, vuelve a aparecer la figura del curandero, ahora ya no como antecedente histórico sino como una variante puramente empírica de la medicina:

- (iv) *La medida no se fundaba –debemos creerlo– en un criterio de despreocupada indiferencia por la salud y la seguridad de los habitantes de la provincia. El asunto sencillo, y aparentemente fácil, de despachar recetas envuelve una responsabilidad, una técnica tan comprometida, que ningún mandatario puede olvidar o desconocerla. Pero el caso es que los idóneos, es decir, los personajes empíricos y subalternos de las boticas, resultan hallarse en Córdoba, por obra y gracia de un sonado decreto, en aptitud de dárselas de farmacéuticos con diploma. [...] Una de las fases más interesantes y pintorescas del conflicto, la ofrece hoy por hoy la publicación de anuncios satíricos, dirigidos, por ejemplo, a los curanderos, incitándoles a gestionar el título de médicos, ya que las autoridades, según dicen, acuerdan el de farmacéutico a los “peones de botica”.*

La frase humorística que el diario reproduce sin crítica no parece remitir sólo a un problema de falta de diploma, en tanto cuestión burocrática, sino más bien a un problema de conocimiento y de responsabilidad. Pone en paralelo al idóneo de farmacia con el curandero: y en tal sentido ambos serían empíricamente hábiles hasta cierto nivel de actividades, pero desconocerían los aspectos teóricos de la profesión y, por lo tanto, no estarían en condiciones de evaluar situaciones o de tomar decisiones fundadas. No hay pues, en estos rasgos representados en el discurso, una base de magia o de mera fe religiosa detrás de la práctica de los curanderos; hay un problema de falta de un saber suficiente, pero dentro del campo mismo del “arte de curar”.

En parte, ese rasgo que caracteriza al curanderismo como una práctica sólo sostenida empíricamente, como una versión degradada de la medicina, se ve reforzada por otra asociación de dos realidades que el diario realizaba implícitamente a veces y que hizo explícita desde el título mismo en un suelto de 1922: “Para combatir el curanderismo hay que mejorar la atención hospitalaria”⁵⁷¹. La nota señala que eran los sectores pobres –de hecho, los únicos sin otra alternativa– los que debían acudir al hospital, pero destaca que, sin embargo, preferían “ponerse en manos de cualquier curandero o vecina más o menos habilidosa en cuestión de parches y ungüentos”. Más allá de que refiriera una actitud basada en una representación presente en los sectores pobres, la frase permite entrever que para el diario, de todos modos, era posible reconocer un rasgo vinculado con la cura de enfermedades aun cuando se tratara de una práctica sustentada en una “habilidad” puramente empírica.

A continuación, el diario explica las razones de esas actitudes de los sectores pobres, y si bien considera que la mala atención hospitalaria no era el único motivo, lo destaca:

- (v) *Muchas veces sin razón, pero desgraciadamente algunas otras con toda la del mundo, nuestro proletariado, las gentes sin recursos que pueblan tanto nuestras ciudades como nuestra campaña, sienten por el hospital mantenido oficialmente, un horror invencible [...] // En ocasiones [...] es [...] el apego al hogar lo que los retiene; pero la mayoría de las veces, es la seguridad cierta o errónea en que están, de que en el hospital no se les prestarán los cuidados que necesitan y que tal vez, si su “caso” llegara a ser “interesante”, servirán de instrumentos de experimentación,*

de Córdoba: cuatro siglos. Buenos Aires: Plus Ultra).

⁵⁷¹ 28/1/22, 4ª ed., p. 6.

sin que nadie se interese ni remotamente en que sanen o no, si ya el caso ha quedado definido.

Y, aun cuando matice el alcance de su propio argumento, el diario aclara que efectivamente, hay cierto grado de verdad en la acusación de mala atención:

- (vi) *La irónica contestación de “¿para que me maten”, cada vez que se aconseja hospitalización a algún desgraciado que está en el caso, es la usada siempre y ella sola dice bien a las claras la confianza que merece la asistencia social que entre nosotros se ofrece. // Felizmente, tales desconfianzas son infundadas la mayor parte de las veces, lo que no quiere decir tampoco que indefectiblemente lo encargados de esos establecimientos se conduzcan con la preparación y cuidados necesarios.*

Tras recordar el caso de las denuncias contra el hospital Ángel Padilla, de Tucumán, sobre las cuales se había informado un tiempo antes⁵⁷², el diario concluye:

- (vii) *Mucha razón hay indudablemente para combatir el curanderismo, pero mientras a los enfermos que se atreven a ir a un hospital se los atiende en esa forma, todo será predicar en el desierto, pues a nadie van a convencer de las ventajas que la hospitalización pueda reportarles.*

La preocupación del diario evidencia que se trataba de los sectores que no tenían acceso a sistemas mutuales –que, como vimos, más allá de su auge, tenía un alcance limitado–; mucho menos, a una atención médica privada.

Ahora bien, además de esos rasgos que ligaban el curanderismo con la medicina, y de las razones que llevaban a los sectores pobres a caer en manos de curanderos, el diario exhibía otra preocupación: el acceso de sectores de clase media o alta a diversas formas del curanderismo. Y ese fenómeno lo explica desde el otro vínculo que el curanderismo establecía –y establece–: con las religiones y el pensamiento mágico. Una nota de 1921 pone en evidencia que el diario, aun cuando respetara las creencias religiosas en general y a la católica, en particular, no era dado a creer en “milagros” –al menos en temas de salud– y prefería buscar o sostener explicaciones más terrenales. El texto, titulado “En plena época de milagros”⁵⁷³, recupera como punto de partida, una noticia que había circulado ya: un soldado, Vicente Manca, natural de Cerdeña, había recobrado el uso de las piernas después de un largo período de parálisis, por haber invocado a la Virgen en la basílica de San Pedro. El diario señala que era un tipo de fenómeno común en esa época, pero la explicación de la cura no es el milagro:

- (viii) *Los beneficiados [por los supuestos milagros] son, en su casi totalidad, los afectados por enfermedades nerviosas, y esta circunstancia proporciona una base científica a las explicaciones y comentarios sobre los hechos de referencia. // La terrible estada en las trincheras y los demás horrores de la guerra han sido causa de los más graves desequilibrios morales. // Sin embargo, la crisis debía tener su solución. Las masas*

⁵⁷² En la misma nota, el diario recuerda las denuncias previas relativas a desperfectos en las cañerías y en las cloacas del hospital, que habían llevado a utilizar pozos ciegos comunes que ya estaban prohibidos, y a obtener agua de otro pozo contaminado con residuos de farmacia; y suma una denuncia más: había un enfermo al que no le habían cambiado la ropa interior y al que habían encontrado, a raíz de esa desatención, “lleno de larvas”. Resulta claro que la circulación de este tipo de datos degradaba la confianza del sistema hospitalario en general, más allá de la circulación social de experiencias diversas de pacientes y familiares.

⁵⁷³ 18/8/21, 4ª ed, p. 3.

vuelven paulatinamente al viejo pero seguro camino de las conquistas graduales; los individuos se curan física y moralmente.

Y la religión, en todo caso, tiene otro efecto, el de tranquilizar, y eventualmente el de dar un marco explicativo simple para los cambios beneficiosos que trae la recuperación de la vida durante la paz y tras el desastre de la guerra:

- (ix) *La fe religiosa ha proporcionado un elemento notable a la vuelta a la normalidad de los espíritus, azotados por la terrible tormenta bélica. // Desde la época de las hostilidades, se ha comprobado una reacción evidente hacia la práctica del culto y las manifestaciones de fe; soldados y oficiales concurrían a los templos y santuarios y muchos de ellos no vacilaron en atribuir su curación física y moral a la intervención de la Virgen o de los santos de su devoción.*

En la misma línea, todo el curanderismo que se apoyara en cuestiones religiosas o “espirituales” podía ser pensado como un fenómeno análogo. Así, algunas curas –reales o supuestas– de ciertas enfermedades podían deberse al tipo de “enfermedad”, por ejemplo, las “nerviosas” –hoy incluiríamos sin duda a la depresión entre ellas–, pero en los casos de enfermedades “orgánicas” o infecciosas, la fe en los curanderos podía llevar a la muerte por falta de atención médica.

Cuando describe la práctica de los curanderos, pone en evidencia las diversas redes sociales en las que estaban inmersos. Una nota de 1923⁵⁷⁴ lo señala:

- (x) *La credulidad de las gentes de toda condición social es un filón que saben aprovechar ciertos individuos, obteniendo pingües utilidades. [...] // Reparten folletos y volantes en las casas y calles de la ciudad y llegan hasta insertar avisos en ciertos diarios. Para la propaganda, lo mismo eligen la calle Florida que las puertas de los teatros y cinematógrafos, detalle que indica el poco temor que les tienen a las autoridades.// Contra lo que se supone generalmente, la clientela está formada por personas de toda condición social, que no sólo creen en sus virtudes sobrehumanas, sino que los defienden de la acción de las autoridades. Algunos de esos curanderos actúan en política, cooperan al sostenimiento de los comités y realizan abierta propaganda a favor de sus convicciones.*

Tras describir los modos de operar, indica nuevamente que la mayoría de los curanderos “explota el fanatismo religioso”, y luego ejemplifica con el caso de un curandero que en otra época había sido perseguido, pero que en ese momento estaba bien instalado en un “barrio cercano a la capital”:

- (xi) *A su consultorio, establecido en una linda casa de su propiedad, concurren los ricos y los pobres. Pero no se crea que esto resulta tan fácil como se dice, pues para hacerse recetar, es necesario llenar una fatigosa serie de requisitos. Con decir que desde las primeras horas de la mañana los coches de cierta línea del Anglo-Argentino van llenos de personas con rumbo a este consultorio...*

Y luego describe con abundancia de detalles el modo de operar: una persona entregaba números por orden de llegada, cobraba por cada uno y en el precio estaban incluidos los “yuyos” que daba

⁵⁷⁴ “Brujos, curanderos y adivinas”, 1/10/23, 4ª ed., p. 4.

como medicación; no quería que los “pacientes” le dijeran la dolencia que los aquejaba sino que se jactaba de adivinarlas al anotar el nombre de la persona en un papel. El *modus operandi* así descrito da cuenta de la presencia verdadera del cronista –o de la fuente– en el lugar, de modo que evidencia la facilidad para el acceso y destaca, por contraste, la inacción de las autoridades, que le permitían llevar a cabo lo que en otra parte de la nota el diario considera “ejercicio ilegal de la medicina”.

De manera análoga, la nota presenta un segundo ejemplo, el de la “Madre María”, a la que en esta oportunidad trata de “bruja”, pero con una capacidad enorme para atraer “pacientes” de toda clase social:

- (xii) *Como en el caso anterior, aunque su clientela más fanática está formada por personas de humilde condición social, concurren a verla muchas señoras distinguidas. // A diario se ven en la cuadra de su domicilio lujosos automóviles particulares. Además, ha conseguido ilimitada impunidad, entre otras causas, porque una buena parte de su clientela está formada por agentes de policía. Esta mujer acostumbra a recetar curiosos regímenes a los enfermos, todos a base de agua fría.*

Y dedica unos párrafos a describir el modo de trabajo:

- (xiii) *Según su corte de fanáticos, basta beber agua invocando el nombre de esta bruja y el de cierto santón⁵⁷⁵ que le delegara su poder, para sanar de las más terribles enfermedades. Por supuesto que la sugestión obra verdaderos milagros en los clientes, pero cuando los enfermos se mueren, ella se limita a decir que es a consecuencia de que no han tenido fe en su poder divino o que no han cumplido al pie de la letra sus instrucciones. // Puede creerse que esta curandera es más peligrosa que el anterior, porque hace discípulos entre sus clientes más fanáticos, concediéndoles su supuesto don sobrenatural.*

Tras ejemplificar con estos dos curanderos, plantea el problema y describe un modo de funcionamiento de las autoridades, al menos las policiales, que favorecen lo que considerará en notas sucesivas, la “plaga” de los curanderos:

- (xiv) *Se dice que no se ha legislado aún sobre el ejercicio ilegal de la medicina. Los contraventores sufren un castigo leve que sólo sirve para arraigar el fanatismo de los que creen en ellos. // [...] // Pero ni el hecho en sí ni sus frecuentes consecuencias consiguen sacar de su desidia a las autoridades del Departamento Nacional de Higiene y a las de policía. De vez en cuando, como para prevenirse contra las censuras del público y de los diarios, se procede a la detención de cualquier curandero poco conocido; pero sin molestar para nada a los que explotan vastamente ese “modus vivendi”, en perjuicio de la salud de la población, de la buena fe de las gentes y de los intereses de los médicos profesionales.*

Como se puede observar, al perjuicio de la salud agrega el que sufren los “intereses” de los médicos, aspecto sobre el que prácticamente no vuelve a insistir explícitamente.

⁵⁷⁵ Se refiere a otro famoso curandero, Pancho Sierra, que habría curado a quien luego sería la Madre María de un cáncer de mama. Ver más adelante, Nota al pie N° 581.

Pocos días después publica una continuación de la nota recién referida⁵⁷⁶, en la que ya extiende el concepto: el curanderismo es “ejercicio ilegal de la medicina”, y a ello hay que sumarle el charlatanismo médico, que tiene a criterio del diario, efectos similares.

- (xv) *La especie [de los curanderos] ha aumentado considerablemente, sumándose a ella no pocos profesionales, escasos de escrúpulos y sedientos de ganancias a cualquier precio que, amparados por su título, son otros tantos Dulcamaras⁵⁷⁷ que, por cierto, no honran a la ciencia médica, que debe ser un verdadero apostolado.*

Y tras señalar que Gregorio Aráoz Alfaro se había propuesto sacar al Departamento Nacional de Higiene “de la anquilosis en que vegetaba”, y que combatiría “enérgicamente el charlatanismo, sin título o con título”, se asombra:

- (xvi) *No es posible que en el grado de progreso y de cultura a que ha llegado la capital de la Republica, se consienta la existencia de esa “maffia” que promete curar lo incurable, hacer la felicidad de los desgraciados, rejuvenecer a la ancianidad decrepita, restablecer el amor perdido, adivinar el porvenir incierto, sacar e infundir el “daño”.*

A partir de estas notas, en los años sucesivos hasta 1928 dedicó –aunque con una baja frecuencia de notas por año– una campaña contra esa “maffia” a la que denominará casi exclusivamente como “plaga”⁵⁷⁸. Como dijimos un poco antes, en general la perspectiva que sustenta el diario es bastante ingenua o superficial: en ese discurso, es la falta de cultura la que favorece centralmente la existencia de curanderos. Como señala Belmartino (2005: 88), era el argumento en que se apoyaba el reclamo de soluciones a corto plazo, represivas, y que otorgaba a la élite “la facultad de ejercer una especie de *autoritarismo protector*”. Las miradas más complejas, que implicaban cuestionamientos a los modos en que se desarrollaba la medicina, apenas si fueron aludidas, como vimos, en sus aspectos más obvios: la mala atención hospitalaria. E incluso no hay registro de que se percibieran cuestiones culturales más profundas, tales como la persistencia de sistemas de creencias populares propias de los sectores sociales europeos de los que provenía la mayor parte de la inmigración, o de la herencia criolla y originaria, o de fuente africana, como raíz de las resistencias a la medicalización que el diario propagandizaba. O mejor aun: todos esos sistemas eran incluidos, sin análisis alguno y sin matices, como una única *falta*: la ausencia de cultura.

En octubre de 1928 murió la Madre María, y el diario cambia en parte su actitud, pues suaviza su juicio. Del mismo modo en que, como vimos, distinguía a las adivinas confiables, que atendían a clientes de sectores medios y altos en coquetos “saloncitos”, de las otras, las de los barrios pobres y los tranvías, en la nota necrológica⁵⁷⁹ por su muerte distingue a la Madre María de los demás curanderos. Por una parte, y como parte de la justificación por el cambio de actitud asumida, el diario destaca que la existencia de esta curandera era un parámetro más que permitía colocar a Buenos Aires en línea con las grandes ciudades del mundo, de modo que su presencia, en algún punto, era un buen indicador:

⁵⁷⁶ “Brujos, curanderas y adivinas”, 5/10/23, 4ª ed., p. 3.

⁵⁷⁷ Se refiere al personaje de la ópera *El elixir del amor*, de Gaetano Donizetti.

⁵⁷⁸ Por ejemplo: “Juego y curanderismo” (15/5/24, 4ª ed., p. 4); “El curanderismo constituye una plaga” (22/9/25, 4ª ed., p. 7) y “Contra los curanderos y otros charlatanes – La policía está dispuesta a activar su campaña” (16/7/26, 4ª ed., portada).

⁵⁷⁹ “La Madre María ha fallecido...”, 3/10/28, 5ª ed., p. 9 (los puntos suspensivos están en el original).

- (xvii) *Llenó [la Madre María] media crónica en la vida milagrosa de Buenos Aires. Como París, como Londres, como Nueva York, como todas las ciudades inmensas y nerviosas, Buenos Aires tiene su fe en lo extraordinario. Lo extraordinario fue, durante décadas y hasta hace bien poco, la Madre María.*

Pero esa misma existencia no deja de ser, sin embargo, un indicador de ignorancia:

- (xviii) *Una palabra –a veces media palabra–, unos pases de mano y unas gotas de agua en ayunas bastábanle para obrar el milagro. El milagro era la curación de las más variadas enfermedades, lo mismo una parálisis que una úlcera. Afirmaban que curaba... Psicoanálisis, sugestión.*

La condición de curandera “aristocrática” estaba dada por algunas características que, en la enumeración del diario la distinguirían, y una de ellas era, en un razonamiento falaz, la distinción de la clientela:

- (xix) *Clientela inmensa fue, también, **clientela distinguida**. No fue la Madre María la vulgar adivina de la calle Rincón –barriada de pobres gentes–, ni el fakir egipcio últimamente instalado en plena calle Florida. No manejaba el “tarot” de las que en París predicen el destino por lo que van diciendo las cartas ni el globo de cristal con que en Nueva York las “palmistics” dicen la buena ventura por el estudio de las líneas de la mano. // No recurrió a la borra dejada en la taza de café ni a los caprichos del plomo derretido.*

Pero, como se observa, la distinguía también el hecho de que no acudía a los artilugios más o menos comunes y esperables de toda adivina, bruja o curandera conocida, y tal vez por eso –pero no afirma explícitamente la relación causal– tenía otra clientela.

- (xx) *De más elevada alcurnia dentro del gremio, mantuvo un rango superior. Los automóviles particulares parados frente a su casa, la cantidad de personas que de provincias y aun de Montevideo venían a consultarla, los regalos que en los días de su cumpleaños recibía y aun las recepciones que daba, la distinguieron de la vulgar “madre Rita” o del curandero de arrabal.*

Sin embargo, esa distinción no cambiaba para el diario la cuestión de fondo:

- (xxi) *Fue como la aristocracia de una videncia que, en definitiva, no consiste sino en explotar con habilidad la dosis infinita de credulidad que la ignorancia encierra.*

Esta cobertura continuó al día siguiente con una extensa crónica en la que daba cuenta del enorme homenaje popular en el que se había convertido el sepelio de la Madre María y, a la vez, del impacto que esa movilización había provocado en el diario mismo. El título lo anticipa al tiempo que mantiene cierta distancia:

- (xxii) *UNA ENORME MULTITUD ALUCINADA Y FERVOROSA ASISTIÓ AL SEPELIO DE LA MADRE MARÍA – EL CORTEJO, DESDE TEMPERLEY, CON CARROZAS DE FLORES, FUE SEGUIDO POR UNA CARAVANA DE COCHES⁵⁸⁰*

⁵⁸⁰ 4/10/28, 5ª ed., p. 2.

Pero en el texto ya no era tratada como una “curandera” sino como “anciana”; y no hay referencia a la ignorancia de sus seguidores que son catalogados –sólo en un límite– como “fanáticos”, a la vez que son “beneficiarios” de los “consejos” e “indicaciones” de la Madre María. La frase está contenida en el párrafo introductorio:

(xxiii) *Las escenas de fervor que el paso del cortejo en su camino desde Temperley hasta la Chacarita originó, así como las que se registraron en la metrópolis, evidenciaron, más que nada, el prestigio de la anciana entre los que beneficiaba con sus consejos y los que seguían sus indicaciones y que tenían por ella una fe ciega, rayana en el fanatismo, elevándola en sus creencias a la altura de los grandes bienaventurados.*

La crónica cubre con mucho detalle el velatorio realizado en Turdera, provincia de Buenos Aires, el recorrido del cortejo fúnebre desde allí hasta el cementerio de la Chacarita –con sus distintos momentos, como el paso por una casa de la calle La Rioja, donde había atendido durante un largo tiempo, la congregación del público en el cementerio, el panegírico y, finalmente, el sepelio–. No hemos encontrado otro caso en el que el diario cubriera la muerte de un personaje de esta manera y resulta llamativo el cambio de actitud aun cuando fuera leve. Por un lado, es posible pensar que ese cambio se debió al impacto de la manifestación popular, contra la que el diario no iría, probablemente más allá del mero interés comercial. Por otro, también es posible que el lugar extraño en el que quedaba situada la Madre María –una mujer que provenía de una familia adinerada⁵⁸¹ dedicada a lo que se consideraba curanderismo– y su capacidad de atraer gente de todas las clases sociales generaran también cierta inestabilidad de los rasgos habituales de la representación social del curandero, más allá de que hubiera sido juzgada –y absuelta– por ejercicio ilegal de la medicina.

Cabe señalar, que Hipólito Yrigoyen –desde antes de llegar a la Presidencia de la Nación– había conocido a la Madre María y respetaba la actividad que ella realizaba, al igual que, antes, la de Pancho Sierra (Cf. Chávez, 1967; Sebrelí, 2002). Este tipo de vínculo, que se puede atribuir a las posiciones krausistas seguidas por el entonces Presidente de la Nación, probablemente algo influidas por la teosofía, se reiterará en el caso más grave de ejercicio ilegal de la medicina cubierto y defendido por el diario: el de Asuero.

⁵⁸¹ María Salomé Loredo nació en España el 11 de octubre de 1854. En 1869, la familia emigra a la Argentina y se instalan en Saladillo, en donde el padre se dedica al trabajo en el campo. A los 19 años, la joven se casó con José Antonio Demaría, un político y terrateniente acaudalado de la provincia de Buenos Aires. Por este casamiento, María Loredo accede a vínculos con familias ricas y bien enraizadas en la sociedad argentina. Enviuda a los 23 años y vuelve a casarse a los 28 con el también acaudalado Aniceto Subiza. Ella prosigue la tarea de beneficencia que había iniciado tras enviudar de Demaría. Al poco tiempo se enfermó –se cree que de cáncer–, y raíz de ello, conoce al famoso “sanador” Pancho Sierra con quien comienza su propia actividad. Sierra la designará como su sucesora y, cuando vuelve a enviudar, la mujer se dedica decididamente a lo que ella consideraba su “misión” (Fuente: Equipo NayA, *Diccionario de Mitos y leyendas. Creencias populares y santos milagrosos*. Disponible en http://www.cuco.com.ar/culto_a_la_madre_maria.htm). Francisco “Pancho” Sierra (Salto, Pcia. de Buenos Aires, 21/4/1831? – Rojas, 4/12/1891), era hijo de españoles. Ya en la adultez hereda de sus padres la estancia “El Porvenir”, situada en Rojas, casi en el linde con el partido de Pergamino, en la que se instaló y comenzó a realizar tareas de beneficencia y a atender enfermos, a los que “curaba” con agua fría. En esa estancia atendió a María Loredo. Su actividad de “sanador”, que duró casi 20 años, se hizo famosa. Atendía gente de distintos sectores sociales, desde peones de campo a estancieros, y a políticos. De hecho, tuvo alguna incursión en la política a favor de Máximo Paz (Partido Autonomista Nacional). Se vinculó también con espiritistas, como Cosme Mariño, aunque no hay certeza de que se haya dedicado efectivamente a prácticas de ese tipo. Distintas fuentes señalan que conoció a Hipólito Yrigoyen. Tras su muerte, Sierra fue sepultado en el mausoleo familiar en Salto, que pronto se convirtió en lugar de peregrinación. El 2 de agosto de 2012, por ley 14.378 de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, el mausoleo fue declarado “Bien Histórico Cultural incorporado definitivamente al Patrimonio Cultural de la Provincia de Buenos Aires”. (Fuentes: Chávez (1967: 31-41); página web del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires: <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/114378.html>).

5.4.1. El doctor Asuero: la cura por el trigémino

En efecto, el 12 de junio de 1930, el presidente Hipólito Yrigoyen recibió al médico Fernando Asuero (1886-1942), que había llegado a Buenos Aires con una fama local ya bien asentada aunque no sin fuertes polémicas desarrolladas no sólo en el interior del campo de la medicina sino también en el espacio de la prensa diaria. Y también había dejado huellas de varias peleas tras su paso por Roma, Río de Janeiro y Montevideo, antes de llegar a nuestro país.

La historia de Fernando Asuero es bastante conocida (Cf. García Puga, 2002): Este médico otorrinolaringólogo atendía su consultorio en San Sebastián, Guipúzcoa, su ciudad natal. Había perfeccionado sus estudios médicos en Francia, donde había conocido a Helan Jaworsky, un discípulo de Pierre Bonnier, otro médico que, en 1914 había dado a conocer su teoría reflexológica según la cual había relación directa entre la mucosa nasal y determinados sectores del organismo de modo tal que, actuando sobre esa mucosa era posible resolver otros problemas de salud. Jaworsky era un firme defensor de esa posición. Antes de Bonnier otros colegas habían indagado en la misma línea. En nuestro país, incluso, en 1905, el médico Telémaco Susini –el primer especialista local en otorrinolaringología, formado en Europa y luego director de la Asistencia Pública– había publicado un artículo –que «La Razón» recordaría y reproduciría en sus páginas en defensa de Asuero⁵⁸²– en el que señalaba que desde principios del siglo XIX se había comprobado la relación entre la nariz y ciertas enfermedades.

A raíz de un caso fortuito, en 1929, Asuero comenzó a experimentar con pacientes la cura a través de “toques” en la nariz, y logró algunos éxitos, los suficientes para ganar una gran clientela, para que su fama se expandiera rápidamente y los diarios se ocuparan de él. Por fuera de cualquier interés por algún grado de evidencia científica, los periódicos comerciales se dividieron en España entre los que defendían al médico y los que lo criticaban ferozmente. En general, los diarios que apoyaban a la dictadura de Primo de Rivera calificaron a Asuero como una especie de “héroe” nacional, y por ello se lo consideró un “protegido” del dictador; por el contrario, los opositores se burlaban de él sin ningún cuidado. La prensa especializada lo descalificó ante la absoluta falta de información sobre sus experiencias, avaladas por una casuística –no asistía a congresos ni publicaba ningún artículo especializado–. “Los comentarios de sus colegas fueron sumamente ácidos y en todos los casos hicieron hincapié en que las experiencias conocidas demostraban que no actuaba en ningún mal orgánico”, señala García Puga (2002: 14).

Según el mismo autor, Asuero describía su método de la siguiente manera, en el libro propagandístico que publicó ese mismo año bajo el título *¡Ahora hablo yo!*⁵⁸³: “Provoco la circulación periférica por la introducción de una aguja en el nasofaríngeo. Para provocar dicha circulación, se explora la mucosa hasta encontrar el punto hipersensible que varía con cada enfermo. Hallado dicho punto, se excita con el estilete, lo cual provoca el reflejo que se aprecia por la dilatación pupilar, lagrimeo, sudoración, etc. Conseguido este efecto, la operación está terminada”. Como planteaba que con ese método –que según se dijo luego, consistía en excitar el nervio trigémino– se curaba todo tipo de mal, el charlatán auguraba un futuro en el que los hospitales serían convertidos en bares (2002: 14).

Caído Primo de Rivera, y ya sin ningún apoyo, Asuero inició un recorrido por Italia, Brasil, y

⁵⁸² “Un estudio médico relacionado con el método curativo del doctor Asuero – Fue publicado entre nosotros hace varios años”, 5/5/30, 6ª ed., p. 4.

⁵⁸³ Lo publicó a modo de respuesta frente a los ataques que recibía (Tolosa: La Editorial Guipuzcoana, 1930).

Uruguay, para llegar a nuestro país en un vapor famoso en la época, el “Cap Arcona”, el 24 de abril de 1930. El diario «La Razón» anticipó el viaje con bastante antelación: casi un mes antes anunciaba que el 12 de abril el médico embarcaría en Lisboa rumbo a Buenos Aires; y luego mantendría el tema y la expectativa en vigencia en los días siguientes, ya sea repitiendo la información⁵⁸⁴ o bien, a través notas en las que se le da la palabra a Asuero de algún modo. Los títulos de los artículos son ilustrativos:

- (i) *El doctor Asuero hace a «La Razón» interesantísimas manifestaciones / Al partir de Lisboa, el doctor Asuero, en viaje a Buenos Aires, envía saludos a la prensa argentina / «La Razón» anticipa hoy los propósitos que guían al doctor Asuero en su viaje a América / “Mi método se practica por doquiera”/ Desde el Cap Arcona, el doctor Asuero anticipa declaraciones a «La Razón»*⁵⁸⁵

Algunos de estos títulos, además, dan cuenta del tipo de vínculo que Asuero buscaba con la prensa diaria, que se constituía así en su principal sostén y medio de publicidad. Pero esa relación que procuraba el médico, claro está, no explica por sí misma, la actitud de varios diarios y, entre ellos, el que nos ocupa. Hay muchos indicios de que hubo algún tipo de acuerdo previo al viaje –ya político, ya comercial o, incluso, hasta compromisos personales del director⁵⁸⁶–, según el cual el diario cubriría positivamente la visita de Asuero y defendería al charlatán vasco de cualquier acusación de las que ya se observaban dentro y fuera de España. De hecho, el diario designó, como veremos enseguida, un enviado especial –al que presentó como médico: el “doctor Franciso Barrios Vallejo”– para cubrir el último tramo del viaje de Asuero, desde Montevideo, y entrevistarlo a bordo. En cualquier caso, lo que nos interesa son las representaciones en las que funda la justificación de su actividad periodística en este caso, cuando habitualmente y hasta ese momento se había mantenido en una posición siempre contraria al charlatanismo y el curanderismo.

Antes de focalizar algunas notas en las que es posible observar rasgos de las representaciones involucradas, resulta necesario describir sucintamente la cobertura completa: En los días subsiguientes al de la llegada, el diario dedicó como mínimo una nota por jornada ya sea a las actividades turísticas y de diversión que realizaba Asuero, ya sea a dar cuenta de las “curas” realizadas con su supuesto método por un médico valenciano con nacionalidad argentina, el doctor Pedro Gómez Lluca⁵⁸⁷, en una sala de atención que abrió el propio diario en el “patio de

⁵⁸⁴ “El doctor Asuero se embarcará para Buenos Aires el 12 de abril” (26/3/30, 6ª ed., p. 5); “Dentro de poco emprenderá el proyectado viaje a la República Argentina el Dr. Fernando Asuero” (2/4/30, 6ª ed., p. 2); y “El doctor Asuero se embarcará el 12 de este mes con destino a Buenos Aires” (6/4/30, 6ª ed., p. 15).

⁵⁸⁵ 10/4/30, 6ª ed., p. 5; 12/4/30, 6ª ed., p. 10; 12/4/30, 6ª ed., p. 16; 15/4/30, 6ª ed., p. 11; 23/4/30, 6ª ed., portada.

⁵⁸⁶ En uno de los intercambios de una entrevista a la que nos referiremos enseguida, realizada a bordo del Cap Arcona por el enviado especial Barrios Vallejo, publicada el mismo día de la llegada a Buenos Aires, Asuero se refiere al director del diario, Ángel Sojo, con cierta familiaridad (24/4/30, 6ª ed., p. 2).

⁵⁸⁷ La información disponible sobre Pedro Gómez Lluca procede prácticamente de diarios comerciales. Se trataba de un valenciano, nacionalizado argentino y doctorado en Buenos Aires, que se asoció con Asuero y fue su “alter ego” para actuar y proclamar el método con el fin de eludir la acusación –que igualmente llegó para el vasco– de ejercicio ilegal de la medicina. Pero luego continuó difundiendo la “asuoterapia” por distintos países de América, incluido Estados Unidos. Cambió el nombre del “procedimiento” por el de “simpáticoterapia”, y así fue como, según el diario ABC de Sevilla, la Universidad de Filadelfia lo nombró “instructor del profesorado” de esa casa de estudios. También pasó por México en un período que no hemos podido determinar, pero una ficha del archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia de ese país da cuenta de que Gómez Lluca fue expulsado de Veracruz en 1933. Por último, una nota de opinión del diario «La Hora», de Santiago de Chile permite inferir que todavía en 1947 seguía estafando pacientes, esta vez, en el país trasandino. Fuentes: «ABC Sevilla», 5/5/1931, p. 3, disponible en el archivo del diario (hemeroteca.sevilla.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1931/05/05/003.html); «La Hora», 5/6/1947, nota firmada por Ramón Pérez Picallo (disponible en el blog de un familiar del autor de la nota:

armas” de su sede⁵⁸⁸; también publicó notas en las que presentaba testimonios de pacientes “curados”. Estas notas tenían un gran extensión y algunas ocuparon la portada completa. Hacia el final del período, informó sobre el proceso a Asuero, la recepción por parte de Hipólito Yrigoyen, una manifestación pública de simpatía realizada frente a la sede del diario y el fallo de la Cámara del Crimen⁵⁸⁹.

La cobertura que realizó «La Razón» del día de la llegada fue muy importante en términos de espacio destinado, cantidad de notas y variedad de géneros. La portada completa está dedicada a ese hecho: una fotografía del grupo que acompañaba a Asuero –su esposa, María Arcaur, un médico colaborador, José Gómez Sampayo, y Carmen Garay, una mujer joven que oficiaba de secretaria–, en un leve contrapicado⁵⁹⁰, lo coloca en el centro de la escena: el médico con traje claro se destaca, iluminado, entre trajes y vestidos oscuros; la imagen ocupa aproximadamente el 80 por ciento del espacio de la hoja tamaño sábana. El titular combina, a través de una precisión temporal no necesaria, la construcción de una imagen casi mesiánica con la decepción del público frente a un “mesías” fugado de la atención de la gente que, según el diario entendía, sólo pretendía agasajar al médico:

- (ii) *Desde las 21.30 Asuero está en tierra argentina – El público quedó defraudado frente a los portones del desembarcadero – El doctor Asuero salió por las puertas de inmigración sin ser visto por nadie – La concurrencia lo estuvo esperando en vano*

El resto de la cobertura de ese día –un conjunto de 6 notas, algunas de ellas muy extensas– presenta dos opiniones, una entrevista realizada durante el viaje –en el camarote del buque– por el enviado del diario –Barrios Vallejo– y da cuenta del paso de Asuero por Montevideo, ciudad en la que, según el diario, Asuero había sido recibido con una “impresionante” manifestación y con un “cariñoso homenaje popular”⁵⁹¹.

Un breve suelto que esboza una justificación de la actitud que el diario tomaría fue publicado en tapa el día anterior, hecho que sugiere que la posición del diario y su decisión de proteger al charlatán era previa a cualquier evento que tuviera lugar. Pero además, la justificación se centra en la “esperanza” que significaba el médico –o su “método”, con el cual resulta confundido, por momentos– y en un dato sobre el que insistirá: Asuero no buscaba lucrar y declaraba que no necesitaba ganar dinero en América. En otras ocasiones, el diario se había quejado de que se burlara la esperanza de los enfermos –como el caso, visto antes, de la supuesta cura de la tuberculosis descubierta por un médico español residente en Paraguay–, pero en este caso, el

<http://www.blogoteca.com/acsuarezpicallo/index.php?cod=101374>); ficha 10304 del archivo del INAH, México (disponible en: www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/guia/picha2/php?NumFicha_f=10304); todos estas páginas web fueron consultadas el 8/10/2015.

⁵⁸⁸ Ver Parte I, Capítulo 2, § 2.6. Otras prácticas del sujeto institucional.

⁵⁸⁹ La lista de notas es muy extensa y los títulos, en su mayor parte, complejos, y muchos de ellos se repetían, como por ejemplo “El doctor Pérez [sic] Lluca prosiguió tratando enfermos en «La Razón» por el procedimiento del doctor Asuero”. Hemos relevado y considerado en el análisis un total de 25 notas sobre un total registrado de 73, correspondientes al período que va desde la llegada a Buenos Aires hasta el 11/7/30, cuando la Cámara del Crimen confirma el “auto de prisión preventiva” contra Asuero que, en realidad, ya se había ido del país.

⁵⁹⁰ Se suele llamar “en picado” a la toma realizada en algún ángulo desde arriba del objeto, y “en contrapicado” a la realizada desde abajo; la toma en contrapicado enaltece al objeto fotografiado o le asigna poder (Fuente: <http://www.digitalfotored.com/fotografia/tomacontrapicado.htm>).

⁵⁹¹ “La recepción del doctor Asuero en Montevideo fue impresionante” (24/4/30, 6ª ed., p. 3); “A su paso por Montevideo, el doctor Asuero fue objeto esta mañana de un cariñoso homenaje popular” (24/4/30, 6ª ed., p. 6). Las otras notas, además de la de portada, son: “En la intimidad del camarote, el doctor Asuero nos habla de sus curaciones, de su método experimental, de los propósitos que le animan”, “El saludo de «La Razón»”, “El hombre y su doble existencia” (24/4/30, 6ª ed., p. 2).

dato referido a la falta de interés económico, habilitaba para sostener la posibilidad de la cura. El texto se titula, precisamente, “En nombre de la esperanza”⁵⁹². Tras plantear que había muchos testimonios creíbles de curas realizadas por Asuero en España, concede que faltaba reconocimiento científico y afirma:

- (iii) *La ciencia pronunciará en todo caso su juicio y cada paciente dirá su impresión personal. Lo que sobre todo vemos en este caso, lo que hace feliz, desde luego, a «La Razón», vinculados afectuosamente al viaje del doctor Asuero, como sin duda estamos, es sentir [...] la ansiedad con que se le espera en numerosos hogares argentinos. Es como una lejana fuente de salud que se acercara, y el acontecimiento representa, [...], mucho más que si descendiera sobre nuestras cabezas un pretendido espíritu providencial, o el favor de un mago provisto de atributos y elementos inverosímiles. Es por otra parte, el que viene, un hombre desinteresado y bondadoso, que aspira a retribuir una hospitalidad cordial por el empleo honrado de sus medios de curar, que le han valido una amplia reputación y han dado lugar a infinitas controversias. Entretanto, aun cuando no fuera eficaz, vemos, desde ahora, cómo remueve con su presencia el mundo de la esperanza y de la ilusión, provocando anhelos, aspiraciones y alegrías que constituyen por sí solos un precioso momento de la salud moral y de la salud física. Esto es lo que sin mayor examen, y en nombre de los que esperan, debemos agradecer previamente al doctor Asuero, [...].*

Según el planteo del diario, la esperanza podía ser promovida, aún sin certeza alguna, si no mediaba afán de lucro —que, cuando pasaba ciertos límites, bastante imprecisos por cierto, era motivo para acusar habitualmente a algunos médicos—.

La primera frase de este fragmento, por otra parte, remite a la fuente de legitimación que para el diario —tanto como para Asuero— debía ser reconocida: los pacientes. De ese modo, el campo académico y profesional, en particular, las formas de control consensuadas, quedaban en segundo plano, frente a lo que se presentaba como resultados empíricos.

Como señaláramos en la Introducción de esta parte, Sarlo explicaba (1997: 147 y ss.), en relación con el fenómeno Asuero, a partir de un texto del diario «El Mundo», que la llegada de Asuero había provocado una disquisición crítica del positivismo científico. En ese texto, observa dos oposiciones, una entre “ciencia positivista y nueva ciencia sensible a los fenómenos que el positivismo hubiera descartado de su campo de estudio” y, la otra, entre “la ciencia viva y desprejuiciada que se enfrenta con la ciencia de las academias, donde se ha refugiado el positivismo decimonónico”. Sin embargo, también dijimos, no vemos posible generalizar esa interpretación para el conjunto de la prensa. En el caso de «La Razón», por una parte, el discurso evidencia la perduración de los rasgos positivistas y, por el otro, nada parece oponer —al menos en un sentido fuerte de la palabra— y en general una medicina “viva y desprejuiciada” a otra, académica. No parece que para «La Razón» el “método” de Asuero sea un fenómeno descartado por la ciencia positiva porque se trate de un fenómeno ajeno al campo de estudio. Más bien parece reducir la verdad primera de la ciencia en general y la práctica médica en particular a la base empírica, aunque no hubiera todavía una detallada descripción y explicación teórica, base que se mide en resultados observables en el cuerpo de los pacientes: la parálitica que camina o el asmático que ya no tiene ataques, por ejemplo, casos que dejan afuera de la discusión cualquier cuestión “psicológica”, “mental” o meramente “nerviosa” que abonara la hipótesis de la

⁵⁹² 23/4/30, 6ª ed., portada.

“sugestión”. Esos cuerpos ya no tenían las limitaciones que eran notorias antes del “tratamiento”. El discurso del diario aparece atravesado, pues, por el empirismo ingenuo en un nivel paroxístico, y no parece creer que la “asueroterapia” se tratara de una especie de “milagro”; por el contrario, era para el diario, a los ojos de quien quisiera ver, una práctica exitosa y, fundamentalmente, llevada a cabo por médicos –y no por curanderos ni adivinos–, y acudía sistemáticamente a la autoridad del título profesional para validar los resultados. Así, nombres de personajes presentados como médicos y testimonios de pacientes –a los que identifica con nombre, apellido y hasta domicilio– aparecen insistentemente en la cobertura, incluso en los títulos de las notas⁵⁹³. El planteo del diario no es pues –en general– antiacadémico. Más bien, parece situar el tema en el marco de una disputa entre médicos en general y no entre académicos y no académicos.

Una nota de fines de mayo, es ilustrativa. Se trata de una breve crónica⁵⁹⁴ firmada por “F. B. V.”, iniciales que corresponden a Francisco Barrios Vallejos, que había oficiado de enviado especial para cubrir el viaje de Asuero a nuestro país. La nota da cuenta de una “demostración” ante “médicos y estudiantes” llevada a cabo por Asuero en un hotel –del que no da el nombre–. Tras una breve descripción –con rasgos de nota de color– del lugar, la actitud de la gente que esperaba, y de la presentación casi teatral de Asuero y sus ayudantes –Sampayo y Garay–, el diario enumera los médicos que presenciarían la demostración:

- (iv) *El facultativo vasco hace entrar al paciente e invita a presenciar la demostración a los doctores Rafael Hernández, Luis L. Boffi, Osvaldo C... [ilegible], Manuel B. Galea, Clodomiro Guridi y Ángel Moreno, y a los estudiantes Ricardo Carlino, Francisco Viacava y Alberto Banfi*⁵⁹⁵.

La primera “demostración” consistió en la “cura” de un abogado cordobés, el “doctor Luis Eduardo Molina, profesor de la facultad de derecho de Córdoba”, que sufría de “reumatismo muscular”, llevado por Hernández, uno de los médicos que presenciaba el acto. Como se puede inferir, se trata de un paciente que pertenece a un sector profesional valorado, lo que le daría al resultado de la demostración un grado de “autoridad” mayor. El primer valor que deriva de esta experiencia y le asigna a la asueroterapia es la capacidad para eliminar o reducir el dolor, más allá de si el procedimiento termina en la cura definitiva:

- (v) *La supresión del dolor, ya sea en forma transitoria o permanente es de por sí un descubrimiento innegable para los que nos hallamos presentes. [...] / –¿Les parece poco? –nos dice Asuero– suprimir el dolor en el campo de las actividades psíquica y fisiológica?*

Pero no se trata para el diario de una supresión “mágica” del dolor. Por un razonamiento que invierte el punto de vista, plantea cuál sería –en el supuesto de la “magia” o del “milagro”– la

⁵⁹³ Ver Nota al pie N° 589. Entre otras, se pueden citar varias referidas al ya nombrado doctor Gómez Lluca: “El [...] excelente discípulo de Asuero, curó esta tarde en nuestra casa diez casos interesantes” (17/5/30, 6ª ed., portada) o “El doctor Gómez Lluca efectuó en «La Razón» su primera sesión semanal aplicando la asueroterapia”. En cuanto a los testimonios, por ejemplo, se puede ver “Sosa de Urdapilleta, la enferma paraguaya tratada en «La Razón» vino a nuestra casa por sus propios medios”, 4/6/30, 6ª ed., p. 16; supuestamente, la señora Sosa había sido curada de una parálisis en las piernas que le impedía caminar.

⁵⁹⁴ “El doctor Asuero, en presencia de un grupo de médicos y estudiantes hizo una demostración de su discutido sistema”, 26/5/30, 6ª ed., p. 16.

⁵⁹⁵ No hemos encontrado referencia de ninguna de estas personas, con la excepción, tal vez, de Manuel B. Galea: podría tratarse de un farmacéutico y médico odontólogo, padre de un reconocido investigador homónimo (Zarranz, 2001).

necesidad de acudir a herramientas propias de la medicina:

- (vi) *Para los que no creen en la fenomenología de la asueroterapia, estos enfermos, que no desean como Santa Teresa, el martirio de “morir o sufrir”, justificable tan solo en una época de masoquismo psíquico, no son otra cosa que simuladores patológicos. ¿De qué sirven entonces el diagnóstico, la historia clínica, los análisis de los laboratorios, las radiografías, los síntomas inconfundibles etiológicos, si es tan fácil la sugestión o la anestesia afectiva en ciertos tipos mórbidos?*

Ahora bien, la apelación a curas o métodos para reducir el dolor de carácter puramente empírico no queda acotada, para el diario, en el campo de la medicina, sólo a las prácticas de Asuero. Plantea otras prácticas comunes que tampoco tenían explicación aún:

- (vii) *¿Que el dolor vuelve? ¿Que son inevitables las recidivas? Y bien: aunque así sea, ¿es posible que el médico deje al enfermo entregado a la desesperación y al abatimiento cuando un simple toque nasal puede mejorarlo? ¿Por qué se ha de desdeñar la acción del reflejo sobre el simpático, sobre el torrente circulatorio de la sangre, sobre las embolias, que es científico, y se acepta[n], siendo prácticamente empírico [sic], los baños de sol, la cura climática, las ventosas, los fomentos, los sinapismos, etc., que aconseja la terapéutica moderna?*

Para la época, probablemente, el argumento tuviera cierto peso. Y en el párrafo siguiente reitera la pregunta en torno a otras prácticas médicas de la época, para destacar las bases fuertemente empíricas en que se sustentaban:

- (viii) *Si hasta ahora aceptóse la posibilidad de curar la ciática y otros dolores reumáticos mediante la aplicación del cauterio en el lóbulo derecho de la oreja, o con la colocación de una mecha de algodón impregnada de una mezcla de mentol, ácido fénico y clorhidrato de cocaína en la cola del cornete de la nariz, ¿por qué no admitir la fenomenología de la Asueroterapia que se funda en un hecho real y positivo?*

Sobre la misma línea del alivio del dolor, otra nota de dos días después, reitera el planteo, pero esta vez en la voz de una “personalidad destacada de la colectividad española en Buenos Aires, que no necesita presentación”, “el señor Ramiro Fernández Villota”, cuya hermana había sido curada por Asuero en su consultorio de San Sebastián. Según el diario, Fernández Villota había dicho:

- (ix) *El dolor no entiende de procedimientos. Científicos o no, todos son buenos si lo hacen desaparecer.*

Pero en la frase destacada, la calificación “científicos o no” no refiere a una oposición entre ciencia / no ciencia o, específicamente, *medicina / curanderismo*, sino que, más bien, parece querer minimizar el debate entre médicos cuando se trata de aliviar el dolor, un procedimiento habitual de la polémica: la evocación de lo que se presenta como realidad, esto es, la descripción del hecho u objeto concreto, en toda su desnudez para marcar la distancia enorme que lo separa de los argumentos abstractos que se esgrimen en el debate. Esa frase destacada aparece en la nota luego, justamente, de que el mismo enunciador trazara un panorama de las distintas reacciones del campo de la medicina:

- (x) *Afortunadamente, los que han adoptado entre nosotros una postura de intransigencia, sin base ni fundamento, son los menos. Hay muchos facultativos en el país, reputados como buenos, que se mantienen en una actitud de expectativa. Se limitan a ver y esperar, sin emitir juicios de ninguna naturaleza. // Otros, y no pocos, aún sin conocer la base del sistema, lo aceptan y reconocen [...] que muchos enfermos, a quienes no lograban curar con la medicina clásica, han mejorado con la “asueroterapia”, y lo dicen públicamente, extrañándose de los resultados, pero sin condenar al médico vasco. // Hay un tercer grupo, el menos numeroso, ciertamente, que ha adoptado y practica el sistema, estudiándolo cuidadosamente para desentrañar la explicación satisfactoria de su eficiencia. // Médicos calificados, que gozan de prestigio en el país y en el extranjero, [...], se han encerrado en un mutismo que puede interpretarse tanto como negación que como asentimiento. Y otros han manifestado su disconformidad con mesura, sin extralimitaciones, como corresponde a quienes saben **cuán difícil es en su profesión el juicio categórico y rotundo.***

En suma, el discurso del diario en este caso se muestra coherente con las posiciones que siempre había sostenido: extremar el valor de la base empírica de las prácticas médicas frente al dolor. Aunque no anula ni niega la necesidad de una explicación teórica, la posterga en el tiempo en tanto tales prácticas se muestren efectivas –como otras distintas que, según plantea, de hecho ya existían previas a la propuesta por Asuero–. No parece que sostuviera ni en general ni en particular en relación que existiera frente a este caso una división entre dos partes del campo profesional, una académica –valorada negativamente por su resistencia al cambio– y otra externa y desprejuiciada; más bien, propone otras líneas de diferenciación que reagrupaban las actitudes de los profesionales médicos dentro y fuera del campo académico. No se trataba pues –en el discurso del diario–, de un caso de charlatanismo ni, mucho menos, de curanderismo. La insistencia en el hecho de que varios médicos trataban pacientes según el procedimiento de Asuero tiene un efecto preciso que nunca fue tematizado en el discurso del diario: pone en evidencia que, más allá de que aún no tuviera explicación teórica, se trataba de un *procedimiento enseñable* como cualquier otro procedimiento médico, y que quedaba entonces muy lejos del curanderismo y/o de que se tratara de un efecto de “sugestión” –siempre dependientes de un “poder” personal e individual–; el hecho de que la gente –y el diario mismo– colocara al médico vasco en el lugar de un mesías operaba más como una muestra de agradecimiento a quien había “descubierto” un bien y que merecía, por lo tanto, toda la confianza. En términos generales, una cierta mirada “conspirativa” parece propia de nuestra cultura –en un largo plazo– y no un producto de ese momento en particular, aunque pudo haberse iniciado la tendencia en esa época, cuando la explicación científica comenzaba a alejarse raudamente de la intuición y de la percepción directa –algo que habría que estudiar, pero excede nuestros objetivos–. A lo largo del siglo XX hubo casos médicos en los que se activó también el rasgo “comercial” de la medicina o de los laboratorios como una conspiración, siempre difusa, siempre sin nombre y apellido –como ocurrió, por ejemplo, en el caso del uso de la crotoxina en los años 80– entre los que se esperanzaban en un procedimiento o medicamento que los curara o les salvara la vida.

Por último, cabe señalar que, el hecho de que apoyara su posición en la participación de profesionales médicos, dejaba a salvo también, en el plano estratégico de su discurso, en función de definir los comportamientos que serían aceptables en los ciudadanos que aspiraban a constituir la “clase media”, en tanto seguía sosteniendo posiciones contrarias al curanderismo. En ese sentido, para el diario siempre habían existido médicos con actitudes valorables y otros caracterizados como “comerciantes”, capaces –como vimos– de permitir que un paciente desarrolle más una enfermedad como la tuberculosis con tal de no perderlo como cliente.

En suma, hemos recorrido los ejes más relevantes –en el contexto discursivo del diario– que atravesaban las prácticas de «La Razón»: el relativo a las enfermedades infecto-contagiosas, como la tuberculosis, la sífilis, la gripe y otras; el que tematiza los problemas eugenésicos, en particular los vinculados con la salud pública y el matrimonio, la morbi-morbilidad infantil y la puericultura, y los peligros diversos –sexuales, morales, etc.– a los que estaba expuesta la juventud; el eje relativo a la organización de los sistemas de salud, tanto en el plano estatal –en particular, el límite que ofrecía el principio federal para la salud pública en el marco de un alto grado de heterogeneidad de recursos y formas políticas entre las provincias–, y en el plano privado –el mutualismo, como propuesta–; por último, observamos la actitud frente al curanderismo y, como contraposición puntual y excepcional, el caso del charlatanismo médico representado por la práctica de la *asueroterapia*.

Ese recorrido nos permitió observar, como hemos anticipado, que el diario «La Razón» sostuvo, naturalizó y colaboró con la difusión de la “cultura de la higiene”, en el marco de las preocupaciones biopolíticas ligadas, en nuestro país, con el proceso de consolidación de la nacionalidad y del desarrollo. Daba cuenta, de ese modo, de cierto consenso general acerca de la necesidad de expandir la medicalización desde la perspectiva higienista, a la vez que también evidenciaba algunos límites de ese consenso: la falta de acciones gubernamentales en algunos casos –que deja entrever falta de interés de las élites en algunos temas–, dificultades originadas en el sistema político, resistencias de sectores sociales –sobre todo pero no sólo los pobres– a ciertos aspectos de la medicalización, la persistencia de fenómenos como el curanderismo y otras cuestiones culturales.

El diario reclamaba lo que definía como deberes propios del Estado en cuanto a la fijación de reglas y el control de la salud pública y, en una muy menor medida, el cumplimiento de las obligaciones que consideraba propias de sectores como la industria, pero nada decía de la necesidad de cambiar aquellas condiciones de los modos de producción que, según varios de los higienistas, eran la causa de muchos de los problemas de salud. Sólo algunos médicos que provenían del socialismo y del catolicismo social avanzaron más en las críticas al liberalismo y alentaron reformas legislativas que mejoraran la situación de los pobres (Cf. Recalde, 1997: 32-35). El diario, pues, apoyaba algunos de esos reclamos como parte de su propuesta de “inclusión jerarquizada” de los trabajadores y de los pobres en general en el entramado social, pero lo hacía desde una perspectiva que naturalizaba la pobreza y que situaba en el plano moral o educativo los motivos de las conductas individuales o grupales que consideraba reprochables. Y a modificar esas conductas orientaba sus prácticas, complementariamente con los reclamos al Estado, a través de las que realizaba diversas prescripciones, implícitas –la mayor parte de las veces– o explícitas. De ese modo, fijaba los límites de lo que consideraba propio de la clase media al definir, desde el ángulo de la medicina y la salud, las reglas y condiciones de pertenencia y mostrar, a la vez, lo propio de la ignorancia y la pobreza.

Las prácticas, entonces, tenían una doble finalidad: fomentar la higiene, en general, como un modo de mantener en buenas condiciones el *capital humano* para el desarrollo de la Nación, y divulgar –en el sentido didáctico que tenía esta acción para el diario– ciertos conceptos o ciertos debates al interior del campo; cabe señalar que, además, la posesión de cierto saber era, en sí misma, un parámetro de diferenciación social, y de allí que el diario tuviera interés en ello. El diario acudió siempre a fuentes –a las que presenta como autorizadas–, habitualmente médicas, para sostener sus prácticas; no hemos encontrado, en este campo, aquel tipo de procedimiento destinado a producir *efectos de saber* que hemos descrito en relación con otras disciplinas, a

través de las cuales el diario mismo aparecía como responsable de los enunciados de conocimiento.

La medicina aparece representada como una profesión sostenida en un saber controlado por las instituciones propias, aunque denuncia la actitud de algunos profesionales que ponían por encima de los deberes atribuidos intereses económicos individuales. Esa tensión no aparece resuelta, pero no por eso deja de apoyar el poder alcanzado por la profesión médica en su conjunto, e incluso de proponer su ampliación. En cuanto a la representación del conocimiento mismo, no difiere en general del que observamos en relación con otras disciplinas científicas, y presenta fuertes rasgos propios del empirismo ingenuo. En el caso de Asuero, ese empirismo llega a un extremo fuerte, pero aun así, no parece generar cambios en los rasgos centrales de la representación que organizaba su discurso.

Por último, cabe señalar que el diario se postulaba –y surge de distintos datos vistos– como un medio adecuado y legítimo para informar, debatir y divulgar temas médicos, capaz de anticiparse, incluso, a la prensa especializada.

CONCLUSIONES

En esta tesis nos propusimos como objetivo general contribuir al conocimiento sobre discursos sociales, en particular, a la construcción de una historia de los medios de comunicación gráficos masivos centrada en el plano del discurso. En tal sentido, nuestro supuesto de mayor alcance es que cada uno de esos medios es un actor político, social y cultural relevante, es decir, consideramos que, más allá de un cierto rango de variación en algunos rasgos, que en todos los medios se observan, hay –y en la etapa estudiada, se ve muy claramente– un conjunto articulado y complejo de representaciones sociales que rige *el conjunto de las prácticas*. No se trata simple ni solamente de aquellos rasgos más ideológicos evidentes en el nivel del contenido semántico del discurso editorial frente a determinados temas, aun cuando se puedan estudiar diacrónicamente los avatares de ese discurso en particular: se trata sobre todo, del modo en que tales rasgos se articulan entre sí y con los que se desprenden de lo no enunciado; con los que se ponen en juego en los modos de contextualizar los acontecimientos que informa, o al seleccionar hechos y definir áreas temáticas, al llevar adelante otras prácticas –no periodísticas o no discursivas– desde la misma institución periodística. Dicho de otro modo: los rasgos nucleares y periféricos de las representaciones sociales que orientan las prácticas de cualquier sujeto pueden ser observados no sólo en lo representado en el plano de los contenidos temáticos sino también en el plano enunciativo, en el de la distribución semántico-funcional de los géneros y en diversos aspectos formales. A partir de este supuesto, más en particular, abordamos «La Razón», un diario que suele ser ubicado a la derecha del espectro político, poco o nada estudiado en sus prácticas aun cuando se trate de un periódico de gran importancia en la etapa estudiada: llegó a ser el tercero en tirada nacional y el primero de entre los vespertinos.

Nos propusimos analizar, pues, en perspectiva histórica, el conjunto de prácticas discursivas propias del diario «La Razón», para describir los principales rasgos de la red de representaciones sociales que las orientan, centrándonos en aquellas relativas a los temas de ciencia y medicina, objeto de nuestro interés, aunque conscientes de que sería necesario, de modo lateral, considerar las de índole política, social, económica y cultural, con las que aquellas necesariamente se articulan e integran en la –ineludible para nuestros objetivos– representación social de *periodismo*.

Cabe señalar que estudiamos las representaciones en tanto entendemos también que ellas rigen los parámetros en los que el sujeto funda sus prácticas, para incidir en la realidad de algún modo; no creemos –ni hemos querido hacer creer– que podamos dar cuenta de la *honestidad* del discurso construido por el sujeto pues, claro está, puede fundarlo en representaciones circulantes pero no *honestamente propias*. Nos interesan, entonces, las representaciones que orientan las prácticas y se manifiestan en ellas en tanto son las que operan –según pretende el sujeto– en el espacio público, en la dimensión de que se trate. No sabemos, por ejemplo, si *efectivamente* el diario se veía a sí mismo como un servidor de la patria, ni si consideraba realmente que esa fuera la misión periodística, pero nos interesa que fuera desde allí desde donde con sus prácticas *hacía creer* a su público posiciones, orientaciones, verdades, porque eran esas las representaciones afirmadas, agitadas, puestas en circulación.

Para abordar el trabajo, delineamos un marco teórico y definimos en ese contexto el concepto de *práctica social discursiva* en relación con los de *campo* y *representación social*, esquema que resultó muy operativo y que nos permitió recorrer sin obstáculos la metodología que nos habíamos propuesto: el *relevamiento* del diario; el *registro*, a partir de cuyos datos conformamos los *córpore* sometidos, finalmente, a un análisis que demandaba un fuerte trabajo de contextualización, incluida la búsqueda más exhaustiva posible de datos que permitieran, como

primer paso necesario, conocer cabalmente el mundo referenciado en los textos: personas – muchas de ellas hoy prácticamente desconocidas–, instituciones, libros, documentos, hechos, entre otros posibles elementos.

El análisis nos permitió encontrar evidencia suficiente para considerar verificada la hipótesis general que nos habíamos planteado: el proceso de apropiación del discurso científico por parte de los periódicos y, en particular, por «La Razón», está orientado por una articulación de representaciones sociales acerca del campo periodístico mismo, del lugar que el diario ocupaba en ese campo y de su rol como actor social y político; del campo científico –sus respectivas instituciones, prácticas, funciones sociales, políticas, grado de desarrollo, etc.–; del conocimiento científico; de la relación entre ese campo y aspectos de la realidad tales como la educación, la salud pública, la defensa y la economía; de la divulgación científica en general y de la realizada en medios masivos en particular –con sus propias funciones–, así como de las preocupaciones y expectativas de los sectores productores y destinatarios del discurso. El supuesto metodológico fue que el análisis de las prácticas discursivas en perspectiva histórica pone en evidencia el conjunto de rasgos de las representaciones sociales indicadas y sus variaciones diacrónicas.

Una primera parte del análisis estuvo destinada a verificar las hipótesis específicas relativas a la representación social de *periodismo* y al conjunto, pues, de las prácticas del diario que lo caracterizan, precisamente, como sujeto de discurso y actor social.

Al respecto, observamos que la representación social de *periodismo*, especialmente, aquellos rasgos relativos al rol que «La Razón» adjudica a la prensa en general y a sí mismo, es decir, como sujeto institucional que actúa en diferentes órdenes dentro del campo específico y en el conjunto social, y que reflexiona sobre su propio *modus operandi*, aparece durante la etapa que estudiamos ligada a otra más amplia o de mayor jerarquía y dependiente de ella: la de *patria*, porque para el diario el *periodismo* no es sino, centralmente, una modalidad particular de *servicio a la patria*. Los rasgos del núcleo de esta última representación se corresponden, en general, con los propios de la de *estado-nación* que, según el diario atribuye, emerge de la Revolución de Mayo y es organizado por la Constitución de 1853/1860. Pero hay también entre los rasgos nucleares unos *mandatos*, históricos, que provienen del proceso de la independencia política y de la propia Carta Magna. Y son esos mandatos los que *deben* sostener y orientar el trabajo de *todo* el campo periodístico, además del propio, según se observa en las prácticas del diario, y constituyen los parámetros principales para evaluar y diferenciar el “buen” periodismo, tanto en el interior del campo como por parte del público.

El principal de los mandatos es el de garantizar el *desarrollo de la nación* articulando armónicamente cuestiones de diferente orden: económicas, sociales, políticas y culturales. El segundo es de orden ético, es decir, prescribe orientar todas las acciones de acuerdo con valores típicos del orden republicano, todos englobados dentro del *patriotismo*, que constituye el valor de mayor jerarquía. Y el tercero de los mandatos es el de cumplir cabalmente las funciones sociales propias del campo periodístico, esto es, *vigilar, orientar e informar*, aunque resulta evidente que privilegia las funciones de vigilancia y orientación. Cumplirlas de manera cabal significa que la profesión debe ser ejercida de forma honesta y a conciencia, orientada por el *patriotismo* y, por tanto, para el desarrollo de la nación.

El cumplimiento de esos mandatos era visto fuertemente amenazado por factores diversos, externos e internos, tanto políticos, como sociales y económicos. Los rasgos más periféricos de ambas representaciones, articuladas en ese punto –el servicio a una patria cuyo desarrollo estaba en peligro–, son pues los vinculados con lo coyuntural: es en la zona periférica de las

representaciones donde se dirimen las batallas simbólicas y de allí que se pueda observar una sutil y paulatina profundización de ciertas posiciones evidentes en el discurso. Al inicio del período que estudiamos, el diario puede ser situado cómodamente en el marco de lo que se ha llamado *nacionalismo cultural* o *primer nacionalismo*, aquel que, sin cuestionar las bases del liberalismo económico, apelaba al fortalecimiento de una identidad nacional frente a las tensiones originadas por la inmigración masiva en lo interno, y las eventuales amenazas externas que parecían siempre latentes, al menos –pero no siempre sólo– en el plano económico: se trataba de construir una *patria* como un sujeto colectivo –con una *identidad* específica, aunque en construcción– capaz de manejarse con cierta soltura en el “concierto de las naciones”. Sin plantear explícita y dramáticamente ningún giro en las posturas, según el ritmo de los conflictos originados en los reclamos de obreros y trabajadores en general, casi como “evolución” natural, las posiciones del diario fueron orientándose hacia formas más autoritarias y –a veces– violentas en el plano social, en buena medida, en línea con las metas de la Liga Patriótica Argentina, y hacia un nacionalismo económico más claramente definido, con un matiz industrialista fuerte ante la percepción de que no era posible mantener sin cambios el modelo agroexportador. Con todo, no avaló de manera explícita la ruptura del orden constitucional –orden que se encuentra dentro del núcleo de la representación de *patria*–, en tanto suponía para el diario un retroceso en el aspecto político del desarrollo, pero explica el golpe de 1930 como producto de muchas incapacidades del gobierno radical a las que no sitúa tanto en el orden económico como en el estrictamente político.

El rasgo *desarrollo*, de la representación de *patria* aparece muchas veces cristalizado en una locución que se reitera: el *perfeccionamiento de la patria*. Y el diario desplegó, como *servicio* a tal fin, acciones discursivas para alcanzar lo que consideraba distintas e importantes metas, entre las que se destacan las relativas a la *fusión de razas* y el *desarrollo industrial* como eje del desarrollo económico en general. La representación de *raza*, si bien evidencia en algún punto el complejo típico de rasgos biológicos, culturales y lingüísticos que la caracterizan, presenta en «La Razón» algunos de esos rasgos particularmente destacados en detrimento de otros. Por ejemplo, no hemos encontrado actitudes de discriminación racista *activa* sustentada en cuestiones étnicas y biológicas; pasivamente, aunque pueda destacar como “superior” a la raza blanca frente a otras, los rasgos biológicos no son utilizados de modo explícito como parámetros; se puede inferir en esos casos, sin embargo, que algunos aspectos biológicos constituirían una condición necesaria para los que sí sirven como criterios explícitos para evaluar: son aquellos que determinarían el “grado de civilización” alcanzado por una nación. De todos modos, esos aspectos biológicos no siempre aparecen marcados como “innatos” sino, más bien, como resultados de procesos de *degeneración* o de *decadencia* cuyas raíces no son siempre claras. Así, por ejemplo, puede plantear que “la raza latina” está en decadencia frente a la “raza anglosajona”. Para evitar esos procesos de decadencia o degeneración, propone la *eugenesia*, entendida como el estudio y la aplicación de ciertos métodos para garantizar una mejor progenie –pero dentro de los límites que imponen las libertades individuales también garantizadas en la Constitución–, antes que como una intervención feroz en el cuerpo individual y social, rasgo más habitual en las representaciones –y en algunos hechos– del mundo anglosajón.

En el caso de nuestro país, colocados los pueblos indígenas en un espacio marginal desde la mirada piadosa del vencedor, y adjudicada la “desaparición” de los negros a diversos factores nunca problematizados, la *fusión de razas* remite al concepto acuñado por Ricardo Rojas: el *crisol*. Sin embargo, frente a los riesgos diversos que amenazan el desarrollo de la nación, el diario no parecía dispuesto a aceptar que el *crisol* siguiera una dinámica propia, fuera de cierto control, es decir, la *fusión* debía ser dirigida de modo tal que se pudieran cumplir los mandatos patrióticos, pero no tanto en el plano biológico –cuyo valor positivo estaría más o menos

garantizado por el origen europeo de la inmigración— sino más bien según dos ejes culturales: la lengua y la historia patria. La educación, especialmente la pública, adquiere entonces una importancia central para *nacionalizar* a los inmigrantes trascendiendo el plano meramente jurídico, y con la expectativa fuerte de lograr ciertos efectos en el plano social y económico: alejar el riesgo de la conflictividad obrera que podía amenazar, especialmente, el desarrollo económico. De todos modos, los aspectos más biológicos del problema eran mirados desde una perspectiva lamarckiana que podía resultar esperanzadora: si los distintos actores involucrados, y especialmente el Estado, atendían al desarrollo de los niños y jóvenes, se podía esperar que el *crisol* produjese más temprano que tarde una “raza fuerte”.

Para «La Razón» el eje vertebrador del desarrollo económico era la industria. No sólo no desestimaba las otras ramas de la producción —agropecuaria, minera, pesquera, petrolera y de otros recursos energéticos, entre las principales— sino que consideraba que el desarrollo debía ser armónico. Pero no habría demasiadas posibilidades de que la nación alcanzara “su destino de grandeza” sin que, a la vez, y como parte de esa armonía, la industria no recibiera el impulso necesario para comenzar a producir aquello que era comprado en el exterior, esto es, proponía — grosso modo— lo que se conoce como *sustitución de importaciones*. Ese desarrollo industrial no era una expectativa respecto exclusivamente de la ganancia económica directa: era un modo de alcanzar un objetivo mayor, el de “bastarse a sí mismo”, garantía de la “independencia económica”, vista como coronación del proceso independentista iniciado en 1810, y como condición para el ejercicio pleno de la soberanía política en un mundo cada vez más marcadamente competitivo entre los estados-nación. Sólo así, con una “raza” fuerte y el desarrollo industrial, se podía, además, garantizar la defensa nacional.

Pero reconoce también restricciones y amenazas para ese desarrollo industrial: además de las condiciones de base ligadas directamente a las capacidades de la “raza” en formación, tiene presente desde cuestiones de orden cultural como la predilección del pueblo por los productos extranjeros hasta problemas del mercado internacional, como la recuperación de las industrias europeas tras la Primera Guerra Mundial y la pelea que sus gobiernos darían por recuperar los mercados perdidos, entre ellos, el de nuestro país. Una de las principales restricciones que identifica era el bajo nivel de afluencia de capitales, resultado de una reducida inversión extranjera —considerada necesaria y a la que había que “atraer con halagos”—, y de la actitud de los sectores ricos de nuestro país que rehuían reinvertir sus ganancias en la producción local. En tal sentido, si Estados Unidos, por una parte, constituía un admirado modelo de desarrollo a imitar, también era objeto, por la otra, de recelo por sus crecientes intentos de dominar económica y políticamente al resto de América, que se sumaban a la todavía persistente dependencia respecto de Europa. Puede decirse, entonces, que expresaba una temprana actitud antiimperialista. Frente a ese estado de las cosas, la precariedad del sentimiento nacional de buena parte de la población, según el diario, era una amenaza que debía ser conjurada lo antes posible: de allí pues, lo que podríamos denominar “ansiedad” por la nacionalización, acicateada y tensionada por la necesaria continuidad del flujo inmigratorio.

Los rasgos descriptos hasta aquí de lo que para «La Razón» era el periodismo, se articulan con los propios de las representaciones sociales relativas al *modus operandi* del periodismo, que se exhiben en la articulación de varios niveles en las características que definen o delimitan las *prácticas discursivas* mismas. Las clasificamos en dos grandes tipos de unidades de análisis — *mayores y menores*—, clasificación que no desconoce los posibles entrelazamientos sino que, por el contrario, se apoya en parámetros diversos que permiten precisamente estudiarlos. Entre las unidades mayores, describimos la *sección*, el *suplemento*, la *cobertura*, la *campana* y la *encuesta*. Entre las menores, distinguimos entre aquellas que cumplen centralmente la función

que, desde el punto de vista lingüístico-discursivo, llamamos *informativa* y las que cumplen la función que denominamos *directiva*; pero señalamos que tal distinción según funciones es sólo de grado. Describimos, pues, la noticia breve, el telegrama, la crónica entre las informativas; y, entre las directivas, las clásicas nota editorial y columna de opinión, así como el suelto, un género característico de la etapa y del diario. En particular, y en relación con nuestros objetivos, entre las unidades menores focalizamos las prácticas divulgativas e instructivas. Como rasgo sobresaliente de las primeras, destacamos el componente didáctico: una intención de transmitir conocimiento, esto es, “contenido” de alguna disciplina o los debates al interior de las disciplinas en torno a ese conocimiento pero presentados en un marco fuertemente pedagógico; y en tal sentido las distinguimos de aquellas otras prácticas *noticiosas* sobre ciencia, cuya función es la de dar cuenta de acontecimientos puntuales originados en ese campo, del mismo modo en que lo hacía respecto de cualquier otro. Las prácticas divulgativas, que tienen, pues, ese marcado estilo propio de los ámbitos escolares, fueron más bien raras durante el periodo estudiado, aunque es posible hallar algunos segmentos de carácter divulgativo que, con función subsidiaria –por ejemplo, para explicar características de algún acontecimiento o fenómeno que constituye el foco de la noticia–, están presentes en las prácticas informativas. Las prácticas directivas de carácter instruccional relativas a cuestiones de ciencia o medicina, en cambio, son abundantes.

Además de los que son foco de esta tesis, el diario abordó tópicos de toda clase y de toda esfera reconocible de la realidad, siempre tematizados –y tamizados– desde el conjunto de representaciones en torno al desarrollo amenazado de la patria antes referido. Observado como producto de las prácticas, lo enunciado en los textos por el diario constituye una doctrina explicativa y comprensiva de lo real representado en el discurso. El amplio arco temático abordado por el diario fue alimentado con diversas fuentes, cuyo número fue aumentando a lo largo del período estudiado, según va anunciado en sus propias páginas, y en tal sentido no parecía economizar recursos. Así, además de contar con los servicios de las distintas y más importantes agencias internacionales de noticias, constituyó un cuerpo de colaboradores europeos, varios de ellos con cierto prestigio, y distribuyó corresponsales argentinos tanto en el Viejo Continente como en Estados Unidos; localmente, contaba con una estructura de numerosos corresponsales distribuidos en la mayor parte de las ciudades del país. Además, disponía de una importante cantidad de redactores en la sede central del diario. Luego, hacia fines de la década de los años 20, incorporaría las transmisiones de radio.

El análisis evidencia también que los otros tipos de prácticas de «La Razón», no periodísticas o que exceden lo periodístico, pero a las que accedemos desde la referencia que de ellas hace el diario mismo, están orientadas en el mismo sentido que las discursivas periodísticas. Probablemente las acciones no discursivas de «La Razón» se inscriban en una tendencia propia del conjunto del campo periodístico que respondería, como Saítta plantea para «Crítica», a la necesidad de revertir la tendencia al distanciamiento y despersonalización de la relación con el público, propia del periodismo de masas, comercial (1998: 125-152). En efecto, era habitual que las empresas de prensa organizaran distintos servicios y tuvieran instituciones anexas. Pero no todos los diarios justificaron estas acciones estratégicas con los mismos argumentos, aun cuando todos apelaran al carácter de *servicio público*, rasgo nuclear de la representación de *periodismo*. En el caso de «La Razón», se reiteran los rasgos ya descriptos, de modo que las acciones se realizan en la medida en que se creía que irían a redundar, específicamente, en un bien para el desarrollo de la patria, y se apostaba a ello. La más importante, por su impacto y duración en el tiempo, fue la publicación regular del «Anuario de La Razón», un material en formato libro que constituía un atlas del país, destinado a propagandizar para propios y extraños las bondades de la patria y el desarrollo alcanzado con el fin de atraer tanto a los migrantes como a los capitales. Entre otras prácticas no discursivas, las más importantes fueron algunos

concursos –como el destinado a la elección de la flor nacional–, colectas para víctimas de algún desastre, y la apertura de un consultorio médico “para el pueblo”.

La segunda parte del trabajo estuvo dedicada a verificar las hipótesis específicas relativas al eje central: las temáticas de *ciencia y medicina* abordadas por el diario.

En relación con ese eje, pues, indagamos qué rasgos configuraban las representaciones según diferentes disciplinas, es decir, las atribuciones y finalidades que en cada caso tenían, qué valores y utilidades les eran adjudicadas como propias, qué rasgos se le atribuían a los sujetos encargados de desarrollar la actividad científica, así como qué saber o tipo de conocimiento estaba involucrado y también cuál era el límite entre el conocimiento que consideraba científico y otras formas de conceptualización de lo real. Esa indagación tuvo en cuenta la articulación con las representaciones que orientaban el propio hacer profesional del diario, que son las que definen posibilidades y límites para las prácticas, entre ellas la que el diario tiene de sí mismo en relación con la ciencia y con la medicina, y las relativas al destinatario.

Algunas características de las prácticas relativas a estas temáticas indican que el diario retomaba y continuaba varios aspectos de la tradición periodística, esto es, rasgos de las representaciones respecto del *modus operandi* frente a temas de ciencia y medicina, cuya existencia se remonta, al menos, hasta los primeros periódicos publicados hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, y sobre todo, durante el proceso que llevaría a la independencia nacional. Entre esos rasgos, se puede ubicar la preferencia por los aspectos más vinculados con el hacer práctico, por ejemplo, o con las preocupaciones en torno a la salud pública. Ahora bien, aun cuando se verifican esas continuidades, a los cambios señalados en el campo periodístico a principios del siglo XX, ligados al pasaje a una sociedad de masas, se suman otros no menos importantes acaecidos en el campo científico y médico –sobre todo en el período previo inmediato al que estudiamos–. En tal sentido, Hobsbawm (1987: 252-261) plantea que entre 1870 y 1914, con variaciones según las disciplinas, pero muy notoriamente en algunas, se produce un “proceso de separación de la ciencia de la intuición” y, como correlato, ese cambio se manifiesta en el lenguaje, que comienza a resultar paulatinamente más opaco para el lego. No se trataba de la desilusión frente al positivismo que tendría lugar tras la Primera Guerra Mundial (Vessuri, 1994: 52), sino de un proceso interno que alcanzaba a los relativamente pocos integrantes del campo científico de entonces, sobre todo, el europeo y, en menor medida por entonces, al estadounidense. Recién tras el fin de la Primera Guerra, comenzaría lentamente un proceso de difusión –intermitente, no sistemático–, a través de la prensa, de una “visión distorsionada” –dice Hobsbawm (1987: 268)– de las transformaciones operadas en el campo científico. Pero incluso así, alcanzaría a los sectores más cultos y, en cambio, entre los sectores medios y populares solo circularían los nombres de algunos de los científicos más vinculados con las transformaciones en el campo –Einstein y Darwin, especialmente– y conceptos muy vagos y bastante alejados de las conceptualizaciones, como ocurría con la denominación “relatividad”. Además, en nuestro país, recién “alrededor de 1920, comienza el proceso de profesionalización y especialización de la investigación científica” (Lértora, 2004: 384). Y conviene subrayar que se trata del *inicio* de ese proceso, y que no se dio al mismo ritmo en las ciencias físico-matemáticas que en las ciencias naturales. E incluso en el caso de aquellas disciplinas que más habían avanzado, el desarrollo no fue homogéneo en todas las universidades del país. Así, por ejemplo, la Universidad de La Plata tuvo importantes desarrollos en física que no se replicaron en otros centros de investigación. En ese marco, no parece aceptable considerar que la prensa pudiera haberse hecho eco de cambios de los que ni el mismo campo científico terminaba de apropiarse.

Además, es necesario considerar que los actores del campo de la prensa se habían formado entre

los finales del siglo XIX y la primera década del XX en un sistema educativo cuya dinámica masiva y moderna era reciente y cuyos agentes, a su vez, se habían formado tiempo antes aun. Las prácticas periodísticas sobre las temáticas de ciencia y medicina mal podían estar orientadas, entonces, por representaciones sociales que incluyeran entre sus rasgos los relativos a los cambios y crisis del campo de la ciencia.

Esto es congruente con las conclusiones de nuestro análisis: en los textos de «La Razón» además de perdurar muchos rasgos propios de las representaciones de ciencia decimonónicas, se observan marcas de resistencia a los cambios de varios de tales rasgos, además de las dificultades que el diario evidencia para aproximarse a los nuevos conocimientos producidos. Así, las selecciones temáticas suelen eludir cuestiones de carácter más teórico –por ejemplo, la física o la química– y tienden a priorizar el tipo de conocimiento que ofrecía o podría ofrecer aplicaciones prácticas más o menos inmediatas –como, en cierto sentido, la astronomía, en tanto más allá de que se tratara de una temática tradicional de la divulgación de ciencia, podía hacer aportes al estudio del clima– o que permitieran una más y mejor explotación de recursos, como, por ejemplo, la geografía y las exploraciones. En otros casos, podían importar aquellas disciplinas que realizaran un aporte de tipo simbólico, por ejemplo, a la nacionalidad, como ocurría con los estudios antropológicos, además de la “espectacularidad” que pudieran tener. Y en cuanto a medicina, también es posible observar algunas continuidades con el pasado del campo periodístico, como el interés central por la salud en sus aspectos públicos, que recién comenzaba a adquirir carácter social. En suma, aunque obviamente, hubiera contenidos temáticos disciplinares propios de los inicios del siglo XX, se confirma la permanencia en las prácticas de ciertos caracteres determinados por el quehacer periodístico, más allá del cambio de las condiciones del campo.

Seleccionamos para el análisis aquellas disciplinas o actividades sustentadas en un declarado interés científico que se presentaban con cierta recurrencia en el período estudiado: los viajes de exploración que involucran fundamentalmente a la geografía y a otras disciplinas vinculadas con ellas; la arqueología y paleontología, la astronomía y geología –en cuanto a los estudios sobre terremotos y volcanes– y los temas siempre presentes de medicina y salud pública. No hemos encontrado un corpus relevante de notas sobre cuestiones más teóricas –por ejemplo, física–, ni de biología, entre otras posibles. El análisis nos permitió verificar las distintas hipótesis que nos habíamos planteado tras la revisión del diario y el registro de los ejemplares del diario, según habíamos pautado en la metodología. El recorrido lo hicimos siguiendo tres ejes: las representaciones ligadas a los agentes, a las disciplinas y a las formas del conocimiento. El abordaje de la medicina lo hicimos en un recorrido particular: según problemas, pero tuvimos en cuenta los ejes recién planteados para analizar cada uno de los abordados.

Las representaciones relativas a los actores involucrados en las actividades científicas o vinculadas con ellas incluyen, en general, el rasgo *heroicidad* y/o *apostolado*. En el caso de los exploradores, en todos los casos la representación articula un conjunto de rasgos en torno a la figura del héroe, especialmente, algunos propios del héroe *romántico*, es decir, alguien desprovisto de intereses materiales personales, con el deseo de alcanzar la *gloria*, que se dedica, altruista y generoso, arriesgando temerariamente su propia vida, a develar para la humanidad espacios y saberes que podrían ser aprovechados por otros, ya sea a través de empresas económicas, o por sus países de origen que ampliarían sus territorios y expandirían el ejercicio de la soberanía nacional. Pero no se trata, en la representación de «La Razón», de un héroe romántico *aventurero*, atribución que, según el diario, incluye el interés económico personal. Clasifica como “científicos”, explícitamente, a los exploradores, en un doble sentido: porque forman parte de un sistema de aprehensión conceptual y material del mundo, y por el método

para llevar adelante la empresa de exploración. Shackleton y Amundsen concitan la mayor atención del diario, según parece, no sólo por la importancia específica de las exploraciones que llevaban a cabo y por la fama internacional de la que ya disfrutaban sino también –especialmente en el caso de Amundsen– por los vínculos con nuestro país, y en tal sentido, se cumple una de las reglas básicas del modus operandi del campo periodístico: un acontecimiento importa más cuanto más cercano sea el tema o los actores involucrados al lugar en que se enuncia (Cf. Fontcuberta et al., 2006: 71-77). En el plano interno de nuestro país no eran habituales las exploraciones, pero cuando el diario da cuenta de un intento –a los esteros del Iberá–, el explorador es descrito enfrentado a unos peligros tales que, por defecto, resulta revestido de características heroicas aun cuando sea a una escala menor. En cambio, respecto de los arqueólogos y paleontólogos de otros países, las prácticas evidencian una representación, en general, de profesionales sin demasiados matices que los particularicen, que aparecen siempre en el segundo plano de un cuadro que focaliza más bien los *objetos* hallados, como ocurre con las coberturas referidas al descubrimiento de la tumba de Tutankamón realizado por Howard Carter en 1922, en las que no hay prácticamente relato de peligro alguno. No se observan, pues, rasgos marcados de heroicidad ni de apostolado. En el orden nacional, sin embargo, como remanente de un debate previo a la etapa que estudiamos, la figura de Florentino Ameghino reúne los rasgos de un modelo de profesional, de un abnegado “santo laico” de cuya voz el diario se apropia para insistir en el reclamo de mayor atención por parte de las autoridades a las necesidades de esa disciplina porque se trataba de investigaciones que, en nuestro territorio, iban más allá de los orígenes de la patria y que serían los de la humanidad misma.

La representación del astrónomo presenta muy marcados rasgos tales como la dedicación al estudio, el esfuerzo personal, el sacrificio y un alto grado de renunciamiento a las cuestiones mundanas, propios del estereotipo positivo de una vida monástica. Se trata de los rasgos atribuidos a los astrónomos extranjeros que se desempeñaban en nuestro país. A diferencia del campo de la paleontología, no había en el de la astronomía una figura nacional y discípulos, como ocurría con Ameghino y sus seguidores. Por el contrario, «La Razón» destacaba la escasez de estudiantes e investigadores nativos de astronomía, y ese parecía ser uno de los deseos del diario: estimular el desarrollo de recursos humanos locales para una disciplina que disponía de instituciones con una infraestructura y un equipamiento relativamente aceptables. La formación de tales recursos, además –según la propuesta del diario, que replica la de Perrine, director del Observatorio de Córdoba– no requería mayores aportes estatales, al menos, en primera instancia; necesitaba, más bien, el aporte económico privado, según el modelo norteamericano, de argentinos adinerados y, sobre todo, la vocación desinteresada y el esfuerzo de jóvenes nacidos en el país. La figura local más importante –y única destacada por el diario– es la de un astrónomo y meteorólogo aficionado: Martín Gil. En ese caso, el rasgo que el diario resalta es el de ser un “self made man”, en tanto astrónomo, capaz de realizar importantes aportes al conocimiento del clima –en el marco de la teoría, por entonces restringida a pocos científicos en el mundo, acerca de la relación de las condiciones climáticas con las manchas solares– y, por tanto, de colaborar con la resolución de problemas prácticos. Es el único caso en que lo destacado no es la heroicidad ni el carácter de apostolado de su actividad sino la habilidad para comunicar la ciencia astronómica al gran público, como un verdadero *maestro*. Los geólogos, en particular, los vulcanólogos, en cambio, son representados con los rasgos de una heroicidad derivados casi exclusivamente de las dificultades y peligros a sortear temerariamente en el proceso de investigación, con independencia de la disponibilidad de recursos, de los que casi no hay referencia alguna. También en esta rama en particular vuelve a aparecer, valorada positivamente, la figura del autodidacta y del “self made man”, capaz de superar los impedimentos determinados por el origen social. Pero el carácter autodidacta, aun cuando la adquisición del conocimiento se apoye fuertemente en una base empírica, no supone la

prescindencia del nivel teórico y de la necesidad de que puedan ser explicados tanto los postulados como los métodos, y exige el esfuerzo personal: así lo confirma el fracaso y la consecuente patética caída en el olvido de un “meteorólogo” argentino cuya efímera fama se fundaba en algunos aciertos intuitivos que no podían ser explicados y en la falta de aplicación para adquirir formación.

La ciencia, según las disciplinas analizadas, tiene como finalidad –según el obvio rasgo popular– *descubrir* pero, además de aquello que corresponde específicamente a cada rama del saber, según el diario siempre presenta algún rasgo más. Así, la *exploración* es presentada como una acción compleja que involucra a muchos y diversos actores, y que descubre territorios o puntos del globo terráqueo hasta entonces inaccesibles como los polos, proceso en el que, a la vez, expande la *civilización*, entendida, claro está, desde la perspectiva eurocéntrica. Este carácter de la exploración habilita el derecho al ejercicio de la soberanía por parte de los estados occidentales sobre los territorios apropiados en los que los seres humanos que los habitan desde antes del “descubrimiento” aparecen como parte de un mismo inventario, junto con los recursos naturales, la fauna y la flora; la actitud de resistencia es definida como un acto irracional y “salvaje”. Más en general, incluso, la *exploración* conlleva otro rasgo: es una *lucha* del hombre contra la naturaleza y sus eventuales adversidades, lucha que requiere del temple de los exploradores como condición necesaria: las coberturas sobre el descubrimiento del polo Sur son claros ejemplos.

La arqueología y la paleontología tienen, en la representación de «La Razón» la finalidad de “descubrir” objetos o restos del pasado, piezas muy pequeñas de un rompecabezas que debe armar otra disciplina: la historia. Ahora bien, las denominaciones *misterio* o *secreto*, para referir aquello que estas disciplinas pueden develar, tienen en principio valor metafórico para nombrar sencillamente aquello que no se conoce del pasado, y son útiles para los fines periodísticos de atraer la atención del lector; pero, a veces, adquieren valor literal cuando aluden a algo que, en realidad, se desconoce o que está escondido, un dato o un saber que resulta inalcanzable, imposible de desentrañar, un saber sobre una cierta “esencia” de la humanidad, trascendente, que se materializa de diversas maneras y que parece remitir a un modo del transcurso del tiempo que no es el de una línea abierta sino de ciclos cataclísmicos recurrentes, de tal forma que suponen desarrollos culturales y, sobre todo, tecnológicos perdidos, superiores incluso en algunos casos a los del presente. De esta manera, estas disciplinas, según la representación del diario, parecen indagar las oscuridades de las tumbas y las profundidades de las ruinas en busca de los límites con cierta “verdad” inalcanzable, metafísica, tal vez aquella que estaría “encubierta” y sugerida –pero no cabalmente dicha– por los mitos.

En un sentido similar, la astronomía y la geología, en general, parecen disciplinas destinadas a descubrir en el cielo y en la tierra signos que alerten sobre el advenimiento del apocalipsis, acontecimiento de cuya inexorabilidad no parece haber duda y que marca el límite entre la ciencia y otras formas de conceptualización de lo real. Pero más acá del fin del mundo, estas disciplinas tienen finalidades prácticas concretas: se trata de descubrir modos de predecir el clima, terremotos y maremotos –según la denominación de la época–, y la erupción de volcanes, de modo de evitar o morigerar los efectos devastadores sobre la humanidad. Por otra parte, la astronomía es la única de las disciplinas abordadas por el diario en la que se observa cierto grado de tensión por la competencia entre individuos –por problemas relativos a los méritos por descubrimientos diversos– e instituciones o países –entre los observatorios de Córdoba y La Plata, como capítulo local de una competencia entre redes internacionales y modelos de trabajo que eran presentados como más o menos eficientes en relación con diferentes parámetros–. En el caso de las exploraciones –en las que también había competencias entre exploradores por alzarse

con algún descubrimiento, como el del polo Sur, o entre países–, las tensiones aparecen notoriamente menos destacadas que en el caso de la astronomía. De todos modos, ni en un caso ni en el otro la competencia aparece explícitamente tematizada: se “lee” en los intersticios del discurso. Además, la astronomía local aparece como una disciplina radicada en instituciones dirigidas por extranjeros, y si bien el diario reconoce el valor formativo de la actividad de los investigadores –sobre todo norteamericanos–, considera necesario nacionalizar los recursos humanos.

En cuanto a los rasgos del *conocimiento* presentes en la representación de ciencia, cabe destacar algunas características comunes a todas las ramas del saber estudiadas, además de algunas particulares de cada una de ellas. En general, los aspectos más teóricos son presentados con algo grado de vaguedad o generalidad; además, las prácticas discursivas evidencian fuertes dificultades para dar cuenta de ellos en algunos casos, y nunca son cuestionados. Algunas teorías son obviadas, como es el caso de la de la Relatividad: el universo es descrito bajo el marco newtoniano, con claros rasgos mecanicistas. Cuando se refieren explícitamente déficits explicativos de la ciencia, antes que a dificultades teóricas, los atribuye a otro tipo de déficit: la falta de tecnología suficiente para verificar empíricamente los postulados teóricos. De este modo, además, el discurso del diario enfatiza la necesidad del respaldo en la observación y/o la experiencia directa para sustentar cualquier hipótesis; la falta de respaldo empírico es el único parámetro por el que el diario puede atacar una hipótesis, pero nunca una teoría. En general, en las disciplinas relevadas, no abundan notas de carácter exclusivamente divulgativo –esto es, con una marcada finalidad pedagógica, según la misma representación del diario–; más bien, predominan unidades como las “noticias” y los “suelos”, en las que lo estrictamente divulgativo, cuando aparece, tiene una función subsidiaria, es decir, aporta sólo los datos o explicaciones necesarios para contextualizar el hecho informado. Tal vez sea la astronomía la rama del saber a la que dedica mayor cantidad de textos divulgativos pero las explicaciones adolecen de problemas diversos: desde el recién señalado alto grado de generalidad hasta la amalgama de marcos teóricos distintos y la ausencia de citas de fuentes verificables. En otros casos, el diario intenta reproducir procedimientos propios de la ciencia, como por ejemplo, la *clasificación*, en casos diversos, como la de ciertas especies, pero lo hace también con dificultades –confunde taxones, o los presenta con heterogeneidad de criterios sin explicación, entre otras–.

En los temas que lo facilitan, el diario despliega gran cantidad de información en los paratextos gráficos. Así, en el caso de las exploraciones, hay abundancia de mapas, fotografías, dibujos pretendidamente realistas, entre otros recursos, algunos de importante tamaño. Se trata, sobre todo, de información geográfica, etnográfica y –en menor medida– técnica, cuya posible conceptualización queda en manos del lector, pues no suele haber enunciados que especifiquen el contenido de la imagen ni orienten su interpretación, ni en el cuerpo del texto ni como epígrafes. Algo similar ocurre con la información relativa a la arqueología, aunque con una frecuencia menor: los textos suelen estar acompañados de fotografías de los objetos hallados –cucharros, tumbas, etc.–, aunque con una función ilustrativa, pues no hay explicación alguna que las acompañe y, a diferencia de lo que podía ocurrir con los mapas, no es posible para el lector lego realizar alguna inferencia conceptual aproximadamente científica de los elementos exhibidos. El campo en el que los paratextos tienen más claramente función explicativa es el de la astronomía: esquemas que muestran el proceso de un eclipse, o tablas que brindan datos acerca de la frecuencia de ese fenómeno tienen significado por sí mismos; también hay otros paratextos meramente ilustrativos.

Pero hay un tipo de dato muy habitual y abundante, al que acude para contextualizar información en todas las ramas analizadas: el de carácter histórico. A veces, el dato histórico le permite poner

el “contenido” del hecho científico en contexto, y otras, situar el proceso por el cual se llegó al “descubrimiento” de que se trate. En notas de arqueología o antropología, como se dijo, es claro que prima la puesta en contexto histórico de los objetos descubiertos pues allí se pone en juego la representación misma de la *temporalidad* de la historia; pero el discurso se funda en una representación en la que la historia como disciplina pierde su espesor para adquirir la densidad del mito, en una transición no marcada. Pero en las demás disciplinas estudiadas también es muy recurrente la apelación a la historia cuya temporalidad a veces tiene carácter lineal y otras, diferencia que nunca es explicitada ni, mucho menos, puesta en cuestión. En el caso de las exploraciones, el hecho que constituye la noticia a veces es contextualizado históricamente según el eje geográfico –por ejemplo, todos los viajes de exploración a la zona del Ártico, ya sucesivos, ya superpuestos, realizados por distintos exploradores–; otras veces, según la historia del sujeto –como los distintos viajes de Amundsen–. Incluso la historia de las exploraciones a veces era ella misma el tema central de algunas notas cuya finalidad, ostensiblemente, era mantener el tema en agenda y, por ende, en la memoria del lector, sobre todo cuando había expectativas de un próximo acontecimiento tal como el inicio de un viaje que se hubiera estado preparando desde tiempo atrás. En notas sobre cuestiones de astronomía o geología, las reseñas de carácter histórico tienden a contextualizar “contenidos” pero en ocasiones enumeran y describen acontecimientos similares o pretendidamente similares a los que presenta como noticia –por ejemplo, un relevamiento de las más recordadas erupciones volcánicas ante la noticia de un terremoto–. Más allá de la relativa mayor facilidad que para el campo periodístico podría suponer la contextualización de un acontecimiento en un marco histórico antes que en una explicación de cuestiones teóricas, es evidente que la historia como factor explicativo general tenía un alto valor por sí misma, en tanto relato capaz de dar sentido al conjunto de acciones humanas, entre ellas, el hacer de la ciencia y su direccionalidad, aun cuando en general no se observa cuestionamiento alguno a las decisiones del campo científico.

En cuanto a la relación entre *conocimiento* y *lenguaje*, en la representación del diario no parece haber identidad entre ambos aspectos: el lenguaje aparece como un “vestido” del conocimiento que puede ser cambiado según el destinatario sin que el saber resulte alterado. Sin embargo, en ciertos casos, como el de la Teoría de la Relatividad, el diario no intenta ningún tipo de abordaje. Se observa, en cambio, como correlato evidente de la complejización de un conocimiento cada vez más lejano de la intuición y de la experiencia directa, cierta demanda de simplicidad en el lenguaje científico, que se venía distanciando, a su vez, del lenguaje común. Este implícito rechazo a la complejización del conocimiento parece ser percibida por el diario como una característica exclusiva del plano del lenguaje, como una “jerga”; esa percepción sumada a la valoración excesivamente explícita de la observación directa y de la experiencia –sin duda, fundamentales–, presente habitualmente en los comentarios de los textos, constituiría, por un lado, la marca de la perduración, como rasgo de la representación de conocimiento, de un empirismo o inductivismo ingenuo (Chalmers, 1984: 11-25) que, para la época ya formaba parte del “sentido común”, y que probablemente constituía, también, la versión lega o popular del positivismo.

Respecto a medicina y salud pública, hemos recorrido –en el contexto discursivo de «La Razón»– los problemas más relevantes que abordaban sus prácticas: las enfermedades infecto-contagiosas, como la tuberculosis, la sífilis, la gripe y otras; los problemas eugenésicos, en particular los vinculados con la salud pública y el matrimonio, la morbi-morbilidad infantil y la puericultura, y los peligros –sexuales, morales, etc.– a los que estaba expuesta la juventud. Aunque de otra índole, vimos también el problema relativo a la organización de los sistemas de salud, tanto en el plano estatal –en particular, el límite que ofrecía el principio federal para la salud pública en el marco de un alto grado de heterogeneidad de recursos y formas políticas entre

las provincias–, y en el plano privado –el mutualismo–. En todos los casos, el diario asume alguna posición, realiza propuestas o desarrolla actividades periodísticas con la finalidad declarada de colaborar con la solución de problemas, como el desarrollo de la sección dedicada a la madre y la puericultura. Cabe señalar, en relación con las enfermedades infecto-contagiosas –especialmente, la tuberculosis y la sífilis– que «La Razón» otorgaba la voz a médicos para una forma particular de lo que entendía como “divulgación”: en el marco de las estrategias didácticas, habilitar el debate entre especialistas.

El análisis nos permitió comprobar, pues, que el diario «La Razón» sostuvo, naturalizó y colaboró con la difusión de la “cultura de la higiene”, en el marco de las preocupaciones biopolíticas ligadas, en nuestro país, con el proceso de consolidación de la nacionalidad y del desarrollo. Daba cuenta, de ese modo, del consenso de las élites acerca de la necesidad de expandir la medicalización desde la perspectiva higienista pero, a la vez, evidenciaba algunos límites de ese consenso o, al menos, de la distancia entre el discurso de esas élites y las acciones concretas que ellas promovían u olvidaban. Por otra parte, el diario también evidencia las resistencias de algunos sectores sociales –sobre todo pero no sólo los pobres– frente a ciertos aspectos de la medicalización, ya fuera a las vacunas o a ante las pésimas condiciones de los hospitales públicos que eran percibidos como “morideros”.

Los reclamos del diario apuntaban a los incumplimientos de aquellas funciones que definía como propias del Estado en cuanto a la fijación de reglas y el control de la salud pública y, en una muy menor medida, a los de las obligaciones que consideraba propias de sectores patronales como la industria. Sin embargo, nada decía de la necesidad de cambiar al menos algunas de las condiciones derivadas de los modos de producción que, según muchos higienistas expresaban en la época, eran la causa de una parte importante de los problemas de salud. Sólo algunos médicos que provenían del socialismo y del catolicismo social avanzaron algo más en las críticas al liberalismo y alentaron reformas legislativas que mejoraran la situación de obreros y pobres (Cf. Recalde, 1997: 32-35). El diario incluía también el apoyo a algunos de esos reclamos, pero en tanto no cuestionaran los modos de producción. Lo hacía como parte de su propuesta de “inclusión jerarquizada” de los trabajadores y pobres en el entramado social, en tensión con su propia perspectiva que naturalizaba la pobreza y situaba en el plano moral o educativo los motivos de las conductas individuales o grupales que consideraba reprochables. Y a esas conductas dirigía las prácticas –sobre todo los segmentos prescriptivos– con las que, complementariamente a los reclamos al Estado, intentaba marcar el rumbo de la sociedad.

El conjunto de prácticas discursivas de «La Razón» tenía, entonces, una doble finalidad: fomentar la higiene, en general, como un modo de mantener en buenas condiciones el *capital humano* para el desarrollo de la Nación, y, a su vez, divulgar –en el sentido didáctico que tenía esta acción para el diario– ya fueran *modos de hacer, conductas*, o ciertos conceptos o debates propios del campo profesional.

La medicina aparece representada como una profesión sostenida en un saber controlado por instituciones propias y con deberes sociales de distinto tipo: algunos, de índole legal, como campo profesional subrogante de funciones estatales; otros, de índole moral y ético, ligados a la antigua representación de la actividad médica como un *apostolado*. El diario no sólo apoya la asignación de funciones a la profesión médica por parte del estado sino que alienta la ampliación del poder. En el plano moral y ético, en cambio, denuncia la actitud de muchos médicos a los que acusa de poner, por encima de los deberes de esa índole, intereses económicos individuales. La tensión resultante entre los dos aspectos no aparece resuelta. La representación del médico también evidencia tensiones entre el saber y la ignorancia o falta de actualización, entre el saber

méramente teórico y el saber práctico, entre la actitud profesional moralmente loable y el comportamiento regido por el interés comercial. En cuanto a la representación del conocimiento mismo, no difiere en general del que observamos en relación con otras disciplinas científicas, y presenta fuertes rasgos propios del empirismo ingenuo.

Más allá de las crisis en cuanto a la representación de la ciencia y la desilusión frente al positivismo, así como de las dificultades concretas que las prácticas científica y médica podían enfrentar, del análisis se desprende que el diario daba cuenta de *logros* bien palpables: nuevos territorios –aun cuando no lo fueran para el país, servían a la humanidad–, nuevos datos y objetos que permitirían comprender mejor el pasado, el universo, el planeta. En lo que refiere a medicina, aun cuando se destacan logros, resulta claro que aun faltaba mucho por hacer en el plano institucional, pero la expectativa en cuanto al *saber* era esperanzada y el desempeño individual siempre podía ser controlado. Sin embargo, pese a ello, las representaciones de ciencia y medicina limitan de manera difusa con las de otras formas de conceptualización de la realidad que no se vinculan –al menos no únicamente– con aquella desilusión frente al positivismo que se produce tras la Primera Guerra sino más bien, según Hobsbawm (1987:271), con la otra crisis, aquella abierta por los cambios en el conocimiento científico mismo. Se trata de la “moda del ocultismo, la nigromancia, la magia, la parapsicología”, y también de la adhesión a “diferentes versiones del misticismo y la religiosidad oriental, que surgieron en las zonas marginales de la cultura occidental”. Pero esta vez, esa tendencia adquiere más visibilidad pues se manifiesta en manos de sectores que se identificaban con la derecha política antes que con los sectores populares más volcados a la izquierda, como había ocurrido en el siglo anterior. En el período que estudiamos, esos sectores obreros y trabajadores, en general, valoraban, con el progreso de la educación y la alfabetización, la racionalidad y las certidumbres científicas decimonónicas en que muchos se habían formado, prueba y garantía del progreso al que aspiraban (p. 272), y que, entendían, devendría en buena medida de la divulgación del saber, fenómeno que en nuestro país estaría claramente ejemplificado por la Sociedad Luz, institución ligada al Partido Socialista y dedicada a la difusión de la ciencia (Barrancos 1996; Admovsky, 2009: 100). En medicina –aun con las distintas resistencias señaladas– ocurre algo análogo.

Sin embargo, cabe considerar que al menos en nuestro país inciden otros factores. Si bien el progreso y la educación formaban parte –especialmente, entre los inmigrantes– de la demanda social, la expansión de la cultura letrada no fue uniforme sino que, por el contrario, varió según parámetros geográficos, económicos y hasta –para la época– “raciales”, entre otros (Admovsky, 2009: 98-110). Es probable que hayan permanecido activas, entonces, representaciones diversas –sobre el saber, la enfermedad, los vínculos sociales, etc.– que incluían creencias y formas de religiosidad de matriz popular –en buena medida específicamente campesina– de larga data, algunas nativas y otras traídas por la inmigración, que regían la conceptualización de lo real y las conductas –incluso frente a la medicina– junto con las certidumbres científicas y médicas, en amplios sectores populares alfabetizados y en al menos una parte importante de la *clase media* a la que el diario dice representar. Ese conjunto heterogéneo de creencias probablemente confluyó, a su vez, con aquella “moda” del ocultismo originada en otros ámbitos, y resultaron así potenciadas. Fuera, entonces, del campo especializado o intelectual donde las diferencias podrían ser claras y eventualmente puestas en oposición, el conjunto de creencias populares pudieron haber permanecido en las representaciones como rasgos *yuxtapuestos* con los de la racionalidad y las certidumbres científicas decimonónicas difundidas por la educación formal y la divulgación; *yuxtapuestos* pero no *opuestos*, en todo caso en tensión.

No se trataba, pues, del fin o de una crisis fuerte de los rasgos nucleares de la representación positivista de la ciencia ni del conocimiento científico sino de la presencia paralela de

explicaciones de distintos orígenes para problemas que la ciencia o la medicina efectivamente no habían resuelto aún en sus respectivos campos, o bien no estaban ni estarían nunca en condiciones de dar cuenta de ellos porque estaban formulados desde lógicas provenientes de marcos conceptuales religiosos, mágicos, etc. Con límites a veces poco precisos desde el punto de vista cognitivo y/o teórico, los distintos sistemas explicativos parecían convivir en una representación amplia de conocimiento, aunque es posible observar variaciones en los límites vinculadas con distinciones de clase o sector social.

Cada uno de los tópicos que recorrimos ejemplifica alguno de los aspectos señalados. Aunque de orígenes y tradiciones diferentes respecto de la adivinación, el curanderismo o el espiritismo, incluimos la existencia de una civilización marciana y de otra, atlante, como temáticas originadas también en distintos momentos y lugares. Por ejemplo, la existencia de una civilización marciana era una creencia nacida relativamente poco tiempo antes de la etapa que estudiamos y al amparo de la ciencia, aunque estuviera fundada en equívocos; y de hecho, contaba aun con el sustento de algunas personalidades muy reconocidas, como el inventor Guillermo Marconi. Precisamente por esa razón, nos interesaba observar esos tópicos en relación con las representaciones de ciencia y de conocimiento, y en ese caso, el rasgo relativo al origen de la creencia no tenía alta incidencia en la representación.

El recorrido por las temáticas seleccionadas –adivinación, espiritismo, teosofía, curanderismo, la existencia de civilizaciones marciana y atlante– arrojó resultados que abonan, pues, nuestra hipótesis y agrega otros rasgos que evidencian la relación entre el tipo de creencia y la diferenciación social. La adivinación no aparece cuestionada en su *naturaleza*, sino –como podía ocurrir en ámbitos profesionales como el de la medicina– en cuanto a la honestidad y seriedad de quien la ejercitara. En efecto, el diario distinguía entre las “falsas” y las “verdaderas” adivinas a partir del ámbito social en que circularan. Las existencias postuladas del mundo de los espíritus y de una civilización marciana en tiempo presente y, en el pasado, la de una humanidad “atlante” se sostienen en analogías con los modos de razonamiento propios del campo científico, pero sin considerar con seriedad otros elementos que hacen a la validez de los postulados en cada caso. Así, si la microbiología había abierto al conocimiento humano “el mundo de lo infinitamente pequeño” e invisible a los ojos, era posible pensar que cabía la posibilidad de desarrollar mecanismos para acceder al mundo de los espíritus cuya existencia se detectaba por los efectos que la presencia de ellos producía; y si se podía acceder a los restos de civilizaciones antiguas – como la tumba de Tutankamón–, no había dificultad en aceptar que en algún momento sería posible alcanzar la tecnología suficiente para verificar la existencia de la Atlántida y de una civilización atlante, postulada desde la Antigüedad. Más en general, observamos que reaparecen en estos casos algunos rasgos propios de la representación de ciencia positivista: el paradigma biologicista que operaba en los modos de razonamiento de todas las ramas del saber, ligado a la concepción lineal de la evolución y la amalgama entre esa concepción y el progreso infinito; en todos los casos, como ocurre en relación con el mito atlante, las dificultades para “verificar” afirmaciones provienen, en esa representación, de lo que se plantea como imposibilidad técnica, esto es, esencialmente, el desarrollo insuficiente de los instrumentos adecuados, según el caso.

Los procedimientos discursivos a través de los cuales se establecen las analogías explícitas o implícitas y otras relaciones entre este tipo de creencias y los modos de razonamiento de la ciencia son varios, algunos ya conocidos, que operan en diferentes niveles del discurso: el uso de léxico propio de campo de la ciencia, la referencia vaga o muy general a obras, autores o instituciones como forma de prestar autoridad, la analogía con los modos del razonamiento científico pero a partir de premisas falsas o planteadas desde creencias ajenas al modo del pensamiento de la ciencia, la reproducción de géneros propios de la difusión del conocimiento

científico –como la “conferencia”– son los más habituales. Sólo en el caso de la comunicación con una supuesta civilización marciana hay referencias más o menos precisas a revistas o inventores que de un modo u otra avalaban una hipótesis tal. Cabe señalar que el tópico que tomamos en cuenta no es –en el diario– una *hipótesis acerca de la existencia* de una civilización en Marte, que eventualmente podría motorizar la investigación –de hecho, en la actualidad hay programas para explorar la posible existencia de vida en el Universo, aunque no se busquen “civilizaciones”– sino la *existencia* misma –presentada como real– de tal civilización de modo, pues, que las discusiones podían girar, por ejemplo, en torno a las características físicas de los supuestos marcianos.

En algunos casos, es el trabajo periodístico mismo el que se presenta como “prueba” de la verdad. Es lo que ocurre con Miarka, la adivina que atendía en un céntrico “saloncito” y en el caso de la “casa embrujada” de Valparaíso. El cronista –según es presentado en el texto– acude al consultorio de la adivina céntrica para verificar que la mujer, efectivamente, podía dar muestras de su habilidad; en la ciudad chilena, el cronista describe la experiencia vivida por él en el lugar ocupado por un espíritu desordenado y agresivo. En ambas oportunidades, pues, es el propio periodista el que respalda con su experiencia y observación la veracidad de lo que se afirma. De ese modo, el diario presentaba aspectos de una realidad acerca de la que podía dar cuenta con autoridad epistémica propia.

Por otra parte, parece haber –en relación con las pretendidas civilizaciones atlante y marciana–, finalidades ideológicas y políticas, solapadas con mayor o menor éxito en las formas del discurso de tipo científico: una, que puede comprenderse desde la hipótesis de Vidal-Naquet acerca de la intención de los nacionalismos europeos de radicar los orígenes de sus “razas” en la civilización atlante para dejar afuera cualquier nexo con orígenes judíos; la otra, la de criticar aspectos políticos y sociales de su presente nacional e internacional desde una mirada “marciana”. En cualquier caso, el fenómeno ejemplifica posibles usos de recursos propios del discurso científico y de su divulgación para aludir a otras realidades con el peso de la autoridad de ese campo, pero no parece que tales usos pusieran en duda la verdad de tales civilizaciones.

En cambio, el diario no se hace cargo del discurso de la teosofía y sólo cede espacio para notas firmadas que, en algunos casos resultan a todas luces y para cualquier lector, disparatadas. No era nuestro objetivo indagar en las razones que pudieran explicar o justificar *la presencia* de ese tipo de prácticas –objetivo que hubiera requerido otras herramientas metodológicas– pero se puede especular con distintas posibilidades, por ejemplo, con que el firmante de las notas tenía algún vínculo personal con alguna autoridad del diario, o bien con que se trataba de espacios pagados por los interesados, o con el hecho de que podía tratarse de bromas y burlas comprensibles sólo por miembros del “staff” de «La Razón» o de otros diarios. La primera de las enumeradas nos parece plausible dado que la firma que se responsabilizaba de los textos no era un pseudónimo.

La revisión del diario y el análisis del corpus permiten constatar que la representación del “curanderismo” es bastante ingenua pues, en términos generales, presenta como rasgos permanentes el carácter engañoso y comercial de ese tipo de práctica; el curandero, por tanto, queda reducido a la figura de un delincuente. Pero se distinguen tres aspectos que aparecen con menor frecuencia. El primero de ellos, de un nivel casi “epistemológico” –para aproximar el sentido que queremos expresar–, es el que, por un lado, sitúa en un mismo origen histórico y conceptual al curanderismo y a la medicina; por el otro, define al curanderismo como una versión puramente empírica –y degradada– de la medicina. Cabe señalar que, de ese modo, pues, aun cuando lo combata, le reconoce algún sentido que excede el mero engaño y el fraude. El

segundo aspecto es la relación entre la práctica médica de ese presente y el curanderismo, que el mismo diario sintetiza en el título de un suelto de 1922: “Para combatir el curanderismo hay que mejorar la atención hospitalaria”; pone así el acento en las condiciones de los servicios oficiales destinados a atender no a los grandes problemas de salud pública, tales como las epidemias, sino a la salud individual, en particular la de los trabajadores que no estuvieran asociados a una mutual y la de los pobres. De todos modos, la deficiencia de los servicios estatales no explican todas las aristas del *problema* del curanderismo, como por ejemplo, la incidencia que tenía en algunos sectores de clase media e incluso alta que contaban con recursos suficientes para acceder a la atención privada. El diario explica este fenómeno desde el tercero de los aspectos que señalamos: el vínculo que el curanderismo establecía –y establece– con las religiones y el pensamiento mágico. Y en este sentido, mantiene una posición racionalista que lo lleva, incluso, a adjudicar algunos supuestos “éxitos” del curanderismo a la base “nerviosa” o “espiritual” del problema, pero insiste en que en los casos de enfermedades “orgánicas” o infecciosas, la fe en los curanderos podía llevar a la muerte por falta de atención médica.

Pero el argumento más general que, para el diario, explica el fenómeno del curanderismo es la falta de cultura. Las posibles miradas más complejas, que podían implicar cuestionamientos a los modos en que se desarrollaba la medicina, apenas si fueron aludidas más allá de la queja por la mala atención hospitalaria. Tampoco registramos que el discurso del diario tomara en cuenta cuestiones culturales más profundas, tales como la persistencia de sistemas de creencias populares propias de los sectores sociales europeos de los que provenía la mayor parte de la inmigración, o de la herencia criolla y originaria, o de fuente africana, como raíz de las resistencias a la medicalización que el diario propagandizaba. O mejor aun: todos esos sistemas eran incluidos, sin análisis alguno y sin matices, como una única *falta*: la ignorancia.

Al igual que las adivinas suburbanas, los curanderos y, en general, todo aquel que hiciera ejercicio ilegal de la medicina fueron objeto durante el período estudiado, de campañas del diario que apuntaban a reprimirlos. Hubo dos situaciones excepcionales. De entre los curanderos, la única figura que ameritó una actitud en alguna medida respetuosa, aunque de todos modos crítica, fue la de la “Madre María”, pero sólo en el momento de su muerte. Se trataba de una curandera “aristocrática” que, en todo caso, permitía situar a Buenos Aires en línea con las grandes ciudades del mundo que tenían también sus adivinas y curanderos: la presencia de la Madre María, en algún punto, era un indicador de la modernidad de la ciudad. Pero si la atención a esta curandera famosa se limitó a cubrir el momento de su muerte, la persecución del ejercicio ilegal de la medicina tuvo en el diario una excepción notable al final del período, si bien para «La Razón» no se trataba de tal ejercicio ni lo consideraba un charlatán: el caso del médico vasco Fernando Asuero, en 1930. Para cubrir la visita y promocionar el famoso “método” –que consistía en “tocar” el nervio trigémino a través de la nariz para curar todos los males–, el diario puso en juego su propio prestigio e, incluso, dispuso de su sede institucional para que los discípulos de Asuero realizaran curaciones públicamente.

En España, ante los éxitos de Asuero, la prensa masiva y comercial se había dividido entre defensores y detractores fanáticos; en términos generales, los diarios que apoyaban la dictadura de Primo de Rivera fueron los que endiosaron al médico vasco, por lo que se lo consideró un “protegido” del dictador. Y fue en esa línea en la que se situó «La Razón», sin ningún gesto de prudencia como solía tener, en general, frente a los anuncios de curas rápidas y fáciles. Incluso cuando, en el medio de controversias similares ventiladas en la prensa, y una vez juzgado y condenado en nuestro país precisamente por ejercicio ilegal de la medicina, el diario mantuvo su posición de defensa de Asuero y de su “método”. Más allá de las fundadas sospechas sobre una trama compleja de intereses políticos y económicos que podrían explicar este comportamiento

del diario por fuera de lo habitual, lo que nos interesaba era analizar, justamente, cuáles habían sido los argumentos esgrimidos, en qué representaciones fundaba la extraordinaria cobertura que realizó y hasta los servicios que puso a disposición de los charlatanes.

La justificación más general radicaba en que el método de Asuero constituía una “esperanza” para erradicar el dolor, y lo que alejaba al médico vasco de toda sospecha de charlatanismo médico o curanderismo, según los argumentos vertidos insistentemente, eran algunos rasgos particulares que el diario destacaba en la profusa cobertura: tanto Asuero como sus discípulos locales tenían título de médico, pero además y fundamentalmente, no parecía haber –así lo presentaba– interés comercial, y por tanto no explotaba la credulidad de los pacientes. Aun cuando reconocía que faltaba explicación teórica, el método cumplía –según el diario– el requisito básico de cualquier conocimiento científico: tenía una base empírica que presentaba como prueba irrefutable. Atravesado, pues, por el empirismo ingenuo ya evidenciado en relación con otras ramas del saber, pero ahora en un nivel paroxístico, consideraba que los pacientes que testimoniaban haber sido curados eran prueba suficiente de que el método funcionaba: la descripción de paralíticos que volvían a caminar o de asmáticos que volvían a respirar normalmente apuntaba a revestir de “verdad” a la propuesta de Asuero y de “eficacia” a su método. Y desde el punto de vista periodístico, además, la certidumbre era asentada en datos: nombre, apellido, domicilio y fotografía de los pacientes que ofrecían testimonio. Y no consideraba las curas como efectos de algún tipo de milagro ni de ninguna “sugestión” por una sencilla razón que permitía postergar la exigencia de una explicación teórica: era un método *enseñable* como cualquier procedimiento médico, que podía ser realizado en público, y no dependía de ningún tipo de “poder” personal sobrenatural ni psicológico, ni suponía el consumo de “medicamento” alguno que permitiera suponer una actividad comercial ulterior. Como contrargumento a los cuestionamientos esgrimidos por los demás diarios y por la mayor parte del campo profesional, consideraba que había otros procedimientos médicos aún vigentes en esa época que tampoco tenían explicación teórica pero que constituían prácticas corrientes, como el uso de ventosas: aunque falaz, la afirmación podía resultar irreprochable como contrargumento, para el lego.

Pese a esta posición y al enfrentamiento con parte importante del campo médico, no parece sensato considerar que el diario sostuviera la existencia de una división entre dos partes de ese campo profesional, una de tipo académica, anquilosada, y otra externa a la academia y desprejuiciada. Consideramos que más bien propone otras líneas de diferenciación entre los profesionales médicos, que no pasaban por la pertenencia o no a la academia. No observamos pues, la presencia de una oposición entre una medicina “viva y desprejuiciada” y una académica. La actitud del diario frente al caso Asuero verifica también –ahora desde la medicina– la perduración de rasgos positivistas en la representación de la ciencia y del conocimiento científico.

En general, las representaciones de ciencia y medicina que hemos descripto orientaban, pues las prácticas discursivas de un diario que, según rasgos de esas mismas representaciones, se reconocía como un actor social –es decir, un sujeto institucional con capacidad para incidir en la realidad– producto de la historia del campo periodístico cuyas raíces se entremezclaban con las de la patria. Como actor social, el diario asume plenamente la responsabilidad por sus prácticas discursivas que tienen, entonces, carácter *estratégico* pues el sujeto delimita según ellas un espacio propio desde cuyos rasgos de identidad reconoce una exterioridad con la que se relaciona a partir de un cálculo de fuerzas, según define de Certeau (1990: XLIX), como vimos. Un conjunto de marcas lingüísticas y discursivas, recurrentes en los textos, confirman esa

constitución como sujeto institucional y actor social: en general –y las excepciones son extraordinariamente pocas durante todo el período– no hay notas firmadas por periodistas del “staff” propio; el sujeto institucional se autorreferenciaba habitualmente con un “nosotros” o bien, en tercera persona, con las locuciones “este diario” o “La Razón”, además de destacar la continuidad en el tiempo de las posiciones asumidas, a través de locuciones tales como “La Razón viene sosteniendo”, “según hemos dicho en otras oportunidades”, etc., no sólo en notas editoriales sino en sueltos y en segmentos comentativos de otros géneros. La casi total ausencia de firmas de periodistas de la planta del diario así como de sus corresponsales del interior del país evidencia la centralidad de la voz de la dirección y es justificada en el carácter de *apostolado* que le asigna a la tarea periodística: el anonimato resultaba un tipo de *sacrificio* para el bien del colectivo, y era presentado como uno de los valores de la deontología del campo periodístico. Los pocos textos que llevan firma correspondían –con alguna rara excepción– a la voz de escritores, intelectuales o médicos –argentinos o corresponsales extranjeros– seleccionados, según explicitaba, para permitirle al diario, por una parte, ganar prestigio y, por la otra, mejorar la inteligibilidad de los acontecimientos mundiales o locales informados “en crudo” y fríamente por los telegramas de las agencias de noticias o de sus propios corresponsales. Se evidencia así que se trataba de una controlada concesión del espacio enunciativo, pues las variaciones de las posiciones sobre diversos temas respondían a un rango acotado de posibilidades, y tenían lugar en torno a un también limitado universo de tópicos y temas: se trata de los límites trazados para definir el espacio propio y sus toleradas adyacencias. El diario llamaba explícitamente su “propaganda” al conjunto de posiciones que en tanto rasgos formaban parte de las representaciones sociales que explícita o implícitamente orientaban sus prácticas: la defensa y el desarrollo de la patria en todos sus aspectos, en particular, la “raza” y la economía.

Desde ese lugar, con sus prácticas asume una actitud “pastoral” para guiar, en un contexto al que describe complejo y por un camino que percibe plagado de obstáculos que ponen en peligro el cumplimiento de los mandatos de la patria, *a todos y cada uno* de los miembros de los sectores sociales a los que se dirige, y de cuyos intereses se erige en representante. Las prácticas discursivas relativas a ciencia evidenciaban que ese sujeto necesitaba, para ejercer el rol que se proponía, construir o destacar su autoridad epistémica, autoridad cuyo efecto podía luego fácilmente alcanzar a los temas de los demás ámbitos temáticos: quien comprende lo complejo, comprende lo simple, y nada parecía más difícil de comprender que la ciencia. Cabe señalar que Pérez Oliva (1998) considera que incluso en el presente, la cobertura de temas de ciencia por parte de la prensa masiva obedece en buena medida a ese designio. «La Razón» acudía entonces a diversos procedimientos a través de los cuales producía lo que hemos denominado *efecto de saber*. Tales procedimientos por un lado dan cuenta –frente al análisis, pero disimuladas para el lector– de las grandes dificultades del campo periodístico para abordar temas de ciencia, nunca superadas ni explicitadas por el diario, así como de la consecuente incomodidad para enunciar un contenido que no se conoce o que no se comprende, pero a la vez son ejemplos de la constitución de un “ersatz” del conocimiento, esto es un sucedáneo del saber científico: un discurso que se parece al de la ciencia y al que alude, del que hasta copia sus formas, e incompleto en cuanto a los contenidos conceptuales. Pero esa sustitución, que lejos está, a nuestro criterio, de merecer el desprecio con que habitualmente se la describe (Jeanneret, 1994: 51-66), le sirve para desplegar un conjunto de posiciones políticas sobre el saber y la ciencia, con las que efectivamente orientaba a su “rebaño”, desde ese ángulo. Y quizás más importante aun: si bien el “ersatz” no puede ser equiparado al conocimiento científico, lograba mantener a la ciencia en agenda, propagandizaba esa forma de conocimiento, lo jerarquizaba incluso a pesar de los límites difusos que lo separaban de otros modos de conceptualizar lo real. El diario no apeló a esos procedimientos, en cambio, en las prácticas relativas a medicina y salud pública, probablemente por la naturaleza diferente de su responsabilidad por los eventuales indeseados

efectos prácticos del discurso. A diferencia de lo que ocurría más habitualmente en el tratamiento de los temas de ciencia, tanto la información como los modos de hacer, las conductas sugeridas, las instrucciones precisas para prevenir enfermedades y hasta las cuestiones de salud pública – salvo en los aspectos más obvios de estas últimas, como la limpieza del transporte público, por ejemplo– siempre estaban, como mínimo, *respaldadas por una fuente profesional*; y en muchos casos, el espacio enunciativo era directamente cedido a médicos. La cesión de la palabra a médicos, que abren polémicas con colegas sobre temas específicos en las páginas del diario, más los procedimientos para producir *efectos de saber*, en un marco de presencia cotidiana de temas de ciencia y de medicina, le permiten al diario *presentarse* como un medio adecuado ya no para la divulgación o la información sobre ciencia y medicina sino para la puesta en circulación del discurso científico mismo. Ese acto de proponerse como medio adecuado para esos saberes era un modo, a su vez, de retroalimentar su autoridad epistémica, pero era también una especie de “canto de cisne”: los cambios ocurridos en el campo periodístico, en la sociedad en su conjunto y, fundamentalmente, en el interior del campo científico y médico, ya no lo permitían.

¿Quién es el destinatario? Nuestro análisis sugiere que este sujeto institucional se dirige a un conglomerado de sectores urbanos con al menos educación primaria –para la época, seguramente, un nivel a alcanzar importante por sí mismo, especialmente en el caso de las mujeres–: trabajadores no obreros de diferentes oficios, empleados administrativos y profesionales del Estado, docentes, sectores directivos medios y altos del campo empresarial, pequeños comerciantes y dependientes de comercio, artistas, escritores e intelectuales, representantes de las “profesiones liberales” provenientes de la inmigración. Varios datos indican, además un recorte de otro orden: a lectores varones y sólo secundaria o parcialmente, a mujeres –y en secciones específicas–. A ese conglomerado social «La Razón» lo denomina explícitamente *clase media*. Encontramos varios indicios de que no se dirige a obreros manuales, jornaleros, ni a trabajadores de algunos servicios tales como las mucamas, independientemente de que, en el plano de lo real no discursivo, estuvieran o no alfabetizados. Sin embargo, se refiere a ellos –“habla” de ellos– cuando claramente se dirige a lo que considera clase media, y en esas prácticas les asigna a uno y otro sector un lugar en la estructura social que diseña implícitamente. El discurso del diario reproduce así la representación que lo orienta; según esa representación la sociedad desarrollaba un proceso de inclusión de los distintos sectores medios y trabajadores, pero en una estructura jerárquica.

Ahora bien, según Adamovsky (2009: 119-217), los integrantes de los pretendidos sectores “medios”, en esa etapa no se reconocerían como integrantes de tal clase. Más allá de la autorrepresentación que los receptores reales tuvieran de sí, o de si el nombre fuera producto – por ejemplo– de la apropiación acrítica en el discurso del diario de un concepto que era aplicable más adecuadamente a la realidad social de los países desarrollados, lo cierto es que, con el uso habitual que hace del término, «La Razón» da entidad, de hecho, a una clase media local, y sus prácticas discursivas están orientadas por esa representación de los sectores a los que considera sus destinatarios. Así, el discurso del diario resulta performativo, pues caracteriza a la clase media, la modeliza, define parámetros de pertenencia en distintos niveles –creencias, actitudes, modos de hacer, prácticas de diverso tipo, saberes–: en suma, la crea. Desde el ángulo de la ciencia, resulta evidente que el diario incluye esas temáticas como parte del saber cotidiano que, supone, los lectores de clase media deberían tener, valoriza el interés que deberían despertar, describe un aspecto de la cultura que merece –y debe– ser conocido, en particular, el encuadre histórico y las finalidades del conocimiento que produce el campo científico; pero también incentiva la aparición de vocaciones por la ciencia entre los jóvenes y la apropiación de la tecnología a través de las instrucciones para hacer o para operar distintos aparatos. Y también define hasta qué punto se puede tensar el límite con el territorio de la no-ciencia, y bajo qué

critérios podría ser atravesado.

Las prácticas discursivas relativa a las temáticas de la medicina y de la salud pública que, como dijimos, en general promueven y valoran el proceso de medicalización según los planteos del higienismo, tanto en su faz de salud individual como en cuanto a los aspectos sociales y políticos, también *educan* a los individuos, enseñan *a hacer* en relación con un amplio abanico de cuestiones que se despliega desde los cuidados individuales del cuerpo tales como la alimentación, los modos de afrontar algunas enfermedades y de criar a los niños hasta las cuestiones que podríamos llamar de *urbanidad* –en lo que atañe a muchos de los aspectos públicos y sociales de la salud–. En ese marco se inscribe, a la vez, el rechazo sin más del curanderismo, en especial, el de carácter más popular. En cualquier caso, también define los criterios según los cuales se podría *comprender* –pero no aceptar– el deslizamiento hacia la zona gris en la que el curanderismo se liga con creencias religiosas. Y aún más: desde el punto de vista social, las prácticas promueven la organización de sistemas de mutuales para la cobertura de la atención médica, sostenidos por sus miembros, de modo tal que los sectores medios adquieran autonomía respecto del estado en cuanto a servicios de salud, y que los estatales queden sólo para atender a los pobres.

Tal vez, una futura investigación podría poner en relación esta colaboración del diario a un proceso de diferenciación de clases que, a la vez, postula la inclusión –dentro de una estructura jerárquica– de los sectores obreros, con un análisis profundo de los postulados estrictamente económicos –apenas mencionados en este trabajo– en los que sostiene la cobertura de temas de esas cuestiones, tales como la *independencia económica*, el *desarrollo industrial*, la *sustitución de importaciones* y el imperialismo temprano, en torno de los cuales giraron debates y fuertes conflictos sociales, políticos y económicos en las décadas siguientes –y, si se quiere, hasta el presente–, a través de los cuales se fue rediseñando el mapa de clases sociales, la estructura productiva y política, y la inserción internacional del país. Podría pensarse que en esa dimensión temporal, que excedía la coyuntura, se inscribía el carácter *estratégico* del discurso del diario: el diseño de los planos de una por entonces todavía soñada modernidad de una patria desarrollada.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Abric, Jean-Claude (1993) "Central system, peripheral system: their function and roles in the dynamics of social representation". *Papers on Social Representations*, 2 (2), 75-78.
- Abric, Jean-Claude (2001) "A structural approach to social representation". En: Deaux, K. & Philogéne, G. (Eds.) *Representations of the social*. Oxford y Massachusets: Blackwell Publishers.
- Adamovsky, Ezequiel (2009) *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta, 2012.
- Adelman, Jeremy (2000) "El Partido Socialista Argentino". En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo V, Mirta Zaida Lobato (Dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires / Barcelona: Sudamericana, p. 261-290.
- Alonso, Paula (2000) "La Unión Cívica Radical: fundación, oposición y triunfo (1890-1916)". En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo V, Mirta Zaida Lobato (Dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires / Barcelona: Sudamericana, pp. 209-259.
- Altamirano, Carlos & Sarlo, Beatriz (1983) "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos". En: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Alvarado, Maite (1994) *Paratexto*. Buenos Aires: Instituto de Lingüística –FyL, UBA–, Cátedra de Semiología y Oficina de Publicaciones del CBC. Colección Enciclopedia Semiológica.
- Amossy, Ruth & Herschberg Pierrot, Anne (2010) *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ansaldi, Waldo (2000) "La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático". En: *Nueva Historia Argentina*, Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir.): *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Editorial Sudamericana, pp. 15-57.
- Armus, Diego (2002) *Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna*. Buenos Aires: Norma
- Armus, Diego (2005) *Avatares de la medicalización en América Latina 1870-1970*. Buenos Aires: Lugar Editorial
- Babini, José (1986) *Historia de la ciencia en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Bajtín, Mijaíl M (1979) "El problema de los géneros discursivos". En: *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1985, p. 248-293.
- Barajas, Libia (2007) "Los primeros discursos divulgativos en México. La problemática del marco teórico". Ponencia presentada en el VII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso "Horizontes de sentido", organizado en Bogotá por la ALED, las Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Barajas, Libia (2009) "El análisis del discurso como herramienta para analizar documentos históricos de divulgación científica". Ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso "Miradas multi / transdisciplinarias a los estudios del discurso", organizado en Monterrey por la ALED y la Facultad de Filosofía y Letras de la

Universidad Autónoma de Nuevo León.

- Barbier, Frédéric & Bertho Lavenir, Catherine (1996) *Historia de los medios. De Diderot a Internet*. Buenos Aires: Colihue.
- Barrancos, Dora (1996) *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores 1890-1930*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Barrancos, Dora (2004) “Debates por el sufragio femenino”. En: Biagini, H. & Roig, A. (Dir.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo I. *Identidad, utopía, integración (1900-1930)*. Buenos Aires: Biblos, pp. 153-176.
- Barrios Medina, Ariel (2000) “Somos misioneros entre gentiles. Una perspectiva misionológica de la ciencia”. En: Monserrat, M. (Comp.) *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 145-155.
- Bautier, Roger (1994) “L’activité scientifique: logique our rhétorique?”. En : *De la rhétorique á la communication*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, pp.71-130.
- Béguet, B. (Éd) (1990) *La science pour tous. La vulgarisation scientifique en France de 1850 à 1914*. Paris: Éditions du CNAM.
- Belmartino, Susana (2005) *La atención médica argentina en el siglo XX. Instituciones y procesos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Belocopitow, Enrique (1998). “¿Por qué hacer Divulgación Científica en la Argentina?”. *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*. UNQ. Vol. V. N° 11, pp. 141-163.
- Bensaude-Vincent, B. & Blondel, C. (Éd.) (1988) “Vulgariser les sciences (1919-1939), acteurs, projets, enjeux”. *Cahiers d’histoire et de philosophie des sciences*. V. 24.
- Bensaude-Vincent, Bernadette (2001) “A genealogy of the increasing gap between science and the public”. *Public Understanding of Science*, vol. 10, pp. 99-103.
- Benveniste, Émile (1966) *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI, 1993.
- Benveniste, Émile (1974) *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI, 1991.
- Berruecos, Ma. De Lourdes (2005) “Descripción y narración en el discurso de divulgación científica”. Ponencia presentada en el VI Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso “América Latina en su discurso”, organizado en Santiago de Chile por la ALED y la Facultad de Letras de la Universidad Católica.
- Berruecos, Ma. De Lourdes (2007) “El conector pero en el discurso de divulgación científica”. Ponencia presentada en el VII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso “Horizontes de sentido”, organizado en Bogotá por la ALED, las Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Berruecos, Ma. De Lourdes (2009) “Mecanismos de reformulación en cédulas de divulgación científica”. Ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso “Miradas multi / transdisciplinarias a los estudios del discurso”, organizado en Monterrey por la ALED y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Bertoni, Lilia A. (2001) *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bidart Campos, G. (1995^a) *Tratado elemental de derecho constitucional argentino*. Tomo I: *El derecho constitucional de la libertad*. Buenos Aires: Ediar

- Bidart Campos, Germán (1995^b) *Tratado elemental de derecho constitucional argentino*. Tomo II: *El derecho constitucional del poder*. Buenos Aires: Ediar
- Bischoff, Efraín (1979) *Historia de Córdoba: cuatro siglos*. Buenos Aires: Plus Ultra
- Bolet, Francisco (2007) “Divulgación de la ciencia en Venezuela a fines del siglo XIX: cambio social y resistencia ideológica”. Ponencia presentada en el VII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso “Horizontes de sentido”, organizado en Bogotá por la ALED, las Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Bolet, Francisco (2009) “Análisis cuantitativo de la red de prácticas sociales presente en un corpus de 1771 textos de divulgación de la ciencia publicados en Venezuela a fines del siglo XIX”. Ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso “Miradas multi / transdisciplinarias a los estudios del discurso”, organizado en Monterrey por la ALED y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Botana, Natalio (1977) *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Bourdieu, Pierre (1994) *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1999) “El campo científico”. En: *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 75-110.
- Bunge, Mario (1969) *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*. Barcelona: Ariel, 1983.
- Caimari, Lila (2009) *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Calsamiglia Blancafort, Helena & Tusón Valls, A. (1999) *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- Calsamiglia, Helena (1996) “Apuntes sobre la divulgación científica. Un cambio de registro”. *Textos de Didáctica de la Lengua y de la Literatura* N° 8.
- Calsamiglia, Helena (Coord.), Bonilla, S., Cassany, D., López, C. & Martí, J. (1998) “Análisis discursivo de la divulgación científica”. *Actas del I Simposio Internacional de Análisis del discurso*. Madrid: Universidad Complutense.
- Calvo Hernando, Manuel (1991) “El periodismo del III° milenio”. *Arbor* CXL, 551-552, pp. 59-71.
- Calvo Hernando, Manuel (1997) *Manual de periodismo científico*. Barcelona: Bosch.
- Canguilhem, Georges (1961) “Necessité de la "diffusion scientifique””. *Revue de le enseignement supérieur*, pp. 5 a 15.
- Castellanos Pineda, Patricia (2008) *Los museos de ciencia y el consumo cultural. Una mirada desde la comunicación*. Barcelona: Editorial UOC.
- Chalmers, Alan (1984) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*. México: Siglo XXI, 2008.
- Charaudeau, Patrick & Maingueneau, Dominique (2008) *Dicionário de Análise do Discurso*. San Pablo: Editora Contexto.
- Chartier, Roger (1992) *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, Roger (1994) “La quimera del origen. Foucault, la Ilustración y la Revolución

- Francesa”. En: *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial, 1996.
- Chartier, Roger (1996) “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”. En: Olábarri, I. Y Caspistegui, F. (Dir) *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad* Madrid: Editorial Complutense.
- Chiroleu, Adriana R. (2000) “La Reforma Universitaria”. En: *Nueva Historia Argentina*, Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Editorial Sudamericana, pp. 357-389.
- Ciapuscio, Guiomar (2009) “Lenguaje y medicina: actividades metalingüísticas en artículos de opinión de mitad del siglo XX”. En: Eckkrammer, Eva Martha (Ed.) (2009) *La comparación en los lenguajes de especialidad*. Berlín: Frank & Timme Verlag für wissenschaftliche Literatur, pp. 231-241.
- Ciapuscio, Guiomar (2008) “Géneros y familias de géneros: aportes para la adquisición de la competencia genérica en el dominio académico”. En: Padilla, C.; Douglas, S.; Lopez, E. (Eds.) *Lectura y escritura críticas: perspectivas múltiples*. Tucumán: cátedra UNESCO, subsede Tucumán, INSIL, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. Publicación en CD Rom.
- Ciapuscio, Guiomar (2006) “El inicio de una tradición discursiva en la Argentina: los primeros autores argentinos en los Cuadernos del Instituto de Filología Dr. Amado Alonso”. En: Ciapuscio, G.; Jungbluth, K.; Kaiser, D. & Lopes, C. (Eds.) *Sincronía y diacronía de tradiciones discursivas en Latinoamérica*. Frankfurt/Madrid: Vervuert, Biblioteca Ibero Americana, pp. 13-25.
- Ciapuscio, Guiomar (2005^a) “Las metáforas en la comunicación de la ciencia”. En: Harvey, Anamaría (Comp.) *En torno al discurso. Contribuciones de América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 81-93.
- Ciapuscio, Guiomar (2005^b) “Las metáforas en la creación y recontextualización de las ciencias”. *Signo y Señal*, N° 14, pp. 183-211.
- Ciapuscio, Guiomar (2003) *Textos especializados y terminología*. Barcelona: Institut Universitari de Lingüística Aplicada-UPF.
- Ciapuscio, Guiomar (2000) “Hacia una tipología del discurso especializado”. *Discurso y Sociedad*, Vol. II, N° 2, pp. 39 a 71.
- Ciapuscio, Guiomar (1999) “Procesos y recursos de producción textual en la divulgación de la ciencia”. *Actas del II Coloquio Internacional sobre Historia de los Lenguajes Iberorrománicos de Especialidad. La divulgación de ciencia*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra.
- Ciapuscio, Guiomar (1994) *Tipos textuales*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones CBC-Facultad de Filosofía y Letras UBA.
- Ciapuscio, Guiomar (1993) *Wissenschaft für den Laien: Untersuchungen zu populärwissenschaftlichen Nachrichten aus Argentinien*. Bonn: Romanischer Verlag. Traducción cedida por la autora.
- Ciapuscio, Guiomar (1992) “Impersonalidad y desagentivación en la Divulgación Científica”. *Lingüística Española Actual* XIV (2), pp.183-207.
- Ciapuscio, Guiomar; Adelstein, Andreína & Gallardo, Susana (2010) “El texto especializado: propuesta teórica y prácticas de capacitación académica y profesional”. En: Parodi, G.

- (Ed.) *Alfabetización académica y profesional en el Siglo XXI: Leer y escribir desde las disciplinas*. Santiago de Chile: Editorial Planeta, pp.317-345.
- Cibotti, Ema (2000) “Del habitante al ciudadano: la condición del inmigrante”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo V, Mirta Zaida Lobato (Dir), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires / Barcelona: Sudamericana, (pp. 365-408).
- Cortassa, Carina (2012) *La ciencia ante el público. Dimensiones epistémicas y culturales de la comprensión pública de la ciencia*. Buenos Aires: Eudeba.
- De Asúa, Miguel (2010^a) *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Asúa, Miguel (2010^b) *Una gloria silenciosa. Dos siglos de ciencia en Argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- De Asúa, Miguel & Hurtado de Mendoza, Diego (2006) *Imágenes de Einstein. Relatividad y cultura en el mundo y en la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- De Certeau, Michel (1990) *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- De Semir, Vladimir & Revuelta, Gemma (2002) “Ciencia y medicina en «La Vanguardia» y «The New York Times»”. *Quark. Ciencia, Medicina, Comunicación y Cultura*, N° 26, pp. 68-81.
- Devoto, Fernando J. (2002) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Di Pasquale, Mariano (2013) “Saberes médicos, prensa y política a través de *La Abeja Argentina, 1822-1823*”. Ponencia presentada en las XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.
- Ducrot, Oswald (1986) *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona: Paidós.
- Eizaguirre, Andoni (2006) “Percepciones e imágenes sobre la ciencia y la tecnología”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 113, pp. 165-168. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=99715230007>.
- Elias, Norbert (1977/79) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993. Introducción, pp. 9-46.
- Escalas i Tramullas, M^a Teresa (Dir.) (1996) *Llibre Blanc de la Divulgació Científica i Tecnològica a Catalunya 1995*. Barcelona: Fundació Catalana per la Recerca.
- Fairclough, Norman & Wodak, Ruth (1997) “Critical Discourse Analysis”. En: van Dijk, T. (Ed.) *Discourse Studies. A Multidisciplinary Introduction. Vol. 2: Discourse as interaction*. London: Sage, pp. 258-284.
- Falcón, Ricardo (2000) “Militantes, intelectuales e ideas políticas”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Editorial Sudamericana, pp. 323-356.
- Fernández Bravo, Álvaro (2000) “Latinoamericanismo y representación: iconografías de la nacionalidad en las exposiciones universales (París, 1889 y 1900)”. En: Montserrat, M. (Comp.) *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 171-185.
- Ferro, Gabo (2010) *Degenerados, anormales y delincuentes. Gestos entre ciencia, política y*

- representaciones en el caso argentino*. Buenos Aires: Marea Editorial.
- Fontcuberta, Mar & Borrat, Héctor (2006) *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*. Buenos Aires: La Crujía. Parte I. “El periódico como sistema”, pp. 13-154.
- Foucault, Michel (2007) *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (2001) *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (1979) “Omnes et singulatim. Hacia una crítica de la razón política”. En: *¿Qué es la Ilustración?* Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1996.
- Foucault, Michel (1976) *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1969). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1966) *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Fourez, Gérard (1994) *Alfabetización científica y tecnológica. Acerca de las finalidades de la enseñanza de las ciencias*. Buenos Aires: Colihue, 1997.
- Fox Keller, Evelyn (2000) *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*. Buenos Aires: Manantial.
- Freidson, Eliot (1978) *La profesión médica. Un estudio de sociología del conocimiento aplicado*. Barcelona: Península, 1970.
- Funes, Patricia (Ed.) (2006) *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gallardo, Susana (2005) *Los médicos recomiendan. Un estudio de las notas periodísticas de salud*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gartner Isaza, Lorena (2010) “Percepción acerca de la ciencia y la tecnología en estudiantes y docentes de la Universidad de Caldas”. *Luna Azul*, 30, pp. 29-59.
- Gasparini, Sandra (2012) *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Gayol, Sandra (2004) “Sociabilidades violentas, o el imposible amor popular”. En: Biagini, H. & Roig, A. (Dir.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo I. Identidad, utopía e integración (1900-1930)*. Buenos Aires: Biblos, pp. 219-232.
- Gentilhomme, Yves (1984) “Les faces cachees du discours scientifique. Réponse á Jean Peytard”. *Langue Frangaise*, Nº 64.
- Goldman, Noemí (1989) *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires: Hachette. Cap. I y II.
- Gorelik, Adrián (2002) “Ciudad”. En: Altamirano, Carlos (Dir.) *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha (1998) *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*. Barcelona: Editorial Península.
- Halperín Donghi, Tulio (1987) “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”. En: *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
- Harvey, Anamaría (2005) “Manifestaciones evaluativas en la ciencia como discurso. Un estudio

- comparativo”. En: Harvey, A. (Comp.) *En torno al discurso. Contribuciones de América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Católica de Chile, pp. 94-110.
- Hilgartner, Stephen (1990) “The dominant view of popularization conceptual problems”. *Social Studies of Science*, Vol. 20 (3), pp. 519-539.
- Hobsbawm, Eric (1987) *La era del imperio 1875-1914*. Buenos Aires: Planeta/Crítica, 2001.
- Hobsbawm, Eric (1991) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Hobsbawm, Eric (1994) *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Planeta/Crítica, 2002.
- Hora, Roy (2002) *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política. 1860-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jacobi, D. (1984^a). “Auteurs et lecteurs de la recherche. Une illustration de la these de la continuité”. *Bulletin des bibliothèques de France* T° 29, N° 6 pp. 484-491.
- Jacobi, Daniel (1984^b). “Du discours scientifique, de sa reformulation et de quelques usages sociaux de la science”. *Langue Française*, N° 64.
- Jacomy, Bruno (1992) *Historia de las técnicas*. Buenos Aires: Losada.
- Jacques, J. & Reichvarg, D. (1991) *Savants et ignorantes. Une histoire de la vulgarisation scientifique*. Paris: Éditions du Seuil.
- Jeanneret, Yves (1994) *Écrire la Science. Formes et enjeux de la vulgarisation*. Paris: PUF.
- Jeanneret, Yves (1992) “Le choc de mots: pensée métaphorique et vulgarisation scientifique”. *Communication et Langage* N° 93, 3° trimestre, pp. 99-113.
- Jodelet, Denise (2000) “Presentación. Representaciones sociales: contribución a un saber sociocultural sin fronteras”. En: Jodelet, Denise & Guerrero Tapia, Alfredo, *Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales*. México: UNAM-Facultad de Psicología.
- Jurdant, Baudouin (1975) “La vulgarisation scientifique”. *La recherche* N° 53. V. 6, pp. 141-150.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1980) *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette, 1986.
- Kiernan, Vincent (2003) “Diffusion of news about research”. *Science Communication*, Vol. 25 (1), pp. 3-13.
- Lértora, Celina (2004) “Alternativas en ciencias formales y naturales”. En: Biagini, H. & Roig, A. (Dir.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo I. Identidad, utopía, integración (1900-1930)*. Buenos Aires: Biblos, pp. 383-393.
- Levinas, Marcelo L. (2006) *Las imágenes del universo. Una historia de las ideas del cosmos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lévy-Leblond, Jean-Marc (1992) “About misunderstandings about misunderstandings”. *Public Understanding of Science*, 1: 17-21.
- Liernur, Jorge F. (2000) “La construcción del país urbano”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo V, Mirta Zaida Lobato (Dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires / Barcelona: Sudamericana, pp. 409-463.
- Lima, Nisia T. & Hochman, Gilberto (2005) “Condenado por la raza, absuelto por la medicina: el Brasil descubierto por el movimiento médico-higienista de la Primera República”. En: Armus, D. (2005) *Avatares de la medicalización en América Latina 1870-1970*. Buenos Aires: Lugar Editorial, p. 145-170.

- Lobato, Mirta Z. (2000) "Estado, gobierno y política en el régimen conservador". En: *Nueva Historia Argentina*, Tomo V, Mirta Z. Lobato (Dir.) *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires / Barcelona: Sudamericana, pp. 179-208.
- Loffler-Laurian, Anne-M. (1983) "Typologie des discours scientifiques: deux approches". *Etudes de linguistique appliquée*, N° 51.
- Loffler-Laurian, Anne-M. (1984) "Vulgarisation scientifique: formulation, reformulation, traduction". *Langue Française*, N° 64.
- Lozano, Mónica (2005) *Programas y experiencias en popularización de la ciencia y la tecnología. Panorama de los países del Convenio Andrés Bello*. Bogotá: CAB.
- Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Vergara.
- Marinkovic Ravena, Juana (2005) "Los textos especializados en la educación media técnico-profesional. Hacia una clasificación en el ámbito de la divulgación científica". En: Harvey, A. (Comp.) *En torno al discurso. Contribuciones de América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Católica de Chile, pp. 129-134.
- McGee Deutsch, Sandra (2003) *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932: la Liga Patriótica Argentina*. Buenos Aires: UNQui. Primera edición en inglés: 1986.
- McGee Deutsch, Sandra (2005) *Las derechas: la extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile 1890-1939*. Buenos Aires: UNQui. Primera edición en inglés: 1999.
- Meunier, André (1974) "Modalités et communications". *Langue Française*, v. 21, pp. 8-25.
- Miller, J. D.; Pardo, R. & Niwa, F. (1998) *Percepciones del público ante la ciencia y la tecnología. Estudio comparativo de la Unión Europea, Estados Unidos, Japón y Canadá*. Madrid: Fundación BBV/Chicago Academy of Sciences.
- Mochkofsky, Graciela (2003) *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Buenos Aires: Debolsillo, 2004.
- Moledo, Leonardo & Magnani, Esteban (2009) *Diez teorías que conmovieron al mundo. De Copérnico al Big Bang*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Moledo, Leonardo & Olszewicki, Nicolás (2014) *Historia de las ideas científicas. De Tales de Mileto a la Máquina de Dios*. Buenos Aires: Planeta.
- Moledo, Leonardo & Polino, Carmelo (1998) "Divulgación científica, una misión imposible". *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*. UNQ. Vol. V, N° 11, pp. 97-112.
- Montserrat, Marcelo (Comp.) (2000). *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial.
- Moscovici, Serge (1976) *La psychanalyse, son image et son public*. Paris: PUF.
- Myers, Jorge (1994) "Sísifo en la cuna o Juan María Gutiérrez y la organización de la enseñanza de la ciencia en la universidad argentina". *Redes. Revista de estudios sociales*. N° 1.
- Myers, Jorge (1992) "Antecedentes de la conformación del Complejo Científico y Tecnológico 1850-1958". En: Oteiza, Enrique (Dir.) *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 87-114.
- Nari, Marcela (2004) *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Buenos Aires: Biblos.
- Nelkin, Dorothy (1987) *La ciencia en el escaparate*. Madrid: Fundesco, 1990.
- Niderst, A. (1991) "La difusión des sciences au XVIII siècle". *Révue d'histoire des Sciences*,

XLIV (s/n) juillet-décembre.

- Olábarri, I. Y Caspistegui, F. (Dir.) (1996) *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Editorial Complutense.
- Oliva Martínez, José M. (2004^a) “El papel del razonamiento analógico en la construcción histórica de la noción de fuerza gravitatoria y del modelo del sistema solar (Primera parte)”. *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, Año/vol. 1, N° 1, pp. 31-44. Disponible en <http://www.redalyc.org>. Consultada el 8/2/2013.
- Oliva Martínez, José M. (2004^b) “El papel del razonamiento analógico en la construcción histórica de la noción de fuerza gravitatoria y del modelo del sistema solar (Segunda parte)”. *Revista Eureka sobre Enseñanza y Divulgación de las Ciencias*, Año/vol. 1, N° 3, pp. 167-186. Disponible en <http://www.redalyc.org>. Consultada el 8/2/2013.
- Olson, David R. (1995) “Cultura escrita y objetividad: el surgimiento de la ciencia moderna”. En: Olson, D. & Torrance, N. (Comps.) *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona, Gedisa, pp. 203-222.
- Palacio, Juan M. (2000) “La antesala de lo peor: la economía argentina entre 1914-1930”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir.): *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Editorial Sudamericana, pp.101-150.
- Palacios Morini, Leopoldo (1908) *Las universidades populares*. Valencia: F. Sempere y Cía. Editores. Disponible en: <http://www.filosofia.org/aut/lpm/index.htm>. Consultada el 20/4/2013.
- Palermo, Silvana A. (2012) *Los derechos políticos de la mujer. Los proyectos y debates parlamentarios 1916-1955*. Buenos Aires / Los Polvorines: Secretaría de Relaciones Parlamentarias-Jefatura de Gabinete de Ministros-Presidencia de la Nación / Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Palma, Héctor (2004) *Metáforas en la evolución de las ciencias*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones.
- Peralta, Dante A. J. & Urtasun, Marta (2004) *La crónica periodística. Lectura crítica y redacción*. Buenos Aires: La Crujía.
- Peralta, Dante A. J. (2009) “Representaciones sociales relativas a ciencia y divulgación en la prensa diaria: un estudio de caso en perspectiva histórica”. Ponencia presentada en el VIII Congreso Latinoamericano de ALED. Monterrey, 11 al 16 de octubre.
- Peralta, Dante A. J. (2008) *De ángeles torpes, demonios, criminales. Prensa y derechos humanos desde 1984*. Buenos Aires / Los Polvorines: Biblioteca Nacional / UNGS.
- Pérez Oliva, Milagros (1998) “Valor añadido de la comunicación científica”. *Quark. Ciencia, Medicina, Comunicación y Cultura*, N° 10, pp. 58-69.
- Persello, Ana V. (2000) “Los gobiernos radicales: debate institucional y práctica política”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo VI, R. Falcón (Dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Sudamericana, pp. 59-99.
- Polino, Carmelo (2000) “Hoy por ti, mañana por mí. Los riesgos de la complicidad en el periodismo científico”. *Redes VII* (16), pp. 107-129.
- Polino, Carmelo (2001) *Divulgación científica y medios de comunicación. Un análisis de la tensión pedagógica en el campo de la Comunicación Pública de la Ciencia*. Tesis de Maestría en Ciencia, Tecnología y Sociedad. Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología, UNQ.

- Polino, Carmelo; Fazio, Ma. Eugenia y Vaccarezza, Leonardo (2003) “Medir la percepción pública de la ciencia en los países iberoamericanos. Aproximación a problemas conceptuales”. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*, 5. Disponible en www.oei.es/revistactsi/numero5/articulo1.htm. Consultada el 10/9/2012.
- Portantiero, Juan Carlos (2002) “Hegemonía”. En: Altamirano, C. (Dir.) *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós, pp. 115-119.
- Price, Vincent (1992) *La opinión pública. Esfera pública y comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Querilhac, Soledad (2010) *La imaginación científica. Ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entresiglos (1875-1910)*. Tesis de doctorado. Buenos Aires: Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Disponible en: http://www.ravignanidigital.com.ar/tms/series/tesis_ravig/ltr-005-tesis-querilhac-2010.pdf. Consultada: 3/10/2015.
- Reichvarg, Daniel & Jacques, Jean (1991) *Savants et ignorantes. Une histoire de la vulgarisation scientifique*. Paris: Éditions du Seuil.
- Ramalho, Vivianne (2008) “Anúncio publicitário de medicamento: discurso e ideología”. *Revista ALED*, Vol. 8 (2).
- Reale, Analía & Vitali, Alejandra (1995) *La argumentación*. Buenos Aires: Ars.
- Rigotti, Ana M. (2000) “La ciudad y la vivienda como ámbitos de la política y la práctica profesional”. En: *Nueva Historia Argentina*, Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires / Barcelona : Sudamericana, pp. 311-312.
- Romero, José L. (1956) *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Romero, Luis A. (2003) *La crisis argentina. Una mirada al siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Romero, Luis A. (2002) “El Estado y las corporaciones 1920-1976”. En: Di Stefano, R.; Sábato, H.; Romero, L. A. y Moreno, J. L. *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*. Buenos Aires: GADIS – EDILAB, pp.169-275.
- Roquepló, Philippe (1974) *El reparto del saber. Ciencia, cultura, divulgación*. Buenos Aires: Gedisa, 1983.
- Rorty, Richard (1967) *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós, 1990
- Rosa, Claudia (2000) “La literatura argentina durante los gobiernos radicales”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir): *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Editorial Sudamericana, pp. 391-399.
- Roux, Bernard (1991) “La médiatisation de la science et de la technologie aujourd'hui”. *Humanisme et entreprise* (s/d).
- Sábato, Hilda (2002) “Estado y sociedad civil”. En: Di Stefano, R.; Sábato, H.; Romero, L. A. y Moreno, J. L. *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*. Buenos Aires: GADIS – EDILAB, pp. 99-168.
- Sabsay, D. A. & Onaindia, J. M. (1995) *La constitución de los argentinos. Análisis y comentario de su texto luego de la reforma de 1994*. Buenos Aires: Errepar.
- Saítta, Sylvia (1998) *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires:

Editorial Sudamericana.

- Saítta, Sylvia (2000^a) “El periodismo popular en los años veinte”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo VI, Ricardo Falcón (Dir.): *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires/Barcelona: Sudamericana, pp. 435-471.
- Saítta, Sylvia (2000^b) “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo VII, Alejandro Cattaruzza (Dir.) *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires/Barcelona: Sudamericana, pp. 383-428.
- Sarlo, Beatriz (1997) *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.
- Sebreli, Juan José (2002) *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sidicaro, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Silvestri, Adriana (1995) *Discurso instruccional*. Buenos Aires: Oficina Publicaciones CBC – UBA.
- Soler, Ricardo (1982) *Cien años de vida platense*. La Plata: Sociedad Impresora Platense.
- Soto, Guillermo (2005) “Las construcciones de agente degradado en la sección método de los artículos científicos”. En: Harvey, Anamaria (Comp.) *En torno al discurso. Contribuciones de América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Católica de Chile, pp. 111-125.
- Southwell, Myriam (2011) “Lo social como interpelación a la pedagogía: mujeres educadoras en disputa con sus épocas”. En: Krichesky, M. (Comp.) *Pedagogía social y educación popular. Perspectivas y estrategias sobre la inclusión y el derecho a la educación. Cuaderno de trabajo N° 2*. La Plata: UNIPE – Editorial Universitaria, p. 23-36.
- Suriano, Juan (2000) “El anarquismo”. En: Lobato, M. Z. (Dir.) *Nueva Historia Argentina. T. V: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires/Barcelona: Sudamericana, pp. 291-325.
- Terán, Oscar (2000^a) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Terán, Oscar (2000^b) “El pensamiento finisecular (1880-1916)”. En: *Nueva Historia Argentina*. Tomo V, Mirta Zaida Lobato (Dir.) *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires/Barcelona: Editorial Sudamericana, pp.327-363.
- Thompson, John B. (1993) *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Xochimilco, 2002.
- Ulanovsky, Carlos (1997) *Paren las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Vallejos Llobet, Patricia (2009) “Contribución al estudio de la tradición discursiva del ámbito de la comunicación científica en la Argentina”. En: Eckkrammer, Eva Martha (Ed.) *La comparación en los lenguajes de especialidad*. Berlín: Frank & Timme Verlag für wissenschaftliche Literatur, pp. 253-263.
- Vallejos Llobet, Patricia (2005) “Historia del discurso científico en la Argentina: una institución y sus textos a principios del siglo XX”. *Signo y Señal*, N° 14, pp. 93-113.

- Vallejos Llobet, P. (Comp.), García Zamora, M.; Monti, C.; Negrín, M. & Soler, V. (2000) *Prácticas discursivas en la producción del conocimiento científico*. Bahía Blanca: Depto. Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.
- Van Dijk, Teun (1999) *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, Teun (1978) *La ciencia del texto*. Barcelona: Paidós.
- Vessuri, Hebe M. C. (1994) “La ciencia académica en América Latina en el siglo XX”. *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*. Vol. 1, N° 2, pp. 41-76.
- Villanueva Barreto, Jaime (2006) “Diferentes maneras de ser racional: *doxa* y *episteme* en la fenomenología de Husserl”. *La lámpara de Diógenes*, N° 12-13, pp. 114-125.
- Villela Cortés, Fabiola & Linares Salgado, Jorge (2011) “Eugenesia. Un análisis histórico y una posible propuesta”. *Acta Bioethica*, 17 (2), pp. 189-197.
- Williams, Raymond (1976) *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000.
- Wolf, Mauro (2004) *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Wolfe, Tom (1977) *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- Wolovelsky, Eduardo et al. (2004) *Certezas y controversias. Apuntes sobre la divulgación científica*. Buenos Aires: Libros del Rojas-UBA.

FUENTES

LIBROS Y ARTÍCULOS

- Alonso, Paula (2004) “La *Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la 'Argentina moderna' en la década de 1880”. En: Alonso, P. (Comp.) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 203-241.
- Álvarez, Adriana (2008) “Tras la vida de un higienista y filántropo: Emilio Coni”. En: Álvarez, A. y Carbonetti, A. (Eds.) *Saberes y prácticas médicas en la Argentina. Un recorrido por historias de vida*. Mar del Plata: Eudem, pp. 49-93.
- Álvarez Delgado, Juan (1945) “Las islas Afortunadas en Plinio”. *Revista de Historia*, Tomo 11, Año 18, N° 69, pp. 26-61. La Laguna de Tenerife: Universidad de La Laguna. Disponible en Memoria Digital de Canarias <http://mdc.ulpgc.es/cdm/singleitem/collection/revhistoria/id/809/rec/28>. Consultada el 28/2/2013.
- Álvarez Rey, Leandro & Fernández Albéndiz, María (2009) “*El Liberal* de Sevilla (1901-1936). Un diario independiente en la Andalucía anterior a la Guerra Civil”. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, Universidad de Alicante, N° 8, pp. 199-220. Disponible en <http://dhcon.ua.es/pasado-memoria/> Consultada el 28/2/2013.
- Amundsen, Roald (1912) *The South Pole. An account of the Norwegian antarctic expedition in*

- the "Fram", 1910-1912.* London: John Murray. Disponible en <https://archive.org/details/southpoleaccount02>. Consultada: 2/3/2014.
- Arata, N. y Ayuso, M. L. (2007) "Conflictos, tensiones y fracturas en la formación del sistema educativo argentino: tres perspectivas sobre la Ley Láinez". En: AA.VV. *A cien años de la Ley Láinez*. Buenos Aires: Ministerio de Ciencia, Tecnología y Educación. Disponible en: www.me.gov.ar/curriform/publica/cien_anios_ley_lainez.pdf. Consultada: 4/3/2013.
- Arlt, Roberto (1920) *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*. Madrid: Dárcenas, 2013.
- Armitage, John (2009) "The Scriven Bolton 'two foot' giant telescope mirror". *Journal of the British Astronomical Association*, Vol. 119, N° 1, pp. 49. Disponible en http://articles.adsabs.harvard.edu/cgibin/npharticle_query?2009JBAA..119...49A&data_type=PDF_HIGH&whole_paper=YES&type=PRINTER&filetype=.pdf Consultada el 7/2/2013.
- Asimov, Isaac (1985) *El cometa Halley*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Basalla, Georges (2006) *Civilized life in the Universe: Scientists on intelligent extraterrestrials*. New York: Oxford University Press.
- Belot, Émile (1920) "Note sur les perfectionnements récents de la cosmogonie dualiste et tourbillonnaire". *Memoires du Congrès des Sociétés Savantes de Paris et de Départements*. Strasbourg, pp. 59-63. Disponible en Gallica – Bibliothèque Nationale de France <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k54263932/f67.image.langES>. Consultada el 8/5/2013.
- Blavatsky, Helena (1877) *Isis sin velo*. Málaga: Sirio, 2004.
- Bonomo, Mariano (2002) "El hombre fósil de Miramar". *Intersecciones en Antropología*, N° 3. Olavarría: enero-diciembre. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850373X2002000100006&lng=es&nrm=iso. Consultada el 11/10/2012.
- Browman, David (2007) "La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia". *Nuevos Aportes*, 4, pp. 29-54. Disponible en http://www.arqueobolivia.com/revistas/23_51_32-1222738970.pdf. Consultada el 20/6/2014.
- Bueno, Gustavo (2002) "Función social de la universidad popular". *El Catoblepas – Revista crítica del presente*, N° 5, p. 2-11. Disponible en <http://www.nodulo.org/ec/2002/n005p02.htm>, consultada el 20/4/2013.
- Cárdenas, Eduardo & Payá, Carlos (1979) *Emilio Becher. De una Argentina confiada a un país crítico*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Cartwright, Frederick F. & Biddiss, Michael (1972) *Grandes pestes de la historia*. Buenos Aires: El Ateneo, 2005.
- Cecchetto, Sergio (2008) *La biología contra la democracia. Eugenesia, herencia y prejuicio (1880-1940)*. Mar del Plata: EUDEM.
- Chávez, Fermín (1967): "Pancho Sierra en la Leyenda y en la Historia". *Todo es Historia* N° 5, pp. 31-41.
- Corner, George W. (1964) *A history of the Rockefeller Institute (1901-1953). Origins and growth*. New York: The Rockefeller Institute Press.
- Cortijo Parralejo, Esteban (2002) *Vida y obra del Dr. Mario Roso de Luna (1872-1931), científico, abogado y escritor*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense. Disponible en <http://eprints.ucm.es/5082/1/AH2001901.pdf>. Consultada el 14/8/2013.

- Daniels, Roger (1999) *The politics of prejudice. The anti-japanese movement in California and the struggle for japanese exclusion*. Berkeley: University of California Press.
- Daskal, Rodrigo (2007) “Leopoldo Bard y la vida como compromiso: a 50 años de la edición de *Estampas de una vida. La fe puesta en un ideal. ‘Llegar a ser algo’*”. *Efdeportes*, Año 12, N° 108. Disponible en <http://www.efdeportes.com/efd108/leopoldo-bard.htm>. Consultada el 10/10/2015.
- Débarbat, Suzanne; Lequeux, James & Orchiston, Wayne (2007) “Highlighting the history of french radio astronomy. 1. Nordmann’s attempt to observe solar radio emission in 1901”. *Journal of Astronomical History and Heritage*, James Cook University, Australia, 10 (1), pp. 3-10. Disponible en <http://www.narit.or.th/en/files/2007JAHHvol10/2007JAHH...10....3D.pdf>. Consultada el 14/4/2014.
- De Paz Trueba, Yolanda (2011) “La participación de las mujeres en instituciones de la sociedad civil. La campaña bonaerense a fines del siglo XIX y principios del XX”. *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, Año 3, N° 5, pp. 55-69.
- Di Giano, Roberto (2004) “El fútbol de élite y su reapropiación por los sectores populares”. En: Biagini, H. & Roig, A. (Dir.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo I. Identidad, utopía e integración (1900-1930)*. Buenos Aires: Biblos, pp. 211-217.
- Di Liscia, María S. (2002) “Viruela, vacunación e indígenas en la pampa argentina del siglo XIX”. En: Armus, D. (Ed.) *Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, pp. 27-69.
- Di Stefano, Roberto (2002) “Orígenes del movimiento Asociativo (1776-1860): de las cofradías coloniales al auge mutualista”. En: Di Stefano, R.; Sábato, H.; Romero, L. A. y Moreno, J. L. *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*. Buenos Aires: GADIS – EDILAB, pp. 23-98.
- Dono Rubio, Sofía & Lázzari, Mariana (2007) “La Ley Láinez en el debate federalismo - centralismo: un interregno entre las palabras y las cosas”. En: AA.VV. *A cien años de la Ley Láinez*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. Disponible en: http://www.me.gov.ar/curriform/publica/cien_anos_ley_lainez.pdf. Consultada el 4/3/2013.
- Escobedo, M^a Marcela (2010) “De la hipnosis al psicoanálisis, del psicoanálisis a la hipnosis”. *Revista Argentina de Psicología*, N° 49, pp. 84-92. Disponible en http://www.apbarap.com.ar/index.php?aux=edicion_49.html. Consultada el 23/5/2013.
- Ferrer Gimeno, Francisca (2008) *Enrique Rambal y el melodrama en la primera mitad del siglo XX*. Tesis doctoral presentada en la Universitat de València. Disponible en <http://tdx.cat/bitstream/handle/10803/9824/FERRER.pdf?sequence=1>. Consultada el 15/8/2012.
- Fox, Philips (1936) “Edwin Brant Frost”. *The Astrophysical Journal*, Vol. 83, N° 1, pp. 1-8. Disponible en <http://adsabs.harvard.edu/full/1936ApJ....83....1F>. Consultada el 6/2/2013.
- García Puga, Agustín (2002) “Charlatanismo médico: un caso paradigmático”. *Médicos y Medicina en la Historia*. Vol. 1. N° 3. pp. 11-19.
- García Sánchez, José E.; García, Enrique y Merino, María L. (2010) “Cien años de la bala mágica del Dr. Ehrlich (1909-2009)”. *Enfermedades Infecciosas y Microbiología Clínica* 28 (8), pp. 521-533. Disponible en <http://www.elsevier.es/es-revista-enfermedades-infecciosas-microbiologia-clinica-28-articulo-cien-anos-bala-magica-del-13155954>. Consultada el 10/3/2014.
- Gil, Martín (1917) *Celestes y Cómicas*. Córdoba: Imprenta Cubas, 1917.

- Gvirtz, Silvina (2000) “Los usos políticos de las ciencias naturales en la escuela argentina, 1870-1950”. En: Monserrat, M. (Comp.) *La ciencia en Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 157-170.
- Ingenieros, José (1919) *Las doctrinas de Ameghino*. Buenos Aires: Elaleph.com, 2000 [Edición original: Buenos Aires, L.J. Rosso].
- Kardec, Allan (1859) *¿Qué es el espiritismo?* Buenos Aires: Kier, 2003.
- Leitner, R. M. C.; Körte, C.; Edo, D. y Braga, M. E. (2007) “Historia del tratamiento de la sífilis”. *Revista Argentina de Dermatología*, V. 88, N° 1. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-300X2007000100001. Consultada el 18/4/2014.
- Lennox Thorburn, A. (1971) “Fritz Richard Schaudinn, 1871-1906 Protozoologist of syphilis”. *British Journal of Venereal Diseases*, 47, pp. 459-461. Disponible en <http://sti.bmj.com/content/47/6/459.full.pdf>. Consultada el 18/4/2014.
- Litvachkes, Roberto & Lizarralde, Fabiana (2008) *Plüschow secreto*. Buenos Aires: edición de autor (ISBN 978-987-05-4810-2)
- López Tricas, J. M. (2013) “Un siglo de Salvarsán. Una historia apasionante”. Disponible en <http://www.info-farmacia.com/ultimas-publicaciones/salvarsanelorigendelaquimioterapia>. Consultada el 14/5/2014.
- Luna, Félix (2012) *Yrigoyen*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Maeterlink, M. (1906) *El gran secreto. Inquietudes filosóficas – Un viaje a los orígenes de la sabiduría ancestral y el ocultismo*. Barcelona: Círculo Latino, 2006. Prólogo, pp. 5 y 6.
- Mayochi, Mario (2003) “Aníbal Latino, cronista de Buenos Aires”. *Historias de la ciudad – Una revista de Buenos Aires*, N° 20, abril, pp. 22.
- Menzel, D. H. (1977) “Obituaries – Charles Greeley Abbot”. *Quarterly Journal of Royal Astronomical Society*, V. 18, pp. 136-139. Disponible en: <http://articles.adsabs.harvard.edu/full/1977QJRAS..18..136M>. Consultada el 10/9/2014.
- Minniti Morgan, Edgardo R. (s/d a) “Frank Hagar Bigelow. El trotamundo astrónomo meteórico”. En: <http://historiadelaastronomia.files.wordpress.com/2011/04/bigelow.pdf>. Consultada el 3/5/2014.
- Minniti Morgan, Edgardo R. (s/d) “El Observatorio Nacional Argentino y la Oficina Meteorológica Nacional”. Edición on line: <http://historiadelaastronomia.files.wordpress.com/2011/09/meteorologia.pdf> Consultada el 5/5/2014.
- Miranda, Marisa A. (2005) “Matrimonio y procreación en la ortodoxia eugénica argentina”. *Cuadernos del CISH*. La Plata: FaHCE, N° 17-18, pp. 151-178. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3600/pr.3600.pdf. Consultada el 10/12/2014.
- Müller, Fritz (1964) “Obituary Lauge Koch”. *Artict*, V. 17, N° 4, pp. 290-292. Disponible en página del Arctic Institute of North America, Universidad de Calgary – <http://pubs.aina.ucalgary.ca/arctic/Arctic17-4-290.pdf>. Consultada: 21/2/2013.
- Onaha, Cecilia (s/d) “Japoneses en Argentina y nikkei argentinos en Japón: El rol de la identidad nacional y étnica en el proceso de integración de los nikkei argentinos en Okinawa.” Universidad Nacional de La Plata - Mimeo

- Orwell, George (2009) *Matar a un elefante y otros escritos*. México: Fondo de Cultura Económica / Turner.
- Oviedo, Gerardo (2005) “Luciano Abeille y el idioma nacional de los argentinos”. Estudio preliminar de Abeille, Lucien: *Idioma nacional de los argentinos*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional / Colihue.
- Paolantonio, Santiago & Minniti, Edgardo (s/d) “Historia del Observatorio Astronómico de Córdoba”. En: Romero, G. E.; Cora, S. A. y Cellone, S. A. (Eds.) *Historia de la Astronomía Argentina*. Edición de la Asociación Argentina de Astronomía. Versión electrónica: www.oac.uncor.edu. Consultada el 3/5/2013.
- Paolantonio, Santiago & Minniti, Edgardo (2009) “Martín Gil, un divulgador de la astronomía”. Disponible en www.historiadelaastronomia.wordpress.com. Consultada el 3/5/2013.
- Pérgola, Federico (2010) “Inicios del mutualismo en Argentina”. *Revista Argentina de Salud Pública*, Vol. 1, N° 4, pp. 45-46.
- Plotkin, Mark J. (2013) “Vita - Alexander Hamilton Rice. Brief life of an Amazon Explorer: 1875-1956”. *Harvard Magazine*, pp. 36. Disponible en: <http://harvardmagazine.com/2013/03/vita-alexander-hamilton-rice>. Consultada: 24/4/2013.
- Podgorny, Irina (1997) “De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna”. *Entrepasados. Revista de historia*, Año VI, N° 13, pp. 37-61.
- Pombo, Gabriel (2010) *Historias de asesinos*. Montevideo: Carlos Álvarez.
- Recalde, Héctor (1997) *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910) a través de las fuentes médicas*. Avellaneda: Grupo Editor Universitario.
- Rieznik, Marina (2010) “El Bureau des Longitudes y la fundación del Observatorio de La Plata en Argentina (1882-1890)”. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*. Rio de Janeiro: V. 17, N° 3, pp. 679-703.
- Rivacoba y Rivacoba, Manuel (1994) “Franz von Liszt y el Programa de Marburgo”. En: von Liszt, F. *La idea de fin en el derecho penal*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas y Universidad de Valparaíso, Prólogo, pp. 7 – 26.
- Ross, Karen D. (2006) *Making Medicine Scientific: Simon Flexner and experimental medicine at the Rockefeller Institute for Medical Research (1901-1945)*. Ann Arbor: ProQuest.
- Schavelzon, Daniel (1993) “La arqueología como ciencia o como ficción: Arthur Posnansky en Tiahuanaco”. *Todo es Historia*, N° 309, pp. 32-49.
- Siminic, Iván (2006) “Aviadores chilenos y argentinos tras el cruce de los Andes, 1913-1922”. *Air & Space Power Journal*, Fuerza Aérea Estadounidense, Vol. XVIII, N° 3. Disponible en: www.airpower.maxwell.af.mil/apjinternational/apj-s/2006/3trimes06.htm. Consultada: 21/2/2013.
- Tozzi, Mario (2012) *Planeta Terra ultimo atto. Perché sarano gli uomini a distruggere il mondo*. Milano: Rizzoli.
- Trincado, Joaquín (1922) *El espiritismo estudiado o política del Creador y gobierno del espiritismo*. Buenos Aires: Nueva Era. Disponible en <http://bibliotecajtrincado.tripod.com/elespiritismoestudiado.pdf>. Consultada el 10/10/2015.
- Tuells, José (2003) “La introducción de la variolización en Europa”. Disponible en: <http://www.vacunas.org/images/stories/recursos/profesionales/temasactuales/2006/temaAbr20>

06.pdf. Consultada el 20/20/2015, (Artículo adaptado de Tuells, J. & Ramírez, S. M. (Eds.) *Balmis et variola*. Valencia: Generalitat Valenciana).

Unesco (2010) *Informe mundial de la Unesco. Invertir en la diversidad cultural y el diálogo intercultural*. Ediciones Unesco.

Vaquero, Noemí L. (2007) “Hospital Nacional Baldomero Sommer. Reseña histórica”. *Revista Argentina de Dermatología*, N° 88, pp. 155-163.

Vidal-Naquet, Pierre (2006) *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*. Madrid: Akal, 2005.

Villegas-Pulido, Guillermo T. (1938) “El certificado prenupcial”. *Boletín de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales*. Caracas: ACPS, Vol. 3, N° 2, pp. 63-83.

Zarranz, María del C. (2001) “Manuel Galea: Farmacéutico, odontólogo, padre de un distinguido catedrático”. *Revista del Museo de la Facultad de Odontología de Buenos Aires*, 16 (32), pp. 21-23.

OBRAS DE REFERENCIAS

Australian Dictionary of Biography, Centro Nacional de Biografías, Australian National University (<http://adb.anu.edu.au/biography>).

Diccionario Académico de la Medicina, Academia Nacional de Medicina de Colombia (<http://dic.idiomamedico.net/>).

Dictionnaire de militants anarchistes (<http://militants-anarchistes.info>).

Diccionario de Mitos y leyendas. Creencias populares y santos milagrosos. Equipo NAYA (Noticias de Antropología y Arqueología). (<http://www.cuco.com.ar/>).

Encyclopædia Britannica (<http://www.britannica.com>)

Guía Periodística Argentina de 1928, editada por F. A. Le Rose

L'Enciclopedia Italiana – Treccani (www.treccani.it/enciclopedia/)

Mendy, P. & Lobban, R (1948) *Historical Dictionary of the Republic of Guinea-Bissau*. Maryland: Scarecrow Press.

Sapiens – Enciclopedia Ilustrada de la Lengua Española. Buenos Aires: Sopena, 1958.

PÁGINAS WEB

Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (www.ancefn.org.ar/institucional/)

Agence Bibliographique de l'Enseignement Supérieur – IdRef (<http://www.idref.fr/>)

Archeological Institute of America - *Archeology Archives* (<http://archive.archeology.org/online>)

Artict Institute of North America, Universidad de Calgary (<http://pubs.aina.ucalgary.ca/>)

Asociación Española de Vacunología (<http://www.vacunas.org/>)

Asociación Médica Argentina (<http://www.ama-med.org.ar/>)

Asociación Valenciana de Astronomía (www.astroava.org)

Astromía – Astronomía Educativa (<http://www.astromia.com>)

Arxiu de Revistes Catalanes Antiques (<http://mdc2.cbuc.cat/>)

Biblioteca Nacional de Maestros (<http://www.bnm.me.gov.ar/>)

Bibliothèque National de France (<http://gallica.bnf.fr/>)

Boletín del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia (Secyt)
(<http://www.macn.secyt.gov.ar/>)

Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Psicología Matemática y Experimental – Conicet
(<http://www.ciipme-conicet.gov.ar/>)

Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/>)

Cinemargentino – Videoteca del Cine Argentino – Incaa (<http://www.cinemargentino.com/>)

Collector's Guide Publishing (www.cgpublishing.com/)

Confederación Espiritista Argentina (www.par.org.ar)

Conseil National de Femmes Françaises (<http://www.cnff.fr/>)

Departamento de Ciencias Biológicas – Universidad Nacional de La Plata
(www.biol.unlp.edu.ar/)

Diario «ABC» - Hemeroteca digital (<http://hemeroteca.abc.es>)

Diario «ABC Sevilla» - Hemeroteca digital (<http://hemeroteca.sevilla.abc.es/>)

Diario «El Litoral» (<http://www.ellitoral.com/index>)

Digital Fotored (<http://www.digitalfotored.com/>)

Dirección Nacional del Antártico – Instituto Antártico Argentino
(www.dna.gov.ar/DIVULGAC/HISTORIA.HTM)

Dominio Público (<http://www.dominiopublico.es/>)

Dr. Albert Schatz (<http://www.albertschatzphd.com/>)

Escuela Científica Basilio (<http://www.basilio.org.ar/>)

Escuela Magnético-Espiritual de la Comuna Universal (<http://emedelacu1911.galeon.com/>)

Espacio Profundo – Astronomía (www.espacioprofundo.com.ar/)

European Airlines – Norway (www.europeanairlines.no)

Federación de Círculos Católicos de Obreros (www.fcco.com.ar/historia/)

Ferrocarriles en el Cono Sur (www.ferrocarrilesenelconosur.co.uk/)

Flightglobal – Archive (www.flightglobal.com/pdfarchive/)

Fundación Banco Credicoop, *Pymes al día* (<http://www.e-pol.com.ar/newsmatic/>)

Fundación Histarmar (www.histarmar.com.ar)

Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (<http://www.gob.gba.gov.ar/>)

Grupo de Astrofísica de Cúmulos Abiertos, Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas de la UNLP (<http://fcaglp.fcaglp.unlp.edu.ar/~egiorgi/cumulos/>)

Harvard-Smithsonian Center for Astrophysics (<http://adsabs.harvard.edu/abs/>)

Historia de la Medicina (España) (<http://www.historiadelamedicina.org>)

Hospital Alejandro Korn (La Plata) (<http://www.hakorn.com.ar/>)

Instituto Interamericano del Niño, la Niña y Adolescentes – OEA (www.iin.oea.org/)

Instituto Nacional de Antropología e Historia – México (www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/)

Instituto Nacional de Previsión Sísmica – (www.inpres.gov.ar/)

I Tematika (<http://literatura.itematika.com/>)

Lewiston Evening Journal –Estados Unidos–
(<https://news.google.com/newspapers?nid=oQQVFBP0nzwC>)

Llave Operativa Aduanera (www.loa.org.ar)

Mirador Salud (Venezuela) (<http://miradorsalud.com>)

München Betriebs-GmbH & Co (<http://www.muenchen.de/>)

Museo de Ciencias Naturales de La Plata (www.museo.fcnym.unlp.edu.ar)

Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti – Facultad de Filosofía y Letras – UBA
(<http://museoetnografico.filo.uba.ar>)

Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia
(www.macn.secyt.gov.ar/elmuseo/historia.php)

Museo de la Técnica de Viena (http://austria-forum.org/af/AEIOU/Technisches_Museum/)

National Academies Press (Estados Unidos) (www.nap.edu/)

National Library of Australia – Trove (Biblioteca digital) (<http://trove.nla.gov.au>)

Nobel Prize (www.nobelprize.org/nobel_prizes)

Oceanside Photo & Telescope (www.optcorp.com/)

Programa Ciencia Argentina en la Vidriera (www.cienciaenlavidriera.com.ar/)

Project Gutenberg (www.gutenberg.org/)

Repositorio Institucional del Ministerio de Educación de la Nación
(<http://repositorio.educacion.gov.ar/>)

Royal Astronomical Society – Reino Unido (www.ras.org.uk)

Scott Polar Research Institute - Universidad de Cambridge (www.spri.cam.ac.uk/)

Secretaría de Cultura de la Nación (www.cultura.gov.ar/)

Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/)

Servicio Sismológico - Departamento de Geofísica de la Universidad de Chile
(www.sismologia.cl/)

Sir William Crookes Spiritist Society (<http://www.sirwilliam.org/>)

Sociedad Hispano Americana de Psicología Aplicada (<http://www.hispamap.net/>)

Sociedad Teosófica Española (<http://sociedadteosofica.es/>)

Springer Science-Business Media (<http://link.springer.com/>)

Surveyor in Berlin (www.surveyor.in-berlin.de/)

Tesla Memorial Society of New York (<http://www.teslasociety.com/>)

The Early Birds of Aviation (<http://earlyaviators.com/>)

The Huntington Digital Library (<http://hdl.huntington.org/>)

The Peary-MacMillan Arctic Museum and Arctic Studies Center – Bowdoin College
(www.bowdoin.edu/arctic-museum/)

The Pennsylvania State University (www.e-education.psu.edu/)

The Robert Milne Family Centre (www.gmilne.demon.co.uk/)

Universidad Autónoma de Nuevo León (<http://cdigital.dgb.uanl.mx/>)

Universidad de Barcelona - *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*
(<http://www.ub.edu/>)

University of St. Andrews (Reino Unido), School of Mathematics and Statistics (<http://www-history.mcs.st-and.ac.uk/>)

Unión Astronómica Internacional – Grupo de trabajo para la nomenclatura del sistema planetario
(<http://planetarynames.wr.usgs.gov/nomenclature>)

United States Early Radio History (<http://earlyradiohistory.us/>)

Wolfram Research (<http://scienceworld.wolfram.com/>)

Worldcat Libraries (<http://www.worldcat.org>)